

EXPLICACIÓN
DEL
CATECISMO ROMANO
DE SAN PÍO V

I
SÍMBOLO
DE LOS APÓSTOLES



EDITORIAL LITURGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESTORES DE JUAN GILI
CORTES, 581.—BARCELONA
MCMXXVII

CINCUENTA Y DOS SERMONES

SOBRE EL

SÍMBOLO DE LOS
APÓSTOLES

POR EL RVDO. PLAT
ARCIPRESTE Y CANÓNIGO HONORARIO DE BLOIS

TRADUCIDOS DE LA DÉCIMA
TERCERA EDICIÓN FRANCESA
POR EL RVDO. J. SELVA, Pbro.



EDITORIAL LITURGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESTORES DE JUAN GILI
CORTES, 581.—BARCELONA
MCMXXVII

ES PROPIEDAD

CARTA DEL RDO. P. MONSABRE

Querido amigo: Habéis tenido la bondad de enviarme, por medio del apreciado Párroco de Bourré, vuestro volumen de sermones sobre los Sacramentos.

Lo he recibido con gran placer y, leyéndolo, me he trasladado con la imaginación a los días ya lejanos en los cuales sentados juntamente en los bancos del seminario, escuchábamos las explicaciones sobre la doctrina de los sacramentos. Piadosamente hemos recogido las lecciones de nuestros maestros. Yo las he convertido en conferencias; vos habéis hecho de ellas sermones; ¡y qué sermones!

Es una obra digna de los hijos de santo Tomás, venerables intérpretes y doctos comentadores del concilio de Trento, puesta al alcance de los fieles más humildes.

Naturaleza, eficacia, propiedades, ceremonias de los sacramentos, disposiciones necesarias a su recepción, todo está tratado con gran exactitud, claridad admirable y noble simplicidad. Habéis entrado en los detalles más minuciosos de la práctica, sin caer nunca en la vulgaridad. Vuestro estilo puro, flexible y elegante, unido a una gran pureza doctrinal os merece un lugar de distinción entre los mejores predicadores de nuestro tiempo.

Querría, apreciado amigo, ver vuestra obra en manos de todos los párrocos, vicarios y catequistas. Puede em-

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTIN MAS FOLCH, C. O.

Barcelona, 21 de Enero de 1927

IMPRIMASE

JOSÉ, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.,
Dr. Francisco M.^a Ortega de la Llena
Canciller-Secretario

plearse también como libro excelente de lectura para todos los cristianos, que tienen necesidad de poseer; sobre un punto tan importante de la fe y de la vida cristiana, una exposición doctrinal clara y fiel. Dios, que ha bendecido ya nuestro trabajo, no os rehusará la recompensa. Yo se la pido para vos, complaciéndome en manifestaros mis afectuosos sentimientos¹.

J. M. MONSABRÉ
de la orden de Predicadores

1. El volumen de sermones sobre los Sacramentos que forma parte de la serie que empezamos con el Decálogo, fué el primero que se publicó, y por esto, el elogio del P. Monsabré se refiere a los demás volúmenes, igualmente notables por la profundidad de la doctrina y por su unión apostólica.

SERMON PRIMERO

Origen, brevedad y división en artículos, del Símbolo.

Quare primum Christiani homines tenere debent, illa sunt quae fidei duces doctoresque Apostoli, divino Spiritu afflati, duodecim Symboli articulis distinxerunt.
Catech. Rom. cap. 1

El Apóstol san Pablo escribiendo a sus amados fieles de Corinto les decía: Hermanos míos, os conjuro, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que permanecáis unidos en la fe: *Obsecro vos, fratres, per nomen Domini Nostri Jesu Christi, ut idipsam dicatis omnes*¹...¿Es necesario añadir que esta recomendación, hecha en nombre de Dios, por uno de sus intérpretes más autorizados, no solamente a los Corintios, sino, por medio de ellos, a los fieles de todos los tiempos, ha sido observada con un rigor que llega al prodigio?

Después de diez y nueve siglos, los hijos de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, decimos unánimemente:

Creo en Dios, Padre todopoderoso, criador del Cielo y de la tierra.

Y en Jesucristo, su único Hijo, Señor Nuestro.

Que fué concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la Virgen María.

1. I Cor., I, y 10.

Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.

Descendió a los infernos, y al tercer día resucitó de entre los muertos.

Subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre.

Y desde allí, ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu Santo.

La santa Iglesia Católica, la comunión de los Santos.

La remisión de los pecados.

La resurrección de la carne.

La vida eterna.

Pero esta profesión de fe, la misma en todos los la-bios, y en todos los tiempos, ¿por qué se llama Símbolo y Símbolo de los Apóstoles? ¿Por qué, siendo tan corta, ha sido dividida en artículos distintos? Estas cuestiones son ciertamente interesantes.

Se llama, en primer lugar, Símbolo, porque contiene realmente todo lo que expresa esta palabra en su sentido etimológico: no solamente un sumario exacto y completo de la doctrina cristiana, sino también la señal segura, *la tesera*, como habrían dicho los antiguos, la piedra de toque, como decimos hoy, por medio de la cual distinguimos fácilmente el verdadero creyente, del falso; el verdadero soldado de Jesucristo, del cobarde desertor; el hijo fiel de la Iglesia, del falso hermano! La historia de la Iglesia, si os fuese más conocida, aclararía esta explicación en gran manera. El sabeliano decía: Creo en Dios; pero no añadía: Padre todopode-

1. Nota, et tessera quedam qua desertos et subintroductos falsos fratres ab iis qui Christi vere militiae sacramento se obligarent, facile possent internoscere. Catech. Rom.

roso... era un falso hermano. El maniqueo decía: Creo en Dios, Padre todopoderoso; pero no añadía: criador del cielo y de la tierra... era un falso hermano. El arriano decía: Creo en Jesucristo; pero no añadía: Hijo de Dios único, es decir consubstancial al Padre, igual al Padre, Dios como el Padre... era un falso hermano. El nestoriano decía: Creo en Jesucristo, su único Hijo; pero no añadía: que fué concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la Virgen María; o bien, si lo añadía, lo entendía en un sentido contrario al literal... era un falso hermano. Pedid a un protestante que os diga el Credo íntegramente, y veréis como comienza y no acaba o acaba saltando las dos terceras partes... es un falso hermano. Hemos dicho ya bastante respecto a la significación de la palabra; pasemos al origen del Símbolo.

Se llama Símbolo de los Apóstoles, porque los mismos apóstoles lo compusieron. El Catecismo Romano lo afirma expresamente: Habiendo recibido del Maestro la orden de recorrer el universo, los Apóstoles juzgaron convenientemente redactar una fórmula de la fe cristiana: *Christiane fidei formulam componendam censuerunt*; con el fin, añade, de que no hubiese división ni cisma entre los que abrazarían la verdadera doctrina, sino que estuviesen, al contrario, firmes en los mismos sentimientos y en el mismo espíritu. Aun llega a atribuir el Catecismo Romano a los mismos apóstoles la palabra Símbolo: *hanc autem fidei et spei professionem a se compositam Apostoli Symbolum appellarunt*. Desde la primera página de su enseñanza pública, un hombre de nuestro tiempo, gran orador, y teólogo profundo, se expresa así: "Una antigua y venerable tradición nos enseña que los apóstoles, antes de separarse para predicar la doctrina de su divino Maestro, se reunieron por última vez, en un lugar propicio al recogimiento, y allí después de haber invocado al Espíritu Santo, cuya luz había transformado su alma en el día de Pentecostés, se levanta-

ron otra vez, embriagados con una vivísima y plenísima comunicación de la verdad. Sus labios trémulos se abrieron, y dejaron escapar esta admirable profesión de fe que la Iglesia nos ha conservado, con el nombre de Símbolo de los Apóstoles. Después se abrazaron conmovidos, y se lanzaron a la conquista del universo."¹

Muy corta es esta profesión de fe, la cual abraza solamente algunas líneas. ¿Por qué razón? Si la pregunta se refiere solamente a la formulación externa, diremos que el Símbolo de los Apóstoles no ha sido siempre público como ahora, escrito en todas las lenguas, al principio de todos los catecismos, y de todos los libros, para uso de los fieles; al contrario: en su origen no fué sino oral, transmitiéndose de boca en boca, e imprimiéndose, como dice san Jerónimo, no sobre papel, sino en los corazones: *non scribitur charta, sed in tabulis cordis carnalibus*².

Pero si la pregunta se refiere sobre todo al contenido y al formularia entendiéis expresar vuestro asombro, al ver que toda la doctrina de la Iglesia puede enserarse en tan breve espacio, la respuesta no será mucho más difícil. Sí, el Símbolo de los Apóstoles es cortísimo; y no obstante, todo lo que Jesucristo ha revelado y todo lo que la Iglesia enseña sobre la unidad de esencia en Dios y la distinción de Personas; sobre el nombre de estas Personas, y la diversidad de operaciones que se les atribuyen; sobre la creación realizada por el Padre, la redención hecha por el Hijo y la santificación obrada por el Espíritu Santo, o mejor dicho, sobre la creación, redención y santificación, hechas conjuntamente por las tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; sobre la Iglesia, en fin, y su santidad que la constituye obra preeminente de Dios, ordenada a nues-

tro supremo fin, a la suprema bienaventuranza, la cual consiste en la posesión inmediata de Dios; todas estas cosas y otras muchas, las cien palabras del Símbolo las contienen, como la bellota encierra, en su pequeño volumen, al árbol que será, con el tiempo, el rey de los bosques; como el cuerpo minúsculo del niño encierra, en germen, al cuerpo adulto, con sus bellas proporciones y su vigor varonil. Es decir: sobrevenirá un desarrollo de doctrina, y los concilios, los doctores, los controversistas, predicadores y catequistas extraerán del Símbolo riquezas ocultas. Pero en último resultado, ni las definiciones de los concilios, ni los escritos de los doctores, ni los tratados de los controversistas, ni los sermones de los pastores o las exposiciones catequísticas, dirán cosa alguna que no se encuentre substancialmente en el Símbolo¹.

Pero ¿por qué, a pesar de su brevedad, el Símbolo está dividido en artículos? Sin duda la fe es una, en cuanto al objeto formal, es decir en cuanto al motivo por el cual creemos, que es la soberana autoridad de Dios, pero es diversa en cuanto al objeto material. Diversas son las verdades propuestas a nuestra fe.

La unidad de la esencia divina y la trinidad de Personas, son conceptos diferentes; y en la misma Trinidad, una es la persona del Padre, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo. En cuanto a las operaciones, aunque son comunes a las tres personas, diversa es la creación de la redención y de la santificación. Y no hablando ahora sino de la redención, que tiene un lugar tan importante en el Símbolo, ¿cuánta variedad de verdades no vemos, en el nacimiento del Hijo de Dios

1. No es necesario advertir, que entendemos el progreso o la evolución del dogma, en el sentido que le da san Vicente de Lerins, autoridad indiscutible en esta materia. Este prestigioso escritor del siglo V, emplea también la comparación del cuerpo del niño que, permaneciendo substancialmente idéntico, se convierte con el tiempo en un cuerpo desarrollado. Véase la *Historia de la Iglesia* de РОНВАШЕН. Libro 40.

1. P. MONSABRÉ. *Introducción al Dogma Católico*. 1.^a Conferencia.

2. EPIST. 61.

hecho hombre, en la pasión, en su muerte y resurrección y en su segundo advenimiento después de los tiempos, para juzgar a los hombres, revestido de la majestad de juez soberano? El Símbolo está pues dividido en *artículos*, nombre que como dice el Catecismo Romano, proviene de una comparación empleada frecuentemente por los santos Padres: *similitudine quadam a Patribus nostris usurpata*. Así como los miembros del cuerpo humano están separados, y se distinguen por las articulaciones, las cuales dan unión y diversidad a las partes, así se ha dado también, con razón, el nombre de artículos a las verdades que, no formando sino un sólo cuerpo de doctrina, deben ser creídas cada una distintamente, en la confesión de la fe: *Ut enim corporis membra articulis distinguuntur, ita etiam in hac fidei confessione quidquid distincte et separatim ab aliis nobis credendum est recte et apposite articulum dicimus*.

Y preparado, con estas nociones preliminares, el terreno sobre el cual nos hemos colocado ¿no diremos, como decía san Agustín a sus queridos fieles de Hipona: *Ipsas sententias sacratissimum symboli, adjuvante Domino, exponendas suscepimus, ut quid singulae continent vestris sensibus intinuemus*¹. Intentamos explicar, con la ayuda de Dios, estas admirables sentencias del sagrado Símbolo, para grabarlas una a una en el fondo de vuestros corazones.

¿Y en qué tiempo fué más necesario que al presente? Las verdades santas se adulteran entre los hijos de los hombres; cada nuevo ataque del Enemigo derrriba un nuevo fragmento: *Diminutae sunt veritates a filiis hominum*². ¿No van a venir los días malditos predichos por el profeta Oseas? ¿Han llegado ya tal vez? Doquiera, la falsa ciencia, la mentira, el homicidio de las almas; por todas partes, la violencia y la injusticia, las más santas leyes de la familia violadas, el homicidio

1. *Brev. R. In vigilia Pentecostés. Lectio V.*

sucedidiéndose al homicidio, un nuevo diluvio de males de un género nuevo, una inundación de crímenes y de males... y ¿por qué? porque la ciencia de Dios desaparece de la tierra: *Non est scientia Dei in terra: maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum et adulterium inundaverunt, et sanguis sanguinem tegit*¹... Pues estas verdades santas, demasiado olvidadas, esta ciencia de Dios, cuya ausencia es la causa principal, si no única, de todas las calamidades públicas y privadas, con la ayuda de Dios, las predicaremos y las grabaremos, según nuestras fuerzas, una a una, en vuestras almas. A este fin, oraremos, meditaremos y trabajaremos con todo el ardor, inspirándonos en las Santas Escrituras en los Concilios y en la Tradición. El guía seguro que hemos seguido en nuestras precedentes instrucciones, nos dirigirá también en éstas; va comprenderéis que hablo del Catecismo Romano, del cual un gran Papa ha dicho: que los pastores de las almas no han de perder nunca de vista: *habere ob oculos suos non omittant*; publicado en conformidad con el decreto y el espíritu del santo Concilio de Trento, y recomendado por varios papas, encierra una eficacia especial para refutar las opiniones perversas, y para propagar y establecer, con firmeza, la verdadera doctrina: *ad praeclarum opinionum fraudes removendas, et veram sanamque doctrinam propagandam, stabilendamque, opportunissimum subsidium*²...

Y al terminar esta primera instrucción, os diré con san Agustín: *Crescat Deus in te*... ¿Pero cómo puede crecer Dios, siendo la misma perfección e incapaz de acrecentamiento? Siendo así, no resta sino que vos crezcáis en él. Si ayer le comprendíais un poco y hoy le comprendéis más, dais una prueba de que crecéis cada día en él: *ita velut crescit Deus qui semper perfectus manet*. Podrá decirse de vosotros, lo que se di-

1 Oseas, c. 4, v. 1, 2.

2. Pío IX. *Enc. Nostis et Nobiscum*. 8 Dic. 1849.

ría de un hombre que curase de una ceguera crónica: vería primero una débil luz, *incipit videre paululum lucis*, la cual se reforzaría al día siguiente, *et alia die plus*, para ver con mayor claridad al tercero, *et tertia die amplius*. Parecería que es la luz que va poco a poco aumentando, pero en realidad es él quien aumenta en poder visual, no siendo la luz, ni más pura, ni más viva, en el día en que la ve, que cuando no la veía. Así pasa en el hombre interior, cuando progresa en el conocimiento de Dios: *Sic est et interior homo: proficit quidem in Deo; et Dens in illo videtur crescere*¹.

Os dejo con esta idea. Nada podría deciros más acomodado a mis designios.

1. Este bello texto de san Agustín, puede leerse íntegro en Joan. Tract. 14, c. 3.

SERMON SEGUNDO

Sentido exacto de esta palabra: Creo

Quoniam in divinis Litteris multiplex est fidei significatio, hic de ea loquimur cujus vi omnino assentimur iis quae tradita sunt divinitus. *Catech. Rom. c. 2*

Divina es la autoridad por la cual creemos; divina la doctrina que seguimos: *Divina est auctoritas cui credimus; divina est doctrina quam sequimur*¹. Tal es el acto de fe del Papa san León en el gran misterio del Hijo de Dios hecho hombre. Tal deseamos que sea el nuestro, desde el comienzo de estas instrucciones, en las cuales trataremos, no de un punto de doctrina, ni de un solo misterio, sino de toda la doctrina y de todos los misterios. Sí, santa es esta doctrina y estos misterios, y fundados en la autoridad de Dios nos sometemos a ellos: *Divina est auctoritas cui credimus; divina est doctrina quam sequimur*.

Comenzaremos a comprenderlo desde hoy, si aclaramos bien la significación de la palabra Creo, y si, de esta noción bien establecida, deducimos las consecuencias que encierra. ¡Dios nos ayude con su gracia!

En primer lugar, ¿qué significa esta primera palabra del Símbolo: Creo? ¿No tendrá otro alcance que el que le damos en el lenguaje ordinario? ¿Equivale simplemente a estas expresiones: Pienso, soy del parecer, supongo? No, ciertamente; hay aquí un sentido más alto; aquí crear significa estar convencido, adhe-

¹ Brev. Rom. in fest. Circums. lect. 5.

irse plenamente, tener algo como cierto e incommovible. En la materia que nos ocupa, dice excelentemente el Catecismo Romano, solamente puede decirse que cree, el que se adhiera a lo que es objeto de la fe, sin que tenga la menor sombra de duda: *Is credit—quod ad hujus loci explicationem attinet—cui aliquid sine hacitatione certum et persuasum est*¹.

¡Pero qué! ¿Será la fe una creencia ciega? Esta certeza ¿será sin razón suficiente? O bien, si ella es motivada, ¿qué medio empleamos para legitimarla? ¿De dónde partimos, no para adquirir la fe, que es un don de Dios, sino para convertirla en un acto humano? Sabemos como se ejerce la fe humana, y, aunque no lo expresemos con la exactitud de san Agustín, ninguno de nosotros deja de tener de ella una noción clara. “Yo consideraba, dice el Santo, cuantas cosas creía sin haberlas visto, porque pasaron antes de que yo viniese al mundo, por ejemplo: todo lo que narran las historias de los pueblos, y todo lo que había oído de diversas ciudades y países en los cuales nunca había ido... En fin, yo consideraba cuan firmemente creía que había nacido de tal padre y de tal madre, lo cual no podía saber absolutamente sino por el testimonio de los que me lo afirmaban”².

¿Por qué esta cita tan larga? ¿El interés que ofrece justifica su empleo? ¿Habría, pues, alguna analogía entre la fe divina y la fe humana, en cuanto al modo de proceder, siendo como son de distinta naturaleza? Vamos a verlo.

Existe Dios. Ser superior a todos los seres, que todo lo ve, que todo lo sabe, que todo lo gobierna, eterno, inmenso, todopoderoso, poseyendo, en grado infinito, un número infinito de perfecciones; lo hemos dicho ya, y tendremos ocasión de repetirlo. He aquí una primera verdad que es el preámbulo de todas las otras.

1. *Catech. Rom.*, c. 2
2. *Confess. ib.*, VI, c. 5.

Pues bien, este Ser de los seres ha hablado. Habló a la primera pareja humana salida de sus manos, y de la cual todos descendemos. Habló a los patriarcas, a Abraham, a Isaac, a Jacob y a muchos de sus descendientes. Habló a Moisés, su servidor, en Egipto, en medio de la zarza ardiente, en el desierto de Sur, en la falda del monte Horeb y sobre la cima abrasada del Sinaí. Ha hablado a los profetas, a Isaías, a Ezequiel, a Jeremías, a Daniel y a muchos otros y, por su medio, al pueblo llamado, por autonomasia, el pueblo de Dios. En fin, venida la plenitud de los tiempos, ha hablado por Jesucristo su Hijo, al cual ha constituido heredero de todas las cosas y para el cual ha hecho los siglos: *Multifariam, multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis, novissime diebus istis locutus es nobis in Filio, quem constituit habere deum universorum, per quem fecit et saecula*¹.

Dios, pues, ha hablado; y quiere ser creído; y con justicia; porque, siendo la verdad por esencia, no puede conocer las cosas sino como ellas son, y, siendo la bondad pura, no puede darlas a conocer sino como El las conoce.

Pues si Dios ha hablado, debo crédito a su palabra. Y sumisión a su voluntad. Pero si Dios no me ha hablado a mí en particular—aunque no dudo que puede hacerlo—¿quién me asegura que ha hablado a otros? ¿Me consta con una certeza que excluya hasta la sombra de duda? Porque una simple probabilidad no basta; una cosa probable puede ser verdadera, pero no lo será para mí hasta que me sea demostrada, y hasta entonces suspenderé el juicio. Pues ¿quién me dice que Dios ha hablado a Adán y a sus primeros descendientes? ¿Quién me dice que Dios ha hablado a Abraham y a los Patriarcas? ¿Quién me asegura que Dios ha hablado a Moisés y a los otros conductores de las doce tribus? ¿Quién me garantiza que Dios ha hablado a los Pro-

1. *HER. C. I.*, v. I.

fetas y, por su medio, al pueblo escogido? En fin y sobre todo, para llegar a la cuestión capital que, resuelta en un sentido o en otro, resuelve las demás al mismo tiempo, por la estrecha conexidad que guarda con ellas, ¿quién me dice que Jesucristo ha hablado? ¿Quién me asegura que Dios lo ha enviado? ¿Cómo probar que ha hablado en nombre de Dios?

¿Quién me lo dice? ¡Oh cuestión fácil entre todas las cuestiones! ¿Quién me dice que todo lo que sé de Jesucristo lo sé de ciencia cierta y sin peligro de error? ¿Quién me lo dice? La santidad incomparable, excepcional, única de su vida. La excelencia de sus enseñanzas, la sublimidad sin igual de su doctrina. ¿Quién me lo dice? Cien profecías al menos; unas acerca de El y verificadas en su persona, hasta los más minuciosos detalles, como lo mostraremos en el curso de nuestras instrucciones; otras hechas por El, y confirmadas por acontecimientos históricos indudables y conocidísimos. ¿Quién me lo dice? Venid y ved todos a los demoníacos que ha librado, a los paralíticos que ha curado, a los ciegos que ha iluminado, a los muertos que ha resucitado; mirad cómo hablan los elementos que ha cambiado substancialmente, los panes que ha multiplicado, los vientos que ha calmado, y las olas sobre las que ha marchado... milagros que llenan el Evangelio, de la primera a la última página en número incalculable, milagros públicos y de fácil constatación, milagros, sobre todo que Jesucristo hacía para dar testimonio de su divinidad y de la verdad de su misión, porque el milagro es, en realidad, la voz por la cual Dios habla y se manifiesta, de tal manera, que si, por imposible, el milagro pudiese obrarse en confirmación del error, a Vos sólo, oh mi Dios, sería imputable el error: *Domine, si error est quem credimus, a te decepti sumus*¹.

He aquí mis motivos de credibilidad. He aquí por qué creo. Y resumiéndolo en algunas palabras, yo creo,

1. SAN AGUSTÍN.

no para manifestar mi deseo laudable, y al cual no deja nunca Dios de atender, cuando es sincero. No creo porque los otros creen, aunque este ejemplo sea muy útil, e incite a la fe. No creo porque comprenda, ya que en la mayor parte de casos no puedo comprender. No creo precisamente porque la Iglesia me lo propone, ya que la Iglesia es una intermediaria, y no la razón última de mi fe; es diferente creer lo que ella me propone, que creerlo porque ella me lo propone. ¿Qué es lo que me determina pues a creer? Creo únicamente, porque Dios, bondad infinita, sabiduría infinita, verdad por esencia, ha hablado, y porque al mismo tiempo que su gracia me inclina interiormente a creer que ha hablado, me da exteriormente, *por hechos divinos, milagros sobre todo y profecías*, la prueba sensible de que ha hablado!

Y ahora, establecidos estos principios, deduzcamos las consecuencias que contienen, o mejor, que fluyen de los mismos.

La primera es que la fe es soberanamente razonable, según la expresión de san Pablo: *rationabile obsequium*; que cuando consta que Dios ha hablado, el mejor uso que puede hacer el hombre de su razón es dar crédito a la palabra divina²; que los incrédulos que se llaman, o se les llama, espíritus fuertes, deberían ser llamados mejor espíritus débiles, si no supiéramos por otra parte que su enfermedad está más en el corazón que en la inteligencia. Bienaventurados los corazones puros porque verán a Dios... Se ha dicho con mucha razón, que la fe se engendra en las almas como Jesucristo ha sido engendrado en el mundo: concebido del Espíritu Santo y nacido de una Virgen³. Purificad, pues, vuestro corazón de todo lo que le man-

1. CONC. V. N. *Dei Filius*, c. 3. de fide.

2. *Ea quae subsunt fidei, aliquis non crederet, nisi videret eas esse credenda*. S. Thomas, 2, 2, quae, 1 art. 4.

3. GABRIEL *Philosophie du Credo*.

cha; desbarazadle de todo lo que le agobia; jamás se recita mejor el Credo, que cuando se ha dicho el *Confiteor*.

La segunda consecuencia es que la fe excluye no solamente la duda, la incertidumbre y el titubeo, sino que nos dispensa de examinar los misterios para someterlos al juicio de nuestra razón. Los misterios son, por definición, incomprensibles, y deben serlo, si admitimos la absoluta trascendencia del Ser increado; no obstante, estos misterios son creíbles, ya que los conocemos por revelación de Dios, verdad por esencia. Pero, aunque es incompatible con el don de la fe, examinar los misterios con espíritu crítico, no está prohibido estudiarlos *cuidadosamente, respetuosamente, prudentemente* ya para compararlos entre ellos, ya para que intuitivamente se aclaren, ya para proceder, por su medio, al descubrimiento o aclaración de alguna verdad. Creo para comprender, decía san Agustín, *credo ut intelligam*. Pues, así como el matemático que tiene un pie de su compás fijado en el centro, deja correr libremente el otro pie, así la fe permite a la razón discutir en las cosas que pertenecen a su dominio, con tal que, en todos sus razonamientos e investigaciones, no se aparte jamás de la autoridad divina, sobre la cual debe apoyarse, como sobre un centro fijo y un punto inmutable.

La tercera consecuencia proviene de que, siendo la soberana autoridad de Dios revelador el motivo de credibilidad de las verdades de la fe, ésta no puede ser dividida, aceptándose en un punto y rechazándose en otro, sino que ha de ser total y entera, sin división ni menoscabo. El que rompe la malla de un tejido, pone la causa de la destrucción del mismo. Así el que conscientemente niega una verdad de fe, niega en principio las demás, ya que rechaza el motivo por el cual debemos creerlas todas, es decir, la soberana autoridad de Dios. Bajo este aspecto, la fe puede com-

1. CONC. VAT. *Dei Filius*, c. 4.

pararse a la gracia santificante; a ésta un solo pecado mortal la destruye; a aquélla la negación de una sola de sus verdades, la vicia en su esencia. Así se verifica el conocido axioma: *bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*; lo cual, en el caso particular que nos ocupa, significa que la fe siendo una e indivisible, por razón del motivo que la determina, si llega a claudicar en un punto, se corrompe totalmente¹.

La cuarta conclusión es no menos legítima, y aun más práctica. Siendo la fe una verdadera convicción, fundamentada inquebrantablemente en la autoridad divina, es preciso que se manifieste al exterior. El pastor, dice la autoridad que nos servirá de guía durante el curso de estas instrucciones, enseñará que todo fiel que diga: *Creo*, expresando con esta palabra el asentimiento íntimo de su espíritu, está obligado a profesar altamente y a manifestar con gozo, ante todos, la fe de su corazón: *Docebit parochus eum qui dicit Credo, debere id quod animo inclusum habet, aperta fidei professione prae se ferre, summaque auctoritate palam fateri et praedicare*². El Catecismo Romano está en lo cierto. Una convicción no puede permanecer secreta, si ha de ser tal convicción. Yo he creído, decía el Profeta real, pero no me he limitado a ello, ni he intentado disfrazar mis sentimientos; no he tenido miedo de que todo el mundo los conociese; y en la convicción de que debía este homenaje a la verdad y este reconocimiento a los beneficios del Maestro al cual sirvo, me he explicado claramente y en toda ocasión. He creído, y por esta razón he hablado: *credidi, propter quod locutus sum*³.

Pero, los actos nuevos más que las palabras; estas nuevos, aquellos arrastran. Según cuenta uno de sus

1. S. THOM. 2, 2, q. v., art. 3.

2. CATECH. ROM. c. 3.

3. SAL. CXV.—Léase la admirable Enciclica de León XIII, *Sapientiae Christianae*.

apologistas, los primeros cristianos no daban más prueba de su fe, que la santidad de su vida. Juzgad, decían a los paganos, de la verdad de nuestras creencias por la pureza de nuestras costumbres. No se ven entre nosotros blasfemos, ni calumniadores, ni intemperantes. No retenemos el salario de nadie y lejos de apropiarnos los bienes ajenos, entregamos los nuestros; estamos tan lejos de vengar las injurias que se nos hacen, que rogamos por los mismos que nos injurian, y nos despreciamos de las vanidades del siglo, por una penitencia continua que constituye un aprendizaje de la muerte¹. Así hablaban, y de esta manera obraban nuestros padres, en el primer vigor de las costumbres cristianas. Su mejor apología era esta vida irreproachable que el mismo paganismo se veía precisado a admirar.

Ojalá tuviésemos como ellos una fe inquebrantable, una fe viviente y obradora, a fin de que después de haber permanecido firmes en la doctrina y generosos en la acción, obtuviésemos la vida eterna, que es la recompensa de las obras santificadas por la fe.

1. SAN JUSTINO.

SERMON TERCERO

La existencia de Dios, su unidad, sus perfecciones

Yo creo en Dios

Recte igitur fideles primo se in
Deum credere profiteantur.
Catech. Rom. cap. 2

Dejenos a los profundos teólogos el cuidado de establecer distinciones entre estas locuciones: creer Dios, creer a Dios y creer en Dios. Que nos expliquen, con la autoridad que les es propia, que creer Dios es reconocer que existe; que creer a Dios es dar fe a su palabra; y que creer en Dios es considerarlo como soberano bien, e ir hacia El, tanto con la caridad, como con la fe. En cuanto a nosotros, que debemos seguir caminos trillados, responderemos a la cuestión: ¿qué significa creer en Dios? con el catecismo o sea: significa tener como cierto que hay un Dios y no más que uno. Esto es lo que vamos a exponer: a lo cual añadiremos, en la medida en que nuestra inteligencia pueda comprender y el lenguaje humano expresar, la naturaleza de este Dios único. Que El nos ayude con su gracia.

Las santas Escrituras lo afirman, todos los pueblos lo han creído, la razón lo demuestra: hay un Dios.

Las santas Escrituras lo afirman, de la primera página a la última, un número incalculable de veces, sea que designen al Ser de los seres con nombres que no convienen sino a El, sea que le muestren hablando y obrando. La existencia de Dios es una verdad revelada.

Todos los pueblos lo han creído, sin excepción, pueblos antiguos y pueblos modernos, pueblos civilizados y pueblos bárbaros. Se han visto, dice Plutarco, ciudades sin fortificaciones, sin cultura, sin magistratura regular, sin propiedad de bien alguno, sin usar de la moneda y en una completa ignorancia de las bellas artes; pero un pueblo sin Dios, sin deprecaciones, sin altares, sin ritos religiosos, no se ha visto jamás. La existencia de Dios es una verdad atestiguada por el testimonio universal de la humanidad.

En fin, el espíritu humano, aun abandonado a sus propios recursos, lo ha demostrado con los argumentos más convincentes, los cuales, aunque sean poco inteligibles a algunas personas, no obstante responden tan bien a las exigencias del sentido común, y están autorizados por tan eminentes genios, que un hombre razonable no puede, sin abdicar a su razón, rechazar una verdad que es de razón primordial.

Nos limitaremos a este simple enunciado. No parece necesario entrar en más desarrollos. Todos creemos en Dios, los justos para bendecirlo, los culpables para afligirlos; en la prosperidad le damos gracias, y en la aflicción imploramos su socorro. Y si existen algunas notas discordantes en este concierto universal, son, por otra parte, muy raras y no hay que tenerlas en cuenta; de la misma manera que consideramos como seres aparte, a estos individuos excepcionales, cuyas monstruosidades contrastan violentamente con la regularidad de los otros individuos de su misma especie. Por lo demás, la santa Escritura nos enseña que estas excepciones proceden de la malicia del corazón¹; y por lo mismo que se obstinan en su pecado, no querrán nunca admitir que existe una verdad eterna y una justicia soberana que castiga a los que violan sus preceptos: *dum esse volunt mali nolunt esse veritatem quia*

1. Noliut intelligere ut bene ageret. Ps. XXXV. Dixit impius in corde suo. Non est Deus. Ps. XIII.

*dammantur mali*¹. Tened como cosa cierta, que tal es la razón de su audaz negación. Niegan a Dios porque tienen interés en que no exista. La perversidad del corazón humano puede llegar hasta aquí.

Existe, pues, Dios. Y este Dios es único; otra verdad demostrada también por la razón, atestiguada por el testimonio de los pueblos, y enseñada por las Escrituras.

En primer lugar, la razón lo demuestra: imaginad un Ser soberanamente grande; ¿no es verdad que no puede ser tal, sino en tanto que existe como un Ser único, en la posesión de su soberanía? Hay otro atributo divino que, por razón de la forma con que se expresa, ofrece aun más claridad: la omnipotencia. Si ponemos dos seres igualmente poderosos ¿no es más claro que la luz, que ni uno ni otro será omnipotente?

Además, todos los pueblos lo atestiguan: y no hablo ahora del pueblo judío, que conservó siempre intacta, en el fondo, su fe en el Dios único; sino de las mismas naciones paganas, en medio de las cuales, aunque por largo tiempo velada y miserablemente desfigurada, no pereció jamás completamente. Mientras el vulgo ofrecía su incienso a groseros ídolos, de los cuales hacía otros tantos dioses, los espíritus distinguidos, los filósofos dignos de este nombre, los mismos poetas reconocían a un Dios supremo, rey de los hombres y padre de los dioses: *divum pater atque hominum rex*².

En fin, las santas Escrituras lo enseñan, y con tal prodigalidad, que nunca acabaríamos de citarlas: Escucha, Israel el Señor tu Dios es un solo Dios³; así se expresa el gran legislador de los hebreos, Moisés. De lo alto del Sinaí, el Señor promulgó esta verdad capital, y prohibió a su pueblo que adorase a los dioses

1. SAN AGUSTÍN, in Joán, tract. 90.

2. VIRGILIO, *Génesis* non usque adeo ad falsos deos esse delapsas, ut opinionem amiserent unius veri Dei ex quo est omnis qualiscunque natura.—SAN AGUSTÍN, *Contra Faust.* libro 20.

3. DEUTER. c. VI.

extranjeros¹. Repetidamente lo advirtió por medio de sus profetas; El es el primero y el último y no hay otro Dios que El². Jesucristo confirmó esta enseñanza, cuando rechazó al Tentador, con las palabras que la Iglesia pone a nuestra consideración en el primer domingo de Cuaresma: Adoraras al Señor tu Dios y a El solo servirás³. San Pablo no es menos explícito en su carta a los Efesios: un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo⁴. A estas autoridades decisivas, añadiremos, como por exceso, estos dos bellos versos que el gran trágico pone en la boca de su Polyeucto:

Es el Dios de los cristianos, el mío y el vuestro;
Y la tierra y el cielo no conocieron otro.

Pero, de este Dios que existe y que es único, ¿conocemos, por ventura, su esencia?

¡Ah! Demos gracias a Dios con toda la sinceridad de un corazón reconocido. El se ha revelado a nosotros, y se ha dignado levantar el velo que le encubría a nuestros ojos.

Dios es el Ser trascendente, el Ser infinito e infinitamente perfecto, el Ser que existe por sí mismo y no por otro, el Ser que existe necesariamente, Ser absoluto, Ser independiente, Ser de los seres: *Ego sum qui sum*⁵.

Dios es espíritu, Dios es immaterial, Dios no tiene cuerpo, ni nada de lo que es objeto de nuestros sentidos. Ciertamente, por esto tenemos tanta dificultad en concebirle, y no pudiendo formarnos de El una idea exacta, nos lo imaginamos como nosotros. Las santas Escrituras también se acomodan a la debilidad de nuestra inteligencia, representándonos a Dios bajo una for-

1. Exod., c. XX.
2. Is. c. XLII, XLIV, XLVIII.
3. MATT. c. IV.
4. Eph. c. IV.
5. Exod. c. III, v. 14.

ma humana: sus manos nos han criado, sus ojos lo ven todo, sus oídos todo lo oyen, su brazo es omnipotente... Pero en realidad, estas locuciones son imperfectas. Dios no posee ninguno de los sentidos que le atribuimos; el gran Ser, el Ser perfecto, no es ni puede ser más que Espíritu y solamente Espíritu: *Deus spiritus est*¹.

Dios es inmutable, Dios no cambia: *Ego Dominus et non mutor*². Esta inmutabilidad de Dios, es también una consecuencia obligada de la perfección de su Ser. El Ser infinito no es susceptible de disminución, ni de aumento; no puede perder nada de lo que tiene, ni recibir nada que no tenga, si no ha de perder su infinitud. Siempre por sí, siempre en sí, el mismo hoy que ayer, el mismo mañana que hoy, es siempre El que es. Así lo expresa san Agustín, en un lenguaje que, por su misma concisión, es de traducción difícil: *Est ipse semper in se, est ita ut est, non aliter nunc, aliter postea, aliter antea*³.

Dios es eterno. El primero de los seres, el Ser que no ha sido hecho, ni por El—en este caso existiría antes de existir—ni por algún otro ser—ya no sería el Ser absoluto—sino que tiene en sí, todo lo que pertenece necesariamente a su naturaleza ¿puede no ser infinito en duración, como es infinito en todas las cosas? ¡Oh eternidad! ¡Oh eternidad, de la cual nada fuera de Dios puede darnos idea alguna! En el mundo todo pasa, todo acaba, nada hay estable, nada dura, ni los individuos, ni los imperios. En cada momento cambia la escena, y se renuevan las decoraciones, nuevos actores aparecen y otros abandonan las tablas. Dios sólo permanece, El ha sido, es y será o, para ser más exacto, respecto de Dios no hay presente, pasado, ni futuro, perdiendo estos términos su significado. Dios

1. JOAN. c. IV, v. 24.
2. MALAC. c. III, v. 6.
3. SAN AGUSTÍN, in Joan, tract. 19.

es: El es todo lo que ha sido y todo lo que será; El posee todo su Ser sin sucesión, en una permanencia ^{no}indivisible y en un presente eterno, al cual nada se añade, del cual nada se desprende, siendo constantemente idéntico: *Tu autem idem ipse es, et omni tui non deficient!*

Dios está en todas partes; ningún lugar hay en el cielo ni en la tierra, donde no esté presente. Pero, atended, no vayáis a imaginaros algo material o corporal, algo divisible o que se asemeje a una extensión respondiendo a un espacio. Dios no es mensurable, Dios no está parcialmente aquí y parcialmente allí. Ser soberano, Ser absoluto, Ser infinito, Ser que no es más que ser, Dios es inmenso como es eterno; está todo en un lugar sin estar circunscrito por algún espacio; y así como su eternidad es extraña a toda sucesión, y no se desarrolla por partes, así su inmensidad es extraña a toda extensión y no se divide en el espacio.

Dios está en todas partes; lo sabe todo, lo ve todo, lo oye todo y, empleando el lenguaje figurado de las Escrituras, es el ojo celoso y siempre vigilante al cual nada escapa; ve a través del muro, mira por la ventana, observa a través de la celosía: *Ipsa stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos?* ¿A donde huiremos, exclama el profeta, para escapar a vuestras miradas, oh mi Dios? Si subo al cielo, os encuentro allí, si bajo a los abismos, os veo también, si vuelo hacia el nacimiento de la aurora os encuentro igualmente! Nosotros no vemos sino las apariencias de las cosas; Dios penetra en las más profundas interioridades hasta en los pensamientos más ocultos y llega a escrutar los actos de nuestra voluntad, apenas concebidos en las tinieblas del corazón de un misántropo.

1. HEBR. c. I, v. 12.
2. CANT. c. II, v. 9.
3. PSAL. CXXXVIII.

Dios está en todas partes, lo conduce todo, todo lo gobierna y a todo provee. Las cosas criadas no subsisten sino por la misma causa que las ha producido, no siendo lo que nosotros llamamos leyes de la naturaleza otra cosa, que la dirección continua y perseverante, que da Dios a sus obras. Pero hay más: la acción de Dios no se hace sentir menos en el orden moral que en el físico. Los hombres se agitan, y Dios los ruega. Todos los acontecimientos están regidos por El, no sucediendo nada sin su orden o sin su permiso. El misántropo mal, en cuanto es tolerado por Dios, se convierte en la ocasión de un bien mayor. El justo nunca está tan cerca de Dios como en el día en que Dios le aflige, verificándose la palabra de la Escritura: Tú eres mi hijo ya que te corrigo, pues la corrección la doy a los hijos, y no a los extranjeros! El pecador no es nunca tan digno de lástima, que cuando Dios parece olvidarlo, dándose el caso que el no dar Dios señales de apartamiento es señal de que está indignado en gran manera, como dice san Bernardo: *magna ira Dei est, quando peccantem non corripit, sed licentiam vagam in peccatum suum permittit?* Esto es decir, que la providencia de Dios se ejerce no menos en el orden sobrenatural que en el natural y que la salud eterna de unos, como la reprobación final de los otros, será la suprema sanción del gobierno divino.

Terminemos con algunas reflexiones prácticas sobre lo que acabamos de decir en esta instrucción:

Hay un Dios; no perdamos un momento de vista que somos sus criaturas y la obra de sus manos; que nada se hace sin razón determinante y por lo mismo hay que dar una razón de la creación, y esta razón ha de ser la gloria de su nombre; que todos los seres, cada uno a su manera, están llamados a prestarle homenaje, sobre todo el hombre, lleno de tantas gracias, enrique-

1. Apud. LUDOLPH. DE SAXON. prim. part. c. 4.
1. *Ibid.*

cido con tantos favores, y, después del ángel, el mejor dotado para glorificar a su Señor y Maestro.

No hay sino un solo Dios. Démosle gracias por habernos revelado una verdad por tan largo tiempo olvidada. La estupefacción nos llena, cuando pensamos que una gran parte de la humanidad había llegado a un grado tal de degeneración, que prostituía su incienso a dioses de madera, de piedra o de mármol, a los árboles de los bosques, a los animales de los campos y a los vivientes del aire o de las aguas. Mil veces más dichosos que ellos, vivimos nosotros en las aguas puras y en las vivas claridades del Evangelio, que han disipado estos groseros errores, como los primeros rayos de la aurora, alejan las sombras de la noche. Es preciso ahora que conociendo, por medio de la fe, al solo y único verdadero Dios, no sirvamos a algún ídolo por causa de nuestras pasiones. Con esta idolatría, continuáramos viviendo en el paganismo, aunque fuese diferente del antiguo.

Este Dios único, es el Ser por autonomasia, el Ser que es todo justicia, todo bondad, todo sabiduría, toda santidad y todo perfección. Es el soberano bien; lo cual equivale a decir que debemos unirnos a El con toda la fuerza de nuestro amor, no buscando sino en El nuestro gozo, nuestro reposo y la satisfacción de todos nuestros deseos. Todo lo demás es instable, arrastrándolo el tiempo en su curso, y deja en el espíritu el vacío, después de haber ilusionado a nuestro corazón.

Dios está en todas partes, viéndolo todo y oyéndolo todo. ¿Qué hemos de sacar de esto? Un filósofo había imaginado al sabio, viviendo en una casa de cristal, y obrando a la vista de todo el mundo. La idea era singular, y no tuvo partidarios. Pero, querámoslo o no, con respecto a Dios, nosotros habitamos en una casa de cristal, y todas nuestras acciones, palabras, pensamientos y deseos, están presentes a sus ojos. ¿Querremos pues, ofender su vista? Aquí tiene aplicación la sentencia de san Anselmo: pecad, consento en ello,

pero que sea en un lugar en que Dios no esté presente: *pecca, ubi Deum esse nescis*¹.

En fin, Dios está en todas partes, todo lo conduce, todo lo regula y provee a todo. Su providencia no es una abstracción, ni nada que sea distinto de su ser. La providencia de Dios es el mismo Dios, obrando con sabiduría, con justicia y con bondad, gobernando, por esta providencia, al mundo, así como lo hizo por ella: *mundum per se ipsum regit, quem per se ipsum condidit*². Pero, si nosotros creemos estas cosas, como tenemos obligación, ¿por qué nuestras palabras y actos están tan poco conformes con nuestra fe? ¿Por qué empleamos, con tanta frecuencia, las palabras casuales, fatalidad, destino, de origen pagano, las cuales equivalen a la negación de la providencia? ¿Por qué murmuramos, retriminamos y nos inquietamos por desconfianza, como si Dios no velase sobre nosotros? Seamos prudentes en adelante, hablemos como cristianos y obremos como a tales; ya que la salvación de nuestra alma es el primero de nuestros intereses, busquemos en primer lugar el reino de Dios y su justicia, y lo demás se nos dará por añadidura: *Quærite primum regnum Dei et iustitiam ejus, et omnia adjicientur vobis*².

1. Ap. LUDOLPH DE SAXON. prim. part. 4.
2. LUC. c. VI, v. 33.

SERMON CUARTO

La unidad de esencia en Dios; el nombre y la distinción de las Personas

Creo en Dios Padre

Verum praeter eas notiones, quas
 explicavimus, Patris nomine auditum,
 ad altiora mysteria mentem erigen-
 dam esse parochus docebit.
Catech. Rom. cap. 2

Creemos útil, dar el sumario de las nociones que hemos expuesto precedentemente.

En primer lugar, decimos *credo*, es decir: damos el asentimiento más absoluto, con la adhesión del espíritu y del corazón más ferviente, a todas las verdades que enseña la Iglesia.

Y esta fe la dirigimos a Dios, *credo in Deum*, es decir: entre todas las verdades propuestas a nuestra fe y aceptadas por ella, la primera es ésta; existe Dios y este Dios es único, siendo el Ser por excelencia del cual ha podido decirse agotando los recursos del lenguaje: Que es una infinitud de veces infinitamente infinito en sus perfecciones infinitas: *Infinitus modis infinitus* *infinitus in perfectionibus infinitis*¹.

He aquí lo que ha sido explicado en las dos últimas instrucciones. Pero demos un paso adelante y digamos: *Credo in Deum Patrem*: creo en Dios Padre. Es la tercera palabra del Símbolo y constituirá hoy nuestro tema: Dios es Padre.

1. CARD. CAVETANO.

Dios es Padre. El es el poder que crea, la sabiduría que gobierna, la bondad que provee a todo y a todos. ¡Qué! Los mismos paganos, aun, en su adulteración de las verdades de la razón natural, lo comprendían como nosotros y su Dios supremo era llamado Padre providente: *Jucans Pater*¹.

Dios es Padre, y si El no nos ha producido de su substancia, lo cual es el efecto propio de la paternidad, según santo Tomás: *Omne generans producit simile sibi secundum formam*, en cambio, nos ha hecho hijos suyos por adopción. Es lo que el Apóstol declara: No hemos recibido el espíritu de servidumbre para permanecer en el temor, sino el espíritu de adopción de hijos de Dios, en virtud del cual clamamos: *Abba, Pater*².

Pero, con esto no queda todo dicho; Dios es Padre en un sentido infinitamente más elevado; y ya que el asunto lo exige, y que tal es, por otra parte, la obligación del pastor, por difícil que sea la empresa, vamos a tratar del más admirable y del más incomprensible de los misterios: del misterio de la Santísima Trinidad. *Ad altiora mysteria mentem erigendam esse parochus docebit*³. ¡Dios nos ayude con su gracia!

En el cielo, dice san Juan, tres son los que dan testimonio: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo y estos tres no son sino uno: *Tres sunt qui testimonium dant in coelo, Pater, Verbum et Spiritus Sanctus, et ha tres unum sunt*⁴; es decir, como explica Bossuet, siguiendo a san Agustín: En Dios, vemos una pluralidad singularidad: porque cuando contamos las personas, veis un nombre, pero si consideráis la esencia, el número desaparece, y no veis sino la unidad simple: *Quia tres*

1. Hay más: cuando eran probados con calamidades públicas, el primero de sus dioses, autor evidente de estos males, era llamado aún con el nombre de Padre. *Iam satis terribis micis atque divae grandinis micis Pater*. HOR. od. lib. 1, od. 2.

2. ROM. c. VIII, v. 15.

3. Loc. iam cit.

4. I JOAN. c. V, v. 7.

sunt, tanquam est numerus; si quaeris quid tres, non est numerus.

El Catecismo Romano, que es ciertamente una autoridad doctrinal, dice lo mismo en términos casi idénticos, pero no sin dar un útil consejo al pastor que desarrolle este punto doctrinal. Como no hay nada más peligroso, dice, que tratar de penetrar las cosas más sublimes y difíciles, ni que ofrezca más peligro de engañarse, los párrocos enseñarán a los fieles, que deben recordar cuidadosamente, *religiosa retinenda*, las palabras de *esencia* y de *persona*, términos consagrados en la explotación de este misterio, y deben recordar que la unidad está en la *esencia* y la distinción en las *personas*; pero, al mismo tiempo, que se guarden de investigaciones curiosas y sutiles, conforme a los avisos de la Escritura: Aquél que curioseas, sin freno, sobre la majestad de Dios, será oprimido por el resplandor de su gloria: *Qui scrutator est maiestatis opprimetur a gloria* ¹.

Así vosotros y yo tenemos la norma señalada; si-gámosla, pues, fielmente.

Hay, pues, en Dios tres personas, no solamente, fijos, tres nombres, tres operaciones, tres maneras de considerar a la divinidad, sino tres personas reales y verdaderas: el Padre, que no ha sido engendrado de otro, el Hijo, que es engendrado del Padre, y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, unidos en un solo principio.

¿Pero, estas personas reales, Padre, Hijo y Espíritu Santo son realmente distintas? Sin duda, estas personas, a pesar de ser distintas con distinción real, tie-

1. Creemos útil reproducir el texto original: Verum quoniam in nullius, rei, quam huius omnium altissimae ac difficilissimae notitia atque explanatione, aut periculosius verari, aut esse entiae et personae propria vocabula, quibus hoc mysterium significatur; et sciant fideles unitatem esse in essentia distinctionem autem in personis.

nen cada una de ellas, personalidad propia: el Padre no es sino Padre, el Hijo no es sino Hijo, el Espíritu Santo no es más que Espíritu Santo, como dice san Agustín: *Pater, Pater est; Filius, Filius est; Spiritus Sanctus, Spiritus Sanctus est*¹. Y antes de san Agustín, el Símbolo de san Atanasio no había formulado la tradición católica de una manera menos precisa, diciendo: Una es la persona del Padre, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo: *Alia est persona Patris, alia Filii, alia Spiritus Sancti* ².

Pero teniendo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sendas personas, ¿cuál de ellos puede decirse primero o último, mayor o menor? ¿El Padre, no engendrado de otro, es anterior a los otros dos? ¿El Hijo, engendrado del Padre, depende de su principio? ¿Y el Espíritu Santo, que procede de uno y de otro, es de condición inferior a ellos? Vanas cuestiones: las tres personas son iguales en todo; las tres son eternas, las tres son omnipotentes, las tres inmensas, las tres soberanas: Señor es el Padre, Señor es el Hijo, Señor el Espíritu Santo ³; cada una de las tres Personas es Dios, como aprendemos a balbucear en el Catecismo: El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.

Si, el Padre es Dios: Padre, mi Padre, exclama Jesucristo, en la sublime oración sacerdotal que san Juan nos relata en el capítulo séptimo de su Evangelio: Padre mío, conoceros a Vos, el solo y verdadero Dios, he aquí la vida eterna: *Haec est vita aeterna, ut cognoscant te solum verum Deum*⁴.

Si, el Hijo es Dios, vais a cantarlo inmediatamente: Dios de Dios, luz de la luz, Dios verdadero de Dios verdadero⁵, de la misma naturaleza del Padre, del

1. In Joan. trac. 39.
2. Symb. Quicumque.
3. Symb. Quicumque.
4. Joan. c. XVII, v. 3.
5. Symb. de Nicea.

cual es la semblanza perfecta, su imagen, no accidental y pasajera, sino substancial y eternamente subsistente¹, en fin, igual al Padre y pudiéndose llamar Dios sin usurpación, como dice san Pablo: *Qui cum in forma Dei esset non rapinam arbitratus est se esse aequalem Deo*².

Sí, el Espíritu Santo es Dios; escuchad lo que la Iglesia canta: El es Señor y vivificador; El es adorado y glorificado a la vez con el Padre y el Hijo; El procede del uno y del otro no siendo inferior a ninguno; El ha hablado por los profetas³... Las Escrituras y la liturgia están llenas de sus operaciones múltiples, las cuales son todas operaciones divinas. Citemos algunas al azar: El es la vida y el padre de la vida; El es luz y foco de luz; El es bondad y fuente de bondad; de El toda virtud deriva; por El toda verdad es enseñada; El es quien perdona nuestros pecados, el que nos justifica y nos santifica; El es quien derrama la divina caridad en nuestras almas y, por esta efusión, nos hace hijos de Dios⁴.

Pero si el Padre es Dios, si el Hijo es Dios, si el Espíritu Santo es Dios, ¿hemos de decir que hay tres Dioses? No, ciertamente; y la sentencia de san Agustín, que es la de toda la teología, se aplica aquí muy oportunamente: *non est numerus*, aquí no se trata de números. Tres son las personas divinas, igualmente santas, igualmente poderosas, igualmente inmensas, igualmente eternas, soberanas y divinas; pero no hay sino una sola naturaleza divina, una sola substancia divina, una sola *esencia* divina; y es la palabra que el Catecismo Romano os recomienda a vuestra atención... Y continuó: ya que no hay sino una sola naturaleza divina, una sola substancia divina, una sola esencia di-

vina, la cual es simple, sin división ni participación, toda en cada una de las personas, como nuestra alma es indivisa y toda en cada uno de nuestros miembros, estas tres personas, bien que distintas, no son sino una sola cosa *et hi tres unum sunt*, no constituyen sino un Ser infinito y único, una substancia divina única, un Dios único.

¡Oh profundidad! ¡Oh abismo! ¡oh misterio insondable! Se ha dicho que, entre los filósofos antiguos, algunos entrevieron este misterio envuelto en medio de penumbras... Iluminados con mejor luz, los grandes doctores de la Iglesia, los grandes teólogos, un san Agustín o un Bosuet, por ejemplo, han penetrado más adentro, pero sin ir por esto muy lejos y como balbuceando... ¿Extrañaremos esto? ¡Cómo comprender lo incomprendible! ¡cómo narrar lo que es inenarrable! ¡cómo distinguir claramente lo que está más allá de nuestros límites visuales! ¡Quién no tendrá como una afirmación más teológica que oratoria, esta exclamación de Bourdaloue: Si os comprendiese, oh Dios mío, o bien no seríais el que sois, o yo no sería lo que soy! Y san Gregorio el Grande ¡expresaba otra cosa cuando decía: Aquél que no vea la razón de las cosas divinas, encontrará en la pequeñez y en la pobreza de su espíritu, el motivo por el cual no ve esta razón... y añade: ¿Qué tiene de extraño que no llegue a la altura de las cosas divinas, aquel que a cada instante se engaña y tropieza en la investigación de las cosas humanas? Es imposible ver con más claridad esta cuestión, y expresarse mejor.

Y por consiguiente, cristianos, por lo que a todos nos concierne personalmente, siendo más creyentes que nunca y más humildes sobre todo, no nos entretengamos con inútiles especulaciones. En nuestras investigaciones sobre la Santa Trinidad, hagamos menos

1. HEER. c. I, v. 3.
2. PAULIN. cap. II, v. 6.
3. Symb. de Nicea y de Constantinopla.
4. Por los textos, véase. GOUSSER. Teología Dog. t. II, pág. 217; Misal rom. in die Pentecostes y Brev. in eodem festo

1. MISTÉRIOS, t. III.
2. AP. GRANADA, t. IV de serm.

hincapié en lo que ella es, que en lo que le debemos. Entonces estaremos en un terreno más fácil y marcharemos sobre terreno firme... ¿Quién nos ha dado el ser? El Padre. ¿Quién nos ha rescatado? El Hijo venido del cielo a la tierra por nosotros y por nuestra salvación¹. ¿De quién provienen las gracias necesarias a nuestra santificación? Del Espíritu Santo. O mejor, para seguir más exactamente las enseñanzas de la teología: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, unidos en una sola operación indivisible, debemos nuestra creación, nuestra redención y nuestra santificación. No somos menos deudores a la Trinidad, que a cada una de sus personas, según la frase de san Juan Crisóstomo: *Totae Trinitati obligati sumus*.

Y por otra parte, tenemos en la liturgia y en el conjunto de ritos ceremoniales, un testimonio aun más directo, más sensible y siempre presente. Sea que ella sea que bendiga, sea que cante sus himnos para celebrar la gloria de Dios, la Iglesia comienza y acaba siempre en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sus ministros repiten innumerables veces al día: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Todas sus plegarias, todo su culto, no es sino una confesión pública, una alabanza continua y una invocación confiada del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y los sacramentos ¿de dónde derivan su eficacia? ¿En nombre de quién son administrados? ¿En nombre de quién somos regenerados en el bautismo, hechos cristianos perfectos en la confirmación, absueltos en el tribunal de la penitencia? En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿En nombre de quién los enfermos son ungidos para el último combate, consagrados los sacerdotes a las cosas santas, los vínculos del matrimonio santificados, para aumentar su firmeza y su dulzura? También en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Este

1. Symb. de Nicea.

es el manantial eternamente fecundo; ni en el orden de la naturaleza, ni en el orden de la gracia, infinitamente superior, no recibimos nada que no proceda de este principio, y que no parta de este centro. ¡Oh santísima y adorable Trinidad! Nosotros no comprendemos sino de una manera rudimentaria lo que sois, pero vemos claramente vuestras obras y juzgamos de la excelencia de vuestro ser por la magnificencia de ellas; así, os invocamos, os bendecimos, y os adoramos, oh bienaventurada Trinidad en la no menos venerable unidad: *Te invocamus, Te laudamus, Te adoramus, o beata Trinitas*¹.

Acabo de hablar de la extremaunción administrada en nombre de las tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; pero es conveniente, para vuestro provecho, detenernos en ello algún tanto. ¡Ah! yo no conozco nada tan emocionante y tan consolador, como las oraciones recitadas por el ministro de la Iglesia en la cabecera del cristiano que libra su último combate. ¡Qué lástima que sean tan poco conocidas y apreciadas, y que muchos las miren con temor! No obstante, es cierto que no existen oraciones mejores, ni más capaces de inspirar confianza, en el momento en el cual el cristiano tiene el deber de utilizar mejor los medios de que dispone. Es, pues, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que el ministro de la Extremaunción pide el alejamiento de la influencia de Satanás sobre el moribundo: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti extinguatur in te omnis virtus diaboli per impositionem manuum nostrarum*².

El sacramento es, pues, recibido, pero la santa ceremonia no está terminada. Salid de este mundo, alma cristiana, dice el sacerdote, en nombre del Padre todopoderoso que os ha criado, en nombre de Jesucristo, hijo de Dios vivo, que ha sufrido por nosotros, en

1. Off SS. Trinit.

2. Rit. Rom. ord. ministrandi.

nombre del Espíritu Santo, que ha venido a habitar dentro de vos: *Proficere, anima christiana, de hoc mundo, in nomine Dei Patris omnipotentis, qui te creavit, qui pro te passus est, in nomine Spiritus Sancti, qui in te effusus est*¹... Pero este tránsito es doloroso, aun para un alma cristiana. ¿Sabe, por ventura, si sus pecados le han sido perdonados? Si es cierto que tiene razones para esperar, ¿no las tiene también para temer? ¿Es necesario ser tan puro para comparecer ante el Soberano Juez!... El ministro de Dios interviene de nuevo y tranquiliza a esta alma temblorosa, y ¿con qué medio? Inscribiendo en la parte activa de su cuenta, permitiéndole esta expresión, la fe que ella ha profesado a la Santa Trinidad. Dirigiéndose, pues, al Padre de las misericordias: Señor, le dice, reconozco a vuestra criatura, *agnosce, Domine, creaturam tuam*, porque no son los dioses extranjeros los que la criaron, sino vos solo que sois el Dios viviente y verdadero, *non a diis alienis creatam, sed a te solo Deo vivo et vero*. Señor, llenadla de gozo, admitidla en vuestra presencia, *laetifica, Domine, animam ejus in conspectu tuo*, no os acordéis de sus iniquidades pasadas... Pero escuchad el final: Si ella no está exenta de pecados al menos no ha de reprocharse el haber negado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; no, ella ha reconocido siempre a las tres personas divinas, se ha interesado por su gloria, ha servido y adorado fielmente al Dios que ha hecho todas las cosas: *Licet enim peccaverit, tamen Patrem, et Filium et Spiritum Sanctum non negavit, sed credidit, et zelum Dei in se habuit, et Deum qui fecit omnia, fideliter adoravit*¹.

No demos un mentís a las palabras de la liturgia sagrada. Seamos lo que ella supone, que somos: los adoradores y celadores de la Santa Trinidad. Llegada nuestra última hora, la fe que en nuestra vida haya-

¹. Rit Rom. ord. ministrandi.
1. *Ibid.*

IV.—LA UNIDAD DE ESENCIA EN DIOS 37

mos profesado a las tres divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, no será el menor de los títulos—la Iglesia nos es garantía de ello—para obtener perdón y misericordia.

SERMON QUINTO

La omnipotencia de Dios

Creo en Dios, Padre todopoderoso

Imprimis docent parochus Deo omnipotentem vim frequentissime a sacris litteris tribui.
Catech. Rom. cap. 2

En Dios encontramos el número y su ausencia, es decir: la Trinidad; he aquí lo que hemos explicado en el sermón anterior. Ahora añadiremos: este Dios uno y trino es todopoderoso, y nosotros hacemos de ello profesión de fe: *Crede in Deum, Patrem omnipotentem*¹. Este es el objeto de la instrucción de hoy. ¡Dios nos ayude con su gracia.

Dios es omnipotente. Es una verdad revelada. El se mostró a Abraham y le dijo: Yo soy el Señor todopoderoso: *Ego Dominus omnipotens*². Al Señor Dios omnipotente, Mardoqueo dirigió su plegaria, para obtener la vida de su pueblo, amenazado con una ruina.

1. Como las tres personas divinas son iguales en todas las cosas, el Padre es omnipotente, como el Hijo y el Espíritu Santo; pero no hay tres omnipotentes, sino uno sólo, por razón de la unidad de substancia en las tres personas divinas. No obstante, la omnipotencia, aunque común al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, es más particularmente atribuida al Padre, como la sabiduría al Hijo y la bondad al Espíritu Santo, porque el Padre es la primera persona de la Santísima Trinidad, origen de las dos otras, las cuales son con El coeternas siendo también el Padre origen, en el tiempo, de cuanto existe.

2. Car. Rom. cap. 2.
Gen. c. VII, v. 1.

próxima: *Domine, Rex Omnipotens, miserere populi tui... quia volunt nos inimici nostri perdere*¹. Se han contado en el Antiguo Testamento, hasta setenta pasajes, en los que Dios es llamado textualmente, Todopoderoso. Y en cuanto a los textos en los cuales se expresa la misma idea, con formas equivalentes, son tan numerosas, que sería preciso citar a la Sagrada Escritura entera.

Dios es omnipotente. Es una verdad de fe definida, que figura como tal al principio de todas las profesiones de fe. Creo en Dios Padre todopoderoso... Así se expresa el Símbolo de los Apóstoles. Creo en un solo Dios Padre omnipotente... Así comienza el Símbolo de los PP. de Nicea y Constantinopla. ¿Es necesario citar al Concilio Vaticano: *Sancta Catholica, Apostolica, Romana, Ecclesia credit et confitetur unum esse Deum, verum et vivum, creatorem caeli et terrae, Omnipotentem*. La santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, cree y profesa que hay un solo Dios vivo y verdadero, criador y Señor del cielo y de la tierra, el cual es todopoderoso¹?

Y si a estos textos y definiciones, añadimos el testimonio de la liturgia, veremos, que no se dice una misa, ni se canta un prefacio, ni se da una bendición, ni se administra un sacramento, sin que se nombre a Dios todopoderoso. Recorred el Misal, el Ritual y los otros libros litúrgicos, leed sobre todo la colecta de cada fiesta, y veréis invocar siempre al Dios omnipotente y eterno, siendo estos nombres, o sus equivalentes, el encabezamiento oficial de todas las súplicas que la Iglesia dirige a Dios, en nombre del pueblo cristiano.

Dios es omnipotente. Es también una verdad de razón y se deduce, como una consecuencia obligada, de lo que ella nos enseña sobre Dios, el cual siendo lo que es—Ser perfecto, Ser excelentísimo, Ser soberano

1. ESTH. c. XIII, v. 9.

2. Cons. Dog. Dei Patris, cap. 2.

—Y no pudiendo dejar de serlo, como expresa el texto ya citado: Ser infinito, una infinidad de veces infinitamente infinito en sus perfecciones infinitas, es claro que ha de ser omnipotente, en virtud de la misma perfección de su ser. Decir de Dios lo que acabamos de decir, agotando los recursos del lenguaje; ¿no es la afirmación más amplia, más universal y más absoluta de su omnipotencia? ¿Cómo sería Dios el Ser de los seres, una infinidad de veces infinitamente infinito en sus perfecciones infinitas, si no fuese tan infinitamente poderoso, como es infinitamente bueno, santo, sabio y justo? No llevemos más lejos la demostración; la omnipotencia de Dios lleva en sí misma la prueba, y no expresa exactamente Tertuliano: No podemos creer en Dios, sino con la condición de creerle omnipotente: *Deus non alia lege credendus est, nisi ut omnia posse credatur*¹.

Y establecido sólidamente este punto de doctrina, ¡cuánta luz va a brotar, como de un foco luminoso! Omnipotencia de Dios, ¡cuán fácil es aceptar las demás verdades de la fe!

La fe me enseña que Dios lo ha creado todo de la nada, sin esfuerzo, sin trabajo, con una sola palabra, por un solo acto de voluntad y como por juego, *ludens in orbe terrarum*². El lo ha dicho, El lo ha querido y sin proferir palabra, todo ha sido hecho, el cielo, la tierra, el océano, las cosas que vemos y las, sin comparación más numerosas, que no vemos: *Dixit et facta sunt ipse mandavit et creata sunt*³. ¿Acaso podré admirarme de ello?... Dios es omnipotente.

La fe me enseña, que este vasto universo y todo lo que él encierra, no ha agotado el poder criador de Dios; que así como el alfarero, siguiendo la ingeniosa comparación de san Basilio, después de haber contor-

1. De RESURRECT, CARN. c. XI.
2. PROV. c. VIII, v. 31.
3. PSAL. 32.

nado artísticamente un vaso, tiene la facultad de producir muchos otros, así, si Dios quisiera, podría fabricar mil mundos, tan fácilmente como uno solo, ¿Acaso podré admirarme de ello?... Dios es omnipotente.

La fe me enseña que hay una maravilla no menos grande que la creación del mundo: su conservación. Desde muchos miles de siglos, este complicado mecanismo funciona, y ni una sola pieza se ha desviado, ni un resorte se ha inutilizado, ni una estrella se ha apagado, ni uno de los inmensos astros, que ruedan en el espacio, ha salido de su órbita, sucediéndose los días a los días, las estaciones a las estaciones, sin que este inmenso reloj se detenga ni varíe, sucediéndose todo en un orden inmutable. ¿Acaso podré admirarme de ello?... Dios es omnipotente.

Y si del orden natural, pasamos al sobrenatural, infinitamente superior al primero, el asombro aumenta. La fe me enseña que Dios ha bajado del cielo, que ha tomado nuestra naturaleza, es decir, un cuerpo y

1. Nuestra facultad de imaginar y de concebir, por fecunda y extensa que sea, no puede dar ninguna imagen adecuada del poder divino. Más allá de nuestro *imaginable* y de nuestro *concebible*, Dios existe, con una esencia independiente de nosotros, e infinitamente poderoso. No hay imposible para Dios, sino lo que El no puede querer: *Deo nihil impossibile, nisi quod non vult* (Tert. de carn. Christ. c. 13). Dios no puede querer el mal; no puede querer tampoco, lo que es absurdo, e implica contradicción, como hacer un círculo cuadrado, o que una cosa sea y no sea al mismo tiempo, y bajo el mismo aspecto. Tampoco puede, lo cual constituiría una imperfección de su ser, morir o ser falible. De estas cosas, dice santo Tomás, más bien ha de decirse, que no pueden ser hechas por Dios, que no que Dios no puede hacerlas (1 p. q. XXV, art. 3). Y lo mismo dice san Agustín: "Dios es omnipotente; y porque es omnipotente, no puede morir, ni puede engañarse, ni puede mentir. Y, como dice el Apóstol: El no se puede negar a sí mismo (II Tim. c. 2). ¡Cuán numerosas son las cosas que no puede hacer Dios! ¿Por qué, pues, es todopoderoso? Precisamente porque no puede hacer estas cosas."

un alma semejantes a los nuestros, verificándose la unión más estrecha que puede darse entre la humanidad y la divinidad, hasta el punto que sin faltar en un ápice a la fe podemos decir: que Dios se ha hecho hombre, siendo Creador de los hombres; que ha nacido, siendo eterno, que ha sufrido, siendo impasible, que ha muerto, siendo inmortal, que ha resucitado, poseyendo el ser de una manera inalienable, y que ha subido al cielo, no habiéndolo dejado nunca. En verdad, no comprendo, ni puedo comprender, el misterio de la encarnación. Pero yo creo... Dios es omnipotente. La fe me enseña, apoyada por el testimonio de la historia, que este Dios hecho hombre, Jesucristo, esos como sorprendentes; que convirtió el agua en vino en Caná; que multiplicó los panes en el desierto en hombres; que resucitó al hijo de la viuda de Naím, cuando era llevado a la sepultura, y a Lázaro que estaba en ella desde cuatro días; que curó, con una simple palabra, o con sólo un contacto, o sin palabra ni contacto, ya a un paralítico de treinta y ocho años, ya a un ciego de nacimiento, con otros innumerables. Esto tampoco lo comprendo; pero creo... Dios es omnipotente.

Entre las obras de este Dios humanado, hay una particularmente prodigiosa: me refiero a la Eucaristía, que mejor que un milagro, es una serie o un conjunto de milagros¹. En Jesucristo tan realmente presente en la Eucaristía, como lo está en el cielo, aunque en una forma diferente, tenemos un milagro. En la transubstanciación, es decir, en el cambio de toda la substancia de pan en cuerpo de Jesucristo, y de toda la substancia de vino en su sangre, de tal manera, que no quedan del pan y del vino más que las apariencias, estando en su lugar, el cuerpo verdadero de Jesucristo,

1. FABER. *El Sant. Sacram.*

y por concomitancia, la verdadera sangre de Jesucristo. con su alma y su divinidad, tenemos otro milagro. La totalidad de Jesucristo, es decir, su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, presentes, sin división ni partición, en cada especie, y también presentes, de la misma manera, en cada fracción de especie, por pequeña que sea, de manera que en el día feliz de la comunión recibe el cristiano al Inmenso, al Eterno, al Infinito, al Todopoderoso, es decir, a su Dios, constituye otro milagro. Yo comprendo cada vez menos oh mi Dios, pero creo, porque vos habéis revelado estas verdades, y sois bastante poderoso para que esto pueda verificarse... ya que sois omnipotente¹.

Y con todo, no hemos agotado el tema; porque no solamente la fe, sino todas las virtudes cristianas son fortalecidas por la creencia en el poder omnipotente de Dios.

Tened fe en la omnipotencia de Dios, y oraréis mejor, sabiendo, como dice san Pablo en su carta a los Efesios, que Dios puede cumplimentar nuestros deseos, como nunca podemos imaginar: *potens est omnia facere superabundanter quam petimus, aut intelligimus*². ¿Quién duda que Dios puede transportar una montaña de un lugar a otro? ¡Pues bien! El Evangelio nos asegura que Dios lo haría, si fuese necesario, con tal que tuviésemos fe como un grano de mostaza³. Tened fe en la omnipotencia de Dios... y tendréis el solo tenor que un cristiano puede tener: el de

1. No hemos hecho sino desarrollar la idea del Catecismo Romano: *Præterea nulla res tam ad fidem confirmandam valet, quam si fixum in animis nostris teneamus, nihil non fieri a Deo posse, quidquid deinceps credere oporteat, quamvis magnum et admirabile sit, rerumque ordinem ac modum superet, illi tamen facile humana ratio, postquam Dei omnipotentis notitiam perceperit, sine ulla hæsitacione assentitur; quin potius quo maiora sint que divina oracula doceant, eo libentius fidem eis habendam esse existimet* (Cat. Rom. c. 2).

2. EPHES. c. III. v. 20.

3. MATTH. c. XVII. v. 19, 20.

ofender al Maestro de los maestros, el cual es clarividente hasta el punto de seguir con la mirada nuestras acciones, y hasta nuestros pensamientos, con suficiente poder de castigarlos, cuando sean malos. Así nos lo muestra la palabra de Jesucristo: No temáis a los hombres, que solamente pueden matar al cuerpo; temed, sobretodo, a Aquel que después de matar al cuerpo puede arrojar vuestra alma al fondo del infierno... En verdad os lo digo: Este es a quien debéis temer: *Ita dico vobis; hunc time*¹.

Tened fe en la omnipotencia de Dios, y seréis humildes. Por esfuerzos que hagamos para engrandecernos ¿qué somos en realidad en medio de este vasto universo? Menos que un grano de polvo, apenas un átomo; nada. Y Dios ¿qué es? Oigamos a san Juan: El Rey de los reyes, el Señor de los señores, el solo poderoso²: todo en realidad. En cierta ocasión, paseando Canuto el Grande, rey de Inglaterra, por la ribera del mar, sus cortesanos le mostraron la inmensidad de las aguas diciendo: He aquí a vuestro súbdito; vos sois el Rey del Océano... Canuto, adelantando algunos pasos, e interpeando a este súbdito, le dijo: Si yo soy tu Rey, respeta mi poder, y no te atrevas a mojarme los pies... En seguida vino una ola que cubrió con su espuma, el manto real, y el Rey volviéndose a los suyos dijo: No podemos nada, amigos, y no hay otro rey que el que dijo al mar: No irás más lejos, y el mar le obedeció.

En fin, para terminar esta instrucción, aunque sin agotar la materia: Existe otra virtud que tiene en la fe confianza. ¿Sufrís en el cuerpo o en el espíritu? Tened confianza, ¿Dudáis de que Dios sea bastante poderoso, para poner término a vuestras pruebas, o para recompensaros? ¿Os inquietáis del día de mañana, o tal

1. Luc. c. XII, v. 5.
2. Apoc. c. XIX, v. 16.

vez no estáis contentos de vuestra suerte y murmuráis? Tened confianza: Dios es todopoderoso, y no siendo menos bueno que poderoso, proveerá en el día de mañana, como ha proveído en el de ayer y en el de hoy. Felices, decía san Francisco de Sales, los que confían en Aquél que, siendo Dios y Padre, puede y quiere subvenir a todas nuestras necesidades... El mismo Santo decía: Yo no he deseado sino muy pocas cosas, y estas pocas cosas las he deseado muy flojamente, habiendo preferido no desear nada, con fines de propia complacencia¹... He aquí el lenguaje del que confía en Dios simplemente y con puro abandono...

Tal vez vos no tenéis por hoy, ni acaso para más adelante; pero ¿tenéis los acontecimientos más o menos lejanos? Tened confianza; los acontecimientos del porvenir están en las manos de Dios, y no sucederá nada que El no haya previsto y ordenado para nuestro bien, y sobre todo para nuestro bien espiritual. En definitiva, los designios de Dios siempre se cumplen y cualesquiera que sean las apariencias contrarias, todo se dirige finalmente al bien de los que le aman y le sirven: *Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum*². Por mi parte, no puedo leer, en el capítulo cuarto de san Marcos, la relación conmovedora de la tempestad apaciguada, con una sola palabra de Nuestro Señor, sin recordar las fases diversas y peligrosas, por las cuales la Iglesia ha pasado en el transcurso de diez y nueve siglos, tempestades espantosas, muchas de las cuales amenazaban sumergirlo todo. Pero no, Dios es omnipotente, y, en el momento debido, se levanta y manda a los vientos, diciendo al mar: soségate... y los vientos cesan, y sobreviene una gran calma... *et exurgens comminatus est vento, et dixit mari: tace, obmutescere... et cessavit ventus, et facta est tranquillitas magna*³.

1. Vida del Santo por Hamon.
2. Rom. c. VIII, v. 18.
3. Marc. c. IV, v. 33.

Si queremos otra aplicación de la Sagrada Escritura, no menos feliz, al asunto que nos ocupa, la encontraremos en el capítulo sexto del cuarto libro de los Reyes.

El Rey de Siria guerreaba contra el pueblo de Dios, e intentaba sobre todo vengarse del profeta Eliseo, que burlaba sus planes. A este fin, envió, en las tinieblas de la noche, la parte más escogida de su ejército, con carros de combate, al pueblo de Dotthaim, donde había el siervo de Dios: *Misit erga illic equos, et curvas, et robur exercitus, qui, cum venissent nocte, circumderunt civitatem.*

El servidor del profeta, habiendo salido de su casa al apuntar el alba, vió todos estos preparativos, y se apresuró a dar cuenta de todo a su Maestro, al cual dijo: ¿Qué haremos, pues, mi Señor? No temas, le respondió Eliseo, hay muchas más gentes con nosotros que con ellos: *plures enim nobiscum sunt, quam cum illis...* Y abriendo los ojos a su servidor, vió éste a un grande ejército compuesto de valientes guerreros y de carros de fuego, pronto a defender a Eliseo: *Et ecce mons plenus equorum, et curruum igneorum in circuitu Elisei!*

Toda la historia de la Iglesia, en sus diversas épocas, está resumida en esta página. ¡Cuán numerosos y amenazadores son sus enemigos! Podríamos también servir del profeta: *Heu, heu, heu, Domine mi, quid faciemus?*...

Pero no, aquí también, como en Dotthaim, existe un gran ejército y una fuerza invisible. Contrariamente a sus previsiones, el enemigo se ve obligado a retroceder, y a rehacer sus filas, para un nuevo ataque, que no tiene más éxito que los precedentes. ¡Y esto dura ya más de diez y nueve siglos!

¿Cuál es esta fuerza invisible, pero invencible?

1. REG. c. VI, v. 14, 15, 16, 17.

¿Cuál es este ejército de reserva que impone respeto al que ataca? Las milicias celestes, a las cuales la omnipotencia de Dios, respondiendo a nuestras súplicas, pone en movimiento, verificándose las palabras de san Ambrosio: Tiene más poder la oración confiada de los santos, para atraernos defensores del cielo, que la malicia de los hombres, para multiplicar los agresores: *Mirares! plures coelo defensores meretur sanctitas, quam in terris obpugnatores adduxit improbitas!*

1. AP CORNEL. A. LAP. in hunc locum.

SERMON SEXTO

La creación.

Creo en Dios... Creador

Deus non ex materia aliqua mundum fabricatus est, sed ex nihilo creatus; idque nulla vi, aut necessitate coactus, sed sua sponte et voluntate instituit. Neque vero ulla alia fuit causa, quae illum ad opus creationis impelleret, nisi ut rebus quae ab ille affectae essent, bonitatem suam impertiretur.

Catech. Rom. cap. 2

En la última instrucción, hemos demostrado, con pruebas convincentes, la omnipotencia de Dios, verdad revelada, definida como de fe, y evidente a la misma razón. Estamos, pues, en las mejores condiciones, para tratar de un tema, que tiene gran afinidad con el precedente: Dios es creador.

Dios es criador. La Sagrada Escritura lo afirma en cada página. Ya en la primera Moisés dice: *In principio Deus creavit coelum et terram*¹. En las páginas siguientes, venos a David, el salmista inspirado, que repite: Señor, los cielos son vuestros, y la tierra os pertenece; habéis hecho el universo y todo lo que contiene; habéis criado el océano y el aquilón². Oímos también a Isaías, el más sublime de los profetas, que exclama

1. Tanti enim operis (creationis) miraculum facilius creditur, quod nullus de immensa Creatoris potestate dubitandi locus relinquatur. *CATECH. ROM. c. 2.*
2. *GEN. c. 1, v. 1.*
3. *PSAL. LXXXVIII, v. 16.*

más adelante: Vos sois el Señor Dios, el único Maestro, siendo el cielo y la tierra obra de vuestras manos¹. Esta misma verdad nos es afirmada por san Pedro, príncipe de los apóstoles², por san Pablo, Doctor de las naciones³; y en su última página, el Angel de Pathmos escribe: *Dignus es Dominus Deus noster, accipere gloriam, et honorem, et virtutem, quia tu creasti omnia et propter voluntatem tuam erant, et creata sunt*⁴: Sois digno, Señor Dios nuestro, de todo honor, de toda gloria, de toda alabanza, porque Vos habéis criado todas las cosas, las cuales han sido hechas por obra de vuestra voluntad.

Dios es criador. La Iglesia lo enseña en sus profesiones de fe, siendo la más explícita de ellas, la que canta el pueblo cristiano cada domingo: *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem coeli et terrae, visibilium et invisibilium*... Tenemos además la tradición que, sobretodo en los concilios, lo ha definido con su autoridad soberana: No hay sino un solo Dios, príncipe de todas las cosas, criador de los seres visibles e invisibles, el cual, por su omnipotencia, ha hecho de la nada, en el principio de los tiempos, la substancia que es espíritu y la substancia corporal, es decir, la substancia angélica y la substancia material y, en último término, la substancia humana compuesta de las otras dos; así se expresa el concilio de Letrán⁵.

La santa Iglesia católica, apostólica, romana, cree y profesa que no hay sino un solo Dios verdadero y viviente, criador y señor del cielo y de la tierra. En estas palabras, habéis reconocido al concilio Vaticano, citado ya en la precedente instrucción⁵.

Dios es criador. La razón no puede sino confirmar el dictamen de la fe. No hay efecto sin causa, dice la ló-

1. *ISA. cap. XXXVII, v. 16.*
2. *ACT. c. IV, v. 24.*
3. *ACT. c. XVII, v. 24.*
4. *C. 1 de fide. Cath.*
5. *C. 1. De Deo omnium rerum creatore.*

gica perenne, y el buen sentido más elemental. Este firmamento, estos astros, la tierra, el mar, los ríos, los océanos, las montañas, los valles, los árboles y los animales, los hombres y las cosas, en una palabra, este vasto universo con la multitud innumerable de seres que le componen, y del cual podemos, sin cansarnos, admirar la diversidad, la belleza, el orden, la trabazón y la dependencia... con la convicción de que nadie, que no haya perdido el buen sentido, se convencerá de que todo se ha hecho sin que haya una primera causa, un primer motor, un obrero inefable y un poder supremo que lo ha dispuesto todo. Son conocidos, los versos siguientes:

El universo me embaraza, y pensar no puedo
Que existe el reloj, y no el relojero.

Dios es, pues, criador. Sobre esta verdad, el acuerdo entre la fe y la razón es patente.

Pero ¿cómo Dios ha criado al universo? ¿Por qué lo ha criado? ¿Estas cuestiones carecen de importancia? ¿No conviene, al contrario, responder a ellas con alguna extensión, por los muchos errores antiguos y modernos, que se refieren a este punto capital? ¿No es conveniente, ya que con tanta frecuencia se olvida, recordar la primera página del Catecismo y las graves enseñanzas del Concilio Vaticano? ¿Dios ha sido creador en el sentido de los panteístas, es decir, extrayendo a todos los seres de su seno como, sirviéndome de una comparación grosera pero proporcionada a un error monstruoso, un insecto extrae de su seno las fibras de seda que le dan nombre¹, de manera, que todo lo que existe, no sea sino un aspecto evolutivo de la propia substancia divina? No ciertamente, el panteísmo que identifica lo increado y lo creado, lo infinito y lo finito, para el cual Dios lo es todo: hombre, animal, vegetal y

1. Comparación del P. Perrone (tom. 1, p. 668).

hasta mineral¹, ya que, según él, no hay más que una substancia única, la cual no es sino la substancia divina que se desenvuelve y se diversifica al infinito; el panteísmo, pues, es una doctrina no menos extravagante que impía², y el Concilio Vaticano, condenándole repetidamente, ha hecho un servicio señalado a la fe y a la razón³.

¿Dios ha creado en el sentido de los dualistas, es decir, sirviéndose de una materia preexistente que existía, como Él, de toda la eternidad, y que habría utilizado a sus designios? Muchos filósofos antiguos lo han pretendido, siendo este error muy extendido en el tiempo de san Agustín, y modernamente ha tenido bastantes defensores.

Pero no, no puede ser así; esto equivaldría a hacer de Dios un vulgar obrero. Que el hombre opere con elementos que se le suministran, que sean necesarios a un arquitecto materiales para edificar, a un pintor colores y una tela para pintar un cuadro, a un escultor un bloque de mármol o piedra o un tronco de árbol para labrar una estatua, en buena hora. Pero Dios no está sometido a esta dura necesidad; *Dios no es un simple artífice de formas en una materia preexistente*⁴.

Que nadie, exclama Lactancio, se devane los sesos, para averiguar con qué materiales ha construido Dios esta grande y magnífica obra del Universo⁵. La santa

1. Las consecuencias monstruosas del panteísmo, no podían escapar al genio de san Agustín, como se ve por el siguiente texto: Si toda substancia se engendra de la misma substancia de Dios, la universalidad de los seres no es inferior al Hijo de Dios: Fecisti enim coelum et terram non de te, nam esset aquale Unigenito tuo, ac per hoc et tibi. *Conf.* lib. 12.

2. Nos servimos para calificar al panteísmo, de las mismas expresiones de Pío IX: Quo (Panteísmo) certe ipsam rationem magis repugnans fingi et excogitari unquam potest. 9 Junio 1862.

3. Cánones 3, 4, 5.

4. Bosuet, Tercer Serm. 2.º. *Eleu.*

5. Nemo querat ex quibus materiis, ista tam magna, tam magnifica opera Deus fecerit, omnia enim fecit ex nihilo.

Escritura lo dice, la Teología lo explica, el Catecismo lo repite, en una palabra, es una de las enseñanzas capitales de la Iglesia: Dios lo ha criado todo de la nada, y no existiendo nada antes del tiempo, todo ha sido hecho. Recordemos a la madre de los Macabeos, diciendo al más joven de sus hijos: Mira, hijo mío, al cielo y a la tierra con todo lo que encierra y acuérdate que Dios lo ha criado de la nada: *Peto mate, ut aspicias ad coelum et terram et ad omnia quae in eis sunt, et intelligas quia ex nihilo fecit illa Deus*¹.

Pero el tema dista mucho de estar agotado, y si algunas cuestiones han sido resueltas, quedan otras por elucidar.

Dios que todo lo ha criado, la materia con la forma, es decir, la obra total, ¿cómo lo ha hecho? ¿con o sin esfuerzo? ¿libremente o fatalmente? Tenéis todas las respuestas en los labios, y el niño más pequeño de nuestros catecismos la daría tan exacta como el teólogo más ilustre.

Producir con esfuerzo, por medio de un trabajo continuo y paciente, es propio del hombre. Este no realiza sus obras sino con lentitud siéndole preciso meditación y tiempo para elaborarlas; tiene necesidad de trazas planas, formar dibujos, combinar elementos, medir distancias, calcular pesos y equilibrar fuerzas; y aun, después de estas precauciones, no hace nada que valga, y sobre todo, nada que dure... Pero en Dios sucede de muy diferente manera. Tomad la Biblia. ¿Acaso no la tendréis todos vosotros? Leed, pues, la primera página del libro sagrado, y veréis que nada se puede concebir, ni expresar, que manifeste de un modo más claro la omnipotencia de Dios. Dios ha dicho: Que la luz sea hecha, y al instante lo fué; que se haga el firmamento, y hubo al momento un firmamento; que las aguas se reúnan, y ellas se reunieron; que se enciendan los grandes lumináres para presidir, uno al día, y otro a la noche, y se encendieron; que nazcan toda clase

1. II MACCH. c. VII, v. 28.

de árboles, plantas y animales, y al momento nacieron, y así de lo demás: *Ipsae dixit et facta sunt ipse mandavit et creata sunt*¹. Y con todo, estamos muy por debajo de la realidad. Si Dios se nos representa como dotado de la palabra, es únicamente para acomodarse a nuestra inteligencia, la cual no puede concebir nada que no sea sensible. Hablando con propiedad, Dios no habla, ni tiene necesidad de hablar, bastándole querer; para El querer y obrar son una misma cosa, y constituyen una sola y única operación: Dios ha querido y todo ha sido hecho en el cielo, en la tierra, en el mar y en el fondo de los abismos: *Omnia quaecumque voluit, Dominus fecit, in coelo, in terra, in mare, et in omnibus abyssis*².

Pero Dios, que todo lo ha hecho de la nada con un solo acto de voluntad, ¿lo ha hecho libremente o por fuerza, de buen grado, o por coacción? ¡Oh la más sencilla y la más ingenua de las cuestiones! ¿De quién habría venido esta coacción? ¿De El mismo o de otro? No propondrá de Sí mismo, porque Dios se basta plenamente, y no tiene necesidad de nada ni de nadie, siendo infinitamente perfecto y dichoso, por lo cual ninguna criatura puede añadir ni quitar perfección alguna de Dios. Vos sois mi Dios, exclama el salmista y no tenéis ninguna necesidad de mis bienes³. Tampoco podrá sufrir coacción de algún otro ser, ya que todos han

1. GEN. c. I. Psal. 32.

2. Psal. 134. Quizás interesará al lector el conocimiento de este hecho curioso: después del banquete que fué ofrecido a Edisson en la plataforma de la torre Eiffel, escribió este sabio las siguientes líneas, en el libro de oro de la misma torre:

En la cúspide de la torre Eiffel. 10-IX-89

A M. Eiffel, el hábil constructor de un ejemplar tan gigantesco de arquitectura metálica, dedica estas líneas, un hombre que tiene la mayor admiración por todos los ingenieros, y sobretodo por el mayor de ellos: Dios. Edisson.

3. Psal. XV.

sido hechos por El, y que nada de lo que ha sido criado, lo ha sido sin El.

No, Dios es libre de toda coacción, no pudiendo ser dominado por fuerza alguna; hace lo que quiere, como quiere y cuando quiere. Es cierto que el mundo ha existido desde toda la eternidad en su pensamiento¹, como la casa, antes de construirse, está en la mente del arquitecto, como la idea de una cosa realizable; pero de hecho, El no la ha criado, sino cuando ha querido y en la forma que ha querido; no ha recibido, ni puede recibir orden que no provenga de su esencia: pudiéndolo todo, no debe nada a nadie. ¡Cuán grande sois en vuestras obras, oh mi Dios, pero cómo esta grandeza reside en Vos mismo! Sis el Ser necesario, y no podéis dejar de existir; vuestras obras son contingentes, y no era necesario que existiesen, no pudiendo añadir ni quitar a vuestro Ser infinito, perfección ni grandeza alguna.

Pero, si esto es así ¿por qué Dios ha sido Criador? ¿Por qué siendo libre de criar al mundo, lo ha criado? Suponer en Dios, Ser perfectísimo, el capricho o la ausencia de razón determinante, sería una temeridad que confinaría con la blasfemia. No será difícil dar solución a esta cuestión. Dios ha criado, dice san Agustín, porque ha querido que hubiese seres, a los cuales pudiese comunicar su bondad... ¡Admirable respuesta! ¡Cómo satisface a la vez al espíritu y al corazón! ¡Cómo agranda la idea que nos habíamos formado de Dios! Con no añadir nada a sus infinitas perfecciones, nos las hace más comprensibles, por lo mismo que las completa. Si, sin duda alguna, la creación es una obra de poder, como habemos suficientemente explicado; también es obra de sabiduría, como la armonía entre todas las partes de este universo, que estudiaremos, Dios mediante, en el curso de estas instrucciones, lo demuestra.

1. Boecio ha dicho: *mundum mente gerens pulchrum, pulcherrimus ipse*. De consol. lib. 3. En el mismo sentido Fenelón ha dicho que Dios eternamente crea, lo que le place crear. Exist. de Dios. 2.ª parte.

soberanamente. Pero sobre todo, la creación es una obra de bondad. Dios ha criado, no por necesidad, sino por bondad, buscando nuestra felicidad, y no su utilidad. El acto criador es un acto de magnificencia y de munificencia, y con formas variadas, siempre se verifica la palabra de san Agustín: Dios ha criado, porque ha querido que existiesen seres a los cuales pudiese comunicar sus bondades¹.

¡Oh Dios criador! ¡Oh Dios omnipotente y bondadoso! Y si así podemos expresarnos en el comienzo de las consideraciones sobre las obras divinas ¡qué será cuando exploraremos, no ya el mundo de la naturaleza, sino el mundo infinitamente más rico de la gracia!... Qué será sobre todo, cuando entraremos en el mundo de la gloria, y cuando las sombras de la fe habrán sido substituidas por las luces de la intuición! Entonces Dios nos será revelado; y, como indica la etimología de la palabra, habiéndose corrido los velos, conoceremos: ¡Oh Dios! vuestras obras tal como ellas son, y a Vos. Señor, si no tal como sois, al menos tal como puede conocerlos una criatura beatificada.

¡Apresurad, Señor, este día!

1. CONF. lib. 12 c. 4.—El testimonio de san Agustín, puede corroborarse con otros. He aquí como se expresa santo Tomás: *Divina bonitas est finis omnium rerum... Deus ipse solus est maxime liberalis quia non agit propter suam utilitatem, sed solum propter suam bonitatem*. 1. 1. q. XLIV, art. 4.º Véase el Cat. Rom. y el Con. Vat. Const. Dei Filii.

timo lugar, la substancia humana compuesta de las dos primeras¹... En la exposición que hacemos de la creación, seguiremos este orden; y ya que los ángeles abren la serie de las obras divinas, hablemos, en primer lugar, del mundo angélico. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Es, pues, una verdad de fe y de fe definida, que, independientemente del mundo visible que ocupamos, existe otro mundo distinto y superior, inaccesible a nuestras miradas y a nuestros sentidos, pero de una realidad innegable: el mundo angélico. La Sagrada Escritura lo afirma en todas sus páginas; la Iglesia se ha pronunciado en esta materia, con la autorización soberana que le pertenece; y la razón, lejos de contradecirlo, se inclina poderosamente a creerlo. Efectivamente,² no ofreciendo la escala de los seres en la naturaleza transiciones bruscas, sino gradaciones perfectamente ordenadas, y existiendo seres simplemente materiales, y otros mixtos, es decir, espirituales y materiales a la vez, es congruente que haya otros seres, en la cumbre de la creación, que sean sólo espirituales. Por tanto, negar la existencia de los ángeles, o transformarlos, como otros han hecho, en seres alegóricos nacidos de la imaginación de los pueblos, sería no sólo abjurar la fe, sino desdefiar la razón o no hacer caso de sus más fundadas hipótesis.

Pero ¿cuáles son estos habitantes del mundo invisible? ¿Cuál es su origen? ¿Cuál la época de su creación, su naturaleza y excelencia? Vayamos por partes. Dios los ha criado, como a los otros seres, *ex nihilo*,

1 Citemos íntegramente este texto, que hemos citado y citaremos, porque es fundamental en esta materia: "Unum universorum principium, creator omnium invisibilium et visibilium, spiritualium et corporalium, qui sua omnipotenti virtute simul, ab initio temporis, utramque de nihilo condidit creaturam, spiritalem et corpoream, angelicam videlicet et mundanam, ac deinde humanam quasi communem ex spiritu et corpore constitutam."

2. Natura non facit saltus. LANGE.

SERMON SEPTIMO

El mundo invisible. Los Angeles.

Creo en Dios... creador del cielo y de la tierra

Coeli et terrae nomine, quidquid coelum et terra complectitur, intelligendum est... Praeterea spiritalem naturam, innumerabiles angelos qui Deo ministrant atque adiserent, ipse (Deus) ex nihilo creavit, quos potestatis munere auxit atque ornavit. *Catech. Rom. cap. 2*

Lo hemos visto en la precedente instrucción: Dios ha criado, no en el sentido de los panteístas o de los dualistas, sino en el sentido de crear *ex nihilo*, y como agente único; no con estuerzo, sino con su sola paladencia íntima, sino de buen grado; no por necesidad íntima, sino por pura bondad, conforme enseñan las Santas Escrituras. Estas cosas las creemos y las profesamos, cuando decimos: *Creo in Deum... creatorem*. Pero ¿qué ha criado Dios? El Símbolo de los Apóstoles responde: El cielo y la tierra, *credo in Deum... creatorem coeli et terrae*, es decir, como explica el Símbolo de Nicea: las cosas visibles y las invisibles, *credo in unum Deum factorem coeli et terrae, visibilium et invisibilium*... y con más extensión el Concilio de Letrán: una y otra substancia, la substancia que es espíritu, y la substancia corporal, o lo que es igual: la substancia angélica, la substancia material y, en úl-

de la nada: no existiendo, han sido hechos, y habiendo de conservar la existencia perpetuamente, no tienen la inmortalidad de sí mismos, sino de la voluntad libre e inmutable del Criador.

Dios los ha criado antes que los demás seres: son nuestros primogénitos, y señalan la aurora de la creación. En el día en que crió Dios al cielo, crió también a sus habitantes; es decir, los crió *in principio*, al comienzo. Es la interpretación más probable, y sería temerario contradecirla.

Dios los ha hecho espíritus puros, es decir, sin mezcla de materia y tan alejados de toda impureza corporal, que constituyen una categoría de seres completamente distintos de nosotros. Así como el alma humana ha de estar asociada a un cuerpo, para que pueda conservar el funcionamiento regular de sus facultades, de la misma manera, los ángeles han sido enviados para actuar sin el cuerpo, siendo la incorporeidad una propiedad de su naturaleza². Los cuerpos con los cuales vemos que se aparecen, en muchos lugares de las Santas Escrituras, son cuerpos aparentes. Los espíritus no tienen carne ni huesos, *spiritus carnem et ossa non habent*; y oigo al ángel conductor de Tobias decir a sus huéspedes: Os parecía que comía y bebía con vosotros, pero yo me alimentaba de un maná invisible, que el yo humano no puede percibir: *Videbar quidem vobiscum manducare et bibere; sed ego cibo invisibili et potu qui ab hominibus videri non potest, utor*³.

Dios los ha colmado de sus larguezas y de sus misericordias, como expresa san Agustín: *Simul in eis*

1. Nostrae animae, substantiae spirituales incompletae vocantur, cum ad corpus informandum suapte natura ordinatae non quidem ad substantiam, sed ad suum complementum. PRÆMON. t. I, pág. 627.

2. Quæris nomen huius naturæ? Spiritus est. Quæris officium? Angelus est. Ex eo quod est, spiritus est; ex eo quod agit, angelus est. Aug. in psal. 103.

3. THOM. c. XII, v. 19.

*condens naturam, et largiens gratiam*¹. Los ángeles deben a Dios, el haber sido criados en la justicia y en la verdad²; es decir, con una inteligencia purísima, una voluntad muy recta, con una tendencia muy poderosa hacia el bien, y con todos los medios adecuados para obtener el fin sobrenatural al cual estaban destinados. Los ángeles buenos deben a Dios el haber permanecido fieles en la prueba, y también, pasado el tiempo de la prueba, el haber sido confirmados en gracia, el poderle ver cara a cara, el poseerle y gozarle y vivir con Él en una comunión íntima y personal, que se manifiesta por una sumisión perfecta, un abandono entero y gozoso de su ser, un reconocimiento sin límites, una adoración ininterrumpida que se exterioriza en perpetuas alabanzas, en una glorificación siempre actual y en un santo y feliz regocijo.

Pero Dios es autor de la naturaleza, no menos que de la gracia. Los ángeles han recibido de Dios las cualidades naturales que distinguen a los puros espíritus y que los levantan tan por encima de nosotros. La agilidad de los ángeles excede a nuestra imaginación; las distancias no existen para ellos, y se transportan de un extremo a otro de la creación, con la misma facilidad y rapidez que nuestro pensamiento va desde aquí a París, de París a Roma, y a otros cien lugares³. La ciencia de los ángeles es incomparable; saben mucho más que nosotros, mejor que nosotros, e incomparablemente con menos esfuerzos que nosotros; mientras nosotros necesitamos largas indagaciones, velas prolongadas o argumentos bien contruidos para poseer la verdad o retenerla, a ellos les basta una mirada o un instante⁴. El poder de los ángeles es prodigioso; de-

1. DE CIVIT. lib. 12, v. 44.

2. JOAN. c. VIII, v. 44.

3. Angelus in uno instanti potest esse in uno loco, et alio instanti in alio loco, nullo tempore intermedio existente. THOM. I. p. q. LIII, art. 3, ad 3, q. LXII, art. 6.

4. Angelus non intelligit veritatem intelligibilium discursive, sed simplici intuitu. S. THOM. 2, 2, q. CLXXX, art. 6, ad 2.

nos los raciocinios por los cuales se demuestra, que en virtud de las leyes de su naturaleza respectiva, las substancias menos perfectas están sujetas a la acción más fácilmente comprensibles. Un ángel transportó insensiblemente al profeta Habacuc de Judea a Babilonia¹, y al diácono Felipe de Sana a la ciudad de Azot². Un ángel envía una lluvia de azufre y de fuego sobre Sodoma, que había llegado a ser abominable por sus crímenes³. Un ángel libertó a Jerusalén, matando en una sola noche 185.000 soldados del ejército de Sennacherib que la sitiaba⁴. Un ángel tumbó la piedra enorme del sepulcro del Señor, rompiendo los sellos imperiales que lo cerraban⁵. Un ángel desató las esposas de las manos de san Pedro en la prisión del Sanhedrín: *cecidit catena de manibus ejus*⁶, y no tuvo que hacerse ante el prisionero: *et venerunt ad portam ferream quae ultro aperta est eis*⁷. Las santas Escrituras y los anales de la Iglesia, están llenos de hechos semejantes que, por ser sobrenaturales, no son menos ciertos que los hechos mejor establecidos de la historia⁸.

El tema dista mucho de estar agotado. Los ángeles, hermanos míos, nos son muy insuficientemente conocidos. ¿Cuál es su número? ¿Cuál es su jerarquía? ¿Cuáles son sus funciones y ministerios? Estas cuestiones no son menos interesantes que las precedentes. Vayamos al Evangelio: Dios ha criado innumerables ángeles. Los que cantaron el cántico al gozoso adveni-

1. DAN. c. XIV, v. 36.
2. ACT. c. VIII, v. 39, 40.
3. GEN. c. XIX, v. 24.
4. REG. c. XIX, v. 24.
5. MATH. c. XXVIII, v. 2.
6. ACT. c. XII, v. 7.
7. Ibid. v. 10.
8. La Iglesia celebra, en el día 10 de Diciembre, la traslación, por el ministerio de los ángeles, de la casa de la Virgen, de Nazaret a la Dalmacia, y de Dalmacia a Loreto.

miento, en Belén durante la noche privilegiada que dió al mundo un Salvador, eran multitud, y el texto sagrado les llama ejército: *Et facta est multitudo militum caelestis, laudantium Deum et dicentium: Gloria in altissimis Deo*¹. En el jardín de los olivos, Nuestro Señor dice que, si quisiese, tendría a su disposición doce legiones de ángeles, para librarle de las manos de sus enemigos... Pero no lo quiso, como tampoco quiso bajar de la cruz, liberándose de una muerte que era el precio, convenido con el Padre, de nuestro rescate. Los otros libros de la Escritura, hablan de mil millares de ángeles, y de mil centenares de miles²; y es evidente, por el contexto, que estas cifras quedan muy inferiores a la realidad. A la verdad, el número de ángeles es incalculable. Contad, si podéis, dice Bosuet, las arenas del mar, o las estrellas del firmamento, tanto las visibles como las invisibles, y creed que no habéis llegado al número de ángeles³. El gran obispo era, en esto, un eco fiel de la tradición. Según san Ambrosio, las noventa y nueve ovejas de la parábola, paciéndose en la montaña representan a los ángeles fieles, y la centésima oveja que se pierde y que el buen pastor persigue, hasta volver cargado con ella al redil, representa a la humanidad pecadora, salvada por Jesucristo venido del cielo para redimirla⁴... Si esta interpretación es tan exacta, como ingeniosa, existirían noventa y nueve veces más ángeles en el cielo, que hombres han existido, existen, o existirán en la tierra⁵. ¡Oh grandezza! ¡Oh munificencia que arranca a Bosuet este grito de admiración: Nada cuesta a Dios multiplicar las cosas más

1. LUC. c. II, v. 13.
2. MAT. c. XXVI, v. 53.
3. 4.º Serm. 1.ª Elev.
4. In LUC. c. XV.
5. La misma opinión sostiene san Dionisio Areop. en su libro sobre la jerarquía: *Angeli sunt innumeri, adeoque superant numerum omnium creaturarum etiam hominum qui unquam fuerunt, sunt et erunt.*

excelentes, prodigándolas más a medida de su mayor perfección¹...

Pero aun hay más. El nombre que no es sino tal, no es sino confusión. ¿Y el mundo invisible estaría sumergido en la confusión? ¿O tal vez los ejércitos celestes, serían ejércitos indisciplinados? Abandonemos esta preocupación. La jerarquía de los ángeles no es menos admirable, que su número es prodigioso. Dios los ha criado jerárquicamente; Dios los ha repartido en Querubines y Serafines, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades, Virtudes, Arcángeles y Angeles. He aquí los nueve coros angélicos; tan distintos son unos de otros, como subordinados los unos a los otros; éstos dependen de aquéllos, y todos dependen de Dios que los ha criado, y les ha dado el grado que ocupan en la jerarquía; así hay orden en el número, y unidad en la variedad, como en el compás hay la unidad de la serie de acuerdos. En el mundo de los espíritus puros existe una unidad armoniosa, de la cual el canto mejor rimado, la sociedad mejor organizada, y la comunidad más disciplinada, nos darían una leve idea. Estas bellas falanges marchan con un orden maravilloso, siendo la realización de las palabras que leemos en el 32º capítulo del Génesis: Verdaderamente este es el ejército de Dios: *Haec sunt castra Dei*².

Pero estas criaturas tan perfectas, tan bien ordenadas y dotadas con tanta munificencia en el orden de la naturaleza y de la gracia, ¿no fueron criadas para otro oficio, a más del de alabar y bendecir a Dios?

Tocamos aquí uno de los más bellos aspectos del tema que nos hemos propuesto tratar.

Dios ha criado a los ángeles en número inculcable, para distribuirlos en toda la creación, siendo en todas partes útiles obreros de la gloria extrínseca de Dios, como dice la epístola a los Hebreos: *administrantii spiritibus*³.

1. 4.º Sermón 1.ª Elev.

2. GEN. c. XXXII, v. 2.—3. HEB. c. I, v. 14.

Pues mientras unos permanecen ante su faz, cantando el eterno hosanna en su alabanza, y se llaman ángeles asistentes¹; otros son enviados en todas direcciones, no porque Dios tenga necesidad de ellos, sino porque quiere servirse de ellos², y son los ángeles ejecutores o misioneros, los cuales llenan el universo.

Cada astro, que rueda por encima de nosotros, tiene su ángel conductor que le dirige en su rápido curso y le mantiene en su órbita.

Cada elemento sólido o flúido, tiene su ángel protector que impide sea desviado del oficio propio por algún poder enemigo.

Cada pueblo y cada fracción de pueblo, cada provincia, cada ciudad y cada villorrio, tienen su ángel titular. Esta es la creencia unánime de la Iglesia³.

Y la Iglesia universal, como cada fracción de la Iglesia, cada diócesis, cada parroquia y, podríamos añadir, cada familia cristiana, pequeña iglesia doméstica según san Pablo⁴, tienen también el suyo.

En fin y para concluir: cada hombre, cristiano o infiel, justo o pecador, adulto o niño, tiene su ángel de guarda. Cuando Nuestro Señor expresa la gravedad

1. DAN. c. VII, v. 10 APOC. c. VII, v. 11.

2. 1.ª Tota creatura corporalis administratur a Deo per angelos. S. ACUS. de Trin. lib. 3, c. 4. Corporalia omnia reguntur ab angelis S. THOM. 1.ª p. CX, art. 1. Nihil prohibet dicere inferiores angelos divinitus distributos esse, ad administrandum inferiora corpora, superiores vero ad administrandum corpora superiora, supremos vere ad assistendum Deum. S. THOM. 1.ª p. q. LXIII, art. 7.

3. Regna et gentes sub angelis posita sunt. S. BASIL. Angelis singulis gentibus praesunt. S. HIERON. Bosuet en el prefacio de su Apocalipsis, dice que no podemos dudar que san Miguel es el defensor de la Iglesia como lo fué del pueblo escogido. Y san Ambrosio exclama: Dos custodios presiden a cada iglesia, uno visible: el obispo, y otro invisible: un ángel. Com. in Luc. lib. 2.

4. PHILIP. c. 1, v. 1.

5. Singulis hominibus singulos angelos deputari, non solum iustis et praedestinatis, sed etiam peccatoribus et reprobis.

del pecado de escándalo ¿no dió como razón principal, el que los pequeños tienen a los ángeles a su lado, y que estos ángeles siempre ven la faz del Padre que está en los cielos, y que por consiguiente, es una monstruosidad de inclinarnos al mal con malas palabras o ejemplos, cuando Dios los trata con tanto honor, y destaca de su servicio, para ponerlo al de los pequeños, a un ángel de su corte?

No insistamos más; serían precisos largos desarrollos que esta instrucción, ya demasiado larga no comporta.

Oh santos ángeles, si hemos dicho en alabanza vuestra alguna cosa que valga... Angeles asistentes al trono, ángeles misioneros que os ocupáis de nosotros... Angel de la Iglesia, ángel de la nación, ángel de la diócesis, ángel de la parroquia, ángeles de los niños inocentes y ángeles de nuestra propia guarda... rogad por nosotros, protegednos y salvadnos...

certa quidem et communis sententia est. Nec est discrimen inter fideles et infideles. PERKONE. Vol. I. p. 637.
1. MATTH. c. XVIII, v. 10.

SERMON OCTAVO

El mundo invisible. Los ángeles caídos

Creo en Dios... criador del cielo y de la tierra

Sed quavis omnes ii—Angeli...
coelestibus donis ornati fuerint, phirini tamen qui a Deo parente et creatore suo defecerunt, ex altissimis illis sedibus deturbati, atque in obscurissimum terrae carcerem inclusi, aeternas superbiae suae paeenas hauriunt.

Catech. Rom. cap. 2

En nuestra última instrucción, hemos demostrado que existe un mundo invisible poblado de ángeles, de los cuales hemos esclarecido el origen, la antigüedad de su creación, la excelencia de su naturaleza, su número el orden que reina entre ellos, los dones que recibieron, las cualidades que los distinguen, las funciones de que están invertidos cerca de Dios, y los ministerios que ejercen para nuestra utilidad.

Con esto, el tema del mundo invisible no está agotado. Hay que hablar de los ángeles que no han perseverado, o de los malos ángeles. Conocerlos no es ciertamente una ciencia vana; tenemos el mayor interés en averiguar lo que son, en donde habitan, ¡qué es lo que hacen. Dios nos guíe en este estudio.

Todos los pueblos sin excepción, han creído en los malos ángeles: sus poetas, sus historiadores, lo que nos resta de sus monumentos lo que conocemos de sus prácticas teúrgicas, dan testimonio de ello; por otra parte, las santas Escrituras, en el Antiguo y Nuevo Testamento, lo dicen muchas veces, ya en

términos propios, ya en equivalentes; en fin, la Iglesia lo enseña en sus concilios, en su liturgia por medio de sus doctores y de sus grandes teólogos, como de sus modestos catequistas. Existen, pues, malos ángeles o demonios, para llamarles con el nombre más usado y más propio. Todos habían sido criados justos, pero prevaricaron¹; Dios los había establecido en la verdad y la justicia, y, en lugar de conservarla, prefirieron, enamorados de sí mismos y olvidando su dependencia, lanzarse fuera de su vía y perseguir culpables designios. Su defecación está descrita con algún desarrollo por san Juan, en el capítulo duodécimo de sus Revelaciones: Hubo un gran combate en el cielo—entended, dice Bosuet, un combate de pensamientos y de sentimientos, porque entre puros espíritus no puede haber otro—Miguel y sus ángeles combatían contra el Dragón; el Dragón y sus ángeles combatían contra él; pero, faltando el ánimo a estos últimos, cayeron del cielo y perdieron su lugar: *Et non valuerunt, neque locus inventus est eorum amplius in coelo*².

Pero ¿dónde están estos espíritus sublevados, a los cuales una justa sentencia de excomunión ha arrojado del cielo? ¿Dónde están? En el infierno unos, como indica el texto de san Pedro en su segunda epístola: *Deus angelis peccantibus non pepercit, sed nudentibus inferni detractus in tartarum tradidit cruciandos in iudicium reservatis*³. Dios no ha perdonado a los ángeles pecadores, sino que los ha lanzado al abismo, en donde están confinados, como con cadenas y reservados a los rigores del Juicio. Los otros sobre la tierra, como nos lo dice san Juan en el Apocalipsis: *Et projectus est Satanas, qui seducit universum orbem*.

1. El cuarto concilio de Letrán se expresa así: *Diabolus et daemones alii a Deo quidem naturam creati sunt boni, sed ipsi per se facti sunt mali*.
2. Apoc. c. XII, v. 7.
3. II Petr. c. II, v. 4.

*in terram, et angeli ejus cum illo missi sunt*¹. Y Satanas, el seductor del orbe entero, fué arrojado sobre la tierra, y con él los ángeles, cómplices de sus proyectos. Concluamos nuestras investigaciones: según san Pablo, los demonios no tienen únicamente el infierno ni la tierra por morada, sino que habitan las regiones intermedias de la atmósfera, infectando el ambiente en que vivimos. Escuchad al gran Apóstol: Nosotros hemos de combatir no solamente contra los hombres de carne y sangre, sino contra las potencias infernales, contra los príncipes del mundo tenebroso, y contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire².

¿Pero, son numerosos estos espíritus transformados en enemigos nuestros, desde el día en que se rebelaron contra Dios? A la verdad, no tenemos, sobre este punto, sino meras conjeturas, pero los fundamentos sobre que reposan son dignos de atención. La Iglesia nos indica, por ejemplo, en el tercer domingo de Cuaresma, el texto siguiente del Evangelio de san Lucas: Cuando un espíritu inmundo ha sido expulsado de un hombre, recorre las regiones áridas, y juntándose con otros siete espíritus peores que él, vuelve a la casa que había dejado, en la cual permanece con su escolta³... Pero esta cifra de siete está muy lejos de ser la verdadera. Si del Evangelio de san Lucas, de donde está tomado este texto, pasamos al de san Marco, vemos a Nuestro Señor curando a un demoníaco, el cual, formado este texto, pasamos al de san Marcos, vemos a la legión: *Legio multi nomen est...* y explicando este nombre extraño dijo: Me llamo legión porque estamos aquí en gran número: *quia multi sumus*⁴. Y aun hay más:

1. Apoc. c. XI, v. 9.
2. Epr. c. VI, v. 12. Haec omnium doctorum opinio est, quod aer iste qui coelum et terram medius dividens inane appellatur, plenus sit contrariis fortitudinibus. S. Hier. comm. in hunc locum.
3. Luc. c. XI, v. 25.
4. Marc. c. V, v. 9.

según autorizados intérpretes de la Santa Escritura, el número de ángeles caídos no es inferior al tercio de los ángeles que han permanecido fieles¹. Los teólogos intervienen también en la cuestión, y creen que si cada hombre tiene un ángel bueno que le guarda, de igual modo tiene un demonio que le tienta². En fin, si la última palabra en esta materia pudiese ser dicha por la elocuencia, puesta al servicio de una ciencia consumada, esta palabra la habría dicho Bosuet cuando exclama: ¡Qué devastación ha producido en el cielo, la deserción de los ángeles malos! ¡Cuántos lugares han quedado desocupados!... Y el gran Obispo insinúa que Dios ha criado al género humano, para llenar estos lugares vacíos³.

Los demonios son, pues, poderosos por el número, ¿Lo son también por la organización? ¿Hay entre ellos, como entre los ángeles, alguna jerarquía? ¿Hay espíritus superiores e inferiores, y existe subordinación de éstos a aquéllos⁴? Lo habemos dicho con el Evangelio y sus intérpretes y ahora lo repetimos: los demonios son numerosos, son legión, e igualan si no sobrepujan al tercio de los ángeles, o a la totalidad de los hombres; que con el número haya la variedad, no es cosa dudosa porque no desempeñan todos el mismo

1. Y en este sentido muchos entienden este texto del Apocalipsis: *Et laudae draconis trahabat tertiam partem stellarum coeli et misit eas in terram*, c. XII, v. 4.

2. *Admodum probabile est singulis etiam hominibus angelum tentatorem a Lucifero daemioniorum principe deputari*, Schram, Theol. Myst. t. I, p. 310.

3. 4.º Sermón, 3.ª elev.

4. He aquí resumiéndolo, como explica santo Tomás la jerarquía entre los demonios: Parece verosímil, que se encontraron ángeles rebeldes en cada uno de los nueve coros, aunque los caídos guardaron todos la superioridad o inferioridad respectiva como un don natural incommovible. La caída les ha privado de los dones de la gracia pero no de la naturaleza... Sic demones adhuc sunt in ordinibus, quia data naturalia non amiserunt, I, 1. q. CIX. Cornelio A Lápide compare el mismo sentimiento. Vide Comm. in Matth. c. 9, v. 34.

oficio; hay espíritus de malicia, *spiritus nequam*, espíritus de mentira, *spiritus mendacii*, espíritus que espantan celos, *spiritus zelotypiae*, espíritus que inclinan a la venganza, *spiritus ad vindictam*, espíritus de fornicación, *spiritus fornicationis*, espíritus inmundos, *spiritus inmundi*. Pero no es menos cierto que, a más del número y de la variedad, existe entre los demonios una dirección única que dirige a la multitud inmensa de subditos. El jefe de los ángeles rebeldes nos aparece en un gran número de lugares de la Santa Escritura, con nombres que indican la cualidad de superior. Leer la Biblia, página a página, y veréis que le llaman Beelzebub, o jefe de los demonios: *In Beelzebub principe demoniorum ejicit demonia*²... Le llama Rey de todos los orgullosos: *Ipsa est rex super universos filios superbiae*³... Le llama Lucifer, por razón del resplandor que irradiaba antes de su caída, por la cual sobrepujaba grandemente a los demás ángeles: *Quonodo cecidisti de coelo Lucifer, qui mane oriebaris*⁴... Le llama Príncipe de este mundo: *Princeps hujus mundi*⁵... y con un nombre aun más significativo, Dios de este siglo: *Deus hujus saeculi*⁶, Dios del tiempo, como el Dios verdadero es el Dios de la eternidad.

Y aun no hemos hablado sino de los preliminares a la cuestión capital y temible referente a los demonios. Siendo estos poderosos por el número y la concentración de fuerzas ¿cuál es su poder, y cómo lo ejercen? Tal vez, os asombraréis de la respuesta, pero no os asombraréis tanto si las Santas Escrituras os fuesen más familiares, y sobre todo si las enseñanzas de la Iglesia y sus prácticas litúrgicas os fuesen más conocidas. Con la permisión de Dios, y Dios lo permite cuando

1. In Scrip. passim.
2. Luc. c. XI, v. 33.
3. Jon. c. XLII, v. 25.
4. Isa. c. XIV, v. 12.
5. Ioan. c. XII, v. 31.
6. II Cor. c. IV, v. 4.

quiere probarnos o castigarnos, los demonios pueden obrar sobre los elementos, para turbarlos, alterarlos o corromperlos, hasta el punto de volverlos dañinos. La Iglesia lo enseña—el ritual da de ello testimonio—ella exorciza el agua, la sal, el aceite, bendice los campos recién sembrados, los hombres y sus casas, los rebaños y sus apriscos.

Las fórmulas deprecatorias que emplea, suponen, sin duda alguna, que estas cosas, y muchas otras, no están preservadas de las influencias del demonio, y del contagio que el demonio lleva consigo¹.

Permitiéndolo Dios, los demonios pueden producir efectos que, por su extrañeza o por su aparición súbita, no pueden atribuirse a las causas naturales. Leed el Evangelio del primer domingo de Cuaresma, y veréis a Satanás atreverse con Nuestro Señor, y transportarle a la cima más elevada del Templo, o bien, usando de todo su poder, poner a sus pies todos los reinos de este mundo, para tentarle con el atractivo de las riquezas y honores². Leed también la historia de Job, que no es una ficción, ni una alegoría, sino una relación verdadera. En un solo día, sus casas son destruidas por el rayo, sus rebaños decapitados, y sus hijos muertos; el mismo Job se vió cubierto de pies a cabeza, de una úlcera purulenta, y el texto sagrado no nos deja ninguna duda, respecto al autor de estas calamidades. Satanás fué el autor de ellas.

Con la permisión de Dios, los demonios pueden obrar sobre el cuerpo del hombre, ocuparlo y apropiárselo en alguna manera, es decir, poseerlo... No obstante hay que confesar que, en los países cristianos, estos casos son raros; la cruz está plantada por todas partes, el suelo está cubierto de iglesias, en cada una de las cuales hay un altar en el que Jesucristo se ofrece como una víctima de propiciación, y un tabernáculo en que

1. In Miss. et Rit. passim
2. MATTH. c. 15.

Jesucristo habita sacramentalmente. Huid, falanges enemigas, *fugite, partes adversae*... Cuando el fuerte, leemos aún en el tercer domingo de Cuaresma, guarda la casa, todo lo que hay en ella está seguro; pero si sobreviene uno más fuerte que él, arrebató las armas al primero y reparte sus despojos. ¿Quién es este fuerte armado? El demonio. ¿Quién es este otro más fuerte, que ha vencido al primero? Jesucristo. Después de su venida al mundo, el demonio no tiene sino un poder limitado. Pero, antes sucedía lo contrario. El demonio reinaba como señor, y la idolatría, que invadía al mundo entero, no era sino el culto de Satanás diversificado al infinito: *omnes dii gentium demonia*¹... Y limitándonos al tema que nos ocupa, hemos de reconocer que en los innumerables casos de posesiones diabólicas que en ellos se relatan, son hechos reales y ciertos, y tan verdaderos como los hechos mejor atestiguados de la historia².

Pero, quizás triunfamos con excesiva rapidez. Si es cierto que el poder del demonio sobre el cuerpo del hombre ha disminuído en dos terceras partes ¿diremos que su influencia sobre las almas se ha reducido de la misma manera? Esta influencia se ejerce aún, y de un modo temible. Dios lo quiere así, porque el combate es esencial a la vida cristiana, como es también esencial que sea el cielo la corona reservada a los merecimientos de los triunfadores. Por esto, con la permisión de Dios, el demonio es tentador en el peor sentido de la palabra, o sea: con la mira de inducir al pecado: *ut noceat, in peccatum praecipitando*³. El demonio es este león rugiente de que nos habla san Pedro, este vagabundo infatigable en busca de una presa para devorar: *tantum leo rugiens quaerens quem devoret*⁴. El demonio es siempre mendaz por autonomasia y el

1. PSAL. XCXV.
2. In Evang. passim.
3. S. THOM. 1. 1. q. CXIV, art. 2.
4. II PETR. c. V, v. 8.

padre de la mentira, como indica la palabra que Nuestro Señor emplea para calificarlo: *mendax pater mendaci*; y según la juiciosa observación de santo Tomás, cuando dice la verdad también miente, porque no dice la verdad sino con el fin de engañar: *veritatem dicit ut decipiat*. En fin, el demonio es esta serpiente astuta, como expresa su símbolo más antiguo, la cual, no habiendo perdido ninguna de las ventajas de su naturaleza sobre la nuestra, nos empuja al mal siempre en el sentido de nuestras inclinaciones, porque en lo físico como en lo moral, siempre cae el hombre hacia al lado a que se inclina. ¡Oh profundidades de Satanás! ¡Quién podrá jamás sondear sus tenebrosos simulacros!

Y con todo, queda un aspecto interesante para explicar. El poder que el demonio tiene para perjudicar puede ejercerlo, y lo ejerce muchas veces, al menos en parte, por medio de otros. El demonio tiene apóstoles y auxiliares entre los hombres, los cuales tienen un nombre típico que los designa: secuaces... ¡secuaces de Satanás! Leed el Evangelio; a los judíos que quieren matarle, ¿qué responde Jesucristo? Tenéis al diablo por padre: *vos ex patre diabolo estis*, y queréis obrar como él: *et desideria patris vestri vultis facere*. Volved la página. Se acercan los días terribles, y ya el traidor ha convenido el precio, con los que explotan la perversidad de su corazón criminal. ¿Cómo califica el Evangelio a Judas? Le representa obrando bajo la inspiración del demonio: *cum jam diabolus misisset in*

1. IOAN. c. VIII, v. 44.
2. San León expone esta táctica del enemigo, como moralista excelente. Dice: La astuta serpiente sabe a quien debe presentar el amor a las riquezas; a quien los atractivos de la gula; a quien las excitaciones de la lujuria; a quien el veneno de los celos. Conoce al que debe turbar por la pena, seducir por el gozo, abatir por el temor, o fascinar por la belleza. Allí donde ve las preferencias de cada uno, busca las ocasiones de perderlo: et ibi causas quaerit nocendi, ubi quemcumque viderit studiosius occupari. Serm. 8 de nativ.

cor¹. En la hora de la dolorosa pasión del Hijo de Dios, Pilato y los judíos malvados entran en escena... pero escuchad a san Gregorio el Grande: Es cierto que todos los malvados tienen al demonio por jefe, siendo como son miembros de esta cabeza... Pilato, miembro del diablo; los judíos persegutores, miembros del diablo; los soldados que crucifican, miembros del diablo... Pasad del Evangelio al capítulo 13 de los Actos de los Apóstoles, y veréis a un hombre que se ha impuesto la misión de contrariar a san Pablo en todos sus proyectos, hasta impedirle hablar y predicar la fe en Jesucristo. Hijo del diablo, le dice el Apóstol, mirándole de hito en hito, enemigo de toda justicia, lleno de fraude y mentira, ¿cuándo cesarás de pervertir a los hombres y desviarlos de las vías de Dios? En fin, de los orígenes cristianos, pasad un poco más adelante, y veréis a san Policarpo afrontando al herejarca Marción en las calles de Roma.—¿Me conocéis? le pregunta Marción.—Sí, responde Policarpo, te conozco por el primogénito de Satanás⁴.

He concluido. Ignoro si el tema expuesto os ha sido agradable; oír hablar del demonio no place a todo el mundo, pero sé que al hacerlo, he cumplido uno de

1. IOAN. c. XII, v. 2.
2. Certe iniquorum omnium caput diabolus est, et Iuius capitis membra sunt omnes iniqui. Annon diaboli membrum fuit Pilatus? Annon diaboli membra iudei persequentes, et milites crucifigentes Christum fuerunt? Brev. Rom. Dom. 1 Quadr. lectio 8.
3. ACT. c. XIII, v. 10.
4. ROHRBACHER, t. 5.—No alarguemos más estas consideraciones. La lista de los secuaces de Satanás es larga. En su allocución del 9 de Diciembre de 1854, Pío IX nos muestra entre ellos: Impium incredulorum genus qui omnem, si fieri potest, exterminatum vellunt religionis cultum, quibus adnumerantur imprimis sunt clandestinarum societatum gregales, qui nefario inter se coniuncti, nullas non adhibent curas, ut rem et sacram et publican evertant; in quos profecto verba illa cadunt divini Redemptoris: Vos ex patre diabolo estis et opera patris vestri vultis facere.

mis deberes de pastor. Si el demonio y sus agentes fuesen mejor conocidos, los negocios del buen Dios, como se ha dicho con tanta razón como agudeza, no irían peor, al contrario.

Saquemos la conclusión práctica que el buen sentido impone, no menos que el Evangelio: Nadie puede servir a dos señores a la vez... como tampoco, añade un comentarista con donaire, nadie puede poner las dos manos en el mismo guante, ni dos espadas en la misma vaina¹.

Dos maestros, dos potencias rivales, se disputan al reino de las almas: Dios y el demonio. ¿Cuál escogéis?

Dios tiene sus derechos sagrados, inviolables, imprescriptibles y eternos.

El demonio tiene pretensiones injustificadas e injustificables, audaces y sacrílegas. ¿Cuál escogéis? ¿Podríamos dudar? No, ciertamente.

Digamos al demonio las palabras de Jesucristo: *vade retro, Satana*².

Digamos también desde lo íntimo del alma: Vos sois mi Dios, Vos sois mi Rey, Vos sois mi todo... en el tiempo y en la eternidad: *Deus meus et omnia... nunc et semper. Amen*.

1. LUIS DE GRANADA.
2. MATH. c. IV.

SERMON NOVENO

El mundo visible. La obra de los seis días

Creo en Dios... criador del cielo y de la tierra

At vero terram etiam super stabilitatem suam fundavit Deus verbum suo fuisse in media mundi parte consistere.

Catech. Rom. cap. 2

No habéis olvidado las dos instrucciones precedentes: la primera que ha tenido por objeto a los ángeles, los salidos de las manos de Dios, los cuales han sido los ejecutores de sus órdenes, desempeñando para con nosotros un ministerio útil; la segunda que os ha hecho asistir a la defeción de un gran número de estos espíritus puros, los cuales, según la palabra del Evangelio, no se mantuvieron en la verdad, y cambiados en malos, no menos por envidia que por orgullo, tientan a los hombres, para que se pierdan con ellos.

Habiendo hablado del mundo invisible, la continuación de nuestras instrucciones nos conduce a hablaros de la creación del mundo visible, que salió después de las manos de Dios. Estad atentos, y que Dios nos ayude con su gracia...

Yo supongo, y con esto no hago sino una cosa natural, que no hay nadie entre vosotros que ignore la historia de la creación. Podéis no saber mucha física, o mucha astronomía, o quizá menos geología (no puedo hacerlos de ello un reproche, no estando obligados a ello), pero en cuanto a la primera página de las Santas Escrituras, que es también la primera página del

catecismo, no puedo suponer esta ignorancia; es conocida de todo el mundo, hasta de los niños, no habiendo nadie que no sepa cómo, y en cuanto tiempo, fueron criados el cielo y la tierra con todo lo que contiene.

Dejemos, si queréis, a los humanistas prorrumpir en palabras de admiración ante esta página de los Libros santos, y reconocer que no hay nada más bello en toda la literatura humana¹.

Dejemos también a los sabios, que no tienen prevenciones contra lo sobrenatural, el prestar homenaje a Moisés y el confesar que, aun cuando no fuese inspirada esta narración, merecería el primer lugar entre las cosmogonías².

Nuestro objeto es más interesante y más bello. ¿Hay nada más asombroso que esta palabra omnipotente, que efectúa, por sí misma todo lo que expresa? Expliquémoslo con la brevedad que exige el tiempo de que podemos disponer:

Dios habló... y los elementos primordiales salieron de la nada, dispuestos a ser utilizados por el divino Obrero, cuando se dignaría crear la universalidad de los seres: *In principio Deus creavit coelum et terram*³. Y ahora, cuando ya existen coordinados, medid los espacios que ocupan... o mejor dicho, no lo hagáis, porque no podríais efectuarlo, tratándose de espacios incommensurables; más allá del mundo que habíamos, existen otros mundos, y tras de estos aun otros, siéndonos imposible encontrar un punto en que se acate el ser, y dé principio a la nada. Sólo el Criador conoce los límites de la creación. El entendimiento humano se abisma al considerar que la estrella fija más próxima dista oho mil billones de leguas, y que nuestra pobre tierra no es sino un grano de arena, apenas perceptible, en la inmensidad...

Dios ha hablado... y la luz ha sido hecha; la luz,

1. Como el preceptor pagano Longino.
2. Cuvier. Discurso sobre las revoluciones del globo.
3. GEN., c. I, v. I.

la obra más bella, tal vez, que ha salido de las manos de Dios; la luz, rápido mensajero que recorre las distancias con una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo; la luz, que no existe en el sol como en un manantial único, sino que existe en todas partes, en ciertos flúidos, en ciertas plantas, en el fruto del olivo, en la madera que arde, en la grasa de los animales, y en las mismas piedras. Y en todas partes, ilumina, vivifica, da color a los objetos y regocija la vista. Sin la luz, toda la naturaleza estaría sumergida en una noche eterna; sin la luz, la tristeza amargaría el corazón humano. El desdichado que ha sido privado de ella, después de haber experimentado sus dulzuras, exclama como el viejo Tobías: Vivir ciego no es vivir, siendo preferible mil veces la muerte: *expedit mihi mori magis quam vivere*¹.

Dios ha dicho... y el sol, la luna y las estrellas, todos los gigantes del espacio han poblado el firmamento que vemos, y más allá, las regiones etéreas que no vemos. Allí existen con su masa prodigiosa, el sol que a simple vista mide un pie de diámetro, y es, no obstante, un millón cuatrocientos mil veces mayor que la tierra; la estrella más cercana, es novecientos mil veces mayor que nuestro globo y, por razón de su distancia, nos parece un punto dorado o una luciérnaga adherida a la cúpula del firmamento. Allí están con su velocidad aun más prodigiosa que su volumen. Entre los astros que ruedan en el espacio, hay uno, para no mostraros sino un ejemplo, que tardando ochenta y tres años en completar su revolución alrededor del sol, corre con una velocidad de cinco mil setecientas leguas por hora; es decir: se mueve con una rapidez doscientas ochenta y cinco veces mayor que una locomotora recorriendo veinte leguas en el mismo tiempo². En fin, allí están en número incalculable. Nuestra vista no percibe sino

1. TOM. c. III, v. 6.
2. El planeta Urano descubierto en 1781.

Bajemos de estas alturas y prosigamos:

Dios ha hablado... y las montañas se han levantado, y los océanos se han formado, y las aguas han comenzado su curso, subterráneo o superficial. ¿Y quién contará las plantas y los árboles, con los peces que nadan en las aguas y los animales que se mueven en la tierra? ¿Quién sabrá jamás cuantas miríadas de seres han salido de la nada, en el día en que plugo a Dios llamarlos a la existencia? Hace un momento, contemplábamos, en medio de las magnificencias celestes, el curso rápido de los infinitamente grandes; ahora que contemplamos la tierra, es tiempo de que os diga una palabra de los infinitamente pequeños. ¿Sabéis que vivinos en un mundo de maravillas, que no vemos, y que no sospechamos siquiera? ¿Sabéis que hay animalillos tan pequeños, que un millón de ellos apenas igualan el grosor de una gota de agua, y otros aun más diminutos, un billón de los cuales no pesa dos granos? Y todos estos seres viven una vida más o menos rudimentaria, se alimentan, se reproducen y llenan el mundo. Estáis asombrados, lo veo, y no obstante no os he dicho

Y no es sólo la omnipotencia de Dios que hemos de contemplar sino también su incomprensible sabiduría, y su bondad infinita.

En los días siguientes, a cada obra que salía de sus

Todo es perfecto en el mundo sideral: sea que cada

1. Apud CORNEL., A LAP. in Gen. c. 1.

2. GEN., 1.

3. Ibid.

4. Ibid.

uno de los astros vaya dirigido por un espíritu, en su rápido curso, como creía la física de los antiguos, sea que obedezcan a dos fuerzas iguales y contrarias que se neutralizan, como creen los modernos, todos ellos guardan sus posiciones respectivas, y no salen nunca de su órbita.

Todo es perfecto en la distancia que separa al sol de la tierra. Si estuviere más cerca de nosotros, el sol evaporaría los líquidos, fundiría los metales, secaría las plantas, y sería mortal al hombre. Si estuviere más alejado, sería también más perjudicial que útil, pues, las nubes caerían sobre nosotros en masas congeladas, y la tierra, dura como la piedra, no produciría un solo tallo. Entre el sol y nuestro globo la divina Sabiduría ha establecido cerca de treinta millones de leguas. Era la medida justa.

Todo es perfecto sobre el globo terrestre: Los seres que lo pueblan se dividen en géneros, los géneros en especies, las especies en variedades, y cada ser tiene lo que es necesario a su especie; el tallo de la planta más pequeña tiene su rayo de sol, la más humilde flor su gota de rocío, la diminuta semilla la tierra que le conviene, el ave y el pez su elemento, y el animal que se mueve en la superficie, su instinto propio y sus propias aptitudes; y por otra parte, a cualquier género, especie o variedad a que pertenezcan, todos los seres dependen unos de otros, todos se influyen mutuamente, dando y recibiendo a la vez, como si formasen una vasta asociación, de la cual Dios fuese el regulador, y en la cual todos los intereses fuesen comunes. El mejor de los comentarios a esta palabra de los Libros santos que venimos comentando: Y vió Dios que todo estaba bien... lo da la misma naturaleza.

Y siendo todo perfecto, es también todo útil; porque hablando con rigor, no existe nada verdaderamente útil, si no es un verdadero bien; y lo veremos mejor examinando los casos particulares.

Las estrellas son útiles, pues nos iluminan y nos

alegran, tanto por su variedad como por su número. No hay en toda la extensión de los cielos dos estrellas semejantes, leemos en la Santa Escritura¹, como no encontraríamos en un bosque dos hojas iguales, dicen los naturalistas.

El aire, que los antiguos llamaban el alimento de la vida, *aer pabulum vitae*, es sumamente necesario. Sin aire, no podríamos respirar, y no podríamos tampoco hablar, ni vivir en sociedad. El aire nos trae los perfumes de las flores, el aire nos transmite la gama de los tonos, como, en otro orden de cosas, el arco-iris nos manifiesta la gama de los colores.

Las aguas son útiles, unas por fecundantes, otras por medicinales, y todas son saludables. Cuando el Hijo de Dios, el Salvador Jesús, vendrá a este mundo, hará del agua la materia del Sacramento de regeneración. Nacemos, como sabéis, dos veces: de la carne y de la sangre, como hombres, y del agua y del Espíritu Santo como cristianos. Durante los dos o tres siglos primeros, que fueron siglos de persecución, el pez, labrado en oro o plata, o grabado en sortijas y anillos, era uno de los signos exteriores, por medio de los cuales los cristianos se reconocían mutuamente.

Los metales son útiles; y sin examinarlos más que en alguna de sus aplicaciones, vemos como unos producen al mezclarse este bronce sonoro que, suspendido en nuestras torres elegantes o nacizas, nos invita a elevar a Dios nuestras súplicas, manifestándole nuestras alegrías o nuestras tristezas, nuestros temores o nuestras esperanzas; otros metales son empleados para construir estos mágicos instrumentos tubulares, que cantan la gloria de Aquel que, habiéndolo dispuesto todo en número y medida, ha hecho del mundo entero un inmenso concierto. ¡Quién podría contar las cosas, necesarias o útiles, que debemos a los minerales, desde el arado que surca nuestros campos, hasta la copa

1. I Cor. c. XV, v. 41.

consagrada de nuestros altares, en donde tiene lugar el más santo de nuestros misterios!

Y lo que la tierra produce en su superficie, es mejor que lo que oculta en su seno. Oh hombre, exclama san Juan Crisóstomo, la tierra en que habitas, es una patria, una madre, una nodriza y una mesa dispuesta para el banquete: *patriam tibi, et matrem, et nutricem, et mensam, Deus posuit terram*. Para tu provecho, las estaciones siguen su curso regular, como el día sucede a la noche, y la noche al día: *tibi tempora alternis vicibus immutantur*. Para ti, los ríos corren, los manantiales brotan, los animales se reproducen, los bosques se cubren de hojas, los árboles de frutos, y los campos de mieses: *frondescent silvae; amenantur campi, prata virescunt, animalia foetus edunt, scatent fontes, amnes fluunt*. ¡Qué! ¿Tú mandas como señor a las criaturas, y no servirás al Criador? *Qui creaturae imperas et Creatori non servis!* Tienes el más bello feudo que puedes soñar, y ¿rehusarías el homenaje a tu Señor soberano? *Qui dominatum exerces, et Dominum non agnoscis!*

Otras enseñanzas morales podemos sacar de la naturaleza, no menos provechosas. La Santa Escritura y los doctores que la han interpretado, son menos rigurosos, en sus clasificaciones, que los modernos sabios, pero como moralistas no tienen rival. Vete, pe-
teoso, exclama el autor inspirado de los Proverbios, busca a la hormiga, *vade ad formicam, o piger*, y ella te enseñará como en el buen tiempo es necesario proveer para el mal, porque en el verano recoge el pan para la estación cruda, y así no sufre de hambre: *parat in aestate cibum et congregat in messe quot comedat*. El día en el cual Nuestro Señor querrá manifestar la afeción que profesa a sus connacionales judíos, y a todos los demás hombres, se com-

1. Ap. CORNEL. in Gen.
2. PROV. c. VI, v. 6.

parará a la gallina que abriga a los pequeños con sus alas, y los reanima con su plumaje¹. Los antiguos, y entre ellos san Ambrosio, calificaban a la cigüeña de piadosa, y decían: la piadosa cigüeña merece con juicio este título, a causa de la piedad filial para sus padres, a los cuales alimenta en su vejez, sostiene en sus desfallecimientos, y les procura, en el ocaso de su vida, placeres de mejores tiempos. Los santos leían continuamente en este bello libro de la naturaleza; a sus ojos, las cosas más vulgares contenían una enseñanza. San Martín viendo un día a una oveja recientemente esquilada, dijo humorísticamente a los que le acompañaban: Esta oveja ha seguido el consejo evangélico: tenía dos hábitos y ha dado uno...

He aquí como en la obra de los seis días, la utilidad moral se junta a la utilidad física, siendo deslumbradoras, por su profundidad, las palabras de la Santa Escritura, en las que afirma la complacencia de Dios, por haber visto que todas las cosas criadas eran buenas: *Viditque Deus cuncta quae fecerat, et erant valde bona*.

La conclusión se adivina y se impone: Criaturas del Señor, bendecidle... ángeles... cielos... receptáculos de las lluvias y del rocío... astros del firmamento... brisas ligeras y vientos impetuosos... colores del estío y hielos del invierno... días y noches, luz y tinieblas, rayos y nubes... montañas y colinas, mares y ríos... vientos del aire, de la tierra y de las aguas... sobre todos vosotros, hijos de los hombres... todos a la vez, bendecid, alabal, exaltad y glorificad al Señor por los siglos de los siglos: *Benedicite omnia opera Domini, Domino; laudate et superexaltate eum in saecula*¹.

1. MAT. c. XXIII, v. 37.
1. Canticum trium puerorum. DANIEL, c. III.

SERMON DECIMO

El mundo humano. Creación del hombre

Creo en Dios...criador del cielo y de la tierra

Postremo Deus ex limo terrae hominem corpore constitutum effinxit... quod autem ad animam pertinet, eam ad imaginem et similitudinem suam formavit.

Catech. Rom. cap. 2

Si por cuarta vez repito las mismas palabras, no tengáis ninguna sorpresa, y, por favor, no lo toméis como motivo de enojo. Tenemos aquí una mina inagotable, y es preciso que la explotemos debidamente; tenemos en estas palabras un rico estuche, del cual hemos sacado bellos diamantes, y es preciso no dejar el más bello. Ya me habéis comprendido: hemos de hablar de la creación del hombre. He aquí el filón que hemos de seguir, y el diamante guardado, hasta hoy, en reserva... Pidamos a Dios que no tratemos con demasiada imperfección este tema.

Hay una verdad primordial que no admita ni la duda más ligera: el hombre no ha existido siempre; largos siglos han transcurrido, antes que existiese; no existiendo, comenzó a ser; Dios lo ha creado.

Dios lo ha criado. La Santa Escritura lo dice, y no creo exagerar, si digo que de la primera a la última página lo repite centenares de veces. Allí donde no lo expresa formalmente, lo supone como cosa cierta y que está fuera de toda duda.

Dios lo ha criado. La Iglesia lo enseña, y sabéis ya

los términos precisos en que lo enuncia: que hay un Dios único viviente y verdadero... que este solo verdadero Dios, por su bondad y virtud omnipotente, ha criado en el principio de los tiempos a una y otra substancia, la substancia que es espíritu, y la substancia corporal, o sea: la substancia angélica, y la substancia material creando después a la substancia humana, compuesta de las dos otras¹.

Dios lo ha criado. La misma razón, si fuese necesario, lo probaría sin esfuerzo; ella os mostraría la ciencia de los incrédulos, si se la puede considerar como tal, reducida, al rechazar las enseñanzas de la fe, a hacer del hombre un resultado del azar, o el término de una serie casi infinita de evoluciones, partiendo de los últimos grados del ser, hasta llegar al estado actual. Origen monstruoso, y más falso aun que abyecto.

Pero ¿cuándo y en que época el hombre ha sido criado por Dios? ¿Vendrá a la existencia como dice la Santa Escritura y enseña la Iglesia, posteriormente a los demás seres de la creación, no solamente a los espíritus angélicos, cuyo derecho a la primogenitura no puede ser disputado, sino a los grandes cuerpos luminosos que ruedan por los espacios, a las aves que vuelan por los aires, a los peces que nadan en las aguas, y a los animales que marchan o se arrastran sobre la tierra? Sí, todos estos seres existían, y el hombre no existía aún, siendo llamado a la existencia en el ocaso del sexto día². El hombre ha sido la última obra salida de las manos de Dios. ¿Diremos por esto, que es de peor condición que las otras obras? No, ciertamente. Dios tenía un gran designio, que percibís ya, y fácilmente lo expresaríais: Constando de cuerpo y alma, como no tardaremos en explicar, siendo

1. Conc. Vat., recordando el decreto del 4.º Conc. de Letrán c. 2.

2. GEN. c. 1, v. 27. Sexto día de 24 horas, o sexta época... esta discusión, que no entra en nuestro plan, la abandonamos a los hombres competentes en estas materias.

inferior a los ángeles por el cuerpo, pero superior a los demás por el alma, el hombre forma el lazo de unión entre el mundo visible y el invisible, entre el mundo de los cuerpos y el de los espíritus; él los resume, y los recapitula en su persona, siendo una reducción del universo, o un mundo diminuto dentro del grande, como le llamaban los antiguos: *μικροκομος* ¹... Y existe otra razón que demuestra que el hombre está en el lugar que le corresponde, al ser creado en último término como indica la Santa Escritura. Los grandes doctores de la Iglesia lo han expresado con tanta magnificencia de lenguaje, como profundidad de expresión. Cuando un rey, dice san Juan Crisóstomo, ha de hacer su entrada en la capital, todas las personas adscritas a su servicio toman la delantera, a fin de que, a la llegada del soberano, todo esté dispuesto para recibirle; así era necesario que al aparecer el hombre sobre la tierra, encontrase todas las cosas en su lugar y dispuestas a servirle, siendo como es el Rey de la creación. El gran Bosuet habla como el gran doctor de la Iglesia griega: Ya que todo, dice, debe ponerse al servicio del hombre, Dios le crió en último término, y le introdujo en el universo, como se introduce en la sala del festín a la persona festejada, en el momento en que todo está preparado y los platos están servidos.

Así, la primera cuestión está resuelta. Sabemos a qué data el hombre ha sido criado, y no ignoramos por qué debía ser la última, en la serie de obras del Creador... Pero ¿cómo Dios lo ha criado? ¿Cuál ha sido la forma con que lo ha hecho? Esta cuestión no es menos interesante que la precedente; el hombre, que hemos visto ya tan grande, va a engrandecerse todavía.

Yo supongo siempre, que la primera página de nues-

1. Summa quaedam universitatis. S. AMBR. Hexaem. 1 b, c. 10
2. Hom. XI ad pop. antioch.
3. 4.º Serm. 4.º Elev.

tros libros santos está presente a vuestro espíritu. ¡Pues bien! El día en que, libérrimamente, plugo a Dios llamar a la existencia a los seres que hasta entonces eran simplemente posibles, lo hizo, como dice la Santa Escritura, como si jugase, *Iudens in orbe terrarum*, y por medio de un simple mandato, seguido inmediatamente de efecto: ¡Qué la luz sea!... Y ella existió; y así en lo demás.

Si fuese posible comparar las cosas grandes con las pequeñas, y Dios con un hombre, podríamos decir que Dios impera como el centurión del Evangelio, que decía: vete, ven, haz esto, y era obedecido¹. Pero cuando trata Dios de criar al hombre, no lo hace sino después de maduro consejo y deliberación: *faciamus hominem*²... y en este momento solemne, el Padre—siguiendo la comparación tan plástica que muchos doctores proponen—llaman en su ayuda a las otras dos personas de la Sma. Trinidad³... y tomando un poco de barro, al cual dió la forma humana, inspiró un soplo de vida sobre esta figura, la más bella que hasta entonces había existido, y así el hombre fué criado por el mismo Dios directamente y sin intermediario, como un alma viviente, según lo expresa la Santa Escritura: *factus es homo in animam viventem*, y llevando la marca de Aquel que lo había criado: *Deus creavit hominem ad imaginem suam, ad imaginem Dei creavit illum*... ¡Cuánta nobleza en el hombre! Mientras los animales están encorvados y como ligados al suelo, el hombre se mantiene derecho, con la frente elevada, dominando a la tierra, su dominio presente, o mirando al cielo, su reino futuro.

Os homini sublime dedit coelumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus...

1. MAT. c. VIII, v. 9.
2. GEN. c. 1, v. 26.
3. Ita Patres. Corr. A. Lap. in Gen.

¡Qué arte maravilloso existe en la estructura de su cuerpo! Limitémonos a señalarlo sin describirlo: los tejidos más admirables aun por su delicadeza que por su número, los músculos y su contractibilidad, los filetes nerviosos con sus ramificaciones infinitas, el corazón y su poderoso mecanismo, la sangre y su recorrido, los pulmones dilatándose y comprimiéndose continuamente, el estómago donde los alimentos son tamizados antes de convertirse en substancia nuestra, la cabeza endurecida en su superficie para proteger el precioso tesoro que encierra, los ojos tan adaptados a la visión, las manos con sus articulaciones, tan bien distribuidas para coger los objetos, lanzarlos, atraerlos, rechazarlos o separarlos... y estos doscientos cuarenta huesos, unos grandes, otros pequeños, unos rectos, otros arqueados, unos resistentes, otros elásticos, unos en forma de bóveda, otros en forma de arcobotantes, teniendo cada uno su utilidad propia, y contribuyendo al objeto común de sostener el conjunto. ¡Cuán gran obrero Aquel que ha hecho cosas tan maravillosas con un poco de tierra humedecida!

Pero, no es esto todo. No hemos hablado sino de una parte del compuesto humano. El hombre no es solamente un cuerpo, sino alma al mismo tiempo. O sea: este cuerpo tiene un alma que lo vivifica, absolutamente distinta del cuerpo, y con el cual está unida con lazos tan estrechos como misteriosos, para moverlo y accionarlo, sin lo cual no sería más que una bella estatua en su pedestal, fría e inanimada; alma que es un espíritu, toda espíritu y solamente espíritu, sin ninguna mezcla de materia, por sutil que se la suponga, tal como los ángeles, aunque muy inferior a ellos; alma que es inmortal, no sólo porque Dios, que es el único que podría destruirla, no la destruirá jamás, según tiene prometido, sino porque es tal por su naturaleza inmortal, indivisible e indestructible. El tiempo, que es un roedor, *tempus edax*, y la muerte, que no perdona a nadie, no pueden nada contra el alma, como los dientes

de la víbora no pueden nada en el pulido acero. Con razón pone la Santa Escritura en boca del alma estas palabras: No moriré, sino que viviré, *non moriar sed vivam*¹; alma, en fin, que siente, piensa, razona, reflexiona, compara, juzga y recuerda, no pudiendo ser forzada a obrar, ni obligada a querer; la libertad es uno de los dones más preciosos que el alma reconoce en sí. Dios, dice la Santa Escritura en su lenguaje figurado, ha puesto ante nuestros ojos el agua y el fuego; a nosotros nos incumbe llevar la mano hacia uno u otro de estos elementos: *Aposuit tibi Deus aquam et ignem, ad quod volueris porriges manum tuam*²... ¡Cuán necesario es recordar estas verdades fundamentales, sobre todo en este tiempo de filosofías fatalistas y de medicina materialista, en el que se falsea la ciencia en todas las cátedras, cátedras en las que se profesa que el hombre es un animal más perfeccionado que los otros, o una máquina que funciona hasta que los resortes están gastados, y nada más... Rechacemos con tanto desprecio como indignación estas teorías irracionales, y estas doctrinas abyectas, para beber en las fuentes puras de la verdad y de la belleza. La verdad y la belleza son patrimonio de la palabra de Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza... y el hombre fué hecho a imagen de Dios: *et creavit Deus hominem ad imaginem suam*³. Ya veis cuan lejos nos vemos del hombre animal, del hombre pura máquina, ídolo de los materialistas.

Pero no quitemos aún un tema que nos interesa vivamente. ¿Cuál es el sentido exacto de estas palabras: Hagamos al hombre a nuestra imagen... y de estas otras: El hombre fué criado a imagen de Dios? Santo Tomás va a decirnoslo; quizás le encontraremos algo sutil, pero después de esta primera impresión, no

1. Psal. CXVII.

2. Eccle, c. XV, v. 17.

3. GEN. c. 1.

tardaréis en reconocer el sólido fundamento de su observación.

Cosa muy diferente es, dice, ser imagen de alguno, o ser a imagen del mismo. Más claro: la imagen natural es muy diversa de la imagen artificial. La imagen natural es la semejanza de dos seres, de los cuales uno es engendrador y el otro engendrado, teniendo por tanto ambos, la misma naturaleza. Así el hijo es imagen de su padre que lo ha engendrado, y con el cual tiene identidad de naturaleza. Ya lo dice el adagio filosófico: todo ser que engendra, produce otro ser, que se le asemeja en su naturaleza: *omne generans producit simile sibi secundum formam*. La imagen artificial es la semejanza de dos cosas, de naturaleza distinta. Por ejemplo: una tela que representa a tal personaje, no tiene la misma naturaleza de este personaje, por lo cual ella es, no la imagen, sino a imagen del mismo. Lo mismo podemos decir, de la moneda que lleva la figura del soberano, y del espejo que reproduce la vuestra. La preposición *a*, como nota santo Tomás, expresa algo como el movimiento de una cosa más o menos lejana, y que se acerca a otra para moldearse sobre ella, y reproducir, no su naturaleza propia, sino la totalidad, o algunos de sus rasgos exteriores: *præpositio ad significat accessum quemdam qui competit rei distant*¹.

Ahora comprenderéis, con exactitud, estas palabras de nuestros Libros santos: Hagamos al hombre a nuestra imagen... Y el hombre fue criado a imagen de Dios. Nosotros no somos, por esto, la imagen natural de Dios, porque no tenemos su misma naturaleza; entre la naturaleza divina y nuestra naturaleza, hay un paso infranqueable, es decir, hay una distancia infinita. Solamente su Hijo único, su Verbo, Coeterno, Consustancial y Connatural, es la imagen de Dios verdadera, perfecta y substancial: *splendor gloriae et imago substantia ejus*¹... Si, nosotros somos criados a imagen

1. 1. p. q. XCIII, art. 1.—2. Heb. c. 1. v. 3.

de Dios, es decir, somos su imagen artificial, su culto, o representación, como la pieza de moneda es la imagen del soberano, o la tela del artista es la representación del personaje que reproduce²... ¿Añadí que somos a imagen de Dios, no sólo respecto de nuestra alma y de nuestras facultades, lo cual está fuera de duda, sino, lo que parece increíble, aun en lo que toca a nuestro cuerpo? Oigamos al gran Tertuliano, que nos dice: que en el día en que Dios crió al cuerpo del hombre, tenía presente al espíritu, como tipo ejemplar, al cuerpo mismo de Jesucristo; de tal manera, que si Dios hizo al cuerpo del hombre tan bello y tan noble, fué porque su Hijo unigénito debía encarnarse un día. *Quodcumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus*¹.

Saquemos una conclusión práctica: respetemos lo que Dios ha hecho tan perfectamente. Respetemos nuestro cuerpo, alejando de nuestros sentidos exteriores, todo lo que pueda mancharlo. Y sobre todo procuremos evitar el pecado impuro, que se distingue de los otros por un carácter particularmente deshonroso. Las Santas Escrituras lo llaman pecado abominable, y San Pablo ni quería que su nombre fuese pronunciado en las asambleas de los fieles. El primer deber del cristiano es evitar el pecado impuro.

Respetemos a nuestra alma, que es la mejor parte de nuestro ser, a nuestra alma, creada inmortal, que sobrepuja a nuestro cuerpo al cual vivifica, como la perla sobrepuja al estuche que la contiene.

En fin, ya que hemos de dejar este tema tan interesante, no olvidaremos que estando criados a imagen de Dios, debemos guardar esta imagen, y conservarla siempre bella y reluciente, hasta el día en que Dios de-terminará pediroslo. Así sea.

1. DE RESURRECT. CAR. c. 6.

SERMON UNDECIMO

Adán y Eva en el paraíso terrestre

Creo en Dios... criador del cielo y de la tierra

Quae quidem tot et tanta dona superius prolata facile erit parochis ad fidei ium institutionem ex sacra Genesim historia cognoscere.
Catech. Rom. cap. 2

El mismo Catecismo Romano señala el orden que debemos seguir: Después que el párroco habrá expuesto de una manera suficiente, todo lo que se refiere a la creación del Universo en general, y sobre todo la creación del hombre, considerado como parte del mundo natural, instruirá a su pueblo sobre el estado feliz en el cual fué constituido, y respecto de los dones considerables con que fué adornado; y a este fin consultará útilmente los detalles que suministra el Génesis: *quae quidem... parochis facile erit ad fidei ium institutionem ex sacra Genesim historia cognoscere.*

Este consejo es autorizado, y no podemos obrar mejor que siguiéndole al pie de la letra. Dios nos ayude con su gracia...

Lo hemos visto en la precedente instrucción: el hombre ha sido criado directa e inmediatamente por el mismo Dios. El hombre ha salido de sus manos adornado con los más ricos dones de la naturaleza en su cuerpo, y sobre todo en su alma nobilísima, llevando en su persona la señal del Obrero que le había formado con una marcada complacencia y un arte tan admirable. Pero, mientras los otros seres de la creación, eran en

cada especie muy numerosos, el hombre era el solo individuo de la suya, y como, en expresión del sagrado texto, esto no era bueno, Dios dijo: Hagámosle una compañera que se le asemeje... Y enviando Dios a Adán un sueño profundo, desgajó una de sus costillas, mientras dormía, y con ella hizo a la mujer: *aedificavit in muliere...* y en viéndola, exclamó Adán en el éxtasis de la admiración: He aquí la que es hueso de mis huesos y carne de mi carne... y proveniente del hombre, la llamaremos con un nombre derivado del hombre. Por ella dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a ella en una sola carne¹.

Así fué criado el sexo débil y notadlo, os ruego, en este relato no hay ninguna ficción, debiéndose entender en el sentido estrictamente literal, tanto la sustancia del hecho, como las particularidades que lo acompañan. La Iglesia ha mirado con ojos poco benévolo a los que han hecho este inútil esfuerzo². Es pues real, aunque lleno de misterio, el sueño de Adán; real la extracción de una parte de su carne; real la formación de la mujer de esta porción de carne sacada del hombre; reales las palabras pronunciadas por Adán en esta circunstancia... y por poco que reflexionéis, no tardaréis en ver la razón de estas cosas, misteriosas sin duda, pero reales y verdaderas. Convenía que en el principio no hubiese sino una sola pareja, y que las Santas Escrituras diesen testimonio de ello a las diversas razas que poblarían la tierra, para que constase que todos los hombres provienen de unos mismos padres, y que sea cual fuere su lengua, nacionalidad o raza, no forman sino una familia, y quedaban íntimamente enlazados, a pesar de las distancias que los separaban, y de la variedad de colores, con los lazos de la más estrecha fraternidad.

1. GEN. c. II v. 22, et seq.

2. Nota contra Cajetan, non parabolice haec dici, sed proprie ut sonant. Ita docent Patres. CORN. a Lap. in hujul.

Convenía también, que en el origen no hubiese sino un solo hombre para una sola mujer, y una sola mujer para un solo hombre, como siendo uno de sus huesos y teniendo la misma carne; a fin de que fuese bien claro, que el matrimonio es uno e indisoluble, y que lo que Dios había unido tan íntimamente, nadie pudiese desunirlo, y que cuando las costumbres paganas, restando doquiera, habrían pervertido el orden divino, y destruido a la sociedad conyugal por la poligamia, debilitándola por el divorcio, el Hijo de Dios, que vino a este mundo para restaurar todas las cosas, pudiese decir: En el principio no fué así: *ad initio non fuit sic*¹; En el comienzo, Dios no crió al hombre sino para una sola mujer, y a la mujer para un solo hombre: *masculum et feminam creavit eos*², a fin de que todos los hombres proviniesen de una fuente única.

En fin, convenía que la mujer fuese formada, no de la cabeza del hombre, no queriendo Dios que ella fuese superior al hombre y le dominase; ni de sus pies, no debiendo de ninguna manera ser su esclava; sino que convenía que fuese formada de su costado y de la parte más próxima al corazón, a fin de que comprendiesen uno y otro, que eran iguales en sus derechos y en sus deberes, y que el amor mutuo, que había de ser inviolable, debía ser la ley de su unión³. ¿Qué es parece cristianos? ¿Son interesantes las enseñanzas que nos da la Santa Escritura en sus primeras páginas? Pero, acaso estos relatos ¿serán puras fábulas, que no merecen sino desprecio? ¡Ah! Conozco a mi auditorio parroquial, y sé que en él no hay incrédulos; pero si por imposible, hubiese uno solo, creo, después de las explicaciones que acabo de explanar sobre el texto sagrado, de acuerdo con los grandes Doctores de la Iglesia, que no continuaría en su papel de burlón.

1. MATT. c. XIX, v. 8.
2. Ibid.
3. MATT. c. XIX, v. 6.

Pero no nos detengamos más; tenemos un camino muy largo a recorrer.

Adán y Eva fueron criados cada uno para el otro, y estaban unidos en un amor mutuo. Dios los había puesto en un lugar de delicias¹. Este lugar no es descrito, ni nombrado en la Santa Escritura; era, en efecto, un verdadero paraíso en la tierra, una suerte de etapa, más o menos larga, antes de llegar al otro paraíso del cielo... ¡Oh felicidad incomparable! Pero felicidad pronto desvanecida, y tan lejos de nosotros, que no podemos, sin gran pena, comprender y expresar. En este lugar afortunado, Adán era dichoso; la naturaleza entera le estaba sometida, todas las criaturas reconocían su soberano dominio, y hasta los animales más indómitos venían a sus pies, deponiendo su ferocidad nativa.

¿No había sido criado precisamente el hombre, con el fin de mandar, como dueño, a las aves que vuelan por los aires, a los peces que nadan en las aguas, y a los animales que marchan o se arrastran sobre la tierra?... Pero hay que anotar, que esta soberanía exterior, de que Adán gozaba, no era sino una prerrogativa exterior; la felicidad en Adán fluía principalmente de su interior. Mortal por naturaleza, ya que es una ley general, que todo lo que está compuesto de materia deba descomponerse y morir, Adán era inmortal por gracia, hasta en su mismo cuerpo³, por lo cual no habría conocido el aguijón del hambre, ni el tormento de la sed, ni la lasitud en el trabajo ni las enfermedades, ni la vejez... Y las prerrogativas del alma eran aún superiores a las de la parte material de su ser. ¡Qué bello era el padre del género humano en los días, tan pronto desaparecidos, de su integridad! La ignorancia y los errores, que son su consecuencia, no tenían más

1. GEN. c. II.
2. GEN. c. 1.
3. Mortalis erat conditio corporis animalis, et immortalis beneficium Conditoris. S. AUGUST. IN GEN. ad litt.

presa en su espíritu, que las enfermedades en su cuerpo, y Adán sabía todo cuanto le importaba, en lo que se refiere a las cosas de la naturaleza y sobre todo en las de la gracia. Su alma, adornada con la gracia santificante, penetrada de las virtudes infusas, y llena de los dones del Espíritu Santo, reposaba en la paz. Las pasiones, en nosotros tan tumultuosas, y a veces tan dominadoras, las tenía sujetas al yugo de la razón, la cual, a su vez, estaba sometida a Dios. A la vista del bien, percibido claramente, su voluntad se inclinaba a él con facilidad, al menos con el auxilio de la gracia, que es necesaria al hombre en todos los estados. Diganos, en la imperfecta manera que el lenguaje humano puede decir estas cosas, con san Agustín: Dios se complacía en él, y él en Dios, con el cual mantenía una especie de comercio habitual, viéndole en una forma sensible, acomodada a su estado de inocencia, pero mil veces más claramente, que le vemos nosotros en el espejo transparente de sus obras, y en este estado debía permanecer hasta el día en que le habría sido dado, junto con su santa compañera y con sus hijos y descendientes, pasar de la tierra al cielo para gozar de Dios, viéndole cara a cara, y permanecer con Él, y como Él, eternamente bienaventurado¹.

Pero ¡ay! las cosas podían tomar otro curso. Adán era libre y lo sabía. Podía pecar, y le constaba. No ignoraba que ninguno de los beneficios del orden sobrenatural que poseía le eran debidos en justicia estricta, y que los tenía únicamente de la liberalidad de Dios como amables, no por parte de Dios, sino por razón de su flaqueza; en otros términos: en el día en que pecaría, perdería dichos dones, para él y para su posteridad... Y esto fué precisamente lo que sucedió.

¡Ah! Cuando tengáis ocasión, leed y releed los capítulos 2.º y 3.º del Génesis. Quiero conceder que su

1. Leer sobre estas materias a Santo Tomás, 1.ª p.ª, XCXIV et seq. Cornelius a Lap. in Gen. c. 2, y sabre todo a San Agustín, de Civit. lib. XIV, c. 10, 19, 26.

interés es en gran parte causa de tristeza, pero todo en ellos es instructivo y verdadero, hasta en el sentido literal más riguroso, sin que sea preciso recurrir a interpretaciones alegóricas, más ingeniosas que fundadas. Allí consta que entre todos los árboles, que hacían del paraíso un lugar encantado, dos de ellos eran particularmente interesantes: el árbol de la vida, cuyos frutos sabrosos tenían la propiedad extraordinaria de reparar las fuerzas del hombre, y de prolongar sus días; y el árbol de la ciencia del bien y del mal, cuyo título fué justificado por lo que aconteció.

También consta, que Dios, usando de sus derechos de Señor soberano, había limitado el dominio útil concedido por Él a nuestros primeros padres, y esto con la precisión que el mismo texto sagrado nos indica: Comed de todos los frutos de los árboles del paraíso; pero en lo que toca al fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, os lo prohibo; y en el día en que lo intentéis moriréis.

Consta también, hasta en el sentido literal, que la serpiente, bajo la impulsión del demonio, que había entrado en su cuerpo, y movía sus miembros, tentó a Eva con sonidos articulados: ¿Por qué Dios os ha prohibido esto?... No, no podéis morir, y Dios sabe que en el momento en que habréis comido de este fruto, seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.

Para responder a la objeción que sin duda os formularía interiormente, o sea: que al ver a la serpiente, Eva debería haber huído... no olvidéis que Adán y Eva estaban aún en el estado de naturaleza íntegra; que todos los animales reconocían su soberano dominio, y que la serpiente no le inspiraba el horror, que inspira hoy. ¿Añadiré, siguiendo a graves autores, que las palabras articuladas por la serpiente no contenían nada que pudiese sorprender a nuestros primeros padres? En el estado feliz que precedió a su caída, gozaban a la vez, de la familiaridad de Dios, y de la de los ángeles, los cuales, bajo una forma sensible, conversa-

ban con ellos. Pero en la circunstancia de que habíamos, Eva no se dio cuenta de que tenía trato con un ángel malo... y esto causó su pérdida.

En fin, también consta que cediendo Eva a las sugerencias del tentador, y Adán a un exceso de complacencia para con su compañera, cometieron ambos un pecado enorme. Nadie puede ver aquí un pecado vulgar, como lo sería, el de un niño comiendo, a escondidas, un dulce que le hubiesen prohibido. Sería un error muy grave, y una prueba de la pequeñez de espíritu. Que haya habido, por parte de los prevaricadores, una curiosidad fuera de razón, y un acto de gula, no es cosa dudosa. Pero lo que sobre todo hubo, dominando a las faltas dichas, fué un acto de codicia insensata. Leed el texto, y veréis como lo que querían nuestros primeros padres, asintiendo a lo que les dijo el tentador, y haciendo lo que supo proponerles con tanta habilidad, era ser iguales a Dios, sacudir su yugo, tener, como El, la omnisciencia, y por lo tanto registrase a sí mismos, sin ninguna ley que les obligase. Y esto fué un orgullo monstruoso que san Agustín explica de esta manera: El demonio hizo caer a nuestros primeros padres en la misma falta, y en la misma forma, en que había caído él mismo: *Unde cecidit diabolus inde deiecit*.

Pero diréis, o si no lo decís, lo habéis pensado muchas veces, con turbación: ¿Qué proporción hay entre la causa y el efecto? Un árbol y el uso de su fruto, transgrediendo una prohibición, ¿pueden producir una ruina inmensa e irreparable? ¿Existe alguna correspondencia entre estas dos cosas? ¿No pierde Dios aquí su grandeza? ¿No suministra esto una ocasión excelente para las burlas de los incrédulos? La objeción no tiene sino una fuerza aparente, siendo fácil la respuesta, para el que sabe juzgar de estas cosas, no por lo que son en sí mismas, sino por lo que representan. Uno de los primeros oradores del siglo XIX¹, lo ha

1. Lacordaire.

explicado de una manera convincente. Reproducire sus ideas, a mi manera: ¿Qué es, dice, un palo, de 7 u 8 pies de altura? Nada o casi nada. ¿Qué es un trozo de tela midiendo uno o dos metros de superficie? Nada, o poca cosa. Este tronco podéis quebrarlo; y esta tela o podéis rasgarla, sin gran crimen. Pero atended: si esta tela está compuesta de varios colores, y fijada en la parte superior de un palo arborado en un edificio público, o llevado a la cabeza de un regimiento... ¿quebraréis este palo, o rasgaréis esta tela? No, ciertamente; porque se trata de la bandera de la patria, a la que debemos respeto... y si no la respetáis, sois un miserable, e incurris en el crimen de lesa nación.

¿Habéis comprendido? Estamos en el mismo caso. El árbol del paraíso terrenal no era sino un árbol, es decir, bien poca cosa; el fruto que pendía de este árbol, en sí mismo, no era sino un vulgar fruto, que valía muy poco. Pero, al mismo tiempo que árbol y fruto verdaderos, y, como tales, sin valor, eran cosas simbólicas, y, bajo este aspecto, eran muy importantes. Porque Dios lo quiso, representaban su señorío absoluto y su derecho a la soberanía... Y usar del fruto de este árbol, contra el precepto prohibitivo que Dios había dado, era rechazar este señorío y desconocer este derecho; de la misma manera que intentar contra la bandera de una nación, es atacar, de una manera muy sensible, el honor de la nación, y a sus reconocidos derechos.

Ahora resta decir, que si he explicado con claridad, los dos estados sucesivos del hombre: estado de naturaleza íntegra, y estado de naturaleza decaída, puedo dar gracias a Dios; y en las instrucciones siguientes, estableceré, sobre este fundamento sólido, la doctrina católica, tan poco comprendida pero tan importante. del pecado original. Dios nos ayude con su gracia.

SERMON DUODECIMO

El pecado original.

Y en Jesucristo su único hijo, Señor nuestro

Propterea peccatum et peccati penam in uno Adam non constitisse commemorabunt patroci, sed ex utraque tanquam ex semine et causa, ad omnem posteritatem iuste permanasse. Catech. Rom. cap. 3

Por el segundo artículo del Símbolo, confesamos que de la misma manera que creemos en Dios Padre omnipotente, criador del cielo y de la tierra... de la misma manera creemos en Jesucristo, su Hijo único, Nuestro Señor: *Et in Jesum Christum, filium ejus unicum, Dominum nostrum*. Pero antes de tratar de Jesucristo y de los tiempos que precedieron a su venida, como también de su misma venida a este mundo, el deber del párroco, como recuerda el Catecismo Romano, es instruir a los fieles que le han sido confiados sobre las consecuencias funestas de esta caída. Y esto es lo que vamos a considerar hoy, con el auxilio de Dios.

Sabemos que el padre del género humano ha prevaricado, y que su pecado, sean cuales fueren las apariencias, ha sido un pecado grave, *inevitablemente grave*, según la expresión de san Agustín, por razón de la persona que lo cometía, por los fines por los cuales lo cometía y por la responsabilidad que tenía al cometerlo¹.

1. Non ex solo objecto culpae gravitas aut levitas dimittenda est, sed praeterea ex ejusdem peccati subiecto, intentione, fine, ac caeteris adjunctis quae illum comitantur. PERRONE, t. 1, p. 751.

Estas verdades constituyen puntos de doctrina adquiridos, y que no recuerdo sino para situarnos mejor.

No podemos dudar tampoco, de que este gravísimo pecado ha sido muy perjudicial al mismo Adán, al cual atrajo un sinnúmero de males que le habían sido profetizados por el mismo Dios. "Si alguien rehusa creer que el primer hombre, Adán, transgrediendo el mandato de Dios en el paraíso terrestre, perdió al momento la santidad y la justicia en la cual había sido criado, y que incurrió, por esta prevaricación, en la cólera y en la indignación de Dios, y por aquí, en la muerte, y en la cautividad, bajo el poder de Aquél que en el momento en que Adán cometió el pecado, tuvo el imperio de la muerte, es decir el demonio, y en fin, que en Adán el cuerpo y el alma fueron deteriorados... sea anatema". Así se expresa el santo Concilio de Trento en la sesión quinta.

Y si el pecado de Adán ha sido perjudicial a su autor ¿se detuvo al menos en su persona? ¿O tal vez franqueando estos límites, ha pasado a todos sus descendientes, como un sutil veneno que se derramase en la raíz de un árbol, y subiendo al tronco y a las ramas lo invadiese todo? He aquí una cuestión gravísima, y con ella tocamos a los fundamentos del Cristianismo. san Agustín nos dice que el que intentase quitarnos la fe en el pecado original, nos quitaría al mismo tiempo, la fe en Jesucristo Salvador¹. Y el mismo gran Doctor nos dice que toda la religión cristiana consiste en conocer bien a dos hombres: Adán y Jesucristo, Adán como principio de muerte, y Jesucristo como principio de vida, Adán que nos ha perdido por el pecado, y Jesucristo que nos ha salvado con su gracia y por la virtud de su sangre: *In causa duorum hominum quorum per unum venundati sumus peccato, et per alterum redimimur a peccatis, propterea fides christiana consistit*².

1. Vide BOSUET, Defensa de la Tradición y de los Padres. t. 28, p. 4.

2 De Pecc. orig. lib. 2, c. 24.

La cuestión es, pues, capital y es preciso preocuparnos de ella. Y a ella responderemos con la afirmación más decidida y más terminante: Sí, el pecado de Adán no ha dañado solamente a su autor, sino a toda su raza. La Santa Escritura lo dice formalmente o implícitamente en diversos lugares, y la Tradición lo repite por sus órganos más autorizados¹. Y cuando la Iglesia inspirándose en una, y resumiendo la otra, se ha pronunciado sobre este punto de doctrina, que es un resumen de su fe, lo ha hecho en términos tan claros y tan precisos, que ha entendido fallar la cuestión definitivamente y sin apelación. "Si alguien pretende que el pecado de Adán no fué perjudicial sino a él, pero no a su posteridad, y que la justicia y santidad que había recibido de Dios, no han sido perdidas sino para sí mismo, y no para sus descendientes; o bien, que estando manchado con el pecado de desobediencia, no ha transmitido al género humano sino la muerte y las penas corporales, pero no el mismo pecado, que constituye la muerte del alma... que sea anatema". "Si alguien pretende que este pecado de Adán, que en su fuente es uno, pero que ha sido transmitido a todos, no por imitación, sino por generación, siendo propio de cada uno de nosotros, puede ser borrado, o por las fuerzas de la naturaleza humana, o por otro medio distinto de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, único mediador que nos ha reconciliado con su sangre, habiendo sido nuestra justicia y nuestra redención... sea anatema¹."

Pero, no es esto todo. Hemos de dar un paso, no para comprender el misterio, porque misterio hay aquí, y misterio inescrutable, sino para estudiarlo más de cerca. Este pecado de Adán que se ha extendido de su persona a toda su raza, ¿por qué vía se nos ha trans-

¹ Estas pruebas pueden verse en Perrone, t. 1, p. 755 y sig. 762 y sig.

² Ses. 5. can. 2.º y 3.º.—*Melius agnoscí non potest Ecclesiae catholicae doctrina circa peccatum originale quam ex canonicis Concilii Tridentini. Perrone t. 1, pág. 753.*

mitido? ¿Y cómo puede venir a ser propio nuestro según las palabras de la definición: *Unicuique proprium*? ¿Tal vez por vía de perpetración personal? De ninguna manera; no habíamos aún nacido, habiendo sido cometido mucho antes de que nacésemos. ¿Por vía de imputación? Tampoco; un crimen sin una ficción, haber sido cometido, no es un crimen sino una prueba, como un criminal presumido tal, pero sin ninguna prueba, no es sino un simulacro de criminal. ¿Tal vez por vía de herencia? Sí, esta es la verdadera explicación; y si Dios me hace la gracia de que pueda explicarlo bien y si Dios me hace el pecado original nos viene hereditariamente, si no por la generación carnal, al menos con ocasión de la generación carnal.

Comencemos por establecer algunas nociones preliminares que son indispensables.

La primera es que, como hemos dicho en una instrucción precedente, todos los hombres vienen de un solo hombre; y no digo, notado bien, de una sola pareja, sino de un solo hombre, porque la mujer proviene del hombre. Por esto, cuando plugo al senado ateniense admitir a san Pablo, para que predicase en su presencia, una de las primeras verdades que el Apóstol afirmó ante este difícil auditorio, fué que Dios había hecho provenir de un solo hombre a toda la raza humana, para que habitase toda la tierra: *Fecit Deus ex uno omne genus hominum inhabitare super universam faciem terrae*¹... Y la consecuencia os aparecerá claramente: que así como Adán fué el tronco de toda la raza, y el punto de partida viviente y real de todo el género humano, así la naturaleza humana, de la cual Adán era la cabeza, podía, sobre todo por disposición divina, ser tal en sus descendientes, como era en él mismo.

La segunda consiste en que, en el día de su creación, la naturaleza humana de Adán había sido elevada so-

¹ ACT. c. XVII, v. 26.

bre lo que exigía ella misma. O dicho de otra manera: Dios había concedido al hombre cualidades y prerrogativas que no exigía su naturaleza de hombre. Ni la inmortalidad de que gozaba, hasta en su cuerpo, ni la exención de penas y sufrimientos, como también de la inclinación al mal, y sobre todo la visión intuitiva o la posesión inmediata de Dios, a la cual estaba destinado después de cierto tiempo de prueba, ninguna de estas cosas era debida a Adán en estricta justicia; y solamente las tenía a título de pura liberalidad de Dios, el cual podía revocarlas, si sobrevenia alguna causa de revocación. Digámoslo brevemente: a excepción del pecado, el hombre habría podido ser criado tal como nace actualmente, es decir, en el estado, de pura naturaleza. La proposición contraria ha sido condenada por la Iglesia, como falsa y errónea.

La tercera noción que importa recordar, es la diferencia entre el acto del pecado y el estado de pecado. El acto del pecado es la acción por la cual el hombre es culpable, siendo transitoria hasta el punto que un minuto es suficiente para cometer un crimen enorme. Y el pecado de pensamiento es aún más rápido. El estado de pecado importa la permanencia de la culpabilidad, aun después de cometido el acto culpable, cuya culpabilidad continúa subsistiendo, mientras no es destruida por un solo acto contrario. De los que rehusan convertirse, se dice que están en estado de pecado, y si persisten en la misma voluntad hasta el último suspiro, se dice que han muerto en el estado de pecado. Este lenguaje es muy teológico, y expreso perfectamente lo que la Santa Escritura califica mejor aún, cuando nos habla de la segunda muerte¹, la cual es infinitamente más terrible que la primera, porque es la muerte definitiva del alma que permanecerá separada eternamente de Dios.

Y ahora apliquemos estos principios: Adán ha pecado, y pocos minutos le han sido necesarios para con-

1. Apoc. c. XX, v. 16.

sumarlo, al revés del ángel al cual ha bastado un momento; pero ¡qué importa! Si el acto es fugitivo, el estado permanece como un estado de muerte, y desde aquel momento, Adán no tuvo ninguno de los dones que le daban su belleza y su fuerza, perdiendo la gracia santificante, con los dones sobrenaturales que constituían los apéndices gloriosos de la justicia original, en la cual había sido criado. Recordad, si queréis, la parábola del samaritano que la Iglesia nos recuerda cada año en el domingo 12.º después de Pentecostés. Uno de los actores de este pequeño drama evangélico, yendo de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de ladrones, que le despojaron y le maltrataron cruelmente, hasta dejarlo casi muerto. Los doctores de la Iglesia han visto en él una figura del primer hombre que, salido del estado de gracia, cayó en poder de aquél, que fué homicida desde el principio, y despojado de los dones gratuitos que tenía de Dios, quedó también maltratado en sus mismas facultades naturales, y así reducido a la más extrema indigencia.

Pero, no perdáis por esto de vista que Adán en germen constituía todo el género humano; que en él, la naturaleza humana, por voluntad de Dios, estaba enteramente representada como en su jefe moral; que lo que él quería o hacía, no como individuo, pues en este concepto sus actos no trascendían más allá de su persona, sino como jefe moral de la naturaleza humana, esa misma naturaleza humana lo quería y lo hacía en él; y ya que en esta ocasión, por lo mismo que ponía un acto que cambiaba las condiciones de la naturaleza humana, obraba manifestamente en esta calidad de jefe moral de toda la naturaleza humana, es decir, de todos los hombres, todos los seres que, mediante la generación, poseían esta naturaleza, es decir, todos y cada uno de nosotros, han querido y hecho en Adán aquel acto, no como personas, sino como naturalezas... Y por tanto, así como Adán mereció perder los dones sobrenaturales que lo elevaban tan alto, y que no debía sino a

la pura liberalidad divina, por la repudiación que de ellos hacía, también todos los hombres fueron envueltos en la desgracia de su padre común. Por lo mismo que son hombres, y que han recibido de él todo lo que les constituye hombres, el golpe de la justicia divina que despoja al padre, despoja también a los hijos¹. Y precisamente este estado de despojo es lo que constituye la esencia del pecado de Adán, en cuanto es común a él y a nosotros. Siendo justamente llamado pecado, porque ha sido originariamente querido, y porque es consecuencia del pecado, y se puede llamar con este nombre, porque colocando a la humanidad en un estado tan diferente del estado en que había sido criado, destruye la obra de Dios. Dios no puede, al vernos tan miserables, contemplar con pena, en su inteligencia, la realidad perfecta que había criado de la nada.

Y si hemos comprendido lo que precede, o sea, que el pecado original, tal como está en nosotros, es la pérdida de un estado sobrenatural, que no nos era debido en justicia, pero que habríamos conservado de la liberalidad divina, tenemos la idea más justa que podemos formarnos de esta cuestión interesante. Al-

1. Las cosas humanas, en un orden inferior, ofrecen analogías que, si no dan la última razón del misterio, no dejan de proyectar alguna luz sobre él. ¿Por ventura el padre puede transmitir a su hijo, lo que él no posee? Y si el padre comete el crimen de alta traición ¿la ley civil no le despoja de sus bienes, y por el mismo acto, no despoja también a todos sus hijos de los mismos bienes? Y si pasamos a otro orden de ideas ¿no vemos que existen enfermedades hereditarias? Hay personas que por causa de una enfermedad contraída de su padre, el cual la heredaba, tal vez, de sus progenitores, caminan lenta, pero seguramente al sepulcro. Y se han dado casos, de familias cuyos miembros desde diez generaciones están contagiados del mismo vicio de constitución y sucumben al mismo mal, porque el primer ascendiente ha alterado las fuentes de la vida. La ley de solidaridad es, pues, universal, y tan cierta como misteriosa. En lo físico y en lo moral somos lo que heredamos.

gunos se imaginan, y hacen de ello arma contra la religión, que un niño que muere sin ser bautizado está destinado al fuego del infierno... No hay nada más falso. Ni la Iglesia, ni nadie en la Iglesia, sea Papa, Concilio, Doctor o Teólogo autorizado, ha profesado tal enseñanza. Este niño no verá ni poseerá jamás a Dios, ciertamente; pero a esta exclusión del reino de los cielos, no hay que añadir ninguna pena positiva. El castigo del fuego no es infligido a los niños bautizados y muertos con el sólo pecado original, sino que permanecen en un estado de privación, exento de sufrimientos, porque no conocerán jamás el bien al cual estaban destinados¹. Un hombre que pasase su vida en el fondo de una caverna, no sería desdichado, si tuviese todo lo que reclamasen sus necesidades, y no sospechase que a poca distancia sobre su cabeza, existiese un mundo habitado, y alegrado por el astro bienhechor que lo ilumina con su luz, y lo calienta con sus fuegos.

Terminemos con una juiciosa observación que san Agustín saca del apólogo siguiente: Un hombre cayó en un pozo... Su amigo, viéndole sumergido en el agua y en peligro de ahogarse, le gritó: ¿Cómo habéis caído aquí dentro? ¿No debíais marchar con más circunspección? ¿Porque...—Bastante, replicó el otro; sacadme primero de donde estoy, y veremos después como he caído. Así debemos discutir en el asunto que nos ocupa. Lo importante no es averiguar curiosamente, lo que es el pecado original en sí mismo, y por qué medio de transmisión ha llegado a ser nuestro; sino el saber que es una realidad, y de que manera la misericordiosa bondad de Dios nos ha sacado del abismo². Lo veremos en la próxima instrucción y en las siguientes.

1. S. THOM. III. p. Supplem. append. q. 1, art. 1 y 2.

2. Cum quidam ruisset in puteum... accessit alius, et eo viso, admittans ait: quomodo huc cecidisti? At ille; obscuro, inquit, cogita quomodo hinc me liberes, non quomodo hinc ceciderim quærans... Ita, quoniam fatemur et fide catholica

tenemus, de reatu peccati tanquam de puteo, etiam parvuli
infantis animam Christi gratia liberandam, satis est quomodo
salva fiat novimus, etiam si nunquam quomodo in malum istud
deveniret novimus. Epist. 29, ad S. Hieronym.

SERMON DECIMOTERCERO

La humanidad antes de la venida de Jesucristo

Y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro

Hanc (Redemptionis) fidem, Deus
initio prae monstravit... et deinceps
candem promissionem saepe confi-
mavit... neque postea destitit Deus.
Salvatoris expectationem commovere.
Catech. Rom. cap. 3

Un árbol nos fué fatal; su fruto encerraba la muer-
te, y la comunicaba. Otro árbol nos ha dado la sal-
vación, y no cesará de dárnosla; pues lleva un fruto de
vida, y es causa de vida. De este segundo árbol, la
Iglesia canta cada año en el Viernes Santo, este him-
no admirable: ¡Oh, el más bello y admirable de los
árboles! Yo te veo adornado con la sangre de Jesús,
como si fuese una púrpura real. ¡Cuán dichoso eres
de llevar suspendido en tus brazos, al que fué el pre-
cio del mundo! Tú eres la balanza, en la cual ha sido
pesado el cuerpo de Aquel que quiso ser nuestro res-
cate. A tí se reservaba la gloria, de arrancar al in-
fierno su presa¹. Así canta la Iglesia... Pero ¡ay! ¡cuán
lejos estamos del Calvario! Apenas hemos salido, con
la consideración, del Paraíso terrestre, y faltan todavía
más cuatro mil años¹, para que aparezca Jesucristo
el cual rescatará a la humanidad perdida por el pe-
cado del primer padre. Es, pues, conveniente que antes
de continuar exponiendo la doctrina de la Iglesia, re-

1. Del himno, Vexilla Regis.

sumamos la historia religiosa de estos cuarenta siglos de intervalo. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Es una verdad de fe, que, desde toda la eternidad, la caída de Adán había sido prevista por Dios², al cual nada puede permanecer oculto, teniendo como tiene presentes las cosas futuras, como si fuesen presentes. No es esta la ocasión de profundizar este misterio; basta que sepáis que, como enseña la Iglesia, la presencia de Dios no destruye absolutamente la libertad del hombre.

Asimismo, es de fe que desde toda la eternidad, había sido decidido, en los consejos de la divina sabiduría, que el Hijo de Dios, Verbo suyo, consubstancial e igual al Padre, como participante de la esencia divina, se haría hombre, para salvar a los hombres, dando una reparación, que igualase a la ofensa. ¿Quién habría podido hacerlo? Ni el ángel ni el hombre, responde el Catecismo Romano, y con él todos los teólogos³, porque excede al poder de los ángeles, aun siendo tan elevados naturalmente, como al poder del hombre, en cuanto hombre, aunque fuese el más santo de los hombres, ei ofrecer a Dios, majestad, infinita, una reparación que iguale a la ofensa.

Pero, este Redentor, tal como lo necesitábamos, Dios y hombre juntamente, hombre porque pudiese humillarse y Dios porque pudiese dar a sus humillaciones un valor infinito ¿cuándo vendrá?

A la verdad, Dios lo promete a nuestros primeros padres, aun antes de arrojarnos del paraíso terrenal. Las Santas Escrituras nos lo enseñan en sus primeras páginas, y la escena que nos describen es de incomparable grandeza. El primer Padre y la primera Madre están

1. No hemos de examinar aquí, si ha de ser preferida la cronología de la Vulgata o la de los Setenta.
2. Bula dogmática de la Inmaculada Concepción: *Ineffabilis Deus*.
3. *Nostrum genus in pristinum locum nullo modo restitui poterat hominum aut angelorum viribus*. Cap. 3.

tristes, como es de razón, después de una catástrofe irremediable. Presente está también la serpiente seductora, que, como no habéis olvidado, era el mismo demonio oculto en esta forma engañadora. Dios interviene, y castiga, en primer lugar, a los dos culpables, y después interpellando a la serpiente: Yo pondré, le dice, enemistad entre tí y la mujer, entre tu raza y la suya, y ella aplastará tu cabeza: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum*¹. Es, pues, la redención un hecho adquirido; la palabra de Dios está empeñada, y sus promesas no pueden ser retiradas. Seremos salvados, ¿pero cuándo? Dios no lo ha dicho, y será preciso esperar.

Largos siglos transcurren, durante los cuales la posteridad de Adán se multiplica al infinito. Las generaciones suceden a las generaciones, las familias se convierten en tribus, y las tribus en pueblos. La tierra está poblada. Pero ¡qué! Todos estos pueblos se inclinan a la idolatría, y muy pronto caen, de precipicio en precipicio, como dice san Agustín con lenguaje sublime, bajo el peso del anatema que pesa sobre todo el género humano, desde el pecado del primer padre: *Jacebat in malis, vel etiam volebatur, et de malis in mala praecepiabatur totius generis humani massa damnata*²... Y Dios no envía aún al Redentor prometido... De este Retardo, los doctores de la Iglesia dan excelentes razones: Era necesario, en primer término, que la obra más grande salida de las manos de Dios, fuese preparada con antelación, y no apareciese hasta la plenitud de los tiempos³. Además convenía que la humanidad reconociese su necesidad, y llamase con instancia al solo Médico que podría sanarla: *Reliquit Deus prius hominem in libertate*

1. GEN. c. III, v. 15.
2. Brev. Rom. Dom. Septuag. lect. 5.
3. Quare non ante venit Christus? Quia nondum venerat plenitudo temporis... per multam seriem temporum et annorum: praedicendus fuit. Non enim aliquid parvum venturum erat. AUGUST. tract. 31, in Joan.

*arbitrii, ut cognita sua infirmitate, clamaret ad medicum, et gratiae quaereret auxilium*¹.

Dios aplaza, pues, el cumplimiento de sus designios misericordiosos, pero no por esto los pierde de vista. Con este fin, escoge a un hombre... ¿Cuál? El hombre que fué, desde el punto de vista religioso, el más considerable de los hombres antiguos; hombre que ejercerá, sobre su época y sobre los tiempos venideros, la influencia más durable; hombre al cual los judíos, los cristianos y hasta los mahometanos, venerarán con emulación, y cuyo nombre, en todo el Oriente, es pronunciado con el mayor respeto: Abraham²... A Abraham Dios se reveló como en otro tiempo, a Adán; a Abraham, padre de los creyentes, Dios prometió el Redentor futuro como, en los primeros tiempos, lo había prometido al padre de toda la especie humana; a Abraham dijo Dios: Porque tú has creído, y no has rehusado sacrificar tu hijo único, por causa de mí, te bendeciré, y multiplicaré tu posteridad, como las estrellas del cielo, y como las arenas de la mar, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en un vástago de tu descendencia: *Et benedicentur in semine tuo omnes gentes*³. Era, pues, claro que el Liberador futuro, Hijo de Dios y verdadero Dios desde toda la eternidad, sería también hombre en el tiempo, y descendería de Abraham según la carne.

Pero, ni Abraham, ni su hijo Isaac, ni su nieto Jacob, bastaban para desempeñar el oficio de guardianes de una promesa que interesa, en tan alto grado, a la humanidad entera. Era necesario que todo un pueblo fuese destinado a este fin. Y ¿qué pueblo será este? Un pueblo

1. THOM. III, p. q. 1 art. 5. Bosuet, dice en el mismo sentido:

Antes de que se nos diese el Salvador, convenía que el género humano conociese, por una larga experiencia, la necesidad que tenía de tal socorro. Hist. univ. 2ª p. c. 21.

2. Sobre Abraham, Brev. Rom. Dom. Quing. 1. 4.

3. GEN. c. XXVI, v. 4. Comentario de san Pablo: Galat. c. III, v. 16.

admirable entre todos por su origen, su historia, sus instituciones, sus vicisitudes y ¿me atreveré a decirlo? por su misma duración; porque teniendo su origen en Adán, y por lo tanto viejo de cuarenta siglos, después de tanto tiempo de su dispersión, y estando esparcido a los cuatro vientos, vive aún y vivirá siempre porqué es inextinguible... ¡Ah! desde el día en que se abrió vuestra inteligencia; desde que habéis sabido leer, o entendido a los demás; en los catecismos de vuestra juventud, en las homilias de cada fiesta, o en vuestras lecturas de la edad madura, cuantas veces este nombre ha resonado en vuestros oídos, o impresionado vuestros ojos: Los judíos... Pero, de este pueblo del cual habéis oído el nombre con tanta frecuencia; de este pueblo del cual conocéis la historia, tal vez vagamente ¿sabéis al menos su importancia, y cuál es su razón de ser? ¿Os habéis preguntado por qué se le llama, y por qué era en realidad el pueblo de Dios? Si no queréis exponeros a una ignorancia casi completa de la Religión, es necesario que podáis responder a estas preguntas. Pues bien; creo que podré explicaros de una manera satisfactoria las cuestiones que acabo de indicar.

Entraba en los designios de Dios, que el Redentor prometido naciese de este pueblo, y saliese de entre las naciones. Por esto, Dios lo formó y, casi podemos decir, lo moldeó aparte. Por esto, Dios hizo en su favor un sinnúmero de milagros, para que no pareciese bajo los golpes redoblados de enemigos interesados en su pérdida. Por esto, en fin, en la historia de este pueblo, en su organización política y religiosa, en la legislación, que le rige, en los jefes que le gobiernan, en su culto, en sus ritos ceremoniales y en sus personas y cosas, todo es figurativo, todo anuncia al Redentor y prepara su venida, todo hace presentir su proximidad, cada vez mayor, todo contribuye a anunciarle de una manera simbólica¹. Detallémoslo brevemente: el que fué el se-

1. Este pueblo, que ha sido manifestamente el corazón de símbolo - 8

gundo en la línea de los antepasados de este pueblo, Isaac extendido en el leño que ha de consumirle, es figura del Redentor; José vendido por sus hermanos, y elevado después a la cumbre del poder, es figura del Redentor; Moisés que libra a Israel de la servidumbre de Egipto, y Josué que le introduce en la tierra prometida, son figuras del Redentor. El maná que cae del cielo sobre una tierra árida, el cordero pascual que se inmola cada año, y que es preciso comer con un ceremonial misterioso, el arca de la alianza que profiere oráculos, y el altar enrojecido con la sangre de millares de víctimas—tan claro es que sin efusión de sangre, no hay remisión, como dice san Pablo—todas estas cosas, con otras innumerables son figuras del Redentor.

Pero, no son suficientes las figuras mudas o inanimadas. Es necesario que aparezcan hombres, que venan con claridad los acontecimientos futuros y hablen... Vedlos aquí personificados en los profetas y en los grandes videntes¹. Desde Moisés, que decía a los israelitas: Vendrá el Redentor prometido a vuestros padres, el cual será mayor que yo²... hasta Juan Bautista que lo muestra con el dedo, y dice a sus seguidores: Ha venido, y está con nosotros, no siendo yo digno de desatarle la correa de sus zapatos³... se escalonan estos grandes videntes en el transcurso de quinientos años. Uno de ellos ve al Padre que lo engendra, en su seno, desde toda la eternidad⁴; otro ve a la madre que lo concibe, y lo da a luz en el tiempo, sin mengua de su virginidad⁵;

la humanidad, y la más fuerte de las razas humanas, ha profetizado todo él como un solo hombre. Su vida, su ley, su religión, su razón de ser y su historia, han sido la espera del Mesías. GRATV. Philos, del Credo, p. 81.

1. Res mutae significarunt, et homines praedixerunt quae et quanta nobis Salvator ille Redemptor noster Jesus Christus allaturus esset. Catech. Rom. c. 3.

2. DEUT. c. XVIII.

3. MARC. c. I.

4. PSAL. CIX.

5. ISAI. c. VII.

otro ve la humilde aldea en que nace¹, otro el año preciso en que muere²; otro a los reyes acudir desde Oriente, para adorarle, y ofrecerle sus presentes³; otro al Precursor que marcha delante de El, y le prepara sus caminos⁴; otro le ve de fácil acceso y de dulzura incomparable: No disputará, no gritará, no se oírá su voz en las calles, como si fuese un hombre pendenciero, no quebrará la caña ya consentida, ni apagará la mecha humeante; otro ve a los enfermos que cura, a los estropeados que endereza, a los ciegos y a los muertos a quienes da la vista y la salud⁵; otro ve la humilde caballería en que monta en el día en que entra como triunfador en la Ciudad santa; y, al cabo de poco tiempo, ve al traidor que le entrega, a las treinta monedas que el maldito gana con su crimen infame, y la utilización de este precio de iniquidad, para adquirir un templo de alfarero⁶; por fin, David, como si fuese un testimonio ocular que baja del Calvario después de haber sido inmolada la santa Víctima, ve la cruz, como un trono de este Rey, de nueva especie, mil años antes del acontecimiento; ve sus pies y sus manos agujereados, todos sus huesos transparentados en la piel, sus hábitos repartidos, con la túnica echada en suerte, sus labios probando la hiel y vinagre, y a sus enemigos que tiemblan de coraje, y están sedientos de su sangre. Pero muy pronto cambia la escena, y ve su resurrección gloriosa, su triunfante ascensión, y a la Iglesia, que ya fundado con su muerte, extenderse por todo el ámbito de la tierra⁷.

Tales son los profetas, los cuales aparecieron periódicamente, como he dicho, durante los mil quinientos años que precedieron a los acontecimientos que anunciaron. Conforme a lo que ven, hablan. Lo que uno de ellos no dice, lo expresa el otro; y lo que éste comienza

1. MICH. c. V.

2. DANIEL. c. IX.

3. PSAL. LXXI.

4. MALACH. c. III.

5. ISAI. c. XXXIII.

6. ZACAR. c. XI.

7. PSAL. XXI, LXVIII.

lo acaba un tercero. Podríais compararlos a un gran número de pintores, viviendo en épocas diferentes, y, que sin haberse conocido, van componiendo, por partes, un gran retrato. Pero, ¡ved qué maravilla! Todos estos trazos esparcidos en veinte telas diferentes, componen, en su yuxtaposición, un personaje admirablemente proporcionado y pintado, que reproduce, rasgo por rasgo, a un hombre que no comenzará a existir, sino muchos siglos después que habrá sido dada la última pincelada.

Recordad esta comparación que expresa, de una manera exacta, lo que fueron los profetas y los diversos oráculos que precedieron a la era profética propiamente dicha. Cada uno de ellos nos da un rasgo del Redentor futuro. Uno nos indica el pueblo de donde ha de nacer; otro la tribu; el de más allá la familia; el cuarto designa la época de su venida; el quinto su concepción milagrosa; el sexto el lugar de su nacimiento¹, y cada uno de los siguientes, un rasgo de su vida, de su apostolado, de su pasión y muerte, de su resurrección y de su ascensión a los cielos. Y después de haberse realizado todo, y cuando podemos leer, en el libro escrito expreso para su narración, el origen del Redentor, su nacimiento, su vida y sus obras, su muerte, su resurrección y su vida gloriosa, podemos observar con un asombro siempre renovado, que toda su historia ha sido hecha quinientos años o mil o muchos más años antes de su venida a este mundo; pudiendo decirse con verdad, como lo dice admirablemente el Catecismo Romano, que si, por una abstracción del espíritu, se olvidan las diferencias entre el pasado y el porvenir, ninguna diferencia veremos tampoco entre las predicciones de los profetas y las predicaciones de los apóstoles, entre nuestra fe y la fe de los antiguos patriarcas; tan justa es su correspondencia¹.

1. Léase, para mayores detalles, el sermón 16.º

1. El lector leerá, con complacencia, este bello texto: Ita ut, si futuri et praeteriti temporis tollatur diversitas, nihil iam inter prophetarum praedicta et apostolorum praedicationis,

¡Oh! ¡Cómo Jesucristo es grande! Dios, existiendo antes de los tiempos, posee la eternidad... Dios, hecho hombre en el tiempo, es dueño del tiempo... El es el centro hacia el cual todo converge, y que todo lo finaliza, verificándose la palabra de san Pablo: Cristo era, es y será, y tal como era ayer, es hoy, y será por todos los siglos: *Jesus Christus heri, et hodie, ipse et in saecula*...

nihil inter veterum patriarcharum fidem et nostram interesse videatur. Cap. 3.

1. Heb. c. v. 8.

SERMON DECIMOCUARTO

La noción teológica de Jesucristo

Y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro

Præstat contemplari quod fides proponit, et sincera mente Jesum Christum verum Deum et verum hominem credere et confiteri; gentium quidem ut Deum ante omnium sæculorum ætates ex Patre ut hominem vero, natum in tempore, ex Matre Maria Virgine. Et quamquam duplicem ejus naturam agnoscamus, unum tamen filium esse credimus. Una enim persona est, in qua divina et humana natura convenit. Catech. Rom. cap. 3

El Catecismo Romano da al párroco un consejo saludable: En vez de querer penetrar el misterio innarrable de la generación eterna del Hijo de Dios en el seno del Padre, es preferible, *præstat*, dice, deteniéndose simplemente a lo que la fe nos propone de estas verdades, crear y profesar, con sinceridad, que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es engendrado del Padre como Dios, antes del tiempo, y que ha nacido, en el tiempo, de la Virgen María su madre. Pero, al reconocer estos dos nacimientos, no creemos sino en un solo Hijo, ya que no es sino una persona, la cual reúne la naturaleza divina y la naturaleza humana.

Este consejo lleno de prudencia será la norma de nuestra instrucción en el día de hoy. Dios nos ayude con su gracia...

Hemos visto, en una de nuestras primeras instruc-

ciones sobre el Símbolo de los Apóstoles, que Dios es fecundo, que, por esta fecundidad, ha engendrado, antes de los tiempos, al Hijo, distinto del Padre, pero igual al Padre, coeterno y consubstancial al Padre. Dios como el Padre, y con el Padre.

Pero, este Hijo de Dios, Hijo perfecto del Padre, verdadero Dios como el Padre, llegada la plenitud y verdaderos tiempos, como expresa el Apóstol¹ y manifiesta los símbolos de la fe, ha descendido del cielo, y ha asumido nuestra naturaleza con un cuerpo y un alma semejantes a la nuestra, y que, de esta manera, sin cesar de ser lo que era, y siendo lo que no era, llegó a ser hombre.

¿Queréis convenceros de ello?

San Juan lo dice, y con san Juan todos los evangelistas: En el principio existía el Verbo, y el Verbo se estaba en Dios, y el Verbo era Dios... y el Verbo se hizo carne, y ha habitado entre nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, la gloria del Hijo unigénito de Dios, lleno de gracia y de verdad: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum... et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis, et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti a Patre, plenum gratiæ et veritatis*?

San Pablo lo dice, y con san Pablo todos los apóstoles: Teniendo la forma de Dios, es decir, siendo de la misma naturaleza de Dios, e igual a Dios, pudiendo llamarse tal sin usurpar nada que no le fuese propio, se anonadó hasta tomar la forma de esclavo, haciéndose en todas las cosas, semejante a los hombres y verdadero hombre: *Qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratum est esse se æqualem Deo; sed semetipsum exinaniavit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo*?

1. GALAT. c. IV, v. 4.

2. JOAN. c. I.

3. PHILIP. c. II, v. 6, 7.

El Símbolo de san Atanasio lo dice, y con él los doctores de todos los siglos cristianos: Es Dios y hombre juntamente el Hijo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor; Dios engendrado, ante todos los siglos, de la substancia del Padre; hombre, nacido en el tiempo, de la substancia maternal. Así lo creemos, y lo profesamos, como siendo la substancia de nuestra fe: *Est ergo fides recta ut credamus et confiteamur quia Dominus noster Jesus Christus Dei Filius, Deus et homo est. Deus est ex substantia Patris ante saecula genitus; et homo est ex substantia matris in saeculo natus*¹.

En fin, esta es también la enseñanza oficial de la Iglesia. Escuchad como ella lo formula: *Credo in unum Deum*... Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, que ha hecho el cielo y la tierra, con todas las cosas visibles y las invisibles; y en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, y nacido del Padre ante todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero, de Dios verdadero, el cual no ha sido hecho, sino engendrado, consubstancial al Padre, y para el cual todo ha sido hecho. Y por causa de nosotros, hombres, y para nuestra salud, descendió de los cielos y se encarnó en el seno de la bienaventurada Virgen María, por obra del Espíritu Santo, y fué hecho hombre... Habréis reconocido en estas palabras al Símbolo de Nicea que la Iglesia os invita a cantar con ella cada domingo, para dar testimonio público de vuestra fe².

Pero, para que la noción de Jesucristo que vamos estudiando sea teológicamente exacta, hay que precisarla todavía más. Si podemos decir, con toda verdad que Jesucristo es Dios y hombre a la vez ¿habremos de decir que hay en Jesucristo dos personas? No, ciertamente.

A la verdad, hay en Jesucristo dos naturalezas: la

1. Symb. Quicumque.
2. Symb. de Nicea, dicho también de Constantinopla. ¿Veremos revivir un día los felices tiempos en que, el pueblo cristiano tomaba parte en los cantos litúrgicos?...

divina y la humana. Estas dos naturalezas, aunque estrechamente unidas, son distintas, sin que cambien, ni se alteren, y es por lo mismo, imposible la absorción de una de ellas por la otra. Estas dos naturalezas son perfectas, cada una en su orden, tanto la divina como la humana. Por la primera, Jesucristo es Dios verdadera-mente, y repito lo que he dicho hace poco: Igual al Padre, consubstancial al Padre, un solo Dios con el Padre, pudiendo decir Jesucristo con toda verdad: *Et Padre y yo no somos sino una misma cosa: Ego et Pater unum sumus*¹. Por la segunda naturaleza, Jesucristo es hombre, verdaderamente hombre, teniendo del hombre los dos elementos que le constituyen: un cuerpo verdadero y una verdadera alma. Y si deseáis más precisión, no hay sino repetir la frase exacta de san Atanasio: Jesucristo es Dios perfecto y hombre perfecto: *Perfectus Deus et perfectus homo*².

Pero si las dos naturalezas en Jesucristo son distintas y completas, o sea, si cada una de ellas, hasta después de la unión, guarda sus propiedades respectivas, sin que la gloria de la naturaleza divina absorba a la naturaleza humana, y sin que la elevación de la naturaleza humana abaje a la divina, con todo, no hay en el Salvador sino una sola persona. Varias son las naturalezas, pero única es la persona. Persona única, que se predica de Aquel que es engendrado, ante todos los siglos en las profundidades de su eternidad, y de Aquel que nace de una mujer en la plenitud de los tiempos. Persona única, la de Aquel que, en cien lugares del Evangelio, se manifiesta a la vez, Hijo de Dios, e Hijo del hombre. Persona única, la de Aquel que es, a la vez, pasible e impasible, mortal e inmortal, limitado e infinito, visible e invisible, comprensible e incomprensible, terrestre y celeste; así se expresa san Gregorio Nazianceno llamado el Teó-

1. Joan. c. X, v. 30.
2. Symb. Quicum.

logó¹. Persona única, la de Aquél cuyos milagros, asombrosos entre todos, revelan el poder divino, y que, a pesar de esto, sucumbe a los golpes de sus enemigos, dando un indicio manifiesto de su humana flaqueza, como dice san León² con los doctores de todos los tiempos. Y cuando en el siglo quinto, un herejarca famoso, el impío Nestorio, propaga con sus discursos y con sus escritos, el error monstruoso, que ha tomado su nombre, el cual, prescindiendo de las sutilezas con que le presentaba, consistía en hacer de Jesucristo un hombre divino, un simple enviado de Dios inspirado por un espíritu diferente del suyo y sujeto al imperio de una voluntad que no era su voluntad propia, la Iglesia entera fué presa de una santa indignación, reuniéndose doscientos obispos en la gran ciudad de Efeso bajo la presidencia de los Legados del Papa y declarando, en doce artículos célebres, que Jesucristo es más que un hombre de Dios, es decir, afirmaron que Jesucristo es un Hombre-Dios, o sea, un hombre que es a la vez, Dios y hombre en unidad de persona³.

Y notadlo bien, porque sobre esta verdad, aunque va indicada, hemos de insistir más todavía. En Jesucristo, la persona única es la misma persona del Hijo de Dios, y no una persona nueva resultante de la unión, por estrecha que sea, de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. La persona divina no puede abdicar su soberanía, al entrar en un compuesto cualquiera del que forme parte. Allí donde esté, es necesario que no sufra disminución en lo que es. Es, pues, la personalidad divina, la que el Hijo de Dios ha guardado, porque no debe, ni puede perderla, la cual rige, gobierna y sirve de supuesto a la naturaleza humana, elevándola a una dignidad incomparable y confiriéndola una dignidad infinita⁴.

1. Sermo 51.
2. Ap. Thom. III, p. q. II, art. 3.
3. ROHRBACHER, Hist. de la Iglesia. lib. 39.
4. Véase sobre este punto: *Vita Jesucristi* de Ludolfo Car-

¡Oh! ¡cuán bello y cuán grande, es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre! Demos gracias a Dios, porque después de haberlo tenido cubierto con un velo, durante tantos siglos, lo ha mostrado más tarde claramente, a los que vivimos bajo la ley de la gracia¹... gracias que daríamos a Dios más cumplidamente, si pensáramos como es nuestro deber, en las consecuencias que se siguen de este hecho, consecuencias tan admirables, que no temo decir, que no hay otras más aptas para interesar nuestra fe.

Y la primera es que, ya que en Jesucristo hay dos naturalezas distintas en una sola persona, y ya que esta persona única es la propia persona del Hijo de Dios, no es una exageración de lenguaje, ni el resultado de un misticismo desviado, sino una verdad cierta que se deduce racionalmente de principios indisputables, decir que Dios ha nacido niño, que Dios ha crecido en el tiempo, que Dios ha experimentado hambre, sed, cansancio, tristeza, enojo y disgusto, que Dios ha llorado por su patria terrenal, que Dios ha sido atormentado y crucificado, que Dios ha muerto, ha resucitado y ha subido a los cielos. Todas estas cosas es claro que en el Evangelio se atribuyen a Jesucristo según la naturaleza humana, pero al fin se han de atribuir a la persona única y divina de Jesucristo existente en las dos naturalezas distintas.

La segunda consecuencia es que debemos rendir un culto supremo de adoración, no sólo a la divinidad de Nuestro Señor, sino a la santa humanidad; y por la razón misma que hemos expuesto: que en Jesucristo permaneciendo indisolublemente unidas la divinidad y la humanidad, a pesar de su distinción, las dos naturalezas no constituyen sino una sola y única persona, la cual, por ser la persona divina, es toda adorable. Esta

- tujano. En esto, como en toda la obra, el monje sajón se muestra teólogo consumado.
1. Coross. c. 1, v. 26.

es la razón por la cual adoramos al Sagrado Corazón de Jesús. Este culto no es ninguna novedad, al contrario: la novedad aquí consiste, en querer desposeer al mundo cristiano de esta devoción, como quería la herejía jansenista.

La tercera consecuencia es que la santa Eucaristía que es *propinamente* el cuerpo de Nuestro Señor, *Corpus Domini*, es también considerada, con mucha exactitud teológica, como el sacramento del cuerpo y de la sangre, del alma y de la divinidad, de Jesucristo; porque allí donde está el cuerpo de Jesucristo, allí está su sangre, y donde está su cuerpo y su sangre, allí está su alma, y, por lo tanto, toda su humanidad; y como los dos naturalezas, divina y humana, están unidas indisolublemente en la unidad de persona, donde está la santa humanidad de Jesucristo, allí está su divinidad. Es, pues, todo Jesucristo, su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad que recibimos en este sacramento, siendo justificada la palabra de un Padre de la Iglesia cuando decía: Por la Comunión somos enriquecidos de la substancia divina.

La cuarta consecuencia es que María puede llamarse con verdad, y en sentido más riguroso, Madre de Dios, Deipara... pero esta verdad es demasiado importante para tratarla accidentalmente. Son precisos aquí amplios desarrollos que tendrán lugar adecuado en otra instrucción.

Entretanto, hagamos, valientemente y con toda nuestra alma, un acto de fe en Jesucristo, pero un acto de fe que le comprenda enteramente como Dios perfecto, como hombre perfecto, y como una persona única. Estando un día Nuestro Señor en los confines de Cesarea preguntó dirigiéndose a sus apóstoles: ¿Qué piensan los hombres del Hijo de Dios? A lo cual respondieron: Unos dicen que sois Juan Bautista, otros Elías, estos Jeremías, los de más allá alguno de los antiguos profetas... Y Jesús continuando: Pero vosotros ¿quién decís que soy yo? Vos, Señor, exclamó Simón Pedro, sois

el Cristo, el Mesías prometido a nuestros padres, el Hijo de Dios viviente!...

Procuramos que tal sea nuestra fe, y que se manifieste con la misma intrepidez, sobre todo en un tiempo como el que vivimos, en el cual las más monstruosas doctrinas tienden a disminuir a Jesucristo, a mutilarle para hacer de El, renovando las fórmulas de la herejía nestoriana, un puro hombre, y un simple enviado de Dios... Así habremos, en el curso de nuestra vida, confesado a Jesucristo altamente y sin mutilaciones; y a su vez llegado el tiempo de las grandes manifestaciones, Jesucristo nos reconocerá por suyos, ante su Padre². No podemos aspirar a recompensa mayor ni más envidiable.

1. MATTH. c. XVI.
2. MATTH. c. X, v. 32.

ritu Santo, como el Evangelio lo dice y la Iglesia lo enseña, pero con esta particularidad que, si es de derecho en todas las obras *ad extra* de Dios, lo es de una manera especial en ésta; que las otras dos personas de la Sma. Trinidad, han concurrido también en esta obra excelsa.

En tercer lugar, nosotros creemos y profesamos que esta concepción obrada por el Espíritu Santo juntamente con las otras dos personas divinas, si ha sido sobrehumana en cuanto a su principio activo, en cambio, ha sido natural en sus efectos¹, es decir, muy real y verdadera, en el sentido que el cuerpo de Nuestro Señor ha sido, no un cuerpo aparente, como han pretendido ciertos herejes de los primeros siglos, sino un verdadero cuerpo humano, formado de mujer y de una sangre purísima; también creemos que el alma creada para animar este cuerpo ha sido una verdadera alma humana, mil veces más perfecta que la nuestra, pero de la misma naturaleza... siendo la palabra del Símbolo de san Atanasio, de una exactitud teológica rigurosa: Dios perfecto, y hombre perfecto tal es Jesucristo².

En cuanto al lugar, creemos y profesamos que este cuerpo y esta alma, en el primer instante de su formación o creación y de su unión, fueron asumidos por el Verbo eterno de Dios, de tal manera, que en Jesucristo la naturaleza divina y la naturaleza humana, distintas antes de la unión y después de ella, y conservando cada una sus propiedades respectivas, no tienen sino un solo supuesto, no forman sino una sola persona: el supuesto y la persona del Hijo de Dios.

Por último—y sobre este punto quiero extenderme algo más—nosotros creemos y profesamos que la Santísima Virgen María es verdaderamente, en el sentido riguroso de la palabra, la Madre de Dios... Las santa

SERMON DECIMOQUINTO

La concepción de Jesucristo. Maternidad divina de María

Que fué concebido por obra del Espíritu Santo

Ut primum cum corpore anima coniuncta fuit, ipsa etiam divinitas cum corpore et anima copulata est... Ex quo fit, ut eodem temporis puncto, perfectus Deus et perfectus homo esset, et Virgo sanctissima vere et proprie mater Dei et hominis diceretur quod eodem momento Deum et hominem concepisset.

Catech. Rom. cap. 4

A fin de que sean aún más sólidamente establecidas, y mejor comprendidas, y al mismo tiempo, para que la maternidad divina de la Santísima Virgen, que es el propio objeto de esta instrucción, se deduzca con mayor claridad, vamos a resumir, al menos en la substancia, muchas de las verdades enunciadas en la precedente instrucción: Qué Dios nos ayude con su gracia...

Y en primer lugar, nosotros creemos y profesamos que el Hijo de Dios, después de transcurrido el tiempo predicho por los profetas, se hizo hombre, y que permaneciendo igual a Dios, y siendo Dios verdadero, vino a ser lo que no era: el Emmanuel, Dios con nosotros y hombre como nosotros, el Hombre-Dios.

En segundo lugar creemos y profesamos que este Hijo de Dios hecho hombre ha sido concebido en el seno de la Bienaventurada Virgen María, sin ningún concurso humano, y por la única operación del Es-

1. S. THOM. III p. q. XXXIII, art. 4.
2. Symb. Quicumque.

Escrituras lo dicen, la Iglesia lo enseña, y la teología lo demuestra.

Las santas Escrituras lo dicen. Escuchad las palabras del arcángel Gabriel a María: He aquí que concebiréis en vuestro seno y daréis a luz a un hijo, al cual pondréis el nombre de Jesús; El será grande entre todos y se llamará Hijo del Altísimo! San Pablo nos dice escribiendo a los Gálatas: Habiendo llegado el tiempo previsto, Dios ha enviado a su Hijo, nacido de mujer en el tiempo de la ley, para rescatar a los que estaban bajo su yugo.

La Iglesia nos lo enseña por la unanimidad de sus doctores. Los más considerables de entre ellos y los más autorizados en esta materia son los primeros en defender el glorioso privilegio de María: *Optimi et sapientissimi quique Patres, quotquot ante nos extiterunt omnes sacram Virginem Deiparam appellanti*?. También lo enseña en sus profesiones de fe, unas más concisas, otras más explícitas, pero todas concordes en este punto capital: Creo en Jesucristo, Hijo de Dios único, Nuestro Señor, que fué concebido del Espíritu Santo, y que nació de la Virgen María... Así habla el Símbolo de los Apóstoles; Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero... el cual por causa de nosotros y de nuestra salud, descendió del cielo, y se encarnó, por obra del Espíritu Santo, en el seno de la Virgen María, y se hizo hombre... Así habla el Símbolo de Nicea. Y cuando, en el siglo quinto, el impío Nestorio, en sus discursos y en sus escritos, predicaba que Jesucristo no era sino un hombre, y que la Virgen María no era sino la madre de un hombre, el Concilio de Efeso fulminó contra el herejara doce anatemas el primero de los cuales estaba concebido en estos términos: Si alguno no confiesa que Jesucristo es verda-

dero Dios, y, por lo tanto, que la Bienaventurada Virgen María es Madre de Dios, ya que ella ha dado a luz, según la carne, al Verbo de Dios hecho carne... sea anatema!

En fin, la Teología lo demuestra; es decir: podemos también evidenciarlo por la razón fundada en los principios de la fe. Seguidme con atención. Cuando un hombre nace, no es sólo el cuerpo que nace, como tanto poco el alma sola, sino el compuesto de cuerpo y alma: la persona?. De la misma manera, cuando Jesucristo nació, no nació solamente en el cuerpo, y ni solamente en el alma, y menos aún en la divinidad; sino que nació el mismo Hijo de Dios hecho hombre, o sea: la persona divina en tanto que unida a la naturaleza humana, pero sin perder, no lo olvidemos, su personalidad propia.

Y ahora de esta verdad fundamental, contenida en las santas Escrituras, enseñada por la Iglesia, y demostrada por la razón teológica, ved las magníficas consecuencias que de ella provienen, como de su fuente; consecuencias que sería lástima omitir, porque servirán para ilustrar vuestra piedad, y para responder a los que, no entendiendo la razón del culto que damos a María lo achacarán a una piadosa exageración.

María es Madre de Dios; es, pues, la Reina de los ángeles, de los hombres y del mundo entero.

María es Madre de Dios; es, pues, como la llama la Iglesia, la causa de nuestra alegría, la verdadera puerta del cielo, y respecto de Jesucristo, como dice san Bernardo, toda la razón de nuestra esperanza: *Tota ratio spei nostrae*.

María es Madre de Dios; ella es, pues, la criatura más grande, más santa, la más elevada en gloria y en honor, entre las que han existido o existirán. Escuchad a los doctores: Después de Dios, dice Alberto el Grande, no

1. Apud. THOM. III, p. q. XXXIV, art. IV.

2. S. THOM. Nativitas hypostasis est non naturae. III p. q. XXXV, art. 1 y 4.

1. LUC. c. 1, v. 31.
2. SAN CIRILO DE ALEXANDRIA. De Vera Fide.

hay dignidad mayor que la de madre de Dios: *Immediatè post esse Deum est esse mater Dei*. La Santísima Virgen, añade el Doctor angélico, por la sola razón de ser madre de Dios, posee una dignidad en alguna manera infinita, por razón del bien infinito al cual está unida. Y, por tanto no puede ser elevada a una dignidad más alta: *Beta Virgo, ex hoc quod est Mater Dei, habet quamdam dignitatem infinitam, ex bono infinito quod est Deus, et hac parte non potest fieri melius...* ¡Oh María, dice a su vez san Anselmo con tanta piedad como precisión teológica, no hay nada que os sea igual, ni nada que pueda compararse con vos, porque todo lo que existe está por encima de vos, o es inferior a vos, y encima de vos no hay sino Dios, así como debajo de vos hay todo lo que no es Dios¹. Y si remontamos, de anillo en anillo, la cadena tradicional, llegaremos hasta el convertido de san Pablo, san Dionisio Areopagita, que dice: Si no supiese por la fe que hay un solo Dios, la habría tomado por una Divinidad, y la hubiese prestado adoración.

Y tenía razón: nosotros no adoramos sino a Dios, al Dios único, eterno, todopoderoso, criador y dispensador de todas las cosas, en el cual reconocemos una soberanía absoluta y la plenitud del ser. Pero, porque María es la criatura más perfecta salida de sus manos; porque ella ha recibido las efusiones de la gracia en el mayor grado posible; porque ella sola sabe más que todos los ángeles y hombres juntamente; en fin, empleando la palabra que place más a nuestros oídos, porque ella es la madre que Dios escogió para sí, en el tiempo en que determinó venir al mundo para nuestra salud, por todas estas razones, le tributamos un culto aparte, un culto sobreeminente de honor, un culto el más elevado,

1. Nihil tibi, o Domina, aequale, nihil comparabile; omne enim quod est, vel supra te est, vel infra te. Quod supra te, solus Deus; quod infra te, omne quod non est Deus... ¡Qué lenguaje! ¿Es posible añadir algo más? ¿No es la última palabra de la alabanza?

después del que tributamos a Dios: Su solo título de Madre de Dios justifica, consagra, canoniza, todas las invenciones del reconocimiento, todos los impulsos del alma, todas las inspiraciones de la ternura, para honrar, alabar, bendecir y glorificar sobre la tierra a Aquella a la cual el mismo Dios ha honrado con una dignidad infinita¹; y exceptuando el culto de adoración, que no pertenece sino a Dios, no creemos nunca hacer bastante por María, cualquiera cosa que hagamos, ni hablar suficientemente en su honor, por mucho que digamos: *Dei Maria nunquam satis*.

En cierto día, leemos en el libro de Ester, queriendo el rey Asuero honrar a uno de sus súbditos que le había salvado la vida, preguntó qué sería necesario hacer en honor de aquél, al cual el Rey quisiese honrar de una manera especial. Y le fué respondido: Es necesario revestirle con los hábitos reales, hacerle montar en el caballo del rey, y ponerle la diadema, y, después hacerle recorrer toda la ciudad, teniendo las bridas de su caballo el mayor personaje de la corte que diga a grandes voces: Así será honrado aquél a quien el Rey quiera honrar²... Este acontecimiento es una figura que podemos aplicar exactamente a María; ella ha dado a luz al Salvador, ¿cómo será honrada? ¿Cómo venerar a la que goza de una intimidad tan grande con la Santísima Trinidad? ¿Qué homenajes hemos de rendir a la que el Señor ha hecho, no sólo su amiga y su confidente, sino su superiora, fuente de su existencia humana y su propia madre? La respuesta que hicieron a Asuero es la única que conviene. No hay nada demasiado elevado para aquella a quien Dios debe la vida; ningún don de gracia o de gloria puede ser excesivo, para la mujer sin par que, después de llevar al Señor en su seno, lo dió a luz. Que sea revestida con los hábitos reales, es decir, que la

1. COMBAULT. Conferencias sobre las grandezas de la Santísima Virgen. pág. 198.

2. ESTER. c. VI.

plenitud de la Divinidad la envuelva, a fin de que sea el emblema de la santidad, de la belleza y de la gloria indecible del mismo Dios; que se le imponga la diadema real en la cabeza, porque ella es la reina del cielo, la madre de todos los vivientes, la salud de los débiles, el refugio de los pecadores y la consolación de los afligidos; que los cortesanos del Rey, es decir, los ángeles, los profetas, los apóstoles y todos los santos, marchen delante de ella, besen sus vestiduras, y se alegren a la sombra de su trono. Así honró también Salomón a su madre, saliendo a su encuentro, e invitándola a sentarse a su derecha: *Venit Bethsabée ad regem Salomonem... et surrexit Rex in occursum ejus, adoravitque eam, et sedit super thronum suum, postisque est thronus matri ejus quae sedit ad dexteram ejus*¹...

¡La Iglesia puede hacer menos por María que Asuero por Mardoqueo, o que Salomón por su madre?...!

1. III Reg. c. II, v. 19.—Véase Newman, Conferencias a los protestantes y a los católicos.

SERMON DECIMOSEXTO

El nacimiento de Jesucristo

Hujus mysterii fides quanta, cum laetitia et iucunditate animi meditata sit, Angeli vox qui primus felicissimum nuntium mundo attulit declarati; inquit enim: Ecce evangelizo, vobis gaudium magnum etc... Carech. Rom. cap. 4

Hoy celebramos la fiesta dichosa de Navidad. Si guiendo el ejemplo del Angel, y sirviéndome de sus palabras, puedo también deciros: he aquí que os anuncio una nueva que será por todo el pueblo un gran motivo de gozo: hoy os ha nacido un Salvador que es el Cristo, el Señor Dios: *Ecce evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo; quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus*¹... Y como en este día, más que en otro alguno, todo preámbulo sería enojoso, formularé, sin tardar, mi pensamiento: ha nacido de quien debía nacer, en el tiempo en que debía nacer, en el lugar en que debía nacer y de la manera como debía nacer. ¡Dios nos asista con su gracia!

No ignoráis y, si lo habéis olvidado momentáneamente, el menor esfuerzo os bastará para recordarlo, que en el mismo día de la prevaricación, que fué también nuestra, nuestros primeros padres recibieron la promesa de un Liberador. Pero, ¿de dónde podía venir este Liberador prometido? ¿De quién tomaría su origen? Las mismas palabras de la promesa lo recuerdan: De una

1. Luc. c. II, v. 10.

mujer y por consiguiente, de la misma raza humana: Pondré enemistades entre ti y la mujer, había dicho el Señor al tentador, y entre tu descendencia y la suya, y ella aplastará tu cabeza... por medio de Aquel que nacerá de ella!... Pero ¿de qué pueblo nacerá? La segunda promesa lo dice: del pueblo del cual Abraham; es cabeza: En él, es decir en algún descendiente suyo, serán bendecidas todas las naciones de la tierra?... Pero, en este pueblo que descende de Abraham ¿qué tribu será la escogida? La tercera promesa formulada por la boca inspirada de Jacob lo dice: Será la tribu de Judá llamada con este nombre porque ha de recordar el cuarto hijo del patriarca³... Pero, en esta cuarta tribu de Judá ¿de qué familia provendrá? Una promesa posterior anuncia que vendrá de la familia de Jesé, padre de David: Un retoño saldrá del tronco de Jesé, y una flor del Señor reposará sobre él⁴... ¡Qué punto de vista! ¡Y qué magnífico conjunto! Primeramente un gran círculo: la raza humana toda entera; después un círculo menor: un pueblo escogido y separado de entre la masa de las naciones; después un círculo aún menor: una tribu de ese pueblo escogido y preferido a los otros; por último, un cuarto círculo concéntrico, menor que los anteriores: una única familia de cuyo seno saldrá el Descendido de las Naciones.

Y ahora, pasado de la promesa al prometido, de la predicción al predicho, de los tiempos antiguos a los modernos, del Génesis al Evangelio, de los profetas que ven a lo lejos, a los pastores y a los magos que contemplan de cerca; mirad, comparad, juzgad. ¿Es verdaderamente el hijo de mujer y el hijo de la misma raza nuestra, este Jesús al cual saludamos en su nacimiento? ¿Podemos decirle hombre como nosotros, ex-

1. GEN. c. III, v. 15.—Véase a Bosuet sobre la concordancia de las dos versiones, 1.^a Elev. 8.^o ser.
2. Ibid. c. XXVIII, v. 13.—GALAT. c. III, v. 16.
3. Ibid. c. IXL, v. 10.
4. Is. c. XI, v. 1.

ceptuando el pecado? ¿Acaso dudáis de ello? Las primeras lágrimas que derrama, los vagidos en que prorrumpe, los lienzos que lo envuelven, el establo que le abriga, el pesebre que le recibe, el frío que le atormenta, el tibio aliento del buey y el asno que le calienta, todas estas cosas ¿no os bastan? Pero, si es de la misma raza nuestra ¿es también, como lo dicen los profetas, de la familia real de David, y, por la familia de David, de la tribu real de Judá, y, por medio de esta tribu, del pueblo del cual Abraham es el padre? No esperemos que llegue a la edad viril, y recorra las campañas de Judea; no esperemos que la Cananea venga a lanzarse a sus pies y le diga: Hijo de David, tened piedad de mí, o que las multitudes entusiastas tapicen de ramas verdes las calles de Jerusalén gritando: Hosanna al Hijo de David!... No nos movamos de la primera página del Evangelio y de las primeras palabras de esta página: *Liber generationis Jesu Christi, filii David, filii Abraham*: Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos... Y va continuando el Evangelista, hasta que resume: De Abraham a David van catorce generaciones, de David hasta la cautividad de Babilonia otras catorce generaciones, y de la cautividad de Babilonia hasta Jesucristo, hijo de María, la cual es esposa de José, uno y otro de la tribu de Judá y de la familia de David, también catorce generaciones... La prueba, pues, queda hecha definitivamente y queda asegurada la primera verdad: Jesucristo nació del que debía nacer.

Pasemos a la segunda: Jesucristo ha nacido en el tiempo en que debía nacer.

Este tiempo había sido predicho; y ya que la ocasión lo pide, reptamos lo que habemos dicho ya, añadiend

1. MATH. c. XV.
2. MATH. c. XXI.

algunos detalles de cronología. Estamos en el año 2.315 232 años han transcurrido desde la muerte de Abraham y 127 desde la de Isaac. Nieto del primero, e hijo del segundo, Jacob ve acercarse el fin de su larga vida, y, con este presentimiento, llama a sus doce hijos, y, con espíritu profético anuncia a cada uno lo que sucederá a la tribu de la cual es padre. Cuando viene el turno a Judá, el cuarto de los hijos del Patriarca, exclama proféticamente: Judá, tus hermanos te alabarán tu poder oprimirá a vuestros enemigos, y el cetro no saldrá de vuestra tribu, ni el dominio de tu descendencia, hasta que venga Aquél que ha de ser enviado, el cual será la esperanza de las naciones: *Donec veniat qui mittendus est, et ipse erit expectatio gentium*¹. ¿Es bastante claro? El Redentor es designado con un nombre que será su distintivo en adelante: es Aquél que será enviado, *qui mittendus est*, o sea, el Mesías; todos los pueblos suspirarán por su venida, *erit expectatio gentium*, y este advenimiento tendrá lugar en el instante preciso en que la tribu de Judá, la más poderosa y la única que permaneció fiel de entre las doce, habrá perdido el cetro que pasará en las manos de un extranjero.

Pero, continuemos. Los tiempos transcurren. Desde la predicción de Jacob, han transcurrido 1.119 años, y en el seno del pueblo judío, depositario de las promesas y cautivo en Babilonia, hay un vidente, que es el último de los grandes profetas: Daniel. Daniel está orando; y he aquí que un enviado del Señor, que ha tomado forma humana, se acerca a él y le toca; es el ángel Gabriel que le dice: Está atento a mi palabra, y atiende a la visión: Aun faltan 70 semanas de años—los judíos contaban por semanas de años para contar las grandes épocas—a partir del tiempo en que será dada la orden de la reconstrucción de Jerusalén; y la prevaricación será abolida y tendrá fin el pecado,

1. GEN. c. XLIX, v. 10.

y la iniquidad será expiada, y la justicia eterna descenderá sobre la tierra cumpliéndose todas las profecías y siendo ungido el Santo de los Santos... Y continuando el Ángel: Pues, cuando hayan transcurrido 69 semanas, y, en la mitad de la siguiente, el Cristo sea condenado a muerte, y el pueblo, que no le reconocerá, no será ya su pueblo, y cesarán las ofrendas y sacrificios, la abominación de la desolación se entronizará en el templo, y la desolación perseverará hasta el fin de los fines¹.

Tal es la profecía de Daniel, citada casi textualmente, a pesar de su extensión. Seguramente la habéis comprendido, como habéis comprendido la de Jacob. La de Jacob determina la época; la de Daniel precisa el año.

Y ahora, pasad al Evangelio, y leyendo su texto, observad, comparad y estableced las cronologías. ¿Cuándo nació Jesucristo? En el momento preciso en que la soberanía, que desde dos siglos era patrimonio de la tribu de Judá, le fué sustraída, para pasar a manos de un extranjero: Herodes de Idumea, viéndose cumplida la profecía de Jacob. Observad aún, comparad y estableced las cronologías. Contad, a partir del edicto que autorizó la construcción de Jerusalén², 70 semanas de años, es decir 490 años, y llegaréis exactamente al pie de la cruz en la cual Jesús expira. Quitad de esta cifra los años de su vida pública y los de su vida privada, o sea unos 33 años según los evangelistas, y llegaréis a punto para adorarle en el pesebre junto con los pastores, y el oráculo de Daniel se ha cumplido como el de Jacob, siendo la segunda conclusión tan legítima como la primera: Jesucristo nació en el tiempo que indicaban las profecías.

Añadamos: Jesucristo ha nacido en el lugar pre-

1. DÁN. c. IX.

2. Este edicto fué promulgado por Artajerjes Longimano, en el 20.º año de su reino.

dicho. Así como había sido designado el tiempo de su nacimiento por Jacob, 1,700 años antes de realizarse y por Daniel antes de 500 años; asimismo, el lugar había sido designado 700 años antes: Y tú, Belén de Efrata, tú eres, en verdad, la villa más insignificante de la tribu de Judá; y es de ti, no obstante, que saldrá el Dominador que ha de reinar en Israel; su advenimiento está fijado desde la eternidad... El mostrará toda firmeza, y conducirá a su rebaño con la fuerza del Señor; los pueblos se convertirán a El, y su gloria irradiará hasta los confines del mundo! Así se expresa el profeta Miqueas 700 años antes de la venida de Jesús... ¿Cómo nos cercioraremos del cumplimiento de esta profecía? No diré que consultéis los registros civiles de Roma; es cierto que existían aún en el año 200 de nuestra era; Tertuliano los ha visto en Roma, y en ellos ha leído el nombre de Jesucristo con la fecha y el lugar de su nacimiento², pero después se perdieron. No diré tampoco que leáis los libros en los cuales el gran solitario de Belén, san Jerónimo, ha descrito la santa gruta con su pluma magistral; y nosotros os diré: partid, pasad los mares, e id vosotros mismos a Belén, porque allí encontrareis aún la cavidad de quince pies de largo, por cinco de ancho, y diez de alto, con la piedra blanca adornada con una estrella de plata, en la cual se lee esta inscripción: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est*: Aquí nació Jesucristo de la Virgen María³. No, vosotros no tenéis facilidades para estas verificaciones, pero os diré solamente: sin necesidad de ningún viaje, sin daros ninguna molestia, abrid solamente vuestro misal, y leed los Evangelios de la primera y segunda misa de Navidad: En aquel tiempo, es decir, cuando todas las cosas estaban preparadas para la venida del Mesías, tantas veces prometido. César Augusto pu-

1. Mich. c. V.
2. Advers. Marcion, IV, cap. 19.
3. Enault. La Terre Sainte.

blicó un edicto, en el cual ordenaba la inscripción, en un censo, de todos los súbditos del Imperio. Y cada cual iba a la ciudad de donde tenía su origen, como ordenaba la ley. Y José y María que pertenecían a la familia real de David, salieron de Galilea, para la ciudad de David, llamada Belén, de la Judea; y, durante su permanencia en esta villa, llegó el tiempo del alumbramiento de María, la cual dió a luz a su hijo único y primogénito, lo envolvió en pañales, y lo reculó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada. Y no lejos de allí, estaban algunos pastores guardando sus rebaños, y, de improviso, un ángel del Señor se presentó a ellos, y les dijo: No temáis, porque vengo a anunciaros una grande nueva. Os ha nacido un Salvador, que es el Cristo, en la ciudad de David; y he aquí con qué señal lo reconoceréis: encontraréis al niño envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre... Y, al instante, una multitud de ángeles se unió al que había dado el anuncio, clamando: Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Y, retirándose los ángeles, los pastores se dijeron: Pasemos a Belén, y veamos lo que ha acontecido; y fueron allí apresuradamente, encontrando a María y a José con el Niño en el pesebre, y reconocieron la verdad de todo lo que el ángel les había dicho, alabando a Dios y glorificándole por todas las cosas que habían visto y oído¹.

He aquí el relato evangélico, tal como es, en su simplicidad. Pero, ¡cuán bello y atractivo se nos presenta! Este emperador romano cuyo orgullo impele a hacer el censo de todos sus súbditos, y que no sospecha que Dios se sirve de él para verificar una profecía de siete siglos; este obscuro artesano y su santa compañera que hacen un largo y penoso viaje para obedecer al edicto imperial; estas posadas que no tienen sitio

1. Luc. c. II.

Para el descendiente de David en la misma ciudad de su progenitor; este establo abandonado, este pesebre, la sola cuna para recibir al divino Niño; esta luz que deslumbra y estos ángeles que cantan el cántico de paz; estos pastores simples y temerosos de Dios, llamados preferentemente porque son los más pobres y los más puros... sí, todo esto es bello, todo habla al alma y la conmueve, y el indiferente que no se inmuta ante estas cosas, y que no ve en el día de Navidad sino un día igual a los otros días, encuentra su castigo en su misma torpeza.

Y ahora, añadamos algunas palabras sobre el cuarto pensamiento, el cual podría ser también objeto de amplios desarrollos: Jesucristo ha nacido de la manera que debía nacer. ¡Pues qué! ¿No era, a la vez que descendiente de Abraham y David según la carne, el Hijo único de Dios, su Hijo verdadero, conatural y consubstancial suyo, tan verdaderamente Hijo de Dios en la eternidad, como verdaderamente Hijo de Dios tiempo? A más ¿no venía del cielo a la tierra como Salvador? ¿Y no había sido prometido, profetizado y esperado en calidad de Salvador durante más de cuarenta siglos? ¿No era esta la fe de los patriarcas, de los profetas y del pueblo escogido, como después, fué la fe de los apóstoles, de los evangelistas y de los tiempos nuevos? Y ¿no vamos nosotros a cantar, dentro de poco, con una sola voz y un solo corazón: Creo en Jesucristo, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, el cual, por causa nuestra, y para nuestra salud, descendió de los cielos?... Y siendo así ¿podría nacer de diferente manera de cómo ha nacido? El que es tres veces santo ¿podía o debía nacer de una mujer, que no fuese muy pura, muy santa, inmaculada, virgen antes del parto, en el parto y después del parto? El que es el maná caído del cielo o el pan vivo, como se llamará El mismo en el curso de sus predicaciones, *Ego sum panis vivus*, ¿podía, y debía nacer en otro lugar que en Belén, que, en lengua

hebraica, significa casa de pan? El que es el Cordero de Dios que tomó sobre sí los pecados del mundo, para expiarlos, con su sangre, ¿podía y debía nacer en otra parte, que en un establo? Seamos sinceros: Un Dios viniendo del cielo a la tierra, precedido de rayos y truenos, en el esplendor de su majestad, no mostrando de la divinidad, sino las grandezas que deslumbra, y ninguno de los encantos que atraen ¿nos habría convido? ¿Habríamos tenido otros sentimientos en el caso, y otras palabras en los labios, que los que tuvieron los hebreos al pie del Sinaí, cuando decían a Moisés: Profeta, hombre de Dios, háblanos, *loquere tu nobis*; pero que el Señor no nos hable, por que si nos habla moriremos? ¿Aun tomando Dios nuestra naturaleza, un alma y un cuerpo humano semejantes a los nuestros, pero sin comenzar como los otros hombres, es decir, sin ser niño antes de llegar a ser hombre, esta teofanía ¿habría sido muy diferente, en cuanto a la forma, de los centenares de apariciones divinas o angélicas que nos narra el Antiguo Testamento, y que hacían exclamar a las personas a las cuales se mostraban: Vamos a morir, porqué hemos visto al Señor?... Y no es esto todo: engendrados por un padre culpable, como desdichados hijos de Adán que somos, gemimos y suspiramos de un mal de raza, no habiendo nadie, que no pueda decir como el patriarca Jacob: mis días han sido aún más malos que cortos, *dies parvi et mali*... Pero, ¡ah! otro mal de raza nos alcanza: pobres de bienes, y más pobres de méritos, sufrimos de la impotencia a que nos vemos reducidos para pagar la deuda del pecado; y por tanto, nos vemos excluidos para siempre del reino de los cielos... Y en la suposición que discutimos, se nos habría dado un Salvador que no hubiera podido expiar por nosotros

1. Brev. Rom. In Nat Dom. Lect. 7.
2. Exod. c. XX, v. 19.
3. Judic. c. XV, v. 22.
4. Gen. c. XLVII, v. 9.

y en nuestro descargo; un médico que nada habría sabido de los males que nos agobian; un consolador que no habría conocido, sino de oídas, los dolores humanos. En el siglo segundo hubo un herejiaco que predicaba un Cristo rico, poderoso, viendo fastuosamente y propio para deslumbrar a todo el mundo. Quitad de mi vista, decía, estos lienzos y esta cuna abyecta; vuestro Cristo es demasiado pobre y miserable, y no puedo acomodarme con él. No, le replicaba el grave Tertuliano, Cristo es pobre. Cristo es miserable, Cristo no tiene humanamente nada, le replicaba el grave Tertuliano, Cristo es pobre. ¡estad alguna, al contrario: llora, sufre, expía... perfectamente en estos rasgos reconozco a mi Salvador. *Si ignobilis, si ingloriosus, si inhonorabilis, meus erit Christus*¹.

Tertuliano estaba en lo cierto; Jesucristo ha nacido de la manera que debía nacer y como por otra parte, nació en el lugar en que debía nacer, en el tiempo en que debía nacer, y nació de quien debía nacer... nuestra demostración está acabada.

Y por esto, no nos falta sino postrarnos a los pies de su cuna, y decirle: Sois nuestro Dios, nuestro Salvador y nuestro consolador; por esto, os alabamos, os bendecimos, os adoramos, glorificamos, y os damos milares de acciones de gracias: *Laudamus te, benedicimus te, adoramus te, glorificamus te, gratias agimus tibi*...

O bien, si os place, terminaré con una palabra que, si es menos autorizada, será tal vez, más dulce y más conmovedora, como de san Francisco de Sales: Ofrezcamos a nuestro querido Reyecito—así designa al divino Infante—un corazón lleno de amor, desbordante de caridad, y humnecido de santa dilección?

1. *Adversus Marción.*
2. *Lettres spirituelles.*

SERMON DECIMOSEPTIMO

La perpetua virginidad de María, madre de Jesucristo

Nació de la Virgen María

*Præterea, quo ubi admirabilis
dilei omnino aut cogitari potest, nascitur ex matre, sine ulla maternæ
virginatis diminutione.*
Catech. Rom. cap. 4

El nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo, considerado en cuanto al lugar de origen, en cuanto al tiempo y en sus circunstancias externas, ha sido el objeto de la instrucción precedente. Pero con esto, la materia no está agotada, faltándonos todavía establecer un punto de doctrina tan admirable, que nada tan bello podemos expresar, ni imaginar: Jesucristo ha nacido de una Virgen: *Natus ex Maria Virgine*. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Que María, nombre bendito que tantas veces pronuncian mis labios en el curso de esta instrucción, es la Virgen por excelencia, y, como dicen en su bella lengua los padres de la Iglesia Griega: La siempre Virgen *αἰνιγμένης*¹; o de otra manera con san Agustín: Que María, aunque verdadera madre, haya sido virgen antes del alumbramiento, en el alumbramiento y después del alumbramiento: *Virgo concepit, virgo peperit, post partum illibata permansit*²; todo

1. Apud Libermann, t. III, p. 448.
2. Serm. 18.

lo creamos firmemente, lo profesamos altamente, y lo amamos como a las niñas de nuestros ojos.

Lo creamos, porque había sido prefigurado durante largos siglos de expectación. Abramamos las Escrituras y en ellas la Fuente sellada, el Jardín cercado, el Montón de trigo rodeado de lirios como de un muro protector, la Zarza que arde y no se consume, la Vara de Aarón que florece por milagro, el Arca de la Alianza hecha de madera incorruptible, y toda revestida de oro, el Vellón de Gedeón que recibe el rocío del cielo, mientras todo el resto se deseca y muere, la Puerta misteriosa de Ezequiel que no se abre sino para una sola persona, y permanece cerrada a las demás; todas estas cosas, dicen los intérpretes, son otras tantas figuras de la inviolable y perpetua virginidad de María: *Quae omnia integritatem Mariae in partu optime adumbrant*¹.

Lo creamos, porque los antiguos profetas lo habían predicho con palabras más fácilmente inteligibles que los símbolos. Uno de ellos, Jeremías, ha visto una gran novedad sobre la tierra, es decir, un prodigio sin precedente y sin repetición: *Creavit Dominus novum super terram: femina circumdabit virum*². Antes de Jeremías

1. Muchas de estas figuras proféticas son reconocidas como tales por la Liturgia. Véase Brev. Rom. In Circum. Dom. En uno solo, y cerrada a los demás, véase el sólido comentario de san Agustín: *Quid est porta in domo Domini clausa, nisi quod Maria semper est intacta? Et quid est: homo non intrabit per eam, nisi quia Joseph non cognovit eam? Et quid est: quod Dominus intrat et egreditur per eam, nisi quia Spiritus Sanctus impregnavit eam? Et quid est: quod clausa est in aeternum, nisi quia Maria est virgo ante partum, virgo in partu, virgo post partum? Ap. S. THOM. III, p. q. XXVIII art. 3.*

2. De esta profecía, como de la precedente, daremos los comentarios de los Padres, en la misma lengua de origen. *Dominus super terram: absque ullo semine, absque ullo coitu, absque amplexu femina circumdabit virum gremio uteri sui.*

el primero de los videntes de Israel, Isaías, también había visto, en lo futuro, a esta mujer incomparable, a esta Virgen sin igual que concibe y permanece Virgen, que da a luz y continúa virgen, y cuyo Hijo es el mismo Emmanuel, es decir, el Prometido divinamente, el Esperado de las naciones, el Dios con nosotros y por nosotros, Dios hecho hombre para salvar a los hombres, al cual su mismo nacimiento, excepcionalmente milagroso, servirá de señal para ser reconocido como Salvador: *Dabit Dominus ipse vobis signum: Ecce Virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel*¹.

Después del oráculo de Jeremías y del de Isaías, muchos siglos han transcurrido. La plenitud de los tiempos ha llegado y el prodigio va a cumplirse. ¡Qué digo! Está ya cumplido.

Lo creamos, porque el Evangelio lo dice. ¡Y qué bella página aquella en que lo refiere! María es la Madre de Cristo, la verdadera madre en el tiempo, de Aquel que está sobre el tiempo; ella le ha llevado en su seno y producido de su substancia; ella le ha nutrido con su carne, y formado con su sangre; de ella, en

virum inquam, qui juxta incrementum quidem aetatis, sed perfectus vir in ventre femineo solitis mensibus continetur. Ita S. Hieronymus in Jeremiam.—Novum faciet Dominus super terram. Quæris: quid novum? Mulier circumdabit virum; non ab altero viro virum suscipiet, non humana lege, concipiet hominem sed intra viscera intacta et integra virum claudet, ita sane, ut intrante et exente Domino, juxta alium prophetarum, portæ orientalis jugiter clausa perseveret. Ita, S. Bernardus. Serm. 5, in Purific.—S. Tomás pregunta si Dios habría podido hacer mejor las obras que ha hecho, y dice: Sin ninguna duda, exceptuando tres cosas: la santa Humanidad de N. S. J., la maternidad divina de María y la gloria del cielo reservada a las criaturas, y que consiste en la visión y posesión de Dios. La razón es, añade, que estas tres cosas adquirieran una dignidad infinita de la infinitud de Dios al cual están unidas. 1. p. q. XXV, art. 6. ¿Dónde encontraremos mejor justificación de la palabra novum del Profeta?

1. Isa. c. VII, v. 13, 14.

fin, ha nacido: *De qua natus es Jesus qui vocatur Christus*¹... Pero, recordad lo que precedió a esto: el Altísimo es quien obró esta maravilla; del sólo Espíritu Santo, María ha concebido, y Aquél al cual ha dado el ser es esencialmente el Santo, es el mismo Hijo de Dios: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbravit tibi, ideoque et quod nasceretur ex te Sanctum, vocabitur filius Dei*².

Lo creemos también porque la Iglesia lo enseña. Todas las voces que hablan en su nombre lo dicen.

Lo dicen sus profesiones de fe, lo mismo el Símbolo de los Apóstoles que el de Nicea. Cada día recitamos el primero; cada domingo cantamos el segundo. En uno y otro declaramos nuestra fe en Dios... y en Jesucristo el Hijo único de Dios, consubstancial con Dios, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios... pero escuchad lo que sigue: el cual se ha hecho hombre para salvarnos, ha tomado carne de una Virgen, y ha nacido de ella: *Incarnatus ex Maria Virgine... Natus ex Maria Virgine*.

Lo dicen sus concilios: el de Efeso, el de Constantinopla y muchos otros. En el de Calcedonia, seiscentos obispos profesan que la fe ortodoxa tiene por cierto que María, en su concepción y en su alumbramiento, permanece virgen³.

Lo dice su Liturgia, la cual en todas partes recuerda esta verdad. Y para tomar una sola muestra, escojamos la admirable antífona, *Alma Redemptoris*, cantada por la Iglesia en Navidad: Madre augusta del Redentor. Puerta del cielo, estrella del mar, que, con gran asombro de la naturaleza, habéis dado el ser a vuestro divino Autor, siendo virgen antes y después, siempre Virgen⁴.

Sus Doctores lo dicen: san Ireneo, san Gregorio de

1. MATTH. c. I, v. 16.
2. LUC. c. I, v. 35.
3. AP. LIBERMANN, t. III, p. 448.
4. In complet.

Niza, san Jerónimo, san Ambrosio, san Agustín, san León el Grande, san Cirilo de Alejandría... pero, sería preciso nombrarlos a todos. "No hay nada que ofenda más a los oídos cristianos, que el escuchar que María, la Madre de Dios, haya cesado, en algún tiempo, de ser virgen". Así se expresa san Basilio¹. "Con justo título María es comparada a un astro: *Ipsa namque apertissime sideri comparatur*; el astro nos envía su luz y no queda disminuido; la Virgen concibe y da a luz, y no pierde su virginidad: *Quia sicut sine sui corruptione sidus suum emittit radium, sic absque sui lacione Virgo portavit filium*". Así se expresa san Bernardo². Y sobre este tema, hemos también de citar a nuestro habitual guía, el Catecismo Romano: De la misma manera, que todos los días vemos los rayos del sol atravesar la substancia sólida del vidrio, sin quebrarlo, ni perjudicarlo; así, pero de una manera singular, comparación más admirable, Jesucristo salió del casto seno de María, sin romper el sello de su virginidad: *Quo modo solis radii concretam vitri substantiam penetrant, neque frangunt, neque laedunt, simili et altiori modo Jesus Christus ex materno alvo sine ullo materalis virginitalis detrimento, editus est*³.

¡Oh misterios cristianos! ¡Cuán bellos sois y cuán puros! ¡Cómo daría lástima aquél que no percibiese los suaves perfumes que exhalan!

En fin, lo creemos porque la misma razón lo prueba a su manera. El razonamiento es simple, pero concluyente. Que el Hijo de Dios al venir a este mundo, y al hacerse hombre, no pueda ser concebido, ni dado a luz sino por una virgen, era de una congruencia soberana.

Sí, convenia soberanamente que así fuese: *Hoc ipsum, quod Christus nasci eligi ex Virgine, nomen apparet altissime fuisse rationis*⁴.

1. AP. LIBERMANN, *ibid.*
2. Brev. Rom. in fest. SS. Nom. Mariae.
3. CATECH. ROM. c. III.
4. S. LEO. Brev. Rom. in fest. Matern. B. V. Lect. 6.

Era conveniente que el Redentor, el cual como indica la misma palabra, había tomado sobre sí la misión de rescatar a los hombres, no principiase su obra regeneradora, en detrimento de la virginidad del cuerpo de la más pura de las criaturas: *Fas non erat, ut per ejus adventum violaretur integritas, qui venerat sanare corrupta*, dice san Agustín.

Era conveniente que el Santo por excelencia, el Santo de los Santos, el Hijo de Dios al venir a este mundo, encontrase una habitación digna de El; porque la posada debe proporcionarse al huésped: *Locus debet esse proportionatus locato*¹. Pues bien, ¿hay nada más rico y más digno de Dios que el seno de una virgen? Así lo expresa el Te-Deum en la estrofa que habréis notado especialmente: Señor, Hijo eterno del Padre, Dios hecho hombre para salvar a los hombres, Vos no habéis desdeñado el seno de una virgen; o de otra manera: Vos lo habéis escogido como conveniente a vuestra dignidad: *Tu Patris sempiternus es Filius. Tu ad liberandum suscepturus hominem, non horruisti virginis uterum*².

Era conveniente también que el Hijo de Dios hecho hombre, poseyendo con tanta verdad la naturaleza divina como la naturaleza humana, diese testimonio, en su nacimiento, de esta doble naturaleza; de la naturaleza humana, naciendo de una mujer; de la naturaleza divina, naciendo de una virgen. Si Jesucristo hubiese nacido de una mujer, la cual le hubiese dado a luz en detrimento de su virginidad, por el mismo hecho, lo sobrenatural y lo divino desaparecerían, y, en el nacido, no veríamos sino a un hombre igual a los demás hombres, como decía un Padre del gran Concilio de Efeso: *Si ea quae genuit, virgo non permansit, neque is qui natus est aliud quam purus homo existit*³.

1. S. THOM. III, p. q. LVII, art. 1.
2. Te Deum.

3. Hom. de Christ. nativ. in Conc. Eph. A Proclo habita
—Asimismo san Agustín: Decebat Deum et hominem hoc

En fin, y aquí seguimos al Doctor Angélico, santo Tomás, al hacerse hombre el Hijo de Dios, y, por este mismo hecho, al tener una generación temporal, como venía que esta generación temporal se pareciese, tanto como fuese posible, a su generación eterna. Y esta generación eterna del Hijo de Dios en el seno del Padre ¿quién la comprenderá? *Generationem ejus quis enarrabit*? Dios engendra a su Hijo en la eternidad, por medio de una generación inefable tan alejada de la carne y sangre, como la vida de Dios está lejos de la vida mortal. Y este mismo Hijo, al venir sobre la tierra ¿podría ser engendrado por medio de una generación carnal? No, mil veces no; lejos de nosotros este pensamiento sacrílego. La generación del Hijo de Dios en el tiempo, será una imagen de su casta generación en la eternidad. Será concebido por una mujer; nacerá de una mujer; pero esta mujer es virgen; virgen al concebir y virgen al dar a luz; virgen es y será siempre: *Verbum non solum absque corruptione concipitur, sed etiam absque corruptione ex corde procedit; unde ut ostenderetur quod illud esset corpus ipsius Verbi Dei, conveniens fuit ut de incorrupto Virginis utero nasceretur*².

Digamos otra vez, pues nunca lo diremos bastante. ¡Oh misterios cristianos, cuán bellos y cuán santos sois, y qué perfumes dulcísimos exhaláis! Pero ¡solo a los corazones puros es permitido percibir este aroma! Y no podemos abandonar este tema sin saludaros de nuevo ¡oh María! Vos sois verdaderamente la incomparable, la única, la Virgen de las vírgenes, la siempre Virgen, *αἰεταρθεως*, la bendita entre las mujeres, por haber unido en vuestra persona, por un privilegio sin igual, el don de la virginidad y el honor de

modo fuisse conceptum et natum, ut eum hominem testaretur partus humanus, et Deum probaret aeterna virginitas. Serm. 7 de Nat. Dom.

1. Isa. c. LIII, v. 8.
2. S. THOM. III, p. q. XXIII, art. 1 et 2.

la maternidad: *Vere benedicta Virgo, quae et virginitatē possidet decus, et matris dignitatem*¹.

Pues, a Jesús, nuestro Emmanuel, y a María, su purísima Madre, demos gloria, alabanza y amor, por todos los siglos de los siglos. Amén.

1. Brev. Rom. in fest Purit. B. V. lect. 6.

No mencionamos aquí, sino por hacer memoria, una objeción, cien veces refutada, que la ignorancia o la mala fe querria deducir de algunos pasajes del Evangelio, en los cuales ciertos personajes son llamados *hermanos* de Jesús. Todos los Padres, todos los doctores, todos los comentaristas antiguos y modernos dicen y prueban: que para los judíos la palabra *hermanos* servía para designar no solamente a los hermanos propiamente dichos, sino a todos los que tenían un tronco común muy próximo, como tío y sobrino, los primos hermanos, o simplemente primos en grado más lejano. Citemos solamente a santo Tomás: *Quatuor modis in Scripturis fratres dicuntur: natura, gentes, cognatione, affectu. Unde fratres Domini dicti sunt, non secundum naturam, sed secundum cognationem, quasi consanguinei Eius existentes.*

SERMON DECIMOCTAVO

Los sufrimientos de Jesucristo

Creo en Jesucristo que sufrió bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado

Neque Parochus huius articuli historiam praetermittere, quae diligenter, sicut a sanctis Evangelistis exposita est, ut saltem summa eius mysterii capta, quae ad confirmandam fidei nostrae veritatem magis necessaria videntur, fideles cognita habeant. *Catech. Rom. cap. 5*

Recomienda el Catecismo Romano que el párroco no olvide el recordar la historia de los sufrimientos de Jesucristo, expuesta con tantos detalles por los evangelistas; y que sobre este misterio haga conocer a los fieles lo que le parezca más necesario para confirmar la verdad de la fe.

Emanando de una autoridad tan alta, esta recomendación es una ley. Por esto, dividiémos este cuarto artículo del Símbolo en tantas partes como palabras encierra. Y en cuatro instrucciones sucesivas, explicaremos los sufrimientos de Nuestro Señor, *passus*, su crucifixión, *crucifixus*, su muerte, *mortuus* y su sepultura, *sepultus*. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Y en primer lugar, sobre el hecho histórico de que Jesucristo ha sufrido, no puede, en manera alguna, abrigarse ninguna duda. La pasión de Nuestro Señor es referida por los cuatro historiadores sagrados: san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan, todos ellos contemporáneos o testimonios oculares, los cuales nos

indican la época del acontecimiento, el lugar, los personajes y las circunstancias. En primer lugar la época: fué en el tiempo en que la Judea, ya tributaria del Imperio Romano, era gobernada por Poncio Pilato, procurador del emperador Tiberio¹. En segundo lugar, el lugar: fué el huerto de Getsemaní, situado no lejos de Jerusalén y en la dirección N. O., algo más allá del torrente Cedrón; después la ciudad de Jerusalén; y por fin el monte Calvario o el Gólgota hebreo. En tercer lugar, los personajes: Caifás el gran sacerdote, Anás su predecesor en el supremo pontificado, Poncio Pilato del cual hemos hablado, Herodes rey de Galilea, todos personajes oficiales de la Sinagoga o del Imperio, con otros muchos menos importantes. Por último, las circunstancias: la oración en el jardín de los olivos, la agonía, la arrestación, el interrogatorio, la sentencia, la vía dolorosa, la crucifixión, las últimas palabras de la víctima, su muerte, el descendimiento y la sepultura... ¿Añadiré que estas cosas, descritas por los historiadores sagrados con los detalles más minuciosos, se encuentran substancialmente en los autores profanos contemporáneos o posteriores, y que las actas del proceso de Jesucristo, que contenían su condenación, su crucifixión y su muerte, fueron enviadas a Roma por el propio Poncio Pilato, depositadas en el archivo del Senado, en el cual permanecieron más de dos siglos¹? No insistamos más; aun

¹ El párroco ha de dar al pueblo la razón de que los evangelistas noten con tanto cuidado que Jesucristo padeció que estando determinada, de una manera tan precisa, la época de este acontecimiento trascendental, su conocimiento se adquiere fácilmente por medio de la Historia general.

² San Justino en los comienzos del siglo segundo, hablando de la muerte de N. S., presenta al Emperador y al Senado romano, como prueba de estos hechos, los documentos que él llama *las actas de Poncio Pilato*. Cincuenta años más tarde, Tertuliano escribe la Apología del cristianismo en el mismo sentido y con los mismos argumentos.

bajo el sólo aspecto de la verdad del relato, la pasión de Nuestro Señor no es menos digna de fe que los hechos más ciertos de la historia.

Que sea fisiológicamente cierto que Jesucristo ha sufrido, es decir: que ha sufrido, no en efigie, si es que puede emplearse esta palabra en tal materia, sino en toda verdad, en su cuerpo y en su alma, como sufrimos nosotros, no puede ser difícil de probar. Lo hemos dicho muchas veces, y lo repetimos ahora: Jesucristo era Dios y hombre juntamente. Dios perfecto y hombre perfecto, tan verdaderamente hombre como era verdadero Dios. Unida a la Divinidad, pero distinta de la Divinidad, su alma era una verdadera alma humana. Formado de carne y huesos, de sangre y nervios, como el nuestro, su cuerpo era un verdadero cuerpo humano, y no un cuerpo aparente, fantástico, una apariencia de cuerpo, como pretendían ciertos herejes de los primeros siglos: los docetas. Y por lo tanto, como cada naturaleza en Jesucristo guardaba sus propiedades esenciales, Jesús, como hombre, era real y verdaderamente pasible; su hambre, su sed, su fatiga, sus congojas en el jardín de los olivos, sus tormentos, en el pretorio y sobre la cruz, eran verdaderamente tales, su pasión, en una palabra, fué una verdadera pasión... Y era preciso que fuese así; la Redención debía obtenerse a este precio, como lo enseñamos más tarde, y ya desde ahora la autoridad de san León nos inicia en esta verdad al decirnos: no es un menor mal, ni un error menos pernicioso, decir que Jesucristo era Dios sin ser hombre, que pretender que era hombre sin ser Dios; de tal manera era necesario para nuestra salud que fuese no Dios u hombre, sino Dios y hombre juntamente¹.

Pero, el tema no está aún agotado. Acabamos de ver

¹ Pocas páginas hay tan magistrales como esta enseñanza: Ad hoc discipulos suos imbuere (Jesús) ut idem Christus et Unigenitus Dei, et hominis filius crederetur. Nam unum horum sine altero non proderat ad salutem; et aequalis erat per

que Jesucristo ha sufrido real y verdaderamente en su naturaleza humana. Y ¿qué es lo que ha sufrido? Sino numéricamente todos los males, al menos todos los géneros de males, responde el Doctor Angélico: *Secundum genus passus est omnem passionem humanam*¹.

¿Hay necesidad de justificar largamente esta sentencia del gran teólogo? Muchas veces habéis leído la pasión de Nuestro Señor, y muchísimas veces más la habéis oído referir, habiéndola aprendido de memoria, en la feliz edad en que estabais sentados en los bancos de la escuela. En este drama sangriento que se desarrolla en el jardín de los olivos, en la casa de Caifás, en el pretorio, en la corte de Herodes, a lo largo de las calles de Jerusalén y sobre el Calvario ¿habéis visto otra cosa que discípulos que duermen cuando es necesario que vigilen, o bien que traicionan, niegan o hurtan, testimonios venales, jueces corrompidos, magistrados sin conciencia, soldados de una brutalidad inaudita, curiosos que hacen burla, furiosos que blasfeman, es decir: un pueblo en delirio que esta ebrio de sangre?... Y si dirigís vuestras miradas al divino Paciente ¿hay una sola potencia de su alma que no sea herida, uno sólo de sus miembros que no sea torturado, una sola de sus fibras que no sea contusionada, uno solo de sus sentidos que no tenga sus propios sufrimientos? Yo le veo, y vosotros le veis conningo, escupido, abofeteado, azotado, coronado de espinas, atravesado con los clavos, desgarrado, acardenalado, convulsionado, lleno de sangre, siendo más que hombre un gusano de la tierra, *Vermis et non homo*², y verificándose en Él a la letra, esta palabra del profeta:

cuti Dominum Jesum Christum aut Deum tantummodo sine homine, aut sine Deo hominem solum credidisse; cum utrumque esset pariter confendum: quia sicut Deo vere humanitas, ita homini inerat vera divinitas. Brev. Rom. sab. 1 heb. quadr. lect. 1.

- 1 III. p. q. XLVI. art. 5.
2. Psalm. XXI.

De la planta de los pies a la coronilla de la cabeza, no hay en Él parte sana¹.

Pero, aun hay más: En Jesús la intensidad de los sufrimientos es tan importante como su generalidad. El mismo Doctor Angélico propone la cuestión siguiente: ¿Jesucristo ha sufrido más que hombre alguno, y tal vez más que lo que cualquier hombre podría sufrir? en otros términos: ¿los sufrimientos de Jesucristo han sido los mayores posibles? A lo que responde: Sí, Jesucristo ha sufrido más que hombre alguno, y más aun de lo que cualquier hombre podía sufrir; los sufrimientos de Jesucristo han sido los mayores posibles. Y de esto da diversas razones:

La primera es la misma generalidad de estos sufrimientos, y, en esta generalidad, hemos de hacer notar una particularidad muy saliente: la crucifixión, que es, como lo diremos en su lugar, no sólo el más ignominioso, sino el más doloroso de los suplicios. Representamos, no por medio de la imaginación demasiadamente fácil en conmoverse, sino con la fría razón, la introducción, por medio de grandes martillazos, de clavos enormes, forjados apresuradamente, en los pies y manos de un hombre, es decir, en las partes de su cuerpo en las cuales los nervios se juntan en haces más apretados, y tendremos idea de la escena horrible que tuvo lugar en el Calvario.

La segunda es la naturaleza del sagrado cuerpo de Nuestro Señor. Formado por obra del Espíritu Santo de una manera especial, divina ¿no era entre todos los cuerpos humanos el más perfecto, el más delicadamente organizado, y, por tanto, el que estaba dotado de la más exquisita sensibilidad, y el que era más apto que otro alguno para sufrir atrozmente con los golpes redoblados que descargaban sobre él? Y cuando uno de los profetas pone en boca de la Víctima estas palabras: Vosotros, los que pasáis por este camino,

1. Isai. c. LVIII, v. 8.

decid si hay un dolor que pueda compararse a mi dolor!... ¿quién sería tentado de no ver sino énfasis en estas palabras? ¿No es, más bien, la verdad sencilla y desnuda?

La tercera es la naturaleza del alma del divino paciente. Ella era, como habemos dicho, una verdadera alma humana; pero ¡qué alma humana! De todas las que han salido o saldrán jamás de las manos de Dios, la más pura, la más santa, la más perfecta, y, si es lícito decirlo, la mejor dispuesta para imaginar, para sentir, para percibir, para tener conciencia más clara de sí misma y para razonar sus impresiones, de cualquier clase que fuesen. Dada la ley que rige a todos los seres vivientes, la cual los hace más sensibles a proporción de la perfección del espíritu que habita en ellos, jamás el lenguaje de los hombres podrá decir a qué grado, en la escala del sufrimiento, subió el alma santísima de Nuestro Señor, estando unida a un cuerpo tan bien dispuesto para servir de vehículo al dolor y transmitirlo hasta la sede de las sensaciones, es decir, hasta la misma alma.

La cuarta, y la más poderosa de estas razones, es que Jesucristo quería sufrir, ya que vino a este mundo con la misión, libremente aceptada, de padecer, y de padecer con el fin de salvar a los hombres, tomando todos sus pecados sobre sí, y haciéndolos suyos, como si Él voluntariamente los hubiese cometido². Por esto quería pagar, sufrir, detestar y por estos pecados de los cuales se había ofrecido en caución; detestarlos, cuanto a la culpa, por medio de una viva e intensa contrición de su alma; pagarlos, cuanto a la pena, por medio de los sufrimientos más atroces de su cuerpo, y finalmente:

1. Trento c. I. v. 12.—*Quod quidem (corpus) cum Spiritus Sancti virtute formatum esset, multos perfectius et temperatius fuit quam aliorum hominum corpora esse possunt.* Catech. Rom. c. V.

2. *Omnia mundi peccata in se receperat (Jesus), tantumque pro illis dolorem cordis assumpsit, ac si ea ipse patirasset.* Pedro de Blois, de Passione Dom.

quiso expiarlos proporcionalmente a su número y a su deformidad, ya que con la ciencia intuitiva de que se hallaba adornado, sabía que el pecado tiene una especie de infinidad en su malicia, si se le considera con relación a la infinita majestad de Dios, contra el cual se levanta: *Peccatum quamdam infinitatem habet ex infinitate divine majestatis*¹.

Digámoslo una vez más, ya que nunca lo diremos bastante: Por lo mismo que Jesucristo quería el sufrimiento, lo apetecía con todas las fuerzas de su alma; y al quererlo, lo obtuvo tal como lo deseaba, sin con-suelo, sin mitigación, sin derivativo de ninguna clase, con todos sus tormentos y rigores, o sea: obtuvo el sufrimiento más universal posible, el más vivo, el más intenso, profundo como el océano, duro como el infierno, en fin, el sufrimiento, como dice santo Tomás, más adecuado para alcanzar el fin que se proponía: la gloria de Dios y la salvación de los hombres: *Et ideo tantam quantitatem doloris assumpsit quae esset proportionata magnitudini fructus qui inde sequebatur*².

¡Oh divino Salvador! ¡Oh amable Jesús! ¡Cuán duro es, y cuán dulce, al mismo tiempo, hablar de vuestros sufrimientos, meditarlos, medir su extensión, y sondear sus profundidades! Duro, porque, a menos de tener un corazón insensible como la roca y frío como el hielo ¿cómo veros sufrir sin compartir vuestros sufrimientos? Dulce, porque sabemos y profesamos por nuestra fe, que sufrís por nosotros, para expiar nuestros crímenes, y para pagar nuestro rescate, y que nos abris el cielo por la virtud de vuestra sangre... Y para obtenernos tantos y tan grandes beneficios, el mejor medio, como dice san Agustín en su bello lenguaje, era vuestra pasión, oh Jesús: *Sanandae nostrae miseriae convenientior modus alius non fuit, quam per Christi passionem*³...

1. S. THOM. III, p. q. I, art. 2.
2. S. THOM. III, p. q. XLVI, art. 6 totus.
3. Ap. THOM. III, p. q. XLVI, art. 3.

extra castra; propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est.

Bien pronto entra en la vía que conduce al Calvario del cual sube lentamente la pendiente, y después de varios desfallecimientos, llega a la cima. ¿No había sido enterrado Adán en este mismo lugar? Una antigua tradición lo dice, pero el hecho no está comprobado? Sea lo que fuere, la crucifixión tiene lugar, y la montaña resuena a los golpes del martillo. Los clavos se abren difícil paso por entre las carnes a las que desgarran, los huesos se dislocan, los nervios se tuercen, las venas se hinchan y se rompen, y la sangre corre en abundancia... No quiero insistir; los evangelistas narran y no describen, y, por otra parte, es más propio del predicador instruir que conmover. Instruyamos, pues, y preguntémonos: ¿Por qué Jesús fué crucificado?

Antes de responder, hemos de notar que por parte de Jesucristo la obra de la Redención era libre, no sólo en principio, sino también en el escoger los medios de cumplirla. Este punto de doctrina no ha sido suficientemente notado. Nuestro Señor nos ha rescatado porque ha querido; como ha escogido tal medio de redimirnos, con preferencia a tal otro, por su libérrima voluntad. Leed las Escrituras: Ha sido inmolado, dice el profeta Isaías, porque le plugo serlo: *Oblatus est quia ipse voluit*¹... Y si del Antiguo Testamento pasamos al Nuevo leeremos: Yo entrego mi vida, y nadie me la quita, sino que la entrego voluntariamente; tengo el poder de dejarla y el poder de tomarla². ¿Es esto pura manera de hablar? No, ciertamente, porque los hechos responden a las palabras. Si en una ocasión quieren apedrearlo, y en otra quieren precipitarle de un lugar elevado a fin de darle la muerte, nadie puede poner la mano sobre Él, y Jesucristo pasa por en

SERMON DECIMONONO

La crucifixión de Jesucristo.

Fué crucificado

Satis esse parochus admonet, si fideles credant illud genus mortis, a Salvatore electum esse quod quidem ad humani generis redemptionem aptius atque accommodatius videretur. *Catech. Rom. cap. 7*

Proseguimos la explicación del cuarto artículo del símbolo: Fué crucificado, *crucifixus*... Y es suficiente anunciarlo, para que entendamos la atención que hemos de poner todos, yo para expresarlo debidamente, y vosotros para comprender tan altas enseñanzas, expresadas en esta sola palabra. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Apenas es necesario decir, que no debemos alargarlos en la parte histórica del tema de hoy. Os es suficientemente conocida. Cuantas veces habéis leído la narración de los evangelistas, os ha sorprendido dolorosamente el grito, mil veces repetido, de la multitud amotinada: Crucifícadle, crucifícadle... Después viene la sentencia de muerte, y al poco tiempo cargan la cruz sobre las espaldas del divino paciente. Revestido, me atrevo a decir, con el instrumento del suplicio, ya que este signo de degradación no tardará en convertirse en el trofeo de su victoria, sale de Jerusalén... y para que la realidad respondiese a las figuras ¿no era preciso que sufriese fuera de los muros: *Foram corpora cremantur*

1. Heb. c. XIII, v. 11 y 12.

2. Véase Filirion. La Santa Biblia.

3. Joan. c. X, v. 18.

4. Joan. c. X, v. 18.

medio de sus enemigos sano y salvo. ¿Por qué? El Evangelista lo dice: Porque todavía no había llegado su hora: *Nondum venerat hora ejus*¹. Cuando, algo más tarde, Herodes quiere condenarle astutamente, dice Jesús: Id, y decid a esta zorra, que yo lanzo a los demonios, y que obraré curaciones hoy y mañana, y al tercer día moriré²... es decir, en el tiempo que yo he determinado. En el jardín de los olivos—recordareis perfectamente este detalle—derriba, con una sola palabra, a la cohorte que vino para prenderle, y sólo después de esta demostración se entrega El mismo³. En el Calvario le crucifican, es cierto, pero san Pablo nos dice que había renunciado a su propia voluntad para hacer la de su padre: *Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis*⁴. Lo repito, porque, en el tema que nos ocupa, esta verdad es capital: Jesucristo ha sufrido porque ha querido, y ha sufrido de la manera que ha querido sufrir; nada de cuanto le afectó se hizo sin el concurso de su voluntad, sin su consentimiento expreso, sin el *placet* divino, podríamos decir. Y el problema que se deduce de estos principios lo veis claramente: ¿Por qué Jesucristo ha querido ser crucificado? He aquí la cuestión que hemos de resolver.

Pero, si la cuestión existe, y está bien planteada ¿no es cierto que es muy extraña? ¡Ser Dios, y ser crucificado! Aun más: ¡Ser Dios y querer ser crucificado! ¿Hay alguien que no se represente este suplicio como el más atroz de los suplicios? Ser crucificado, es sufrir en todos los miembros, en todas las fibras. Morir crucificado es morir de una larga muerte, y ver, por decirlo así, fluir su vida gota a gota, antes de perderla del todo. Y el suplicio de la cruz no sólo es el más cruel, sino el más ignominioso, el cual añade al dolor más vivo, el deshonor más amargo. Entre los judíos

1. Luc. c. IV, v. 30.
2. Luc. c. XII, v. 32.
3. Joan. c. XVIII.
4. Philiph. c. II, v. 8.

el condenado a la crucifixión era considerado maldito: *Maledictus qui pendet in ligno*¹. Entre los romanos el suplicio de la cruz era reservado a los esclavos. Para ser suspendido en el infame patíbulo, no bastaba ser el más criminal de los hombres; era preciso ser, al mismo tiempo, el más vil y el más despreciable de ellos. Es conocido el rasgo siguiente: Como cierto gobernador de provincia mandase crucificar a un hombre libre, que era ciudadano romano, el príncipe de la elocuencia latina, Cicerón, representa esta acción como la más negra y más infame que podía idear un hombre, afirmando que, por este solo atentado, eran violadas las libertades públicas y la majestad del Imperio².

Tal era el suplicio de la cruz; no es necesario añadir nada más para comprender el horror que inspiraba ¡Y con todo el Hijo de Dios lo sufrió! ¡Qué digo! Lo escogió, lo quiso. Y ya que el Evangelio nos autoriza a ello, digamos que lo deseó ansiosamente. *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usquedum perficiatur*³. Pero ¿por qué esto? Y la misma cuestión se presenta otra vez, exigiendo una respuesta aún más perentoria.

Vais a ser satisfechos. O, mejor dicho, esta respuesta tan deseada la sabéis ya. No habéis olvidado seguramente lo que, implícita o explícitamente, hemos dicho en las conferencias anteriores: Que el Hijo de Dios se hizo hombre para salvar a los hombres; que, con este fin, se puso en nuestro lugar; que siendo real esta sustitución del Inocente por los culpables, tomó sobre sí, para expiarlas, todas nuestras iniquidades, nuestro orgullo, nuestra sensualidad, nuestras impurezas, todas las abominaciones que han manchado la tierra, y todas las que en adelante la mancharán hasta el fin

1. Deut. c. XXI, v. 23.
2. Orat. contra Verrem.
3. Luc. c. XII, v. 50. El sentido que damos a este texto es el más común entre los intérpretes. Véase Fullón en h. 1.

de los tiempos. Cargado con esta responsabilidad ¿qué convenía que escogiese? Y hasta podemos decir ¿quién debía escoger, sino de todas las injurias la más sensible, de todos los suplicios el más infame, de todas las muertes la más cruel, y, finalmente, una expiación que encerrase todos los dolores, todas las ignominias todas las vergüenzas: la expiación por la cruz?

Y con todo, esta razón no es la única que determinó a Nuestro Señor. Venido del cielo a la tierra para salvarnos, Jesucristo no sólo ha querido expiar por nosotros, sino a la vez ha querido instruirnos, enseñarnos tres cosas sobre las cuales tenemos el mayor interés en ser instruidos: Dios y sus perfecciones, el pecado y su malicia, nuestra alma y su valor.

¿Quién es Dios? Nuestra razón y los Libros santos nos lo dicen: Un Ser infinitamente grande, infinitamente justo, infinitamente santo... Pero cuando yo veo a Aquel que, como Hijo suyo, es su consubstancial, si connatural y su igual, aun unido a la naturaleza humana, cuando veo, digo, al Hombre-Dios humillarse, inmólar, aniquilarse, hacerse obediente hasta la muerte de cruz, con el fin de reconocer esta infinita grandeza de Dios, de apaciguar a la infinita justicia de Dios, y para reintegrar en sus derechos a la infinita santidad de Dios... sé sobre Dios, más de lo que puede decirme de El mi pobre razón, sé lo que únicamente puede enseñarme el Libro que mejor me habla de Dios, ya que es el Libro mismo de Dios.

¿Qué es el pecado? Decir que es un mal terrible, que ha despojado al hombre de sus más caros bienes, introducido el desorden en el mundo, atraído sobre nosotros innumerables desastres, y encendido los fuegos del infierno... todo esto es muy capaz de inspirarnos horror. Pero decir que es un mal, para cuya expiación Dios se ha hecho anatema, y objeto de ludibrio!... ¿no es para confundirnos mil veces? Vosotros, pues, que no daís

1. GAL. c. III, v. 13

al pecado ninguna importancia, y que después de cometerlo lo lleváis tan fácilmente, tan naturalmente como un peso que no os diese ninguna molestia... mirad al Calvario, ved al Hijo de Dios clavado en la cruz, con sus manos y pies traspasados, con su cabeza apisonada en una horrible diadema de espinas, en fin, con todo su cuerpo convertido en una llaga. Sí, consideradlo atentamente, y no tardaréis en golpear vuestro pecho, como el Centurión romano, porque habréis comprendido el pecado con toda su enormidad y malicia.

Y habréis comprendido también el precio de vuestra alma. Cuando leo, en la primera página de las Escrituras, que Dios ha criado a nuestra alma a su imagen y semejanza¹, comienzo a entender el valor de un alma. Cuando oigo a Jesucristo, en su Evangelio, pronunciar esta palabra tan repetida después: De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma², comprendo aún mejor el valor del alma. Pero, cuando subo al Calvario, y veo al Hijo de Dios que ruega, sufre, muere, y derrama hasta la última gota de sangre para salvar a las almas, para arrancarnos del poder del demonio, y para restituirnos al Dios que las ha criado... ¡oh! entonces solamente comienzo a entrever todo su valor, y puedo exclamar con san Agustín: Desde que entendi, que mi alma había sido rescatada con la preciosa sangre de Jesucristo, no he querido exponerme a perderla: *Postquam intellexi animam pretioso sanguine Christo redemptam, nolui eam amplius exponere*³.

Pero, no hemos acabado todavía: Independentemente de las razones capitales que han determinado a Nuestro Señor a querer la cruz, hay otras que no, por ser secundarias, dejan de ser apreciables.

El angélico Doctor las ha condensado en una página.

1. GEN. c. I.

2. MATT. c. XVI, v. 26.

3. Apud Houdry, Biblot. de pred.

que podría calificarse de admirable, si todas las que han salido de su pluma no lo fuesen igualmente.

Era necesario, dice, purificar el aire infectado por las potencias infernales, en expresión de san Pablo. Por esta razón Jesucristo fué elevado en la cruz: *In excelsa ligno et non sub tecto passus est, ut ipsius aeris natura munderetur*¹.

Era necesario que lo que había concurrido a nuestra ruina, sirviese para nuestra rehabilitación; un fruto de muerte, cogido de un árbol, nos había perdido; un fruto de vida cogido de otro árbol debía salvarnos. Por esto Jesucristo fué suspendido del árbol de la cruz: *Et ideo conveniens fuit quod Christus ad satisfaciendum pro primi parentis peccato, seipsam pateretur lig-no affligi*².

Era necesario que la redención verificada por Jesucristo fuese universal, y que esta universalidad fuese patente a todos; por lo tanto, todos los pueblos, tanto el Judío, como el Gentil, tanto el Griego y el Romano, como el Bárbaro, sabían que tenían derecho a la Redención y podrían reivindicar su parte. Por esto la cruz fué erigida en la cima de un monte, y sobre esta cruz Jesucristo extiende sus brazos, uno al lado del Oriente, hacia el pueblo Judío, y otro al lado del Occidente, hacia la Gentilidad, como para llamar a todas las naciones, y reunir las a todas en un común abrazo: *In cruce expansis manibus moritur, ut altera manu viderem populum, altera eos qui ex gentibus sunt, trahat*³.

Pero, entre las razones secundarias, hay una que, en sentir del Doctor Angélico, tiene el primer lugar: *Sunt homines qui quamvis mortem ipsam non metuant, gemus tamen mortis horrescunt*⁴... lo cual podríamos traducir libremente: Los hombres, en general, se resignan más o menos a la muerte con tal que sobrevenga

1. S. THOM. III, p. q. XLVI, art. 4.
2. S. THOM. III, p. q. XLVI, art. 4.
3. Ibid.
4. S. THOM. III, p. q. LXVI, art. 4.

en condiciones determinadas: la muerte dulce, en el lecho y después de una enfermedad breve sin grandes sufrimientos; la muerte en medio de los hijos y de los nietos, después de una larga y dichosa vida, como un término fatal que nadie puede eludir. Pero la muerte con las torturas de una larga enfermedad; la muerte lecho de los suyos y sin los consuelos que procuraría su presencia; la muerte violenta por el hierro, por el fuego o por otro agente destructor; todas estas muertes horrorescan: *Gemus tamen mortis horrescunt*... ¡Pues bien! continúan el santo Doctor, a fin de que todo hombre que quiera cumplir su deber en aquel trance supremo, acepte la muerte, en cualquier forma que sobrevenga, sin repugnancia y con entera sujeción: *Ut ergo nullum genus mortis recte viventi homini metuendum esset, Jesucristo ha escogido para sí la más cruel, la más atroz, la más repugnante a la naturaleza: la muerte de cruz: Nihil enim erat inter omnia genere mortis, illo genere execrabilius et formidabilius*¹...

¿Jesucristo ha formado escuela? ¿Sus lecciones, apoyadas con su ejemplo, han dado fruto? ¡Ah, cristianos! Tomad la vida de los santos o el martirio en cualquiera de sus páginas; leed y contemplad...

Dos años han transcurrido apenas desde la sagrada Pasión, y san Esteban, primer mártir, muere ahogado bajo una lluvia de piedras. Y mientras le apedrean, con un furor sin igual, ¿sabéis cuál fué su oración? Exactamente la del divino Crucificado, su Maestro: Señor, no les imputéis el crimen que cometen: *Ne statuas illis hoc peccatum*².

Más tarde, su hermano en diaconado y en martirio, san Lorenzo, es despojado de sus vestidos, y extendido desnudo sobre unas patillas en ascuas; y escuchándole, crearais que está sobre un lecho de rosas. El fuego del

1. S. THOM. III, p. q. LXVI, art. 4.
1. Act. c. VII, v. 59.—Como buena oveja, dice san Agustín, siguió los pasos de su Pastor: *Secutus est vestigia sui Pastoris tanquam bona ovis*.

amor de Dios que le abrasa impide, dice san León, que sienta el fuego exterior que le asa: *Senior fui ignis qui foris ussi, quam qui intus accendi*¹.

¿Y san Ignacio de Antioquía? Pocas horas antes de ser arrojado en pasto a los leones del anfiteatro, a los cuales el ayuno calculado había aguzado el hambre el santo escribe a sus fieles: Soy el trigo de Cristo, y es preciso que sea triturado entre los dientes de bestias feroces, para que llegue a ser un pan puro y digno de El: *Fruentum Christi sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar*².

Pero ¿qué diremos de los dos hermanos Marcos y Marcelino cuya fiesta celebra la Iglesia en el día 18 de Junio? Puestos en la cárcel, por orden del procónsul Fabiano, y atados con correas a un árbol, al cual estaban también fijados con clavos en los pies: *Ad stipitem alligati, pedibus clavus confixi*, se les manda que sacrificuen a los dioses del Imperio, si desean obtener la libertad: *Respicite, et vos ipsos ab his cruciatibus eripite*... A lo que responden: No, jamás; estamos bien, y no recordamos haber tenido jamás tanto gozo: *Nunquam tam jucunde epulati sumus*³.

Podemos pensar también en santa Juana de Arco ligada en el infame madero, en medio de las llamas que la devoran, siendo sostenida únicamente por su inocencia, por su amor a Dios... y por la gran cruz de madre que tuvo, tal como había pedido, durante todo el tiempo de su suplicio⁴.

¿Leeremos tal vez algún día, en el catálogo de los santos, el nombre del Rey-Mártir? Es un secreto de Dios. Pero, lo que sabemos por el irrecusable testimonio de la historia, es que llegado al pie del cadalso Luis XVI, que no esperaba este exceso de ignominia, no sintió en que le atasen las manos, como un vil criminal¹.

1. Brev. Rom. Die 10 Augusti.
2. Brev. Rom. Die 1 Februar.
3. Brev. Rom. Die 18 Jun.
4. Rohrbacher, Hist. de la Iglesia. Lib. 82.

hasta que su confesor le dijo: Señor, dejadles; esta nueva humillación será otro rasgo de semblanza entre vos y el Dios que va a ser vuestra recompensa... Y él les dejó hacer¹.

De esta manera, Jesucristo ha escogido, querido, y ansiado la crucifixión. La ha escogido, querido y ansiado, para expiar mejor nuestros pecados que había tomado como propios; para instruirnos en las cosas de que teníamos más necesidad de conocer; en fin, para que aceptásemos mejor las grandes pruebas de la vida. ¡Ojalá sepamos aprovecharnos de este beneficio, y no perdamos tan saludables lecciones!

1. Rohrbacher. Hist. de la Iglesia. lib. 90.

SERMON VIGESIMO

La muerte de Jesucristo.

Murió

Hoc verbo parochus credendum explicabit: Jesum Christum, postquam crucifixus est, vere mortuum esse. Catech. Rom. cap. 5

En las dos precedentes instrucciones, hemos expuesto la doctrina sobre los sufrimientos y la crucifixión de Jesucristo. En cuanto a los sufrimientos, hemos notado sus caracteres principales: la universalidad y la intensidad. En lo que toca a la crucifixión hemos puesto de relieve los motivos que han determinado a Nuestro Señor a escoger este modo de redimirnos, con preferencia a otros muchos. Pero, el cuarto artículo del Simbolo no está aún agotado; y ya que nos hemos propuesto, dada la importancia del tema, hacer sobre este artículo tantas instrucciones como palabras contiene, expliquemos hoy la tercera palabra: *Mortuus*, murió, y recordaremos lo que los evangelistas han escrito sobre la muerte de Nuestro Señor, y lo que la fe nos enseña respecto a esta verdad. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Para dar a este tema los desarrollos que exige, digamos, en primer lugar, que Jesucristo *podía* morir, no ciertamente como Dios, ya que la Divinidad no puede sufrir ni morir¹, sino como hombre. Como hombre, en efecto, Jesucristo no difería esencialmente de nosotros:

1. Nec Deum facit caro passibilem quia divinitas quae erat in dolente, non erat in dolore. S. Leo. Sermon. 7 de Pass. Dom.

su cuerpo era un verdadero cuerpo semejante al nuestro, y su alma era una verdadera alma de la misma naturaleza que la nuestra; en El, como en nosotros, los dos elementos del compuesto humano, queriéndolo Dios, podían separarse. Y esto es precisamente la muerte¹.

En segundo lugar, decimos que Jesucristo debía morir, habiendo venido a este mundo con el fin que sabemos. Santo Tomás—y no hay en esta materia doctor más autorizado—dice que el que se substituye a un deudor para pagar la deuda que ha contraído, o a un criminal para sufrir la pena que merece, es natural que pague estruendo y no otra, que sufra esta misma pena y no otra diferente: *Est conveniens satisfaciendi pro alio modus cum aliquis se subijci poenae quam alius meruit*².

Y aquí se aplica precisamente esto. El Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo, se había ofrecido como caución nuestra, a su entrada en este mundo, y aun desde toda la eternidad, al tomar sobre sí la terrible carga de nuestro rescate³. Y como el hombre, en el mismo día en que había caído en pecado, había sido condenado a muerte⁴, era preciso que el Redentor, como substituto que era del hombre, pagase, con su propia muerte, la deuda de muerte que había contraído el verdadero culpable; y realmente pagó dicha deuda, como dice santo Tomás, aplicando el principio recordado antes: Jesucristo ha querido morir, a fin de satisfacer en nuestro lugar a la justicia de Dios, por su propia muerte: *Et ideo Christus mori voluit, ut moriendo, pro nobis satisfaceret*⁵; y lo confirma con estas palabras del Príncipe de los apóstoles en su primera epístola: Por nuestros pecados Cristo ha muerto: *Christus pro peccatis*

1. Cum Christus verus et perfectus homo fuerit, vere etiam mori potuit: moritur autem homo cum anima separatur a corpore. Cat. Rom. c. 5.

2. III, p. q. L, art. 3.

3. Heb. c. X, v. 7.

4. Gen. c. II.

5. III, p. q. L, art. 3.

*nostris mortuus est*¹. Pero hay más, y podemos sacar una prueba de donde menos la esperaríamos: Caifás mismo, el más encarnizado de los enemigos de Nuestro Señor, nos la ofrece. Algún tiempo antes de la pasión ¿no había exclamado en pleno Sanhedrín: Vosotros no entendéis nada de esto; no veis que es preciso que muera un solo hombre por el pueblo, para que no perezca toda la nación: *Vos nescitis quidquam; nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et ne tota gens pereat?* A la verdad, no creía hablar tan bien, como nota san Juan, el solo evangelista que refiere esta particularidad; pero, por lo mismo que era el sumo sacerdote en aquel año, es decir, el representante oficial de Dios, aunque indigno de tan alto ministerio, profetizó que Jesús debía morir por toda la nación: *Sed cum esset Pontifex anni illius, prophetauit quod Jesus mortuus erat pro gente et non solum pro gente, sed ut filius Dei, qui erant dispersi, congregaret in unum*². Es decir, si no nos equivocamos, Caifás pronunció por inspiración de lo alto palabras verdaderas, aunque no comprendió su sentido verdadero. Dios se servía de él, a pesar de su indignidad, como otras veces se había servido del infiel Balaam, para anunciar sus oráculos.

Decimos en tercer lugar, que Jesucristo que *potuit et debuit mori*, murió realmente: *Mortuus*...

Jesucristo murió; porque los cuatro historiadores sagrados, testimonios oculares o contemporáneos, lo dicen claramente. Lo dice san Mateo: Y Jesús, habiendo lanzado un gran grito, expiró³. Lo dice san Marcos: Y Jesús, habiendo lanzado un gran grito expiró⁴. Lo dice san Lucas: Y con una fuerte voz, Jesús dijo: Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu; y en esto expiró⁵. Lo dice san Juan: Cuando Jesús hu-

1. I PÉTR. c. III.
2. JOÁN. c. II, v. 49 y sig.
3. MATTH. c. XXVII, v. 50.
4. MARC. c. XV, v. 37.
5. LUC. c. XVIII, v. 46.

bo tomado el vinagre, dijo: Todo está consumado; e inclinando la cabeza, entregó su espíritu¹.

Jesús ha muerto; y para que nos constase con mas certeza después de varias horas desde que ha lanzado el último suspiro, le traspasan el costado con el largo hierro de la lanza. He aquí el relato evangélico de esta importante particularidad: A fin de que los cuerpos no permaneciesen en la cruz durante el sábado, los Judíos rogaron a Pilato que mandase romperles las piernas, y que le descendiesen. Los soldados vinieron, pues, y rompieron las piernas de los dos soldados que habían sido crucificados con Jesús. Pero cuando vinieron a El, viéndole ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados, con su lanza, le abrió el costado del cual salió sangre y agua².

Jesucristo ha muerto; y su muerte es atestiguada oficialmente por el centurión romano, por encargo recibido del gobernador. Y solamente después de esta constatación debidamente realizada, su cuerpo es descendido de la cruz, envuelto en un sudario, sujetado con vendas, y puesto en el sepulcro. Citemos aún el Evangelio: José de Arimatea, noble centurión que esperaba también el reino de Dios, entró atrevidamente en casa de Pilato, y le pidió el cuerpo del Señor. Pilato extrañó que fuese muerto, y llamando al centurión le preguntó si era cierta su muerte, dando el cuerpo a José después de su respuesta afirmativa. Y José después de comprar un sudario, bajó el cuerpo de la cruz, lo envolvió en él, y sujetándolo con vendas, lo puso en un sepulcro tallado en la roca, al cual cerró con una piedra³.

Pero, quizá os extrañaréis que insista tanto sobre este punto, y que acumule tantas pruebas para demostrar la muerte de Nuestro Señor. Sin duda alguna, pero vuestra extrañeza no puede provenir sino de un olvido. ¿No recordáis que la resurrección de Jesucristo es la

1. JOÁN. c. XIX, v. 30.
2. JOÁN. c. XIX, v. 31 y sig.
3. MARC. c. XV.

pedra angular de nuestra fe, la razón de nuestra esperanza, y la médula del cristianismo, como nota san Pablo, y nosotros diremos más adelante? Pues, para poder repetir con los evangelistas, y cantar con la Iglesia: Cristo ha resucitado verdaderamente: *Christus surrexit vere*... ¿no es necesario previamente tener la firme seguridad, de que realmente ha muerto, como dice el Evangelio y canta la Iglesia cuando ella saluda este cuerpo nacido de la Virgen María: *Ave verum corpus, natum de Maria Virgine*... a este cuerpo crucificado e inmolado por la salud del mundo: *Vere passum, immolatum in cruce pro homine*... a este cuerpo atravesado con una lanza tan profundamente, que pudo salir del mismo sangre mezclada con agua: *Cujus latus perforatum unda fluxit et sanguine*?... ¿Ignoráis, tal vez, que ciertos herejes antiguos lo han negado, y que para socavar el cimiento del Cristianismo, los modernos incrédulos también lo niegan? Por todas estas razones importantísimas, el Catecismo Romano, nuestro habitual guía, preceptúa a los párrocos, el establecer con sólidas pruebas, que Jesucristo, después de ser crucificado, murió realmente: *Parochus credendum explicabit Jesum Christum postquam crucifixus est, vere mortuum esse*. Y añade: No sin motivo, esta verdad es objeto principalísimo de nuestra fe; porque ha habido quien ha negado la realidad de la muerte en la cruz de Jesucristo; y para contradecir este error, los apóstoles pusieron en el Símbolo este punto de doctrina, del cual, por otra parte, es imposible dudar, ya que todos los evangelistas concuerdan en decir que Jesús expiró: *Nam omnes evangelistae conveniunt Jesum spiritum emisisset*¹.

Pero, si Jesucristo murió ¿cómo murió? De ninguna manera podemos omitir una explicación, que en el relato de los evangelistas tiene tanta importancia como la misma muerte. Murió como Dios; o mejor, para que no haya equívoco, murió como Hombre-Dios.

1. Catech. Rom. c. 5.

Murió como Hombre-Dios... porque esta dolorosa pasión que debía sufrir, y la ignominiosa muerte que sería su término, las había El mismo anunciado mucho tiempo antes de que sobreviniesen, habiendo predicho todas sus particularidades, con la precisión de un hombre que ve un hecho presente, o que relata una cosa pasada¹.

Ha muerto como Hombre-Dios... porque hasta en la cruz es dueño de sí mismo, y lo dispone todo debidamente, sea que recomiende el discípulo a la madre, y la madre al discípulo, sea que ore por los mismos que le crucifican, encontrando en su ignorancia una excusa a su perversidad, sea, en fin, que viendo cumplidas todas las profecías que le concernían, anuncia que todo está consumado².

Ha muerto como Hombre-Dios... porque en el preciso instante que precedió a su último suspiro, lanzó un gran grito, como, en términos muy claros, declaran tres de los evangelistas: *Clamans voce magna*³... *Emissa voce magna*⁴... ¡Qué! Nosotros, hombre mortales cuando nos encontramos en el trance de la muerte, pedimos el uso de la palabra antes de entregar el espíritu⁵. ¿Qué demuestra esto, sino que al morir Jesucristo, dando una gran voz, muere como señor de la vida y de la muerte, y que no muere por necesidad sino por su voluntad, cuando quiere y de la manera que quiere? No hay un solo intérprete que no dé esta interpretación a este detalle de la narración evangélica.

Ha muerto como Hombre-Dios... porque, en el mismo instante en que expira, los prodigios más asombrosos aparecen en todas partes: el velo del Templo se

1. In Evang. pasim.
2. Apud omne Evang.
3. MATTH. c. XXVII; LUC. c. XXIII.
4. MARC. c. XV.
5. Cum ima vacce, vel sine voce moriuntur, qui de terra sumus; ille vero cum exaltata voce expiravit, qui de coelo decendit. Véase. Fillion in Matth. c. XXVII.

rasga completamente... la tierra tiembla... las rocas se hienden... los sepulcros se abren... muchos muertos resucitan... el sol se oscurece; prodigios de tan irracusable certeza, que están atestigüados, no sólo por los cuatro historiadores sagrados, sino por los mismos autores profanos, hasta el punto que, dos siglos más tarde, el grave Tertuliano decía a los emperadores romanos: En vuestros archivos, guardáis la relación de las cosas maravillosas que sucedieron en la muerte del Salvador Jesús: *Quem mundi casum velatum habetis in archivis vestris*.

Ha muerto como Hombre-Dios... porque no es sólo sobre la naturaleza inanimada que ejerce su imperio, sino sobre las voluntades y los corazones. He aquí que las conversiones más inesperadas se operan. Ya el ladrón había llorado las faltas enormes que llenaban su vida, y, en compensación de este arrepentimiento, recibió la promesa de entrar, aquel mismo día, en el paraíso. Después, el centurión romano que, en pie ante el Crucificado, le había oído profetizar un gran grito, al ver todos los elementos trastornados y la naturaleza enlutada, exclamó: Verdaderamente Este era el Hijo de Dios: *Vere Filius Dei erat iste*! Los mismos espectadores se sienten inundados de una compunción desconocida. Unos habían venido como simples curiosos a un espectáculo: *Aderunt ad spectaculum istud*. Otros, como enemigos furiosos que asisten a una venganza. Vedlos ahora: golpeándose el pecho, retroceden dando gloria a Dios: *Percutientes pectora sua reverebantur*... es decir, como nota san Agustín: que han sido todos rescatados por la misma sangre que acaban de derramar unos, y que han dejado derramar los otros: *Ipsa redempti sanguine quem fuderunt*... Así comenzó a cumplir la palabra que había pronunciado, mucho antes, el mismo Jesucristo: Cuando seré elevado

1. MATH. c. XXVIII, v. 54.
2. LUC. c. XXIII, v. 48.

sobre la tierra, lo atraeré todo hacia mí: *Et ego cum exultatis fuero a terra omnia traham ad me ipsam*!... En fin, en el instante de su muerte, Jesucristo verifica milagros tan numerosos y aun mayores, que los que había realizado en su vida. A uno solo resiste: al de bajar de la cruz, como le piden irónicamente². Pero este milagro no quería ni debía hacerlo, y por lo tanto tampoco podía. Hubiera equivalido a abandonar el altar y a dejar el sacrificio incompleto. Hubiera sido rasgar su nuevo Testamento, que quería substituir al antiguo, porque el testamento no es válido sino a la muerte del testador³. Hubiera sido abandonar la misión que le había traído a este mundo, la misión de rescatarlo...

¡Oh Jesús! ¡Oh Maestro! ¡Oh Salvador! ¡Ojalá reconozcamos vuestro amor, y no nos separemos jamás de vos! ¡Ojalá, según la palabra y los ejemplos del Apóstol, vivamos no para nosotros, sino para Aquel que vivió y murió por nosotros: *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro eis mortuus est*...

1. JOAN. c. XII, v. 32.
2. MATH. c. XXVII, v. 40.
3. HEH. c. IX, v. 16.
4. II COR. c. V, v. 15.

SERMON VIGESIMOPRIMERO

La sepultura de Jesucristo

Fue sepultado

Hoc additum est primum ut minus dubitare de morte liceat, cum maximo argumento sit aliquem mortuum esse, si ejus corpus sepultum probemus, deinde ut resurrectionis miraculum magis declaretur atque eluceat.
Catech. Rom. cap. 5

Es la última palabra del cuarto artículo del Símbolo; de este artículo del cual nos hemos comprometido a explicar, por su gran importancia, una tras otra, todas las palabras que contiene. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Nuestro Señor había muerto en el día sexto de la semana judaica, día que corresponde al viernes de la nuestra, y en la hora novena, es decir, a las tres de la tarde de nuestro horario. Su muerte había sido contemplada, en primer término por una multitud de testigos, después por los mismos soldados, uno de los cuales había herido el costado del Salvador con el largo hierro de la lanza, en fin, por el mismo centurión romano encargado de ello oficialmente por Poncio Pilato!

¿Qué pasaría al santo Cuerpo? Le romperían las piernas, como se hacía con tanta frecuencia en estos

1. Apud. Marcum, c. XV, legitur, quod Pilatus antequam concederat Christum sepeliri, diligenti inquisitione cognovit eum mortuum esse. S. Th. III p. q. LI, art. 1.

casos? No; Jesucristo era el Cordero de Dios, el Cordero reparador, figurado por el *Agnus paschalis*; pero, del Cordero pascual, la ley prohibía romper hueso alguno: *Os non comminuetur ex eo*. Convenía, pues, que la realidad respondiese a la figura.

Y, habiendo sido formado el cuerpo de Jesucristo por la operación del Espíritu Santo ¿convenía que se cumpliese en él, la ley general que exige que toda carne se corrompa, cuando no está vivificada por el principio que la animaba? No, ciertamente. ¿No había profetizado David, mil años antes, que el Santo no vería la corrupción: *Nec dabis Sanctum tuum videre corruptionem*?

Nuestra pregunta, pues, reaparece: ¿Qué haría el precioso cuerpo del Salvador?

Estaba allí un hombre rico, originario de la pequeña villa de Arimatea, que habitaba en Jerusalén, y se llamaba José. Verdaderamente este nombre es predestinado; un José tiene cuidado de Jesús niño; otro José le rendirá los últimos deberes en el término de su existencia terrestre. Era este último, José de Arimatea, noble senador, y, como se cree comúnmente, uno de los setenta miembros que componían el Gran Consejo de la nación².

El Evangelio nota sobre todo sus cualidades morales: era justo y bueno, *bonus et justus*³ y al mismo tiempo que otros muchos, los cuales sentían intuitivamente que los tiempos predichos por los antiguos profetas estaban próximos a su cumplimiento, esperaba la venida inmediata del Reino de Dios: *Expectabat Regnum Dei*. El historiador sagrado nota especialmente—no podía pasar en silencio, un detalle que hacía tanto honor a su personaje—que no había consentido a los designios criminales, ni, más tarde, a los actos aun más

1. Psalm. XV.

2. Véase Fullon, in Marc. c. XV, v. 43.

3. Luc. c. XXIII, v. 50.

criminales de sus colegas en la magistratura suprema¹. Hasta era discípulo de Jesús, pero secretamente; el temor a los judíos le había impedido manifestarse.

Pero ved la maravilla: tímido, tal vez hasta el exceso, mientras el Maestro vivía, después de su muerte le vemos lleno de resolución, y llevar su audacia hasta valerse de su cualidad de discípulo, para reclamar el cuerpo del Señor. Así consta en el texto evangélico: José entró atrevidamente en la casa de Pilato: *Audacter intravit ad Pilatum*², y pidió se le entregase el Cuerpo de Jesús, ya que Jesús era su Maestro: *Rogavit eo quod esset discipulus Jesu, ut tolleret corpus Jesu*³... Es admirable; pero, hemos de hacer constar, que las Santas Escrituras y la historia de la Iglesia están llenas de estas viradas inesperadas que serían inexplicables, si no supiésemos que Dios es el dueño de nuestros corazones, y que los mueve a su arbitrio.

Y Pilato ordenó que el Cuerpo fuese entregado a José: *Tunc Pilatus jussit reddi corpus*⁴... ¡Oh José! El Evangelio nos dice que erais rico; pero, ahora que poseáis el Cuerpo de Jesús, lo sois mucho más. Así os llamaremos, con san Ambrosio, dos veces rico, pues tenéis en vuestro poder tal tesoro: *Mertio dives hinc dicitur, ubi Corpus accepisti*⁵.

Una vez en posesión de lo que más amaba en el mundo, José dejó apresuradamente el palacio del gobernador, y volvió al Calvario. Pero no está ya solo para realizar un acto, que los mismos ángeles hubieran realizado con tanto amor, si esta misión les hubiese sido confiada. Otro personaje, miembro también del Gran Consejo de la nación, y también rico, ya que trajo cien libras de perfumes para embalsamar el sant

1. LUC. c. XXIII, v. 51.
2. MARC. c. XV, v. 43.
3. JOAN. c. XIX, v. 38.
4. MATTH. c. XXVII, v. 58.
5. In Luc.

Cuerpo, llamado Nicodemo, se juntó a José¹. ¡Qué no tenemos derecho a esperar de tales hombres, para dar al Crucificado una sepultura, que corresponda a su nobleza superior a la real, ya que es divina! Uno y otro suben a la cruz, inclinan dulcemente al santo Cuerpo, y le arrancan los clavos... Hay que notar que entre los judíos el que tocaba un cuerpo muerto era reputado impuro, y contraía, por este solo hecho, una excomunión legal, como leemos en el Levítico². Nicodemo y José se inquietaron poco de una ley abolida, o que, en todo caso, no les concernía. ¿Es que el contacto con el Cuerpo de Jesús puede producir alguna mancha, ya que había sido formado para borrarlas todas?... El Cuerpo de Jesús purifica el alma humana; ¿cómo mancharía, pues, al cuerpo? Sin temor, pues, bajan al santo Cuerpo, lo separan reverentemente del madero que lo sustentaba, y lo toman en sus brazos, dichosos de llevar tan dulce carga... Según una antigua y venerable tradición, María, que no había abandonado el Calvario, lo recibió en sus rodillas, y pudo estrecharlo contra el seno virginal, que lo había concebido. ¡Oh santa y conmovedora tradición! Ella ha comunicado una de las inspiraciones más nobles a Rafael, a Rubens, a Lesueur, a los grandes maestros del arte cristiano.

Pero, la santa ceremonia no está concluida. Nicodemo y José han embalsamado el Cuerpo con los perfumes traídos por uno de ellos, perfumes compuestos de mirra y áloe; lo envolvieron cuidadosamente por partes con vendas polvoreadas con aromas, como acostumbaban los judíos, y nos refiere el evangelista san Juan³, y, por último, envolvieron todo el Cuerpo con una gran sábana de lino, que, según san Marcos, José había ido a comprar en la ciudad⁴. San Mateo nos dice que este lienzo no había servido para ningún otro

1. JOAN. c. XIX.
2. LEVIT. c. XI.
3. JOAN. c. XIX, v. 40.
4. MARC. c. XV, v. 46.

uso, y que era nuevo y muy blanco: *Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda*¹. Notemos aquí una cosa: este lienzo nuevo y blanquísimo, se perpetuará en lo futuro. Cuando la Iglesia deje las catacumbas, y aun antes que las abandone, cuando fije sus reglas litúrgicas referentes al santo Sacrificio de la Misa, establecerá que los lienzos del altar, y sobre todo los corporales en los cuales ha de reposar el cuerpo del Salvador, no sean de seda ni de púrpura sino de lino, en memoria del lienzo de lino que envolvió al Salvador en el sepulcro: *Ecclésiastae mos obtinuit ut sacrofficiium altaris, non in serico, neque in panno tincto sed in lino terreo celebretur, sicut Corpus Domini est in sindone munda sepultum*².

Pero, este sepulcro, destinado a recibir el santo cuerpo, ¿en qué consiste?

Junto al lugar donde Jesús acababa de expirar había un jardín y en este jardín un sepulcro que pertenecía a José. Este sepulcro había sido excavado en la roca viva, y siendo de construcción reciente, nadie había sido enterrado en él. Los dos discípulos depositaron el santo Cuerpo en aquel lugar, y después de haber cerrado la abertura con una gran piedra, se marcharon³.

Tal es, en su admirable brevedad, el relato de los evangelistas. Y si es conciso, y se limita a lo esencial, en cambio, los comentarios abundan.

Este sepulcro está próximo al lugar en que Jesucristo ha sido crucificado: *Erat autem in loco ubi crucifixus est hortus*⁴; a unos cincuenta pasos según las opiniones más autorizadas. ¡Dios sea alabado! Pues, su acción providencial se deja ya sentir, refutando de antemano las fútiles suposiciones que el espíritu humano podía excogitar. Era preciso que no pudiese en-

1. MATTH. c. XXVII, v. 59.
2. S. THOM. III, p. q. LI, art. 2, ad 3.
3. MATTH. c. XXVII, v. 61.
4. JOAN. c. XIX, v. 41.

trar en ninguna cabeza, que el Cuerpo del Señor había sido cambiado o escondido. ¿Cómo podía serlo en tan corto trayecto? *Proptinguum autem fuit sepulchrum ut falsus ostenderetur is qui de furto adinventus est sermo*¹.

Este sepulcro estaba en un jardín: *Erat hortus, et in horto monumentum*². ¡Dios sea alabado! Pues, vemos aquí una coincidencia aptísima para satisfacer a nuestro corazón. En el jardín del paraíso terrenal, Adán transgredió la ley de Dios, y en él fué dada sentencia de muerte contra Adán y contra toda su raza en caso de muerte contra Adán y contra toda su raza en caso de su pecado... En otro jardín, el Redentor quiere ser sepultado para salvar al culpable, a fin de que todo lo que había contribuido, de más o menos lejos, a su ruina, sirviese a nuestra salud: *Christus sepelitur in horto, ad significandum quod per mortem et sepulturam ipsius liberamur a morte, quam incurrimus per peccatum Adae in horto paradisi commissum*³.

Este sepulcro pertenece a José personalmente: *Posuit illud in monumento suo*⁴, por consiguiente, para Jesús era una sepultura prestada. ¡Dios sea alabado! Pues, era necesario que entre el nacimiento, la vida y la muerte del Salvador no hubiese ninguna nota discordante. Era necesario que Aquél que en su nacimiento había tenido por morada un establo ajeno, que durante su vida, como lo declara El mismo, no sabía donde reclinarse su cabeza, era necesario, repito, que en su muerte se viese reducido a esta dura necesidad, siendo inhumado en una sepultura ajena: *Joseph ergo suum sepulchrum Christo cessit*⁵. Pero, hay todavía otra razón más elevada, que no podría omitir, aunque creo que la entreveáis. ¿Podría Jesús tener un sepulcro que le perteneciese? En cuanto a nosotros, el sepulcro nos es tan

1. Catena aurea, in h. 1.
2. JOAN. c. XIX, v. 41.
3. THOM. III, p. q. LI, art. 2.
4. MATTH. c. XXVII, v. 60.
5. AP. CORNEL. A LAP. in h. 1.

necesario como la cuna. Pero, Jesús, Hijo eterno del Padre, Dios como El, dueño de la vida y vencedor de la muerte ¿era conveniente que poseyese un sepulcro? ¿Tenía necesidad de una tumba propia, dice san Agustín, Aquel que no debía permanecer en ella sino tres días, no como un cadáver, sino como simplemente acostado sobre un lecho para descansar: *Ut quid sepulchrum illi qui triduo tantum corporis spatio, non tam in sepulchro mortuus iacuit, quam velut in lecto quiescit?*¹

Este sepulcro no ha sido excavado en una tierra blanda, ni erigido por un constructor, sino tallado en la piedra viva: *Et posuit illud in monumento... quod exciderat in petra*²... ¡Dios sea alabado! La profecía de que este sepulcro sería glorioso, está a punto de realizarse. Cuando, al tercer día, el sepulcro aparecerá vacío, será evidente, por este solo hecho, que Cristo habrá resucitado. En vano dirán los judíos y, después de ellos, los espíritus mal conformados, excesivamente escépticos e incrédulos decididos, que los apóstoles sustrañeron el Cuerpo. En primer lugar, hay imposibilidad moral: ¿los apóstoles no habían dado muestra de su coraje? El primero de ellos se desconcertó con una palabra de una sirvienta; los otros emprendieron la fuga, y permanecieron dispersados, no pensando sino en su seguridad. Además, hay imposibilidad física: el sepulcro fué excavado en la roca, y por lo tanto era inaccesible e impenetrable. Y si pensamos en la abertura por donde entró el santo Cuerpo, hemos de considerar que fué cerrado con una piedra enorme empujada con gran esfuerzo. Esta piedra fué sólidamente encajada y sujeta, siendo sellada con las armas del Estado; y no hablamos de la guardia de soldados que los judíos habían pedido para guardar el sepulcro, soldados que eran responsables, con su vida, del depósito que tenían confiado. ¡Oh judíos insensatos, exclama san

1. CORNEL. A LAP.—San Ambrosio dice en el mismo sentido: ¿Qué relación puede haber entre Dios y un sepulcro?

Jerónimo! Mientras, para satisfacer vuestro furor hasta el fin, os encarnizáis en un cuerpo muerto, suministráis al mismo tiempo, las pruebas más sólidas de su resurrección: *Quanto magis reservatur, tanto magis virtus resurrectionis ostenditur*¹... Pero no anticipemos ya que de ello trataremos en la explicación del artículo siguiente.

En fin, este sepulcro era excavado recientemente, y nadie había sido enterrado en él: *Monumentum novum in quo nondum quisquam positus erat*². ¡Dios sea alabado! Las enseñanzas morales no son menos interesantes, ni menos instructivas que las dogmáticas. Para el que lee, no sólo con los ojos, sino con el corazón, el relato evangélico de la sepultura del Salvador exhala un no sé que de divino. Allí todo es puro: el lienzo blanco y fino en el cual el santo cuerpo es envuelto; los perfumes que sirven para embalsamarlo abundantes y exquisitos; el sepulcro enteramente nuevo en el cual y exquistos; el sepulcro enteramente nuevo en el cual lo colocan, y, como dice san Agustín, era virgen como virgen era el seno de María³. Añadamos esta notable reflexión de Bosuet: Y después que, durante el curso de su vida, aceptó el ser saturado de oprobios. *Satura bitur obprobriis*⁴, diríais que se ha convertido en un cuerpo delicado en la sepultura⁵... ¡Oh, qué bella conclusión hemos de sacar de estas premisas! Los grandes doctores y los intérpretes de las Escrituras no la han pasado por alto. Entre todos los autores que he visto no hay ni uno solo que no haya visto en estos hechos la indicación de las disposiciones que hemos de tener para recibir el cuerpo del Señor, cuando le recibimos

1. Véase todo el texto en CORNEL. A LAP. in Matth. c. CXXVII, v. 66.

2. JOAN. c. XIX, v. 47.

3. Sicut in Mariæ virginis utero nemo ante illud nemo post illum conceptus est, ita et in hoc monumento novo nemo ante illum, nemo post illum sepultus est. Ap. CORNEL. a LAP.

4. JEREM. c. III, v. 30.

5. Primer Sermón para el día de Pascua.

en la comunión. Aquí como allá son necesarios muchos perfumes y de los más exquisitos, es decir, un cortejo escogido de virtudes cristianas. Aquí como allá, son necesarios un lienzo muy fino y blanquísimo y un sepulcro nuevo o, por lo menos, limpio de las viejas osamentas. Es decir: una conciencia delicada y pura, un corazón donde no habite el pecado, ni el apego al pecado. La tumba de Cristo estaba cerrada; cerrad de la misma manera vuestra alma, cuando acaba de recibir a Jesucristo, a las afecciones terrenas. La tumba de Cristo estaba guardada por centinelas vigilantes; así vos que acabáis de comulgar, haced buena guarda al rico tesoro que acabáis de recibir. Lo que hacían los judíos por malicia, hacedlo vos por amor: *Ex hoc facto impiorum discamus pietatem*!

Dejo estas ideas a vuestra consideración. ¡Quiera Dios que no olvidéis las enseñanzas dogmáticas y morales de esta instrucción! Las primeras robustecerán vuestra fe; las segundas vuestra santificación...

1. Ap. CORNEL. A LAP.

SERMON VIGESIMOSEGUNDO

La Redención por Jesucristo

*Os adoramos, Jesús, y os bendecimos porque habéis rescatado al mundo por vuestra santa Cruz*¹

Est integra, atque omnibus numeris perfecta satisfactio, quam Jesus Christus pro peccatis nostris. Deo Patri persolvit. Neque vero pretium quod pro nobis persolvit, debitis nostris par solum et aequale fuit, verum ea longe superavit.

Catech. Rom. cap 3

Los ángeles y los bienaventurados en el cielo no cesan de clamar: Al Cordero que ha sido inmolado, sean atribuídos el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición: *Et dicebant voce magna: Dignus est agnus qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem*². Y en la tierra las almas justas exclaman: ¡Oh Cristo, os adoramos! ¡Oh Maestro amado, os bendecimos! Pues, por medio de vuestra muerte de cruz habéis redimido al mundo: *Adoramus te, Christe et benedicimus tibi; qui per sanctam Crucem tuam redemisti mundum*.

Así canta el cielo; así canta la tierra. Entre estos dos cantos ¿hay alguna diferencia? En cuanto a la forma, es claro; en lo que toca al fondo, yo no veo diferencia alguna. El mismo motivo los inspira; expresan el mis-

1. Instrucción predicada en el Jueves Santo.
2. Apoc. c. V, v. 12.

mo pensamiento: la Redención... la Redención por Jesucristo.

¡Oh la más santa de las obras! La obra de un Dios que muere por sus criaturas, de un Rey que se inmolaba por su pueblo... pueda yo, si no magnificaros como es debido, al menos expresarme debidamente para satisfacer a esta asamblea de creyentes, ávidos de edificación.

Pero antes de empezar, saludemos a la Cruz: *O Crux, ave*.

En los primeros tiempos del Cristianismo, y poco después de la muerte del Señor, el apóstol san Pablo escribía a los fieles de Corinto: Ha sido inmolado el verdadero Cordero pascual del cual el antiguo no era sino una figura. *Pascha nostrum immolatus est Christus*¹. Nosotros hemos recordado repetidas veces esta verdad en nuestras instrucciones, y cada año nos la recuerda la Iglesia, durante la Semana Santa, por medio de apropiadas ceremonias.

Pero, no basta saber estas cosas como un hecho histórico. El sufrimiento de un Dios, el azotamiento y la coronación de espinas de un Dios, la crucifixión de un Dios, atravesado en las manos y en los pies con gruesos clavos, son hechos que pertenecen más a la religión que a la historia; son fenómenos que, por razón de su incomprensibilidad, salen del orden natural, y entran en el orden de los misterios cuya clave nos da la revelación.

Por esta razón no nos fatigaremos mucho buscándola. Esta clave la veo consignada en cada página y casi en cada línea de las Santas Escrituras. Oíd lo que dice el profeta Isaías: Ha sido herido por causa de nuestras iniquidades; ha sido triturado por nuestros crímenes, y sus llagas nos han curado². San Pablo, en la epístola a los Gálatas, exclama: Nos ha rescatado

1. I Cor. c. V, v. 7.
2. Isa. s. LIII, v. 5.

de la maldición, haciéndose El mismo objeto de maldición¹. Y en su Epístola a los Romanos: Cuando éramos enemigos de Dios, por la muerte de su hijo, nos hemos reconciliado con El². La misma verdad nos inculca el Príncipe de los apóstoles: El ha cargado con nuestros pecados, sobre la cruz, a fin de que habiendo muerto al pecado, vivamos en adelante en la justicia³. Es decir: Jesucristo sufriendo, flagelado, coronado de espinas, clavado en una cruz y muriendo con la muerte más ignominiosa, nos dice que Jesucristo ha tomado sobre sí nuestras iniquidades, y que se ofrece en garantía por ellas; que se ofrece en sacrificio por los pecados del mundo, y que los expía en nuestro lugar por una misteriosa substitución. Brevemente, y empleando las palabras acostumbradas: Jesucristo sufriendo, azotado, coronado de espinas, y muriendo en una cruz, nos dice que Jesucristo nos rescata...

Pero, estas verdades magníficas ¿expresarán otra cosa que una ficción? ¿Es una realidad nuestra redención por Jesucristo? Sí, expresan una realidad; realidad verdadera y gratuita; verdadera y sobreabundante; verdadera y universal. Hay, pues, un mundo de maravillas para explorar.

Nuestra redención por Jesucristo es verdadera. Lo hemos expuesto suficientemente en nuestras instrucciones parroquiales precedentes, y sin duda alguna lo recordaréis perfectamente. ¿Qué era Jesucristo? Hombre perfecto, *perfectus homo*, es decir, con un verdadero cuerpo humano y una verdadera alma humana. ¿No vemos algo más en Jesucristo? Sí, era Dios plenamente, *perfectus Deus*, es decir, un verdadero Dios, Dios de Dios, luz de luz, igual al Padre y consubstancial con El, en una palabra, Dios como el Padre. Pero, entre estas dos naturalezas, divina y humana ¿en qué lado

1. Gal. c. III, v. 13.
2. Rom. c. V, v. 10.
3. I Petr. c. II, v. 24.

radicaba la personalidad? No hay duda que en el lado de la divinidad, porque en Dios la personalidad es un bien propio, esencial e inalienable que El no puede abdicar. De aquí, esta expresión de san León: Al hacerse hombre, el Hijo de Dios ha llegado a ser lo que no era, sin perder nada de lo que era. *Nostra suscipiens, pro- pria non amittens*. En una palabra: Jesucristo era, a la vez, Dios y hombre, pero, con la sola persona divina. Y porque, como dice el simple buen sentido, las acciones de la persona pertenecen no a tal o cual de sus elementos constitutivos, sino a la misma persona, veí como la Redención que, en favor nuestro ha obrado Jesucristo, es verdadera, real y, como decimos en lenguaje teológico tuvo todos los requisitos legales: *Ad summus juris apices*. Considerad que Jesucristo, que sufre hasta el extremo de ser azotado cruelmente y de morir sobre la cruz, no es hombre solamente—respeto de la deuda contrída por el pecado, que era infinita por causa de la majestad infinita a la cual el pecado ultrajaba, hubiera sido insuficiente—sino que es una persona divina que se inmola, una persona divina que expía en nuestro lugar, una persona divina que, habiendo tomado a su cuenta esta cédula de condenación como dice san Pablo¹, satisface a esta deuda por una satisfacción la más alta, la más cumplida y la más perfecta posibles, ya que es infinita: *Integra atque omnibus numeris perfecta satisfactio*².

¡Oh cruz santa! ¡Oh cruz adorable! En el himno que la Iglesia ha compuesto en tu honor, la estrofa preferida es la que cantábamos hace poco, pero, no es la más bella. Escuchad, sino, las siguientes: ¡Oh árbol, de todos los árboles el más noble! Árbol teñido con la sangre de Jesús como de una púrpura real: *Arbor decora et fulgida, ornata regis purpura*! ¡Cuán dichosos eres por llevar suspendido en tus brazos, al que se

1. Coross. c. II, v. 14.
2. Catech. Rom. l. c.

constituyó precio del mundo: *Beata cuius brachiis pretium pendit saeculi*! ¡Tú eres la balanza que ha pesado este Cuerpo, precio de nuestro rescate: *Statera facta corporis*! ¡Y en el mismo instante en que fué puesto en ella, pesó con tanta fuerza, que levantó, con su peso, a este otro peso enorme de nuestros pecados!.

Tuilique praedam tartari!... O Cruz, ave.

Es, pues, una realidad nuestra redención por Jesucristo. Pero ¡cuántas cosas nos quedan por explicar! Esta Redención es verdadera y gratuita; verdadera y sobrepundante; verdadera y universal.

En primer lugar es gratuita. El amor sólo la ha inspirado, la ha conducido, la ha hecho. Del principio al fin ha sido, en el sentido más elevado de la palabra, una obra de amor. ¿Me permitiréis una comparación? Poco importa que no sea muy elevada, con tal que sea justa. He aquí a un príncipe real cuya vida está en peligro, por haber sido mordido de un reptil venenoso; y los médicos declaran que no puede curar si no se ofrece alguien que se ofrezca a una muerte cierta, absorbiendo el veneno de la herida. Lo más natural es que se busque a un condenado a muerte o un esclavo, es decir a un hombre cuya vida sea apreciada como de ningún valor, y se le obligue a absorber el veneno, a fin de salvar una vida preciosa al precio de otra despreciable. Hasta aquí todo va bien. Pero cambiemos la hipótesis: supongamos que es el esclavo, el que ha sido mordido por el reptil, y que, no queriendo nadie aspirar en la llaga, el mismo hijo del rey se ofrece para este servicio peligroso, y se entrega a una muerte cierta, para conservar la vida del esclavo!... Sin duda habéis

1. Esta comparación está tomada del P. Luis de Granada. El mismo venerable autor emplea otra comparación más familiar, pero aún más impresionante: Abraham presto a inmolar a su hijo, por mandato divino, le substituyó un cordero. Nada más propio. Pero, supongamos que hubiese hecho lo contrario y que para salvar al animal hubiese inmolado a Isaac. ¿No quedaríais estupefactos? Y la aplicación salta a la vista.

Filium tradidisti.

Nuestra redención por Jesucristo es sobreabundante. San Pablo lo dice en estos términos: Donde ha abundado el pecado ha sobreabundado la gracia redentora: *Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia*². El Catecismo Romano, eco fiel de la tradición cristiana, lo repite, calificando a la satisfacción ofrecida por Jesucristo, en reparación de nuestros pecados, no ya como igual, sino como infinitamente superior a ellos: *Preteritum... neque debitis nostris par solum et aequale fuit verum ea longe superavit*³. En fin, la razón lo demuestra. Recordad solamente, como acabamos de decir, que Jesucristo es, a la vez, Dios y hombre, con una sola persona, y ésta divina; que las acciones pertenecen no a una sola de las dos naturalezas, excluyendo a la otra, sino a la persona; por lo cual, es claro que el más insignificante de los actos de Jesucristo habría sido suficiente para salvarnos. Pero, he aquí que los prodiga sobre toda ponderación "he aquí que sufre y llora en su cuna; que gana el pan con el sudor de su rostro; que pobre

1. Praecon. Pasch.
2. Rom. c. V, v. 20.
3. Catech. Rom. loc. cit.

quine Christi."

guine Univrs.

En fin, nuestra redención por Jesucristo es universal.¹ Universal en cuanto al tiempo, no exceptuando a ninguno, y algún día se me ofrecerá quizás ocasión para decirlos con el Apóstol, que el Cordero ha sido inmortal desde el origen del mundo. *Agnus occisus est ab origine mundi*?² aunque de hecho no lo fué hasta que llegó la plenitud de los tiempos; es decir, la redención por Jesucristo ha tenido un efecto retroactivo, participando de la redención todos los que creyeron en el Redentor futuro, como también los que creen en el Redentor venido. Universal cuanto al lugar: Piedad! nos dan aquellos infelices llenos de orgullo que, en tiempo de san Agustín, creían que sólo los africanos podían beneficiar de la Redención³. No, no hay ningún pueblo privilegiado, que pueda, con exclusión de los demás, calificarse de pueblo de Dios. No, no hay, como

1. Monsabré 49.^a Conf.
2. Apoc. c. XIII, v. 8.
3. Brev. Rom. in festo pretios. Sang. Lectio 8.

dice san Pablo, ni judíos, ni gentiles, ni circuncisos, ni incircuncisos, ni scytas ni bárbaros¹. Ante el Redentor, todos los pueblos son iguales, y en donde haya un hombre, allí habrá un hijo de Dios y un rescatado por Jesucristo. Redención universal también, no ciertamente en cuanto a sus efectos, pues que únicamente se salvan los que quieren ser salvados, pero al menos, en la intención de Dios que no ha negligido ni ha perdonado nada, para que todos lo fuesen. Lejos, por consiguiente, de nosotros la herejía de los que han pretendido en estos últimos tiempos, que Dios opera una selección en la humanidad, y que, en virtud de esta selección, unos son necesariamente salvados, y los otros necesariamente condenados. No, mil veces no. Jesucristo ha muerto por todos y por cada uno, y, según la bella expresión de san Bernardo, así como cada ser criado puede decir a Dios: Vos sois mi criador, así cada hombre puede decir a Jesucristo: Vos sois mi redentor².

Y ahora habiendo expuesto estas verdades, con toda la exactitud que me ha sido posible; habiendo demostrado que nuestra redención por Jesucristo es verdadera, gratuita, sobreabundante y universal, saquemos de ellas las consecuencias prácticas. Pero, antes saludemos a la Cruz por la cual nos han venido tantos bienes. O Crux, ave...

¿Quién no las ve estas consecuencias prácticas, aun antes que yo las desarrolle, y aun antes que las enuncie?

Jesucristo nos ha rescatado verdaderamente en el sentido propio de la palabra, en todo rigor de derecho: *Ad summum juris apices*. Somos, pues, de El, le pertenecemos. Nos ha redimido, no con oro, ni con plata, sino con un precio más elevado: con el precio de su sangre. En verdad podemos decirle Señor nuestro: *Dominus noster Jesus Christus*. Y notadlo bien: no le pertenece-

1. Col. c. III, v. 10.
2. San Agustín dice lo mismo. Brev. Rom. Comm. Pass. D. N. J. C. Lect. 4.

mos solamente como individuos, sino como formando parte de un ser colectivo, como sociedad, como pueblo, como nación. A su demanda, y a título de compensación por su prodigioso abajamiento, Jesucristo ha recibido de su Padre todas las naciones en herencia: *Postula a me, et dabo tibi gentes haereditatem tuam*¹. ¡Oh reinado social del Redentor! ¿Vendréis un día para que reverdezcan la piedad, la justicia, la caridad, todas las virtudes que hacen dichosos a los pueblos, para amasar de nuevo a las sociedades modernas ávidas de emancipación, para infiltrar vuestro espíritu en las leyes que las rigen, en las instituciones que las gobiernan, para extinguir los rencores, hermanar las clases, y curar a estas naciones, que son vuestras, del egoísmo que las devora, y para hacer de ellas otros tantos pueblos hermanos?

Jesucristo nos ha rescatado gratuitamente, sin que lo mereciésemos, y para ello ha dado mil veces más de lo que era necesario. Oh hombre, exclama san Agustín, mira cuanto vales, pero reconoce todo lo que debes: *Agnosce, homo, quantum valas, et quantum debeas*²... En vez del pecador que ofende, el justo es castigado; en vez del impío que se rebela, el santo es condenado; en vez del esclavo que contrae la deuda, el dueño la satisface; en lugar de un hombre que obra, el mismo Dios se hace respetable³... Y tú ¿no amarás a este justo, a este inocente, a este santo, a este Dios?

¡Ah! Si hay alguien que no ame a Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema*⁴. No, Señor Jesús, no queremos ser anatema y confiamos en que no lo seremos. Os amaremos, os devolveremos amor por amor, sacrificio por sacrificio, servicio por servicio, vida por vida...

1. Psal. 2.
2. Brev. Rom. Comm. Pass. D. N. J. lect. 5.
3. Ibid.
4. I Corin. c. XVI, v. 22.

En fin, la Redención ha sido universal. Jesucristo nos ha rescatado a todos, ha muerto por todos y por cada uno, de la misma manera por todos que por cada uno; como el sol que no da a un hombre menos luz y calor aunque ilumine a todo el mundo, que si le iluminase a él solo. Pero, atended: Dios no fuerza a nadie a recibir sus dones, y obra tal como conviene a su magnanimidad. Solamente aquellos que voluntariamente querrán salvarse serán salvos; como una medicina capaz de devolver la salud, por sus propiedades curativas, no la devuelve sino a aquellos que la tomen. Es necesario, pues, que nos unamos a Jesucristo, que nos identifiquemos a Él, que vivamos de su espíritu, y que obtengamos su gracia, por medio de los sacramentos que la significan y la comunican.

Con esta condición, nuestros pecados no nos serán imputables; cesarán de existir, como si nunca hubieran existido y caerán en un olvido tan completo como la piedra lanzada al fondo del mar, y que no sale ya a la superficie. En los que pertenecen a Jesucristo, dice san Pablo, no hay nada que exija la condenación; no pueden ser perseguidos por la justicia divina, la cual pierde sus derechos: *Nihil nunc damnationis est iis qui sunt in Christo Jesu*¹.

¡Ah! cristianos, aprovechémonos del gran beneficio de la Redención, de este don inestimable que nos es tan liberalmente ofrecido. Seamos verdaderamente rescatados, es decir, criaturas nuevas, *nova creatura*, no teniendo ya nada del primer Adán, que nos perdió, sino que lo tengamos todo del segundo Adán, Jesucristo que nos ha salvado, y nos ha hecho por la gracia, lo que Él es por naturaleza: hijos de Dios, herederos del cielo, para gozar con Él, por Él y en Él, por los siglos de los siglos: *Si filii et haeredes, haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi*²...

1. Rom. c. VIII, v. 9.
2. Rom. c. VIII, v. 17.

SERMON VIGESIMOTERCERO

El descendimiento de Jesucristo a los infiernos

Descendió a los infiernos, y resucitó al tercer día de entre los muertos

Huius articuli, prioris parte hoc nobis credendum proponitur: Christo iam mortuo, eius animam ad Inferos descendisse, ibique tantum mansisse, quamdiu eius corpus in sepulcro fuit. *Catech. Rom. cap. 6*

La Redención por Jesucristo, tal ha sido el objeto de la última instrucción. Pero, de esta Redención de la cual hemos demostrado que era verdadera, gratuita, universal y sobrepasante, vamos a ver, la primera aplicación¹. En esta instrucción de hoy lo veréis claramente, si no perdéis de vista lo que la Iglesia enseña: que en Jesucristo, habiendo muerto de la misma manera que morimos todos, por la separación del alma respecto del cuerpo, la divinidad permanece unida a su alma y a su cuerpo; a su alma que descendió a los infiernos; a su cuerpo que fué sepultado. De tal manera que si podemos decir que Dios ha sido sepultado, no lo es menos esta otra: Dios ha descendido a los infiernos... Pero ¿en qué infiernos? Esto es lo que vamos a explicar. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Lo hemos dicho precedentemente: en el mismo día de su pecado y de la caída de su raza, que fué la consecuencia necesaria del pecado, nuestros primeros pa-

1. S. THOM. III, p. 4. LII, art. I.

dres recibieron la promesa de un Redentor¹, pero con esta reserva sobreentendida: que transcurrieran muchos siglos, antes que esta promesa se cumpliera. Y así sucedió. Y vendida la plenitud de los tiempos, dice san Pablo, Dios envió a su Hijo, engendrado de mujer y sujeto a la ley, a fin de rescatar a los que estaban bajo la ley y a los que no estaban sujetos a ella, como añade el gran Apóstol, es decir, a los judíos y a los gentiles². Pero, durante estos largos siglos de espera ¿qué sería de la humanidad culpable? Cuando no se reflexiona mucho, se imagina uno fácilmente, que la Redención del género humano no data sino de la muerte de Jesucristo en la cruz, o a lo más, de su nacimiento en Belén; que esta Redención no fué verdaderamente efectiva sino a partir de este momento; y por lo tanto, que todos los hombres anteriores a Jesucristo estaban perdidos, como destinados a la condenación eterna. Aquí hay un error capital, y este punto de vista está tan falto de verdad como de grandeza. En todos los tiempos, entendido bien, tanto en los que precedieron a la venida de Jesucristo, como en los que la siguieron, Dios ha querido, con una voluntad eficaz, es decir, suministrando los medios para ello, que todos los hombres pudiesen salvarse. El Cordero de la Redención, dice san Juan en un magnífico lenguaje, ha sido inmolado desde el origen del mundo: *Agnus occisus est a constitutione mundi*³. ¿Cómo ha de entenderse la expresión *desde el origen del mundo*... ya que Jesucristo no vino sino después de cuatro mil años de la creación del mundo? Ha de entenderse en el sentido según el cual, la Redención de Jesucristo, aunque verificada en la plenitud de los tiempos, ha tenido un efecto retroactivo, de tal manera que así como los que hemos venido al mundo después de Jesucristo, hemos sido salvados por la fe en el Redentor ve-

1. GEN. cap. III.
2. GALAT. c. IV, v. 4.
3. APOC. c. XVII, v. 8.

nido y por las obras que esta fe inspira, así los hombres anteriores a Jesucristo se salvaban por la fe en el Redentor futuro, fe más o menos implícita, e informada por la caridad. Por este medio todos podían salvarse y de hecho muchos se salvaron. Pero, dejemos estas particularidades, y vengamos a cosas más fáciles de entender. Sabemos que fueron salvados por la fe en el Redentor futuro, Adán y Eva, Abel, Enoc y sus primeros descendientes; Abraham, Isaac, Jacob y todos los antiguos patriarcas; Moisés, Josué y todos los conductores del pueblo de Dios hasta Samuel; Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y todos los profetas; David, Ezequías y muchos reyes de Judá... con muchísimos otros de menor notoriedad, o que no tenían ninguno. No era congruente que Dios escogiese a un pueblo para realizar sus designios, y que realizase en su favor milares de milagros, para recoger una escasa cosecha de elegidos. Pero podemos ir más allá: En los pueblos gentiles, hubo también su parte de elegidos; Job pertenecía a la nación idumea y Melquisedech no era judío. ¿Fueron estos gentiles muy numerosos? Es permitido creerlo, sobre todo si tenemos en cuenta el largo lapso de tiempo que transcurrió hasta la venida del Salvador. Las tradiciones primitivas, y entre ellas la promesa de un Redentor futuro, se habían conservado en todas partes, aunque desfiguradas. *Dios no había dejado de dar testimonio*¹, hasta entre los paganos; y el príncipe de los doctores, san Agustín, nos dice en su bella Exposición sobre la Epístola a los Romanos, que si hubo profetas en el pueblo judío, asimismo los hubo en los otros pueblos, los cuales, a su vez, profetizaron al Redentor prometido²... Y en el libro décimotercero de la más admirable de sus obras, la Ciudad de Dios, el mismo gran Doctor dice: Se cree, con razón, que hubo en las otras naciones

1. ACT. c. XIV, v. 16.
2. Exp. in Epist. ad Roma c. III.

hombres a los cuales el misterio de Jesús fue revelado y que se sintieron impulsados a profetizarla: *Non incongrue creditur fuisse et in aliis Gentibus homines quibus hoc mysterium revelatum est, et qui hoc etiam praedicere impulsus sunt*³... De donde es necesario deducir esta verdad capital: Jesucristo estaba anunciado, conocido y esperado en todas partes, y por consiguiente, que en todas partes, y no solamente en la Judea, podían obtener los hombres la salvación, por medio de la fe en su venida.

Pero estos hombres rescatados anticipadamente ¿dónde estaban? ¿dónde podremos encontrarlos? ¿En el infierno propiamente dicho? Sería contradecir lo que acabamos de afirmar, pues, hemos dicho que eran justos en el verdadero sentido de la palabra. Habían dejado esta vida en gracia de Dios, y habían sido justificados, por su fe en el Redentor futuro. ¿Estarían en el cielo, gozando de la visión beatífica? Tampoco, pues las puertas del paraíso habían sido cerradas por el pecado de Adán transmitido a su posteridad; y nadie podrá entrar en él, sino después del Redentor, y como haciendo un solo cuerpo con Él². ¿Estarían en el purgatorio? Sin duda alguna, muchos de ellos habían permanecido allí, pero temporalmente, hasta la entera expiación de sus faltas personales; y acabada esta expiación, salieron de allí para juntarse a los justos, como miembros de su sociedad. Pero ¿dónde estarán, pues, estos justos? Digámoslo por fin: En un lugar distinto que no era ni el cielo de la visión beatífica, ni el purgatorio. Estaban en el Limbo, llamado en las Santas Escrituras

3. De CIVIT. lib. XVIII, c. XLVII.

2. El Catecismo Romano ve en la prescripción del Antiguo Testamento (Núm. c. XXXV, v. 25) que impedía a ciertas categorías de desterrados, entrar en su patria hasta después de la muerte del gran sacerdote, una figura de la imposibilidad, para los justos de la Ley antigua, de entrar en el cielo, su verdadera patria, antes de la muerte del Supremo Pontífice, Jesucristo.

el seno de Abraham¹, porque el Padre de los creyentes era tenido por el hombre justo por excelencia, a cuyo lado debían reunirse, después de la muerte, todos los que durante su vida habían profesado la debida fe en el Redentor futuro.

¿Comprendéis ahora el sentido de las palabras, cuya explicación es el objeto de esta instrucción: Descendió a los infiernos: *Descendit ad inferos*?

En estos lugares inferiores, porque aquí la palabra Infierno no puede tener otra significación, estas almas justas esperaban la libertad. ¿Acaso sufrían? No, si con esta expresión se entiende un castigo debido al pecado; porque habiendo salido de esta vida sin haber cometido pecados personales, o bien habiéndolos expiado suficientemente, no tenían otra pena que la de estar privadas de la visión de Dios en el cielo al cual se veían destinadas.

Pero ¡cuánto tardaba la hora de poseerlo! Y ¡qué pena tenían por esa tardanza! ¿Es necesario demostrarlo largamente? Juzgad vosotros mismos: ¿no sufrís vivamente, cuando esperáis un acontecimiento que os multiplicará el bienestar, y este acontecimiento nunca acaba de llegar? Pues, considerad que estas almas santas sufrían por su liberación, relegadas lejos de Dios al cual amaban ardientemente. Es permitido creer que expresarían a su manera, los mismos sentimientos de la Iglesia terrestre, la cual en el tiempo del Adviento, tiempo de expectación y de súplicas ardientes, exclama con David y los profetas: Cielos, enviad vuestro rocío y vosotros nubes haced llover al Justo²... Venid, Dios de las virtudes, rompед nuestras ataduras, mostradnos vuestro rostro, y seremos salvos³... o bien, con clamores aun más fuertes: Señor ¿por qué abris el cielo, y descendéis, para venir hasta nosotros?⁴

En fin, sus deseos se ven cumplidos. El Prometido,

1. Luc. c. XVI, v. 42.

2. Isai. c. XLV.

3. Psalm. LXXIX.

4. Isai. c. LXIV.

el Deseado, el Redentor esperado tantos siglos, Jesucristo, ha descendido en la sombra morada, a la cual ilumina con sus dulces y penetrantes rayos. Allí está, no solamente por su virtud y su poder, sino también por su presencia personal¹. Allí está, como dice el Profeta, libre entre los muertos, *inter mortuos liber*². Allí está y estará tanto tiempo como su Cuerpo reposará en el sepulcro³. Las santas almas hasta entonces cautivas y ansiosas, ven claramente la esencia divina y los torrentes de luz que de ella provienen, deleitándose y entregándose con esta visión, que el Salvador les acaba de merecer por su muerte, y que les transporta. Que transcurran cuarenta días y cuando Jesucristo vuelva al cielo de donde ha venido, libres ya de sus trabas, aunque cautivas entonces del amor del divino Rey que las atrae, estas almas entrarán en su seguimiento en el cielo⁴, como pronto explicaremos.

Acabemos con una reflexión, que no deja de tener interés. Si habéis seguido con atención las ceremonias, largas pero instructivas, del Sábado Santo, aun sin penetrar en el sentido simbólico de la liturgia ¿no habéis notado que, en las mismas sombras de la muerte, aparecen no sé qué claridades, débiles en los comienzos, y que se van intensificando por momentos? ¿No habéis notado que se canta ya el Aleluya, como para preludear a los cánticos más gozosos del día siguiente?... ¡Dios sea alabado! El alma del Redentor va a venir hacia nosotros, pues su misión en el Limbo no es sino temporal. Ahora que esta misión está acabada, que las almas de los justos han sido visitadas y han recibido la prenda de su próxima liberación, Ella vuelve, se acerca al santo Cuerpo, que reposa en el sepulcro, para unirse con Él... Es lo que vamos a ver con la atención que tan importante asunto reclama. ¡Dios nos lo permita!

1. S. THOM. III, p. 9. LI, art. 2.
2. Psalm. LXXXVII.
3. Catech. Rom. loc. cit.—S. THOMAS ut supra.
4. S. THOM. ut supra, art. 5, ad. 3.

SERMON VIGESIMOCUARTO

La resurrección de Jesucristo bajo el punto de vista histórico.

En el tercer día resucitó de entre los muertos.

Sequitur altera articuli pars, in qua explicanda quantum laborare patet debet, declarant illa Apostoli verba: Memor esto Dominum Jesum-Christum resurrexisse a mortuis; quod enim Timotheo praecepit, idem etiam reliquis animarum curatoribus praeceptum esse dubitandum non est.

Catech. Rom. cap. 6

La instrucción precedente nos ha dado la explicación de la primera parte del artículo quinto. Hemos visto a Nuestro Señor bajar a los infernos, o sea al Limbo, para llevar a las santas almas, que permanecían allí, las primicias de la Redención. Ahora solicita nuestra atención la segunda parte de este mismo símbolo: *Tertia die resurrexit a mortuis*. Al tercer día resucitó de entre los muertos. El Catecismo Romano advierte a los párrocos, que traten de este tema con cuidado. También san Pablo recomendaba lo mismo a su discípulo Timoteo: Acuérdate, le dice, que el Señor Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, y es claro que, con esto, le preceptuaba que hiciese memoria de ello a los simples fieles. Por esto el Catecismo Romano añade: No es dudoso que, con esta recomendación, se dirige, en la persona de Timoteo, a todos los que tienen cargo de almas: *Quod enim Timotheo praecepit Apostolus, idem etiam reliquis animarum curatoribus prae-*

ceptum esse dubitandum non est. Nuestro deber es claro, y es preciso que lo cumplamos. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Si leemos con atención a los cuatro historiadores sagrados y los relatos que hacen de la resurrección de Nuestro Señor, divergentes en algunos detalles, pero idénticos cuanto a la substancia, podremos componer un sólo relato compuesto de una serie de hechos históricos que excluyen la más pequeña duda.

Primer hecho histórico cierto: Nuestro Señor había muerto sobre la cruz en el sexto día de la semana judaica, hacia la hora de nona, o sea, acomodándonos a nuestra manera de contar, en el viernes, a las tres de la tarde. Su muerte, no aparente, como algunos incrédulos han sostenido, sino muy real, había sido vista por la multitud de los asistentes y por los mismos soldados, uno de los cuales traspasó el costado del Salvador con el hierro de su lanza, y también por el centurión romano, que la averiguó oficialmente, por mandato del gobernador.

Segundo hecho histórico cierto: Habiendo expirado Nuestro Señor, y comprobada la realidad de su muerte, en el mismo día y antes de ponerse el sol, su cuerpo fué descendido de la cruz, envuelto con vendas, miembro a miembro, tal como se acostumbraba entre los antiguos, embalsamado con gran cantidad de aromas y perfumes, envuelto, todo él, en un lienzo blanco, llevado después a unos cincuenta pasos, y puesto en un sepulcro nuevo excavado en la roca viva, sepulcro que, como es fácil comprender, no era accesible sino por su abertura. Descendimiento de la cruz, embalsamamiento, entierro, transporte y colocación del santo Cuerpo en la sepultura; todas estas operaciones habían sido vistas por todo el mundo. Nada se había hecho secretamente.

Tercer hecho histórico cierto: Aunque el sepulcro estaba cubierto con una piedra enorme, puesta en la abertura del sepulcro, la Sinagoga fingió creer en una

tentativa de robo del santo Cuerpo por los Apóstoles. Robo que, según ella, tenía por fin el acreditar la impostura de su resurrección, tal como Jesucristo la había predicho en el curso de su vida. La Sinagoga, decimos nosotros, después de haberse asegurado que el cuerpo estaba realmente en el sepulcro, tal como lo habían dejado en la vigilia por la noche—era esta una diligencia elemental que no podía omitir—hizo, en el sábado por la mañana, sellar la piedra, y para no omitir ninguna de las precauciones que la prudencia humana, sobre todo cuando está avivada por la suspicacia, puede sugerir, ninguna de estas precauciones fué omitida, y ante el sepulcro fueron colocados algunos soldados, con la consigna severa, o sea, bajo pena de muerte, de custodiar el sepulcro que les fué confiado.

Cuarto hecho histórico cierto: Tomadas todas estas precauciones, que daban una seguridad completa a los que las habían concertado, he aquí que transcurrida una noche, un día y otra noche... ¡oh maravilla! en la mañana del tercer día, los sellos aparecen rotos, la piedra es tumbada por un ángel, como dice san Mateo, y los guardas están por los suelos, o han tomado la fuga. En cuanto al sepulcro... estaba vacío, y no contenía al Cuerpo. ¿Qué había sido de él? ¿Los apóstoles lo sustrayeron con fraude, o lo arrebataron por fuerza? Ni una cosa ni otra. Tal proyecto no podía entrar en su espíritu; y si hubiese entrado en él ¿cómo lo hubieran ejecutado? Lo hemos dicho en otra instrucción, y lo repetimos en ésta; en ninguna ocasión los apóstoles habían dado pruebas de coraje, y desde la muerte del Maestro, sobre todo, estaban desprovistos, y no pensaban sino en su seguridad personal. A esta imposibilidad moral, suficiente para descartar la hipótesis de una sustracción, se añadía una imposibilidad material absoluta. El sepulcro, tallado en la roca, no era accesible sino por su abertura; pero, esta abertura estaba cerrada con una piedra enorme, acarreada con gran esfuerzo; y esta misma piedra había sido encajada, sujeta

y provista de los sellos del Estado; y por si algo faltaba, los sellos y el sepulcro estaban bajo la custodia de soldados responsables, en su vida, de este depósito con fiado en sus manos..

Pues, ya que el santo Cuerpo no ha sido robado por los Apóstoles ni por algún otro ¿qué hemos de pensar? Sencillamente, podemos afirmar un quinto hecho, con tanta seguridad que los precedentes: Jesucristo ha resucitado, tal como lo había predicho: *Resurrexit sicut dixit*.

Pero ¡qué! Al admitir como cierto el último hecho que acabamos de enunciar, el hecho de la resurrección de Nuestro Señor, ¿no tendríamos otro apoyo que la imposibilidad de la sustracción del santo Cuerpo por los apóstoles, prueba que, a más de ser la única, sería una prueba negativa? No, ciertamente, y las pruebas positivas abundan. Jesucristo resucitado no carece de testimonios. Leed a los cuatro historiadores sagrados, y veréis narradas diez apariciones.

Jesucristo resucitado se aparece a María Magdalena, al lado de la tumba abierta y vacía, glorioso para siempre, por causa del milagro que acaba de verificarse. Es la primera.

Jesucristo resucitado se aparece a las otras santas mujeres, que, en la mañana del domingo, se dirigieron al sepulcro, creyendo encontrar en él, el más rico tesoro que poseían. Es la segunda.

Jesucristo resucitado se aparece a aquél que san Pablo llama Cefas, o sea al mismo san Pedro, cabeza del Colegio apostólico; el cual, en el primer discurso público, dirá a los judíos: El Santo, el Justo, al cual vosotros habéis condenado a muerte, Dios lo ha resucitado, todos podemos dar de ello testimonio. Es la tercera.

Jesucristo resucitado se aparece a los dos discípulos que iban a Emmaús, pueblo que distaba de Jerusalén sesenta estadios. Es preciso leer esta bella relación en el capítulo veinticuatro del evangelista san Lucas. Las palabras del Maestro, el asombro de los discípulos, la

cena en común, el signo auténtico por el cual Jesucristo se da a conocer, todo es descrito. Es la cuarta; pero, prosigamos.

Jesucristo resucitado se aparece en un lugar en el cual todos los apóstoles están reunidos, con excepción de un solo. Es la quinta.

Jesucristo resucitado se aparece a los mismos apóstoles, pero, en esta ocasión santo Tomás está presente, y pronto explicaremos la particularidad de esta aparición que es la sexta.

Jesucristo resucitado se aparece a Pedro, a Tomás, a Nathanael, a Juan, a Santiago el Mayor y a otros dos discípulos en la ribera del mar de Tiberiades. Es la séptima.

Jesucristo resucitado se aparece, no ya a tal o cual apóstol, sino a todos los apóstoles y a todos los discípulos reunidos en número de más de quinientos. Es la octava.

Jesucristo resucitado se aparece a san Jaime el Menor, que fué más tarde obispo de Jerusalén, y que será uno de los primeros en derramar la sangre por su fe. Es la novena.

En fin, a los cuarenta días después de la resurrección gloriosa, estando los apóstoles y discípulos reunidos en el monte de los Olivos en número de más de quinientos, Jesucristo, que allí los condujo, les habló, les bendijo, y se elevó triunfalmente a los cielos. Es la décima y la última de las apariciones referidas en los Evangelios. Y no es dudoso que hubo algunas otras.

¿Qué pensáis sobre todo esto, cristianos? ¿Es bastante convincente? ¡Ah! yo sé bien, que algunos espíritus difíciles en exceso, han visto con extrañeza que Jesucristo no se ha mostrado a la nación judía o al pueblo romano, en las personas de sus representantes oficiales, ya en el Templo, ya en tal o cual plaza pública de Jerusalén. Pero ¿a qué personaje? preguntaré yo con un sabio apologeta. ¿Tal vez a este cobarde gobernador que lo había condenado, contra el dictamen de su con-

ciencia? ¿A este ligero y voluptuoso Herodes, que le había ridiculizado en presencia de toda la corte, y le había tratado de loco? ¿A estos sacerdotes, a estos doctores de la ley, a estos fariseos llenos de odio, que le habían perseguido con sus ultrajes hasta la cruz? ¿A estos judíos ingratos y furiosos, que, colmados de sus beneficios, habían pedido su muerte a gritos, y deseado que su sangre cayera sobre ellos y sobre sus hijos? ¿Acaso merecían estos criminales el favor de una aparición? Sería poco razonable, pretender que Dios ha de conceder sus gracias, en tanto mayor grado cuanto mayor sea la indignidad del hombre, y multiplicar las pruebas de la fe, en el momento en que con mayor obstinación resiste el hombre a ellas¹.

Pero, podemos ir más allá; y prosiguiendo la demostración, solamente esbozada, haremos notar que, más que el número de las apariciones de Jesucristo resucitado, importa considerar las condiciones de las mismas, y el carácter de aquellos a quienes se dirigen.

En cuanto a las condiciones que acompañan a las apariciones, ellas son tales, que el espíritu más exigente no puede dejar de estar satisfecho, y de sentirse presto al asentimiento.

Jesucristo resucitado ¿se aparece siempre en el mismo lugar? No, pues, para alejar de nosotros hasta la sombra de sospecha, le vemos que se aparece junto al sepulcro, en el cenáculo, en Judea, en Galilea, en la ribera de un lago y en la meseta de una montaña. Jesucristo resucitado ¿se aparece, tal vez, en la mis-

1. CARDENAL DE LA LUCERNA. Disertación sobre la verdad de la Religión.—Sobre el mismo tema el italiano Rainieri dice con profundidad: Dios da ciertamente las pruebas suficientes para determinar nuestro asentimiento, a la verdad; pero no está obligado a darnos todas aquellas pruebas que determinarían ciertamente a la voluntad. Porque si por una parte quiere que nuestra fe sea razonable, quiere también que sea meritoria, y no lo sería, ni merecería el nombre de fe si fuese determinada por una plena evidencia. Tom. I, pág. 280.

una hora? No, sino en todas las horas, ya por la mañana, ya en el mediodía, ya por la tarde. Solamente debía de aparecerse por la noche, lo cual no puede ser desfavorable para que creamos en estas apariciones.

Jesucristo resucitado ¿se aparece sólo a una persona, haciendo sospechoso su testimonio, según el adagio que dice: *Testis unus, testis nullus*? No, sino a toda clase de personas, a tal apóstol y tal otro, a tal discípulo y a tal otro, a tal de las santas mujeres y a "tal otra."

Jesucristo resucitado ¿se apareció con un cuerpo ajeno, fantástico o aeriforme? No, sino con un cuerpo sólido y resistente, como lo prueba cada una de las diez apariciones y lo demostraremos sin réplica¹.

Jesucristo resucitado ¿se aparece, además, con un cuerpo humano, verdaderamente organizado, y animado por un alma humana? Sin duda alguna; porque como, bebe, marcha, habla, interroga y responde².

Jesucristo resucitado ¿se aparece con el mismo cuerpo que tenía precedentemente y con el que fué clavado en la cruz? No dudaréis de ello, si os acordáis de lo que Nuestro Señor dijo a sus apóstoles: Mirad mis manos y mis pies, y ved como soy yo mismo³. Aun dudaréis menos cuando recordemos la particularidad relativa al apóstol santo Tomás.

En lo que toca al carácter de aquellos a quienes se dirigen las apariciones, afirmo altamente, que no hay nada más propio, para confirmar la certeza histórica del gran hecho que nos ocupa. ¿Creeréis, tal vez, que los apóstoles aceptarían este hecho con entusiasmo, sin reflexión, sin examen, con los ojos cerrados? Desengañaos, como nota juiciosamente el Doctor Angélico, distaban mucho de tener tal fe: *Non erant corda eorum disposita a hoc, quod de facili fidem resurrectionis acciperent*¹.

1. S. THOM. III, p. 4, LV, art. 6.

2. Ibid.

3. Ibid.

Desde la mañana del día de la Resurrección, las santas mujeres cuentan todo lo que han visto u oído; la piedra volcada, la tumba vacía y el ángel que las dijo: ¿Por qué buscáis aquí al viviente entre los muertos, si no mora aquí, ya que ha resucitado? Los apóstoles no creyeron una palabra de lo que ellas contaron, y las trataron de visionarias: *Et visa sunt ante eos sicut deliramentum verba ista, et non crediderunt illis*. Algunas horas después, María Magdalena hace también su relación: El Señor vive, dice a los apóstoles, lo he visto y me ha dicho estas cosas... *Quia vidi Dominum et haec dixit mihi*... Los apóstoles la dejaron hablar y permanecieron incrédulos: *Et illi audientes quia viveret et vivus esset ab ea, non crediderunt*. A aquellos otros discípulos al volver de su viaje a Emmaus, les falta tiempo para anunciar a los otros discípulos, que han visto al Señor, que le han hablado, que han caminado en su compañía, y se han sentado en la misma mesa. Estos últimos no les creyeron: *Et illi cum non haberent caeteris, nec illis crediderunt*... Es necesario que, a estos otros, Jesús se les aparezca, en una ocasión en que estaban todos reunidos, como leemos en san Lucas, menos para calmar su temor, que para vencer su obstinación, y le diga: Mirad mis manos y mis pies, y no temáis acercaos, tocadme, y daos cuenta que soy de carne y hueso: *Videte manus meas et pedes meos, palpate et videte, quia spiritus carnem et ossa non habet, sicut me videtis habere*... Pero, en el momento en que esta aparición tuvo lugar, Tomás, uno de los once, está ausente. Y cuando volvió, los diez apóstoles favorecidos le dijeron: Hemos visto al Señor: *Vidimus Dominum*. Sabéis de sobra lo restante: Si yo no veo las señales de los clavos en sus manos, respóndeme Tomás, y no ponga mis dedos en los agujeros de sus pies, y no introduzca mi mano en la herida del costado, no creeré. Sabéis también, con qué condescendencia Nuestro Señor se prestó a los deseos del apóstol... ¿Censuraremos a este apóstol, y le juzgaremos

con dureza, por sus exigencias poco respetuosas? Guárdanos bien de ello; su incredulidad, que se ha convertido en proverbial, nos ha valido una de las mejores pruebas de la verdad de la Resurrección. María Magdalena, que creyó muy pronto, dice san Gregorio Grande, no nos ha aprovechado más que santo Tomás dudando largo tiempo: *Minus enim mihi Maria Magdalena praesibit, quae citius credidit, quam Thomas qui diu dubitavit*!

Y ahora, ¿qué falta a la demostración? Nada, pues hay abundancia de pruebas. Y no nos resta sino repetir lo que la Iglesia dice, desde diez y nueve siglos, y que repetirá hasta el fin del mundo: Jesucristo ha resucitado verdaderamente: *Surrexit Dominus vere*...

I. Brev. Rom. in Ascens. Dom. Lect. 7.

SERMON VIGESIMOQUINTO

La resurrección de Jesucristo desde el punto de vista doctrinal

Al tercer día, resucitó de entre los muertos

Necesse fuit Jesum Christum resurgere, ut Dei iustitia ostenderetur... ut fides nostra confirmaretur... ut spes nostra atereatur atque sustentaretur. 6
Catech. Rom. cap. 6

Lo hemos probado en la precedente instrucción con exceso de testimonios: Nuestro Señor ha resucitado... Antes, había sufrido, *passus*; había sido crucificado, *crucifixus*; había sido muerto y enterrado, *mortuus et sepultus*; había descendido a los infernos, es decir, a los Limbos, *descendit ad Inferos*... Pero al tercer día, reuniéndose el alma a su cuerpo, salió glorioso e inmortal del sepulcro: *Tertia die resurrexit a mortuis*... ¿Por qué? ¿Acaso no había dado pruebas suficientes de la divinidad de su misión? ¿Era, pues, necesario que resucitase? Sí, responde el Catecismo Romano siguiendo a santo Tomás¹, y esto por tres razones capitales:

A fin de que la justicia de Dios se manifestase de una manera más sensible: *Ut iustitia Dei ostenderetur*.
A fin de que nuestra fe fuese fortalecida irrevocablemente.

A fin de que nuestra esperanza encontrase en este hecho un alimento y un apoyo.

1. S. Thom. III, p. q. LIII, art. 1.

Explicuemos estas cosas en el mismo orden en que las hemos enunciado. ¡Dios nos ayude con su gracia! Y en primer lugar, era necesario que Nuestro Señor resucitase para hacer más patente la justicia de Dios: *Ut iustitia Dei ostenderetur*.

Sin duda, recordaréis lo que hemos dicho varias veces: Que Jesucristo era verdadero Dios y verdadero hombre; que, con todo, no había en El sino una sola persona, la persona única del Hijo de Dios; y de esto, fácilmente deduciréis que Jesucristo, aun como hombre, no era mortal sino en tanto que quería serlo, y por el tiempo que era de su voluntad, porque su cuerpo y su alma, ambos de naturaleza humana, si es cierto que estaban unidos entre sí, lo estaban aún más a la persona divina que les servía de supuesto, tomando así la vida en la misma fuente de la vida.

Y si Jesucristo murió, porque quería morir, *Oblatus est quia ipse voluit*¹; si murió, no por necesidad, sino por caridad, *Dilexit me et tradidit se ipsum pro me*²; si murió para obedecer a su Padre, *Factus obediens usque ad mortem*³; ¿no tenía el derecho, nato e imprescriptible, de tomar esta vida que había entregado con un fin determinado, cuando este fin estaba logrado? Vayamos más lejos: ¿no era necesario que esta resurrección no fuese un acontecimiento vulgar, sino una resurrección gloriosísima, con la cual borrarse los oprobios de una muerte, más ignominiosa que cruel, una resurrección perfectísima, que excluyese la lanquidez del desfallecimiento y la muerte para siempre? Detengámonos en esto... Antes de la resurrección de Jesucristo, muchos muertos habían sido llamados a la vida: Lázaro, la viuda de Naím y la hija de Jaíro habían resucitado. Después de Jesucristo otros muchos resucitarán, y cada año, en el día once de Noviembre,

1. Isa. c. LIII, v. 7.
2. EPHES. c. V, v. 2.
3. Philip. c. II, v. 8.

la Iglesia nos dice que san Martín obró tres admirables resurrecciones: *Trium mortuorum suscitator magnificus*. Pero, olvidando que estas resurrecciones se efectuaban por medio de una virtud completamente extraña a los que eran objeto de las mismas, ¿no eran resurrecciones imperfectas, como dice santo Tomás, ya que Lázaro y los demás resucitados permanecían tributarios de la muerte, siendo libertados tan sólo de ella transitoriamente, pero no de la necesidad de morir, pues que, un día u otro, debían bajar al sepulcro para no salir de él hasta en el último día del mundo? Pero, en cuanto a Jesucristo era muy diferente: una vez resucitado, la muerte no ejercerá ningún imperio sobre Él. Antes quería morir, ahora ya no lo querrá; había podido morir, ya no lo querrá; murió una vez, ya no morirá; así lo expresa san Pablo y con él toda la teología: *Christus resurgens, jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur*¹... Es decir, si lo interpretamos debidamente, la resurrección de Jesucristo es la más perfecta posible, la más gloriosa posible, porque no sólo le liberta de la muerte presente, sino de la futura, y hasta de la posibilidad de morir²; apareciendo claro que sus enemigos son vencidos, su honor vengado, y la justicia de Dios está satisfecha.

Pero no era suficiente que su honor y la justicia de Dios recibieran satisfacción, era necesario además, que nuestra fe fuese fortalecida de una manera inquebrantable: *Ut fides nostra confirmaretur*.

Para cualquiera que estudie los orígenes de la Iglesia, e investigue las vías por las cuales el Cristianismo se ha substituído, primero al Judaísmo, y después al Politeísmo, tan fuertemente encarnado en la fe y en las prácticas religiosas de los pueblos, aparecerá evidente que el tema más frecuentemente tratado, y con más éxito expuesto, fué la resurrección de Jesucristo.

1. Rom. c. VI.
2. S. THOM.

Leed, si queréis, los Actos de los apóstoles y sus escritos.

Al día siguiente de la ascensión del Salvador, estando reunidos los once y los primeros discípulos, san Pedro se levanta y propone a la asamblea dar un sucesor a Judas, caído del apostolado. ¿Qué motivo indica, para proceder a la elección? No otro, sino tener, en la persona del elegido, otro testimonio autorizado de la resurrección de Jesucristo: *Oportet ex his viris... testem resurrectionis ejus nobiscum fieri*¹.

Ocho días después, se celebraba la Pentecostés, la primera Pentecostés cristiana. Nada hay comparable, ni semejante en los anales de la Iglesia, y podemos añadir, ni en los de la humanidad. Los judíos de Palestina y los de la Dispersión están reunidos en la gran plaza de Jerusalén, o en los alrededores del Cenáculo, en un número que no podríamos evaluar, pero, que era considerable; y Pedro les habla, Pedro, lleno del Espíritu Santo, al cual san Juan Crisóstomo, hablando de este acontecimiento, llama el primer catequista, el primer predicador del Verbo, el gran promulgador de la fe². ¿Qué les dice? "Hombres de Israel, escuchad mis palabras: Jesús de Nazareth, hombre aprobado de Dios por los milagros y por los prodigios que hizo, y al cual vosotros habéis condenado a muerte, y librado en las manos de los impíos, Dios le ha resucitado, y todos nosotros somos testimonios de ello: *Hunc Jesum resuscitavit Deus, cujus omnes nos testes sumus*³.

Más tarde, en el día en que san Pedro, acompañado de san Juan, curó en la puerta del Templo a un hombre paralizado en todos sus miembros, y conocido como tal por toda la ciudad—cada mañana lo colocaban en la Bella-Puerta donde pedía limosna—¿qué dijo el

1. Act. c. I, v. 21.
2. Ap. CORNEL. A LAP. in h. l.
3. Act. c. II, v. 22-23.

Príncipe de los apóstoles a la multitud que se asombraba del prodigio y al Gran-Consejo de la Nación que estaba irritado? Siempre lo mismo y expresado en parecidos términos: Sabello, todos los que me escucháis, como todo el pueblo de Israel. En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, Nazareno, crucificado por vosotros y resucitado por Dios, este hombre ha sido curado, y se mantiene en pie: *In nomine Domini Nostri Jesu Christi Nazareni, quem vos crucifixistis, quem Deus suscitavit a mortuis, in hoc iste astat coram vobis sanus*¹.

No insistamos más; es la resurrección de Jesucristo que san Pedro, en una multitud de circunstancias diferentes, y san Pablo más tarde, en su discurso ante el Areópago de Atenas², en su carta a los romanos³, en su primera carta a los Corintios⁴, en su segunda a Timoteo⁵, y, con san Pedro y san Pablo, todos los demás apóstoles, cuyo testimonio colectivo figura en el cuarto capítulo de los Actos, es la resurrección de Jesucristo y siempre la resurrección de Jesucristo que estos primeros predicadores presentan como la prueba más convincente de la divinidad de Jesucristo. A sus ojos, la resurrección de Jesucristo es la base, el punto central, la bóveda de la Iglesia y el invisible lazo que une todas sus partes.

Y ¿quién no ve cuán justo es este punto de vista? ¿Hay nada más impresionante, no digo ya a la imaginación, sino a la misma razón?

Durante tres años consecutivos, y en una multitud de ocasiones, Jesucristo se presenta como el Hijo de Dios, consubstancial con Dios, igual a Dios y Dios de verdad. Y, en prueba de ello, obra milagros a cente-

1. Ibid. c. IV, v. 10.
2. Ibid. c. XVII.
3. Ibid. c. VIII, v. 34.
4. I Cor. cap. XV, v. 3.
5. II Cor. cap. II, v. 8.
6. In Evang. passim.

nares, la mayor parte de ellos de primer orden¹; pero, aun va más lejos: predice su muerte y el género de su muerte, predice su sepultura y, después de tres días de sepultura, su resurrección². Y, como si esto fuese poco, anuncia que esta resurrección se obrará, no por una fuerza extraña a su persona, sino por una virtud que le es propia, es decir, la obrará El mismo por incorcebbile prodigio³. En fin, como si no contase con todos los otros milagros, quiere que su resurrección sea el solo milagro verdaderamente decisivo, el solo que sea una prueba auténtica de su divinidad. Esta nación perversa, dice, me pide milagros para asegurarse de quien soy yo; y no tendrá otro milagro que aquel del cual el profeta Jonás fué la figura, a saber: que como el profeta Jonás estuvo tres días en el vientre de una ballena, así el Hijo del hombre permanecerá tres días en las entrañas de la tierra, y al tercer día resucitará⁴. Y de la misma manera que se ha predicho, se verifica. Jesucristo estaba muerto, había sido descendido de la cruz, y encerrado en el sepulcro... y al tercer día resucita. Pues, Jesucristo es Hijo de Dios y verdadero Dios. Pues, todo lo que ha dicho y hecho tiene por tintivo la veracidad. Verdadero es el Evangelio que ha predicado; verdaderos los misterios que ha revelado; verdadera la moral que ha promulgado; verdadera la Iglesia que ha fundado, verdaderos los sacramentos que ha instituido. Todo se mantiene, todo se enlaza y que ha instituido. Todo se mantiene, todo se enlaza y encadena, todo es verdadero. Y así, la resurrección de Jesucristo demuestra la verdad de toda la Religión. El Catecismo Romano, pues, cuando advierte al párrafo la necesidad de explicarla con todo ahinco, sabe bien, y no quiere que lo olvidemos, que la Resurrección de Jesucristo viene a ser una recapitulación del Cristianismo.

1. Ibid.
2. MATH. c. XX, v. 19.
3. JOAN. c. X, v. 18.
4. MATH. c. XII.—LUC. c. XI.

Pero, no es la fe sola la que es inquebrantablemente establecida por la resurrección de Jesucristo; la misma esperanza encuentra en ella su apoyo. Es la tercera razón por la cual convenía que Cristo resucitase: *U! spes nostra alevetur atque sustentaretur*.

El objeto de la esperanza es la vida eterna bienaventurada. Pero ¿para quién será esta bienaventuranza? ¿Para el alma solamente? No, ciertamente; sino para todo el hombre y por lo mismo, para su cuerpo y para su alma. Los dos han estado unidos en el trabajo, y es natural que lo estén en la remuneración; es, por otra parte, tan natural que el alma aspire a reunirse al cuerpo que vivificaba.... Pues bien, ella lo tomará. Jesucristo ha resucitado impasible, incorruptible, inmortal y glorioso; pues, también nosotros resucitaremos impasibles, incorruptibles, inmortales y gloriosos como El... Pero, creo adivinar el pensamiento que os preocupa en este momento, y que tal vez formularíais de esta manera: No concebimos claramente como de la resurrección de Jesucristo deducís nuestra resurrección... ¿Habréis, pues, olvidado que, en una de nuestras precedentes instrucciones, decíamos que aunque han existido, existen y existirán tantos hombres, no obstante podemos considerar a la humanidad recapitulada en dos hombres, uno celestial y otro terrestre, uno principio de vida y otro principio de muerte: Jesucristo y Adán? Incorporados a Adán, en virtud de un principio de solidaridad, somos criados mortales y hemos de morir un día, porque el pecado ha entrado en el mundo por Adán, y con el pecado la muerte. Pero, incorporados también a Aquel que es la resurrección y la vida, a Jesucristo, y, por el hecho de esta incorporación, vivificados en su espíritu, hechos participantes de sus cualidades, y hasta de sus derechos, en El y por El renacemos, en El y por el reviviremos. Es la bella teología de san Pablo en su primera carta a los corintios: *Per hominem mors, et per hominem re-*

*surrectio mortuorum; et sicut in Adam omnes moriuntur, ita et in Christo omnes vivificabuntur*¹.

Nosotros, pues, resucitaremos; y así como leemos en el capítulo vigésimo quinto del Génesis, que cuando los dos hijos gemelos de Rebeca salieron del seno materno, salió primero el primogénito, y después el segundo estando éste unido con aquél, y siendo por aquél como traído a la vida, así Jesucristo y nosotros hemos salido del seno de la misma madre, es decir, de las entrañas de la tierra, Jesucristo, primeramente, en su cualidad de primogénito, *primogenitus ex mortuis*², después nosotros, sus hermanos gemelos unidos a El por el pie, es decir, por la parte inferior de su ser, por la naturaleza humana que tiene en común con nosotros.

Y si os place otra comparación, la tomaré también de san Agustín, que, a su vez, la había tomado de san Pablo: Al ver a las generaciones humanas descender, una tras otra, en el seno de la tierra ¿no diríamos que la tierra es un campo inmenso sembrado de cuerpos humanos? ¿Tal vez germinará esta semilla singular? Si, responde san Agustín, la experiencia responde de ello, pues, el principal grano, que es Jesús, ha germinado ya, y no hay duda que los demás granos, teniendo la misma naturaleza, también germinarán: *De uno principali grano datum experimentum*³.

Concluyamos. Este importante asunto, que apenas hemos esbozado hoy, hemos de tratarlo más tarde, con todo el desarrollo que requiere. Pero, antes de terminar, se impone una última reflexión impregnada de reconocimiento: la resurrección de Jesucristo nos es tan provechosa, como es gloriosa para Jesucristo, y las palabras del Príncipe de los apóstoles han de ser la natural acción de gracias de nuestra alma: Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en su

1. Cor. c. XV, v. 22.

2. Apoc. c. I, v. 5.

3. Sermo 361.

gran misericordia nos ha regenerado, y por la resurrección de su Hijo nos ha dado la viva esperanza de una herencia incorruptible: *Benedictus Deus et Pater Domini Nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam, regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in haereditatem incorruptibilem*¹.

1. I PÉRR. c. 1,

SERMON VIGESIMOSEXTO

La Ascensión de Jesucristo

Subió a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre omnipotente.

De Christo Jesu illud etiam fideles sine ulla dubitatione credere oportet, cum, perfecto iam et absoluto redemptionis nostrae mysterio, ut homo est, in coelum, corpore et anima, ascendisse: nam ut Deus est, nunquam ab eo abfuit, ut qui, divinitate sua, loca omnia compleat. *Catech. Rom. cap. 8*

Si consideramos bien todos los actos de Jesucristo, comprenderemos fácilmente, que en toda su vida no hizo sino descender y elevarse. Descendió del cielo al seno de una Virgen, *De coelo venit in uterum*; del seno de una Virgen al pesebre, *De utero in praesepe*; del pesebre a la cruz, *De praesepe in crucem*; de la cruz al sepulcro, *De cruce in sepulcrum*. No podía descender más, pero ahora se eleva: del sepulcro sube al cielo; y en el cielo, se eleva hasta la derecha de Dios Padre omnipotente: *De sepulcro redit in coelum*¹...

Le hemos seguido paso a paso en su descenso; le seguiremos ahora con no menor diligencia, y, si nos es posible, con mayor afecto, cuando se eleva. Este es el asunto de la presente instrucción. ¡Dios nos ayude con su gracia.

Nuestro Señor había salido inmortal y glorioso del sepulcro. A partir de este día dichoso, no había cesa-

1. Ap. CORNEL. A LAP. in cap. 1. Act.

do de aparecerse a sus apóstoles y de conversar con ellos, para acabar de instruirles y hacerles más aptos para la gran misión que les había confiado. Todo estaba hecho, y había llegado el momento de volver hacia su Padre como El mismo lo había predicho: *Ascendite Patrem meum*¹. ¿Por qué no permanecía más tiempo con sus redimidos? ¿Por qué iba a privarnos de su dulce presencia? ¿Qué motivo tan poderoso le llamaba al cielo?... Pero, no juzguemos las cosas de Dios según nuestros pensamientos tan sujetos a error. Desde que Jesucristo resucitó, no convenía ya que permitiese en esta tierra tenebrosa, lugar de destierro y de mortalidad; no, la tierra no era un lugar digno de él. Mientras Jesucristo era mortal, su lugar natural era entre los mortales; pero cuando adquirió una vida nueva, vida que ya no debía quitar, *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur*², fue preciso que a su humanidad glorificada, en adelante impenetrable, se juntase la pura y divina luz de los cielos, esplendor natural de la divinidad, y que aquella santa humanidad presidiese a la universal sociedad de los ángeles.

Era necesario también, que este Rey poderoso, vencedor de la muerte y del infierno, triunfase proporcionalmente a sus grandes empresas. Y este triunfo, vuelvo a repetirlo, exigido por la más estricta justicia, ¿no convenía que se manifestase donde podía ser más completo, es decir, en el cielo? Escuchemos, sobre este punto a Bosuet: Así como un príncipe, que ha emprendido una gran guerra contra una nación extranjera, deja por algún tiempo a su reino, para combatir al enemigo en su propio país, y una vez terminada la expedición entra triunfalmente en su propia capital, llevando en pos de sí los despojos del pueblo vencido; así también: el Hijo de Dios, nuestro rey, queriendo destruir el reino del demonio, el cual, por una insolente usurpación, se había declarado rey de este mundo, descendió El

1. JOAN. c. XX, v. 17.
2. ROM. c. IV, v. 6.

nismo a la tierra para vencer a este irreconciliable enemigo; y después de haberlo desposeído de su trono, con armas, que en otras manos que en las de Dios habrían sido la misma impotencia, volvió triunfante al Cielo, lugar de su origen y sede principal de su reino¹.

Ya lo veis, pues, cristianos, Jesucristo debía volver al cielo de donde había venido, y, en efecto, volvió allí. Leed el relato de los evangelistas y sobre todo el primer capítulo menos resumido de los Actos. ¡Ah! yo querria que tuvieseis comodidad para consultar nuestros grandes comentadores...

Jesucristo sube al cielo, no como en otro tiempo Enoch o Elías, con la ayuda de un auxilio sobrehumano, sino por medio de un poder propio: por un poder que emana, a la vez, de su divinidad y de su humanidad glorificada².

Jesucristo sube al cielo en presencia de sus apóstoles y discípulos, en número de quinientos, reunidos en el monte de los Olivos; claramente entienden sus palabras, y ven como los bendice³.

Jesucristo sube al cielo, no en un instante y como llevado en vuelo rápido por una fuerza superior e irresistible, sino lentamente, majestuosamente, con un movimiento progresivo, tal como conviene al Señor; digamos también que, de esta manera, no contrariaba tan duramente los deseos de los apóstoles, ávidos de verle hasta el último momento, y que le miraron hasta que estuvo envuelto en una nube luminosa⁴.

Jesucristo sube al cielo pero no sube sólo; no habéis olvidado lo que hemos dicho precedentemente de su glorioso descenso al Limbo, ni el anuncio, dado a las al-

1. Sermón sobre el misterio de la Ascensión.
2. S. THOM. *Christus ascendit in coelum propria virtute, primo quidem virtute divina, secundo virtute anime gloriificatae movens corpus prout vult*. III, p. q. LIII, art. 3.
3. MARC. c. XVI; LUC. c. XXIV.—Act. 65, c. 1.
4. *Elevatus ergo a se suaque virtute per dotem agilitatis, idque sensim et pedetentim, ut dicitur pasceret oculos discipulorum intuentium*. Cornel. a Lap. in cap. I, Act.

mas santas, anunciándolas su liberación próxima. Pues, después de tantos siglos que habitaban en este lugar inferior, Jesucristo, en el día de su Ascensión, las arrastró consigo, cautivas también ciertamente, pero, cautivas ahora del amor al divino Redentor que las beatificaba. Tal es, según un gran Papa¹, el sentido de estas palabras de san Pablo, tomadas casi literalmente del salmo sesenta y siete de David: *Ascendens in coelum, captivam duxit captivitatem*².

En fin, Jesucristo subió a los cielos de la manera más adecuada, es decir, como Rey, y como vencedor de la muerte y del infierno. ¡Cuán bella era esta ascensión para aquellos que la contemplaban desde la tierra! Pero ¡cuánto más bella era vista desde el cielo, en el momento en que el Triunfador entró allí! Todas las esferas se inclinan, todos los cielos y el Cielo de los cielos se entreabre, todos los ángeles vienen a su encuentro cantando alternativamente.—Unos dicen: Príncipe de los eternos tabernáculos abridnos las puertas a toda su anchura, y dejad pasar al Rey de la gloria.—Otros responden: ¡Quién es el Rey de la gloria: *Quis est iste Rex gloriæ*?—A lo que responden los primeros: Es el Dios fuerte, el Dios omnipotente, poderoso en las batallas: *Dominus fortis et potens*; *Dominus potens in praelio*³. ¡Oh Ascensión! ¡Oh triunfo! ¡Oh día sin igual en el transcurso de los siglos! Reducidos como estamos a expresar en lenguaje humano lo que excede infinitamente a nuestra inteligencia, tomemos al menos, de los Libros santos un tema de comparación que nos dejará entrever alguna cosa de las realidades celestiales.

Cuando David, después de haber vencido a los amalecitas, tomándoles un inmenso botín, volvió a Jerusalén con una multitud de cautivos, que debían servir para su triunfo, en todas partes se le aclamaba diciendo:

1. BENEDICTO XIV.
2. EFES. c. IV, v. 8.
3. PSALM. XXIII.

do: He aquí el botín de David: *Haec est praeda David*. Así, cuando Jesucristo entró en el cielo exclamaron los ángeles a la vista de la multitud de almas rescatadas que le seguían, y del vencimiento de las potencias infernales: He aquí el botín de nuestro Rey Jesús; he aquí los despojos tomados a sus enemigos y los trofeos de su victoria: *Quaecumque repuerant, omnia reduunt David, et minavit ante faciem suam; dixeruntque: haec est praeda David*¹.

Jesucristo, pues, subió al Cielo, *ascendit in coelum*. Era la primera verdad que debíamos explicar. Pero ¿qué lugar ocupa en él?

Todos los símbolos son unánimes en este punto, no solamente en cuanto a la cosa misma, la cual forma parte del depósito de la fe, sino en lo que se refiere a la manera de expresarla: Jesucristo subió al cielo, y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso: *Ascendit in coelum, sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis*².

Jesucristo está sentado. ¿Cómo lo hemos de entender? ¿Está sentado en el sentido propio de la palabra, como vosotros y yo lo estamos en este momento en estos bancos y en este púpito? No, ciertamente; este sentido tiene aquí un sentido metafórico, y casi tan usado como el literal. Así, de un hombre rico, si es pródigo en la gestión de sus negocios, decimos que tiene la fortuna bien asentada; de un rey que tiene a su servicio un ejército considerable, buenas alianzas y, lo que vale más, la afección de su pueblo, decimos que está firmemente sentado en su trono. Pues bien, en el mismo sentido figurado decimos de Jesucristo que está sentado, *sedet*, y significamos con esto que está en el cielo como en el lugar propio de su reposo y de su gloria. Este reposo y esta gloria, y por ello hemos de alabar a Dios, no puede sufrir ningún eclipse, ni el trono

1. REG. c. XXX, v. 20.
2. Símb. de los Apos.—de Nicea.—de S. Atan.

Jesucristo está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso: *Ad dexteram Dei Patris omnipotentis...*

piens et propria non amittens, como dice san León².

resucito de entre los muertos, y lo ascendió a su dextera en el cielo, por encima de los principados, de los

1. **PSALM. II.**
2. **Brev. Rom.** in fest. Circ. lec. 6.
3. **EPH. c. III.**
4. **S. THOM. II,** p. q. LVIII, art. 1, 2, 3.

sed etiam in futuro, et omnia subiecti sub pedibus ejus.

presarse, esta alta situacion para derramar sus

propia, tenemos allí un mediador: *Unus mediator D*

2. *Gen. c. XXXVII*, v. 27. 3. *Ibid. c. XLVII*.
4. *Ap. Granada* tomo 4 de Sermónes.

*et hominum, homo Christus Jesus*¹... un mediador en el sentido más absoluto de la palabra, y ¿quién mejor que un Hombre-Dios podía acercar y juntar estos dos extremos, Dios irritado y el hombre culpable?... un mediador muy activo, siempre en ejercicio, y que, según otra palabra de san Pablo, parece no tener otro fin, ni otra razón de ser en su existencia en el cielo, que interceder sin cesar en nuestro favor: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*²... un mediador muy escuchado, muy autorizado, del cual san Juan, escribiendo a los primeros fieles, decía: Hijos míos, os digo estas cosas, a fin de que no pequéis; pero si, con todo, alguno peca, recuerde que tenemos por abogado, cerca del Padre, a Jesucristo, el Justo por excelencia: *Advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum, Justum*³... tenemos, pues, un mediador muy autorizado y muy escuchado, que no ruega solamente, como dice Bosuet, para que se nos conceda misericordia, sino que exige que se nos dispense la misericordia⁴. ¿De qué manera? ¿Qué lenguaje y qué recursos emplea este abogado sin par? Solamente este: se muestra: *Apparet vultui Dei pro nobis*⁵, se muestra a Dios con sus manos y con sus pies atravesados, con su costado abierto, en fin, con todas sus llagas que guardará siempre en su carne glorificada, como la prueba viviente del sacrificio sangriento que ha ofrecido por nosotros, del precio infinito que ha pagado, y de los méritos infinitos que ha adquirido, pero que ha hecho nuestros por substitución.

Es decir, en el cielo en cuanto a Dios y Hombre, Jesucristo no es simplemente un hermano, ni simplemente un mediador; es un Pontífice: *Habentes ergo pontificem magnum qui penetravit coelos, Jesum Filium Dei*⁶...

1. I TIM. c. II, v. 2.
2. HEH. c. VII, v. 25.
3. I JOAN. c. II, v. 1.
4. Serm. sobre la Asc.
5. HEH. c. IX, v. 24.
6. HEH. c. IX, v. 24.

El Pontífice que ha entrado en el verdadero Santo de los santos, es decir, en el cielo y no en virtud de una sangre extranjera, sino en virtud de su propia sangre: *Néque per sanguinem hircorum et vitulorum, sed per proprium sanguinem introivit*¹... un Pontífice que no habiendo sacrificado sino una vez, ha satisfecho con esto por todos los pecados pasados, presentes y futuros, y ha encontrado, por medio de esta única inmolación, siempre renovada, el secreto de una redención que no se agotará jamás: *Introivit semel in sancta, aeterna redemptione inventa*²... un Pontífice, en fin, tal como nos convenía: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y más elevado que los cielos; dado a la manera: un Pontífice que no debiendo nada a la justicia divina, gozase de tal crédito cerca de Dios Padre, que sus súplicas fuesen siempre oídas: *Talis enim decebat ut noster esset Pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus et excelsior coelis factus, qui non habet necessitatem prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populo*³...

Pero es necesario que concluyamos.

¡Oh Jesús, que habéis subido al cielo como vencedor! ¡Oh Jesús, que habéis subido al cielo como vencedor de la muerte y del infierno! ¡Oh Jesús, sentado a la diestra de Dios Padre, sobre un trono de gloria de duración eterna! ¡Oh Jesús, hermano misericordioso, verdadero José de la Nueva Alianza! ¡Oh Jesús, el más autorizado de los mediadores, el más acreditado de los abogados, el más santo de los pontífices, asistidos, interceded por nosotros, elevados hasta vos... que nosotros corremos a vuestro lado, atraídos por el olor de vuestros perfumes: *Trahit nos post te, curramus in odorem unguentorum tuorum*⁴.

1. HEH. c. IX, v. 12.—2. Ibid. Luis de Granada expresa el mismo pensamiento en estos términos: Jesucristo Nuestro Señor, una vez entrado en el Santo de los santos, no ha salido de él, y la misa que allí ha empezado no ha concluido y no concluirá sino en el último día del mundo. Tomo de sermones.—3. Ibid.
4. Brev. Rom. in oct. Asc. Lec. 8.

SERMON VIGESIMOSEPTIMO

Ascensión de Jesucristo. Nuevos beneficios

*Subió a los cielos, y está sentado a la derecha de Dios
Padre omnipotente.*

Hanc celestem munera admira-
bilen copiam, salutaris alia commo-
dorum series consequuta est.
Catech. Rom. cap. 7

Glorioso para Nuestro Señor y muy saludable para nosotros: tal nos ha parecido, en la precedente instrucción, el misterio de la Ascensión.

Pero, el tema no está agotado. Y, por lo que a los hombres toca, podemos considerar aún, otros beneficios que provienen de este misterio.

En tres palabras, el Catecismo Romano los resume, y nos convida a apreciarlos.

Por la Ascensión de Jesucristo:

La fe viene a ser más meritoria: *Primum enim fidei nostrae merito maximus annulus accessit.*

La esperanza es singularmente robustecida: *Christi in coelum ascensus, ad confirmandam spem magnum momentum habet.*

La misma caridad se acrecienta, y toma nuevo vñeic hacia el cielo: *Hoc quoque beneficium consecuti sumus: quod amorem nostrum ad coelum rapuit, ac dirigit Spiritu inflammavit*¹.

1. Santo Tomás enseña lo mismo y en términos semejan-
tes. III p. q. LVII, art. 1 y 6.—Muchas veces en el curso de esta
obra, hemos tenido ocasión de observar que entre el Catecís-

Hemos indicado el plan de nuestra instrucción. ¡Dios nos ayude con su gracia!...

El príncipe de la teología, santo Tomás, dice que la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo a los cielos aunque tuvo el efecto material de substraérnoslo para siempre a nuestra vista, nos procuró muchas más ventajas que nos hubiera procurado su presencia corporal sobre la tierra: *Ipsa Ascensio Christi in coelum, quae corporalem suam praesentiam nobis subtrahit, magis fuit utilis nobis quam praesentia corporalis fuisset*¹. A primera vista, ciertamente, hay aquí una enseñanza capaz de asombrarnos. ¿Cómo podéis, gran Doctor, sostener que la ausencia de Jesucristo nos es más provechosa que su presencia? ¿Quién no ha envidiado alguna vez la condición privilegiada de los apóstoles y de sus contemporáneos? Veían a Jesús con sus ojos, lo tocaban con sus manos, lo escuchaban con sus oídos, recogían ávidamente las palabras que brotaban de sus labios, y eran los dichos testigos de sus milagros. En una ocasión, es una multitud la que acude hacia Jesucristo clamando: *Volumus Jesum videre*². Otro día, es la hemorroísa, enferma desde doce años, que se dijo interiormente: Si puedo solamente tocar la franja de su vestido, curaré; y lo hizo, y al momento fué curada: *Et salva facta est mulier in illa hora*². El Evangelio está lleno de rasgos semejantes. Si Jesucristo hubiese permanecido en la tierra, derramando siempre beneficios, y actuando los dones que provienen de su glorificación, hubiera alegrado al mundo con su presencia. Como en otro tiempo, el Macedonia a san Pablo,

mo Romano y la Suma Teológica hay una conformidad perfecta no sólo en cuanto a la doctrina sino también en cuanto al modo de expresarla. Nada tiene de extraño, si recordamos que de los actuales redactores del Catecismo Romano, tres eran dominicanos, y por lo mismo, hemos de creer, llenos de la doctrina del Dr. Angélico.

1. III p. q. LVII, art. 1.
2. Joan. c. XII, c. 21.

con más razón todavía, cada región del globo terrestre sometida a Jesucristo, habría exclamado: Venid, venid a nosotros!... Y no consideramos que razonando de esta suerte, obedecemos a un sentimiento natural, demasiado humano, y que desde el punto de vista de la fe, que es el que debe preocuparnos aquí, es de menor mérito. Sin duda alguna, entre los contemporáneos de Jesús, muchos hubo que creyeron en las verdades que les proponía; todos ellos podían y debían creer en Él; pero ¡cuán fácil era para ellos la fe! Como acabamos de decir, veían en su persona, en su vida y en sus milagros, motivos de credibilidad que entraban por los sentidos. Vale más, en lo que toca a la fe, creer sin ver, que creer y ver. Vale más creer en las enseñanzas de la Iglesia, que ver a Aquél del cual ellas las tiene. Recuerda réis fácilmente que Jesucristo se dirigió a santo Tomás, y sabéis también las exigencias de este apóstol: incrédulo, y las condiciones que imponía a su fe: quiere ver para creer, y no satisfaciéndose con esto, quiere tocar y poner sus dedos en los agujeros de los pies y de las manos del Crucificado; quiere por último, entrar la mano en la abertura ancha y profunda que abrió la lanza del soldado. De lo contrario, no creerá. Y Jesús se prestó a sus deseos, pero, santo Tomás necesitaba una lección que podemos también explicarnos nosotros: Tomás, dice Jesús, tú has creído porque has visto... como si le hubiese dicho: verdaderamente tu fe ha sido poco generosa, y no puedo felicitarte por ella; bienaventurados los que no han visto y han creído como si hubieran visto: *Quia vidisti me, Thomas, creditisti; beati qui non viderunt et crediderunt*?

Pero, no es sólo la fe la virtud que se robustece en la ausencia de Jesucristo. La segunda virtud teológica, la esperanza, saca también de ella su fruto especial, y,

1. ACR. c. XVI, v. 9.
2. JOAN. c. XX, v. 29.—Quia ibi fides majus habet meritum, ubi humana ratio non praebet experimentum. S. Greg. apud Corn. a Lap. in h. l.

por esto Bosuet puede decir dirigiéndose a Nuestro Señor: En el día en que nos habéis dejado para subir al cielo, nos habéis defraudado en lo sensible, para fortalecer nuestra esperanza!

Para demostrarlo, recordaremos, a fin de que sirva de base a nuestra enseñanza, el hecho de la Ascensión; tal como es referido por los historiadores sagrados: *Et Dominus quidem Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in coelum et sedet a dextris Dei*?

Traduzcamos este texto: Pero, estando acabada la obra para la cual había venido al mundo, Jesucristo subió a los cielos, donde está sentado a la diestra de Dios. Así se expresa san Marcos. El evangelista san Lucas añade una particularidad muy significativa para ser omitida: *Et benedixit eis, et dum benediceret, ferebatur in coelum*?. Los bendecía, y, al mismo tiempo, subía al cielo.

Jesús subía al cielo y mientras tanto bendecía al mundo en la persona de sus discípulos... ¿qué decimos? Jesús toma posesión del cielo, no ciertamente como Dios, pues, como hemos dicho, Jesucristo como Dios no ha dejado nunca el cielo, ya que está en todo lugar, y en esta cualidad, entra allí, no tanto en posesión de un bien

1. Sermón sobre el misterio de la Ascensión.
2. LUC. c. XXIV, v. 51.
3. LUC. c. XXIV, v. 51.
4. Ascendit ad Patrem per id quod homo erat, manserat in Patre per id quod Deus erat san August.—Menos conciso que san Agustín, san Gregorio papa es también admirable en la interpretación que da de la parábola de los talentos: El viajero que figura en ella es Jesucristo en su Ascensión; y porque la carne que ha tomado de nosotros se elevó de la tierra, que es su lugar propio, hasta el cielo, que es el mundo de los espíritus, con razón se dice que Jesucristo parte para un lugar extranjero. Citemos este texto: Quis itaque iste homo est, qui peregre proficiscitur, nisi Redemptor noster, qui in ea carne quam assumpsit abit in coelum? Carnis enim locus terra est; quae quasi ad peregrina ducitur, dum per Redemptorem nostrum in coelo collocatur.

propio, cuanto en virtud de sus méritos, o sea, por derecho de conquista. ¿Quién nos explicará este misterio? ¿Quién nos dirá sobre todo los derechos que provienen a la humanidad, considerada en conjunto, de la glorificación de Aquél que es su cabeza?

¿Quién nos lo dirá? El mismo san Pablo que, entre todos los apóstoles, es el que ha visto y ha expresado mejor las consecuencias de la Redención, y las ventajías inmensas que tenemos el derecho de esperar por ella. En su epístola a los Hebreos nos dice que Jesucristo entró en el cielo como precursor nuestro: *Præcursor pro nobis introivit Jesus*¹. ¡Jesucristo nuestro precursor! Esto supone un séquito como el destacamento supone, y a poca distancia, el grueso del ejército.

¿Quién nos lo dirá aún? Los grandes doctores de la Iglesia, y con un lenguaje sólo superado por la grandeza del tema. Escuchémoslos.

Ya que la cabeza está en el cielo, no hay duda que los miembros se juntarán a ella: *Capitis præcesio spes membrorum est* (san Agustín).

El día en que Jesucristo subió al cielo, entraron con El las primicias de la humanidad. El resto entrará a su tiempo: *Hodie nostræ primitiæ Christus ascendit* (san Juan Crisóstomo).

A los que Satanás, enemigo infernal de nuestra raza, ha causado la ruina, Jesucristo los ha hecho un solo cuerpo con El, y los ha colocado a la diestra del Padre: *Quos virulentus inimicus primi habitaculi felicitate deiecit, eos sibi corporatos Dei Filius ad dexteram Patris collocavit* (san León).

La precedente instrucción nos ha hecho asistir a la entrada triunfal del Redentor en el cielo; allí hemos escuchado los cánticos alternados de los espíritus celestes, de los cuales decían: Príncipes del cielo, abridnos las puertas, y vosotras, puertas del cielo, ensanchaos para que entre el Rey de la gloria; a lo cual otros

1. HEB. V. VI, v. 20.

respondían: ¿Quién es este Rey de la gloria: *Quis est iste Rex gloriæ*?... ¡Ah! con razón, dice san Gregorio de Niza los ángeles son invitados a abrir del todo las puertas del cielo, de las cuales son los guardianes, porque en el día en que el Rey de la gloria, Jesucristo, subió al cielo, no entró allí solo, sino que el mundo entero, recapitulado en su persona, entró allí también: *Qui summum omnia in se collegit, et pristinum in statum cuncta restituit, ipse est Rex gloriæ*¹.

Acudamos también a la arqueología cristiana, para que aporte su testimonio:

En las catacumbas de Roma, dice un eminente escritor muy competente, hay una pintura que se encuentra sobre todo en la catacumba de santa Inés, y que representa a Jesús, en hábito de pastor, llevando una oveja sobre sus espaldas y remontándose hacia el cielo... ¡Cuán elocuente es esta pintura en su mismo silencio! Expresa el misterio de Jesucristo, el misterio del Verbo eterno, que habiendo venido a la tierra y tomando una oveja de nuestro rebaño, es decir, un cuerpo y un alma humanas unidas con El con unión personal, llevó consigo a esta misma humanidad, divinizada por El, y la hizo sentar en lo más alto de los cielos, para que permaneciese allí por los siglos de los siglos: *Conversavit nos, et consedere fecit in coelestibus*... Así habla san Pablo, siendo de notar, como lo hacen los comentadores, que el verbo está en tiempo pretérito, expresando una acción ya hecha, bien que signifique una realidad futura; tan indudable es que se verificará.

¡Oh santa esperanza del cielo! Permanezcamos invitados en Jesucristo, incorporados a Jesucristo; vivamos de su vida, recibamos y guardemos su gracia por medio de los sacramentos que la confieren o aumen-

1. Haec omnia ap. Brev. Rom. vel die Ascens. Dom. vel in octava.—Sto. Tomás dice en los mismos términos de san Agustín: Quia ipse est caput nostrum, oportet illuc sequi membra quo caput præcessit. III p. q. LVII, art. 6.

2. EPH. c. II, v. 6.

tan... Con esta condición tenemos asegurado el cielo, con tanta certeza como si le poseyéremos.

En fin, y para completar nuestra enseñanza: con la fe y con la esperanza, la caridad, es decir, nuestro amor a Dios y a todas las cosas por Dios, beneficia también de la ascensión de Jesucristo al cielo. Ya lo he dejado entrever desde el principio de esta instrucción: a Jesucristo, habitando corporalmente sobre la tierra, lo hubiéramos amado, sin duda alguna, pero con un amor demasiado humano y poco meritorio. La humanidad en todo tiempo ha sido semejante. En la misma época de Jesucristo, los judíos más rectos seguían a Jesús, o porque obraba prodigios que les admiraban: *Judei signa petunt*¹, o bien porque les procuraba, según su necesidad, ciertas ventajas temporales. De ello vemos que se quejó un día Nuestro Señor: Vosotros me seguís, dijo, no precisamente por los milagros que hago, sino por los panes que os he dado—esto lo decía en el día que siguió a la multiplicación de los panes en el desierto—y de los que os habéis saciado: *Queritis me, non quia vidistis signa, sed quia manducastis ex panibus, et saturati estis*². Si Jesús hubiese continuado su presencia en la tierra, no lo hubiéramos amado, con raras excepciones, con un amor más desinteresado que los antiguos judíos. Por esto se fué a los cielos. Y, como consecuencia necesaria de esta ausencia, nuestro amor se ha depurado, y el alma cristiana, más espiritualizada, ha tomado una dirección más pronunciada hacia el Divino Maestro³, no solamente como hombre, sino sobre todo como Dios, y como Hijo de Dios sentado a la diestra del Padre. Desde este momento, una virtud completamente desconocida, hasta en el pueblo elegido por Dios, empezó a florecer sobre la tierra, y san Pablo pudo decir: Deseo que la muerte rompa mis lazos, pa-

1. COR. c. I, v. 22.

2. JOAN. c. VI, v. 26.

3. Per Christi Ascensionem mens nostra movetur in ipsum. S. THOMAS, III, p. q. I.VII, a. 6.

ra ir a Cristo: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo*¹; y en su carta a los romanos: ¿Quién me separará del amor a Cristo Jesús? Será la aflicción o el hambre o cualquier otra privación? No. Serán los peligros que por todas partes me rodean, o la espada de la persecución, siempre levantada sobre mí? No. ¿Qué es, pues, lo que me separará de Él? Nada; ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni los principados, ni las potencias, ni las cosas presentes o futuras, ni la violencia, ni lo que está en alto, ni lo que está bajo, ninguna criatura, nada absolutamente podrá separarme de Aquél que es mi Dios y mi Rey, Cristo Jesús². También san Ignacio mártir exclama: Yo no deseo cosa alguna de las que veo, para poder encontrar con mayor seguridad, a Cristo Jesús, al cual no veo: *Nihil de his quae videntur, desiderans, ut Jesum Christum inveniam*. Fuego, cruz, bestias, quebrantamiento de huesos, dispersion de mis miembros, trituración de todo mi cuerpo, todos los tormentos que el diablo puede inventar, caed sobre mí, con tal que posea a Jesús Nuestro Señor, y goce de Él: *Ignis, crux, bestiae, contritio ossium, membrorum divisio, et totius corporis contritio, et tota tormenta diaboli in me veniant; tantum ut Christo fruor*³... Fatiga solicítadores, el pagano de Roma decía: Oh campaña florida y silenciosa ¿cuándo te veré? *O rus, quando te aspiciam?* Las aspiraciones del hombre en el mundo anhelan no irán más allá; pero privado de Jesús, su verdadero y único tesoro, el cristiano exclama en su ausencia: ¡Cuán miserable me parece la tierra, cuando contempló el cielo: *Quam sordet tellus, cum coelum aspicio*... Y porque el cielo es tan bello y tan envidiable, sobre todo después que está allí Cristo y desde allí nos llama, y porque, según la enérgica y autorizada palabra de san Agustín, el orgullo, la avaricia o la lu-

1. PHIL. c. I, v. 23.

2. ROM. c. VIII, v. 35, 38, 39.

3. Brev. Rom. Die prim. Februar. lect. 6.

juría no van en compañía de Cristo: *Quia cum Christo non ascendit superbia, neque avaritia, neque luxuria*, y subir hacia el celeste médico, que vino para curarnos de ellos: *Nullum vitium nostrum ascendit cum medico nostro*¹... por estas razones, habían siempre en el seno de la humanidad revivificada por Nuestro Señor, prodigios de humildad, de abnegación, de renunciamento, de castidad y de heroísmo en todas sus formas: hombres, mujeres, vírgenes y hasta niños, enamorados y como enebriagados por Jesucristo, que dirán, como san Pablo: Todo es como nada y menos que nada, comparado al altísimo conocimiento de Jesús, mi Maestro; riquezas, honores, placeres ¡qué basura todo!... el solo bien envidiable, la única ganancia apetecible es Jesucristo: *Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei, propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrificam*!

¡Oh Señor Jesús! En los días de vuestra vida mortal, deciais: Os es conveniente que yo me vaya: *Expe-dit vobis ut ego vadam*²; pero, los apóstoles no os comprendieron, y nosotros no os hubiéramos comprendido mejor. Y después que os habéis ido, y que el divino Raceto, el Espíritu Santo, ha sido enviado por vos, ¡tái como lo habiais prometido, ellos han comprendido y nosotros comprendemos la verdad de vuestras palabras! Ahora comprendemos los bienes inestimables, inmensos y casi infinitos que nos vienen de vuestra ascensión: nuestra fe hecha más meritoria, nuestra esperanza fortificada y próxima a alcanzar la realidad, nuestro amor en que, puestos en posesión de su objeto, hasta el día-tros deseos quedarán satisfechos.

1. Brev. Rom. Dom. intra Octav. Ascen. Lect. 4.
2. Joan. c. XVI, v. 7.

SERMON VIGESIMOCTAVO

El Juicio de los vivos y de los muertos por Jesucristo
Desde allí ha de venir para juzgar a los vivos y a los muertos

Sacrae Litterae duos Filii Dei ad-
 ventus esse testantur: alterum, cum
 salutis nostrae carnem assumpsit, et
 homo in Virginis utero effectus est;
 alterum, cum in consummatione saeculi
 ad iudicandos omnes homines ve-
 nit.

Catech. Rom. cap. 8

Aunque nos proponemos tratar con alguna extensión, en la última serie de nuestras instrucciones sobre el Símbolo, del Juicio final, de las razones que lo exigen y de las circunstancias que lo precederán, lo acompañarán y lo seguirán; no obstante, para no pasar hoy en silencio el séptimo artículo de nuestra fe, diremos quien será el Juez en este día terrible y las razones por la cuales lo será. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Es una verdad de fe que, en el día último del mundo, el Juez supremo de los vivos y de los muertos no será ni Dios Padre omnipotente, ni la tercera persona de la Santísima Trinidad, o el Espíritu Santo, ni el mismo Hijo de Dios, en cuanto Dios, sino el Hijo de Dios en cuanto hombre, o sea: el Hombre-Dios, Jesucristo.

Las santas Escrituras lo dicen: Leed, con la atención debida, el capítulo vigésimoquinto del Evangelio según san Mateo, y veréis que el mismo Hijo de Dios vendrá sobre las nubes del cielo, acompañado de sus ángeles, con gran poder y majestad; que se sentará en

un trono de gloria, y reinará, en torno suyo, a todos los pueblos de la tierra; que separará los buenos de los malos, como un pastor separa las ovejas de los machos cabríos; que pronunciará la sentencia final, la cual será seguida de inmediata ejecución; a los unos dirá: Venid, benditos de mi Padre, para poseer el reino, que os ha sido preparado... a los otros: Id, malditos, al fuego eterno!...

También lo leemos en el libro de los Actos. En el día de la Ascensión, cuando los apóstoles no veían ya a Jesús sino a una nube luminosa que lo ocultaba a sus miradas aparecen dos ángeles e interpeándoles, les dicen: Hombres de Galilea ¿porqué permanecéis aquí con la vista dirigida al cielo? Este Jesús que habéis visto subir, volverá de la misma manera, esto es: en cuerpo y alma, en Hombre-Dios¹. Y en el capítulo décimo del mismo libro, cuando san Pedro dirige su primer sermón a la gentilidad representada por el centurión Cornelio, narra sucesivamente la vida, la muerte y la resurrección del Salvador, y añade: Jesús nos ordenó predicar al pueblo, y dar testimonio de que El mismo ha sido constituido por Dios juez de los vivos y de los muertos: *Et praecepit nobis praedicare populo et testificari quia ipse est a Deo iudex vivorum et mortuorum*².

En fin, también lo vemos en distintos lugares de las epístolas de san Pablo. A los hebreos, el Apóstol escribe: Jesús ha venido por primera vez, para expiar los pecados del mundo, y otra vez, vendrá para juzgar a los pecadores y recompensar a los justos³. A los corintios les dice: En el día decretado por Dios, todos deberemos comparecer ante el tribunal de Jesucristo, para que cada cual reciba lo debido, según las buenas o malas obras que hizo, cuando estaba reves-

1. MARTH. c. XXV.
2. ACT. c. 1.
3. Ibid.
4. HEB. c. IX.

tido de su cuerpo. Notemos esta particularidad: *Omnibus manifestari oportet ante tribunal Christi, ut referat unusquisque propria corporis, prout gessit, sive hominum... sive malorum*¹.

Pero ¿podemos averiguar la causa de este hecho? ¿Por qué, en el último día, el juez supremo de los vivos y de los muertos será precisamente Jesucristo? ¿Por qué Jesucristo, y no Dios Padre, o el Espíritu Santo, pues la divinidad que poseen plenamente, les constituye jueces naturales del hombre? En fin, ¿por qué ha de ser Jesucristo, es decir, el Hijo de Dios, no sólo como tal, sino en cuanto es hombre, o como el Hombre-Dios?

Para comprenderlo, o, sino queremos escrutar el fondo del misterio, para entreverlo solamente, no perdamos de vista un sólo instante lo que es Jesucristo respecto de nosotros, no ya en cuanto a Dios, sino en cuanto hombre.

Al Hijo de Dios hecho hombre, al Hombre-Dios, a Jesucristo, los escritores sagrados, y principalmente san Pablo, le califican de cabeza de toda la Iglesia, *caput Ecclesiae*², es decir, de miembro principal, soberanamente, de este gran cuerpo, miembro al cual vienen a juntarse todos los miembros de categoría inferior, vivificándolos, dirigiéndolos, y teniéndolos bajo su dependencia, para conservarlos en la unión, para que obren bajo su impulso, y para que gocen de las mismas prerrogativas y privilegios que pertenecen a la Cabeza de la humanidad. Ahora bien ¿no es muy razonable que sea el mismo Jesucristo, en su cualidad de jefe y de cabeza de todo el cuerpo, el que juzgue a los que se le habrán mostrado favorables o contrarios, a los que habrán vivido, o no, su propia vida, a los que serán transfigurados, o no, en el momento de la resurrección, en su propia imagen? Si la primera cualidad del juez es conocer al justiciable ¿quién co-

1. II COR. c. V, v. 19.
2. EPHES. c. V, v. 23.

noce mejor a la Iglesia y a la humanidad, que Jesucristo, cabeza de la Iglesia y de la humanidad?

El hijo de Dios hecho hombre, el Hombre-Dios, Jesucristo, es nuestro Redentor. ¿A qué precio lo había anunciado anticipadamente: La ley saldrá de Sión: *Ex Sion exhibit lex*¹. De allí salió en efecto; y ¡qué ley! la más pura, la más santa, la más perfecta. Leamos, no ya el Evangelio entero, sino simplemente el sermón de la montaña que es el compendio del Evangelio, en cuanto es preceptivo; allí todos los derechos: son consagrados, todos los deberes precisados, todos los vicios condenados, todas las virtudes recomendadas. Y ¿qué es más justo, sino que en el último día, el Hombre-Dios, Jesucristo, en calidad de legislador que nifeste, ante el mundo entero, los que habrán guardado, y los que habrán infringido la ley promulgada por El, inmutable como El, eterna como El, y a la cual no es dable al hombre sustraerse jamás?

El Hijo de Dios hecho hombre, el Hombre-Dios, Jesucristo, es nuestro Redentor. ¿A qué precio lo ha sido? Todos lo sabemos. Hijo eterno de Dios, igual al Padre, consubstancial al mismo. Dios como el Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero, por el cual todo ha sido creado, y sin el cual nada ha sido creado, llegada la plenitud de los tiempos descendió de los cielos, tomó carne humana, nació, sufrió, derramó su sangre hasta la última gota, y murió de la más cruel e ignominiosa de las muertes... ¿Para quién, y por qué causa? Vamos a decirlo pronto: para nosotros hombres, y por nuestra salud: *Propter nos homines, et propter nostram salutem*². No habéis sido rescatados por medio de oro o plata o cualquier otra materia corruptible, nos dice el príncipe de los apóstoles, san Pedro, sino por la san-

1. Isai, c. II, v. 3.
2. Símbolo de Nicea.

gre de Cristo Jesús, el Cordero sin mácula: *Scientes quod non corruptibilibus, auro vel argento redempti estis, sed pretioso sanguine quasi agni immaculati Christi et incontaminati*¹. Pero, podemos decir aquí también ¿qué más razonable que, en el último día, por esta cualidad de Redentor, que es exclusivamente suya, Jesucristo pida a cada uno de nosotros, ante todo el mundo la cuenta del precio de su rescate, es decir, de sus sufrimientos tan terribles, de su muerte tan ignominiosa, de su sangre derramada profusamente?

¡Ay! Cuantos hombres olvidan o desdican, profanan o desperdician esta preciosa sangre, cuya virtud reparadora se extiende, por la voluntad de Jesús, a todos los puntos del espacio, como a todos los tiempos... San Pablo lo afirma: Por la virtud de esta sangre, todo ha sido purificado, así lo que está sobre la tierra, como lo que está en los cielos: *Pacificans per sanguinem crucis eius, sive quae in terris, sive quae in coelis sunt*³. y la Iglesia repite: La tierra, el mar, los astros, el mundo entero, ha sido lavado por esta sangre:

Terra, pontus, astra, mundus.
Quo lavantur sanguine⁴

Si, pues, el Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo, es nuestra cabeza, nuestro legislador, nuestro redentor ¿qué otro título podremos darle?... El de Rey. Y no por una simple manera de hablar, ni por una exageración mística, sino porque responde a una realidad, atestiguada en cada página de las Santas Escrituras. A Jesucristo, se le ha dado todo poder en el cielo y en la

1. Petr. c. I, v. 18, 19.
2. Idem ipse tanta sui exinatione, qua voluit fieri homo, morique pro hominibus, meruit hanc exaltationem iudicio, marique pro hominibus, meruit hanc exaltationem iudicariae potestatis, ut omnium sit iudex, qui omnium fuit salvator. Corr. a Lap. in Joann. c. V, v. 27.
3. Coros. I, v. 20.
4. Himno de la Pasión.

símbolo - 16

tierra: *Omnis potestas data es mihi in coelo et in terra*¹. A Jesucristo, todo está sujeto, y todo le debe acatamiento: *Omnia subiecta sunt ei*². A Jesucristo, todo le ha sido dado por su Padre: *Omnia mihi tradita sunt a Patre meo*³. Ante Jesucristo, debe doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infernos: *Ut in nomine Jesu omne genuflectatur, coelestium, terrestrium et infernorum*⁴.

Esta dominación universal había sido anunciada por el profeta Daniel, con muchos siglos de anticipación⁵, y se había de realizar en el reino glorioso del Hombre-Dios, que David había cantado magníficamente⁶, y que la Iglesia reivindica para Cristo Jesús: *Tu rex gloriae Christe*...

Pero ¡ay! ¡cuán diferentes son las cosas de lo que debían ser! ¡Cuán poco obedecido es el Rey Jesús! Exceptuando un pequeño número de servidores fieles, que no han doblado su rodilla ante Baal ¿quién le teme? ¿quién se preocupa de sus amenazas? ¿quién respeta sus derechos? ¿quién tiene cuenta de sus inmidades? Y todavía podría ensombrecer el cuadro... Según las ideas políticas dominantes, el rey reina y no gobierna; pero, el Rey Jesús parece aún de condición inferior: ni reina ni gobierna... Pero, no nos dejemos engañar por las apariencias. Jesús reina y gobierna. El Rey Jesús es Rey más plenamente que cualquier otro rey lo ha sido, lo es, o lo será. ¿Qué importa un cuarto de siglo, o medio siglo, o un siglo entero, o si se quiere, una década de siglos, para Aquel que contiene todos los siglos? Vendrá un día, que será seguido de la eternidad inmutable, en el cual Jesús juzgará a todos los hombres que han existido o exis-

1. MATTH. c. XXVIII, v. 18.
2. I COR. c. XV, v. 27.
3. MATTH. c. XI, v. 27.
4. PHIL. c. II, v. 10.
5. DAN. c. II.
6. PSALM. passim.

tián; y entonces ¿quién será grande? Jesús sólo. ¿Quién será poderoso? Jesús sólo. ¿Quién será maestro? Jesús sólo. ¿Quién será súbdito? Todo el mundo, o por amor, como los justos, o por invencible necesidad, como los réprobos.

¡Oh Rey glorioso y lleno de majestad! ¡Oh Juez, de todos los jueces el más justo, el más equitativo, y, apresurémonos a decirlo, todavía misericordioso, aún en este día, en el cual si hacia algún lado se inclina lo hará hacia el de la misericordia! Porque no podemos olvidar una de las más bellas ideas, que los santos doctores han emitido, cuando afirmaban que Jesucristo nos juzgará, no solamente en cuanto a Dios, sino en cuanto hombre, y por consiguiente, como a hermano y amigo nuestro. Por esta razón, dice santo Tomás, podemos esperar un juicio más suave: *Judicat Deus per hominem Christum, ut sit suavis iudicium hominibus*¹. Menos conciso que el Doctor angélico, san Bernardo es más expresivo, y, sobre todo, más conmovedor: Dios Padre, dice, ha dado a su Hijo el poder de juzgar, no precisamente por ser Hijo suyo, sino por ser el hijo del hombre: *Non quia suus, sed quia filius hominis est*; y después de esta observación, exclama: Con cuánta razón podemos llamar a Dios Padre de las misericordias, ya que quiere que los hombres sean juzgados por un hombre, a fin de que, en este día temible, y en un tan gran temor de la sentencia que será pronunciada, la comunidad de naturaleza con el Juez dé confianza a los elegidos: *O vere Patrem misericordiarum! vult per hominem homines iudicare, quo in tanta trepidatione et perturbatione malorum, electis fiduciam praestet naturae similitudo*².

¡Oh Señor Jesucristo! Después de esta última instrucción sobre vuestra persona adorable y santísima, después de haber explicado, en el curso de las dieci-

1. S. THOM. III, p. q. LIX, art. 2.
2. S. BERN. in cant. Serm. 73.

seis instrucciones precedentes: la promesa de un Redentor hecha a nuestro primer padre, en el mismo día de la caída de su raza; las profecías anunciando vuestra venida, con algunos siglos de anticipación; vuestra consubstancialidad con Dios Padre en el cielo y desde toda la eternidad; vuestra consubstancialidad con nosotros por la Encarnación, en la plenitud de los tiempos; vuestra concepción purísima, por obra del Espíritu Santo, en el seno de una virgen; vuestro nacimiento vuestros sufrimientos, vuestra crucifixión, vuestra muerte y vuestra redención, fruto de aquella; vuestra sepultura, vuestro descenso a los infernos, vuestra resurrección gloriosa y vuestra triunfante ascensión... después de haber explicado estas cosas, nos place, en esta última instrucción, en la que consideramos vuestro segundo advenimiento, detenernos en este pensamiento: que en el día del juicio supremo, aunque seáis allí nuestra cabeza y la cabeza de toda la Iglesia, nuestro legislador, nuestro redentor, nuestro rey, y aunque nos juzgaréis por todos estos títulos, también nos juzgaréis como hombre que juzga a los hombres, y como hermano que juzga a los hermanos... ¡oh dulcísimo Jesús! ¡Oh hermano compasivo! ¡Oh el más tierno de los amigos! Tened misericordia de vuestros amigos, y en este día temible salvadnos:

Recordare, Jesu pie,
Quod sum causa tuae viae.
Ne me perdas illa die...

SERMON VIGESIMONONO

El Espíritu Santo

Creo en el Espíritu Santo

Sequitur nunc, ut illa etiam quae in Symbolo de tertia persona, hoc est de Spiritu Sancto, traduntur, explicentur. Qua in re declaranda omne studium et diligentiam pastores adhibebunt, cum homini christiano non magis liceat hanc partem ignorare, vel de ea minus recte sentire, quam de aliis superioribus articulis existimandum sit.

Catech. Rom. cap. 9

Este es el artículo octavo del Símbolo; y por una coincidencia que me place, la explicación que voy a haceros tiene lugar en el mismo día de Pentecostés, que es la fiesta del Espíritu Santo por autonomasia. Abordemos, pues, este tema, y sin anularnos ante las dificultades que presenta, tratémoslo con toda la diligencia posible. Pues que, el Catecismo Romano, maestro autorizado y al cual procuramos seguir siempre recomienda a los pastores que pongan en esta explicación todo el cuidado posible: *Qua in re declaranda omne studium et diligentiam pastores adhibebunt*, porque, añade con razón, no es más permitido a un cristiano ignorar este artículo, o ser mal instruido en él, que el ignorar los artículos precedentes: *Cum homini christiano non magis liceat hanc partem ignorare, vel de ea minus recte sentire, quam de aliis superioribus articulis, existimandum sit...* Por esto explicaremos lo que es el Espí-

ritu Santo, considerado primeramente en su esencia, y después en sus obras y en sus manifestaciones.

Lo hemos dicho ya precedentemente, en el curso de estas instrucciones, y lo repetiremos ahora sumariamente, tal como conviene hacerlo.

Hay un Dios, Ser por excelencia, Ser de los seres, infinitamente grande, infinitamente justo, infinitamente sabio, que lo ve todo, que lo sabe todo, que lo gobierna todo, y, citando una expresión feliz que sería fiel imagen de la realidad, si esta realidad pudiese ser expresada con exactitud, que es una infinidad de veces, infinitamente infinito en sus perfecciones infinitas: *Infinitis modis, infinitis infinitus in perfectionibus infinitis*.

Hay un solo Dios; las santas Escrituras lo dicen casi a cada página; la Iglesia lo enseña por sus órganos más autorizados; la razón misma lo demuestra claramente. ¿Quién no ve que el Ser todopoderoso no puede ser tal, sino porque sólo El goza de esta propiedad? Ina-
ginaos dos seres igualmente poderosos; ¿no es claro que ni uno ni otro gozará de la omnipotencia?

Pero, no se resume en la unidad, todo lo que hay en Dios. Cuando la razón se ve obligada a detenerse, la fe emprende su vuelo, y descubre en Dios, a más de la unidad, la pluralidad de personas.

Son tres, dice el apóstol san Juan, que dan testimonio en el cielo: *Tres sunt qui testimonium dant in coelo*. Son tres, enteramente distintos, teniendo cada uno su personalidad propia: el Padre, que no es engendrado de ningún otro, el Hijo engendrado del Padre, el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, todos unidos en un solo principio.

Son tres, igualmente santos, igualmente perfectos, igualmente inmensos, igualmente eternos, igualmente Dios; pero, porque no hay sino una sola naturaleza divina, una sola substancia divina, una sola esencia divina, la cual es simple, sin división ni participación posible, toda

1. 1 S. JOAN. c. V, v. 7.

entera en cada una de las personas, los tres no son sino un solo Ser: *Et hi tres unum sunt*¹; aunque sean entre sí distintos, no por diferencias o propiedades de la esencia, sino sólo por sus mutuas relaciones y por el orden de su origen; distinciones que no impiden que dichas personas constituyan un Ser infinito único, una substancia divina única y un Dios único.

Después de estos preliminares, comprenderéis lo que es el Espíritu Santo considerado en sí mismo.

Es una persona, no una abstracción, no un ser de razón o ficción, no un atributo de Dios, no una manifestación de Dios, o una operación de Dios, sino una persona real, verdadera, subsistente, que vive, piensa, habla y obra, que tiene un ser propio, un yo propio, una individualidad distinta, una personalidad que le constituye en su esencia, y no en otra cosa.

Es una persona verdadera y divina con toda propiedad. Como el Padre es Dios, como el Hijo es Dios, así el Espíritu Santo es Dios. Miro el Evangelio y veo que Jesucristo asocia el Espíritu Santo a las otras personas divinas, y las pone en el mismo lugar de honor², cuando dice a los apóstoles: Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo³. Del Evangelio paso al libro de Actos, y sigo a san Pedro que dice a Ananías que había defraudado en el valor de sus bienes: Has mentido al Espíritu Santo, y mintiendo al Espíritu Santo, has hecho una suprema injuria a Dios⁴. No solamente el Espíritu Santo es calificado de Dios por las Escrituras, sino que todas las cualidades divinas le son atribuidas. Como Dios, el Espíritu Santo lo sabe todo, hasta las cosas más ocultas e impenetrables, aun

1. JOAN. cap. V, v. 7.

2. Si Pater Deus est, et Filius Deus, omnino fateri cogimur etiam Spiritum Sanctum, qui cum eis pari honoris gratia coniungitur. Catech. Rom.

3. MATTH. c. XXVIII, v. 19.

4. ACT. c. V, v. 4.

las del Ser divino: *Spiritus omnia scrutatur, etiam profundas Dei*¹. Como Dios, el Espíritu Santo está en todas partes, y llama al mundo entero con su presencia: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum*². Como Dios, el Espíritu Santo es todopoderoso y Señor altísimo: *Spiritus Sanctus supereminet in te, et virtus Altissimi* y los distribuye entre los que le place: *Haec omnia operatur unus atque idem Spiritus, dividens singulis prout vult*⁴. En fin, como Dios, tiene templos que le son consagrados, y en los cuales habita; estos templos son nuestras personas: ¿No sabéis, dice el Apóstol, que *An nescitis quoniam membra vestra templa sunt Spiritus Sancti qui in vobis est?* Así se expresan las Santas Escrituras.

Después del testimonio de las Escrituras veamos la enseñanza de la Iglesia. Leed las profesiones de fe: Hijo, a Iglesia cree en el Espíritu Santo⁶. Son palabras del Símbolo de los Apóstoles. “Entera es su fe en un solo Dios, Padre todopoderoso, que ha criado el cielo y la tierra, con todas las cosas visibles e invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre ante todos los siglos, Dios de Dios, nacido de luz, verdadero Dios, de Dios verdadero... así, en esta vida y comunica la vida, que procede del Padre y del Hijo, que es adorado y glorificado juntamente con el Padre y el Hijo, que habló por los profetas...” Son

1. I Cor. c. II, v. 10.
2. Sapient. c. I, v. 7.
3. Luc. c. I, v. 35.
4. I Cor. c. XII, v. 11.
5. I Cor. c. VI, v. 19.
6. El Catecismo Romano hace esta observación digna de tres personas, expresa, por parte de la Iglesia, una fe de la misma naturaleza en Dios, Hijo y Espíritu Santo.

notarse: La preposición *in* colocada delante de cada una de las tres personas, expresa, por parte de la Iglesia, una fe de la misma naturaleza en Dios, Hijo y Espíritu Santo.

palabras del Símbolo de Constantinopla, que vais a cantar ahora mismo¹. “Una es la persona del Padre, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo; pero en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, la divinidad es una, la gloria idéntica, la majestad coeterna”². Son palabras, del Símbolo de san Atanasio, que, en esta materia, tiene casi tanta autoridad como un concilio.

Escuchad a los grandes doctores, como por ejemplo, san Basilio de Cesárea: El Santo Espíritu es denominado santo, así como el Padre y el Hijo, no a la manera de las criaturas, que adquieren la santidad del exterior, sino que lo llamamos santo refiriéndonos a la misma esencia de su ser. San Gregorio Nazianceno, llamado el Teólogo, dice: El Espíritu Santo siempre ha existido, existe y existirá, porque no ha tenido principio ni fin, como tampoco el Padre y el Hijo, con los cuales está inseparablemente unido. Perfecciona y no es perfeccionado; lo llena todo, lo santifica todo, y no es llenado ni santificado por algún otro; da y no recibe, lo cual es señal de plenitud; permanece siempre el mismo; siempre es igual al Padre y al Hijo, y como ellos, es invisible, eterno, inmenso, inmutable, incorporeal, activo por esencia, independiente, todopoderoso, vida y padre de la vida, luz y foco de luz, bondad y fuente de bondad, Espíritu de adopción, de verdad, de santidad, de prudencia, de ciencia, de piedad, de consejo, de fuerza, de temor; por último, todo lo posee en común con el Padre y el Hijo: la adoración, el poder, la perfección, la santidad³. He aquí como se hablaba del Espíritu Santo, en el siglo IV.

1. La palabra *Filius* que implícitamente encerrada en el Símbolo de Constantinopla, fué añadida en una época difícil de determinar. Esta adición fué confirmada por el Concilio de Florencia en 1439.
2. Simb. Quicumque.
3. Según san Dámaso y el concilio de Constantinopla, san Basilio y san Gregorio Nazianceno fueron, en el siglo IV, los sostenedores de la divinidad del Espíritu Santo contra Macédonio.

Y si pasamos a la liturgia ¡qué campo tan vasto se nos ofrece! ¿No es el Espíritu Santo una persona divina, *Aquél en quien y por quien el Padre y el Hijo están unidos, para vivir y reinar por los siglos de los siglos*? Este es el final obligado, podríamos decir oficial, de todas las invocaciones dirigidas a Dios por la Iglesia. ¿No es también *Aquél a quien los antiguos ritos sagrados atribuyen la transformación del pan en el cuerpo de Jesucristo, y del vino en su sangre*, durante la celebración de los santos misterios, como si después de haber tomado del Espíritu Santo el cuerpo que inmoló sobre la cruz, el Hijo de Dios no quisiese recibir de algún otro este mismo cuerpo, para inmolarlo sobre el altar? ¿Hay algo más concluyente, en cuanto al tema que nos ocupa, que la señal de la cruz *en nombre de las tres divinas personas*, o que el Trisagio: Santo, Santo, Santo, que abraza, en un sólo homenaje, a las tres personas divinas; que el *Kyrie eleison* repetido nueve veces, es decir, tantas veces cada una de las tres invocaciones, cuantas personas divinas hay; que esta admirable doxología, que se repite con tanta frecuencia en los salmos, en los himnos, en todo el oficio eclesiástico: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo? No insistamos más. La prueba es suficiente. De la misma manera que el Padre y el Hijo son personas divinas, así lo es también el Espíritu Santo.

Pero, si el Espíritu Santo es una de las tres personas divinas de la augusta Trinidad ¿qué lugar ocupa en ella? El tercero. No, ciertamente, que sea un lugar de inferioridad de naturaleza, o de posterioridad en el tiempo. Muchas veces, en estas instrucciones, hemos afirmado lo contrario; y si esto no fuese suficiente, el Símbolo de san Atanasio nos diría, con la autoridad que la Tradición le ha reconocido, que en la adorable

1. Véase Bosuet. Explication de la messe á un nouveau catolique.

Trinidad, no hay nada anterior o posterior, nada en primero o en último lugar, nada mayor o menor, y finalmente, que las tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo son coeternas, y de una igualdad perfecta: *Et in hac Trinitate nihil prius aut posterius, nihil minus aut minus; sed totae tres personae coeternae sibi sunt et coequales*¹... Pero, por lo mismo que desde toda la eternidad el Espíritu Santo procede de las otras dos personas, unidas en un solo principio, o sea: por lo mismo que el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y del Hijo, el don recíproco del Padre y del Hijo, su lazo, su nudo, el término eterno y eternamente subsistente de su mutuo amor, no es ni puede ser sino la tercera persona, así como el Hijo, que procede sólo del Padre, no es ni puede ser sino la segunda, y el Padre, que no procede ni recibe el ser de ninguna otra, no es ni puede ser sino la primera. Pero, insisto en que no imaginéis prioridad ni posterioridad, superioridad ni inferioridad, pues las tres personas son igualmente poderosas, igualmente inmensas, igualmente soberanas, igualmente divinas. Si toman el nombre de primera, segunda o tercera, es solamente para expresar la diversidad de sus relaciones, y el orden de su origen.

He concluído la primera instrucción sobre esta materia. ¿Os ha interesado? Tal vez, no tanto como era conveniente. En toda la doctrina de la Iglesia, este artículo es el más difícil de comprender, el más arduo de tratar, y oigo al mismo a san Agustín que exclama: Yo no sé ni puedo, me declaro insuficiente: *Nescio, non valeo, non sufficio*... Pero, si no he dicho todo lo que podía decir, creo que no he dicho nada que no pudiese decir. Por tanto, todos entenderéis mejor que antes, lo que es el Espíritu Santo considerado en su esencia; una real y verdadera persona divina, distinta del Padre y del Hijo, pero igual al Padre y al Hijo, y que, en las manifestaciones divinas exteriores, tiene una misma ac-

1. Sim. Quicumque.

ción con el Padre y el Hijo, pues, todo es común en la Trinidad, excepto lo que constituye la distinción de personas y la diversidad de sus relaciones. Teniendo en común con el Padre la omnipotencia especialmente atribuida al Padre, como principio de todo lo que existe; y teniendo con el hijo, Sabiduría increada, las obras que a la Sabiduría se atribuyen, tiene, como atribución propia, las obras de bondad y amor, ya que es el Amor viviente, el Amor substancial y consubstancial del Padre y del Hijo. Es lo que veremos en la instrucción próxima.

Entre tanto, roguemos al divino Espíritu, sobre todo en esta octava que le es especialmente consagrada. Pidámosle que derrame sus gracias sobre nosotros, como una lluvia abundante y fertilizadora. ¡Que venga Él mismo con sus dones, y que este Espíritu creador visite a nuestras almas, las llene, las convierta en su morada, encienda en ellas sus fuegos, y las penetre con su amor, para que haciendo meritorias nuestras virtudes, y conduciéndonos al puerto, nos ponga en posesión de la felicidad eterna reservada a las almas santificadas:

Da virtutis meritum,
Da salutis exitum,
Da perenne gaudium!
Amén.

1 Prosa de Pentecostés.

SERMON TRIGESIMO

Las obras atribuidas al Espíritu Santo

Creo en el Espíritu Santo

Docere praeetera oportebit, quosdam
esse Spiritus Sancti admirabiles effec-
tus, et amplissima quaedam munera,
quae ab ipso tanquam a perenni bo-
nitatis fonte oriri et manare dicuntur.
Catech. Rom. c. 9

En la última instrucción, hemos considerado al Espíritu Santo en sí mismo y en su esencia. Hemos dicho que es una Persona real, verdadera, y no una abstracción, ni simplemente un atributo de Dios; que es, además, una Persona divina y distinta de las otras dos, porque procediendo, desde toda la eternidad, del Padre y del Hijo, el término numérico que le designa, expresa no una inferioridad de naturaleza, ni una posterioridad en la duración, sino únicamente el orden de su origen.

Después de haber expuesto estas verdades, con tanta exactitud como nos ha sido posible, consideremos hoy al Espíritu Santo en su acción sobre las criaturas, es decir, en sus obras exteriores, obras de bondad y amor que, aunque comunes a toda la Trinidad, son atribuidas particularmente a aquella de las tres personas que es el amor substancial y consubstancial de las otras dos: al Espíritu Santo. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Del Espíritu Santo obrando las obras de bondad y amor que le son propias hay que decir lo que dice

Bosuet de la divinidad de este mismo espíritu¹: Las Escrituras están llenas de El. Sigámoslas paso a paso, como se sigue un hermoso río en su curso benefactor.

El Espíritu Santo hace obra de bondad y amor cuando, en el principio de la creación, al fecundar las aguas del abismo, hace fructificar los gérmenes de vida aun adormecidos en su seno: *Et Spiritus Dei ferebatur super aquas*².

El Espíritu Santo hace obra de bondad y de amor cuando, en el día sexto de la creación, forma, unido al Padre y al Hijo, al primogénito de la raza humana, y lo anima con su sopro. No podemos equivocarnos, ya que el número plural, empleado en el texto sagrado, indica claramente una acción realizada por varios: *Haciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*³.

Más adelante, veo que el Espíritu Santo hace obra de bondad y de amor, cuando diversificando sus dones; uno tras otro, a Moisés⁴, a Josué⁵, a Gedeón⁶, a Jephthá, a Sansón⁸ y a otros caudillos y profetas plasma al pueblo que Dios escogió para sí, y lo prepara largo tiempo, para que sea un instrumento dócil y apto para el gran designio de misericordia que deberá cumplirse en la plenitud de los tiempos. Porque el destino de este pueblo es un destino privilegiado entre todos. De su seno, de la descendencia de Abraham, padre de los creyentes, saldrá el Deseado de las naciones. En Israel y por Israel, el género humano será salvado. Pero, he aquí a los profetas. Porque aunque el ad-

1. BOSUET. *Escrit. San.*
2. GEN. c. I, v. 2.
3. GEN. c. V.
4. NUM. c. XI, v. 17.
5. DEUT. c. XXXIV, v. 9.
6. JUD. c. VI, v. 34.
7. *Ibid.* c. XI, v. 29.
8. *Ibid.* c. XIV, v. 6.

venimiento del Hijo de Dios sobre la tierra haya sido anunciado, figurado, predicho y esperado, durante más de cuatro mil años, y que la inspiración del Espíritu no haya cesado de mover a los hombres, ha habido, no obstante, una era profética propiamente dicha. He aquí, pues, a los profetas, a los grandes videntes, para quienes los siglos futuros no tienen secretos. Isaías ve, desde las lejanías de los tiempos, a la Virgen incomparable que concebirá y parirá a un hijo más grande que ella misma. Daniel cuenta anticipadamente las semanas de años que han de transcurrir hasta la llegada del Salvador prometido y hasta la consumación de su sacrificio. Cada uno de los siguientes, suministrará un rasgo de su vida, de su evangelización, de su pasión, de su muerte, de su resurrección y de su reino glorioso. Diríais que son otros tantos historiadores que narran acontecimientos pasados¹. ¿Cuál es, pues, el agente misterioso de tal prodigio? ¿Quién inspiró a estos hombres? ¿Quién rasgó ante ellos el velo del porvenir? David que lo sabe por experiencia, exclama: El Espíritu del Señor ha hablado por medio de mí y su palabra ha salido de mis labios: *Spiritus Domini locutus est per me, et sermo ejus per linguam meam*². También lo sabe san Pedro, y lo expresa de una manera semejante: Por medio de la inspiración del Espíritu Santo, los hombres de Dios hablaron en los tiempos pasados: *Spiritu Sancto inspirati, locuti sunt sancti Dei homines*³. En fin, la Iglesia lo repite en la profesión de fe que vais a cantar muy pronto: Creo en el Espíritu Santo, vida y principio de vida... que ha hablado por medio de los profetas: *Credo in Spiritum Sanctum Dominum, vivificantem... qui locutus est per prophetas*⁴.

Pero, no basta comenzar ni esbozar una enseñanza, es preciso completarla. Tomad el Evangelio, y leed el

1. Véase el *sermón* tercero.
2. II REC. c. XXIII, v. 2.
3. 2 PERR. c. I, v. 21.
4. Símb. de Constantinopla.

capítulo primero del Evangelio de san Lucas. Leed el nombre del ángel que el Señor envía: es Gabriel, uno de los siete que están ante el trono de Dios¹; el objeto de la misión que ha de cumplir; las palabras que dirige a la humilde Virgen de Nazareth; la turbación de ésta al oír un mensaje tan poco esperado; la seguridad, en fin, que le da el ángel, de que ella será la madre del Redentor, sin dejar de ser Virgen, pues, el enviado celeste añade: No temáis, María, ya que el Espíritu Santo vendrá sobre vos, y la virtud del Altísimo os cubrirá con su sombra. Y por esto, el Santo que nacerá de vos, será llamado Hijo de Dios²... ¡Qué relato, a pesar de haber sido acortado por necesidad! Pero ¿habéis visto, tal vez, todo su alcance en lo que toca al tema que nos ocupa? Habéis notado que el Espíritu Santo se manifiesta aquí, como en todas partes, por medio de obras de bondad y de amor? Nuestra humanidad que el Hijo de Dios tomó enteramente, es decir, con los elementos que la componen, esta alma, verdadera alma humana, este cuerpo, verdadero cuerpo humano, esta humanidad completa y unida a la divinidad en unidad de persona, la Virgen asociada a este gran misterio, su santidad incomparable que la hace digna del mismo, y la gracia de lo alto que la llena, todas son obras del Espíritu Santo³. Por esto, con el Evangelio que lo dice, la Iglesia lo canta todos los domingos, y vosotros lo repetís cada día: Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios Nuestro Señor, que fué concebido, por obra del Espíritu Santo, en el seno de la Virgen María: *Credo in Jesum Christum, Filium Dei unicum, Dominum nostrum, qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine*⁴.

1. Daniel, c. X, v. 13.
2. Luc. c. 1.
3. Véase el sermón decimocuarto.
4. Símbolo de los Apóstoles.—En una graciosa comparación, que no obstante, no podemos tomar en todo el rigor de sus términos, un autor antiguo, san Proclo, asimila la santa Tri-

Pero, aun hay más: este advenimiento del Hijo de Dios, que no tendrá cumplimiento sino después de algunos siglos, es preciso que sea anunciado, no sólo por los profetas que hablaban para los tiempos proféticos; era preciso después de su realización, y empleando el lenguaje de san Pablo, después que *el gran misterio de Dios se manifestó en la carne*¹, era preciso que algunos apóstoles, conociendo a fondo el misterio para poder predicarlo a los demás, lo publiquen intrépidamente, ya que ha de tener oposición, y lo prediquen en todas las lenguas, ya que está destinado a todos los pueblos. Sí, pero hasta el momento del descenso del Paraclito no existe ninguno. Es verdad que Jesucristo escogió a algunos, y les dió este nombre², pero durante los tres años que pasaron en compañía del Maestro, no aprendieron nada o casi nada; y aun después de la resurrección su fe tenía poca firmeza. Su valor es todavía más débil que su fe. El más osado de ellos se dejó intimidar por una mujer... Venid, pues, divino Espíritu. Antes de su partida, el Maestro prometió que vendrías dentro de pocos días, *non post multos dies*³, que enseñarías a los ignorantes toda verdad⁴, que les revelarías el sentido de las Escrituras⁵, y que les revestirías de la fortaleza de lo alto⁶. Venid pues... Y vino realmente, como lo habéis leído en el último domingo⁵ en esta bella página de los Actos que, cada año, cautiva vuestra atención. Según ella, en el décimo día después de la Ascensión, que era el de la

manidad del Hijo de Dios a un vestido que tomó al venir a este mundo, y compara el Espíritu Santo a un obrero inteligentísimo, que había tejido la tela. Ap. CORN. A LAP. Luc. c. 1.

1. I TIM. c. III, 16.
2. Luc. c. IV, v. 13.
3. Act. c. 1, v. 5.
4. JOAN. c. XIV, v. 13.
5. JOAN. c. XV, v. 26.
6. Act. c. 1, v. 8.
7. Este sermón fué predicado en el domingo de la Sma. Trinidad.

fiesta judía de Pentecostés, estando los apóstoles y discípulos reunidos en un mismo lugar, en número de ciento veinte, y en la hora de tercia, es decir a las nueve de la mañana, según nuestro modo de contar, se oyó el ruido de un viento impetuoso que bajaba del cielo, y que llenó toda la casa, y todos vieron una porción de lenguas de fuego que se colocaban encima de cada uno de los presentes¹. Ya sabéis la continuación de este relato admirable: Jamás el Espíritu de Dios se había manifestado de una manera tan sensible. Pero, la maravilla de las maravillas, fué la transformación de los apóstoles en hombres nuevos. Ya no son ignorantes ni temerosos ni remisos en la fe. Bautizados en el Espíritu Santo, como Jesucristo les había prometido, es decir, inundados con sus luces, calientes con sus fuegos, y penetrados con su unción ¡qué ardor muestran! ¡qué proselitismo despliegan! ¡con qué seguridad predicán en todas las lenguas que han aprendido en una sola lección del Espíritu Santo, del cual ni el mismo nombre osaban tomar en sus labios! ¿A quién los compararé? Como los animales misteriosos de la visión de Ezequiel, ellos son todo ojos para ver, todo pies para correr, todo manos para obrar, todo alas para volar todo llamas para abrasar.

Este prodigio no se limitó al solo día de Pentecostés ni a los siguientes, como tampoco a un período de tiempo cualquiera; se continuó en todos los tiempos. En verdad, cesó el viento impetuoso, desaparecieron las lenguas de fuego, y el Espíritu Santo no se manifestó con aquellas operaciones tan visibles; pero, por ser más oculta ¿su acción es menos eficaz? Veámoslo: ¿Quién asiste a la Iglesia desde diecinueve siglos? Azotada con tantas tempestades, herida con tan furiosos golpes, tan pronto anegada en la sangre de sus mismos hijos, o desgarrada por los cismas y las herejías ¿no debía perecer mil veces? No, ella resiste, ella

1. ACT. c. II.

permanece en pie, cada nuevo ataque le prepara una nueva victoria, y, repitiendo una frase célebre, ella es un yunque de un temple especial que inutiliza todos los martillos... Yo pregunto, pues: ¿Quién la asiste? ¿Quién, después de haberle dado la vida, se la conserva? ¿Quién provee a sus necesidades, según los tiempos y las circunstancias? ¿Quién le envía un gran papa, cuando le es necesario un gran papa, un gran doctor, cuando necesita un gran doctor, o un gran taumaturgo, cuando necesita un gran taumaturgo? Este fenómeno no se había ocultado al genio de san Agustín que lo expresa con la siguiente comparación de una exactitud perfecta: Lo que es el alma al cuerpo del hombre, es el Espíritu Santo al cuerpo de Jesucristo o sea, a la Iglesia: *Quod autem est anima corpori hominis, hoc est Spiritus Sanctus Corpori Christi, quod est Ecclesia*. Lo mismo que el alma obra en los miembros de un mismo cuerpo, el Espíritu Santo obra en toda la Iglesia: *Hoc agit Spiritus Sanctus in tota Ecclesia, quod agit anima in omnibus membris unius corporis*¹... ¿Qué operaciones son las del alma unida al cuerpo humano? Ella lo informa, mejor dicho, lo contiene, con mayor razón que ella está contenida en él, y mantiene unidas, como por medio de un cemento unificador, todos los elementos diversos y todos los miembros de que se compone. Así obra el Espíritu Santo en la Iglesia: la conserva en su unidad, y hace que sea un todo de una fuerza invencible. ¿Que se engrandezca, pues, esta Iglesia, es su destino! ¿Que parta de la Judea, su lugar de origen, pues como al profeta, le queda largo camino a recorrer! ¿Que se propague y extienda hasta llenar el mundo! ¿Acaso no está destinada a conquistarlo? Pero, en ningún lugar ni en ningún tiempo, dejará el Espíritu Santo que se introduzca la división en su gobierno, que se borre una sola letra de su Símbolo, o que se suprima un solo sacramento: *Unus Do-*

1. SAN AGUSTÍN. feria secunda Pentecost. Sermo II.

*minus, una fides, unum baptisma*¹. Lo que el Espíritu Santo guarda, está bien guardado.

Pero, la comparación del gran Doctor es susceptible de una segunda aplicación, no menos interesante que la primera. No solamente el alma humana ejerce una acción general sobre el conjunto del cuerpo al cual está unida, sino también una acción particular, específica, sobre cada uno de sus miembros, según su necesidad. De otra manera, el alma hace por cada parte del todo, lo que hace por el mismo todo. Así obra también el Espíritu Santo en la Iglesia. Cada cristiano, cada fiel, cada alma bautizada, o sea, cada miembro de la Iglesia, es objeto de sus atenciones, no menos que el conjunto de la Iglesia. Si el tiempo lo permitiese, y no fuese ya tan larga esta instrucción ¡cuán interesante sería seguir al Espíritu Santo en sus operaciones interiores, en tanto que tienen por objeto el bien de las almas! En efecto ¿quién las habla? ¡Ah! somos muchos los que tenemos el ministerio de hablar a las almas, o mejor dicho, que hacemos un poco de ruido a las puertas de las almas; pero, entrar y penetrar en ellas, llegar hasta sus más íntimos repliegues, en donde el alma es soberana, en donde se produce la luz, y se deciden las grandes determinaciones, en una palabra, *hacerse oír en lo profundo*, como dice Bosuet², esto no lo podemos nosotros, nuestros discursos no pueden tener este alcance. Estos discursos, por muchas ideas que contengan, por mucha elocuencia que manifiesten, ¿a qué los compararé? A un navío, dice san Juan Crisóstomo. Este navío está gobernado por un piloto y por numerosos remeros, y tiene sus velas, sus jarcias, sus áncoras, en fin, todos sus aparejos; pero, si falta el viento, las velas no se hinchan y la embarcación permanece inmóvil. Lo mismo acontece en nuestros sermones, añade el Santo, cuando el soplo del Espíritu Santo no los

1. ÉPHES. c. IV, v. 5.
2. Médit. sur l'Evangile, t. 2.

anima: *Licet sit dives sermonis suppellex, et mens profunda, et eloquentia, et intelligentia, si non adstet Spiritus Sanctus, qui vim suppeditat, otiosa sunt omnia*. ¿Quién, pues, habla a las almas eficazmente, aunque sin ruido de palabras? ¿Quién las ilumina y las conmueve al mismo tiempo? ¿Quién las inclina al bien, sin violentarlas? ¿Quién las forma en los hábitos sobrenaturales? ¿Quién las purifica? ¿Quién las justifica, no con una justicia solamente imputada, ficticia y externa, que habita en la superficie del alma, sin penetrar más adentro, sino con la justicia real, verdadera, inherente al alma, y que no entra en ella sino para habitarla? Si, todo este trabajo de purificación, de justificación y de deificación ¿quién lo elabora? ¿Quién lo comienza y lo perfecciona?... La Iglesia lo dice y lo canta en la fiesta de Pentecostés, cuyos ecos apenas están extinguidos: Vos, oh divino Espíritu, sois principio inmediato y substancial de todas las operaciones de la gracia; vos sois la caridad verdadera, el fuego activo, la unción celeste; vos sois la luz de las almas, y el motor y santificador de las mismas, porque toda causa tiende a producir efectos semejantes a sí misma, y desde el momento en que obráis en un alma, trabajáis para hacerla semejante a Vos, espiritual y santa como Vos, y, en la medida en que una criatura es susceptible de tal perfeccionamiento, divina como Vos.

Pero, si esto es así, se impone una conclusión: es preciso que el alma deje libre a la acción divina; es preciso que no oponga la lentitud, ni la resistencia, es decir, ningún obstáculo a la acción divina. San Agustín, que nos ha suministrado materia para útiles desarrollos terminará, mejor que yo pudiera hacerlo, lo que ya ha comenzado. Ved, dice, lo que habéis de evitar, de observar, y de temer: *Videte quid cavetis, quid observetis, quid timeatis*. En un cuerpo humano, a veces hay un miembro que se separa, o que es necesario amputar; ¿tal vez, el alma seguirá en esta separación al miembro separado? *Contingit ut in corpore*

humano, imo de corpore aliquod praecidatur membrum. manus, digitus, pes, nunquid praecisum sequitur amia?... Mientras permanece adherido al cuerpo, este miembro vive; pero, una vez separado, muere: Cum in corpore esset, vivebat; praecisum amittit vitam. Así acontece al cristiano; si permanece unido al cuerpo del cual es miembro, es católico, es un hombre de dentro; pero, si es separado del cuerpo, o si él mismo se separa, es herético, es un hombre de fuera, y no recibe el influjo del Espíritu: Sic et homo christianus, catholicus est, dum in corpore vivit; praecisus haereticus factus est, membrum amputatum, non sequitur Spiritus... Escuchad la palabra final, que constituye la conclusión de la conclusión: Si, pues, queréis vivir del Espíritu Santo, guardad la caridad, amad la verdad. Permaneced en la unidad, y así llegaréis a la eternidad: Si ergo vultis vivere de Spiritu Sancto, tenete charitatem, amate veritatem, desiderate unitatem, ut pervenitis ad aeternitatem¹.

1. Loco iam cit. ad finem.

SERMON TRIGESIMOPRIMERO

La Iglesia

Creo... en la santa Iglesia católica

Curant omni studio pastores, ut fideles, cogito hoc (Ecclesiae) mysterio, contra adversarii artes muniti, in fidei veritate perseverent. Catech. Rom. cap. 10

Después de Dios Padre que ha creado el mundo, y lo rige por medio de sabias leyes; después de Jesucristo, Nuestro Señor, Hijo único de Dios, su Verbo, su consubstancial, su coeterno, que se hizo hombre en el tiempo, y nos rescató con su sangre; después del Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, que es conatural al Padre y al Hijo, y forma con ellos un solo Dios, santificándonos y derramando la caridad divina en nuestras almas; después de estas verdades, no encontraremos, en todo el Símbolo, tema más importante que el de que hoy trataremos: la Iglesia. Y por esto, dice el Catecismo Romano, los párrocos se esforzarán en explicar, con el mayor cuidado, a los fieles que les están confiados, la doctrina que a esta verdad se refiere, a fin de que, prevenidos contra los artificios del enemigo, permanezcan en la verdad de la fe.

Vamos, pues, a emprender un trabajo que será largo, pero del cual esperamos un gran fruto. Y empezaremos hoy, hablando del origen y de la divina institución de la Iglesia. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Dejemos a los teólogos y a los maestros la demostración rigurosa de que Jesucristo mismo ha fundado a la Iglesia, y dejemos que nos lo demuestren sabiamente por el Evangelio que lo dice, por los Actos de los Apóstoles que lo repiten, por las Epístolas de san Pablo que lo confirman en diversos lugares, y por todos los monumentos de la antigüedad que nos lo confirman altamente. En cuanto a nosotros, nos es más adecuado probarlo con un razonamiento menos laborioso, y más fácil de entender, el cual podemos formularlo así: Antes de Jesucristo no vemos en ninguna época ni en ningún siglo, que la Iglesia exista. Después de Jesucristo, tampoco vemos ninguna época ni ningún siglo, y, podemos añadir, ningún día y ninguna hora, en que la Iglesia, que se dice fundada por Jesucristo, no exista. La conclusión, pues, se impone: Jesucristo es la causa y la causa única, de que la Iglesia lleve su nombre.

En segundo lugar: a esta Iglesia que funda, y en el mismo día en que la funda, Jesucristo dió la forma social que posee, hasta el punto que la podemos definir legítimamente: Una sociedad de hombres que profesan la misma fe, participan a los mismos sacramentos, y obedecen a los mismos jefes, bajo el imperio de un jefe único. Tampoco en esto podemos abrigar ninguna duda. Abrid el Nuevo Testamento y leed: La Iglesia es un reino, *Regnum*¹; la Iglesia es una ciudad, una reunión de ciudadanos, *Civitas*²; la Iglesia es una familia, *Domus*³. En el capítulo décimo de san Juan, Jesucristo es llamado el buen Pastor, y los que lo escuchan son llamados sus ovejas, y después añade el Evangelista: Tened otras ovejas que no pertenecen a este rebaño, y es necesario que yo les conduzca a él, y oigan mi voz, a fin de que no haya sino un solo redil y un solo pastor⁴.

1. In Evang. passim.
2. MATTH. c. V, v. 14.
3. I TIM. c. III, v. 15.
4. JOAN. c. X.

Recapitulemos: Redil, familia, ciudad, reino: todas estas palabras implican la idea de sociedad, y no se entiendan lógicamente sino en este sentido.

Pero, aun hay más. Los hechos son más concluyentes que las palabras. Desde el día en que aparece en el Evangelio, la Iglesia reviste forma de sociedad: tiene miembros que no son sino sus miembros; tiene jefes, escogidos entre sus más humildes miembros, y que tienen una denominación que les distingue; tiene un jefe supremo y único escogido entre los jefes principales¹; y si es cierto que sólo está designado, pronto va a serle definitivamente conferida la prerrogativa de pacer a las ovejas y a los corderos, es decir, a todo el rebaño². También desde el origen, y a la vez por institución divina, los jefes principales son puestos en posesión de los poderes más extendidos. A ellos, en virtud de la delegación del Espíritu Santo, pertenece el regir a la Iglesia de Dios³. Desde el principio, la ley, que no será abrogada, exige que se les respete, hasta el punto que Jesucristo declare que considerará dirigida a Él, cualquier injuria que se les hiciere⁴. Y el obedecerles, obliga de tal manera que el que se sustraiga a esta obligación, será considerado como un pagano y un publicano⁵... No insistamos más; hemos probado suficientemente que, desde el primer día de su existencia, la Iglesia tiene un gobierno, con leyes preceptivas y represivas; en una palabra, ella es, en el verdadero sentido de la palabra, una sociedad organizada.

Pero, al fundar Jesucristo a la Iglesia, y al darle forma social ¿qué designio llevaba? ¿qué fin se proponía? Aquí tampoco estamos reducidos a meras conjeturas.

1. Et cum dies factus esset, vocavit discipulos suos, et elegit duodecim ex ipsis, quos et apostolos nominavit: Simonem, quem cognominavit Petrum, etc. LUC. c. VI, v. 13-14.
2. JOAN. c. XXI, v. 16-17.
3. ACT. c. XX, v. 28.
4. LUC. c. X, v. 16.
5. MATTH. c. XVIII, v. 17.

Jesucristo ha hablado, su pensamiento nos es conocido. Tomad aún el Evangelio y ved como después de haber acabado su misión personal, y antes de volver al Padre, donde había venido, Jesucristo reúne al cuerpo de los pastores, a sus apóstoles, que son respecto a la Iglesia lo que es el cuerpo de oficiales respecto al ejército, y les dice: Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra; id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles todas las cosas que os he enseñado; yo permaneceré con vosotros hasta la consumación de los siglos¹. También les dice: Quien crea, y sea bautizado, será salvado; quien no crea, será condenado². Y más adelante: Que la paz sea con vosotros. Como mi Padre me ha enviado, así os envío—con la misma autoridad y la misma misión que tengo—; recid de sus pecados, les serán remitidos, y a todos los que se exprese Jesucristo. Es decir, al mismo tiempo que la Iglesia es una sociedad provista de todos sus órganos, noscible por la naturaleza de los elementos que la componen, la Iglesia fué fundada por su divino Autor, con un fin propio y claramente definido: la Iglesia sería la extensión y el prolongamiento de Jesucristo... Jesucristo es eterno: existía ayer, como existe hoy y existirá siempre; de la misma manera, la Iglesia es eterna: existía ayer, como existe hoy, y existirá siempre. Jesucristo tiene todo el mundo por dominio, todas las naciones le han sido dadas en herencia⁴, y esta herencia constituye la recompensa, convenida entre Jesucristo y su Padre, de la muerte sobre la cruz⁵; de una manera semejante,

1. MATTH. c. II, XXVIII, v. 18, 19, 20.
2. MARC. c. XVI, v. 16.
3. JOAN. c. XX, v. 21, 22, 23.
4. PSALM. II.
5. PHILIP. c. II.

la Iglesia dominará de un mar a otro mar³, es decir, sobre toda la tierra, y solamente acabará su imperio, cuando el mundo termine. Jesucristo ha enseñado, la Iglesia igualmente enseñará. Jesucristo ha bautizado, la Iglesia igualmente bautizará. Jesucristo ha perdonado los pecados, la Iglesia igualmente los perdonará. Jesucristo ha rescatado a los hombres por la virtud de su sangre, la Iglesia continuará la obra de la Redención, aplicándonos sus frutos. Jesucristo ha revelado las verdades necesarias a la salvación, y ha enseñado todo lo que debíamos saber; la Iglesia no añadirá nada de nuevo, pero hecha depositaria de las verdades eternas, tendrá por misión guardarlas intactas, y exentas de todo error. He aquí a la Iglesia, considerada en cuanto al fin para que ha sido fundada. Para lograrlo, sus obreros se esparcirán por todas partes, y unos serán apóstoles, otros evangelistas, otros pastores o doctores²; es decir, los ministerios serán diferentes, pero el objeto final será el mismo: formar santos, poblar el cielo de elegidos, hasta que sea completamente extendida la fe, y conocido el Hijo de Dios, y hasta que habiendo sido formado Jesucristo en cada uno de sus miembros, la Iglesia, que es su cuerpo místico, haya alcanzado, por sucesivos crecimientos, todo el desarrollo que exige³.

Y ahora, de estas simples y elementales nociones, a las cuales las instrucciones sucesivas darán mayor luz, ved que consecuencias se deducen como de su fuente.

Primera consecuencia: La Iglesia es una sociedad sobrenatural; ella vive en el mundo, pero no es del mundo; procede de lo alto. Su origen es sobrenatural, como que procede del Hijo de Dios hecho hombre, para salvar a los hombres por su medio. La vida, que no cesa de recibir de su jefe, Jesucristo, como todo cuerpo organizado recibe la suya de la cabeza a la cual está unido, es so-

1. PSAL. LXXI.
2. EPH. c. IV, v. II.
3. EPH. v. 12 13.

brenatural. El sacramento por el cual entramos a formar parte de ella, es decir, el Bautismo, es también sobrenatural. El fin que ella persigue, que es la salvación eterna, y los medios que emplea para que la obtengamos, es decir, las enseñanzas de los predicadores y los sacramentos, todas estas cosas pertenecen al orden sobrenatural.

Segunda consecuencia: La Iglesia es una sociedad distinta de todas las otras. Pues, teniendo un origen que le es propio, teniendo un fin y unos medios propios para alcanzarlo, los cuales le son exclusivos, la Iglesia es una sociedad que no depende de ninguna otra, que no está subordinada a ninguna otra, que no entra, como una parte, en ninguna otra. En una palabra, la Iglesia es soberana en todo lo que se refiere a las cosas sagradas. En este orden, nadie puede disputar sus derechos o cohibirlos. La Iglesia no depende sino de ella misma, mejor dicho, no depende sino de Dios, por el cual es, lo que es, y ha recibido todo lo que tiene. ¿Es inútil recordar estas cosas en nuestro tiempo, en el que, como vemos, tantos espíritus están en peligro de caer en graves errores, por no tener en estas materias nociones claras?...

Tercera consecuencia: Si la Iglesia y la sociedad civil son distintas—y ellas lo son en efecto, por ser las dos soberanas, una en el orden espiritual y la otra en el temporal—no podemos decir que sean iguales. La Iglesia es más noble por su origen; Dios la ha fundado por sí mismo, inmediatamente, le ha dado su constitución y su forma, su modo de existencia y sus órganos de funcionamiento; pero la sociedad civil, Dios la ha establecido de una manera general, en el sentido que ha hecho social al hombre, sin determinar las condiciones particulares que le han de regir como consocial. Más noble es aún la Iglesia por la extensión de su poder, ni limitado en el tiempo, ni restringido en el espacio, como enseña el mismo Jesucristo, y lo recordábanos hace poco: Todo poder me ha sido dado

en el cielo y en la tierra... id y enseñad a todas las naciones... he aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos... en cambio, vemos a la sociedad civil fraccionarse hasta el infinito en nacionalidades diferentes, regidas por leyes y gobiernos diferentes, y de una duración limitada. Sobre todo, es más noble la Iglesia por su fin, que consiste esencialmente en procurar la salud eterna de las almas, o en ponerlos en feliz posesión de los bienes eternos; la sociedad civil, en cambio, no puede tener otro fin directo que la felicidad temporal de sus miembros y asegurarse la posesión apacible de los bienes temporales: *Ut quietam et tranquillam vitam agamus*¹... Ventajas, sin duda, muy apreciables, pero, sin comparación infinitamente inferiores a aquellas riquezas, que ni la herrumbre enmohece, ni los ladrones arrebatan, y de las cuales dice el Apóstol, con frase gráfica: El ojo del hombre no ha visto, ni su oído ha escuchado, ni su corazón ha podido comprender nunca, lo que Dios reserva a los que le aman?...

No queremos decir, en manera alguna, que estas dos sociedades sean entre sí contrarias, ni que deban vivir en guerra continua. ¿Podríamos considerar al cuerpo como enemigo del alma, o al alma del cuerpo? No, sin duda alguna, ya que su unión es fecunda, y su acuerdo aprovecha a ambas. En el mismo mundo físico ¿venos, tal vez, a las distintas fuerzas que allí imperan, combatirse y destruirse? No; Dios que las ha producido las tiene en su mano, y las dispone de tal suerte, que unas no estorban a las otras, y todas concurren al bien general. Así pasa en cuanto a la Iglesia y a la sociedad civil, en un orden de cosas infinitamente más elevado. Dios, que ha instituido a ambas, no las ha instituido a pesar de ser distintas y de desigual dignidad, para que luchasen mutuamente; sino para que, con su mu-

1. I Tim. c. II, v. 2.
2. I Cor. c. II, v. 9.

tuo acuerdo y armonía, originasen una multitud de bienes, que redundasen en beneficio de cada una de ellas. ¿Tenéis necesidad de largos razonamientos para ver las consecuencias de esta inteligencia? ¡Oh cuán próspera sería la Iglesia, y por tanto la difusión de la vida cristiana, si la sociedad civil concediese a la eclesiástica, no la sola tolerancia, esto es un *minimum* libertad verdadera, una protección equitativa, un amplio reconocimiento de todos sus derechos! ¡Cuán fácil y cuán fructuosa sería su misión si los conductores soberanos les es concedido, a fin de que la virtud sea protegida, de que el camino del bien sea facilitado y de que el imperio de la tierra sirva al imperio del cielo, como san Gregorio papa lo escribía a un gran emperador¹!... Y por otra parte ¡cómo prosperaría la sociedad civil, al menos en la medida que las condiciones de la vida presente lo permiten, si la Iglesia tuviese libertad de acción, si todas sus enseñanzas fuesen aceptadas, sus leyes obedecidas, su culto honrado, sus obras de caridad y de celo favorecidas y apoyadas!... Decidnoslo sino, gran Papa, ya que Dios os reservaba, en su misericordia, para derramar más luz sobre las graves cuestiones de nuestro tiempo. Vos nos decís que aunque la Iglesia, en su misión propia, tenga por fin la salvación eterna de las almas, no obstante, en la esfera de las cosas humanas, ella es principio de tantas ventajas, que no las podría proporcionar mayores, ni más numerosas, en el caso de que hubiera sido instituida para asegurar la felicidad de esta vida... También nos decís que, aunque la Iglesia tenga como fin propio la felicidad eterna de las almas, no obstante, en la esfera de las cosas humanas es origen de tales ven-

1. Ah hoc enim potestas dominorum meorum pietati caelestis data est super omnes homines, ut qui bonum appetunt adjuvantur ut caelorum via largius pateat, ut terrestre regnum caelesti regno famuletur. GREG. Libr. 2. Epist. 62.

tajas, que no podría procurarlas mayores ni en tan gran número, si hubiese sido fundada solamente para asegurar la felicidad de esta vida!... En último lugar, decís que, lejos de dejarse absorber por los cuidados espirituales, la Iglesia no negliges nada de lo que se refiere a la vida terrestre, y que en lo que se refiere a los humanos y a los trabajadores, hace todos los esfuerzos para sacarlos del estado angustioso en que se encuentran, y les desea una suerte mejor!...

Después de palabras tan autorizadas, puedo legítimamente, antes de concluir, enunciar esta conclusión que querría grabar en vuestros corazones: La Iglesia es una madre no menos en el orden temporal que en el espiritual; y a ejemplo del divino Maestro, del cual es la continuación, ha pasado, pasa y pasará a través de los siglos, haciendo el bien; y si ella aspira a una mayor libertad, es únicamente por este doble fin: hacernos felices en esta vida y en la otra.

1. Encicl. Rerum Novarum.—No son solamente las grandes encíclicas de León XIII, sino aun las cartas particulares testimonio de su celo en establecer en la práctica lo que en principio es justo: el acuerdo entre la Iglesia y la sociedad civil; como también dan testimonio de su persuasión de las ventajas de este acuerdo entre las dos potestades. Así, en el mes de Marzo último, y con ocasión del centenario de San Gregorio el Grande, escribía: Nada podría ser más útil y saludable en nuestro tiempo que ver, en la historia del siglo de San Gregorio, como la virtud divina de la Iglesia es poderosa para curar los males públicos o privados, cuando no se ve impedida de ejercer su acción entre los hombres, para bien de la civilización y mayor prosperidad de los Estados e Imperios...

SERMON TRIGESIMO SEGUNDO

Las notas de la Iglesia.

Creo... en la santa Iglesia católica.

Aperiendae autem sunt fidelibus huius Ecclesiae proprietates, ex quibus licebit agnoscere quanto beneficio a Deo affecti sint, quibus contigerit in ea nasci et educari.
Catech. Rom. cap. 10

En la precedente instrucción, hemos hablado del origen de la Iglesia, de su institución por Jesucristo, del fin que El le asignó, y de los medios de que la ha provisto para alcanzar este fin; fin y medios que hacen de la Iglesia una sociedad completamente distinta y perfecta en su orden.

Con esto, no hemos agotado la materia, ni con mucho. Y porque es propio del hombre falsificarlo todo, aun las obras más excelentes de Dios, y que, en virtud de esta triste cualidad, se han formado diversas sociedades cristianas que reivindiccan el honor de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, el deber del pastor de almas, como enseña el Catecismo Romano, está en explicar a sus fieles, cuales son las notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo, y a cual de las sociedades cristianas se aplican estas notas exclusivamente; a fin de que sabiendo que no somos hijos adulterinos, sino de la verdadera y legítima esposa de Jesucristo, demos gracias a Dios por tal beneficio... Es lo que nos proponemos hacer en esta instrucción y en la siguiente. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Antes de comenzar a hablar sobre el tema que acabo de indicaros, hagamos una reflexión preliminar sobre la importancia del mismo.

Siendo Jesucristo el camino, la verdad y la vida¹, la vid en la que hemos de ser injertados², la cabeza a cual debemos estar unidos en calidad de miembros³, el nombre por el cual hemos de salvarnos⁴, la puerta por la que debemos pasar, si no queremos perir, necer sin morada⁵... el no investigar cuando hay oportunidad, donde está este camino, esta verdad, esta vida, donde está esta vid, esta cabeza, esta puerta y este nombre, equivale a renunciar a salvarse, o por lo menos, a comprometer la salvación gravemente; porque como decía un doctor antiguo: No tendrá a Dios por Padre, el que no haya querido a la Iglesia por madre⁶.

Pero ¿en qué consiste esta Iglesia? ¿Dónde encontraremos a esta Iglesia de Jesucristo, a la cual todos debemos conocer? ¿Cuáles son sus notas distintivas, derivadas de su esencia, y de tan fácil averiguación? Porque no podemos dudar un solo momento, que la Iglesia está provista suficientemente de ellas. De lo contrario, Jesucristo habría dejado su obra incompleta; no habría tenido en cuenta suficientemente nuestras necesidades, ya que, de una parte, pondría como condición *sine qua non* para la salvación, la incorporación a su Iglesia, y por otra parte, no nos daría posibilidad de distinguirla de sus imitaciones humanas. Busquemos pues, examinemos y comparemos; la verdad será el fruto de nuestros esfuerzos.

Es cierto, en primer lugar, que la verdadera Iglesia no puede ser sino una. Abrid el Evangelio y leed; los términos que emplea Jesucristo, expresan claramente la

1. Joan. c. XIV, v. 6.
2. Ibid. c. XV, v. 5.
3. Apud. Paul, passim.
4. Act. c. IV, v. 15.
5. Joan. c. X, v. 9.
6. Cyr. De Unit Eccl.

unidad: Es un reino único¹, un rebaño único², un solo aprisco³. A más, en la súplica, verdaderamente sacerdotal, que Jesucristo dirigió a su Padre, en la vispera de su pasión y muerte, tuvo por objeto principal, pedir la libertad de la Iglesia. Dijo: Padre santo, conservad en vuestro nombre a todos aquellos que me habéis dado, a fin de que estén unidos, de la misma manera que tú y yo lo estamos⁴... y añade: No ruego solamente por ellos, sino también por todos los que han de creer en mí, a fin de que todos no sean sino una sola cosa. Así como vos ¡oh Padre! estáis en mí, y yo en vos, que sean ellos una sola cosa en nosotros, a fin de que sepa el mundo que vos me habéis enviado⁵. En fin, los derechos que Jesucristo confiere a su Iglesia, los poderes que le atribuye, y la autoridad de que la reviste, suponen la unidad. ¿Hay necesidad de largos razonamientos? ¿Quién no lo ve claramente? Si la Iglesia no es esencialmente una en su gobierno y en su doctrina; si no es sino una mezcla de partes heterogéneas, es decir, de sectas discordantes, pregunto: ¿en qué sentido Jesús habrá podido decir: El que os escucha, a mí me escucha, el que os desprecia, a mí me desprecia⁶... O bien: Si alguno no escucha a la Iglesia tenedle por pagano⁷... Sería, pues, posible obedecer a la vez a distintas autoridades que combatirán entre sí, cumplir preceptos opuestos, y crear el sí y el no sobre el mismo punto? Puedo escuchar al mismo tiempo a Arrio, a Nestorio, a Eutiques, a Pelagio, a Lutero, a Calvino y a la Iglesia que los condena a todos? No insistamos más. La esencia de la Iglesia exige que sea única, es decir, que los miembros que la componen tengan y pro-

1. In Evang. passim.
2. Joan. c. X.
3. Ibid.
4. Joan. c. XVII.
5. Joan. c. XVII.
6. Luc. c. X.
7. Matth. c. XVIII.

feser la misma fe, participen a los mismos sacramentos, y obedezcan a los mismos pastores, bajo la dirección de un jefe único. Y como pertenece a la naturaleza de esta propiedad, el no estar escondida, y el exteriorizarse, ella es, por lo mismo, fácil de ser observada; y con sólo abrir los ojos tendremos una señal segura, por medio de la cual reconocemos sin esfuerzo a la verdadera Iglesia de Jesucristo: la unidad.

Es cierto, además, que la verdadera Iglesia de Jesucristo no puede dejar de ser santa. ¿Cómo podría dejar de serlo? En ella todo es santo, y en primer término su fundación.

Esta fundación es obra de Jesucristo que es la misma santidad, el cual, como dice san Pablo, ha amado a la Iglesia hasta el punto de entregarse a la muerte por ella, a fin de santificarla, purificándola por medio del agua y de la palabra de vida, por lo cual la Iglesia puede parecer ante El sin mácula ni arruga que la desfigure en adelante, por ser santa e irreprochable.

Su doctrina es santa: es la misma doctrina de Jesucristo, el cual después de haber instituido a la Iglesia, para que continuase su misión en este mundo, la hizo al mismo tiempo y con este fin, depositaria de sus enseñanzas. Id, dijo a los apóstoles, y enseñad a todas las naciones, enseñándolas a guardar cuanto os he prescrito², es decir, no menos los preceptos de la moral, que las verdades de la fe.

Sus sacramentos son santos, y con mayor razón que los ritos ceremoniales de la antigua ley: sin duda, estos sacramentos de la Sinagoga significaban la gracia, pero no la conferían; mostraban, por medio de símbolos al Salvador futuro, pero no suministraban la gracia por sí mismos; en cambio todos los sacramentos de los cuales la Iglesia es depositaria y administradora, confieren la gracia que significan, por una virtud que les es propia.

1. Eph. c. V, v. 27.
2. Matth. c. XXVIII.

Su sacrificio es santo: ¿podría dejar de serlo? La oblación era el mismo Jesucristo inmolado en su cuerpo, en su sangre, en su alma y en su divinidad. La víctima de los judíos, dice un autor antiguo, era un buey: *Habuit bovem Judaens*; la víctima del cristiano es el mismo Jesucristo: *Habet Christum christianus*; la conclusión es clara, y el mismo autor la formula con un lenguaje atrevido, pero de una exactitud teológica perfecta: el sacrificio que posee la Iglesia de Jesucristo, sobrepaja al sacrificio de los judíos, de la misma manera que Jesucristo está por encima de un animal sin razón: *Cujus sacrificium tanto excellentius est, quanto Christus bove major est*!

El ministerio de la Iglesia es santo: advertid que no digo sus ministros, porque son hombres y participan de la flaqueza humana; pero, lo que hacen en calidad de apóstoles, de evangelistas, de pastores o de doctores, todo es santo, y tiende a la formación de santos; las funciones de estos miembros son diversas, el fin mismo es común: edificar el cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia².

Sus miembros son santos, aunque no todos, pues siempre habrá en ellos gran diversidad: la Iglesia es y será siempre, como enseñan las parábolas del Evangelio, el campo en el que la cizaña crece como la buena semilla, la era que contiene la paja y el buen trigo, la red lanzada en el mar y que saca peces de toda suerte; pero todos estamos llamados a ser santos, todos podemos serlo, y algunos lo son, en grado diverso, y esto basta como basta a un árbol para que pueda considerarse vivo, que lleve frutos, y que pueda llevarlos, aunque en su robusto ramaje hubiesen algunas ramas muertas. En fin y sobre todo, el espíritu que rige a la Iglesia y la vivifica, como el alma rige y vivifica al cuerpo, este espíritu es santo, porque es el mismo Espíritu Santo

1. PEDRO DE CLUNY
2. EPH. c. V, v. 10, 11.

prometido a la Iglesia por Jesucristo, y enviado por Él en el día de Pentecostés, el cual no ha cesado, ni cesará de residir en su seno, y de manifestarse según los tiempos, los lugares, las circunstancias y las necesidades, sea por la profecía, sea por el milagro o por cualquier otra operación exterior y sensible, fácil de percibir y que demuestran a todo hombre deseoso de alcanzar la verdad, que la Iglesia en la que se producen muestras tan claras de la presencia del Espíritu de Dios, es la Iglesia de Dios, como el cuerpo en el cual el alma ejerce su influencia, es su propio cuerpo... No insistamos más; la segunda señal por la que reconocemos a la verdadera Iglesia de Jesucristo, es la santidad.

Pero, nuestra tarea no está concluida. También habéis de reconocer que la verdadera Iglesia de Jesucristo no puede dejar de ser católica o universal. Y vamos a demostrar que posee esta cualidad.

Permítidme que os diga que uno de los recuerdos que sin duda guardaréis del relato de la pasión de Nuestro Señor, es el de la inscripción puesta, por orden de Pilato, en lo alto de la cruz, en estos términos: Este es Jesús, Rey de los Judíos, la cual estaba redactada en hebreo, en griego y en latín, es decir, en las tres grandes lenguas del mundo antiguo: *Hebræ et super scripto scripta super eum, literis Græcis, et latinis, et hebraicis: Hic est Jesus Rex Judæorum*!... Pues bien, en este escrito, que a su manera anunciaba la divina realeza del Salvador, los comentaristas más autorizados han visto una figura de la Iglesia universal, llamada, con misión propia, a predicar la misma realeza divina, en cada una de estas tres lenguas y en cada uno de sus dialectos, es decir, en el mundo entero. Y después de las figuras tenemos las profecías. Cosa digna de atención: si es cierto que los profetas han relatado anticipadamente toda la vida de Jesucristo, no

1. LUC. c. XXIII, v. 38.

lo es menos, que han sido más explícitos aun respecto de la Iglesia¹; nada les escapa de las luchas que habrá de sostener, ni de las fases diversas por las que tendrá que atravesar; pero no hay nada a que su pluma inspirada dé tanto relieve, como la difusión de la Iglesia por todo el universo. Ellos nos la describen como la casa del Señor en la que se reunirán todos los pueblos²... o como una alta montaña que llenará toda la tierra³... o como un reino que se extiende de un mar a otro mar, y no termina sino con el mundo⁴... Alégrate estéril que no concebías, nos dice Isaías, entona cánticos de alabanza, prorrumpe en gritos de alegría, porque tus hijos son más numerosos que los de la esposa más fecunda. ¿Dónde los abrigarás? Escoge un lugar más espacioso, agranda las tiendas, extiende los cobertizos y las cuerdas, refuerza las estacas, y mira a derecha y a izquierda, porque toda la tierra es tuya⁵... En este magnífico lenguaje, canta Isaías, con ocho siglos de anticipación, a las naciones en marcha hacia la Iglesia, y a la Iglesia que dilata su seno para recibirlas.

Pero, hay algo mejor que las profecías: podemos asistir a su realización. Leed, en el día de Pentecostés, el capítulo segundo de los Actos: en su primera aparición oficial, la Iglesia es ya católica, o sea, universal; ella habla en todas las lenguas, y cada uno de los veinte pueblos presentes entonces en la ciudad santa, oye a los apóstoles en su lengua propia: *Audiebat unusquisque lingua sua illos loquentes*⁶... Después de algún tiempo, los doce se reparten por el mundo que han de recorrer y de conquistar, y apenas transcurrido un

1. Prophetæ plenius et apertius de Ecclesia quam de Christo, locuti sunt, cum in ea multo plures errare ac decipi posse, quam in incarnationis sacramento, præviderent. Catech. Rom.
2. Isai. c. II, v. 2.
3. Dan. c. II, v. 35.
4. Psal. LXXI.
5. Isai. c. LIV, v. 1 y sig.
6. Act. c. II, v. 6.

cuarto de siglo, san Pablo puede ya escribir a los fieles de Roma, que su fe es predicada y conocida en todo el mundo¹. Brotan y pululan las herejías; ¡no importa! la Iglesia permanece siempre la misma, siempre visible, siempre católica, en teoría como en hecho, en realidad como en el nombre²... Y este fenómeno se perpetúa de siglo en siglo, y la razón de ello es evidente: si Dios quiere la salvación de todos los hombres, debe querer igualmente un instrumento para salvarlos que pueda ser conocido de todos, que esté al alcance de todos, y sea de un uso fácil para todos... Por lo tanto, la tercera señal por la cual podremos reconocer a la verdadera Iglesia de Jesucristo se deduce de la misma naturaleza de la Iglesia, y es la catolicidad.

¿Hay aún alguna otra nota?

Es cierto, en cuarto lugar, que la verdadera Iglesia de Jesucristo no puede dejar de ser apostólica. No me detendré en demostrarlo largamente porque es la misma evidencia. Jesucristo ha fundado a la Iglesia valiéndose de los apóstoles³. A los apóstoles solamente, Jesucristo comunicó su doctrina para que fuese predicada perpetuamente, sus sacramentos para ser administrados perpetuamente, el ministerio pastoral para ser ejercido perpetuamente. Id, les dijo, y enseñad a todas las naciones, bautizadlas, y enseñadlas a observar cuanto os he prescrito⁴... Toda la Iglesia pues, que no esté edificada sobre este fundamento, y unida a él con lazos de origen y de dependencia, es una falsa Iglesia; todo pastor que no remonta a esta fuente por la profesión de la misma fe, por la ordenación legítima, o por una misión legítima, es un intruso, y como decía san Optato: un hijo sin padre, un seguidor sin jefe, un discípulo sin maestro, un sucesor sin predecesor, un

1. Rom. c. I, v. 8.
2. S. CIRIL. DE JERUS. Caten. 18.—S. Paciano, Epist. ad Sympr.
3. Eph. c. II, v. 20.
4. MATTH. c. XXVIII.

pastor sin rebaño, un obispo sin pueblo¹. Ciertamente, sería difícil expresar más claramente y con mayor brevedad, que además de la unidad, de la santidad y de la catolicidad, existe una cuarta nota de la Iglesia de Jesucristo: la apostolicidad.

Y después de haber explicado la primera parte de nuestro programa, no nos falta, sino bendecir a Dios y darle nuestras más fervientes acciones de gracias, por haber señalado a su Iglesia, verdadera arca de salvación, con tales signos de autenticidad, que nadie teme peligro de error... Y cuando habremos visto, como me propongo mostrároslo en la siguiente instrucción, tales que se distinguen con este nombre, aquella a la cual estas notas se aplican exclusivamente, os lo repito, tendremos aún mayor ocasión de proferir acciones de gracias.

1. Lib. 2 de schism. Donatist. c. IV.

SERMON TRIGESIMO TERCERO

La Iglesia Romana.

Creo... en la santa Iglesia católica.

Unam igitur Ecclesiam sanctam,
catholicam et apostolicam esse, neces-
sario credendum est.
Catech. Rom. cap. 10

En la última instrucción, como recordaréis perfectamente, hemos indicado las notas que debe tener la verdadera Iglesia de Jesucristo.

La verdadera Iglesia de Jesucristo ha de ser una. La verdadera Iglesia de Jesucristo ha de ser santa. La verdadera Iglesia de Jesucristo ha de ser católica. La verdadera Iglesia de Jesucristo ha de ser apostólica.

¿Qué hemos de deducir de esto? Sencillamente, lo que sigue: 1.º que, así como una pieza de moneda ha de tener el peso, la sonoridad y la efigie que le pertenece, sin lo cual es tenida por falsa, también toda iglesia que aspire a ser verdadera Iglesia de Jesucristo, y que no presente las notas o caracteres explicados, debe ser rechazada, como obra de un falsario; 2.º que la Iglesia que responderá a estas notas, deberá ser reconocida como la auténtica Iglesia de Jesucristo.

Investiguemos la segunda parte de este cuestionario, como hemos investigado la primera, con la gracia de Dios. Y aunque estos temas os parezcan áridos, observad que tienen un interés real. Hijos como somos de la santa Iglesia romana, no debemos contentarnos con

poseer la verdad, sino que es necesario que sepamos reflexivamente que la poseemos, y por qué la poseemos. Hecha esta observación voy a entrar en materia.

Es claro que no podemos aquí sacar a colación esas innumerables sectas, que deshonraron al Cristianismo durante los tres o cuatro primeros siglos de su existencia; hace mucho tiempo que murieron, si no como doctrinas, al menos como iglesias; así murió el Arrianismo, el Nestorianismo, el Eutiquianismo, el Pelagianismo... sociedades que se llamaban cristianas, pero que no poseyeron, en el tiempo de su mayor desarrollo, ni la unidad, ni la santidad, ni la catolicidad, ni la apostolicidad.

No podemos, en efecto, tratar sino de las iglesias actualmente existentes, y que constan de un número muy desigual de fieles, es decir, de la Iglesia Griega, de la Iglesia Protestante, y de la Iglesia Católica. De estas tres iglesias ¿cuál es la verdadera Iglesia de Jesucristo? ¿Será la Iglesia Griega? Con este nombre, designamos no a la Iglesia oriental que brilló con tanto esplendor en los orígenes del Cristianismo, y cuyo nombre recuerda, al momento, a san Atanasio, a san Basilio, a san Gregorio Nazianceno, a los dos Cirilos, a san Juan Crisóstomo, y a una multitud de otros... sino a esta misma Iglesia degenerada, que en el siglo octavo y que después de esta época, persevera en el undécimo obstinación que ha resistido a todos los esfuerzos. Pídanosle, al menos, que muestre sus títulos.

¿Será una esta Iglesia dividida en tantas partes como unía al centro de la unidad, después que rompió el lazo que la unía al centro de la unidad?

¿Será santa esta Iglesia que se puede comparar a un cadáver helado, cuyo frío le ha conservado la forma¹, o a una rama separada del tronco, y, por lo mismo incapaz de producir ningún fruto?

1. De MAISTRE. Le Pape, lib. 4, cap. 2.

¿Será católica, es decir universal, esta Iglesia inmortalizada y como acantonada en las regiones que ocupa, sin hacer el menor intento de proselitismo para extenderse a otros países?

¿Es apostólica esta Iglesia a la cual nada hace rememorar a la fuente de donde todo proviene, ni la sucesión de sus pastores, ni la transmisión de los poderes de jurisdicción? Reducida al más abyecto de los servilismos, recibe la investidura de las funciones que ejerce—la historia lo atestigua suficientemente—: en Grecia del Rey de los helenos, en Moscou del Zar de Rusia, y lo que es más humillante todavía, en Constantinopla del mismo emperador de los turcos¹.

No insistamos más. La Iglesia griega no tiene ninguna de las notas que hemos indicado: no es una, ni santa, ni católica, ni apostólica. La Iglesia griega no es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

¿Lo será, tal vez, la Iglesia protestante? Recorramos el mismo camino respondiendo al mismo cuestionario.

¿En primer lugar, es una? Pero ¿no es lógico que no puede serlo, en virtud de sus mismos principios, es decir, en virtud de la interpretación individual de las santas Escrituras—lo que equivale a rechazar toda autoridad—y no está completamente demostrado que, en el terreno de los hechos, no es una, sino que las sectas que pululan en su seno son hasta tal punto discordantes, que un ministro protestante podía decir hace poco, que se comprometía a escribir en la uña de su dedo pulgar, todo lo que es objeto de fe común entre sus hermanos de religión?

¿Es tal vez, santa? Pero ¿podemos olvidar que en el protestantismo los sacramentos han sido abolidos en sus dos terceras partes, que el santo Sacrificio no existe, que la Eucaristía no está allí, sino como simulacro, que la invocación de los santos y de la Reina de los santos es considerada una idolatría, que las obras buenas

1. De MAISTRE, Le Pape, lib. 4, passim.

nas son juzgadas inútiles para la salvación, y que, según su Credo, la fe justifica por sí misma, pudiendo cada uno pecar cuanto quiera, mientras crea aún con mayor fuerza el "*pecca fortiter, et crede fortius*"¹?

¿Ella es católica?

No, ciertamente, ni en principio, ni en hecho. La universalidad deriva de la unidad, y donde no hay la unidad, la universalidad ha de faltar necesariamente. Puede decirse de los protestantes, lo que, en su tiempo, decía san Agustín de ciertos herejes o cismáticos: que habiendo empuñado el cuchillo de división, para separarse de la Iglesia de Jesucristo, dicho cuchillo se ha quedado con ellos, y por el uso que de él han hecho después continuamente, ellos mismos se han dividido en un número casi infinito de pedazos: *Qui se ab unitate praeclerunt, in quot frustra divisi sunt*.

¿Es apostólica? Menos aun que una, santa y católica. ¿Quién no sabe que el protestantismo data del siglo dieciséis, y que ha tenido por autores, Lutero en Alemania, Calvino en Francia y Enrique VIII en Inglaterra? ¿A quién sucedieron éstos? A nadie. ¿De quién tenían la misión? De nadie. ¿Por qué lazo se unían a los apóstoles, y por los apóstoles a Jesucristo? Por ninguno. Sois de ayer, les habría dicho Tertuliano, como lo decía a los herejes de su tiempo: *Haesternis estis*².

La conclusión es clara, y no difiere de la precedente: Como la Iglesia griega, la protestante no tiene ninguno.

1. Expresión satánica de Lutero. Tal vez esta autorización de la licencia, ha sido causa que se dijese de la religión protestante, que es muy cómoda para vivir, pero no para morir.

2. Apud Bosuet. Instrucción sobre las promesas de la Iglesia.

3. Adversus Praxe.—El padre de san Francisco de Sales, M. de Boisy, decía con su habitual buen sentido, que tenía a la religión protestante por falsa, por el solo hecho de haber salido del cerebro de hombres licenciosos, en tan poco tiempo, que dicha religión era más joven que él, en unos doce años. HANON. t. I.

na de las notas dichas; no es una, ni santa, ni católica, ni apostólica. La Iglesia protestante no es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Y después de haber hecho estas eliminaciones, aparece la santa Iglesia Romana, nuestra madre; que venga, con sus credenciales en la mano.

La Iglesia católica es una: a cualquier siglo que pertenecan, y en cualquier región que habiten, los católicos romanos profesan la misma fe, rinden a Dios el mismo culto, participan a los mismos sacramentos, y obedecen al mismo jefe. La Iglesia católica es en el sentido de la Escritura, una casa bien ordenada¹, un rebaño unido bajo un solo cayado², el cuerpo místico del Salvador, cuyas partes entrelazadas forman un todo caracterizado por su fuerza y su belleza³.

También es santa: lo es en sus dogmas, en su moral, en sus ritos ceremoniales, y, no tenemos decirlo, en un gran número de sus miembros. ¿Quién lo prueba? La intervención de Dios. En efecto, desde el día en que Jesucristo subió al cielo, *los apóstoles, habiendo partido por su orden, predicaron la doctrina divina, colaborando el Señor con ellos, y confirmando sus palabras por medio de prodigios*⁴, hasta la hora presente; y no transcurrió un siglo, ni un cuarto de siglo, ni una fracción aun menor sin que Dios, por medio de milagros, diese testimonio en favor de la Iglesia romana, de las verdades que predica, de los sacramentos que confiere, del sacrificio que ofrece, y de aquellos hijos suyos que, observando sus preceptos y sus consejos, tienden, con todas sus fuerzas, a la perfección sobrenatural de su ser. ¿Quién no sabe que ningún cristiano, por eminente que sea su virtud, no es inscrito en el catálogo de los santos, sin que sea instituido un proceso, para probar su santidad, el más severo, el más

1. TIMOTH. c. III, v. 15.

2. JOAN. c. X.

3. EPH. c. IV, v. 16.

4. MARC. c. XVI, v. 20.

riguroso, y que frecuentemente no dura menos de un siglo? Es decir, la Iglesia necesita para esta inscripción milagros tan bien probados, por el testimonio público y por la ausencia de una causa natural que explique los hechos conceptuados milagrosos, que si fuese posible negarlos, no habría documentos ni autores a los que se pudiese prestar el menor crédito.

Esta Iglesia es católica, es decir, universal. Lo era ya en el primer siglo, y de ella san Pablo decía que su fe era conocida en el mundo entero¹. De ella, decía san Agustín, que los mismos herejes la calificaban con el nombre de católica, constándoles que de no hacerlo así no habrían sido comprendidos por nadie². Ella no cesó de serlo, ni en el siglo undécimo por la defección de los griegos, ni en el décimo sexto por la revolución protestante, habiendo compensado muy pronto las pérdidas con nuevas conquistas. Pero, hoy es católica en un grado eminente. En el día en que plugo al gran papa Pío IX reunir un Concilio general, pidió el curso de cincuenta y cinco cardenales, once patriarcas, diez primados, ciento setenta arzobispos, setecientos cuarenta y nueve obispos, seis abades exentos, veintitrés abades generales, un administrador apostólico, veintinueve generales de órdenes religiosas, en conjunto mil cincuenta miembros venidos de las cinco partes del mundo. Fué la prueba auténtica de la catolicidad de la Iglesia Romana.

Su apostolicidad no brilla con menor esplendor que las demás notas. Todo lo que ella enseña sobre las verdades que hay que creer, sobre las virtudes que hay que practicar, sobre los sacramentos que hay que recibir, lo ha recibido de los apóstoles, que, a su vez, lo recibieron de Jesucristo, sin ningún intermediario. Todo el depósito de la fe ha pasado de mano en mano sin sufrir alteración. Y no menos continua es la sucesión

1. Rom. c. 1, v. 8.
2. De Vera Religione, cap. 7.

de sus pontífices. Cuando el hereje intenta remontar el curso de los tiempos, ha de detenerse en Lutero, si es luterano, en Calvino, si es calvinista, en Enrique VIII, si es anglicano; más allá, todo sigue sin continuidad. ¡Cuán diferente es la condición del católico romano, el cual, por una línea ascendente e ininterrumpida, va del actual ocupante de la Sede Apostólica, pasando por todos sus predecesores, hasta san Pedro! Si, en el siglo quinto bajo el papa Anastasio, san Agustín podía decir: Entre los motivos que me unen a la Iglesia romana, uno de los más poderosos es la sucesión ininterrumpida de sus pontífices! ¡Qué no hubiera dicho en el siglo veinte, en el que, desde san Pedro hasta Pío XI, actualmente reinante, contamos más de doscientos sesenta papas!

Hemos terminado nuestro estudio, y desde ahora conocemos su resultado. Entre todas las sociedades cristianas que pretenden el honor de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, la Iglesia romana es la única que tiene las notas indispensables. Solamente ella es Una, Santa, Católica y Apostólica. Solamente ella es la verdadera Iglesia de Jesucristo. Podríamos haber añadido que nos la ha dado por madre. Podríamos haber añadido que el seno de la infidelidad, del cisma o de la herejía; pero podemos exclamar con san Agustín, que una de las más grandes satisfacciones que podemos tener es el sabernos en plena posesión de la verdad: *Gaudium de veritate*.

Amemos a esta madre de lo más íntimo de nuestro corazón; mostrémonos, con respecto a ella, en nuestras palabras y en nuestros actos llenos de un respecto, de una sumisión y de un amor filiales.

¡Oh santa Iglesia romana, madre de las Iglesias, y madre de todos los fieles, Iglesia escogida por Dios

1. In Ecclesia catholica me tenet, ab ipsa sede Petri apostoli, usque ad presentem episcopatum, successio sacerdotum. Cont. Epist. Fundamenti, c. 4.

para unir a sus hijos en la verdadera fe y en la verdadera caridad, si llevo a olvidarte, que me olvide de mí mismo! Que mi lengua se seque y se pegue al paladar, sino no tengo siempre presente en mis recuerdos, y si no te invoco en todos mis cánticos de regocijo: *Adhaereat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui, si non proposuero Jerusalem in principio laetitiae meae*¹.

1. Psal. 136.

SERMON TRIGESIMO CUARTO

La infalibilidad doctrinal de la Iglesia.

Creo... en la santa Iglesia católica

Haec una Ecclesia errare non potest in fide ac morum disciplina tradenda, cum a Spiritu Sancto gubernetur.

Catech. Rom. cap. 10

Hemos visto en las dos instrucciones precedentes, que la verdadera Iglesia de Jesucristo ha de ser una, santa, católica y apostólica, y que sólo la Iglesia romana responde a estas exigencias. Ella es una, santa, católica y apostólica. Pues, solamente la Iglesia romana, con exclusión de cualquiera otra sociedad cristiana, es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Pero esto no basta. Una verdad engendra otra verdad. Si, como tenemos de ello la firmísima convicción, la Iglesia romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, y es asistida y regida por el Espíritu Santo ¿quién dudará que sea infalible, es decir, que está dotada de la feliz imposibilidad de engañarse o engañarnos, siempre que enseña alguna verdad en materia de fe, o que se refiere a la moral? Una Iglesia que hoy es verdadera ¿podría serlo mañana si estuviere sujeta a error? Pero, este punto de doctrina es demasiado importante para no ser tratado sino como simple corolario, teniendo derecho a mayor espacio en estas explicaciones. Por esto, aunque nos parezca ya evidente, queramos consignar esta lección para aclararlo más. ¡Dios nos ayude con su gracia!...

Nadie ignora que sólo Dios, por la exigencia de su símbolo - 19

perfectísima naturaleza, es infalible. Y si fuera de El, existe algún ser individual o colectivo que también lo sea, no podrá serlo sino en virtud de un don que le habrá sido comunicado. Todo versa pues, en saber si la Iglesia ha recibido este don.

En el Evangelio encontraremos la solución. Abrámosle pues, y recorramosle con atención.

En el capítulo décimo sexto de san Mateo, vemos que, según expresión de Nuestro Señor, la Iglesia está edificada en una roca incommovible, y que jamás las puertas del infierno, es decir, las fuerzas de que el demonio dispone, prevalecerán contra ella¹.

En el capítulo vigésimo octavo del mismo Evangelista, vemos que Jesucristo dió orden a sus apóstoles y a sus legítimos sucesores, de ir por todo el mundo y enseñar a todas las naciones, enseñándolas a observar todas las cosas que El había prescrito; y al mismo tiempo que les confió esta misión, les aseguró que permanecería con ellos hasta la consumación de los siglos².

En el capítulo decimocuarto de san Juan, vemos que en retorno de la fidelidad de los apóstoles en guardar sus mandamientos, Jesucristo, con la infalible eficacia que posee, orará para que su Padre les envíe otro Paracleto o consolador, o, como lo expresó, El mismo, el Espíritu de verdad, el cual permanecerá con ellos y en ellos, enseñándoles todo lo que deben saber, y recordándoles todas las cosas que El les había explicado³.

En el capítulo dieciséis del mismo Evangelista, vemos que Jesucristo no ignora la debilidad de sus apóstoles y su impotencia para llevar la carga de las grandes verdades, de las cuales les ha constituido depositarios y les dice que cuando el Espíritu venga—y vino, en efecto, en el día de Pentecostés con gran apa-

1. MATH. c. XVI, v. 18.
2. Ibid. c. XXVIII, v. 20.
3. JOAN. c. XIV, v. 26.

rato—este Espíritu les instruirá con toda verdad, y les comunicará la fuerza para sostener su peso¹.

¿Tenemos necesidad de otros testimonios? ¿Existe un espíritu, por poco libre que esté de prevenciones, que no vea, no digo ya en todos los textos citados a la vez, sino en cada uno de ellos en particular, la infalibilidad doctrinal prometida a los apóstoles y a sus sucesores, es decir, al cuerpo de pastores encargado de enseñar en la Iglesia?

Las puertas del infierno, es decir, todas las potencias infernales conjuradas, no prevalecerán jamás, por esfuerzos que hagan, contra la Iglesia... ¿y la Iglesia será falible?

Jesucristo promete a la Iglesia que permanecerá con ella todos los días, es decir, sin ninguna intermitencia, por pequeña que sea, hasta la consumación de los siglos... ¿y la Iglesia será falible?

Otra promesa dada por Jesucristo a la Iglesia asegura a ésta que el Espíritu de verdad, o sea, el mismo Espíritu Santo no cesará de asistirle, de dirigirla, y de enseñar con ella y por ella toda verdad... ¿y la Iglesia será falible?

Tenemos el deber de escuchar a la Iglesia, deber que es tan obligatorio, que, como dice Jesucristo, el que se sustrae a él debe ser tenido por pagano y publicano²; en otros términos: debe, ser excomulgado... ¿y la Iglesia será falible?

Si la Iglesia puede engañarse y engañarnos en lo que enseña ¿cómo ha podido decir san Pablo, como lo veremos en la primera epístola a Timoteo, que la Iglesia es la columna y el más firme sostén de la verdad³; y, en su epístola a los Gálatas, que si alguien nos predicase un Evangelio distinto del que predica la Iglesia, aunque se tratase de un ángel, tendríamos

1. Ibid. c. XVI, v. 12, 13.
2. MATH. c. XXIII, v. 17.
3. TIM. c. III, v. 15.

el derecho y el deber, no sólo de no escucharle sino aun de lanzarle un anatema¹?

Si la Iglesia puede engañarse y engañarnos ¿cómo el mismo san Pablo llega hasta hacer de Jesucristo y de la Iglesia un todo moral, considerando a Jesucristo como la cabeza, y a la Iglesia como el cuerpo unido a dicha cabeza para participar de su vida², o bien, considerando a Jesucristo como el Esposo, y a la Iglesia como a la Esposa, la cual recibe dirección, asistencia y protección del Esposo³. En fin ¿cómo ha podido decir, en la epístola a los Efesios, que Jesucristo se ha escogido a los profetas, a los evangelistas, a los doctores y a los pastores; en otros términos, que ha instituido un cuerpo enseñante, a fin de que no seamos como niños indecisos zarrandados con todo viento de doctrina, por la falsedad de los hombres, y por la astucia con la cual nos envuelven y nos inducen en el error⁴?

¿Hay nada más claro ni más lógico que estas deducciones, sobre todo cuando a ellas se junta la tradición, que nos demuestra, con la historia en la mano, que todos los padres y doctores han entendido las promesas divinas en el mismo sentido que nosotros, es decir, en el sentido de una verdadera infalibilidad doctrinal de la Iglesia docente?

En el siglo segundo, san Ireneo nos dice que no hay que buscar la verdad fuera de la Iglesia la cual la posee completamente, sin alteración y sin menoscabo, por medio de sus obispos, a los cuales una sucesión ininterrumpida hace remontar a la misma fuente de donde la verdad ha tomado su curso.

En los siglos siguientes, he aquí a otros doctores que califican a la Iglesia de hija de Dios vivo, de antorcha destinada a iluminar al mundo, de esposa de Jesucristo, siempre pura, siempre incorruptible, en cuya fuente la herejía no puede imprimir una mancha,

1. GAL. c. I, v. 8, 9.
2. COROS. c. I, v. 18.

3. EPHES. c. V, v. 23.
4. EPHES. c. IV, v. 14.

ni abrir una arruga ¿Cómo dudar de la indefectibilidad de la Iglesia, y por consiguiente de su infalibilidad, cuando oímos decir a san Juan Crisóstomo, que es tan insensato hacer la guerra a la Iglesia como escalar el cielo, o bien, que antes se apagaría el sol, que ser destruída la Iglesia¹?

Pero sobre todo, hay que citar al gran obispo de Hipona, san Agustín. Para él, como para san Pablo, la Iglesia es la columna y el más firme apoyo de la verdad². El repite, con el Concilio de Nicea, que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica, y que, por lo mismo, es verdadera y no puede dejar de serlo³. Ved con qué ardor de convicción declara, que la Iglesia de tal manera está en posesión de la verdad, que el que se separa de ella, cae fatalmente en el error⁴; y que siendo la Iglesia el cuerpo del cual Jesucristo es la cabeza, el templo del cual Jesucristo es el sacrificador, la casa de la cual Jesucristo es el Señor, la ciudad de la cual Jesucristo es el Rey, podrán los enemigos combatirla, pero no la vencerán jamás: *Pugnari potest, expugnari non potest*⁵; que es cierto, que han nacido muchas herejías en su seno, pero que no pueden permanecer en él, como no pueden permanecer los sarmientos secos en la cepa, por esto, el labrador los corta: *Haeresees omnes de illa erientur, tanquam sarmementa inutilia de vite praeicis*⁶.

Bendíganos, pues, a Dios—esta instrucción no puede tener otra conclusión que la precedente—bendíganos a Dios que, habiendo dotado a su Iglesia de la infalibilidad doctrinal, es decir, habiéndola puesto en la feliz imposibilidad de equivocarse en materia de fe y de costumbres, ha desvanecido para siempre nuestras

1. Véanse estos textos, *in extenso*, en PERRONE, t. 2.
2. Enarrat. in Psal. 103.
3. De Symb. ad Catech. c. VI.
4. Enarrat. in Psal. 57.
5. Enarrat. in Psal. 131.
6. De symb. ad Catech. c. VI.

incertidumbres, y ha procurado la paz a nuestras almas. ¡Qué consuelo y qué paz hemos de tener, al saber que montamos en una embarcación que no puede sumergirse, porque el mismo Jesucristo gobierna el timón, y le ha prometido su eterna asistencia! La razón humana, aun con todos los esfuerzos, y después de las más laboriosas investigaciones, no llega a conocer sino un pequeño número de verdades. En cuanto a nosotros, hijos de la Iglesia católica, es muy distinto; gracias a su magisterio infalible, y sin que hayamos de hacer ningún esfuerzo, poseemos la verdad entera y completamente definida. Al constarnos que ha hablado, sólo nos toca asentir a lo que propone.

Pero, podemos sacar, de lo dicho, una conclusión más práctica todavía. Ya que la Iglesia es infalible, tenemos el deber de obedecerla en todo, de creer, sin titubear, todo lo que nos propone como de fe, de rechazar, sin miramientos, todo lo que ella condena, de hacer con diligencia, todo lo que ella manda. Cada fiel ha de poder pronunciar, con gozo íntimo, estas palabras: Creo en la santa Iglesia católica... su fe es mi fe. Que hable la Iglesia por medio del Papa sólo, o por el cuerpo de pastores unidos al Papa; que, por uno u otro de sus órganos oficiales, juzgue de las santas Escrituras, de su inspiración, de su autenticidad, o bien que interprete a las mismas; que tal verdad, tenida como indudable en todo tiempo y en todo lugar, por la universalidad de los fieles, ella la convierta en artículo de fe, declarándola verdad revelada; que condene una doctrina como subversiva de la fe, o contraria a las buenas costumbres; que prescriba, como herético o inficionado de herejía, como inmoral o impío, tal libro o tal publicación periódica, usando de un derecho incontestable; sobre ninguno de estos pun-

1. La Iglesia tiene también el derecho de prohibir los libros: es una consecuencia del derecho de condenar errores.

No concebíamos el poder de indicar, como peligrosa, una doctrina, si no se extendiese a la indicación de la fuente de

tos, ni sobre cualquier otro, si soy un verdadero fiel, no puedo abrigar ninguna duda, ni puedo oponer ninguna dificultad u objeción. Cuando la Iglesia habla, esto es suficiente; y la debo escuchar y venerar como el órgano viviente del Dios de verdad, y el intérprete infalible de su voluntad.

Tengamos todos continuamente este lenguaje de fe y de sumisión. ¡Ojalá vivamos y muramos, como verdaderos fieles en el seno de nuestra común madre, la santa Iglesia católica, para reunirnos otra vez en la sociedad de sus miembros glorificados, y reinar eternamente con el Príncipe de los pastores, Jesucristo.

donde emana. Pero, si al indicar la doctrina, como peligrosa, la condena, así al señalar la fuente, priva su acceso. El poder de condenar libros es, pues, una parte necesaria del magisterio de la Iglesia; y el magisterio de la Iglesia no es menos infalible en esta parte que en las demás. PETR. I.º Index.

ción, la Iglesia ha recibido la autoridad de gobierno¹. Es lo que nos proponemos examinar hoy. ¡Dios nos asista con su gracia!...

Podemos formular la cuestión de esta manera: ¿La Iglesia ha recibido y posee la autoridad de gobierno, es decir, el poder de gobernar a los que han venido a ser miembros suyos por el bautismo, y de regirlos en las cosas de su jurisdicción, por medio de leyes que les obliguen en conciencia? Nos parece que esta cuestión se resuelve, con sólo formularla. En nuestra primera instrucción sobre esta materia, hemos dicho que la Iglesia es un aprisco, *ovile*, una familia, *domus*, un reino, *regnum*, y, con mayor exactitud, una sociedad de origen inmediatamente divino, perfecta en su orden, establecida con un fin determinado, y provista de todos los órganos necesarios para alcanzarlo. Pero, a menos que las cosas más esenciales se trastornen, todas estas cosas suponen un gobierno. No hay aprisco sin pastor, ni familia sin cabeza, ni reino sin una autoridad que mande y súbditos que obedezcan. No insistamos más, la prueba está hecha. Cuando la Iglesia usa de sus poderes, los cuales ella los ha recibido de su divino Fundador, ejerce un derecho legítimo. Cuando la Iglesia promulga leyes para asegurar, o la integridad de la fe, o la pureza de las costumbres, o la unidad y la santidad del culto divino, o el honor que es debido a los sacramentos, ejerce un derecho legítimo. Cuando la Iglesia prescribe obras de penitencia propias para expiar los pecados, pronuncia juicios, edicta penas, suspende, interdice, excomulga, sea para corregir y volver a su gremio a los hijos pródigos que se habían desviado, sea para separar definitivamente de su seno a los rebeldes incorregibles, ejerce un deber legítimo. En fin, y para terminar este punto, con una palabra

1. Praecipuae Ecclesiae dotes sunt; infalIBILITAS in existendo, infalIBILITAS in docendo, auctoritas in regendo. PERRONE t. 2.º

SERMON TRIGESIMO QUINTO

La autoridad de gobierno en la Iglesia

Creo... en la Santa Iglesia Católica

Si quis dixerit baptizatos liberos esse ab omnibus sanctae Ecclesiae praeceptis, quae vel scripta vel tradita sunt, ita ut ea observare non teneantur, nisi se sua sponte illis subnectere voluerint, anathema sit.
Conc. Trid. sess. 7.º can. 8

Hemos explicado brevemente, pero, de una manera suficiente, que la Iglesia vivirá siempre siendo siempre idéntica a sí misma, es decir, será siempre una, santa, católica y apostólica; ella es indefectible. No habréis olvidado la expresión de san Juan Crisóstomo: No es menos insensato querer destruir, que querer escalar el cielo... Recordaréis también que hemos llamado a la Iglesia: Yunque templado por manos divinas, y que inutiliza todos los martillos...

Hemos dicho después, y hemos demostrado con abundancia de pruebas que la Iglesia es infalible; lo cual significa que en la esfera de sus atribuciones, es decir, en materias de fe y de costumbres, y en las cosas con ellas relacionadas, la Iglesia no puede engañarse jamás ni engañarnos, porque, en virtud de las promesas de su divino fundador, el Espíritu de verdad habita en ella para asistirla perpetuamente.

Pero falta saber si, al mismo tiempo que la infalibilidad en la doctrina, y la indefectibilidad en la dura-

muchísimo más autorizada que la mía: Todo lo que en las cosas humanas es sagrado con cualquier título: *Quidquid in rebus humanis quoquo modo sacrum*; todo lo que se refiere a la salvación de las almas y al culto de Dios, sea por su naturaleza, sea por su finalidad: *Quidquid ad salutem animarum, cultumve Dei pertinet, sive tale illud sit natura sua, sive tale intelligatur, propter causam ad quam refertur*; todo esto es del dominio de la Iglesia y está sometido a su autoridad: *Id est omne in potestate arbitrisque Ecclesiae*¹

Pero, no hemos visto sino un aspecto de esta cuestión. Si, como acabamos de demostrar, la Iglesia está investida de la autoridad de gobierno en todas las cosas que son de su jurisdicción ¿en quién reside, dentro de la Iglesia, esta autoridad? ¿Quién la ejerce por disposición divina? Ciertamente, sin presumir excesivamente de nuestros niños del Catecismo, creo que ni uno solo de ellos puede dejar de responder a esta cuestión elemental. ¡Pues bien! Lo que el niño más pequeño sabe y podría decir, un gran número de políticos, arrastrados por la pasión, o ávidos de dominación, lo han ignorado, sean Emperadores de tiempos remotos, sean Reyes de tiempos más próximos, sean viejos Parlamentos o modernas Asambleas deliberantes, sean las Monarquías absolutas o constitucionales, o Gobiernos democráticos. Yo refiero hechos históricos y no hago, en manera alguna, alusiones políticas. ¿No vemos, en efecto, a la monarquía cristianísima de Luis XV, como también a los Parlamentos, inclinarse en los negocios eclesiásticos, hasta en los puramente espirituales, y obligar a los párrocos o a sus vicarios a administrar los sacramentos, y aún el santo Viático, a pecadores públicos y a herejes notorios, y en abierta rebelión contra la Iglesia? Esto no obstante

1. Enciclica *Immortale Dei*, de León XIII.

2. ROHRBACHER. Hist. de la Igles. Lib. 89.—San Juan Crisóstomo no entendía estas cosas como nuestros antiguos Parlamentos, cuando, en su 60.^a homilía, dirigiéndose sucesivamente

Esto no obstante es tan simple, que el menor de los niños de nuestros Catecismos podría decir: No es a los emperadores ni a los reyes ni o los parlamentos ni a alguna colectividad humana, cualquier título que tenga, ni a algún funcionario del Estado, cualquier graduación que ostente, sino a los solos apóstoles y a sus sucesores, que Jesucristo dijo: Como mi Padre me ha enviado, así os envío; id, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas a guardar todas las cosas que os he prescrito¹. No son ni los emperadores ni los reyes ni los parlamentos ni colectividad humana alguna, cualquier título que tenga, ni los funcionarios del Estado, cualquier graduación que ostenten, sino solamente los Obispos a los que el Espíritu Santo ha puesto para regir a la Iglesia de Dios². Y esta verdad consignada en el Evangelio, es reproducida fielmente por san Pablo en el libro de los Actos.

Toda la tradición repite lo mismo; y limitándome a algunos ejemplos, recordaré que, en el siglo tercero, cuando un poderoso emperador de Oriente se prepara a usurpar los derechos de la Iglesia, un gran obispo, Osio de Córdoba, le dice: Príncipe, no os mezcléis en negocios eclesiásticos, y no pretendáis darnos órdenes en tales materias. A vos tocan las cosas del Imperio, a nosotros las cosas de Dios³. El mismo lenguaje, adaptado a los tiempos y las circunstancias, vemos en la boca de san Atanasio, de san Hilario, de san Basilio y de los Soberanos Pontífices Gelasio, Simaco, Juan IV,

a los conculgantes y a los ministros para recordar a unos y otros sus deberes, decía a estos últimos: Si un general, si un prefecto, si un príncipe o un rey, se acercan a la comunión siendo indígenas de ella, impedídes que se acerquen, *prohibe illis*, porque tenéis mayor poder que ellos: *Majorem potestatem habes*. Brev. Rom. Infra. Oct. Corp. Chr.

1. MATTH. c. XXVIII.

2. ACT. c. XX, v. 28.

3. ROHRBACHER. Hist. de la Igles.

Félix III, Gregorio VII... Y cuando, a fines del siglo último, la *Constitución Civil del Clero* promulgada contra todo derecho, y por una Asamblea incompetente, trastornará toda la Iglesia de Francia, enviando en cada diócesis un obispo cismático, y en cada parroquia un sacerdote intruso, el papa Pío VII protestará con todas sus fuerzas contra esta usurpación criminal: ¿Qué jurisdicción pueden tener los laicos sobre las cosas espirituales? ¿Con qué derecho los eclesiásticos estarían sometidos a sus decretos? ¿Hay un católico que ignore que al instituir Jesucristo la Iglesia, dió a sus apóstoles y a sus sucesores una potestad independiente de todas las demás potestades, como lo han reconocido todos los siglos cristianos¹?

Hemos resuelto dos cuestiones: la primera, estableciendo que la Iglesia ha recibido y posee la autoridad de gobierno; la segunda, afirmando que en la Iglesia solamente el Papa y los obispos están investidos de ella, con exclusión de todos los otros.

¿Hay necesidad de averiguar sobre qué se ejerce esta potestad de la Iglesia? La respuesta está en las palabras de Jesucristo citadas tantas veces, en el curso de estas instrucciones: Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío; id, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas a guardar todas las cosas que os he prescrito. He aquí los súbditos de la Iglesia: son todos los bautizados. En verdad, el bautismo es libre, como la Iglesia enseña; nadie es bautizado sin quererlo, si es adulto, y si no lo es, sin que consientan los que tienen autoridad sobre él; pero, una vez bautizado, está inscrito en las listas de la Iglesia, y es súbdito de la misma; y tanto si es fiel o no a los compromisos contraídos en el bautismo, continúa súbdito de la Iglesia; tanto si es un campesino, un modesto artesano, o un gran escritor, orador o poeta, es súbdito de la Iglesia;

1. РОМБАЧЕР. Hist. de la Igles.

aunque fuese príncipe, rey o emperador, continúa súbdito de la Iglesia. Pero ¡qué digo! precisamente si fuese príncipe, rey o emperador, entonces la Iglesia, si se ofreciese ocasión, elevaría su poderosa voz, y reivindicaría sus derechos con mayor autoridad. Entonces el papa Gelasio dirá al emperador Anastasio, hereético y factor de herejía: Vos sabéis, augusto Emperador, que aunque vuestra dignidad os coloque por encima de los demás hombres, debéis inclinar la cabeza ante los Pontífices encargados de la dispensación de las cosas divinas, y que debéis estarles sumiso en todo lo que se refiere a la administración de los santos misterios¹... Entonces san Ambrosio de Milán irá al encuentro del emperador Teodosio, aun cubierto con la sangre de sus súbditos, y le cerrará el paso en el momento en que se dispone a entrar en el templo, diciéndole con no menor intrepidez que oportunidad: Ya que habéis imitado a David en el pecado, imitadle también en la penitencia, y a este precio, seréis recibido en la asamblea de los fieles²... En fin, y para citar hechos más modernos, cuando el obispo de Beauvais, usando del derecho de amonestación, dirá a Luis XV: Señor, mi deber de ministro de Dios, me ordena advertiros que vuestros pueblos son muy desdichados, que vos sois causa de ello, y que vuestros cortesanos os lo ocultan... ¡Qué lenguaje! Y ¡qué muestra de la autoridad que la Iglesia ha recibido de Jesucristo, para que sirva, como en efecto ha servido muchas veces, no sólo a la salud de las almas, sino a la prosperidad de los mismos estados. Es cierto, que en la historia de la Iglesia hay páginas que deseáramos poder rasgar, porque el elemento humano se muestra en ellas demasiado visible y preponderante; pero hay cien mil otras dignas de la mayor admiración. Estas que os acabo de citar son de este número...

Las Santas Escrituras, los Concilios, los grandes Pa-

1. РОМБАЧЕР. Hist. de la Igles. lib. 42.

2. Ibid. lib. 36.

pas, los grandes Doctores, han hecho oír su voz en esta instrucción más que yo mismo. Para terminar, sacaré de una de estas fuentes la regla práctica que se desprende de esto: Es deber de todos, amar a la Iglesia como madre común, obedecer sus leyes, proveer a su honor, salvaguardar sus derechos, y cuidar que aquellos sobre los cuales ejercemos autoridad, la respeten y la amen con piedad filial: *Debent singuli Ecclesiam sic diligere, ut communem matrem: ejusque et servare obedienter leges, et honori servire, et iura salva velle: conarique ut ab his in quos quisque aliquid auctoritatis potest, pari pietate colatur atque ametur*¹...

1. León XIII. Encicl. *Immortale Dei*.

SERMON TRIGESIMO SEXTO

La jerarquía de la Iglesia.

Creo... en la santa Iglesia católica

Ordo sacerdotalis, tanetsi unus sit, varios tamen dignitatis et protestis gradus habet.
Catech. Rom. cap. 26

Aunque en las instrucciones precedentes, no hayamos tratado *ex profeso* de este tema, de ellas se deduce esta verdad: que en la Iglesia, sin mengua de su unidad y de su indivisibilidad, hay, en virtud de la institución divina, dos partes muy distintas: la de los que enseñan, y la de los que son enseñados; la de los que la dirigen, y la de los que son dirigidos; la cabeza y los miembros; de otra manera: los pastores y los fieles. En lo que toca a los fieles, no hay distinción: sean ricos o pobres, sabios o ignorantes, de esta condición o de la otra, todos son iguales. Pero, en lo que toca a los pastores ¿sucede lo mismo? ¿Existen entre ellos grados de subordinación? ¿Tienen unos más poder, y otros menos, o bien están distribuidos a base de una dignidad completa? La instrucción de hoy ha de responder a esta cuestión: Dios nos ayude con su gracia!

El Catecismo Romano observa que así como en el ejército hay capitanes y lugartenientes, teniendo cada

1. Verdaderamente, causa admiración ver el furor de negación que se ha apoderado de los protestantes, que llega a rechazar una verdad que tiene su fundamento en muchos lugares del Nuevo Testamento y en cada página de la Historia Eclesiástica.

uno de ellos sus atribuciones propias, así también en la Iglesia, para los que han sido promovidos a las sagradas Ordenes, hay funciones y ministerios diferentes: *Nam ut in exercitu, alius centurio, alius praefectus est, alii alia munera obeunt; ita eos qui Ordinis Sacramento sunt initiati, praecipuo quaedam munera et functiones in Ecclesia exsequi oportet*¹.

Pero, podemos presentar algo más que una demostración por analogía. La Iglesia, en el santo Concilio de Trento, lo ha declarado verdad de fe: Hay en la Iglesia Católica, dice, una jerarquía, y esta jerarquía, de institución divina, se compone de tres órdenes distintos: el orden de los obispos, el orden de los presbíteros, y el orden de los ministros: *Si quis dixerit in Ecclesia catholica non esse hierarchiam, divina ordinatione institutam, quae constat ex episcopis, presbiteris, et ministris, anathema sit*².

Y en primer lugar, comenzando por el orden menos elevado de los ministros, y refiriéndonos al diaconado, que es la culminación de dicho orden, no podemos dudar, aunque nada diga el Evangelio, que el diaconado ha sido instituido por Nuestro Señor Jesucristo, ya directa e inmediatamente por sí mismo, ya mediatamente por sus apóstoles, según sus instrucciones, y bajo la inspiración del Espíritu Santo. Y si no ¿qué vemos en el colegio apostólico, poco después de la primera Pentecostés cristiana? Teniendo presentes las recomendaciones del Maestro y con el fin de solucionar una dificultad, los apóstoles escogieron personalmente—o bien fijaron las condiciones de su elegibilidad—a siete hombres, tomados de la masa de los fieles, llenos del Espíritu Santo, y de una probidad reconocida, a los cuales, después de orar, impusieron las manos³. Eran los primeros diaconos, a los cuales siguieron muchos otros,

1. De Sacram. Ord.
2. Sess. 23. can. 6.
3. Act. cap. 6.

al propagarse la Iglesia de la Judea a la Gentilidad. Cada comunidad naciente tenía sus prepositos: obispos, presbíteros y diaconos⁴. Inferiores al obispo y a los presbíteros, los diaconos tienen una parte considerable del ejercicio ministerial. Desde los orígenes de la Iglesia, el servicio de las mesas no es sino la menor de sus funciones. Sabemos también que uno de ellos, el diacono Esteban, tomó la palabra ante el Sanedrín, y predicó a Jesucristo con una intrepidez que le valió la palma del martirio⁵. Su hermano en el diaconado, Felipe, promovido a esta orden al mismo tiempo que él, mantuvo una controversia con el intendente de la reina Candace, al cual convirtió y bautizó⁶. En las edades siguientes, las atribuciones de los diaconos aumentaron aún en número e importancia. Los diaconos están siempre al lado del Obispo, lo acompañan cuando predica, le sirven en el altar, y le asisten siempre que ejerce una función sagrada⁴. Los diaconos leen públicamente el Evangelio, instruyen a los catecúmenos, los bautizan en ciertos casos, y presentan la preciosa sangre a los fieles, mientras se administra, en la primitiva Iglesia, la comunión bajo las dos especies⁵. Los diaconos eran, en los tiempos primitivos, los que velaban por la decencia del culto, al mantenimiento del orden en la celebración de los santos misterios, y después, al extenderse su acción al exterior, los que llevan la comunión a domicilio a los que la persecución impide asistir a las asambleas cristianas, los que visitan a los confesores de la fe en las cárceles, y los que recogen las limosnas, y proveen a las necesidades de las viudas y de los huérfanos⁶. No insistamos más; los diaconos tienen un gran

1. De Sacram. Ord.
2. Act. c. VII.
3. Ibid. c. VIII.
4. RORNBACHER. Hist. de la Igles. en los primeros siglos, pas. sim.
5. Ibid.
6. La historia y el martirio del diacono san Lorenzo son co-símbolo - 20

lugar en la historia de las primeras edades de la Iglesia, y era conveniente esbozar su historia, antes de tratar del segundo orden de la jerarquía: el Presbiterado.

El cual es el orden del sacerdocio. Como el Diaconado, el Presbiterado ha sido instituido por Nuestro Señor Jesucristo. Los apóstoles fueron los primeros sacerdotes de la Nueva Ley, los cuales elevados a la cumbre del sacerdocio, elevaron, a su vez, a otros al sacerdocio. Auxiliares primeramente de los apóstoles, y después obispos sucesores de los mismos, los sacerdotes recorrían, en misión temporal, a las cristiandades en formación o ya formadas, hasta que, hacia el siglo cuarto, estando ya dividida la Iglesia en patriarcados, los patriarcados en metrópolis, las metrópolis en diócesis, y las diócesis en parroquias, un sacerdote fué destinado, de una manera permanente, a la cabeza de cada una de las parroquias, con jurisdicción sobre esta pequeña fracción de la gran familia cristiana.

El párroco, llamándole con el nombre que lleva desde muchos siglos, tiene, en el sentido propio de la palabra, cura de almas.

Aunque restringida y derivada de la del obispo ¿quién no ve cuan importante es esta jurisdicción?

El párroco tiene el derecho y el deber de residir en su parroquia, a fin de velar mejor y de poder acudir prontamente a las necesidades de sus parroquianos.

El párroco tiene el derecho y el deber de catequizar a los niños, de instruir a los mayores y de predicar el Evangelio a todos, según la capacidad de cada uno. Después de las encíclicas del Papa, y de las pastorales del Obispo, nada aprovecha tanto a los fieles, en orden a su alma, como la predicación del párroco. Otros hablarán quizás con más elocuencia; nadie con mayor autoridad.

nocidos. No lo es tanto, la ordenanza del papa Fabiano, dividiendo la ciudad de Roma en 14 regiones, y confiando a los diáconos la visita a los pobres de cada región; por lo cual tomaron el nombre de diáconos regionales.

El párroco tiene el derecho y el deber de corregir los abusos, de señalar las doctrinas perversas, de clamar contra los vicios, sobre todo si son públicos y escandalosos; así como el pastor tiene el derecho y el deber de gritar al lobo que rodea el aprisco, para introducirse en él y devastarlo.

El párroco tiene el derecho y el deber de presidir las asambleas de los fieles, de regular los ejercicios del culto y de administrar los sacramentos. Nadie, sino él, está capacitado para bautizar—si no es en caso de necesidad—para llevar el Viático a los enfermos, y ungirlos para el postrer combate. Del párroco es natural que reciba el fiel la comunión pascual. Ante él, deben los futuros esposos, unirse con el lazo conyugal, y la presencia del párroco es hasta tal punto necesaria, como testimonio oficial de la Iglesia, que si falta, el matrimonio es nulo radicalmente.

No hay necesidad de mayores desarrollos. Sabéis perfectamente lo que es la parroquia, en la actual disciplina: una imagen en miniatura, pero perfecta, de toda la Iglesia, una unidad circumsrita en la gran unidad, una parte del todo, pero teniendo vida propia, en fin, un pequeño mundo cristiano dentro del gran mundo de la catholicidad.

Pero, no hemos concluido. Existe un tercer grado jerárquico superior a los otros dos: el episcopado; el episcopado que es la cima del sacerdocio; el episcopado que, en virtud del poder que le es propio, confirma al bautizado, y hace de él un perfecto cristiano; el episcopado que, dotado de la más alta virtud engendradora, perpetúa la jerarquía, suministrándole, en cada uno de sus tres órdenes, nuevos reclutas. Escuchemos a san Epifanio: Por el bautismo, el presbiterado da nuevos hijos a la Iglesia; pero el Episcopado, formando por la ordenación a nuevos diáconos, a nuevos presbíteros y a nuevos obispos, da a la Iglesia padres y madres.

Añadamos que, no ya por los poderes de orden, sino

también por la jurisdicción, el Episcopado es superior al Presbiterado.

A nadie, exceptuando el obispo, toca el regir, no a esta pequeñísima parte de la Iglesia que llamamos una parroquia, como tampoco a la Iglesia universal, sino a esta notable porción de la Iglesia, a la que llamamos diócesis.

A nadie, exceptuando el obispo, pertenece no sólo formar sacerdotes, en virtud del poder engendrador que en él reside, sino asignarles tal lugar, confiarles tal función, o escogerles para tal parroquia, dándoles en cada caso los poderes necesarios. Pero, al conferirles la jurisdicción, el obispo no abdica la suya propia; él puede ejercerla siempre, puede bautizar en todas partes, confesar, absolver y predicar en el territorio de todas las jurisdicciones parroquiales de su diócesis. En derecho absoluto, el obispo es el cura de toda la diócesis, como el papa es el obispo de toda la Iglesia.

Sólo al obispo pertenece declarar la fe, en los límites asignados a su jurisdicción, enseñarla por sí mismo o por otros, resumir dicha fe en un catecismo, el cual, por este solo hecho, viene a ser el manual de enseñanza oficial; publicar las constituciones y decretos apostólicos referentes a la doctrina, a la liturgia, y a la disciplina; condenar en su diócesis las opiniones erróneas, y prohibir, con censura para sus autores, lectores y retenedores, los libros contrarios a la fe o a las buenas costumbres¹.

Digamos también, no para agotar la materia, sino para no ser excesivamente incompletos, que el Obispo puede promulgar leyes que obliguen a todos sus diócesanos; establecer reglamentos que obliguen a todos sus sacerdotes; restringir las jurisdicciones subordinadas a la suya, reservarse la absolución de ciertos pecados

1. Si además del *Indice* general, el Obispo publica otro especial para su diócesis, éste obliga a los católicos de la misma manera y por las mismas razones que el general.

gravísimos, con el fin de hacerlos más odiosos; dispensar de ciertos impedimentos matrimoniales, conmutar ciertos votos, o anularlos totalmente, interpretar las leyes generales de la Iglesia, dispensar de ellas en caso de necesidad y dentro de sus facultades. En fin, y para decirlo en una palabra, al Obispo pertenece el poder gubernamental, legislativo, judicial y administrativo en su diócesis¹.

Y ahora, después de haber explicado las tres grandes órdenes jerárquicas de la Iglesia, y sus atribuciones respectivas, terminemos con una reflexión que pondrá de relieve el conjunto de ellas. Estas tres órdenes son distintas pero subordinadas, el Diaconado al Presbiterado, el Presbiterado al Episcopado. Y muy pronto veremos como se unen, en lo que se refiere a la jurisdicción, en un centro común... ¡Oh admirable unidad de la Iglesia! Así como vemos partir del sol una infinidad de rayos, los cuales provienen de un solo foco de luz, así como de un árbol salen una multitud de ramas que no tienen más que un tronco, de la misma manera, en la Iglesia hay un Dios, un Cristo, una fe, muchos jefes subordinados a un jefe único, y un pueblo formado de innumerables súbditos, pero formando un solo cuerpo por medio del lazo indisoluble de la unidad... Así se expresa san Cipriano, desde el siglo tercero, y su lenguaje es el lenguaje de todos los siglos.

1. Es claro que, en todo lo que precede, los derechos del Soberano Pontífice quedan reservados.

SERMON TRIGESIMO SEPTIMO

El Papa

Creo... en la santa Iglesia católica

Præter hos omnes, catholica Ecclesia Romanum Pontificem, maximum quem in Ephesina synodo Cyrillus Alexandrinus Episcopus, totius orbis terrarum Patrem et Patriarcham appellat, semper venerata est, etc. Catech. Rom. cap. 26

Después de haber enumerado los diferentes grados jerárquicos en la Iglesia, tanto los que provienen de la ordenación, como los que regulan la jurisdicción, el Catecismo Romano continúa y dice: Pero, sobre todos ellos, diáconos, sacerdotes, obispos, arzobispos, metropolitanos, primados y patriarcas, la Iglesia Católica ha colocado siempre al Pontífice Romano, al cual san Cirilo de Alejandría, en el concilio de Efeso, llamó padre y patriarca de todo el universo. Este Pontífice está sentado en la sede de san Pedro, sede en la cual, como consta de una manera cierta, el Príncipe de los apóstoles permaneció hasta el fin de su vida. Y por esta razón la Iglesia reconoce que posee la dignidad más alta, y una jurisdicción universal que no recibió de ningún concilio, ni de alguna constitución humana, sino del mismo Dios. El es el padre y el guía de todos los fieles, de todos los obispos, de todos los sacerdotes y pastores de almas, sean cuales fueren sus funciones. Y en esta cualidad de sucesor de san Pedro y vicario legítimo de Jesucristo, gobierna la Iglesia entera.

Así se expresa nuestro Doctor. Y por lo tanto nuestro deber es hablar del Papa. ¿Hay algo más agrada-

ble? ¿No es el caso de repetir con san Agustín: Cuanto se ama, no se experimenta fatiga, y si se experimenta el amor la hace amable: *Ubi amatur, non laboratur, aut si laboratur, labor amatur*. Tres instrucciones consagremos a este bello tema. Y en la primera, explicaremos lo que es el Papa. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Para el que reflexiona, si por otra parte conoce bien los orígenes de la Iglesia, es claro como el día que entre los hombres que se asoció Jesucristo en calidad de apóstoles, es decir, como cooperadores y continuadores de su obra, distinguió a uno particularmente, y le sacó de la masa de los discípulos, para conferirle el poder de presidir a los demás, y, en ellos, a la Iglesia entera, no con una primacía de honor solamente, sino con una supremacía real que comprendía todos los derechos expresados con esta palabra tomada en sentido absoluto. Sigamos paso a paso al Evangelio. En el mismo día en que este hombre, sobre el cual reposarán tan gloriosos destinos, se acerca al Salvador para alistarse en su servicio, Jesús le penetra con su mirada, y le dice: Tú eres Simón hijo de Juan, tú cambiarás el nombre y te llamarás Cefas, es decir Piedra!... ¡Qué misterioso es este nombre! Pero esto no es sino el principio y como el primer esbozo de una obra que se terminará más tarde. De este capítulo de san Juan, que nos presenta al personaje con su nombre primitivo y con el que pasará a la historia, pasemos al capítulo dieciséis de san Mateo. La escena que describe es conmovedora, y no es extraño que haya inspirado a los artistas cristianos. Jesucristo con todos sus apóstoles, se detiene cerca de una ciudad llamada Cesárea de Filipo y les pregunta que piensan los hombres acerca de su persona, y lo que piensan ellos mismos.

A la primera pregunta, los apóstoles repiten lo que han oído decir: que Jesucristo es Juan Bautista o Elías

1. JOAN. c. 1, v. 42.

o Jeremías o algún otro de los pasados profetas. A la segunda pregunta, sólo responde Simón: Vos, Señor, sois el verdadero Cristo, el verdadero hijo de Dios vivo. ¿Qué le importan las convicciones de los otros! Su convicción la tiene formada desde mucho tiempo. Por lo cual Jesús replica: Bienaventurado eres Simón hijo de Joná, porque no te han revelado esta verdad ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y ya que sabes tan bien quien soy, voy a decirte lo que tú eres: Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra será atado en el cielo, como todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo¹. ¡Qué declaración! Juzguemos el efecto que debió producir en los apóstoles.

Y no obstante falta aquí el complemento. Si el nuevo nombre, sustituido al antiguo y vulgar es cosa hecha, respecto a lo demás el Maestro ha hablado en futuro. Pero esperemos. Jesucristo resucitado, inmortal y glorioso, acaba de aparecer por quinta vez a los apóstoles reunidos en un mismo lugar. Dirigiéndose a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, le dice—el antiguo nombre es pronunciado para indicar que el segundo no ha recibido todavía cumplimiento—Simón, hijo de Juan ¿me amas más que estos otros? Es decir, tú que serás el primero en la dignidad ¿lo serás también en el amor? Señor, responde el Apóstol, vos sabéis que os amo.—Jesús le dice: Pácese a mis corderos, y replicó: Simón, hijo de Juan ¿me amas?—A lo que respondió Pedro: Sí, Señor, vos sabéis que os amo.—Pácese a mis corderos, dijo también Jesús. Por tercera vez Jesús dijo: Simón, hijo de Juan ¿me amas? Pedro lleno de angustia, aun no comprendía que habiendo negado al Maestro tres veces, era conveniente que otras tres veces diese pruebas de amor, y respondió: Señor, vos

1. MARTH. c. XVI, v. 17, 18.

sabéis todas las cosas, vos sabéis que os amo. Y Jesús le dijo: Pácese a mis ovejas¹.

¡Bendigamos a Dios! la obra está concluida. Pedro ha recibido la entera y definitiva investidura, significada en el lenguaje metafórico, tan lleno de grandezza, y cuyo sentido habéis comprendido. Pedro solamente, es constituido roca inmovible y piedra visible que, unida por indestructible cemento a la piedra invisible, Jesucristo, tomará de esta unión la fuerza para sostener, sin desfallecimiento, todo el edificio. Pedro solamente, es constituido magistrado supremo, es decir, con el poder de atar y desatar, de establecer leyes, y promulgar decretos, cosas todas expresadas maravillosamente por el símbolo de las llaves. Y si más tarde los apóstoles reciben poderes más extensos, y casi comparables con los de Pedro, será sin perjuicio de la subordinación que le deben como jefe único; o sea, estos poderes los reciben en tanto que forman parte de un cuerpo cuya cabeza es Pedro. En fin, como dan a entender las palabras que dieron a esta institución la forma esencial, a Pedro solamente le fué confiado el cuidado de regir y gobernar y, empleando las mismas expresiones del sagrado Texto, de pácese a los corderos, es decir, a los pequeños, y de pácese a las ovejas, es decir, a las madres, y con ellas a todo el rebaño con sus pastores que si son tales con relación a sus ovejas, son corderos respecto de Pedro, como dice Basuet con toda la Tradición².

Y después de haber sido fundada la Iglesia, y por vista de la pieza maestra que pondrá en movimiento a todas las otras, podrá remontar al cielo, de donde vino, el jefe en adelante invisible, Jesucristo. El jefe visible, Pedro, está presente, y en todas partes actúa. Cerrad el Evangelio, ya que el ciclo apostólico ha concluido, y abrid los Actos de los apóstoles y observad en ellos

1. JOAN. c. XXI, 15 y sig.
2. Sermón sobre la unidad de la Iglesia.

la actuación de Pedro: Allí le vemos cómo hace la propuesta de dar un sucesor a Judas caído del apostolado, y cómo fija las condiciones de su elegibilidad; también Pedro fué el primero que habló al pueblo en el día de Pentecostés, y su discurso es el único que se ha conservado para ser leído hasta el fin de los tiempos; Pedro fué el primero que hizo un milagro para confirmar la fe de Jesucristo; Pedro fué el primero que convirtió a los judíos, y recibió en la Iglesia a la gentilidad representada por el centurión Cornelio; Pedro fué el primero que pronunció una sentencia en una causa mayor, e infligió la pena; Pedro fué el primero que tomó la palabra en el Concilio de Jerusalén, y resolvió las dificultades pendientes¹. En fin, repitiendo las palabras que la Iglesia canta cada año en la fiesta del Santo: Pedro es el pastor supremo de las ovejas, Pedro es el príncipe de los apóstoles, a Pedro han sido confiadas las llaves del Reino de los Cielos: *Tu es pastor ovium, princeps apostolorum, tibi traditae sunt claves regni coelorum*².

Con todo esto no hemos sino preludiado el tema de esa instrucción que, como hemos dicho, tiene por objeto saber lo que es el Papa dentro de la Iglesia.

Si, Pedro es el pastor de los pastores, el supremo jerarca, el jefe único escogido por Jesucristo, el cual le ha dado la investidura. Sobre estas verdades, no abrigamos ninguna duda. Pero ¿quién sucederá a Pedro? Porque, de una parte, Pedro no vivirá eternamente, y la sublime dignidad en que está constituido no le exime de ser mortal como el último de los hombres; y por otra parte ¿quién no ve claramente que la primacía, o lugartenencia general que Jesucristo puso en sus manos, no debe perecer con él? ¿Qué quería, en efecto, Jesucristo? ¿Qué pretendía dejar en pos de sí para asegurar los frutos de la redención? Lo hemos

1. Act. passim.
2. Ant. de primeras vísperas.

dicho ya varias veces: Una sociedad visible fuertemente constituida, y capaz, por su misma constitución, de resistir todos los asaltos; una Iglesia fecunda cuya juventud, renovada sin cesar, y cuya inagotable vitalidad, pudiesen ser el mérito de los falsos profetas que no dejarán nunca de anunciar el fin de la Iglesia. Y esta Iglesia fuerte, fecunda y duradera, será católica, es decir, universal, no sólo cuanto al tiempo, sino también cuanto al lugar; y esto era necesario porque Jesucristo, que ha muerto por todos, quiere que todos puedan ser salvados. Esta Iglesia deberá implantarse en los grandes continentes, recorrer una a una todas las islas, habitar bajo la tienda de las tribus nómadas, hablar todas las lenguas, franquear todos los límites, y acomodarse a todas las razas, a todos los climas, a los temperamentos de todos los pueblos. Pero, para ser tal, para ser fuerte, duradera y universal ¿quién no ve que ha de ser una en la fe y en la moral, en su culto y en su gobierno, y que de otra manera, se destruiría en sus propias divisiones hasta su total aniquilamiento? Y ¿quién no ve que para ser una, necesita permanentemente un centro de unidad, un fundamento inmovible, un lazo de cohesión tanto más fuerte cuanto sus extremidades están más distantes?

Pedro tendrá, pues, sucesores. ¿Cuándo? En el preciso momento de su muerte, será substituído, y después del primer sucesor, tendrá otro, después a un tercero, y así sin interrupción. Pedro fué encarcelado; muchos de sus sucesores lo serán. Pedro fué martirizado; casi todos los papas de los tres primeros siglos lo serán. El papa puede ser muerto, aprisionado, o condenado al destierro; el papa puede renunciar a su dignidad, si lo prefiriere; pero que el papa sea depuesto, como papa, no es posible; sus poderes, que ha recibido de Dios, no cesan sino por voluntario consentimiento o por la muerte. ¿Dónde tendrá lugar esta cesación? Allí donde Pedro venga a fijarse definitivamente, allí donde, de un modo permanente, establezca su sede, no de obis-

po particular, sino de primado universal, en Jerusalén, en Antioquía, en Roma, o en otra parte, si fuere preciso. El lleva en sí el destino de la Iglesia universal, este destino es inseparable de su persona, porque es irrevocable la palabra de Jesucristo: Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré a mi Iglesia. Pues, donde Pedro muera, allí mismo será abierta su sucesión, y de tal manera estará fijada por su muerte, que ningún poder humano podrá trasladarla a otra parte, y será tan inmutable, que el que la recoja, la recogerá entera sin división ni menoscabo. Pero ¿quién será éste? Aquel que la Iglesia haya elegido o por sí misma, o por sus mandatarios; pero, observad: la Iglesia no tendrá sino la facultad de presentación después de lo cual, su derecho quedará agotado. El que le dará la investidura será el mismo Dios; los hombres son incapaces de crear un papa. Los poderes de Pedro le han venido únicamente de Dios; y a sus sucesores les vendrán de la misma fuente de donde salieron originalmente.

¡Ah cristianos! Todos habréis comprendido perfectamente el encadenamiento de las premisas, y su alcance. Hemos resuelto la cuestión, y sabemos lo que es el papa... Ya que san Pedro no se quedó en Jerusalén, ciudad ingrata y decidida que se obstinó en su impenitencia, ni en Antioquía que apenas atraviesa, sino en Roma donde se fijó definitivamente, donde fijó su cátedra, y donde murió martirizado por Nerón, después de veinticinco años de pontificado... sólo el obispo de Roma es el legítimo sucesor de san Pedro. Y ya que san Pedro, en virtud de la institución divina, ha sido consuetudino, no obispo de una diócesis, sino obispo de los obispos, pastor de los pastores, jefe de los jefes, primado universal, supremo jerarca, centro de la unidad y cabeza de toda la Iglesia, de la misma manera, el obispo de Roma es, no ya obispo del territorio romano, sino obispo de los obispos, pastor de los pastores, jefe de los jefes, primado universal, supremo jerarca, centro de la unidad y cabeza de toda la Iglesia.

Y ahora, si el tiempo y los límites de esta instrucción lo permitiesen, sería tan interesante como instructivo, dar una mirada a través de los diecinueve siglos cristianos. ¡Con qué legítima satisfacción, como hombres, y con qué noble orgullo, como cristianos, veríais en todos los lugares y en cada una de las épocas, la doctrina, que hemos expuesto, encarnada en los hechos! ¡Qué abundancia y qué concordancia y armonía en esta abundancia! Escuchad:

San Ireneo, tan próximo a los apóstoles, nos dice que, por razón de su preeminencia sobreeminente, a la Iglesia de Roma deben recurrir todas las demás, es decir, todos los fieles esparcidos en el mundo.

La Iglesia de África, por medio de uno de sus órganos más autorizados, san Cipriano, nombra a la Iglesia de Roma, Iglesia raíz, Iglesia matriz de las demás iglesias, Iglesia donde la unidad sacerdotal ha tomado origen.

San Atanasio, en sus grandes luchas doctrinales por la defensa de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, pide al papa Félix el socorro de su omnipotente autoridad, y para obtenerla, le dice que Dios le ha colocado, como a sus predecesores, en lo más alto de la fortaleza, y le ha encomendado el cuidado de todo el rebaño.

San Jerónimo, uno de los mayores luminaries de la Iglesia en el siglo cuarto, escribe, desde el fondo de su retiro, al papa Dámaso: No conozco ni quiero conocer otro maestro que Jesucristo; por esto estoy unido con Vuestra Santidad, es decir, a la cátedra de Pedro, sobre la cual la Iglesia está edificada. Todo el que coma el Cordero fuera de esta casa es un profano, y el que no permanezca en esta arca, perecerá en las aguas del diluvio.

Escuchemos también aquel astro, todavía más luminoso: el gran obispo de Hipona. Según san Agustín ¿quién deslizo la trama, tan bien urdida, de la herejía de Pelagio que infectaba el África? ¿Sus propios escritos? No, ciertamente, su humildad no es menos profun-

da que su saber. ¿Acaso el juicio formulado por dos concilios provinciales? Tampoco. El golpe decisivo partió de más alto. Roma ha hablado, dice, y la causa ha terminado.

Pero, continuad escuchándome: No es ya este o aquel doctor, considerados aisladamente, sino los mismos concilios generales, es decir, la Iglesia universal en su más alta representación, los que reconocen en la Iglesia de Roma, la Iglesia madre y maestra de todas las Iglesias: *Omnium Ecclesiarum mater et magistra*, la Iglesia que siempre ha tenido y no cesará de tener la primacía: *Quae semper primum tenuit...* y en aquél en el cual la Iglesia se personifica, los concilios ven, no un obispo particular, que tiene, como los otros, una porción determinada de fieles, sino el obispo de los obispos, el príncipe de la tribu sacerdotal, el padre, el doctor, que ha recibido de Nuestro Señor, en la persona de san Pedro, el pleno poder de pacer, de regir y de gobernar a la Iglesia universal: *Cui in Beato Petro pascendi, regendi, gubernandi universalem Ecclesiam, a Domino Nostro Jesu Christo plena potestas tradita est*¹.

¡Gloria, honor y acción de gracias os sean dadas para siempre, ¡oh Jesús Salvador! Al fundar vuestra Iglesia, para aplicarnos los méritos de la redención; al marcarla con señales que la hicieran fácilmente cognoscible; al constituiría como un solo rebaño con un solo pastor, y al darnos la prueba cierta, evidente y sin réplica que este pastor enseñaría y gobernaría en vuestro nombre, habéis proveído a nuestros más urgentes intereses espirituales. Al remontar sin esfuerzo de su Párroco al Obispo diocesano, del Obispo diocesano al Obispo de Roma, que lo es también de todo el mundo, y del Obispo de Roma al Pastor eterno, que sois vos, Señor Jesús, el fiel católico sabe que está en plena posesión de la verdad, camina seguro hacia la eternidad...

1. Véanse estos textos y otros muchos en PERRONE. *Dei Petri primatus in Christi Ecclesia perpetuitate*. T. 2.

SERMON TRIGESIMO OCTAVO

Los derechos del Papa.

Creo... en la santa Iglesia católica

Quamobrem omnium fidelium et episcoporum ceterorumque Antistitum, quocunque illi munere et potestate praediti sint, pater ac moderator universalis Ecclesiae, ut Petri successor, Christusque Dominus, verus et legitimus Vicarius praesidet.

Catech. Rom. cap. 26

En la instrucción precedente, hemos demostrado suficientemente que la primacía del Papa no es solamente una primacía de honor, apta, a lo sumo, para asegurarle el primer lugar en una asamblea de iguales, sino una primacía de jurisdicción, es decir, real, efectiva y *confiriendo derechos*. A este fin, las palabras de Jesucristo son precisas, y la enseñanza de la Iglesia formal. Jesucristo dice: Tu eres Pedro, sobre esta piedra edificaré a mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo, y todo lo que atares sobre la tierra también será atado en el cielo... y también: Pace a mis corderos, pace a mis ovejas, es decir, al rebaño entero. A su vez, la Iglesia dice: Definimos que la Santa Sede apostólica y el Pontífice romano tienen la primacía en el mundo entero; que el Pontífice romano es el sucesor de san Pedro, príncipe de los apóstoles, verdadero Vicario de Jesucristo, Jefe de toda la Iglesia, Padre y Doctor de todos los cristianos; que, en la per-

sona de Pedro, Jesucristo le ha dado pleno poder de paecer, regir y gobernar a la Iglesia universal. Así se expresa el concilio de Florencia, resumiendo en su declaración, como lo dice explícitamente, la tradición de todos los siglos cristianos: *Quemadmodum etiam in gestis aecumenicorum Conciliorum et in Sacris Canonibus continetur*¹.

Pero, estos derechos jurisdiccionales tan reales y verdaderos ¿en qué consisten? ¿Cuáles son las prerrogativas unidas a la suprema magistratura en la Iglesia? Este es el tema de la presente instrucción. ¡Dios nos ayude con su gracia!...

Enseñar a toda la Iglesia en materia de fe y de costumbres, dictar leyes que obliguen a todos los fieles sin distinción, pronunciar juicios irreformables, en los asuntos que se reserva, o en los que le son sometidos; en otros términos, poseer en el grado más alto la autoridad doctrinal y gubernamental: tales son los derechos del Papa, como tal, y del representante de Jesucristo en la tierra.

Y en primer lugar, en virtud de la instrucción divina, el Papa posee la autoridad doctrinal entera, sin que esté sujeta a revisión alguna. A él toca el enseñar a toda la Iglesia y a cada uno de sus miembros, sean reyes o emperadores, o los más humildes de los hombres; sean los más profundos teólogos o los más modestos catequistas; sean príncipes de la Iglesia, Obispos, Primados, Patriarcas, o los últimos miembros de la clase sacerdotal. El Papa es el Doctor universal, la boca que habla al mundo, y le basta. ¿Os asombraréis de ello? ¿No es el Papa la piedra firme sobre la cual la Iglesia está edificada para resistir a todos los asaltos del infierno: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalerunt adversus eam*? ¿El Papa no es el sucesor, con todas sus prerrogativas, de aquél por el cual Nuestro Señor rogó

1. Concilio de Florencia en 1441.

de una manera especial, a fin de que su fe no desfalleciese, y de que, una vez confirmado en la verdad, confirmase en ella a sus hermanos: *Ego rogaui pro te ut non deficiat fides tua; et tu aliquando conversus confirma fratres tuos*¹? ¿La Iglesia romana, y por consiguiente el Papa que la personifica, no personifica toda la firmeza y la consistencia de la religión cristiana? ¿La Iglesia que ha debido, más que otra alguna, defender la verdad de la fe, ¿no debe también, más que otra alguna, definir por la autoridad de su juicio las cuestiones relativas a la fe², a fin de que, como dice admirablemente el Concilio Vaticano, los perjuicios irrogados a la fe, encontrasen un remedio soberano, en aquella institución cuya fe no puede experimentar menoscabo: *Ut ibi potissimum resarcirentur damna fidei, ubi fides non potest sentire defectum*³? Y los hechos no habrían menos elocuentemente que los textos. ¿Quién ha guardado intacto y sin mengua el sagrado depósito de las verdades reveladas? ¿Tal vez las Iglesias de Jerusalén, de Antioquía, de Alejandría, de Efezo o de Constantinopla? No. Aunque apostólicas unas y patriarcales otras, todas más o menos tarde se convirtieron en las cátedras de pestilencia de que habla el profeta; el resto de la cristiandad contempla con pena su defección que no parece todavía haber llegado a su término. Sólo la Iglesia romana ha permanecido siempre pura e inmaculada, sin arruga ni mácula, y, empleando el lenguaje de nuestro gran concilio, siempre virgen de todo error: *Ab omni semper errore illibata*⁴. ¿Quién ha herido mortalmente las monstruosas herejías que conocemos con los nombres de Arrianismo, Nestorianismo, Pelagianismo, y tantas otras que tendían a destruir el Cris-

1. Luc. c. XXII, v. 33.

2. Fórmula de san Hormisdas suscrita por el VIII° concilio ecuménico.

3. II Conc. de Lión. Apud Con. Vat. Pastor Aeternus.

4. Ibid.

5. Pastor aeternus.

tianismo por su base? ¿Fue un obispo o un doctor particular? No, aún reconociendo la importancia de san Atanasio o san Hilario. ¿Fue un concilio provincial? No, ni aún los presididos por san Agustín. ¿Tal vez fue un concilio general? Tampoco, si en estas grandes asambleas no consideramos solamente el número, la ciencia o el mérito personal de sus miembros. ¿Quién fue pues? El Papa, sea que en cualidad de tal haya pronunciado una sentencia de condenación, sea que haya aprobado, ratificado o confirmado las decisiones del concilio general, y les dé fuerza de ley. Tal es el derecho de la Iglesia, y tal la enseñanza de la historia. Así vemos que los doscientos obispos reunidos en Efeso dicen: Obligados por las Letras de nuestro Smo. Padre Celestino, obispo de Roma, hemos procedido, a pesar de sus lágrimas, a la deposición de Nestorio¹. También los seiscientos treinta padres del concilio de Calcedonia, después de haber escuchado la lectura de la carta del Pontífice Romano, proclaman unánimemente: Pedro vive aún, y ha hablado por la boca de León². En fin, para resumirlo todo en una expresión que ya conocemos: Cuando Roma ha hablado, entonces solamente puede decirse que la causa está fallada.

Pero no hemos agotado nuestro tema en este primer bosquejo; no solamente el Papa tiene el derecho de enseñar a toda la Iglesia, sino que a esta autoridad doctrinal viene a añadirse la autoridad gubernamental, también entera y sin participaciones. ¿Hay necesidad de probarlo largamente? ¿A quién sino a Pedro y, en su persona a sus legítimos sucesores, fué dado el poder de pacer a las ovejas y a los corderos, es decir a todo el rebaño, y con éste a los mismos pastores? ¿Qué otro sentido pueden tener los títulos ya citados, y dados al papa por toda la antigüedad cristiana: Obispo de los obispos, Jefe de los jefes, Primado universal, Supremo

1. Hist. de la Iglesia. РОНДЯВСНЕР. Lib. 39.
2. Ibid. Lib. 40.

jerarca y Cabeza de toda la Iglesia? Y si estos títulos tuviesen necesidad de ser interpretados, sobre todo si fuese necesario justificar su uso, y mostrar que la adición no ha tenido en ellos ninguna parte ¿qué es lo que lo probaría mejor que lo que vamos a añadir?

El papa tiene el derecho y el deber de ser la mano que lo dirige todo, el ojo que lo observa todo, el vigía siempre atento para notar el más leve movimiento, y hasta la respiración de este gran cuerpo cuyos miembros llenan el mundo entero. Pero, escuchad: el derecho de inspección o de dirección no agota, ni mucho menos, todo el derecho del papa. Las palabras de Jesucristo tienen más alcance, la Tradición lo atestigua, y la Iglesia lo ha definido¹: La jurisdicción del papa es una jurisdicción plena en todo el sentido de la palabra, es decir, no mediata y por delegación, sino directa y por derecho propio, no extraordinaria y ejerciéndose en algunas circunstancias solamente, sino ordinaria y abarcando todos los casos, por lo tanto, absoluta y universal, en cuanto a las cosas y en cuanto a las personas. Pero dejemos las generalidades, y vengamos a los detalles.

Al papa pertenece convocar los concilios generales, presidirlos por sí mismo o por sus mandatarios, disolverlos, prorrogarlos, y confirmar o anular sus decisiones en todo o en parte. Si fuese excluido de ellos, o se retirase, tendríais un cuerpo sin cabeza, una asamblea irregular, tumultuosa y hasta facciosa, en una palabra, un conciliábulo, pero jamás un concilio².

Es propio del papa, regir a la Iglesia dispersada por todo el mundo, con el mismo título que regir a la Iglesia reunida en asamblea conciliar, el crear diócesis,

1. Si quis dixerit Romanum Pontificem habere tantummodo officium inspectionis, vel directionis... etc., Con. Vat. Pastor Eternus.

2. El papa puede disolver un concilio con sólo presentarse ante él y decir: No formo parte del concilio; desde este momento, el concilio se ha convertido en una asamblea, o en un conciliábulo, si se obstina. De MAISTRE.

y fijar sus límites, el instituir a los obispos, y conferir a cada uno la jurisdicción respectiva, pero sin abdicar jamás, no lo olvidemos, el derecho de extenderla, restringirla, o retirarla, o bien, si así lo juzga necesario, de ejercerla en persona. San Bernardo se muestra ingenuo y habla con gran precisión cuando escribe al papa Eugenio III, en otro tiempo su discípulo, y le dice: Cada obispo conduce su embarcación propia, pero el gran navío tiene en vos Señor, su gobernante. Navío inmenso formado de todas las embarcaciones, y que es la misma Iglesia universal, difundida por todo el orbe¹.

En fin, al papa sólo pertenece el dictar leyes, y establecer ordenanzas que obliguen indistintamente a todos los cristianos, el dispensar de ellas según las circunstancias, y, por causa justa, el pronunciar sentencias en última instancia, es decir, irreformables, por lo que nadie puede juzgar, no solamente las causas que retiene, sino ni las que a él son deferidas. Es muy interesante saber, y no es uno de los aspectos menos curiosos del tema que estamos tratando, que siempre el derecho canónico ha concedido a los fieles, a los sacerdotes y a los obispos, la facultad de apelar al tribunal del papa, de las injustas persecuciones o sentencias de que se creen objeto. Así, san Basilio el Grande apeló al papa para sincerarse de las calumnias de los herejes²; san Juan Crisóstomo apeló al papa contra los impíos que lo despojaron de su sede³; y la santa doncella, la valiente y casta heroína cuyo nombre es cada día más popular, santa Juana de Arco, decía en el curso de su proceso: Yo pido que me conduzcan al Santo Padre; y en la víspera de su martirio, renovando por décima vez su apelación, que era su única esperanza, dijo: Yo apelo a Dios y a Nuestro Santo Padre el Papa⁴. ¡Oh

1. De consideratione. Lib. 2, cap. 8.
2. ROHRBACHER. Hist. de la Igles. Lib. 35.
3. Ibid. Lib. 37.
4. ROHRBACHER. Hist. de la Igles. Lib. 82.

santo derecho de apelación, último y supremo asilo de las conciencias oprimidas! ¡Ojalá sea siempre respetado y libremente invocado! Muy juiciosamente se ha dicho, que el excluirlo sería, a la vez que el trastorno de la constitución divina de la Iglesia, una de las mayores desdichas que podrían caer sobre la sociedad cristiana¹.

Y ahora, saquemos algunas conclusiones de lo que acabamos de decir: En otros tiempos, cuando la cristianidad reposaba en paz bajo el báculó del supremo Pastor, serían casi inútiles; pero en la época actual, menos creyente y menos sumisa, los graves errores que se han producido, y que permanecen como incrustados en la vida social, las hacen necesarias.

Primera conclusión: El papa posee en el más alto grado la autoridad doctrinal y gubernamental sobre toda la Iglesia; pues, debe poder comunicarse sin trabas con toda la Iglesia, con todos los pastores, con todas las Iglesias particulares y con cada una de ellas, con todos sus miembros y con cada uno de ellos. Pensar de otra manera, sería incurrir en un error gravísimo, y en la reprobación de la Iglesia, ya que el Concilio Vaticano “condena y reprueba las máximas de los que dicen, que las comunicaciones del Jefe supremo con los pastores y con los fieles pueden ser impedidas, o bien las hacen depender del poder secular, pretendiendo que las cosas juzgadas por la Sede apostólica, o en virtud de su autoridad, no tienen ningún valor, si no son confirmadas por el poder civil²”.

Segunda conclusión: El papa posee, en el grado más alto, la autoridad doctrinal y gubernamental sobre toda la Iglesia; la sociedad cristiana había, pues, obrado perfectamente al crearle un principado civil, débil para constituir una amenaza para las otras naciones pero suficientemente fuerte para hacerse respetar de todas, con lo cual colocaron al Vicario de Jesucristo en las me-

1. PERRIOT, L'Univers, del 18 Febrero de 1891.
2. Conc. Vat. Pastor Aeternus, cap. 3.

jores condiciones posibles para regir la Iglesia universal confiada a sus cuidados. Sin duda, la soberanía temporal del papa no es un dogma, ni lo ha pretendido ningún papa, obispo o teólogo; pero ¿quién no ve la estrecha conexión que existe entre la soberanía o independencia temporal y la primacía espiritual? ¿Quién no ve la anomalía que supondría un Jefe espiritual del mundo entero sujeto a un príncipe temporal, emperador o rey de un estado particular? ¿Y si este príncipe del cual el papa sería el súbdito, aunque hoy fuese neutral y hasta benévolo—no veáis en esto ninguna alusión política—se convirtiese mañana en enemigo declarado? Si el papa es desterrado, aprisionado o martirizado, como lo fueron tantos papas de los tres primeros siglos, o bien, sin que lleguen las cosas a tales extremos, si su persona no place y es tenido por sospechoso ¿cómo podrá ejercer la primacía espiritual? ¿Cómo podrá, si no es completamente libre, proveer a los innumerables asuntos de todas las iglesias, velar y trabajar para extender el reino de Dios, reglamentar el culto y la disciplina, publicar las bulas y las encíclicas, convocar los concilios, conceder o rehusar la institución canónica de los obispos, ahogar los cismas en su germen, impedir la propagación de las herejías, disminuir las controversias religiosas, hablar libremente a los pueblos y a los reyes, enviar los nuncios y los embajadores, establecer los concordatos, infligir censuras, mantener intactos el dogma y la moral, recibir las apelaciones de que hablábamos hace poco, en fin, juzgar todo lo que interesa a la conciencia de doscientos millones de católicos esparcidos en el mundo entero¹?

No insistamos más. Todo ha sido dicho sobre lo que fué, y es en la actualidad, el fondo de la cuestión romana. Para todo hombre de buena fe, para todo espíritu exento de prejuicios la prueba está hecha. Es ne-

1. Puede consultarse sobre esta cuestión la Carta Pastoral de la Cuaresma de 1860 del Card. Pecci, después León XIII

cesario que el papa pueda corresponder con todas las iglesias del mundo. Es necesario que su acción, su voluntad, sus decretos, su lenguaje, su persona angusta, estén por encima de todas las influencias, de todos los intereses y de todas las pasiones; en una palabra, es necesario que sea libre, y que el mundo sepa que lo es; y, si no lo es, el deber de todo católico es desear que lo sea, e imitar a la Iglesia de Jerusalén, cuando el primer papa, san Pedro, fué aprisionado, la cual rogaba sin descanso por su libertad: *Et Petrus quidem servabatur in carcere, oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo*¹.

En fin, he aquí la tercera y última conclusión: El papa posee, en el más alto grado, la autoridad doctrinal y gubernamental sobre toda la Iglesia, y por esto, le debemos respeto, obediencia y sumisión completas. En los pasados tiempos, ciertos católicos apelaban del papa al futuro concilio; en los tiempos actuales, venos a muchos fieles, si les podemos denominar de esta manera, que se llaman católicos, pero quieren permanecer independientes. No seamos de unos ni de otros; seamos católicos sin condiciones ni restricciones, o sea, simplemente católicos. Ser simplemente católico es tomar como regla única de la fe, la fe de la Iglesia romana, madre y maestra de las demás iglesias, es estar sometido de espíritu y de corazón a todas las decisiones doctrinales del soberano pontífice, es aceptar, sin restricciones, en todo lo que se refiere a la fe y a las costumbres, su infalible magisterio. El papa ha hablado; pues, debe bastar; el papa lo quiere; pues, debemos quererlo, y si sólo conociésemos sus deseos, estos deseos deberían ser órdenes para nosotros. En una palabra, no queremos ser ni más católicos que el papa, lo que sería difícil, ni tampoco menos católicos que él, sino como el papa y con el papa.

¡Feliz sumisión cuando es tal como acabo de decir!

1. Act. c. XII.

"Esta sumisión es de tal precio que la tradición cristiana ha hecho y hará siempre de ella, la señal característica por la que se reconocen los verdaderos católicos." Así se expresa el papa León XIII¹. Después de haber hablado tantas veces los papas, en el curso de esta instrucción, era justo que el papa que gobierna a la Iglesia con tanta prudencia, pronunciase la última palabra.

1. Encíclica Sapientiae Christianae.

SERMON TRIGESIMO NOVENO

La infalibilidad doctrinal del Papa

Creo... en la santa Iglesia católica

Hoc igitur veritatis et fidei munus quam deficientis charisma, Petro eiusque in hac cathedra successoribus divinitus collatum est.
Conc. Vatic. Pastor Eternus. cap. 4

La infalibilidad doctrinal del papa, o como lo dice el santo Concilio Vaticano, este don de la verdad y de la fe que no puede perecer, don concedido por Jesucristo a Pedro y a sus sucesores, a fin de que pudiesen desempeñar el cargo sublime de procurar la salvación de las almas, y para que el rebaño de Cristo, apartado por ellos de los pastos emponzoñados con el error, fuese alimentado con la sana doctrina, y que quitada toda causa de cisma, la Iglesia se conservase en la unidad: tal es el tema de nuestra tercera y última instrucción en esta materia. Entremos en ella con toda confianza, y digamos que el papa es infalible, en qué sentido, por qué lo es, y en qué ocasiones. ¡Dios nos ayude con su gracia!...

Para el que no ha olvidado lo que hemos dicho en las dos precedentes instrucciones, la infalibilidad doctrinal del papa está completamente probada.

¿Qué es, en efecto, el papa? Jesucristo lo ha dicho, y nosotros hemos recordado sus palabras: La piedra sobre la cual ha edificado a su Iglesia, a fin de que las

puertas del infierno no prevaleciesen contra ella¹. Pero, si esta piedra es frágil, si es permitido a los poderes enemigos desplazarla y romperla, el edificio que no tiene otra solidez sino la que recibe de ella ¿no caerá en ruinas? De otra manera: Si el papa puede errar en la fe, teniendo por oficio defender a la Iglesia, que reposa sobre él y es un solo cuerpo con él ¿quién no ve clarísimamente, que ella caerá en ruinas al mismo tiempo, y que, al revés de lo que expresan las promesas de Jesucristo, las puertas del infierno prevalecerían contra ella?

¿Qué es el papa, repetimos? Jesucristo lo ha dicho y hemos relatado sus palabras fidelísimamente: El pastor supremo; a él toca el pacer a los corderos y a las ovejas: *Pasce agnos, pasce oves*², es decir, al rebaño entero, y con el rebaño, a los mismos pastores. Y este pastor universal, único, que no depende de ningún otro, y del que dependen todos los demás ¿estaría sujeto a error, podría imprimir una falsa dirección, enseñar la mentira, dirigir el rebaño fuera del camino, y conducirlo, para abreviarlo en fuentes emponzoñadas? No, es imposible. Jesucristo nos ha rescatado a un precio demasiado elevado, para no obrar con tanta previsión como amor, y para no poner al abrigo de toda sorpresa a los hijos de la redención.

Hay además, respecto del papa otra garantía de infalibilidad. Ya he citado, en la instrucción precedente, estas palabras sobre las que se funda esta garantía, y estas palabras exigen un nuevo comentario. Estamos en la víspera de la pasión y muerte de Jesucristo, y vemos a los apóstoles como disputan por una cuestión de preeminencias, con gran inoportunidad. Y dirigiéndose Nuestro Señor a Simón Pedro únicamente, como lo había hecho en las puertas de Cesarea de Filipo, y como debía hacerlo después de su resurrección, le dijo: Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha de cribar a todos, de la misma manera que criban al trigo;

1. MATTH. c. XVI.

2. JOAN. c. XXI.

pero yo he rogado por ti a fin de que tu fe no destallezca; por esto, cuando te habrás convertido, confírmalas a tus hermanos¹... ¿Qué palabras! ¿Y cuán fácil es comprender su sentido! Jesucristo anuncia, que esta Iglesia representada por el colegio apostólico, será asaltada por todas partes, perseguida sin descanso, y empleando la expresión del Salvador, pasada por la criba. Y previendo esto ¿qué es lo que hace el Salvador? Ruega, no ya por todos, aunque todos estaban en peligro, sino por uno solo, por Pedro y sus sucesores, en tanto que forman con él una sola persona moral. ¿Hemos de creer que la salvación de los otros le es menos querida, que la salvación de la cabeza de la Iglesia? No, exclama san León, sino que ruega particularmente por Pedro, porque fortaleciendo a éste, fortalece también a los demás, y porque la salvación de los subordinados será asegurada, mientras la cabeza del Príncipe no sea abatida: *Specialis a Domino Petri cura suscipitur, et pro Petri fide proprie sublimitur, tanquam aliorum status certior sit futurus, si meus Principis victa non fuerit*².

Hemos referido las palabras de Jesucristo; recapitulamos ahora la tradición que las ha interpretado.

¿Qué abundancia de testimonios, y qué concordancia! Si las palabras son fiel imagen de las cosas que expresan, esta tradición declara que es infalible esta cátedra apostólica, la cátedra de san Pedro y de sus sucesores, cátedra presidencial, cátedra única, cátedra de donde proviene la jurisdicción del episcopado universal, cátedra que es lazo irrompible de la unidad, cátedra en la que descansa la entera y verdadera solidez de la religión cristiana, cátedra suprema hasta el punto, que no puede ser juzgada por ninguna otra, y que nada puede ser juzgado ni admitido, antes que ella lo haya juzgado y admitido, cátedra, en fin, que nadie puede abandonar sin abandonar a la misma Iglesia: *Qui*

1. LUC. c. XXII, v. 33.

2. APUD. PERRONE. t. II.

cathedram Petri super quam fundata est Ecclesia describit, in Ecclesia se esse non confidat. Si, es infalible la Iglesia de Roma tan celebrada por los Padres, esta Iglesia madre y señora de todas las demás, a la cual los grandes apóstoles han ilustrado con sus doctrinas y con su sangre, esta Iglesia a la cual, a causa de su autoridad sobreeminente, es necesario que todo el mundo recurra, esta Iglesia fuera de la cual la íntima comunión con el Cordero es imposible, y en cuyo seno es necesario permanecer, para no ser sumergido por las aguas del diluvio, esta Iglesia siempre pura, siempre inmaculada, virgen de todo error, esta Iglesia en fin, que cuando habla, decide las cuestiones. Tan cierto es, que al suscitarse una duda respecto a la fe, sólo ella puede decidirla con sus definiciones: *Sic, si quæ de fide subortæ fuerint quæstiones, suo debent iudicio definiræ*?

Pero, no hablemos más de la Sede haciendo abstracción del que la ocupa. Esta sutileza tan corriente en otros tiempos, no tiene ningún valor en el nuestro. Y es natural. La Sede, si se prescinde del que la ocupa, no es sino un ser privado de razón, es decir, una ficción. Por lo tanto, el infalible, no es tanto la Iglesia o la Sede de Roma, sino el obispo de Roma, o el papa. Del papa, considerado como una persona y no una abstracción, es necesario afirmar todo lo que la tradición afirma de la Iglesia que rige, y de la Sede que ocupa. De la persona del papa, es necesario repetir todo lo que los grandes doctores y concilios han dicho: con san León, que es el patriarca universal; con san Cipriano, que es eminentemente apostólico; con san Jerónimo, que es el confirmador de la fe de los cristianos; con san Juan Crisóstomo, que es la boca que habla al mundo, y le basta; con san Bernardo, que es el guardián de la casa de Dios, el pastor de los pastores, el pontífice destinado a la plenitud del poder; con santo Tomás,

1. San Cyp. ap. Ligouri, trac. de Legibus.
2. Conc. Lugd. II.

que a él pertenece determinar lo que es de fe, porque debiendo ser una la fe de toda la Iglesia, solamente la sentencia de uno solo puede hacerla tal¹; con el concilio de Calcedonia y sus seiscientos obispos, que es padre de los padres, el obispo de los obispos, el pontífice supremo el príncipe sentado en el trono apostólico, y que hay que aceptar como legítimamente definido todo lo que define; con el concilio de Florencia, que es el verdadero vicario de Cristo, la cabeza de toda la Iglesia, el padre y el doctor de todos los cristianos, que le ha sido concedido, en la persona de san Pedro, por Nuestro Señor, el pleno poder de pacer, de regir, y de gobernar la Iglesia universal; en fin, diremos con el santo y ecuménico Concilio Vaticano, que cuando el papa habla *ex cathedra*, es decir, cuando en virtud de su suprema autoridad apostólica, y del cargo de pastor y doctor de todos los cristianos, define que tal doctrina sobre la fe o las costumbres, ha de ser creída por la Iglesia universal, goza plenamente de la infalibilidad de que quiso dotar a la Iglesia, en las definiciones sobre la fe o las costumbres, el divino Redentor, y de la asistencia divina que El le prometió, en la persona de san Pedro; por consiguiente, tales definiciones del pontífice romano son irreformables en sí mismas, y no en virtud del consentimiento de la Iglesia².

El papa es, pues, infalible. La prueba está expuesta sobreampliamente; pero, falta explicar en qué sentido, por qué virtud, y cuándo es infalible.

1. *Ad ejus auctoritatem pertinet finaliter determinare en qua sunt fidei ut ab omnibus inconcussa fide teneantur...* quia una fides debet esse totius Ecclesiae, quod servari non potest nisi quaestio de fide exorta determinetur, per eum quæ toti Ecclesiae præest. 2. 2, q. 1, art. 10.
2. En cuanto al argumento de la Tradición expuesto, en el cual casi cada palabra corresponde a un texto, véase *in extenso*, con la indicación de las fuentes, en el Conc. Vat. y en san Léon. Dissert. de Rom. Pontif. infalibilitate; en Perrone. De Dotib. Prim.; y en Gousset. Theol. Dogm. T. 1.

¿En qué sentido? Establezcamos primeramente que la infalibilidad de que tratamos en este momento, no tiene nada que ver con la impecabilidad, tal como se entiende comunmente. Una cosa es ser infalible en materias de fe, otra cosa es ser impecable en los actos que dependen de la conciencia. El papa es infalible, no impecable, el papa puede pecar, y peca, seguramente mucho menos que vosotros y yo, y por esto golpea su pecho todos los días y se confiesa con mucha frecuencia. El papa, es decir, aquél al cual ha sido confiado, en la persona de san Pedro, el poder de atar y desatar, tiene necesidad de confesarse como el último de los cristianos. Cuando vi a Pío IX, decía un religioso célebre, arrodillado a mis pies para recibir la absolución, cuando vi a la primera Majestad de la tierra en la humilde actitud del penitente, ante el último de sus sacerdotes, me dije asombrado y conmovido hasta las lágrimas: ¡Cuán divina es la confesión ya que el mismo Vicario de Cristo, como si fuese el último cristiano, está obligado a sujetarse a esta ley penosa!

El papa es, pues, infalible, pero no impecable; pero ¿por qué goza de esta infalibilidad? Lo hemos dicho en una de las instrucciones precedentes: sólo Dios es infalible por exigencia de la infinita perfección de su naturaleza, y si hay algún otro ser, colectivo o individual, que lo sea, ha de ser únicamente, en virtud del don que de Dios habrá recibido. El papa es infalible, pero esta infalibilidad es un don, *charisma*, un don que le viene de lo alto, *charisma divinitus collatum*, es un efecto de la asistencia divina, *per assistentiam divinam*. Esto os extraña seguramente. Acostumbrados como estamos a errar, a tomar lo falso por lo verdadero, y lo verdadero como falso, porque no hay quien no se equivoque, nos sorprendemos a la vista de esta verdad, y somos tentados de creerla imposible. Pero ¡qué!

1. VENTURA. Conferencias de 1854.
2. Conc. Vat. Pastor Aeternus, cap. 4.

¿Acaso no es Dios omnipotente? ¿O no puede comunicar, en la medida que le plazca, tal o cual de sus perfecciones si, por su naturaleza, esta perfección es comunicable? ¿Qué Dios sería, exclama san Agustín¹, si no pudiese hacer sino lo que nosotros podríamos comprender? Por otra parte, nuestra religión ¿no es sobrenatural? Sobrenatural es la generación del cristiano por medio del agua y de una sencilla fórmula. Sobrenatural es la sentencia absolutoria pronunciada por el sacerdote, y ratificada en el cielo, la cual devuelve a la conciencia manchada su pureza primitiva. Sobrenatural es la presencia real, verdadera y substancial del Cuerpo, de la Sangre, del Alma y de la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, allí donde, algunos segundos antes, existía solamente pan y vino. Sobrenatural, de una manera semejante, es la transformación de un hombre falible por naturaleza, en infalible por la virtud de lo alto.

Pero ¿cuándo el papa es infalible? ¿Lo es en todos sus actos? No. ¿Lo es como obispo de la diócesis romana? No. ¿Lo es como metropolitano de los seis obispos suburbicarios? Tampoco. ¿Lo es tal vez como patriarca del Occidente? En cada una de estas cualidades, puede parangonarse con cualquier obispo en su diócesis, con cualquier primado en su provincia, o con cualquier patriarca en su patriarcado. ¿Cuándo lo es, pues? Únicamente cuando habla, decide u obra como papa, es decir, como obispo universal, como jefe de toda la Iglesia.

Y considerado como tal ¿es infalible el papa en todas las materias que trata? No, el papa puede equivocarse en tal cuestión científica o en tal cuestión política, a no ser que se refiera a los intereses esenciales de la religión, en tal cuestión histórica, hasta en alguna cuestión teológica, si la expone como doctor privado. Pero, si

1. *Demus Deum aliquid posse, quod nos fateamur investire non posse.*

habla de ella como papa, es decir, como cabeza de toda la Iglesia, en una cuestión de fe o referente a las costumbres, entonces es infalible; y si la definición que emite, y el juicio que pronuncia, en esta cualidad de papa, son concebidos en tales términos, que manifiesten la intención de proclamar en virtud de su suprema autoridad, una verdad de fe, sobre todo lo que es objeto de esta definición o de este juicio, es necesario creer y someterse, no podemos juzgar al papa, y muy oportunamente, vienen a la memoria las palabras de san Agustín: Roma ha hablado, la causa está, pues, juzgada.

Detengámonos aquí: la exposición que acabamos de hacer, no está faltada de claridad, y la creemos exacta. ¿Había necesidad de esparcir tantas dudas, sobre un punto tan fácil de comprender? Demos gracias a Dios, de que en su suprema sabiduría y en su infinita bondad, haya dispuesto que esta verdad estuviese al abrigo de las tentativas de alteración. Ya hemos explicado que el cuerpo docente en la Iglesia, es decir, los obispos unidos al papa como los miembros lo son a la cabeza, es infalible; pero cuando precisa una respuesta decisiva a una duda grave en materias de fe ¿es fácil consultar a la generalidad de los obispos? Cuando es necesario descargar un golpe vigoroso, instantáneo, para detener una herejía que amenaza invadirlo todo ¿hay que esperar la reunión del concilio? Demos también gracias a Dios, de haber puesto, de una manera eminente, en la cabeza, lo que tiene el cuerpo unido a la misma cabeza. Esta cabeza podemos distinguirla fácilmente, sabemos cual es, y donde reside. Roma no está lejos, decía Tertuliano a los fieles de Africa, si acaso se elevaba alguna controversia entre ellos, o alguna disputa difícil de resolver¹. Hoy esta expresión es más verdadera que en tiempo alguno. No solamente respecto de Africa, sino respecto de cualquier parte del mundo, *Roma no está lejos*.

1. De Praescript. cap. 36.

SERMON CUADRAGESIMO

La comunión de los santos en la Iglesia

Creo... en la comunión de los santos

Unitas spiritus a quo illa Ecclesia
regitur efficit, ut quidquid in eam
collatum est, commune sit.
Catech. Rom. cap. 10

Hemos recorrido un largo camino: La institución divina de la Iglesia, para continuar la redención, y aplicar sus frutos: las notas ciertas por medio de las cuales podemos discernir la obra de Dios de entre sus falsificaciones humanas, y la reivindicación de estas notas por la Iglesia romana, con exclusión de cualquier otra sociedad cristiana; la demostración de que la Iglesia romana es la sola y verdadera Iglesia de Jesucristo, con su infalibilidad doctrinal, su autoridad gubernamental y su jerarquía sagrada; la primacía de san Pedro, supremo jerarca, y de sus sucesores, con los derechos y prerrogativas unidos a esta primacía: he aquí lo que hemos expuesto en las precedentes instrucciones. Con todo, no hemos concluido. Hemos de exponer las grandes ventajas que la Iglesia procura a sus hijos: la comunión de los santos, y la remisión de los pecados. Hoy nos toca exponer el primero de dichos beneficios. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Antes de abordar este tema, no he de detenerme, explicando que la palabra *comunión* tiene otro sentido que el ordinario, y que no designa aquí la comunión

eucarística, sino el conjunto de los servidores de Jesucristo, en comunión unos con otros por un mismo lazo de religión, por una real comunidad de bienes espirituales, y en un fraternal cambio de servicios.

En cuanto a la palabra *santos* hay que notar, que es una feliz reminiscencia de la primera edad de la Iglesia: en sus principios, los fieles eran llamados *santos*: Sois la raza escogida, la nación santa, la sociedad de santos, les decía san Pedro¹... A los santos que habitan en Roma, en Efeso, en Corinto, y en toda la Aca-ya²; así escribía san Pablo, no porque todos lo fuesen, sino porque tal era, como lo es hoy, la vocación común de los cristianos. Cristiano y santo son palabras equivalentes.

Explicadas las palabras, pasemos a explicar las cosas.

Según la bella expresión de san Pablo, tantas veces repetida en sus epístolas, la Iglesia es un cuerpo, y de este cuerpo, todos los cristianos somos los miembros y Jesucristo es la cabeza, de la cual todo el cuerpo recibe vigor y acrecentamiento; por lo tanto, la Iglesia es un cuerpo viviente, bien ordenado, semejante al cuerpo humano, y que forma como él un todo orgánico².

Y si en el cuerpo humano cada miembro tiene su función especial, no la ejerce no obstante para sí mismo, sino en provecho del todo de que forma parte. Así los ojos conducen a los pies, las manos defienden a la cabeza, el estómago que recibe y digiere los alimentos, no lo hace sino para comunicar nuevas fuerzas a todo el organismo. Hay pues, en el cuerpo humano reciprocidad de servicios entre todos los miembros que lo componen.

Pues bien, volviendo a la comparación de san Pablo, y desarrollándola con la ayuda del Catecismo romano,

1. *Petr.* c. II, v. 9

2. I Cor. c. XII, v. 12-28. Eph. c. IV, v. 16; c. V, v. 23; Coloss. c. I, v. 18.

diremos que lo mismo pasa en la Iglesia. En la Iglesia, hay muchos miembros, pero un solo cuerpo, porque hay una cabeza única, Jesucristo. En la Iglesia, hay muchos miembros, pero existe entre ellos un mutuo auxilio, trabajando cada uno para todos, de la misma manera que para sí mismo. Es decir, que así como en el cuerpo humano, la sangre y la energía vital se distribuyen y se reparten entre todos los miembros, según la necesidad de cada uno; así, en la Iglesia, los dones, las gracias, todas las riquezas espirituales, a la manera de un fondo social que pertenece al cuerpo, se reparten, según el mérito y las necesidades de cada uno, entre todos los que forman parte de su cuerpo.

Para aclarar y poner al alcance de todos este punto de doctrina, entraré en algunos detalles. No ignoráis que todos los bautizados, por este solo título, pueden recibir todos los sacramentos de la Iglesia; los sacramentos han venido a ser un bien propio suyo, de tal manera, que nadie puede recusárselos sin injusticia, si no se trata de algún fiel claramente indigno. Quizás sabéis también, y si no, lo sabréis ahora mismo, que todo fiel participa en cierta medida, según las disposiciones actuales más o menos perfectas de su alma, y en mayor grado si se halla en estado de gracia, del fruto de todas las misas que se celebran, y de todas las plegarias públicas o privadas que dicen los fieles, de todos los actos de virtud que practican, en cualquier lugar y en cualquier hora que tengan lugar.

Sí, de los centenares de millares de misas que se celebran cada día, ni una sola deja de aprovechar a todos y a cada uno de los fieles.

Sí, de tal obra buena que se hace, de tal virtud que se practica, de tal acto de humildad, de paciencia, de amor a Dios, o de caridad al prójimo, el fruto especial es para el que hace esta buena obra, practica esta virtud, y realiza sus actos, pero el fruto general entra en el tesoro de la Iglesia, y todos los que son miembros de la Iglesia participan de él.

Y en lo que se refiere a la oración, y refiriéndonos a la oración más repetida ¿no habéis notado que en la oración dominical todo está en plural; que no decimos *Mi Padre*, sino *Nuestro Padre*; que no pedimos nada, ni el pan de cada día, ni el perdón de los pecados, ni la liberación del mal, sin que lo pidamos igualmente para todos los demás, para todos nuestros hermanos en Jesucristo?

En el orden físico, la planta, que se reproduce en el mismo lugar en que muere, va a reproducirse también a lo lejos, y algunas veces en otro continente, porque una de sus semillas, arrastrada por los vientos, ha encontrado nuevos cielos propicios. y otra tierra fértil que le sirve de cuna.

¡Pues bien! el mundo sobrenatural encierra también maravillas que no son inferiores a las maravillas del mundo físico... Por el dogma de la comunión de los santos, estoy firmemente convencido, que esta limosna que hago, si la hago debidamente, que esta penitencia que cumplo, si la cumplo bien, que este *Padremestro* o *Ave María* que digo, si reza con atención, que esta misa que celebro u oigo, si la celebro u oigo con devoción, aprovecharán, no sólo a mí que hago esta limosna, cumplo esta penitencia, digo esta oración, o celebro u oigo esta misa, sino también a alguno de mis hermanos, mereciéndole, en virtud del lazo que nos une, una gracia de consolación, una gracia de conversión o una gracia de fuerza, si la tentación atormenta, o tal vez la gracia de una buena muerte, si agoniza, aunque muera a algunos millares de kilómetros de distancia.

¡Cuán bella y fecunda es la fraternidad que la Iglesia enseña y practica! Lo es tanto más que no se tiene en ningún lugar, ni ante la tumba.

Es, en efecto, otra verdad, tan cierta como la que hemos expuesto, que la Iglesia terrestre no constituye

toda la Iglesia, sino una parte. Los santos, que gozan en el cielo de la visión beatífica, forman parte de ella. Y aun podemos añadir, que las falanges angélicas también pertenecen a la misma. ¿Por qué? Porque pertenecen a una misma sociedad, todos los que tienen una misma cabeza; la unidad de la cabeza es causa de la unidad del cuerpo. Ahora bien, san Pablo nos dice claramente que Jesucristo es la cabeza de toda la Iglesia, tanto de la Iglesia que triunfa en el cielo, como de la Iglesia que milita sobre la tierra, por haberle constituido Dios sobre una y otra, y haberle sometido todas las cosas a su imperio: *Omnia subiecit sub pedibus eius, et ipsam dedit caput super omnem ecclesiam*¹. También enseña el gran Apóstol que Jesucristo es cabeza de todos los principados y de todas las potestades del cielo, es decir, de los ángeles; y ya que de la plenitud de los dones de Jesucristo hemos sacado cuanto tenemos, no es temerario inferir, que, de una manera semejante, los espíritus celestes tienen de Jesucristo todo cuanto poseen en gracia, fuerza y luz: *Et estis in illo repleti, qui est caput omnis Principatus et Potestatis*².

Pero, hay además otra porción de la Iglesia universal: la Iglesia purgante. Y no es una parte despreciable de la Iglesia universal, al contrario. Las almas detenidas en el purgatorio son legión, y son amigas de Dios. A la verdad, ellas sufren intolerables dolores, expían las reliquias de antiguas manchas, y hasta que hayan satisfecho a las exigencias de la justicia divina permanecerán cautivas en las obscuras mansiones. Pero, vuelvo a repetirlo, son almas justas, han salido de este mundo en gracia de Dios, y le aman intensamente. Por esto tienen a Jesucristo por cabeza, pertenecen a su cuerpo místico, y tienen su lugar pro-

1. EPH. c. I, v. XXII.

2. COROS. c. II, v. 10.—Hemos seguido la interpretación de Menochius, para quien, *omnis Ecclesia*, se refiere a la militante y a la triunfante.

1. Quando oramus, non pro uno, sed pro toto populo oramus
SAN CYP. De Orat. Dom.

pio en la Iglesia universal, la cual permanece única e indivisible, aunque en tres estados diferentes, porque un mismo lazo, una cabeza única, Jesucristo, une entre sí a estos tres cuerpos: la Iglesia militante, la Iglesia triunfante y la Iglesia purgante.

Y ahora, la conclusión sale naturalmente de las premisas. El círculo de nuestras relaciones se ha agrandado prodigiosamente. Los bienaventurados del cielo son nuestros hermanos; los justos detenidos en el purgatorio lo son igualmente, y podemos establecer relaciones con todos ellos.

A los bienaventurados del cielo, les invocamos, nos recomendamos a su crédito cerca de Dios, y les dedicamos fiestas, y las celebramos con amor. ¡Cuán dulce es creer que de nuestros homenajes les proviene, aun que sea en una parte mínima, algún aumento de la gloria que poseen tan sobrealundantemente! Y por su parte, se interesan por nosotros, velan sobre nosotros, nos siguen en los difíciles senderos de la vida, que han recorrido como nosotros, y solicitan y obtienen, en favor nuestro, las gracias y socorros de que tenemos tanta necesidad. ¿Queréis más? Las palabras de san Cipriano guardan su eterna verdad: Tanta es la seguridad que tienen los santos de su eterna bienaventuranza, cuanta es la tierna inquietud sobre la nuestra: *Quantum de sua felicitate securi, tantum de nostra salute solliciti...*

A los miembros dolientes y justos de la Iglesia purgante, tendemos nuestras manos, no para recibir, sino para dar. Estas almas queridas son impotentes, por sí mismas, para franquear el umbral de las oscuras mansiones; apenas pueden hacer llegar hasta nosotros su clamor: Tened piedad de nosotros, al menos los que habéis sido amigos nuestros... entonces nosotros nos inclinamos hacia el lugar de donde parte aquel clamor, y rogamos, ayunamos, distribuimos alguna limosna, ganamos indulgencias, pelegrinamos, ofrecemos el santo sacrificio de propiciación, y con estos provechos

espirituales, podemos temperar los ardores que les devoran. Bello es el texto de san Cipriano, que he citado hace poco, y nada puede decirse de más verdadero sobre la confraternidad de los santos; en lo que se refiere a nuestras relaciones con nuestros hermanos del purgatorio, escuchad las admirables palabras del autor de la Imitación: Cada vez que el sacerdote celebra, honra a Dios, regocija a los ángeles, edifica a la Iglesia, ayuda a los vivientes, y, notad bien, procura el reposo a los difuntos: *Defunctis requiem praestat*. Terminemos con una aplicación del salmo ciento treinta y dos, al asunto que nos ocupa.

El real Salmista empieza con esta gozosa exclamación: ¡Oh cuán dulce y cuán bueno es el vivir en paz los hermanos: *Quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum...* Esta unión de corazones, esta compenetración de voluntades, este fraternal cambio de bienes ¿a qué los compararé? Al licor perfumado que, derramado sobre el gran sacerdote en el día de su consagración, se esparce de la cabeza al rostro y del rostro a su vestido, hasta la última franja que roza sus pies: *Sicut unguentum quod descendit in barbam, barbam Aaron, quod descendit in orem vestimenti ejus*.

Ahora podréis comprender bien la doctrina de la comunión de los santos. En Jesucristo, gran sacerdote, Aaron de la Ley nueva, cabeza universal de todo el cuerpo de la Iglesia, no somos sino una sola cosa, somos todos hermanos, y miembros del mismo cuerpo. Y de la cabeza, que ha recibido la unción, se esparcen, primero a los miembros más cercanos, los santos del cielo, después a los inferiores, los santos de la tierra, y hasta las extremidades, los justos del purgatorio, todas las gracias y todos los dones del Espíritu Santo: *Sicut unguentum quod descendit in barbam, barbam Aaron, quod descendit in orem vestimenti ejus*.

Os dejo con esta idea. ¡Ojalá sirva para representar vivísimamente la verdad que encierran estas palabras del Símbolo: Creo en la comunión de los santos.

SERMON CUADRAGESIMO PRIMERO

La remisión de los pecados en la Iglesia

Creo... en la remisión de los pecados

Manus parochi erit, docere non solum peccatorum remissionem in catholica Ecclesia reperiri, sed etiam potestatem peccata remittendi in ea esse. Catechl. Rom. cap. 11

Una de las preciadas ventajas que la Iglesia nos procura es la comunión de los santos, en el sentido en que lo hemos explicado en la precedente instrucción. Nos ofrece además otra no menos apreciable, y que el Símbolo expresa en estos términos: *Credo remissionem peccatorum*; y el Catecismo Romano recuerda a los párrocos que tienen el deber de enseñar a los fieles, no solamente que los pecados son perdonados en la Iglesia—como lo eran por ejemplo en la Sinagoga judía o bajo la ley natural, porque en ningún tiempo han faltado a los hombres los medios de entrar en gracia de Dios—sino también que son perdonados por la Iglesia, en virtud del poder que Jesucristo le confirió. Esta verdad es la que vamos a exponer hoy. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Y en primer lugar, digamos que si ensayásemos probar que Jesucristo tiene, por propia virtud, el poder de perdonar los pecados, pondríamos en tela de juicio lo que es el objeto de nuestra fe y que por otra parte, hemos evidenciado directa o indirectamente en estas instrucciones, o sea: que al hacerse hombre en el tiem-

po, y ser lo que no era, no cesó el Hijo de Dios de ser lo que fué desde toda la eternidad: consubstancial al Padre, igual al Padre, Dios como el Padre, y cuyas obras son las mismas del Padre, como dice San Juan: *Pater meus usquequidum operatur, et ego operor*¹

En segundo lugar, hemos dicho que Jesucristo en el curso de su vida mortal, ejerció el poder de perdonar los pecados, no sólo como Dios, sino también como Dios hecho hombre, porque en Jesucristo, las dos naturalezas divina y humana, aunque distintas, estaban unidas en una sola persona, y no era la sola naturaleza divina, ni la sola naturaleza humana la que obraba, sino la persona; por consiguiente, al Hombre-Dios se refirió San Juan Bautista cuando dijo: He aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo; a los pies del Hombre-Dios, se postuló María Magdalena para obtener el perdón de sus pecados; por el poder del Hombre-Dios, el paralítico recobró la salud del alma y del cuerpo: del alma por el perdón de sus pecados: del cuerpo por el recobro del movimiento de que se hallaba privado desde mucho tiempo.

La siguiente página del Evangelio es admirable tanto en la doctrina que encierra, como en su dramatismo².

Un hombre completamente paralítico ha sido conducido a los pies del Salvador. Y Jesús, al cual nada podía escapar³, sumergiendo su divina mirada en lo más íntimo de su alma, vió que ésta, estaba bajo el imperio de Satanás, más aún que su cuerpo estaba encadenado por la parálisis. Jesús irá, pues, al fondo del mal, y curará al cuerpo por la liberación del alma, causa de la parálisis corporal. Por esto, dirigiéndose al enfermo, le dijo: Hijo mío, ten confianza, tus pe-

1. JOAN. c. V, v. 17.
2. MATTH. c. IX.
3. JOAN. c. II, v. 25.

cados te son perdonados: *Confide, fili, remittuntur tibi peccata.*

Al oír estas palabras, los judíos exclamaron: Este hombre blasfema; porque ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios? A lo cual Jesús respondió: ¿Qué es más fácil, decir: tus pecados te son perdonados, o bien decir: levántate y anda? Y sin esperar la respuesta de sus contradictores, Jesús dijo: Para que donar los pecados: levántate y anda, dijo al paralítico; y para que constase a todos, que el paralítico sobre tus espaldas, y vuelve a tu casa, le dijo, y el paralítico se levantó, comenzó a marchar, y tomando radicalmente curado. ¿Qué faltaba pues? La prueba del poder, que Jesús se atribuía, de perdonar los pecados, quedaba hecha y sin réplica, porque quedaba probada por el milagro que es la más irresistible de las demostraciones.

¿Os ha pesado, tal vez, esta digresión que nos ha hecho asistir a una de las más bellas escenas evangélicas? No lo creo, sobre todo si habéis considerado que esta escena, mejor que una digresión, es una introducción. Antes de pasar adelante, era necesario probar que el Salvador tenía poder para perdonar los pecados, no sólo como Dios, sino como hombre, es decir, como Hombre-Dios.

Pero, si Jesucristo, Dios y Hombre a la vez, tenía el poder de perdonar los pecados, y si, en el curso de su vida mortal lo ejerció personalmente ¿se reservó, acaso, este poder, o lo comunicó a otros? El símbolo de nuestra fe nos enseña la remisión de los pecados en la Iglesia: *Credo remissionem peccatorum.*

La Iglesia enseña que, antes de dejar la tierra, Jesucristo instituyó el bautismo; que por medio de él se borran, no sólo el pecado original, sino, en el caso de que lo recibía un adulto, todos los pecados

actuales; que Jesucristo ha hecho a la Iglesia depositaria de este sacramento, disponiendo que no lo recibía nadie sino de mano del sacerdote, como ministro ordinario, o, si no puede recurrirse a un sacerdote, de mano del diácono, como ministro extraordinario, o bien, en el caso de necesidad extrema, que todo hombre, aun infiel o hereje, pudiese bautizar, pero con la condición de que el bautismo no sería válido si el infiel o el hereje no tenían, al conferirlo, la intención actual de hacer lo que hace la Iglesia.

Pero ¿cuántos conservarían la inocencia bautismal? Contados son los que la conservan en el espacio de un siglo, y todos demás han pecado, *omnes declinaverunt*¹, y muchos, si no todos, han pecado innumerables veces, *in multis offendimus omnes*². Y después de haber perdido la gracia del Bautismo ¿existe algún otro medio de recobrar la gracia de Dios? La respuesta es la que hemos dado: Creemos en la remisión de los pecados: *Credo remissionem peccatorum.*

Creemos que Jesucristo ha dado a su Iglesia el poder de perdonar los pecados cometidos después del Bautismo. ¿Cuándo? En el día en que dirigiéndose, en primer lugar, a san Pedro le dijo: Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos, todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo³. Después dió a los Doce, casi en los mismos términos, este mismo poder⁴, cuando, en el día de su resurrección, dando una forma más precisa a su pensamiento, y a la institución un carácter definitivo, dió a los apóstoles: Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío, es decir, para cumplir la misma misión, y ejercer los mismos poderes; recibid el Espíritu Santo, y a aquellos a quienes perdonaréis los

1. PSAL. XIII.
2. JACOB. c. III, v. 2.
3. MATH. c. XVI.
4. MATH. c. XVIII.

pecados, les serán perdonados, y a los que les retuvieris los pecados, les quedarán retenidos: *Sicut misit me Pater, ego mitto vos; accipite Spiritum Sanctum: quorum remisistis peccata remittuntur eis, et quorum retinueritis retenta sunt*¹.

Creemos también que, en virtud de las mismas palabras que le comunicaron este poder, la Iglesia puede remitir los pecados de una manera absoluta, en cuanto al número, en cuanto al modo, y en cuanto a la permanencia del efecto. En cuanto al modo: es decir, ella no efectivamente, ejerciendo un real poder judicial. En cuanto al número: es decir, la Iglesia los remite todos sin excepción, cualquiera que sea su gravedad y su especie, y tantas veces como el pecador recurre a su tribunal, otras tantas veces le ha de ser dada la absolución, si se arrepiente². En cuanto a la permanencia del efecto: es decir, que la Iglesia los remite definitivamente, y jamás revivirán dichos pecados, como jamás volverá a la superficie, la roca lanzada al fondo del mar, en el cual permanece encadenada por su propio peso³. Estos pecados quedan borrados, destruidos, aniquilados, como los caracteres impresos en la cera blanda quedan borrados al paso del rodillo. Añadiré que esta remisión de los pecados es instantánea, y que, como dice san Juan Crisóstomo, es más lento el efecto del fuego que devora la paja, que la sentencia sacramental en producir su efecto.

En fin, creemos que así como la Iglesia ha sido hecha depositaria del Bautismo de una manera exclusiva, así pertenece a la sola Iglesia, el poder de remitir los pecados cometidos después del Bautismo, y, dentro de la Iglesia, a los solos sucesores de los apóstoles, a los cuales fué confiado este poder ori-

1 Conc. Trid. Sess. 14, can. 9.

ginariamente, es decir a los obispos, y por los obispos a los sacerdotes, con exclusión de los demás; añadamos aún: a los obispos y a los sacerdotes, para ejercerlo únicamente por medio de los sacramentos, a los cuales está vinculada la remisión de los pecados. Sobre este punto escuchad al santo Concilio de Trento, y al Catecismo Romano su intérprete autorizado: A los obispos y a los sacerdotes solamente, Jesucristo ha dado el poder de remitir los pecados: *Dominus non omnibus sed episcopis tantum et sacerdotibus tam sancti muneris potestatem dedit*¹.

Solamente por medio de la administración de los sacramentos, verificada según los ritos de la Iglesia, pueden ser remitidos los pecados: *per sacramenta solum, si eorum forma servetur, peccata remitti possunt*². Escuchad aún: En la Iglesia, ningún sacerdote ni obispo sin exceptuar al mismo papa, pueden perdonar los pecados, sino de la manera dicha: *Aliter vero nullum jus a peccatis solvendi Ecclesiae datum est*³. ¿Por qué? Porque la Iglesia y sus ministros no son sino los instrumentos de la remisión de los pecados, mientras Jesucristo es el agente único, y al agente único pertenece, no solamente escoger los instrumentos, sino determinar las condiciones en que han de actuar: *Ex quo sequitur, tum sacerdotes, tum sacramenta, ad peccata condonanda, velut instrumenta valere, quibus Christus auctor ipse et largitor salutis, remissionem peccatorum in nobis efficit*⁴.

Fácilmente habréis comprendido todas estas enseñanzas; no os será menos fácil, deducir las consecuencias que derivan de ellas; consecuencias deducidas con la más rigurosa exactitud, y de la más alta importancia.

¿Hay posibilidad de justificación y de salvación para

1. MATTH. cap. XXVIII.
2. Conc. Trid. Sess. 14, can. 9.
3. MICH. c. VII, v. 10.

1. Catech. Rom.
2. Conc. Trid. sess. 14, cap. 6.
3. Catech. Rom.
4. Catech. Rom.

el pecador que no recurre al tribunal reconciliador de la Iglesia, o que, si no puede recurrir a él, no tiene voluntad de hacerlo tan pronto como se verá libre del obstáculo? No, porque no toma el medio único ordenado a este fin.

¿Hay posibilidad de justificación y de salvación, para el excomulgado y el apóstata? No, porque ni uno ni otro forman parte de la Iglesia, el primero por haber sido separado de la Iglesia, el segundo por haberse separado él mismo. Que recurran a la penitencia, o si se ven imposibilitados de recurrir a los medios necesarios, que tengan, al menos, deseo de hacerlo, y la Iglesia los admitirá de nuevo. Pero, hasta que esto suceda, la Iglesia no puede abrirles sus puertas.

¿Hay posibilidad de justificación y de salvación, para los cismáticos y los herejes? No, y por la misma razón: no forman parte de la Iglesia. Aquí tiene lugar adecuado, la expresión de san Cipriano, que ya hemos citado: No puede tener a Dios por padre, el que no tiene a la Iglesia por madre. No son, no obstante, de este número, aquellos a quienes excusa la buena fe, y que estando en una falsa Iglesia, sin saberlo, pertenecen, si no el cuerpo, al alma de la Iglesia verdadera.

¿Hay posibilidad de justificación y de salvación, para los infieles? No, y por idéntica razón: no forman parte de la Iglesia. Pero, apremiémonos a aplicarles el beneficio de la reserva que acabamos de hacer. Si todos estos hermanos nuestros, privados del beneficio de la fe en Jesucristo, al cual no conocen, tienen, no obstante, fe en un Dios único, Señor soberano de todas las cosas, y en su providencia general sobre los hombres, por la cual son conducidos a su fin; y si, por otra parte, viven conforme a los preceptos de la ley natural, grabada por el mismo Dios en todos los corazones, estos hombres pertenecen también al alma de la Iglesia, es decir, a esta sociedad invisible de justos, y que, sin vínculo alguno externo que los una a la Iglesia, no sirven menos, con todo, al único ver-

dadero Dios en espíritu y en verdad, según el conocimiento que tienen de Él, y en la medida de sus fuerzas¹.

Y al terminar esta undécima y última instrucción sobre la Iglesia, vuelvo a repetir una conclusión, repetida ya diferentes veces, y que aquí parece aún más verdadera y más legítima.

Bendigamos a Dios que nos ha dado tal madre, en el tiempo de nuestra peregrinación en la tierra. Vivimos en su seno, y cubiertos con su égida, caminamos hacia la patria. ¡Cuántas naciones están sumergidas en la herejía, o sentadas en las sombras de la muerte! Nuestra suerte ha sido mejor, pero, no olvidemos que, en la otra vida, se nos pedirá más estrecha cuenta.

Demos gracias a Nuestro Señor Jesucristo, por haber establecido en esta misma Iglesia, para nuestra justificación, la remisión de los pecados y de haberla establecido como una institución permanente, a la cual podamos recurrir en todo momento; *non semel, sed toties quoties*²: no una vez sola, sino tantas veces cuantas sintamos la necesidad de obtener la gracia de Dios. Esta acción de gracias ¿no es el primero y el más fácil de nuestros deberes, sobre todo si recordamos que la justificación es una transformación sobrenatural que se verifica en nosotros, por la cual pasamos del estado de pecado al estado de justicia, y nos hacemos dignos de la bienaventuranza eterna? Es tan excelente y tan prodigiosa esta obra, que san Agustín, comparándola con la creación, no teme en darle la preferen-

1. Son innumerables las almas educadas en el cisma o en la herejía sin saberlo, y hasta las infieles sentadas en las sombras de la muerte, que pertenecen al alma de la Iglesia. Dios solo conoce los que le pertenecen, siendo, como es, el único escrutador de los corazones. Muchos, dice san Agustín, están en la Iglesia, y no son de la Iglesia, así como otros no están en la Iglesia y son de la Iglesia. *Quam multae oves foris, quam multi lupi intus*.

2. Conc. Trid. Sess. 14, cap. 12.

cia: Maius opus est, ut ex impio iustus fiat, quam creare coelum et terram¹.

¡Cuán rico sois, Dios mío, en misericordia! Las santas Escrituras lo dicen, vuestras obras dan de ello testimonio, y nosotros jamás podremos olvidarlo, ni en el tiempo, ni en la eternidad.

1. Apud. S. THOM. I-II, q. CXIII, art. 9.

SERMON CUADRAGESIMO SEGUNDO

La vida eterna. La inmortalidad del alma

Creo... en la resurrección de la carne, y en la vida eterna

Hoc imprimis attendere oportet, resurrectionem hominum, in hoc articulo, carnis resurrectionem appellari, quod quidem sine causa factum non est. Nam docere voluerunt Apostoli quod necessario ponendum est: Antequam esse immortalē.

Catech. Rom. cap. 12

Comenzamos hoy la última serie de nuestras instrucciones sobre el Símbolo de los Apóstoles. Podríamos titularla: *La vida seguirá a la muerte*; y a medida del desarrollo de los temas agrupados bajo este título, aparecerá claramente la verdad y la justicia del mismo.

¡Oh Dios y Maestro! ¡Oh inspirador único, y verdaderamente seguro! Os pedimos con una ferviente súplica, que vuestra gracia nos siga en esta nueva vía, que nos ilumine con las más puras luces, y que bendigáis un trabajo que toca a su término, y que, como sabéis, Señor, hemos emprendido únicamente, para la gloria de vuestro nombre y la salvación de las almas.

Hay una ley dura, pero que no podemos esquivar: hemos de morir. Desde el día en que el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte¹, toda vida humana ha de tener un término. Sería superfluo insistir

1. Rom. c. VI, v. 32.

símbolo - 23

sobre este punto que no es, ni puede ser contradicho por nadie. Moriremos, moriremos todos, moriremos una sola vez; la sentencia está dada, y es irrevocable: *Statutum est omnibus hominibus semel mori*¹.

Pero—y entramos, con esto, directamente en nuestro tema—si la muerte es segura, es sólo parcial. Si, ciertamente moriremos, como han muerto todos los que nos han precedido en el camino de la vida; vendrá un día, en que cesarán las funciones vitales en nuestros miembros envarados por la muerte; vendrá un día en que nuestro cuerpo, desamparado del principio que le animaba, se alterará y se disolverá en una corrupción indecible. Pero, a esto quedará limitado todo. Aunque sea exacto decir que el hombre muere, que la unión del alma y del cuerpo se disuelve, que la persona humana se desagrega, el desastre no es completo. Uno de los dos elementos del compuesto humano permanece intacto. El alma no se extingue, ni se altera; subsiste para siempre, aunque en un estado diferente. Expresmoslo con las palabras propias, y que tantas veces repetiremos en el curso de esta instrucción: El alma es inmortal.

El alma es inmortal: las santas Escrituras nos dicen que cuando el cuerpo se convierte en la tierra de que provino el alma torna a Dios que la crió: *Revertitur pulvis in terram suam, et spiritus redit ad Deum qui dedit illum*². También nos dicen que la muerte no es sino una apariencia engañosa: *Vixi sunt oculis mentium moris*³; que la muerte no toca a la vida del alma: *Vivet anima mea*⁴; que solamente rompe las ligaduras mortales del justo, y le abre la mansión de la paz: *Illi autem sunt in pace*⁵; que si Dios es llamado el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, hasta después

1. I HEBR. c. IX, v. 27.
2. ECCL. c. XII, v. 7.
3. SAP. c. III, v. 2.
4. PSAL. CXVIII.
5. SAP. c. III, v. 3.

de varios siglos después de la muerte de estos patriarcas, es porque permanecen vivos en la mejor parte de su ser; Dios no es el Dios de lo que no existe, sino de lo que subsiste ante su faz: *Deus autem non est mortuorum, sed vivorum; omnes enim vivunt ei*¹. Las santas Escrituras nos repiten, que, aunque el alma tiene su habitación en el cuerpo, permanece allí como un viajero que está lejos de su país y que suspira por el día en que va a su Dios: *Bonam voluntatem habemus magis peregrinari a corpore, et praesentes esse ad Dominum*². Por último, varios centenares de veces, en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, con el nombre de Scheol, Reino de Dios, seno de Abraham... los infernos son nombrados explícitamente, como las diferentes moradas de las almas después de la muerte, según los grados de mérito o demérito de su vida.

El alma es inmortal: la Iglesia lo enseña. Consultad si os place, los órganos autorizados de sus enseñanzas: los grandes concilios, los grandes doctores, los grandes teólogos; casi en cada página, os hablan de la inmortalidad del alma, de la vida futura, afirmada o demostrada tan claramente, y a veces con tanta elocuencia, que no puede subsistir ninguna duda en el espíritu. Y si acaso os falta tiempo para estas investigaciones ¿acaso no tenéis en el Catecismo, la enseñanza popular de la Iglesia, todo lo que os importa sobre vuestro futuro destino, expresado atrevidamente y en un lenguaje simple? Allí leéis: que Dios ha criado a nuestra alma; que la ha hecho inmortal; que estando unida al cuerpo, pero siendo distinta de él, sobrevive al cuerpo, para presentarse, de su habitación terrena caída en ruinas, al tribunal de Jesucristo, para sujetarse al juicio particular, como explicaremos en la instrucción próxima. ¿No recordáis los símbolos uno de los cuales lo recitáis cada día, y el otro lo cantáis cada domingo.

1. LUC. c. XX, v. 38.
2. II COR. c. V, v. 6 et 8.

enseñanzas, no menos substanciales y más breves e inteligibles que el mismo Catecismo? En el primero, la Iglesia os enseña a decir: Creo en la resurrección de la carne, y en la vida eterna. *Credo carnis resurrectionem, vitam aeternam...* y en el segundo: Espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo futuro: *Especto resurrectionem, et vitam venturi saeculi...* ¿No veis aquí la enseñanza clara de la inmortalidad del alma y de la vida futura, de una manera explícita cuando nos dice: Creo en la vida eterna, y de una manera implícita cuando nos dice: Creo en la resurrección de la carne? Por esto dice el Catecismo Romano: A fin de que nadie piense que el alma muere con el cuerpo y resucita con él, los apóstoles han proclamado, en el Símbolo que lleva su nombre, la resurrección, no de todo el hombre, sino de la sola carne, porque es claro que sólo la carne puede resucitar, ya que ella sola perdió la vida y no el alma: *Ne quis forte animam simul cum corpore interisse, utrumque in vitam revocari existimet, ob eam rem carnis tantum suscitandae facta est*¹.

Y a las enseñanzas del Catecismo y de los símbolos de la fe, viene a añadirse la de la liturgia, idéntico a los demás pero más popular, ya que llega al espíritu por la vía de los sentidos. Yo veo a la Iglesia arrodillada a la cabecera de los moribundos, en la persona de los sacerdotes, y oigo que dice: Sal, alma cristiana, *proficiscere, anima christiana*, sal de este mundo, en nombre de Dios Padre que te crió, en nombre de Jesucristo Hijo de Dios vivo que te rescató, en el nombre del Espíritu Santo que te santificó... La muerte es, pues, un simple cambio de domicilio, y no un aniquilamiento, la partida, y no el término. Yo veo que la Iglesia ruega por las almas de los difuntos en el día de su óbito, en el tercero, séptimo y trigésimo día del mismo. Estas almas estarán, pues, en alguna parte:

1. Texto que continúa el que encabeza esta instrucción.
2. Ordo juvandi morientes.

nadie ruega por los que no existen. Yo veo a la Iglesia, en el transcurso del año litúrgico, celebrar con magnificencia a sus santos, a sus inmortales; y en el día en que los reúne a todos, en una misma comunidad de homenajes, oigo que canta el Evangelio de las Bienaventuranzas: Bienaventurados los pobres de espíritu... Bienaventurados los mansos... Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia... Bienaventurados los puros de corazón... Bienaventurados los misericordiosos... Bienaventurados los pacíficos... Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados los que sufren por la justicia... porque poseen el reino de los cielos. Yo veo y escucho a la Iglesia, que canta y, a la vez, me muestra la Ciudad santa, sus bellos atrios, sus palacios deslumbradores, y a los patriarcas y profetas, a los apóstoles, a los santos pontífices, a los gloriosos mártires enrojecidos con su sangre, *purpurati martyres*, y a las blancas falanges de vírgenes, *chorea casta virginum*¹... todos como felices poseedores de la inmortalidad, y como pruebas vivientes de la realidad de la vida futura. ¡Cuán admirables y precisas son las enseñanzas de la Iglesia!

El alma es inmortal. La razón, en su propia esfera, nos lo demuestra claramente. En primer lugar, la disolución del cuerpo humano es fácil de comprender. El cuerpo es un agregado de materia, y, como tal, un compuesto de partes que, por unidades que estén, son separables; por lo tanto no tiene en ninguna de sus partes la razón de ser del conjunto, éste ha de tener esta razón de ser en otra parte. El cuerpo, pues, de su misma naturaleza, es mortal.

Pero el alma es pura esencia espiritual: una substancia simple, inmaterial, sin partes, sin aquello que desmenuza el todo en los componentes los cuales no pueden dar razón del conjunto; por consiguiente, de sí misma, es invisible, indestructible, inmortal; esca-

1. In fest. omn. sanct.

pa a la acción de todo agente destructor, en cuanto no da, de sí misma, posibilidad de ser desorganizada. El alma es inmortal por su naturaleza.

Pero si de la naturaleza del alma podemos deducir su inmortalidad, la excelencia de sus operaciones y la imitación de sus aspiraciones conducen al mismo fin por un camino no menos seguro.

Muchas veces hemos expuesto, en la primera serie de estas instrucciones, la excelencia de nuestra alma y de sus operaciones. El hombre, hemos dicho, es la obra más bella salida de las manos de Dios; nada hay en la creación que pueda comparársele, si exceptuamos a los ángeles. Pero, entendamos que el hombre es tal, por lo que se refiere a su alma: por su alma que imagina, siente, piensa, razona y compara; por su alma, que es, de entre las criaturas terrestres, la sola que tiene conciencia de su existencia y de sus actos; la sola que puede prestar al Criador un homenaje inteligente y libre. Y esta alma ¿podría ser destruída? El hombre, que no es gran destino que el del animal que arrastra el carro, o el del insecto que pisa con sus pies? ¿Duraría el hombre menos que sus obras, menos que las casas que construye, que los monumentos que eleva, que los árboles que planta? Si así fuese, pasaría, sin retorno, de la cima al sepulcro, y de su grandeza pasada, no quedaría sino un puñado de polvo, muy pronto esparcido. No, esto no puede ser. La razón rehusa admitir, hasta como posible, la desproporción de un fin tan miserable continuando a tanta grandeza.

Y quizá son más admirables que las operaciones del alma, sus aspiraciones. ¿Quién no las ha estudiado? ¿Quién sobre todo no las ha experimentado? ¿Qué inextinguible sed de dicha tenemos! ¿Con qué infatigable ardor vamos a su conquista! Queremos la dicha entera, absoluta, sin menoscabo; si es parcial, entretiene nuestra hambre, pero no la sacia. La queremos interminable, indefectible, infinita en duración; si preveo

qué un día se me ha de desvanecer, al momento la pierdo. Y esto lo experimentamos todos: lo que yo siento, lo sentís vosotros, todos hemos nacido con esta sed que no nos dejará nunca. Pero ¿y si el alma perece con el cuerpo? Si no hay otra vida que la presente, de la cual ya decía el Eclesiástico, tres mil años atrás: Vanidad de vanidades, todo es vanidad ¿quién curaría de este mal de deseo? ¿Cuándo sería extinguida esta sed de felicidad? ¿Somos, tal vez, juguetes de un espejismo engañador? Se nos habría dado, usando una frase vulgar, la brazada más larga que el brazo, ya que estaríamos condenados a bracear para alcanzar un objeto inasequible? No, tampoco esto es posible. Sois demasiado bueno y prudente, Dios mío, para querer que el hombre esté siempre ávido y nunca satisfecho. La sola razón ya me dice que me habéis criado para un mundo mejor.

Y no es solamente en nombre de la sabiduría de Dios y de su infinita bondad, sino por razones de justicia, que el alma aspira a días más felices y a un mundo mejor. ¿Quién no ve que la justicia de Dios no tiene aquí bajo su pleno ejercicio? ¿Cuántos culpables perdonados! ¿Cuántos justos sacrificados u olvidados! No insistamos sobre las impurezas de la realidad presente o pasada; nuestras consideraciones, por sombrías que fuesen, no traducirían la exacta realidad. Para cada crimen conocido que ha quedado impune ¿cuántos que no conocemos, ni siquiera sospechamos! Para cada acto de virtud que ha quedado sin recompensa, sabiendo lo nosotros ¡cuántísimos otros, sin que nos demos cuenta, son enteramente ignorados! En presencia de estas anomalías ¿exclamaremos como aquel romano que moriría en las llanuras de Filópolis: Oh virtud, no eres sino un nombre? O bien, tomando una comparación bíblica ¿nos escandalizaríamos y nos sentiríamos desfallacer, al ver la orgullosa prosperidad de los malvados, y las aflicciones inmerecidas de los justos: *Mei autem pene moti sunt pedes, pene effusi sunt gressus mei, pacem peccatorum videns?* No podemos imitar, ni la

desesperación del Romano, ni la turbación del real Salomista.

No, la virtud es algo más que una palabra. La prosperidad de los malvados y la aflicción de los justos no pueden ser eternas. La cizaña no puede estar siempre mezclada al buen grano. *El vino no estará siempre mezclado con la hez, aunque aparezcan juntos bajo la misma prensa*¹. Yo vislumbro un día en que se efectuará la separación del justo de la del injusto. Yo veo al Juez incorruptible, que pasa minuciosa revista de todas nuestras acciones. Yo veo el término en el cual la justicia de Dios, que en esta vida aparece imperfecta, llegará a su término, y dará a cada cual lo que sus obras merezcan.

Tal es nuestra fe; y en ella, siguiendo el consejo del Apóstol, debemos buscar el más firme sostén de nuestras esperanzas: *Itaque consolamini invicem in verbis istis*².

1. BOSUET. Sermón del 3.º Dom. desp. de Pascua.
2. THES. c. IV, v. 18.

SERMON CUADRAGESIMO TERCERO

El juicio particular

Creo... en la resurrección de la carne, y la vida eterna

Duo tempora observanda sunt... primum est, cum unusquisque nostrum migraverit e vita; nam statim ad Dei tribunal sistitur ibique de omnibus justissima quaestio habetur quaecumque aut egerit, aut dixerit, aut cogitaverit tingunt; atque hoc privatum iudicium vocatur.

Catech. Rom. cap. 8

Hechos demostrado en la precedente instrucción que el alma es inmortal. Las santas Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, lo dicen, y la Iglesia lo enseña por sus grandes concilios, por sus doctores y por sus teólogos, que forman su cuerpo docente más elevado; por sus catecismos, sus símbolos de la fe y su liturgia, que constituyen su enseñanza popular, idéntica a la primera, pero más adaptada al pueblo. En fin, la razón lo prueba por la misma naturaleza del alma, por la excelencia de sus operaciones y por la inmensidad de sus aspiraciones, como también por la misma naturaleza de Dios, y por la verdadera idea de su justicia.

Pero, si el alma no muere, y si sobrevive a la disolución del compuesto humano ¿qué pasa a ser? ¿A dónde se dirige después de la ruptura? Vamos a explicarlo en la instrucción de hoy. ¡Dios nos ayude con su gracia! Es una verdad admitida tan universalmente como la fe en la otra vida, que el alma, después de la muerte,

separada ya del cuerpo que animaba, comparece ante el tribunal de Dios, para ser juzgada, y para escuchar la sentencia de su porvenir eterno. No hablemos de las creencias paganas, tan significativas respecto a estas verdades, a pesar de haberlas desfigurado la imaginación popular. Ni es necesario citar a los doctores de la Iglesia, ni a alguno de los órganos autorizados de su enseñanza; sería inútil; toda la Tradición es un eco fiel de esta palabra de san Pablo: hay establecida, para los hombres, la ley de morir una sola vez; después de lo cual tendrá lugar el Juicio: *Statutum est hominibus semel mori; post hoc autem iudicium*¹.

¿Cuándo?... Lo dicen los catecismos, y con mayor autoridad que los demás el Catecismo Romano: Inmediatamente después de la muerte, *statim*... ningún intervalo, pues, entre la separación del alma y del cuerpo, y la comparecencia del alma ante su Juez: *Statim ad tribunal Dei sistitur*². Algunos herejes sostuvieron que, en aquel momento, el alma quedaba sumergida en una especie de letargo, del cual no saldría hasta el día del Juicio universal; pero la Iglesia reprochó esta doctrina, como la repueba el buen sentido.

¿Dónde?... En rigor, la sola razón podría responder; pero con la ayuda de la fe responderá con mayor seguridad. Nos figuramos, por no reflexionar sobre la naturaleza propia de los espíritus puros, y sobre la ubicuidad de Dios, que el alma, después de separarse del cuerpo, atraviesa espacios inmensos, y recorre regiones desconocidas y tenebrosas, antes de presentarse ante el soberano Juez... Desengañémonos: Dios está en todas partes, entre El y nosotros no hay sino un delgado tabique que lo sustrae a nuestra vista, y cuando la muerte lo derriba, en el mismo instante, en menos tiempo del que yo empleo para decirlo, sin cambiar de lugar, ni recorrer trayecto alguno, el alma se encuentra ante

1. HER. C. IX, v. 27.
2. HER. C. IX, v. 27.

su divina presencia, bajo su mirada penetrante, y sumergida en su luz a la cual sólo el cuerpo le impedía ver... es decir, que en la misma habitación que exhaláis el último suspiro, cuando el calor natural no habrá abandonado a vuestros miembros, vuestra alma comparecerá ante el tribunal de Dios, y oírá pronunciar su sentencia.

¿Cuál será su objeto? Nos lo dirán tres textos tomados en las mejores fuentes: Os digo en verdad, que de toda palabra, aun ociosa, se os pedirá cuenta en el día del Juicio: *Dico autem vobis quoniam omne verbum otiosum quod locuti fuerint homines, reddent rationem in die iudicii*¹: texto del Evangelio. Todas las acciones buenas y malas, y, entre las últimas, hasta las que habrán sido hechas con una voluntad poco consciente, y por lo mismo excusables en parte, serán sujetadas al juicio de Dios: *Et cuncta quae fiunt adducet Deus in iudicium, pro omni errato, sive bonum, sive malum illud sit*²: texto del Eclesiástico. El tercer texto servirá de comentario a los otros dos: En esta comparecencia del alma ante el tribunal de Dios, será tratado el hombre con la más severa justicia, respecto de todo lo que habrá hecho, dicho, o pensado en su vida: *Ibi quae de omnibus iustissima quaestio habebitur, quaecumque aut egerit homo, aut dixerit, aut cogitaverit unquam*³; así se expresa el Catecismo Romano. ¡Pues qué! ¿se puede concebir un examen más riguroso, más exacto, más circunstanciado? ¿Dónde encontrar una luz más viva y más penetrante que en esta luz divina que, iluminando al alma hasta en sus más oscuros repliegues, le mostrará distintamente, uno a uno, todos sus actos?

¿El procedimiento? Pero ¿habrá, tal vez, un procedimiento? Aquí la imaginación nos engaña mostrándonos al alma como procurando justificarse y a Dios que

1. MATH. C. XII, v. 36.
2. ECC. C. XII, v. 14.
3. Catech. Rom.

le responde.—Por ejemplo: el alma dirá: que conocí sus deberes muy imperfectamente para poderlos cumplir, y que si su ignorancia no la justifica enteramente, la excusa al menos en parte... Dios responderá: que nada era tan fácil como el instruirse teniendo, además de las inspiraciones de la conciencia, las enseñanzas del Evangelio y de los doctores.—El alma dirá: que las pasiones eran vivas, las tentaciones violentas, y las ocasiones próximas de caer demasiado numerosas para no sucumbir... Dios responderá: que para sostener su flaqueza y renovar sus fuerzas, había multiplicado sus gracias hasta lo infinito, y que no dependía sino del alma el hacer buen uso de ellas.—El alma dirá: que absorvida por sus innumerables ocupaciones, le faltó tiempo para pensar en sus destinos futuros... Dios responderá: que la Iglesia, por medio de sus ministros, no había cesado de recordarle que no hay sino una sola cosa necesaria, la salvación del alma, y que de poco aprovecharía el poseer todo el universo, si perdiérase que ella hacía como los demás, y se creía en seguridad siguiendo el camino de la gran mayoría... Dios responderá: que la había advertido de los peligros de esta ilusión, advirtiéndola que es muy grande el número de los que se condenan, y que la vía grande el número de la muerte, y la vía estrecha conduce a la vida, teniendo todos la obligación de escoger la última a pesar de sus dificultades.—El alma dirá... pero no, el alma no dirá nada. Hemos considerado las cosas divinas de una manera puramente humana, y hemos transportado al otro mundo los procedimientos del nuestro. En realidad, no habrá alegaciones de una parte, ni respuestas de la otra. El juicio de Dios no consistirá en razonamientos, ni en discursos alterados. Consistirá más bien, en una vista clara y precisa de las cosas. Sin previa discusión, sin que sea necesario comprobar una cuenta parte por parte, el alma conocerá la situación que le habrán creado sus actos. En el mismo instante de

su comparecencia ante el tribunal de Dios, se verá, o bien rechazada por Dios y condenada, en el caso de que se haya presentado a los pies del soberano Juez con sus pecados no perdonados; o bien plenamente justificada y digna del cielo del cual podrá tomar posesión en el mismo instante, si, en el curso de su vida, sus pecados han sido borrados en cuanto a la culpa, y absueltos de la pena; o bien, asegurada de su salvación, pero con retardo en la posesión de ella, si, por causa de sus pecados, remitidos, pero no suficientemente expiados, es aún deudora a la justicia divina. No hay otro término.

Y ¿qué conclusión sacaríamos de estas premisas? Que hemos de pensar a menudo en este día terrible. Los santos hacían de él el tema de asiduas meditaciones. Si hablásemos del Juicio universal, que tendrá lugar al finalizar los siglos, como explicaremos próximamente, tal vez algún oyente nos diría: ¿qué dice este visionario? *In tempora longa iste prophetat*: Estas amenazas van para largo. Pero, dejando a un lado el tono irónico que usa, quizás esté en lo cierto. Si muchos espíritus respetables y clarividentes, creen reconocer algunas señales del fin próximo del mundo, es permitido creer la opinión contraria, y pensar que el mundo vivirá aún muchos siglos. Pero, si el juicio universal tiene lugar en tiempos remotos, no pasará lo mismo respecto del juicio particular. ¿Cuánto tiempo nos separa de él? ¿acaso un año, o un mes, o un día, o una hora?... Demasiado sabemos que la muerte no tiene cuenta ni de años, ni de meses, ni de días, ni de horas; sino que, rápida como el rayo, ella puede herirnos súbitamente, y lanzarnos aturridos a los pies del soberano Juez que determinará nuestro porvenir eterno... oíd bien: sobre nuestro porvenir eterno. No habiendo en Dios ni cambio, ni sucesión, ni necesidad de informes más completos, sus sentencias no están sujetas a revisión; y aunque el Juicio universal sea necesario por razones de orden general, como ex-

plicaremos en su lugar, este Juicio no será en el fondo sino la promulgación, la confirmación y la ampliación del primero: el que sea absuelto o condenado en el primero, será también absuelto o condenado en el segundo.

Lo repetiré: pensemos en el Juicio; y ahora añado: preparémonos a él, recordando la parábola del Evangelio que nos habla de la urgencia de esta preparación, y nos indica los medios de hacerla.

¿Cuál es el rey, nos dice san Lucas, que al dispónese para hacer la guerra a otro rey, no reflexiona antes de comenzar la campaña, si podrá, sólo con diez mil hombres, vencer a su adversario que viene con veinte mil? De no juzgarlo así, le enviará una embajada, y concertará la paz¹.

¿Habéis comprendido? Estos dos son Dios y el hombre. El hombre rey de la tierra, rey, por lo tanto, de condición inferior, rey vasallo, declara la guerra, con demasiada frecuencia, a Dios, su Señor soberano, a Dios el Rey del cielo y Señor de señores. Pero, como en la parábola, y más aun que en la parábola, las fuerzas son desiguales. ¿Qué importa que nosotros tengamos, o creamos tener, diez mil pretextos dispuestos para justificar nuestras revueltas, si Dios tiene de su parte veinte mil buenas razones para confundirnos, y reducirnos, por medio de una completa derrota, en la imposibilidad de guerrear contra él? ¿Qué hemos, pues, de hacer? La respuesta está indicada en la parábola: el menos fuerte de los dos adversarios ha de suplir, con la habilidad, la fuerza que le falta. Cuando el adversario está lejos aun; *adhuc illo longe agente*, no abrigando ninguna esperanza de vencerle, el menos fuerte propone la negociación de la paz, y le envía a los embajadores para establecer los preliminares de la misma: *Legationem mitens rogat ea quae pacis sunt*. Y aun que el texto evangélico nada diga sobre la marcha y el resultado de las negociaciones, se entrevé claramente

1. Luc. c. XIV, v. 32 y sig.

que la paz pedida ha sido obtenida con condiciones aceptables y hasta ventajosas.

La explicación de esta parábola es clara: nosotros, hombres desdichados, más ingratos todavía que impotentes, marchamos en son de guerra contra Dios. Cada uno de nuestros innumerables pecados es una provocación. ¿Qué esperamos pues? ¿Tal vez esperamos vencer en este día formidable, en el cual, como canta la liturgia: el mismo justo apenas experimentará seguridad? Sería locura pensarlo. Ni por un momento, podremos pensar en detener el cumplimiento de los justos juicios de Dios en nosotros.

¡Pues bien! depongamos las armas, entremos en negociaciones con los mensajeros de paz que no nos faltarán.

El Párroco, a quien ha sido confiado especialmente el cuidado de vuestra alma, y que ha sido instituido mediador con el poder de perdonar vuestras faltas, conduciros en las vías difíciles de la justicia, y dirigiros seguramente en el camino del cielo, para lo cual ha recibido gracias y luces especiales... es un mensajero de paz.

Las buenas obras que cuestan tan poco, y rinden tanto; las limosnas que, como dicen las santas Escrituras¹, cubren la multitud de nuestros pecados, y nos vuelven propicio el soberano Juez, porque más fácilmente obtendrán misericordia para sí mismos, aquellos que habrán tenido misericordia de los demás... son mensajeros de paz.

Un gran número de almas santas—y tal vez las hay entre vuestras amistades, o en vuestra misma casa—que os conocen mejor que os conocéis vosotros mismos, que ruegan por vos que no rogáis, que hacen penitencia por vos que no la hacéis, que se interesan día y noche por vuestra salud, cuando vos la negligís obstinadamente... son mensajeros de paz.

Mensajeros de paz son también los santos del cielo, aun mejores y más poderosos que los de la tierra,

1. Petr. c. IV, v. 8.

tranquilos de su suerte, pero cuidadosos de la nuestra¹... Mensajero de paz, sobre todo, aquel, de entre ellos, que en el día de vuestro bautismo os fué dado como protector no menos que como modelo... Mensajero de paz, el ángel que Dios ha destinado para custodiarlos, con la misión de estar a nuestro lado hasta el último suspiro... Mensajero de paz, de una manera especial, y con mayor crédito que otro alguno cerca de Dios la Reina de los ángeles y santos, María... María la abogada de pecadores, la dulce medianera entre un padre irritado y los hijos culpables, la madre de la divina gracia, inclinada siempre a la misericordia y al perdón; María que es particularmente propicia a los moribundos, que calma sus congojas, endulza sus postreros momentos, y prepara al alma el fácil acceso al soberano Juez.

Oh María, tal como lo habéis hecho por tantos de vuestros servidores, hacedlo asimismo por nosotros.

Oh María, rogad por nosotros ahora, *nunc*, y sobre todo en la hora de la muerte, *in hora mortis nostrae*.

Oh María, cuando habrá sonado esta hora terrible, venid a recibir a nuestra pobre alma, tan necesitada de guía al entrar en un mundo tan desconocido para ella, para llevarla, en vuestras dulces manos, a los pies del Omnipotente.

Oh María, para mí y para todos mis hermanos, os dirijo esta súplica que la Iglesia pone en mis labios:

A fin de que no tengamos la desdicha de ser pasto de las llamas eternas, sed, Virgen santa, nuestra defensora en el día del Juicio.

Flammis ne urar succensus,
Per te, Virgo, sin defensus,
In die iudicii?

1. S. Cyr.
2. Estrofa del Stabat Mater.

SERMON CUADRAGESIMO CUARTO

El Infierno. Su existencia

Creo... en la resurrección de la carne y en la vida eterna

Par erat, bonis praemia, improbis
supplicia, in futuro saeculo constitui.
Catech. Rom. cap. 8

Ya hemos dicho que en el juicio particular que sigue inmediatamente a la muerte, las almas se verán claramente: o bien rechazadas de Dios, y fijadas en un estado de reprobación, si por ventura han venido a los pies del soberano Juez con los pecados no remitidos, y por tanto, inextinguibles en adelante; o bien plenamente justificadas y dignas del cielo, si en el curso de su vida sus pecados han sido borrados, cuanto a la culpa, o perdidos, cuanto a la pena, o bien aseguradas de su fidelidad eterna, pero sin poder entrar en el cielo, por causa de sus pecados, ciertamente borrados, pero insuficientemente expiados.

Estos son los tres estados de las almas, después de su separación de los cuerpos, que han de ocuparnos ahora. Los expondremos metódicamente en las instrucciones siguientes, hasta que esté agotada la materia. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Y en primer lugar, siguiendo el orden indicado en la precedente instrucción, hablemos de las almas que por razón de sus pecados no remitidos en el curso de su vida, y en adelante irremisibles, se ven rechazadas lejos de Dios. ¿Qué hemos de decir de ellas? ¿Cuál es su

suerte? Digamos que todos los pueblos, en cualquier época y lugar que los consideremos; que todas las religiones unánimemente, aunque difieran en muchas otras cosas; que los filósofos que forman la porción más escogida de la humanidad; que la misma razón humana cuando no está cegada por las pasiones; y, por fin, con mayor autoridad que los testimonios precedentes, que las santas Escrituras y la Iglesia divinamente instituida para interpretarlas, lo dicen claramente: estas almas van al infierno.

Todos los pueblos lo dicen: Seguidlos en las diversas fases de su existencia; recorred sus anales; leed sus historiadores, sus oradores y sus poetas: en todas partes encontramos la misma fe. Los romanos, los griegos, los egipcios y los judíos creían en el infierno. Vanamente se buscaría una sola tribu de la gran familia humana, que no haya creído en el infierno.

Todas las religiones lo dicen... Lo repito, su unanimidad en esta materia es tanto más admirable cuanto mayores son sus divergencias en todo lo demás. Católicos, protestantes, cismáticos orientales, musulmanes y los mismos paganos del Nuevo Mundo, creen en el infierno. En el mismo día en que Cristóbal Colón tomó posesión del Nuevo Continente, un viejo cacique vino a su encuentro y le dijo: Nos has asombrado aborrendo nuestras tierras... pero acuérdate que, al salir de esta vida, el alma encuentra dos caminos: uno claro y brillante que conduce al Gran Espíritu, y es el que toman los que procuran la paz a sus hermanos; otro oscuro y tenebroso que conduce al infierno, y es el que siguen los que siembran la destrucción y la muerte... no lo olvides!

Todos los grandes filósofos lo dicen... Escuchemos a los más autorizados filósofos paganos: Los grandes culpables, cuya perversidad ha merecido el endurecimiento de su corazón, estarán destinados a servir de

1. ROHRBACHER. Hist. de la Iglesia. Lib. 83.

escarmiento a los demás; y los tormentos, que les afligen sin poderles adquirir el mérito de la expiación, no son útiles sino a los testimonios de su espantosa eternidad... Y también: Las almas que han cometido los más enormes crímenes, serán precipitadas en un abismo al que llaman infierno, u otro nombre semejante... Así se expresa Sócrates, el más sabio de entre los griegos, y Platón cuya elocuencia es reputada como divina¹.

También lo dice la razón... la razón que tan fácilmente se pone de acuerdo con la fe, mientras se mantiene sana y exenta de prejuicios. Ella dice que el estado actual de cosas es muy imperfecto; que falta el orden más indispensable; que no son castigados, ni pueden serlo, todos los crímenes; que todas las buenas acciones no son premiadas, ni pueden serlo; que sucede con mucha frecuencia, que los hombres peores son más distinguidos, y que los más virtuosos son menos considerados, si es que no son objeto de desprecio y de persecución. De esto, la razón deduce, con seguridad, la existencia de otra vida, en la cual cada uno recibirá, según sus obras, o la remuneración, si han sido buenas, o el castigo, si han sido malas: *Par erat, bonis praemia, improbis supplicia, in futuro saeculo reservata*². De otra suerte, la lógica inexorable nos obligaría, aún a pesar nuestro, a confundir el bien y el mal, lo justo y lo injusto, la virtud y el vicio... y llegaría a negar la existencia de Dios. Un Dios que abandona a sus criaturas a los caprichos de la suerte ¿sería otra cosa que un vano simulacro? ¿En qué diferiría de los ídolos, de que nos habla el salmo quinto de las vísperas dominicales, los cuales tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, pies y no andan?

Por último, lo dicen las santas Escrituras, que están por sobre toda la ciencia humana, como el cielo sobre la tierra. No citemos ni a Moisés, ni a Isaías, ni

1. Libro de las leyes, y Georgias.
2. Catech. Rom.

a David, ni a san Pablo, sino a Aquél que, más antiguo que los patriarcas, más clarividente que los profetas, más penetrante que los apóstoles, conoce perfectamente todos los secretos del otro mundo: Serán echados, dice Jesucristo, en las tinieblas exteriores; allí habrá llanto irremediable y rechinar de dientes: *Ejicientur foras in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium*!... ¡Qué palabras tan reveladoras, sobre todo cuando son pronunciadas por Dios mismo! La misma verdad se manifiesta en muchos otros lugares.

La Iglesia lo dice... la Iglesia divinamente instituida para enseñarnos toda verdad. Ella lo enseña por medio de todos sus doctores, lo predica en todas sus cátedras lo expresa en su liturgia, en sus símbolos de fe, en sus catecismos. La Iglesia ha llegado hasta pronunciar anatemática contra los temerarios que han querido limitar la duración de las penas del infierno²; y en todo el transcurso de los tiempos, no cesará de repetir estas graves palabras: Los que habrán obrado bien irán a la vida eterna; y los que habrán obrado la iniquidad, al fuego eterno: *Qui bona egerunt, ibunt in vitam aeternam; qui vero mala in ignem aeternum*³. Después de una declaración tan claramente formulada ¿quién podrá llamarse a engaño, sobre las realidades de ultratumba?

Y después de haber hablado la razón, de haber hablado las Escrituras, de haber hablado los filósofos, las religiones y todos los pueblos ¿qué importa que haya algunos hombres que nieguen el infierno? Lo niegan porque es muy cómodo el negarlo, porque es el santo y seña de las reuniones que frecuentan, porque les place pasar por espíritus fuertes y despreocupados. ¿Qué importa además que algunos filósofos impíos hayan negado el infierno? Algunos de ellos se retractaron más o menos tarde, y casi todos lo han hecho en el trance de

1. MATTH. c. VIII, v. 12.
2. Orígenes y sus partidarios.
3. Símbolo de San Atanasio.

la muerte. El padre de la incredulidad moderna, Voltaire, creía en el infierno, a pesar de sus risotadas. Como uno de sus contemporáneos y émulos en impiedad le escribiese: Creo haber encontrado la prueba de que no hay infierno... respondió: Sois muy afortunado; por mi parte he de confesar que no he llegado hasta aquí. ¿Qué importa, por otra parte, que continuamente se renueven contra el infierno un sinnúmero de objeciones, mil veces refutadas? Los que las formulan se asemejan a los niños impacientes y malhumorados, que se vengan infantilmente del instrumento que los ha herido.

A veces se dice: ¿Quién sabe si existe el infierno? ¿Quién lo ha visto? ¿Quién ha vuelto de él? Pero estas preguntas son infantiles, y el problema del infierno es uno de los más graves, y que deberíamos tratar temblando. Nadie ha vuelto del infierno por una razón muy sencilla: nadie puede salir de allí... Y por otra parte ¿es necesaria esta comunicación con los réprobos para estar seguros de que existe el infierno? ¿No tenemos el testimonio de todo el género humano, las afirmaciones de Jesucristo que es la Verdad encarnada, las enseñanzas de la Iglesia que no puede equivocarse, y las conclusiones, tan justas, de la razón misma? Aquél que, a pesar de estos testimonios, se obstina en su incredulidad ¿prestaria fe al testimonio de un resucitado? ¿Tenemos necesidad de recordar la máxima del incrédulo D'Alembert: Cuando todo París me afirmase que un muerto ha resucitado, preferiría creer que todos los parisenses han perdido el juicio, antes que admitir el milagro.

Se dice también: Dios es bueno, y no quiere que nos condenemos; el infierno y la misericordia son conceptos que se repelen, y sufren de verse juntos. He aquí la objeción, tal como se formula comúnmente, y tal como vosotros mismos, quizá la habéis formulado, y después de haberla concebido, en esta forma o en otra equivalente, todos quedan muy tranquilos, y tienen por muy cierto que no existe el infierno.

Si, Dios es bueno, misericordioso y todo caridad: *Deus charitas est*; nunca lo repetiremos bastante. Pero atended, no mutilemos a Dios ni lo dividamos en dos partes tomando una y olvidando la otra. Dios es tan justo como bueno, no menos necesariamente justo que necesariamente bueno, y no menos infinitamente justo que infinitamente bueno. Pues, la objeción que se pretende sacar de la bondad de Dios, en detrimento de su justicia, cae por su base. Se dice también: Dios no condena a nadie. Nada más justo; pues la condenación del hombre no es imputable sino a él mismo: *Perditio tua ex te, Israel*!. El infierno es el lugar de su elección; está allí porque ha querido. Esta objeción procede del desconocimiento de la doctrina del infierno. Según ella la pena de sentido no es sino la menos importante de las penas de los condenados. El infierno consiste principalmente en la privación de Dios. Y aunque nos cueste de comprender, en nuestra condición presente, esta doctrina es la única satisfactoria. En efecto, la pérdida del Bien infinito constituye el mal sumo y este es el infierno. Pero, esta separación de Dios ¿quién la ha querido? Este divorcio ¿quién lo ha consumado? Ved a un hombre en estado de pecado mortal, y por lo tanto de condenación. El lo sabe, no puede ignorarlo. Lo sabe, y permanece en él. Durante diez o veinte años, y quizá más, Dios, impulsado por su misericordia, invita a este pecador a convertirse, por el ofrecimiento, cien veces renovado, de su gracia. El pecador rehúsa. Por fin, llega el último día de su vida, y el último momento de esta vida, y el pecador rehúsa aún. Entonces una voz se deja oír, como en otro tiempo en Babilonia, cuando fue colmada la medida de su iniquidad: *Finis, finis, ecce finis, venit finis*—es Dios el que habla—el fin, el fin, he aquí el fin, se acerca el fin; bastante tiempo he esperado, concluid, cerrad el debate: *Fac conclusionem*!...

1. OSEAS c. XIII, v. 9.
2. EZEQ. c. XXIII.

La muerte obedece, hiere, y el pecador se precipita en el infierno. ¿De quién es la falta? Este obstinado ha previsto este peligro innumerables veces... y a pesar de esto corre hacia él. En llegando a su borde, se siente detenido, y la voz de la conciencia le conjura que retroceda... y no lo hace. ¿Quién, pues, tiene la culpa? No, en este problema capital de la salvación del hombre, la bondad de Dios queda salvada; y precisamente esta consideración constituye el principal motivo de la deseperación de los condenados. La flecha que penetra más agudamente en su corazón es el pensamiento de que han sido condenados por su voluntad propia, y si ellos maldicen a Dios, se maldicen más a sí mismos, como los solos artesanos de los males que experimentan. ¡Oh interminables lamentaciones! ¡Oh remordimientos agudados de una conciencia que se acusa a sí misma; ¡Oh cielo, dice para sí, yo te he perdido por mi culpa! ¡Oh Dios, tú habías de constituir mi felicidad, y no lo he querido! A la bendición que se me ofrecía he preferido la maldición; no puedo sino acusarme a mí mismo; yo me he labrado mi deplorable destino. Y entonces, entre lamentaciones sin fin y en medio de irremediables dolores, confesan, aunque demasiado tarde, que de ellos solos dependía el tener mejor suerte...

Creedme, cristianos, razonemos menos contra el infierno, y temámosle más. Preguntaban un día a un solitario, que había pasado largos años en el retiro, en qué ocupaba el tiempo en el desierto, y respondió: Medito los años eternos: *Annos aeternos meditabar*... No comprenderé jamás, decía otro santo personaje, que un hombre iluminado por la fe, y cuya alma está cargada de graves pecados, difiera su conversión, y se exponga a que la justicia de Dios venga a su encuentro, y se le aparezca en este estado de condenación.

¡Haga la gracia divina que nos aprovechemos de estas consideraciones, y que nos sirvan de saludable advertencia!

SERMON CUADRAGESIMO QUINTO

Las penas del Infierno

Creo... en la resurrección de la carne y en la vida eterna

Hæc quidem a Theologia poena
damni appellata est... alterum po-
narum genus poenam sensus Theo-
logi vocarunt... cui malo accedit ut
perpetuum tempus duraturum sit.
Catech. Rom. cap. 8

Hacia el fin de su glorioso pontificado, el papa Pío IX decía a un misionero: Predicad, con insistencia, las grandes verdades de nuestra fe; sobre todo predicad sobre el infierno sin tapujos; decid claramente, serenamente, la verdad sobre el infierno; no hay nada más propio para excitar la reflexión de los pobres pecadores¹.

Conducido, por el orden de estas instrucciones, a tratar de este grave tema, hemos recordado estas palabras, y nos hemos propuesto tomarlas por guía. ¿Hay, acaso, alguna otra que sea más autorizada? Por esta razón, después de haber dicho en la precedente instrucción que hay un infierno, expondremos en la presente, sin exageraciones, ciertamente, pero también sin tapujos, lo que es el infierno. ¡Dios nos ayude con su gracia!

¹ El Universo. Año 1876. El mismo pensamiento expresa el Catecismo Romano: *Hæc sunt quæ pastores fidelis populi fide concepta maxime inculcare debent; nam huius articuli veritas cupidat, atque a peccatis homines abstrahendos.*

El Catecismo Romano se constituye, en esta materia como en todas las demás, el eco fiel del magisterio oficial de la Iglesia, cuando nos dice que el infierno consiste en la pena de daño y en la pena de sentido, eternamente duraderas.

En primer lugar, en la pena de sentido y más particularmente la del fuego, que, más que una pena única, es una aglomeración y como una universalidad de penas, como dice san Jerónimo: *In uno igne peccatores omnia supplicia sentiunt in Inferno*¹. Santo Tomás siente lo mismo, y se expresa en términos equivalentes: Al nombrar el fuego, queremos significar la totalidad de los males: *Nomine ignis omnis afflictio designatur*².

Esta pena de fuego es afirmada categóricamente por Jesucristo en el Evangelio, tantas veces y con tanta claridad, que, después de haber citado sus palabras, me creé dispensado de aducir nuevos testimonios.

Lo afirma en el capítulo décimotercero de san Mateo: El Hijo del hombre—con estas palabras se designa a sí mismo—enviará a sus ángeles para recoger y expulsar fuera de su reino, a todos los que son ocasión de escándalo, a todos los que obran la iniquidad, y los arrojarán a todos en el horno de fuego. Allí se oirán grandes llantos y rechinnamientos de dientes: *Et mittent eos in cinerum ignis. Ibi erit fletus et stridor dentium*³.

Lo dice en el capítulo noveno de san Marcos, hasta seis veces, en el espacio de pocos versículos; recordaré una sola de estas expresiones: Os es más conveniente, entrar, con una sola mano, en el Reino de los cielos, que entrar, con las dos manos, en la Gehena, en donde el gusano roedor nunca muere, ni el fuego abrasador se extingue: *Ubi vermis eorum non moritur, et ignis non extinguitur*⁴.

1. Epist. ad Pamnach.

2. Suppl. q. 97 art. 1. ad primum.

3. MATTH. c. XII, v. 42.

4. MARC. c. IX, v. 44, 46, 48.

Lo dice también en el capítulo decimosexto de san Lucas, en la parábola del mal rico que todos conocemos, pero no medítanos bastante: Un hombre rico, dice Nuestro Señor, vestido de púrpura y de lino, vivía opíparamente. Cerca de él, en la puerta de su palacio, yacía un pobre cubierto de úlceras, llamado Lázaro que deseaba con ansia alimentarse con las migajas que caían de la mesa del rico, pero nadie se las daba, *et nemo ei dabat*. Murió el rico, y fué sepultado en el infierno: *Mortuus est autem dives, et sepultus est in inferno*. Oíd sus lamentaciones: se queja de que está sumergido en el fuego, y de que en este terrible elemento, sufre indecibles torturas: *Crucior in hac flamma*¹.

Por último, para no prolongar en demasía las citas, Nuestro Señor lo repite en el famoso capítulo vigésimo quinto de san Mateo, y que nos servirá de tema, de tratar del juicio universal; en el cual, después de la manifestación de las conciencias, y probablemente después de la separación de los buenos respecto de los malos, y de haber dicho a los primeros: Venid, benditos de mi padre, a poseer el reino que os ha sido preparado... se dirigirá a los otros en estos términos: *Re-trahos de mí, malditos, id al fuego eterno: Discedite a me, maledicti, ite in ignem eternum*². No insistamos más, Jesucristo ha hablado, y por lo mismo, la prueba está hecha.

Pero, de este fuego del infierno, cuya existencia nos es atestiguada por el más irrecusable de los testimonios, por el testimonio de Jesucristo ¿podemos conocer la naturaleza, las propiedades y los efectos?

Algunos autores, más temerarios que ilustrados, no han querido ver en las palabras de Jesucristo sino un lenguaje figurado. A su parecer, el fuego del infierno

1. Luc. XXI, v. 24.
2. MATTH. C. XXV, v. 41.

es nombrado de este modo, sólo por metáfora; así, esta expresión: fuego del infierno tiene un significado semejante a las expresiones: fuego de la cólera, fuego de la venganza, fuego de la avaricia... Esto es un error que aunque la Iglesia no lo haya condenado de una manera formal, no puede alegar en favor suyo ningún concilio, ningún gran doctor, ningún teólogo importante, como ni un solo intérprete reputado, y ni un solo catecismo.

Las Santas Escrituras repiten con demasiada frecuencia esta palabra: fuego del infierno, y toda la Tradición lo ha entendido con demasiada unanimidad en este sentido literal para que estemos autorizados a ver en el fuego del infierno otra cosa que un fuego real y verdadero, en muchos conceptos diferente del nuestro, es cierto, pero idéntico al nuestro, en su esencia propia, y de su misma naturaleza¹.

Otros autores, partiendo de este principio entendido de una manera absoluta: que dos sustancias una de las cuales es material, y la otra espiritual, no pueden influirse, han pretendido que el fuego del infierno, que es material, no puede influir sobre el alma, de esencia puramente espiritual, y, por lo tanto, que hasta después de la resurrección general y del último juicio, cuando las almas se habrán reunido a sus propios cuerpos, el fuego del infierno no tendrá ninguna acción sobre el alma. Esto es un error. En el mismo instante en que el alma se separa del cuerpo por la muerte, el alma del réprobo sufrirá la pena del fuego. Y la imposibilidad que algunos quieren ver en ello, no es absoluta sino relativa. Esta imposibilidad no existe respecto de Dios, el cual puede disponer del alma a su beneplácito. Si, en el curso de la vida presente, Dios ha podido reunir el alma con el cuerpo, y hacerla más o menos dependiente de este cuerpo ¿quién podrá

1. Hæc doctrina (de igne materiali et corporeo) certa est, ita ut in dubium absque temeritate vocari nequeat. Perrone, t. 1

impedirle, después de haber excluido al alma de su presencia, darle por habitación, y si es lícito hablar así, hasta por vestido, el terrible elemento del cual ha hecho Dios el instrumento de su justa cólera¹? Otros en fin, errando por exceso, han hecho del fuego del infierno una suerte de ser viviente, capaz de discernir a unos suplicados de otros, e infligiendo a cada uno la pena debida a su culpabilidad. Este es otro error. Si, sin ninguna duda, el castigo no es el mismo para todos. Cada uno será juzgado según sus obras. Muy diferente ha de ser el infierno merecido por un cristiano, sin más instrucción que los rudimentos del catecismo, que el del que habrá oído muchísimas instrucciones sin que se haya aprovechado de ninguna. Diferente ha de ser el infierno de un seglar, que no era responsable sino de sí mismo, del de un sacerdote que tiene la obligación de salvar a las almas confiadas a su cuidado, o bien del ministro de la palabra divina, que predica y no obra, semejantemente a los indicadores de las grandes vías, que señalan las distancias y no las recorren. También será diferente el infierno del que habrá, durante una larga vida, llena de graves responsabilidades, bebido la iniquidad como el agua, como dice la santa Escritura, del que habrá pecado mucho menos en número y en especie. Sólo Dios hace este discernimiento y dispone la pena que cada uno debe sufrir. El fuego no es sino un instrumento, del cual se sirve Dios; pero este instrumento obra menos por sí mismo, que por la virtud y la intención del agente que lo actúa².

Digamos pues, que el fuego del infierno existe; que es real y semejante al nuestro; que ejerce, ya en el tiempo, su acción sobre el alma separada del cuerpo, como la ejercerá, en la eternidad, sobre el alma y el cuerpo reunidos; en fin, aquel fuego obra bajo la impulsión de Dios, el cual modera o aumenta sus ardo-

1. S. THOM. Suppl. q. LXX, art. 3.
2. S. THOM. Suppl. q. XCIV, art. 5, ad 3.

res, en la medida en que cada reprobado merece ser castigado. Hagamos ahora de la otra pena, para que veamos los diferentes aspectos de este terrible problema.

Recordaréis que la hemos llamado pena de daño. ¿Qué es pues la pena de daño? La palabra daño, de la cual derivan *condenado* y *condenación* viene del latín *damnum*, que significa pérdida, privación, perjuicio. Por lo tanto, la pena de daño es la pena que sobreviene al hombre, al perder a Dios, cuando se condena. Es, pues, una pérdida de la cual, las demás pérdidas que el hombre pueda experimentar, por terribles que sean, apenas pueden dar una ligera idea. Perder a Dios es perder a Aquel que es la misma belleza, la misma bondad, la misma perfección, el bien por excelencia, no solamente en sí mismo y por sí mismo, sino también del hombre, del que es el bien soberano y el fin último. De lo cual se sigue que perder a Dios, es perderlo todo.

¡Ah! sé perfectamente que no comprendemos bien, ni gustamos de estas cosas. Sé que la pena de fuego, por comparación con el fuego de este mundo, nos impresiona mil veces más que la pena de daño, la cual sólo nos impresiona vagamente. Sé también que, dominados por las pasiones, distraídos por las ocupaciones cotidianas, deslumbrados, fascinados, como dice la santa Escritura¹, por los placeres, por los honores, por los bienes del presente, cerramos voluntariamente los ojos a los bienes eternos.

¡Podríamos considerarnos dichosos, si no fuésemos sino fríos o indiferentes, y no nos atreviésemos a burlarnos de estas verdades! ¡Ojalá nos diésemos, como el insensato del que hablan las santas Escrituras: He pecado, *peccavi*, pero no me preocupo mucho por ello. Esto no me impedirá el comer, el dormir, el triunfar en el mundo, y gozar de la consideración de todos, ni

1. Sap. c. IV, v. 12.

el continuar siendo el niño mimado de la fortuna: *Peccavi, et quid mihi accidit triste!*¹.

Pero escuchad: vendrá un día en que el hechizo fatal será roto, vendrá un momento en que, derribado el débil tabique que nos separa de la eternidad, todas las realidades de la vida futura nos aparecerán tal como son. ¡Qué despertar para el alma pecadora! ¡qué visión tan sorprendente de todas las cosas! ¡qué vacío! ¡qué ruina! ¡qué daño, *damnum*! No habrá ya para el alma ni felicidad, ni cielo, ni Dios. La que fué criada para habitar aquel bello cielo, no morará en él. La que fué criada para gustar aquella felicidad incomparable, no gozará de ella. La que fué criada para ver, amar y poseer a Dios, soberana Belleza, soberana Bondad, Principio de su ser, Centro de su reposo, Término de sus deseos, no verá a Dios, ni lo poseerá, ni lo amará. Todo habrá concluído, su pérdida habrá sido consumada, y sondeando la extensión y la profundidad de la misma, exclamará: ¡Dios mío, Dios mío! ¡He perdido a mi Dios, y lo he perdido todo!

He aquí la pena de daño, es decir la pena que es efecto de la pérdida de Dios. Esta pena, según el testimonio de las Santas Escrituras que lo dicen claramente, de la Iglesia que lo enseña, y de los grandes doctores que han profundizado esta materia, será más terrible y más torturadora que la misma pena del fuego. Los sollozos del alma serán más amargos que las lágrimas de los ojos. El infierno del corazón será más duro y más torturador que el infierno del cuerpo. La misma grandeza de Dios será la medida de la pena que sentirá el alma por haberle perdido: *Separavi a Deo est tanta poena, quantus est ipse Deus*. Uno de los padres más elocuentes de la Iglesia latina, san Juan Crisólogo, hablando del mal rico de la parábola que fué sepultado en el infierno, y que, desde el fondo de este abismo, lanza este grito de desesperación: Sufro

1. ECL. c. V, v. 4.

en esta llama, *Crucior in hac flamma*, dice: ¡Ah! está aún más atormentado por la imagen, siempre presente, de la felicidad que ha perdido, que por los terribles suplicios que sufre; más le abrasa el pensamiento del cielo que ha perdido, que la pena que experimenta en sus sentidos corporales: *Plus torquetur coelo quam inferno*¹.

Y ahora, para completar nuestra explicación, sería necesario explicar cuál será la duración de la pena de daño y de la pena de sentido. Lo explicaremos más tarde, cuando tratemos del último artículo del Símbolo. Pero ¿lo ignora alguno de vosotros? ¿Quién no sabe que el gusano roedor del alma, fijado inmoviblemente en el mal, no puede morir en el infierno, *vermis corum non moritur*², y que aquel fuego, siempre reavivado por la cólera divina, no se extingue jamás, *ignis non extinguitur*³? ¿Quién no ha considerado cada una de las palabras de esta terrible sentencia: Id, malditos, al fuego eterno que ha sido preparado para el demonio: *Diccedite, maledicti, ite in ignem aeternum qui paratus est diabolo*⁴? Bosuet ha comentado estas palabras con una elocuencia que casi iguala a la grandeza del tema: Id... ¿y a dónde irán estos desdichados? ¿dónde podrán ir al alejarse del soberano Bien, sino al soberano mal? ¿Dónde, al alejarse de la luz eterna, sino a las tinieblas exteriores, tinieblas densísimas, y más palpables que las de Egipto? ¿Dónde, al perder la eterna felicidad, sino al llanto, a la desesperación, al reclinamiento de dientes, al furor que no tendrá término? Id, malditos... Habéis querido la maldición, y la maldición ha caído sobre vosotros, y se os ha adherido, como el hábito que lleváis, penetrándoos hasta la médula de los huesos. Id al fuego... árbol infructuoso que no sois

1. IN LUC.

2. MARC. c. IX.

3. Ibid.

4. MATTH. c. XXV, v. 41.

ya bueno sino para arder. Id al fuego eterno... ni una gota de rocío, ni un pequeño refrigerio vendrá jamás a vosotros. Id al fuego que ha sido preparado para el demonio... id en su detestable compañía, imitadores de su orgullo y de su penitencia. Ya que habéis querido ser esclavos suyos, llevad eternamente su yugo durísimo, después de haber rehusado el suave yugo del Señor¹...

Detengámonos. Después de las palabras del Evangelio que hemos considerado, y de los comentarios autorizados que hemos expuesto, no queda otro recurso que el silencio, y el meditar estas graves enseñanzas. ¡Ojalá estas enseñanzas os sean saludables! Si hay hombres que no se desvelan al ruido de este trueno, dice san Agustín, esto sucede, o porque no tienen fe, o porque no tienen corazón: *Fidem non habent, aut si habent, cor non habent*... Quiera el Señor que no seamos de unos ni de otros, y que creyendo en las penas eternas del infierno, tengamos una voluntad no menos firme que la fe, y evitemos esta irreparable desgracia.

1. Medit. día 97.

SERMON CUADRAGESIMO SEXTO

El Cielo

Creo... en la resurrección de la carne y en la vida eterna

Danda erit opera ut, quae fideles
summae illius felicitatis adipiscendae
cupidditate inflammare poterunt, breviter et dilucide explicentur.
Catech. Rom. cap. 13

El ojo del hombre no ha visto, su oído no ha escuchado, su corazón no podría sospechar, la abundancia de bienes que Dios reserva a los que le aman¹. De esta manera habla san Pablo de las almas justas que están en el cielo y de la felicidad de que allí disfrutan; mejor dicho: con estos términos el Apóstol nos muestra la impotencia, en que nos vemos, de hablar del cielo de una manera adecuada. Y no obstante, el Catecismo Romano prescribe a los pastores que expliquen brevemente, pero con la mayor claridad, *breviter et dilucide*, todo lo que es de naturaleza a excitar en el corazón de los fieles, el deseo de poseer algún día aquella soberana felicidad. Ante tal mandato, no dudamos, a pesar de la indigencia de las concepciones humanas y del lenguaje, en entrar en materia, aunque no hagamos sino tartamudear, y no tengamos sino el mérito de la obediencia. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Para proceder con orden en tan difícil e interesante materia, explicaremos:

1. I Cor. c. II, v. 9.

símbolo - 25

En primer lugar, que de la misma manera que es cierto, que hay un lugar de tormentos para las almas impenitentes, después de la muerte, también es verdad de fe que, para las almas justas que han dejado de vivir, conservando la gracia de Dios, hay un lugar de suprema felicidad. El primero es llamado: Abismo... lago de fuego... lugar de miseria y de tinieblas... inferno... Al segundo se le designa con los nombres: ciudad santa... Jerusalén celeste... patria de los vivos... paraíso... cielo¹.

En segundo lugar, que de la misma manera que es cierto, que las almas impenitentes comienzan a sufrir el castigo en el mismo momento en que dejan el cuerpo, como lo vemos en el mal rico, el cual en el mismo día de su muerte fué sepultado en el inferno²; también es verdad de fe—lo afirman las Santas Escrituras y lo ha definido la Iglesia—que las almas justas son puras, sin ningún retardo, en posesión de la eterna bienaventuranza, ya por haber perseverado en la inocencia bautismal, ya por haber perseguido en la inocencia cometido, están perdonados, cuanto a la culpa, y pagados cuanto a la pena. Lo hemos dicho y lo repetimos: El sueño en el cual, según dicen algunos novadores, estarían sumergidas las almas, hasta el día de la resurrección general, no es sino una pura ficción.

En tercer lugar, que de la misma manera que es cierto que las almas impenitentes son castigadas en el inferno, unas con mayor rigor, y otras con rigor menor, hasta el punto que, como enseña un buen teólogo, no habrá quizá dos reprobados que se asemejen³; también es verdad de fe, que en el cielo las almas justas son designadamente recompensadas, según la diversidad de méritos, *pro meritorum diversitate*. Existen muchas mansiones en la casa de mi padre, dice

1. In Scrip. passim.
2. Luc. c. IX.
3. Card. Gousser. Teol. Dogmat. t. 2.

Nuestro Señor: *In domo Patris mei mansiones multae sunt*¹. San Pablo expresa, con palabras diferentes, el mismo pensamiento: El que siembra menos, recoge menos; el que siembra mucho, recolecta en abundancia: *Qui parce seminat, parce et metet, et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet*². ¿Hemos de pensar que existen en el cielo las rivalidades, competencias y celos que vemos en la tierra? No, ciertamente; la más perfecta caridad une todos los corazones: *Nemo laeditur, irascitur nemini*³; tuyo y mío son palabras inusitadas en la lengua de los bienaventurados: *Nemo invidet, cupiditas nulla exardescit*⁴. Aun hay más, y tal vez os diré, en el curso de esta instrucción, que cada uno de los elegidos no se alegra menos del gozo ajeno, que del suyo propio.

Por fin explicaremos—y sobre esta consideración nos extenderemos algún tanto—que así como es cierto, que las almas impenitentes del inferno son desdichadas por la privación de todos los bienes, y por la reunión de todos los males; también es de fe, que las almas justas del cielo son felices por la exclusión de todos los males, y por el gozo tranquilo de todos los bienes⁵. ¡Qué vastos horizontes se abren ante nuestra vista! ¡Qué larga carrera se nos abre, si no fuesen necesarios los límites!

En el cielo, no hay ya indigencia, ni ninguna de las privaciones que ella trae consigo: Allí encontraremos la satisfacción en la abundancia: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae*⁶.

En el cielo, no hay enfermedades, ni lágrimas, ni

1. Joan. c. XIV, v. 2.
2. II Cor. c. IX, v. 6.
3. V. Beda. Brev. Rom. int. Octava Om. Sanct.
4. Ibid.
5. *Eternae vitae felicitas, ut Sancti Patres tradiderunt, omnium malorum liberatione, et omnium bonorum adeptione definienda est*. Catech. Rom.
6. Psal. XXXV.

lamentos, ni dolores, ni muerte: Es el lugar de la impasibilidad absoluta: *Neque mors, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra; quia prima abierunt*¹.

En el cielo, no hay ignorancia, ni opinión mal fundada y sujeta a error, ni tampoco aquella ciencia incompleta que se limita a lo exterior: Es el lugar de la ciencia perfecta y total, y ¿podría ser de otra manera, cuando el alma contemplará a Aquel que es la misma ciencia: *Quid nesciunt, qui scientem omnia sciunt?*

En el cielo, no hay ningún temor, ninguna aprehensión, como los hay en la vida presente, en la cual sufrimos de los males que tenemos, no menos, ni con menor frecuencia, que de los que experimentamos. Los dichosos habitantes de la Patria no dudan de la interminable duración de su felicidad, ni de la palabra de Dios que es su garantía: Es el lugar de la seguridad en el seno de la opulencia, en un reposo lleno de dulzura: *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis, et in tabernaculi fiduciae, et in requie opulenta*³.

En el cielo, nadie peca, porque nadie desea pecar, y este deseo no es posible allí; aquél es el lugar de la impecabilidad. ¿Quiere decir esto que el libre albedrío está extinguido? No, ciertamente, exclama san Agustín: *Non ideo liberum arbitrium non habebunt, quia peccata eos delectare non poterunt*. El libre albedrío tendrá solamente otra manera más perfecta de ejercitarse, en el sentido de que, en lugar de incentivo de pecar, recibirá la inmovible firmeza en el bien, firmeza que anulará la primera inclinación: *Magis quippe erit liberum, a delectatione peccandi usque ad delectationem non peccandi liberatum*⁴.

Pero, no es suficiente describir el cielo, desde larga

1. APOC. c. XXI, v. 4.
2. S. GREGORIO.
3. ISA. c. XXXII, v. 18.
4. DE CIVIT. LIB. 22, c. XXX.—Lejos de constituir el poder de pecar la esencia de la libertad, no es, al contrario, sino su corrupción. León XIII. Enclcl. Libertas.

distancia contemplándolo solamente de lejos, y, si me atrevo a decirlo, a grandes rasgos. Es preciso que nos acerquemos a la ciudad santa, que entremos en su interior, si nos es posible, y digamos cosas más sublimales, más íntimas.

Un día, preguntaron a una persona que regresaba de Roma, la santa ciudad terrestre, si había visto al Papa.—Si he visto al Papa... si he visto al Papa... ir a Roma sin ver al Papa, sería lo mismo que ir al paraíso sin ver a Dios. Respuesta admirable, que tengo por más teológica, que ingeniosa.

En el cielo, pues, veremos a Dios; las Santas Escrituras lo dicen, y la Iglesia lo enseña por sus grandes doctores, como por el más humilde de los catequistas: *Videbimus*.

Veremos a Dios, no según nuestra manera de ver actual, por la cual sólo nos es posible ver a Dios en imagen, como en el cristal de un espejo, o detrás de una celosía, sino claramente e intuitivamente, cara a cara: *Videmus nunc per speculum, in enigmate; tunc autem facie ad faciem*¹.

Veremos a Dios, no en toda su esencia, ya que esto excede, de toda la altura de lo infinito, a la capacidad de la inteligencia criada; pero, al menos le veremos tal como es: *Videbimus sicuti est*²; veremos la unidad de su esencia y la trinidad de personas; todas sus perfecciones en general, y cada una de ellas en particular, su bondad, su justicia, su sabiduría, su santidad, su omnipotencia, su omnisciencia; y no menos que sus perfecciones, veremos también a sus obras, si no tal como podría realizarlas, al menos tal como las ha realizado, en los tres órdenes, de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Veremos a Dios y le conoceremos con tanta mayor razón, que El mismo nos hará aptos para esta visión

1. I COR. c. c. XIII, v. 12.
2. I. JOAN. c. III, v. 2.

inmediata, para esta contemplación intuitiva, fortificando nuestro espíritu, dilatando nuestra capacidad natural de conocer, la cual, al ennoblecerse, ganará en extensión y profundidad, a fin de proporcionarse con la transcendencia del Ser divino. Admiramos que, en el orden de la naturaleza, la retina de nuestro ojo, con ser infinitesimal, esté dispuesta de tal manera, que abarca, con su mirada, la mole de una montaña y la vasta superficie del mar. Admiramos aún más, que, en el orden de la gloria, nuestra alma, aunque tan limitada por su condición de criatura, verá a Dios en toda su grandeza y sublimidad, porque, por un don particular de su munificencia, Dios agrandará el poder visual de nuestra alma, y la proporcionará a la inmensidad y a la infinidad de su Ser¹. ¡Oh cuán bueno sois, Dios mío! ¡De qué tesoros de amor para con vuestras criaturas, está lleno vuestro corazón!

Y ahora imaginad, si podéis, los efectos maravillosos que producirá en el alma, esta presencia de Dios inmediata y sin velo!

En primer lugar, el amor de Dios. ¡Pero qué amor!.. el más vivo, el más inflamado, el más ávido de todos los amores. Menos pronto es el paso de la flecha lanzada por un brazo vigoroso, menos rápido el vuelo del ave en las regiones del aire, que el impulso del alma hacia Dios. Ella verá al Ser de los seres, a la soberana Bondad, al Bien único que encierra en sí a todos los bienes; ella le verá y al mismo tiempo tenderá hacia Él, volará, se precipitará, y será arrastrada por el peso mismo de su amor: *Amor meus pondus meum*.

Este amor causará la transformación del alma en Dios. Ciertamente, solamente por el testimonio de las Santas Escrituras, podemos justificar el uso de una expresión tan atrevida. San Juan nos dice, que cuando

1. A este don particular, la Teología llama: Luz de gloria, según la expresión del Palmista: In lumine tuo videbimus Lumen.

Dios se nos mostrará en la gloria, nos volveremos semejantes a Él: *Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus*¹. San Pablo se expresa en términos semejantes². Estos videntes de los futuros destinos del alma nos enseñan que seremos absorbidos en Dios, abismados en Dios, sumergidos en Dios como el hierro está sumergido en el fuego, y se transforma en fuego, y que, sin perder nuestra personalidad, como tampoco el hierro en ascuas deja de ser fuego, nosotros nos asemejaremos a Dios, viviremos la vida de Dios, seremos transformados en Dios, divinizados, deificados, en la medida que puede serlo una criatura: *Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus*³. ¡Oh gozo imposible de describir! ¡Oh alegría tan intensa como durable! ¡Oh felicidad verdaderamente desbordante!

Y no hemos hablado sino de lo que constituye el fondo y la esencia de la beatitud. Pero, en esto, como en todo, hay que considerar las partes accesorias, las cuales no son de poca monta⁴. Por ejemplo:

La belleza del lugar... Sin duda alguna, ella no es sino un accesorio; lo que hace que el cielo sea tal, es la sola presencia de Dios, y no el lugar. Si Dios ocultase su faz en el cielo, no habría tal cielo; y si Dios se apareciese a los condenados del infierno, éste dejaría de serlo. Es, pues, exacto el decir que el lugar de la beatitud es algo accidental. Pero ¡qué accidente! Si os place, leed en el Apocalipsis de san Juan la descripción que el Apóstol hace del cielo. ¡Qué olas de luz! ¡Qué espléndidas moradas! En todas partes el oro purísimo, las aguas más cristalinas, los diamantes más preciados⁵. Y aunque hayamos de entender

1. I Joan. c. III.
2. II Cor. c. III.
3. Loco jam cit.
4. Duo honorum genera, quorum alterum ad beatitudinis naturam pertinet, alterum ipsam beatitudinem consequitur: quare illa essentialia, haec vero accessoria bona. Catech. Rom. Y añáde: Illa in primis distinctione uti oportebit.
5. Apoc. c. XXI.

todas estas cosas en sentido espiritual, no podemos dejar de ver en ellas la expresión de la belleza del lugar, ya que nos muestran la belleza del cielo en lo que la tierra tiene de más rico, y de más envidiable.

La compañía de los santos... otro accesorio de beatitud. Sí, de esta sociedad que mora en aquel lugar, diré lo mismo que he dicho del lugar: que no es sino un accesorio, y aunque no hubiese en el cielo sino un solo elegido, este único elegido sería completamente feliz en la posesión del soberano Bien, que es Dios. Pero, podemos decir también ¡qué accesorio!... En los días de su vida mortal, san Juan Crisóstomo dedicaba un culto particular a san Pablo, el santo de su predilección, del cual decía en momentos de entusiasmo: ¡Oh, qué daría yo por ver al gran Apóstol, al sublime Pablo!... Este deseo será satisfecho, como los otros. Veremos a todos los elegidos, felices moradores de la ciudad santa, pueblo inmenso, ejército innumerable, formado de todas las naciones, de todas las tribus, de todas las lenguas: *Vidi turbam magnam quam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis*. También veremos a los patriarcas, a los profetas, a todos los antiguos justos, a los gloriosos apóstoles, a los mártires con sus palmas, a las vírgenes con su aureola, a los doctores que brillarán como los astros del firmamento, a los que fueron pastores vigilantes, y a los que fueron ovejas fieles, es decir: veremos a todos los santos de la antigua ley, y de la ley nueva. Los reconocemos, y nos reconocen; les amaremos, y nos amarán. Hemos hablado ya de este tema, pero conviene que insistamos sobre él. En el cielo, todo el mundo se conoce, todo el mundo se ama, y cada uno de los bienaventurados goza de la felicidad de los demás, así como todos gozan de la felicidad de cada uno. Todos son súbditos de un mismo reino, miembros de una misma familia, y de una mis-

1. Apoc. c. VII.

ma casa. En este reino, jamás existe sedición, *nulla seditio*; en esta familia nunca hay una querrela, *neque lis*; en esta casa, no hay sino hermanos; ningún amigo se pierde, ni puede penetrar allí ningún enemigo: *Unde amicus non erit; quo inimicus non intrat*. Allí existen permanentemente, la paz, el reposo, el gozo y la justicia: *Ibi pax, quies, gaudium, iustitia*. Así se expresa san Agustín que, mejor que otro alguno, ha descrito las arrebatadoras bellezas del cielo.

En fin, a su debido tiempo, la beatitud del cielo se completará con un último accesorio: la toma de posesión, por parte del alma, del cuerpo que había informado durante su vida. ¡Qué cambio, y qué transformación! Mortal en otro tiempo, ahora inmortal; pasible en otro tiempo, ahora impasible; corruptible y pesado, tal como corresponde a la materia, en otro tiempo, ahora ágil e incorruptible, como si fuese un espíritu. ¡Con qué transportes de gozo, el alma recobrará al compañero de las pasadas luchas! No nos extendamos más en este asunto, que tendrá su lugar propio en alguna de las próximas instrucciones.

Entretanto, procuremos no desviarnos del camino del cielo. Meditemos, a este propósito, lo que nos dice san Lucas en el capítulo noveno de su Evangelio: Nuestro Señor recorría los confines de Samaria, y acercándose el tiempo de dejar este mundo, tomó una expresión severa, para subir a Jerusalén: *Faciem suam firmavit ut iret in Jerusalem*. Y envió, ante sí, mensajeros, los cuales entraron en un pueblo samaritano, para que le preparasen un alojamiento que le sirviese de etapa. Pero, los samaritanos no recibieron al Señor, porqué su porte indicaba que iba en camino de Jerusalén: *Et non receperunt eum, quia facies ejus erat euntis in Jerusalem*...

No alarguemos esta cita, pues basta lo dicho, para la

1. In Psal. XLIX et LXXIV.

2. Luc. c. IX, v. 51 et seg.

lección que hemos de sacar de ella. Como Jesús cambió la expresión de su rostro, al dirigirse a Jerusalén, volvamos el nuestro, y orientémonos hacia la Jerusalén celestial... Como Jesús, maltratado por los samaritanos porque su porte indicaba que iba en camino de Jerusalén, no dejó de seguir su camino, así no dejemos tampoco el nuestro que nos conducirá al cielo, por más obstáculos que encontremos. Vayamos siempre adelante, y para entretener el camino, cantemos con el divino salmista: Estamos muy gozosos, por la nueva que se nos ha comunicado: entraremos en el gozo del Señor: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi in domum Domini ibimus*¹.

1. Psal. CXXI.

SERMON CUADRAGESIMO SEPTIMO

El Purgatorio

Creo... en la resurrección de la carne, y en la vida eterna

Præterea est purgatorius ignis, quo piorum anime ad definitum tempus cruciatur expiantur, ut eis in eternam patriam ingressus patere possit, in qua nihil inquinatum ingreditur.
Catech. Rom. cap. 8

El infierno, con sus eternos sufrimientos: la pena de daño y la pena de sentido es el lugar destinado a las almas impenitentes, que han salido de este mundo, en estado de enemistad con Dios¹.

El cielo, concedido sin retardo, con la eterna y tranquila posesión de todos los bienes, es el lugar destinado a las almas justas que han perseverado en la justicia, o que, si cayeron en pecado, lo han borrado, en cuanto a la culpa, y han pagado toda la pena.

Pero, no todas las almas están comprendidas en este número. Existen otras almas, como ya hemos explicado, que, si bien han salido de este mundo en gracia de Dios, son deudoras a su justicia, y no pueden ser puestas en posesión de la felicidad eterna, sino después de su completa exoneración. De estas almas, que son una porción tan interesante de la Iglesia universal,

1. La opinión de que las penas de los condenados serán disminuidas después de un lapso de tiempo, opinión sostenida por algunos teólogos y hasta por algunos Padres, es rechazada por la mayoría de ellos.

vanos a ocuparnos hoy, y lo haremos con tanto mayor cuidado, que, como dice el Catecismo Romano, vivimos en un tiempo, en el cual los hombres no toleran la doctrina verdadera: *Eo diligentius et saepius parochi disserendum erit, quo in ea tempora incidimus, quibus homines sanam doctrinam non suscipiunt*¹. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Si quisiésemos enumerar todas las pruebas, que demuestran la existencia, para ciertas almas al salir de y del infierno, podríamos poner a cuenta nuestra las mismas tradiciones paganas que corroboran esta verdad. Pero, por la misericordia de Dios, tenemos otras fuentes mejores; mejor que Virgilio y que todos los poetas, mejor que Platón y que todos los filósofos, mejor sobre todo que Pitágoras y su sistema de reencarnaciones, nosotros tenemos las Escrituras, la Tradición y la Iglesia.

Las Escrituras: Leed el libro segundo de los Macabeos, y leeréis estas palabras, tantas veces repetidas, y cuya fuerza probativa no podemos poner en duda, ya que se refieren a los que murieron piamente, *qui cum pietate dormitionem acceperant*: Santa y saludable es la plegaria por los difuntos, a fin de que les sean perdonados sus pecados². En el capítulo duodécimo de san Mateo, se nos habla de ciertos pecados que no serán perdonados ni en este mundo, ni en el otro; de lo cual podemos deducir que ciertos pecados serán perdonados en esta vida, y otros pecados lo serán en la otra³. En el duodécimo capítulo de san Lucas se nos muestra una dura prisión, que no es el infierno, ya que los que en ella sufren saldrán un día: en el día en que habrán pagado el último óbolo⁴. En el tercer capítulo de la primera carta a los Corintios, vemos una obra

1. Cat. Rom.
2. II MACCAB. c. XII, v. 43-46.
3. MATH. c. XII, v. 32.
4. LUC. c. XII, v. 58.

sometida a la prueba del fuego, que permanece intacta en sus partes más sólidas: oro, plata, piedras preciosas; pero las partes menos resistentes: madera, paja, hierba seca, son consumidas, y el mismo constructor no ve salvada su vida, sino pasando por medio del fuego¹... Así se expresan las Escrituras. Y si ellas no contienen la palabra purgatorio, las expresiones que emplean dan a entender mejor el significado de la cosa, que no lo haría la misma palabra.

La Tradición: Sin duda, ella no es tan constante ni tan universal. Interrogad, uno tras otro, todos los siglos, hojead todas las liturgias y todos los ritos, comparad entre sí los testimonios de los padres; en todas partes veréis lo mismo: oraciones, limosnas y sacrificios, son ofrecidos en favor de esta categoría de almas, poco culpables para incurrir en una condenación eterna, pero, tampoco bastante puras para entrar en el gozo inmediato de la felicidad eterna. Ya es Tertuliano que recomienda a una viuda rogar por su esposo, y ofrecer oblações, en el aniversario de su muerte; de otra manera, añade, daríais a entender que habíais estado divorciada de él durante su vida². Ya es el más docto de los hombres de su tiempo, Orígenes, que enseña en el siguiente texto, abreviado, pero fiel al sentido: Que si, al salir de la vida, hay en nosotros mezcla de bien y de mal, no seremos recompensados por el bien, sin que entre el mal en línea de cuenta, ni castigados por el mal, sin que el bien sea tomado en consideración³. Poco más o menos se expresaba más tarde san Cipriano: Es un castigo temido justamente de los fieles, el ser privados, después de la muerte, de los sufragos de la Iglesia⁴. San Efrén, al morir, piensa menos en los perfumes que han de servir para embalsamar su cuerpo, que en las oraciones, que han de ali-

1. I COR. c. III, c. 12-15.
2. De Monogamia, c. X.
3. Homil. in Jerem.
4. Epist. 46.

viar su alma¹. San Cirilo enseña a sus queridos neófitos, alineados bajo el pórtico de su iglesia, que las almas de aquellos por los cuales es ofrecido el santo sacrificio, reciben gran alivio durante la celebración del mismo². San Ambrosio escribe a su amigo Fausto, respecto a la muerte de su hermana, que debe llorarla, menos, y ofrecerle con más frecuencia sus oraciones; añadiendo que las lágrimas afligirían, más bien al alma difunta, en cambio, las oraciones la recomendarán a la divina misericordia³. Innumerables son los que usan el mismo lenguaje, pero nos es imposible citarlos a todos. Tendríamos que citar a san Agustín, a san Gregorio el Grande, a san Bernardo, a santo Tomás de Aquino, y llegaríamos a Bosuet del cual oíríamos la voz, llena de santa indignación, increpando a uno de sus familiares que se atrevió a hablarle de los grandes servicios que había prestado a la Iglesia y de la gloria imperecedera de su nombre, con estas palabras: Cesad en estas alabanzas, y pensad, más bien, en pedir perdón a Dios de mis pecados⁴.

En fin, tenemos el testimonio de la Iglesia, que, en tiempo oportuno, declarará oficialmente su fe. Que venga un monje, educado en su seno, y levante el estandarte de la revuelta; que rompa con toda la antigüedad cristiana, y rechace todo lo que la Iglesia había profesado hasta allí; que imagine un sistema de justificación, en el cual el pecador pretendiendo usar del derecho de exigirle todo de Dios, se crea dispensado de todo deber hacia El; que, como consecuencia de este sistema, tan contrario al sentido obvio de las Escritu-

1. Testamento.
2. Catech. 23.
3. Ep. Lib. 2. Epistol. 8.
4. Vida de Bosuet por el Card. BASUET. Lo mismo vemos en san Francismo de Sales. A las personas que le hablaban ya no rogará nadie por mí; he aquí lo que ganaré con esta reputación. HAMON, t. 2.

ras, venga a negar la necesidad de las obras satisfactorias en este mundo, y la existencia del purgatorio en el otro; entonces la Iglesia se reunirá en concilio general, vengará su fe de las negaciones de que ha sido objeto, y fulminará anatema contra los delincuentes: Si alguien dijese que a todo pecador penitente, que ha recibido la gracia de la justificación, le han sido remitidas la culpa y la pena eterna, de tal manera, que ya no le queda ninguna pena temporal que sufrir en este mundo, o en el purgatorio, antes de entrar en el reino de los cielos, sea anatema¹... Si alguien dijese que el sacrificio de la misa no es propiciatorio, y que no debe ser ofrecido por los vivos y por los muertos, por los pecados, las penas, las satisfacciones y por otras necesidades, sea anatema²... Aun más: esta fe que la Iglesia tiene como suya, y que define de una manera tan solemne, para ponerla en adelante al abrigo del error y de la ignorancia, la confía a los obispos, para que sean sus fieles depositarios y propagadores. Citemos el texto auténtico que da testimonio de la inclusión de aquella verdad de fe, en el depósito de la revelación, y que confiere la misión de predicarla: La Iglesia Católica, instruida por el Espíritu Santo, ha enseñado siempre, siguiendo las Santas Escrituras, la antigua tradición de los Padres, y los santos concilios, que hay un purgatorio, y que las almas que están detenidas en él reciben alivio por los sufrimientos de los fieles, y principalmente por el santo sacrificio de la misa; el santo concilio ordena, pues, a los obispos, que tengan cuidado de que sea predicada, en todas partes, la sana doctrina del purgatorio, a fin de que los fieles la profesen con firmeza, en la misma forma en que nos ha sido transmitida por los santos Padres y los santos concilios³.

1. Conc. Trid. Ses. 6. can. 30.
2. Id. Sess. 22. can. 3.
3. Id. Ses. 25. Decretum de Purgatorio.

La Iglesia ha hablado, la Tradición ha hablado, las Santas Escrituras han hablado. ¿Qué añadiremos a estas enseñanzas? ¿No abordaremos las cuestiones secundarias pero importantes, referentes al lugar del purgatorio, a los padecimientos que en él se experimentan, y al tiempo que permanecerán en él?

¿Dónde está el purgatorio? Digamos sin tardar que Dios no ha revelado nada, ni la Iglesia ha definido cosa alguna, respecto a este asunto. El campo permanece libre. Pero, entre las opiniones libres que se han manifestado, la más acreditada y la que ha tenido más seguidores, es la de santo Tomás, que sitúa el purgatorio en las mismas entrañas de la tierra, y hace de él un anexo del inferno... Lo cual no impide, porque la excepción no destruye la regla, que, para ciertas almas, el purgatorio es menos un lugar que un estado, o sea: menos un lugar en el cual están encerradas, que un estado de sufrimiento y de pena, el cual constituye la naturaleza del purgatorio, sin ninguna relación de lugar. Pero, sea lugar o estado, es cierto que, permitiéndolo Dios, y lo permite algunas veces, las almas del purgatorio pueden aparecerse, en una u otra forma, y pueden pedirnos socorro y asistencia, ya para confirmarnos la realidad de la expiación después de la muerte, ya por cualquier otro motivo. Las apariciones de las almas referidas en los libros piadosos, es claro que no son todas verdaderas; pero también es cierto que no todas son falsas.

¿Son muy grandes las penas del purgatorio? Sobre este punto, tampoco Dios ha revelado nada, ni la Iglesia lo ha definido. Lo absolutamente cierto es que allí hay sufrimientos, y que las almas están allí en un estado violento, primeramente, porque están alejadas de su fin; en segundo lugar, porque saben que del estado en que se hallan, a nadie pueden echar la culpa, sino

1. SAN THOM. Suppl. q. 100, art. 2.—La liturgia dice: *Liberata animas omnium fidelium defunctorum de poenis inferni et de profundo lacu. In mis. defunct.*

a sí mismas. Y no es menos cierto, que allí las almas sufren mucho. ¿Son estos sufrimientos mayores que los de la vida presente? Los dos príncipes de la teología, san Agustín y santo Tomás, lo afirman¹.

¿Hay en el purgatorio expiación por el fuego? La Iglesia, es cierto, no lo ha definido como de fe; pero la opinión general de los teólogos es que en el purgatorio hay el tormento del fuego, pero que este fuego, no metafórico², difiere del fuego del inferno, no por su naturaleza, sino por sus efectos; y como bajo la acción del fuego de este mundo, el oro brilla y la paja humea, así el condenado es castigado inexorablemente, y el justo misericordiosamente purificado: *Sicut sub eodem igne aurum rutilat et palea fumat; ita sub eodem igne peccatur crematur, et electus purgatur*³. ¡Oh Dios santo y justísimo! Oh Dios, que sois la misma pureza, preservados de uno y otro fuego, del fuego del inferno, y del fuego del purgatorio.

Por último, ¿cuánto tiempo las almas permanecerán en el purgatorio? Como muchos otros secretos del otro mundo, Dios tampoco lo ha revelado. Pero podemos juzgar prudentemente, que son pocas las almas que irán directamente al cielo, al dejar esta vida, que son muy pocas, aquellas almas que estarán allí, solamente de paso, y que la gran mayoría permanecerán allí bastante tiempo, tal vez algunos años, o quizás hasta el día del juicio. ¿Olvidaremos que las almas, en el purgatorio, no pueden ayudarse a sí mismas, ni pueden hacer acto alguno meritorio, ni recurrir a los sacramentos, ni ganar indulgencias, no estando capacitados sino para sufrir? ¿Olvidaremos que habrán tal vez en el purgatorio, almas que, al salir de esta vida, no tenían

1. *Gravior erit ignis ille quam quidquid potest homo pati in hac vita.* S. Aug. Enarr. in psal. 37. *Pena purgatorii excedit omnem poenam istius vite.* S. Thom. Suppl. q. 100 art. 3.

2. S. THOM. *ibid.*

3. S. GREGORIUS, apud. Thom. *ibid.*, art. 2.

sino los méritos indispensables para no caer en el infierno? ¿Olvidaremos que algunas almas no tendrán, después de cierto tiempo, ni pariente, ni amigo, ni persona alguna, que, sea por olvido culpable, sea por pensar que no lo necesitan, los encomienden a Dios? ¡Oh, cuán fácilmente canonizamos a nuestros difuntos! ¡Cuán diferentemente procede la Iglesia, la cual deja transcurrir algunas veces, varios siglos, antes de canonizar a un santo! ¡Oh cómo procedían mucho más razonablemente nuestros antepasados, cuando disponían la celebración del santo sacrificio, a perpetuidad!¹

Es necesario concluir. Y voy a hacerlo con una palabra que os causará gran sorpresa, pero me atrevo a asegurar que vuestra sorpresa será de corta duración. Bendigamos a Dios por haber establecido el purgatorio. ¡Cómo! diréis, en el purgatorio, las almas sufren la pena de daño, que, aunque no la conocemos sino imperfectamente, es tan grande, que no tiene punto de comparación con otra alguna, y además la pena de sentido, mayor que todas las penas corporales que conocemos; ¿y hemos de bendecir a Dios, por haber establecido el purgatorio? Apartemos, por un momento, la imaginación, para no juzgar sino a la luz de la razón. A pesar de la objeción, es necesario decir: Bendigamos a Dios porque dispuso que hubiese el purgatorio. ¿Qué sería de nosotros, en efecto, si no existiese el purgatorio? Siendo cierto, y la razón sola puede establecerlo firmemente, que, siendo Dios la misma santidad, la misma pureza, la misma justicia, no puede admitir en su corte sino a las almas justas, puras y santas ¿qué sería de nosotros, y, con nosotros, qué sería de millones de almas que, en el instante de la muerte, no serán ni bastante justas, ni bastante puras, para ir directamente

1. Hablando del alma de un obispo del siglo XI, decía Mñor. Pie: ¿Quién puede calcular hasta donde llegarán las exigencias de la santidad suprema, antes de admitir, en la posesión de una felicidad sin fin, a una alma que apenas habrá escapado a los rigores eternos?

al cielo? Ahora mismo, os decía que ciertas almas, no teniendo sino los méritos indispensables para no caer en el infierno, es fácil que moren en el purgatorio hasta el día del juicio; pues, yo os digo, que estas almas bendecirán a Dios, y le darán gracias, por haberlas librado, aunque con una dura expiación pero que debe tener un término, de los suplicios sin fin... *Est quedam misericordia suavis*, es cierto, y Dios es bueno hasta en los castigos que inflige en este mundo y en el purgatorio.

Terminemos con otra consideración que es fácil no tenga lugar en ninguna de las siguientes instrucciones: muchas veces nos preguntamos, con alguna ansiedad, cuál será el número de los elegidos, y cuál el de los reprobados? ¿Será éste mayor o menor que aquél? Los teólogos, interpretando diversamente ciertos textos del Evangelio, defienden opiniones muy diversas. Unos creen en un gran número de reprobados, y en un número mucho menor de elegidos; otros creen en el mayor número de elegidos, y en un número mucho menor de reprobados. Esta cuestión, hasta el día del juicio final, constituirá el secreto de Dios; pero si reflexionamos en el papel importantísimo del purgatorio en la obra de la redención; si no queremos perder de vista que son muchísimas las almas imperfectas que caen cada día en el purgatorio, para entrar en el cielo después de acabada la expiación ¿será una temeridad creer que, después de todo, el mayor número de almas se salvará?

¡Oh Dios mío! a pesar de vuestras severidades, más aparentes que reales, os bendecimos, y os suplicamos que habiéndonos concedido la gracia de entonar en esta vida el cántico de vuestra misericordia, podamos continuarlo por los siglos de los siglos: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*.

1. El P. FABER que sigue la opinión del mayor número de elegidos, llama al purgatorio: octavo y terrible sacramento de fuego, para uso de las almas, a las cuales los siete sacramentos no han bastado para conferirles la pureza perfecta. El Creador y la Criatura. Lib. 3, cap. 2.

SERMON CUADRAGESIMO OCTAVO

La resurrección de la carne.

Creo... en la resurrección de la carne y en la vida eterna

Magnam huius articuli (carnis resurrección) vim esse ad fidei nostrae veritatem stabilendam, id maxime ostendit: quod divinis Litteris non solum credendus fidelibus proponitur, sed multis etiam rationibus confirmatur.

Catech. Rom. cap. 12

Decíamos en nuestra última instrucción sobre los fines últimos, que la muerte es cierta, como es cierto que ella es parcial. El alma, en efecto, escapa a su guadaña, y sobrevive a la disolución del compuesto humano, y mientras el cuerpo va al lugar del descanso, el alma sigue el curso del destino que ya conocemos. Pero, hoy adelantamos otro paso, y nos decimos: La muerte es cierta, como es cierto que ella es temporal. Nosotros resucitaremos; pero ¿cuándo? Lo desconocemos. Dios se ha reservado este secreto. Nosotros sabemos solamente que resucitaremos, y esta verdad constituirá el tema de esta instrucción. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Para proceder con método, y llegar progresivamente hasta la verdad total: que al finalizar los tiempos, todos los muertos resucitarán con los mismos cuerpos que tenían en la vida terrestre, diremos:

En primer lugar, que esta resurrección no es imposible. ¿Pero, hay necesidad de demostrarlo largamente? ¿No hemos establecido, ya en las primeras instruccio-

nes sobre el símbolo, que Dios es omnipotente, y que, dejando aparte *todo lo que no puede querer*, todo lo demás le es tan fácil, que lo puede ejecutar con un sólo actos de su voluntad: *Ipse dixit et facta sunt, ipse mandavit et creata sunt*¹? ¡Pues qué! Dios ha criado al hombre ¿y no podrá rehacerle? Dios ha criado al hombre de la nada ¿y no podrá rehacerle con algo preexistente? Acaso teméis que la omnipotencia de Dios, para resucitar los cuerpos y volverles la vida, no podrá reconstituir los miembros devorados por las fieras, o que han sido reducidos a cenizas por el fuego, o bien los que habrá disuelto el agua, o exhalado en forma de vapor. Teméis, quizá, que existan en el seno de la naturaleza escondrijos tan profundos o tan tenebrosos, que el ojo de Dios no pueda descubrir allí nuestros despojos, y su brazo no pueda retirarlos. Abandonad estas preocupaciones, os diré con san Agustín, *absit... absit*².

Pero, si este argumento fundado en la omnipotencia divina no os satisficiese, recordaremos los hechos que el Catecismo Romano nos exhorta a referir: *Parochi partes erunt hanc veritatem illustrare exemplis*³. Así vemos en las Santas Escrituras que el profeta Elías resucita al hijo de la vida de Sarepta; que el profeta Eliseo resucita al hijo de la Sunamitis; que un muerto, extendido en el sepulcro del mismo Eliseo, se reanima al contacto de los huesos del hombre de Dios. Del Antiguo Testamento pasemos al Evangelio, y del Evangelio a los Actos de los Apóstoles. En el Evangelio, Nuestro Señor resucita a la hija de Jairo, para la cual preparaban los funerales, al hijo de la vida de Naím que llevaban al cementerio, y a Lázaro que yacía en él desde cuatro días; pero hay más: Jesucristo mismo resucitó por su propia virtud; había muerto, *mortuus* y

1. Psal. CXXXVII.

2. De Civit. Dei.

3. Cat. Rom. c. XII.

vuelve a la vida para no morir ya, *Christus resurgens jam non moritur*. En el capítulo noveno de los Actos, san Pedro rescuía a la piadosa mujer Tabita; en el capítulo vigésimo, san Pablo llama a la vida al joven Eutiques que había muerto al caer de un tercer piso. Estos hechos y muchos otros, de los cuales dan testimonio los anales de la Iglesia, son de una autenticidad incontestable, y tan ciertos como los hechos mejor probados de la historia. Por lo cual nadie podrá dejar de admitir, según aquel axioma filosófico: si de lo posible a lo real la conclusión no vale, en cambio de lo real a lo posible ella se impone, que ya que varios muertos resucitaron, la resurrección de los muertos es posible: *Ab actu ad posse valet consequitio*.

En segundo lugar, decimos que esta resurrección no es improbable. Este nuevo punto de vista, que si no es decisivo nos encamina a la verdad total, ha sido magistralmente expuesto por los grandes doctores de la Iglesia. La observación de la naturaleza les hizo advertir que al sueño sucede el despertar, y que la muerte es preludio de la reviviscencia. De esto dedujeron que, en todas las cosas, la muerte es un tránsito hacia la vida, *omnia de morte ad vitam transeunt*; que para todas las cosas hay un declive que dirige las cosas al mismo punto de origen, *omnia in statum redeunt cum abscesserint*; en el instante en que fenecen, los seres comienzan el camino de su existencia, *omnia incipiunt cum desierint*; diríase que para existir, nada perece sino para escapar a la destrucción, *nihil deperit nisi ad salutem*. Y como si no les bastase el principio general, hacen de él continuas y graciosas aplicaciones; por ejemplo: el grano de trigo sembrado en la tierra muere, y vuelve a encontrar la vida en la misma descomposición de los elementos de que estaba formado, *semina non nisi corrupta reviviscunt*; o como el sol que se extingue cada día, para renacer al día siguiente, *sol demergit et renascitur, astra labuntur et redeunt*; tales las

flores, arrastradas por el viento, reaparecen después en un tallo rejuvenecido; tales los árboles, que vuelven a tomar, en la primavera, los adornos de que el cierzo les había despojado, *flores occidunt et reviviscunt, post senium arbuta frondescent*; en fin, hasta el más insignificante gusano tiene un lugar señalado entre las resurrecciones sorprendentes de que el mundo está lleno: primero es un huevo imperceptible, después un insecto rastroso de aspecto repugnante, después crisálida adornada en el capullo que él mismo se ha fabricado, y por último mariposa reluciente con los más hermosos colores, y que se balancea graciosamente en el aire. ¡Oh cómo estos ejemplos nos incitan a alegrarnos, pensando en nuestra futura resurrección! Si ellos no lo prueban rigurosamente, al menos pueden darnos una probabilidad que incline el espíritu a admitirla.

No, ciertamente, la resurrección no es improbable, como tampoco es imposible; pero es hora ya de decir que es conveniente y es justo que se haga, y que, en efecto, se realizará.

No lo dudemos, esta resurrección de los cuerpos es exigida por la misma naturaleza del alma. El alma no es todo el hombre, sino una parte del mismo. El alma ha sido criada para el cuerpo, como el cuerpo ha sido formado para el alma. Por esto, al separarse del cuerpo, y durante esta separación, faltará alguna cosa al alma. Y por esta razón, su separación respecto del cuerpo no será sino temporal; y el alma, que no puede ignorar su destinación natural, espera tranquilamente este día,

1. De todos los antiguos Padres, de los cuales hemos citado fragmentos en esta materia, el más poético es san Pedro Crisólogo. He aquí como describe la siembra del grano del trigo y su *resurrección*: Tolle triticum, duc sulcum, fodi terram, fac sepulcrum, sepi triticum, inspic quemadmodum morte deperit, humore turgescit, putredine corrumpitur, et cum pervenerit ad totum, subito reviscit in germine, in herba pubescit, juvenescit in caule, maturascit in fruge, et ad illam totam quam perisse deflebas, speciem resurgit.

objeto de sus más vivas esperanzas: *Desiderabiliter et patienter expectati*.

La misma dignidad de nuestro cuerpo reclama la resurrección. ¿No exponíamos, en nuestra décima instrucción, que el cuerpo humano ha sido formado por Dios, en el sexto día de la creación, con un arte maravilloso? Y después que, por una catástrofe inaudita, este cuerpo ha venido a ser carne de pecado, *caro peccati* ¿no le ha merecido Jesucristo, restaurador de todas las cosas, una nueva nobleza? ¿Acaso no se sirve Jesucristo de él, para la comunicación de la gracia? ¿No ha hecho del cuerpo humano, como dice Tertuliano, el eje que sustenta la vida espiritual del alma, *cardo salutis*? Continuemos citando a Tertuliano: Cuando el alma se inscribe en el servicio de Dios, el cuerpo es el instrumento que procura al alma este honor; el cuerpo, en efecto, es lavado, en el bautismo, para que el alma sea purificada; el cuerpo es ungido, para que el alma sea consagrada; el cuerpo es signado con la señal de la cruz, para que el alma sea fortificada; el cuerpo es cubierto con la imposición de las manos, para que el alma sea iluminada por el Espíritu Santo; el cuerpo es alimentado con la Eucaristía, para que el alma se nutra de la misma substancia de Dios. Y este cuerpo, que Dios ha formado a su imagen, que ha animado con su soplo, que ha puesto en el mundo para que tenga dominio de él, que ha revestido de sus sacramentos, como de un manto de honor, este cuerpo del cual Dios ama la pureza, aprueba la mortificación, y aprecia los sufrimientos, este cuerpo que es la propiedad de Dios, por tantos títulos, ¿este cuerpo no resucitaría? ¿Dios abandonaría a una destrucción sin remedio la obra de sus manos, el objeto de sus cuidados, el envoltorio del espíritu que le infundió, el rey de la creación, el heredero de sus li-

1. De civit. lib. 13, c. 20.—La misma doctrina expone santo Tomás: *Cæteris paribus, perfectior est status animæ in corpore, quam extra corpus, quia est pars totius compositi. Suppl. q. 75, art. 1.*

beralidades, el ministro de su religión, el soldado de su fe, el hermano de Cristo? No, mil veces no: *absit*...

En fin, la justicia de Dios lo exige, no menos que la dignidad de la carne y la naturaleza del alma. Lo hemos dicho hace poco, pero es conveniente repetirlo. Aunque el alma es substancialmente distinta del cuerpo, y superior al cuerpo que informa y vivifica, no obstante el alma no constituye al hombre entero; el cuerpo es parte integrante del mismo, pero no como instrumento pasivo, sino como instrumento operante, como un asociado o un cómplice, asociado para el bien, cómplice para el mal. Sin duda alguna, el alma es la que ruega, la que adora, la que da gracias, la que se arrepiente, concibe, o inspira un acto de caridad. Sin duda alguna también, el cuerpo es el que se prosterna, la lengua la que habla, la boca la que canta, el pecho el que gime, y la mano la que se abre. Del corazón, dice Nuestro Señor, es decir del alma, salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las blasfemias; pero estas cosas, añade, manchan, no al alma solamente, sino a todo el hombre: *Hæc sunt quæ conquinant hominem*². Porque el cuerpo las ejecuta bajo la dirección, y casi siempre bajo la inspiración del alma. Por esta razón, es de justicia elemental, que el cuerpo sea recompensado justamente con el alma, a la cual habrá sido asociado, tanto para el bien como para el mal³. Y como en esta vida, no responde el premio al mérito, ni el castigo al demérito ¿no es conforme a la equidad que se establezca el equilibrio en la otra vida, la cual servirá de correctivo a la primera⁴? De esta manera, y apoyándonos solamente en la razón, podemos afirmar que, en una segunda fase de su existencia, no solamente el alma, sino el mismo cuerpo recibirá la re-

1. De resurrect. carnis.
2. MATTH. c. XV, v. 18.
3. Catech. Rom.
4. Catech. Rom.

muneración o el castigo por las buenas o malas obras en las cuales participó.

Y después de haber hablado la naturaleza y la razón ¡qué sobrebundancia de luz nos suministrará la fe, cuando, en la próxima instrucción, explanaremos los textos revelados que se refieren a la resurrección!

Terminemos pues; pero antes, repitámos las palabras de uno de los grandes doctores de la Iglesia, san Pedro Crisólogo, que tan bien ha tratado esta materia: Ya que es tan duro el morir, y ya que amamos tanto la vida, procuremos que el recuerdo de la resurrección resuene como una música agradable a nuestros oídos: *Quia mori nunquam libet, vivere semper delectat, resonet in ore nostra resurrexio semper...* Así, para tomar ánimo para desafiarse las olas embravecidas, el marinero saluda el puerto con sus cantos, y calcula de antemano las provechosas ganancias que le será dado realizar: *Sic navita modulatur portum et lucra, ne undarum ruinas, nec maris discrimina pertinescat...* Así para poder castigar al enemigo, y no temer sus golpes, el soldado ve de antemano el botín que ha de enriquecerle, y el triunfo que le espera: *Sic miles, ne vulnera metuat, et gladios non pertimescat, praedas personat et triumphos...* De la misma manera, el cristiano ha de tener siempre la resurrección en el corazón y en los labios; para que siempre la cante, y siempre la bendiga, para que la espere confiadamente, a fin de despreciar la muerte y los terrores que ella inspira: *Unde resurrexionem mente, ore, oculis, cantet, cogitet christianus; ut totum mortis possit despiciere et calcare formidinem!*...

1. Apud. M. VIVIEN. Tertulianus praedicans, t. 4.

SERMON CUADRAGESIMO NONO

Continuación de la resurrección de la carne

Creo... en la resurrección de la carne, y en la vida eterna.

Omni malorum bonorumque discrimine remoto, omnes a mortuis, quamquam non omnium par conditio futura est, resurgent; qui bona fecerunt in resurrectionem vitae, qui vero male egerunt in resurrectionem iudicii.

Catech. Rom. cap. 12

En la instrucción precedente, por una marcha progresiva que iba de lo posible a lo probable y de lo probable a lo cierto, hemos establecido firmemente la verdad de nuestra resurrección. Pero es necesario añadir algunas explicaciones sobre este punto, tan importante de doctrina; y esto es lo que vamos a hacer en este día. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Y en primer lugar, nosotros resucitaremos todos, *omnes*, sin ninguna distinción de edad ni de sexo, de elegidos ni de reprobados. Las Santas Escrituras lo dicen: En verdad, en verdad, os digo, vendrá la hora en que todos los que moran en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios; y aquellos que hayan obrado el bien resucitarán para la vida, pero los que hayan obrado el mal resucitarán para el juicio. Así se expresa Jesucristo en el capítulo quinto del Evangelio de san Juan¹. San Pablo escribe en su primera a los Corintios: Así como la muerte ha venido por un hombre, por otro

1. Joan, c. V.

hombre vendrá la resurrección de los muertos; y como todos morimos en Adán, así todos reviviremos en Jesucristo, por la virtud de su poder¹. Es cierto que no es fácil hojear la colección de los concilios, ni los tratados de los doctores; pero todos tenéis presentes las profesiones de fe. En una de ellas decimos: Creo en la resurrección de la carne, es decir, de toda la carne: *Credo carnis resurrectionem*²; en otra cantamos: Espero la resurrección de los muertos, es decir, de todos los muertos: *Expecto resurrectionem mortuorum*². Otra profesión de fe es aún más explícita: En el último advenimiento de Jesucristo, todos los hombres, sin excepción, resucitarán con sus cuerpos, para dar cuenta de todos sus actos: *Ad cuius adventum, omnes homines resurgere habent cum corporibus suis, et redduri sunt de factis propriis rationem*³. En fin, la razón no puede objetar nada a lo dicho. Recordemos que hemos demostrado que la resurrección no es solamente posible, ni es solamente probable, sino que es cierta, y hemos visto además, que la misma naturaleza del alma, la dignidad del cuerpo y la justicia de Dios, lo exigen. Si la resurrección es exigida por la naturaleza del alma, podemos también decir que es exigida por todas las almas, porque todas las almas participan de la misma naturaleza. Si la resurrección es reclamada por la dignidad del cuerpo, esta dignidad, al menos como tomando su origen del Criador, es la misma para todos los cuerpos. Si la resurrección es exigida por la justicia de Dios, la justicia de Dios no puede dejar de cumplirse en ningún hombre. Así pues, los textos revelados, la enseñanza oficial de la Iglesia y los argumentos de razón, convergen a establecer esta verdad: Todos hemos de resucitar: *Omnes quidem resurgemus*.

1. I Cor. c. XV, v. 22.
2. Símb. de Nicea.
3. Símb. de san Atanas.

XLIX.—CONTINUACIÓN DE LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE 413

En segundo lugar, nosotros resucitaremos con el mismo cuerpo que hemos tenido en nuestra vida mortal. Tal era la fe del santo patriarca Job. Sus palabras han atravesado los siglos, y han sido más fuertes que el bronce, sobre el cual deseaba Job que fuesen grabadas: Sé que mi Redentor vive, y que yo resucitaré en el último día; entonces seré revestido nuevamente de mi piel, y veré a mi Dios en mi propia carne; yo mismo le contemplaré, y mis propios ojos le verán; esta firme esperanza reposa en mi corazón: *Reposita est haec spes mea in sinu meo*¹. Lo mismo enseña san Pablo, revistiendo esta doctrina de rara precisión: Este cuerpo mío corruptible, y lo mismo podría decir del vuestro, es preciso que sea revestido de incorruptibilidad; este cuerpo mío mortal, como también el vuestro, es preciso que sea revestido de inmortalidad: *Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem*². Esta es la doctrina de la Iglesia, tenida como verdadera por todos sus doctores, enseñada a todos los fieles, definida en sus concilios, y profesada por todos sus teólogos. Citemos el texto del Concilio de Letrán que la formula: Todos los hombres resucitarán con el mismo cuerpo que tienen en este mundo: *Omnes enim suis propriis corporibus resurgent quae nunc gestant*³. Por último, esta es la conclusión que la razón deduce sin esfuerzo, cuando se apoya en los principios ciertos que la fe le suministra. Partiendo de esta verdad: que la resurrección final tendrá lugar para recompensar o castigar a cada uno, según los méritos o deméritos que, con la cooperación de su cuerpo, tenga, es natural que deba presentarse ante el Juez, en compañía de su propio cuerpo y no de otro. Sería absurdo y al mismo tiempo injusto, dice Tertuliano, y por este doble título indigno de Dios.

1. Job. c. XIX, v. 23-27.
2. I Cor. c. XV, v. 53.
3. Ap. Gousset, t. 2.

que habiendo sido asociado en nuestras buenas obras, a un cuerpo determinado, otro cuerpo recibiese la recompensa; que tal cuerpo hubiese sufrido el martirio por Jesucristo, y que tal otro recibiese la corona; que tal cuerpo hubiese vivido encenagado en los vicios, y tal otro fuese castigado en su lugar¹. El buen sentido es suficiente para dar la solución.

Hasta aquí, pues, hemos establecido dos verdades: resucitaremos *todos*; y cada uno de nosotros resucitará con *el mismo* cuerpo que actualmente posee. Pero podemos preguntarnos: Estos cuerpos resucitados ¿en qué estado resucitarán? ¿Cuáles serán sus cualidades y propiedades naturales? ¿Tendrán todo el desarrollo que habrían adquirido, si no hubiesen muerto prematuramente algunos de ellos? Los niños, dice san Agustín, no resucitarán como tales, sino como adultos, y el acrecentamiento tardío que el tiempo les habría dado, acrecentamiento que poseían en potencia, y no en volumen, *ratione, non in mole*, lo recibirán repentinamente por un milagro del poder divino: *Quod eis tardius accessurum erat tempore, hoc sunt illo Dei opere mirro atque celerissimo recepturi*². ¿Tendrán los cuerpos de los resucitados la integridad de sus miembros, miembros que, en muchos casos, el hierro, el fuego o algún otro agente destructor habrá destruido? Sí, Dios no hace las cosas a medias, todas sus obras son perfectas, y la resurrección, que será una nueva creación, no podría constituir una excepción. No faltará ningún miembro, ningún sentido a los que resucitarán, y podrá decirse de ellos lo que el Evangelio del segundo domingo de Adviento declara: los sordos oirán, los ciegos verán, los cojos marcharán³, y todos los defectos habrán desaparecido. Entremos aún en más detalles, ya que el grave san Agustín no lo ha desdeñado: Aquellos

1. De resur. carnis, c. LXII.
2. De civit. lib. 22, c. XIV.
3. MATTH. c. XI.

que tenían un grosor excesivo, no tomarán aquel exceso, al contrario: lo que la enfermedad o la vejez habrá destruido, será reparado por la virtud de Jesucristo. Todo lo que destruirá la armonía debida será corregido¹. En una palabra, en el gran día de la resurrección los cuerpos poseerán aquella belleza correcta que era propia del hombre en el momento en que fué criado por Dios.

Pero he aquí maravillas aun más asombrosas: a las cualidades y a las propiedades naturales, se añadirán otras cualidades y propiedades, de un orden superior.

Ved sino, lo que dice san Pablo en el capítulo decimoquinto de su primera carta a los Corintios: El cuerpo es depositado en tierra... ¿se dirá, tal vez, que allí perecerá, sin ninguna esperanza de reviviscencia? No, sino que es depositado allí a título de depósito, como una semilla, *seminatur*².

Allí está sembrado, pero lleno de corrupción. ¿Quién ignora, diremos con Tertuliano y con Bosuet, que depositado el cuerpo de su principio vivificante, cambia de forma y de nombre, perdiendo hasta la forma y el nombre de cadáver, para venir a ser una cosa innominada? Pero aquel cuerpo un día resucitará; sembrado corruptible, resucitará incorruptible, y en adelante no estará sujeto a la muerte, ni le alcanzará su guadaña: *Seminatur in corruptione, surget in incorruptione*.

Será sembrado en la abyección, la cual será tan grande que desagradará a la vista y ofenderá al olfato, *jam faetet*. Pero tengamos confianza, el tiempo de ignominia pasará, y aparecerá el alba de las celestes claridades. A la luz de la fe, veo a Jesucristo que resucita a los cuerpos, que los configura a su propio cuerpo, y da al alma una participación de su propia gloria: *Seminatur in ignobilitate, surget in gloria*.

Será sembrado en la enfermedad. Nada más débil

1. De civit. lib. 22, c. XIX, XX, XXI.
2. I Cor. c. XV, v. 42, 43, 44.

que este cuerpo formado de barro, y transformado otra vez en barro; nada más impotente y más inerte. Pero en el día de la resurrección, se levantará de nuevo, con toda su fuerza, con un vigor que no podría tener naturalmente, y se verá libre de las leyes de la gravedad, transportándose de un lugar a otro, como dice la Escritura, con la misma rapidez con que la llama prende en un cañaveral seco: *Seminatur in infirmitate, surgit in virtute*.

En fin, no extrañéis la expresión: nuestro cuerpo será sepultado como un cuerpo animal. Pues, el cuerpo del hombre ¿difiere acaso del de los otros animales, si no es porque posee un organismo más perfeccionado? Como ellos, come, bebe, duerme, crece, y recorre todas las fases de la vida vegetativa y sensitiva. Será, pues, sepultado como cuerpo animal; pero en el gran día de la reviviscencia de los cuerpos, se levantará como cuerpo espiritual, como adornado con el don de santidad, es decir, dotado de penetrabilidad, a la manera de los espíritus, y libre en adelante de las necesidades e impedimentos que, en la vida presente, impone el cuerpo al alma. Así termina san Pablo sus enseñanzas en esta materia: *Seminatur corpus animale, surgit corpus spirituale*.

He aquí las cualidades de orden superior que se añadirán a las propiedades naturales de los cuerpos resucitados. ¿Habría necesidad de decir, con san Pablo, que sólo los cuerpos de los bienaventurados las poseerán todas: *Omnes resurgemus, sed non omnes immutabimur*?¹ Solamente, pues, serán inmortal en la impasibilidad, los cuerpos de los bienaventurados; solamente serán gloriosos y resplandecientes, ágiles y espirituales, los cuerpos de los bienaventurados. Y los cuerpos de los réprobos ¿no serán inmortal? Sí, pero ¡cuán diferente será su inmortalidad! Inmortales, pero pasibles. Inmortales, pero deformes. Inmortales, pero tenebrosos. Es decir, inmortal, pero para dicha suya.

Y después de haber tratado de este grave tema, tanto en lo que toca a las verdades de fondo, como en lo que toca a los detalles, terminemos con algunas reflexiones saludables.

¡Cuán grande y noble es el cuerpo del hombre, no precisamente por el detalle de su organización material, sino por su origen, por ser el complemento de la personalidad humana, y sobre todo por sus destinos futuros! ¡Cómo hemos de procurar no deshonrarlo, no envilecerlo, y no emplearlo para servir a las bajas pasiones, y al pecado!

Grande y noble es el cuerpo del hombre; pero después que el pecado ha turbado la armonía que existía entre él y el alma, se inclina a la revuelta, y siente una fuerte inclinación a usurpar el oficio de director que no le pertenece. Es preciso, pues, someterle, reprimir sus insubordinaciones, y, empleando el lenguaje del Apóstol, castigarle y reducirle a servidumbre¹; vestido con excesiva elegancia, alimentado opíparamente, siendo objeto de complacencias exageradas, se rebela: *In crassatus, impinguitus, dilatatus, recalcitrat*².

El gran Apóstol nos sugiere todavía otras reflexiones: Por numerosos que sean, dice, los sufrimientos de nuestro cuerpo, por muchas que sean las fatigas producidas por el hambre, la sed, el trabajo y las enfermedades, todo es bien poca cosa, cuando se compara con el galardón inmenso de gloria que recibirá, en recompensa, en el día de la resurrección: *Momentaneum et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis*³.

¡Cuán amargas y acerbas son las lágrimas vertidas por un padre, por una madre, por un hermano o un amigo! Ellas, no obstante, no pueden llevar a la desesperación. No queremos, escribe el gran Apóstol a los

1. Cor. c. IX, v. 27.

2. Deut. c. XXXII, v. 15.

3. II Cor. c. IV, v. 17.

Tesalonicenses, que permanecáis en la ignorancia en lo que se refiere a *los que duermen*. Porque si creemos que Jesús ha muerto, y ha resucitado, hemos de creer también, que Jesús nos conducirá a la gloria de que Él goza, y que hará participantes de su resurrección, a aquellos que, siendo miembros suyos por la fe y la caridad, se hayan dormido en Él: *Ita et Deus eos qui dormierunt per Jesum, adducet cum eo*¹.

1. I Tes. c. IV, v. 13-14.

SERMON QUINCAGESIMO

El juicio final

Creo... en la resurrección de la carne, y en la vida eterna

Alterum vero, cum, uno die, aliquo uno in loco, omnes simul homines ad tribunal iudicis stabunt, ut omnibus omnium saeculorum hominibus inspectantibus et audientibus, singuli, quid de ipsis decretum et iudicatum fuerit cognoscant.

Catech. Rom. cap. 8

Aunque cada uno de nosotros, al salir de esta vida, deba comparecer ante el tribunal de Dios, para oír la sentencia que decidirá su porvenir eterno¹, independientemente de este primer juicio, y llegada la consumación de los tiempos, tendrá lugar otro, *alterum vero*; y se llama juicio último, porque será irrevocable; se llama también juicio universal, es decir, general y público, en contraposición al primero, particular y secreto, a fin de que, en presencia de los hombres de todos los tiempos, cada uno oiga la sentencia de Dios respecto a los demás hombres: *Ut omnibus omnium saeculorum hominibus inspectantibus et audientibus, singuli quid de ipsis decretum et iudicatum fuerit, cognoscant*... Pero ¿es cierto que sucederá esto? ¿Quién nos lo asegura? Porque, como dice san Agustín tratando de este asunto: No basta exponer la cuestión que se ha de dilucidar; es preciso, además, dar audiencia a los testimonios: *Prius ergo ipsa causa ponenda est, et*

¹ Véase el sermón 43.

postea testes introducendi!. Esto es lo que nos proponemos hacer en esta instrucción. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Los testimonios que hemos de introducir, para que depongan en favor de la certeza del juicio universal son: los profetas, Jesucristo, los apóstoles y la Iglesia.

Los profetas. Dios, dice el profeta Joel, reunirá a todas las naciones, las conducirá al lugar del juicio, y debatirá con ellas². ¡Qué día, el día del Señor, exclama el profeta Sofonías, día de cólera, día de aflicción y de congoja, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de confusión, día de nubes y de tempestad³. Aun más circunstanciada es la relación del real Profeta, y más magnífico su lenguaje: El Señor es rey, y, como tal, vendrá a la tierra envuelto de espesas nubes; su trono será sostenido por la justicia y la sabiduría; un fuego devorador le precederá, el cual envolverá a sus enemigos; sus rayos brillarán en los aires, y las montañas se fundirán como cera en su presencia; los cielos, por una multitud de prodigios, anunciarán a los hombres que ha llegado el tiempo de la justicia, y todos los pueblos serán testimonios de su gloria⁴.

Jesucristo. Hemos citado ya sus palabras, cuando hablabamos de la segunda venida de Jesucristo en calidad del Juez⁵. Escuchémosle ahora como explica la parábola del buen grano y de la cizaña: El que siembra la buena semilla, dice, es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; el buen grano es formado por los hijos del reino; la cizaña significa a los hijos de perdition; el enemigo que la sembró es el diablo; la recolección se efectuará en la consumación de los siglos; los segadores son los ángeles; y como se recoge la cizaña para lanzarla al fuego, así el Hijo del hombre enviará a

1. De civit. lib. 20, c. IV.
2. Joel. c. III, v. 2.
3. Soph. c. 1 v. XIV.
4. Psal. XCVI.
5. Sermón vigésimo octavo.

sus ángeles, los cuales quitarán de su reino todos los escándalos y a todos los obreros de la iniquidad, para precipitarlos en el fuego eterno. Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre¹... Así habla Jesucristo el cual, aunque no haga mención del juicio ni del tiempo en que tendrá lugar, no obstante, como dice san Agustín, por las cosas mismas que emplea para designarlo, lo señala mejor que si lo nombrase: *Hic quidem iudicium vel diem iudicii non nominavit, sed multo eum clarius ipsis rebus expressit*².

Los apóstoles y la Iglesia. Ecos fieles del Maestro, los apóstoles repiten lo que El les dice. Predican el juicio futuro, con un tono de convicción que sólo puede provenirles de la certeza de la misión recibida. San Pedro la predica al mundo romano representado por el centurión Cornelio: Nos ha mandado, dice, que prediquemos al pueblo, para dar testimonio que El ha sido establecido Juez de los vivos y de los muertos³. San Pablo dice a los filósofos del Areópago: Dios ha fijado un día en el cual juzgará al mundo según justicia, por medio de Aquel que, en su resurrección, ha sido constituido Juez⁴. San Judas en su epístola destinada a todos los fieles dice: El Señor vendrá con la multitud innumerable de los elegidos, y juzgará a todos los hombres, convenciendo a los impíos de todas las obras malas que habrán cometido⁵... En fin, el último de los grandes videntes, san Juan, dice que cuando el Cordero hubo abierto el sexto sello, en el mismo instante, hubo un gran terremoto, el sol se ennegreció como la pez, la luna tomó el color de sangre, y las estrellas cayeron sobre la tierra, de la misma manera que la higuera agitada por el viento deja caer los higos verdes⁶...

1. MATTH. c. XIII.
2. De civit. lib. 20, c. V.
3. ACT. c. X, v. 42.
4. Ibid. c. XVII, v. 31.
5. JUD. v. 14.
6. APOC. c. VI, v. 12, 13.

Asimismo, la Iglesia, depositaria autorizada de las enseñanzas del Maestro, no faltará a su misión. He aquí sus símbolos: en uno de ellos, nos enseña que Jesucristo, después de haber subido al cielo en el día de la Ascensión, descenderá por segunda vez para juzgar a los vivos y a los muertos¹. En otro: *Hæc est fides catholica*: tal es la fe católica: que en el segundo adventimiento de Jesucristo, todos los hombres resucitarán con sus propios cuerpos, para dar cuenta de todos sus actos²... Oigamos a sus doctores: El día del juicio no ha llegado aún; pero habiendo sido anunciado por el Espíritu de verdad, estamos seguros de que llegará infaliblemente³... Cuantas veces pienso en este día, tiemblo en todos mis miembros; sea que coma, sea que beba, o que haga cualquiera otra cosa, siempre me parece oír la voz de la terrible trompeta clamando: Levantaos, muertos, y venid a juicio⁴... Así habla san Agustín, así se expresa san Jerónimo, el primero para expresar su fe, el segundo para manifestar su terror... Por último, escuchemos la voz de la Iglesia, la cual en los concilios manifiesta su fe, de una manera oficial, auténtica: *Christus venturus est in fine sæculi iudicare vivos et mortuos, et rediturus singulis secundum opera sua, tam reprobis, quam electis*⁵: Jesucristo vendrá al fin de los siglos, para juzgar a los vivos y a los muertos, a fin de dar a cada cual—elegidos o réprobos—lo que sus obras demanden.

No insistamos más; no podemos negar que habrá un juicio general, a no ser, como dice san Agustín, que hayamos perdido el espíritu de las Santas Escrituras, o que guardemos contra ellas una animosidad muy grande: *Nullus vel negat, vel dubitat, per Jesum Chris-*

1. Symb. de Nicea.
2. Symb. Quicumque.
3. Sern. 32, de Verb. Dom.
4. In MARTH.
5. Cuarto concilio de Letrán. La misma definición formuló el segundo concilio general de Lyon.

*tum, futurum esse novissimum iudicium, nisi qui Sacris Litteris nescio qua incredibili animositate seu caecitate non crediti*¹.

Pero después de haber explicado que la creencia en el juicio general es una parte integrante de nuestra fe, no carece de interés averiguar los motivos que hacen necesario este juicio irrevocable y definitivo, como el primero, pero más solemne y público.

Estos motivos, el Catecismo Romano, nuestro guía predilecto, los expone de una manera tan satisfactoria para la razón como para la fe.

El primero de estos motivos proviene de la unión que existe entre el alma y el cuerpo, de la cual hemos tratado extensamente en la instrucción precedente, y por esta razón, bastarán breves alusiones a la doctrina explicada. Habiendo, en efecto, obrado el cuerpo bajo la dirección del alma, como asociado o cómplice, conviene que el cuerpo tenga parte en la gloria o en el oprobio, como la tuvo en la acción buena o culpable; que sea recompensado públicamente el cuerpo, ya que el alma será recompensada en esta forma; que sea castigado públicamente el cuerpo, ya que el alma lo ha de ser en esta forma. Refiriéndonos, por ahora, a los solos elegidos, todos comprendemos con cuanta justicia serán glorificados ante todo el mundo aquellos labios que no pronunciaron sino palabras de paz, aquellas manos que distribuyeron tantas limosnas a los pobres, aquellos pies que habrán recorrido las provincias, los imperios y todos los continentes. Muy bellos eran aquellos pies de los apóstoles, pero mucho más lo han de ser aún: *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bonæ*². Qué gozo experimentaremos, al ver a los bienaventurados de toda lengua y de toda nación, en cuerpo y alma, en el momento de oír la voz del Soberano Juez que les dirá:

1. De civit. lib. 20, c. XXX.
2. Rom. c. X, v. 15.

Venid, benditos de mi padre, a poseer el reino que os ha sido preparado; porque tenía hambre, y me habéis dado de comer; tenía sed, y me habéis dado de beber; tenía necesidad de alojamiento, y me habéis recibido; estaba desnudo, y me habéis vestido, estaba enfermo, y me habéis visitado, era prisionero, y me habéis visitado¹...

El segundo motivo, extraño a primera vista, pero que, por poco que reflexionemos aparece concluyente, se deduce de la supervivencia del hombre.

Después de una vida más o menos larga, más o menos fructuosa, y no son muchas veces las más largas ni las más brillantes las que son más dignas de loa, todo hombre ha de pagar tributo a la muerte. Y desde aquel momento ¡sus actos buenos cesan de merecer, y los malos cesan de atraer nuevos castigos? No, porque aunque el hombre en cuestión no merezca ni desmerezca en virtud de actos personales, estos actos, realizados durante su vida mortal, continuán teniendo consecuencias buenas, si ellos fueron laudables, y consecuencias funestas, si fueron malos o criminales. El Doctor Angélico, en su magistral artículo sobre este tema², pone a Arrio como ejemplo, Arrio, que fué el primero de los grandes herejarcas, Arrio, el precursor, el inspirador, el padre, más o menos directo, de la mayor parte de las herejías que han desolado y que probablemente desolarán el Oriente hasta la consumación de los siglos: *Ex deceptione Arrii, et aliorum factorum pullulat infidelitas usque ad finem mundi*³. En Arrio, podemos contemplar al hombre perverso, que, no sólo durante su vida sino durante muchos siglos después de ella, ha contaminado y contaminará a millones de criaturas humanas, con un error capital infinitamente perjudicial a su salvación eterna. La respon-

1. MARTIN, C. XXV, v. 31 y siguientes.
2. S. THOM., 3.ª p. q. 5.
3. S. THOM., 3.ª p. q. 5.

sabilidad moral de este pervertido irá, pues, creciendo siempre hasta el día del juicio final. Pasemos ahora a otro orden de cosas muy diferente. ¡Qué bien no ha hecho san Vicente de Paúl durante los ochenta años de su existencia mortal, pues fué un taumaturgo de la caridad, proveedor de provincias enteras en épocas de espantosa miseria, providencia visible en todo género de sufrimientos, e imagen de la providencia de Dios en la tierra. Y su obra continúa: lo que hacía el humilde sacerdote, continuán haciendo las dos familias espirituales, nacidas de él y herederas de su espíritu; casi no existe una obra de misericordia que no tenga a san Vicente de Paúl como iniciador o como inspirador, y es muy probable que esta influencia del santo se perpetuará hasta el fin de los siglos. Lo cual equivale a decir que, al revés del otro personaje nombrado, el santo varón aumentará de día en día el número de sus méritos. Observemos ahora que, guardando las proporciones, lo mismo podemos decir de cada uno de nosotros. ¡Dios sea alabado! No haremos ni la millonésima parte del mal que hizo el primero, como tampoco haremos la millonésima parte del bien que hizo el segundo. Pero con todo, podemos estar seguros que haremos bien o mal, bien o mal que tendrán repercusiones indefinidas. Esta es la ley, la cual tiene una aplicación general. Si sois padre o madre, vuestros hijos se autorizarán de vuestro ejemplo para el bien o para el mal; si sois superior, en algún concepto, vuestros subordinados se autorizarán de vuestras máximas o ejemplos para el bien o para el mal; si tenéis una situación preeminente en la ciudad o tal vez, en la Iglesia o en el Estado, muchas personas se autorizarán de vuestras máximas o de vuestros ejemplos para el bien o para el mal. ¡Oh cuán grande es la responsabilidad que contraemos por nuestras acciones! Para muchos esta responsabilidad será tal, que la cuenta de la misma no se cerrará hasta la consumación de los siglos. Por esta razón, podemos decir con un

autor espiritual: "Es necesario el juicio final, para que todas nuestras buenas o malas obras hayan dado su fruto; es necesario el juicio final, para que, al finalizar el tiempo, habiéndose manifestado todas las consecuencias de nuestra vida, el justo juez pueda examinar, en toda su extensión, nuestra culpabilidad o nuestro mérito".

El Catecismo Romano indica aún un tercer motivo que hace necesario el último juicio: La necesidad de que aparezca justificada la providencia de Dios.

¡Cuán desconocida, calumniada, y mal interpretada ha sido la providencia de Dios! ¡Qué es lo que no se ha pensado, dicho o escrito, sobre este tema, en detrimento de la justicia de Dios y de su gloria! El mismo real salmista tuvo la tentación de quejarse y de reclamar a Dios, por el aparente desorden de los acontecimientos de este mundo: *Mei autem pene moti sunt pedes, pene effusi sunt gressus mei*?. ¿Y por qué? En el mismo salmo 72, encontraréis la respuesta: porque todas las cosas parecen marchar desordenadamente, y también porque mientras el justo está faltado de lo necesario, los malos abundan en bienes de todas clases: *Ecce peccatores obtinuerunt divitias, et fui flagellatus tota die*?. San Agustín lo repite, si no con mayor autoridad, menos brevemente. Sería preciso leer todo este capítulo del más hermoso de sus libros: ¿Por qué razón, dice, sucede que tal hombre justo es pobre, y que tal otro perverso es rico; que este último, que a nuestro parecer merecería expiar con crueles dolores sus costumbres corrompidas, vive en medio de la dicha, mientras el primero, al cual su vida ejemplar parece predestinarle para la dicha, vive en el oprobio? ¿Por qué una causa buena sucumbe bajo la iniquidad del juez, o bajo el peso de falsos testimonios, mientras el cri-

1. GAUSSENS.
2. Psal. LXXII.
3. Ibid.

men sale absuelto, si no vencedor y triunfante? ¿Porqué existen hombres que, aun en la fuerza de la edad, viven de la rapiña, mientras otros, incapaces de pronunciar una palabra injuriosa, mueren de consunción? ¿Por qué ciertos niños, que permiten grandes esperanzas, mueren en la flor de sus días, mientras otros que, al parecer, jamás deberían haber visto la luz de este mundo, llegan a la extrema vejez? ¿Por qué este hombre infame cubierto de crímenes, llega a la cumbre de los honores, mientras que este otro sin tacha permanece en la obscuridad?

¡Ah! cristianos, a todos estos reparos, a todas estas preguntas, a las cuales podríamos añadir muchas otras, no podemos oponer sino esta respuesta: La absoluta certeza de que la otra vida servirá de correctivo a la presente; que en el umbral de la otra vida, no ya pasajera sino eterna, un juicio general y decisivo restablecerá todas las cosas en su lugar; que este juicio general y público manifestará a todos los hombres la justicia de Dios, y será causa de que todos reconozcan la justicia de la providencia de Dios. Ya no habrá confusiones, ya no habrá cizaña mezclada con el buen grano, ni ninguna de las confusiones que ahora nos asombran, y hasta nos escandalizan; sino, que habrá el orden más perfecto el cual no será turbado en adelante, apareciéndonos Dios tal como es en realidad: soberanamente justo, soberanamente sabio, vengador inflexible del crimen, y remunerador magnífico de la virtud.

1. De Civit. lib. 20, cap. II.

SERMON QUINCAGESIMO PRIMERO

Continuación del Juicio final

Creo... en la resurrección de la carne y en la vida eterna

Triha haec praecipua signa iudicium antecessura esse Sacrae Litterae declarant, praedicationem Evangelii per universum orbem, discessionem, antichristum... quae autem iudicii forma et ratio futura sit, ex Danielis oraculis, tum ex sanctorum Evangeliorum, et Apostoli doctrina facile erit cognoscere.

Catech. Rom. cap. 8

Hemos oído el testimonio de los perfectos, de los evangelistas y de la Iglesia y la misma razón ha contribuido a establecer esta verdad: después de la consumación de los siglos, tendrá lugar el último juicio el cual se ejercerá sobre todos los hombres, y de una manera pública. Pero este juicio que ha de tener lugar inevitablemente, ya que como dice san Agustín, Jesucristo ha empuñado su palabra, y lo ha firmado de su propio puño: *Promissorum suorum chirographum Christus fecit* ¿dónde, cuándo y cómo se verificará? Examinemos, con la ayuda de Dios, estas cuestiones.

Y en primer lugar ¿dónde se verificará el juicio final? Las Escrituras nada precisan sobre este punto, la Tradición nos transmite diversos ecos, y la Iglesia nada ha definido. Pero esta cuestión no afecta a la esencia de la verdad que consideramos, y, por otra parte,

esta incertitud se refiere únicamente al conocimiento que nosotros tenemos de aquella verdad. Dios, empero, nunca queda corto en medios y en maneras; y si es poderoso para resucitar a todos los hombres que han sido, son y serán reconstituyéndolos en la integridad de su naturaleza, no lo será menos, podemos creerlo, para juntarlos, llamarles a su presencia, instruir su causa y notificar a cada uno su sentencia. Los espíritus temerarios o burlones ignoran, o fingen ignorar, que para Dios no hay más imposible que lo que no puede querer.

¿Cuándo se verificará el juicio final? Tampoco aquí encontramos precisión alguna en las Escrituras, en la Tradición, ni en las definiciones de la Iglesia. La época exacta del juicio solemne de todo el género humano es el secreto de Dios; ni el hombre ni el ángel lo sabrán jamás, y para indicar este gran secreto, venos en el Evangelio que el mismo Jesucristo habla de su ignorancia en esta materia, aunque es claro que se refería a sus designios de no revelar la época del juicio¹.

Entre los primitivos cristianos, algunos, tomando a la letra ciertas palabras de Nuestro Señor², creían que su segunda venida tendría lugar antes de que muriesen los hombres que vivían entonces. Se engañaban; los tiempos no eran cumplidos, y, usando el lenguaje del Evangelio, el esposo no vino: *Moriam autem faciente sponso*³.

En el siglo sexto, el pueblo cristiano creía que estaba muy próximo el fin del mundo, como lo vemos por una homilía de san Gregorio papa: El mundo envejece... muchas de las señales de su fin han aparecido, y podemos conjeturar que las demás no tardarán en aparecer: *Ex quibus profecto omnibus alia jam facta certum, alia in proximo ventura formidamus*⁴. Se en-

1. MATTH. c. XXIV, v. 36.

2. MATTH. c. XXIV, v. 34.

3. Ibid. c. XXV, v. 5.

4. Brev. Rom. I. Dom. Adv. Lect. 8.

ganaba; los tiempos no eran cumplidos, y el esposo no vino: *Morram autem faciente sponso*.

Hacia el fin del siglo décimo, sugeridas las muchedumbres por la errónea interpretación que dieron algunos teólogos de las Santas Escrituras, se extendió la creencia de que en el año mil finalizaría el mundo. Con el temor del día esperado, la congoja era grande, y las iglesias se llenaban de multitudes aterrizadas que atendían el aviso formidable de la trompeta del juicio. Pocos son los monumentos históricos que no den testimonio de este estado de los espíritus. No obstante, se engañaban; los tiempos no eran cumplidos, y el esposo no vino: *Morram autem faciente sponso*.

Y en nuestra época, a pesar de que las preocupaciones de los hombres van por distinto camino, no es raro encontrar algunos espíritus, y no de los ínfimos, que se inclinan hacia el porvenir para interrogarlo y sondear sus secretos. La redención por Jesucristo no ha producido todos sus efectos, dicen unos, Dios no puede dejar inacabada su obra, y por esto el fin del mundo no está muy próximo. Las costumbres se pierden, dicen otros, el número de fieles disminuye, las naciones apostatan como los individuos, y el mal es tan grande que parece incurable: *Mundus totus in malo positus est*; por esta razón el fin del mundo es próximo.

¿Quién tiene razón? Lo cierto es que este mundo no es eterno. Tuvo un comienzo, y cesará de ser lo que es. Desconocemos solamente la época de su transformación.

Lo cierto es que el Evangelio, que en el principio tuvo por cuna la Judea, debe ser predicado por toda la tierra, y ha de extenderse a todos los continentes. Ni el villorrio más insignificante, ni la isla perdida en las profundidades del océano, pueden dejar de participar del beneficio inmenso de la redención. Hasta que esta obra de evangelización universal sea acabada, el fin del mundo no llegará, siendo preciso que antes se

cumpla la palabra de Jesucristo: *Predicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe, in testimonium omnibus gentibus, et tunc veniet consummatio*¹.

Lo cierto es que la fe, después de haber disminuído poco a poco hasta llegar a una casi total extinción, será objeto de una apostasía general, de la cual sólo algunas almas privilegiadas se verán indemnes. Así lo dijo Jesucristo, como consta en el capítulo octavo de san Lucas: El Hijo del hombre, cuando vendrá a juzgar al mundo, ¿por ventura encontrará la fe sobre la tierra: *Veniamenem Filius hominis veniens, putas, inveniet fidem in terram?* San Pablo lo repite en su segunda a los Tesalonicenses: Que nadie os seduzca por medio de la profecía sin objeto, porque el último juicio no tendrá lugar sino después de la apostasía general: *Ne quis vos seducat ullo modo: quoniam nisi venerit discessio primum*²...

En fin, lo cierto es que al declinar los siglos y antes del segundo advenimiento de Jesucristo, tendrá lugar otro advenimiento, muy diferente por cierto: el advenimiento del Anticristo. Pero ¿quién será el Anticristo? Será un monstruo de impiedad, de crueldad y de licencia. San Pablo le llama el pecado, personificado, *homo peccati*, e hijo de perdicción, *filius perditionis*³. Reinará ciertamente y reinará por la astucia, por la mentira, por la fascinación de los prodigios que le será dado obrar. Durante este reino de corta duración el Anticristo hará a Dios, a su Cristo y a la Iglesia la guerra más encarnizada que hubo jamás, guerra tan satánica, que según la palabra de Nuestro Señor: los mismos elegidos serían seducidos, si la gracia de Dios no los preservase: *Ita ut in errorem inducantur, si fieri potest, etiam electi*⁵.

1. MATH. c. XXIV, v. 14.
2. LUC. c. XVIII, v. 8.
3. THESS. c. II, v. 3.
4. II THESS. c. II, v. 3.
5. MATH. c. XXIV, v. 24.

He aquí, pues, cuál será la última edad del mundo, y las cosas que se cumplirán en ella; pero en lo que toca a la época exacta, lo repito, no podemos conocerla: es el secreto de Dios¹.

Pasemos a la última cuestión: ¿Cómo se hará el último juicio? Al revés de las dos primeras cuestiones, ésta tiene una solución fácil, como enseña el Catecismo Romano, siendo suficiente recorrer atentamente las Escrituras: *Quae autem iudicii forma et ratio futura sit, ex Danielis oraculis, tum ex sanctorum Evangeliorum, et Apostoli doctrina facile erit cognoscere*¹.

El Catecismo Romano tiene razón. Las Escrituras dicen todo lo que nos importa saber. En ellas vemos explicados los preliminares del juicio, la llegada del Juez, la separación, la discusión, la fórmula de la sentencia y su ejecución instantánea.

Los preliminares del juicio: están indicadas en los evangelios de san Mateo y de san Marcos³: guerras, revoluciones, pestes, hambres, con todos los males que de estas calamidades se siguen; se apagará el sol, la luna se cubrirá con un velo, la tierra se estremecerá, el mar mugirá espantosamente, toda la naturaleza agornizará, y sobre todo se oirá la voz de la trompeta, terrible como el trueno, y que retumbará del oriente al occidente, del septentrion al mediodía, voz que clamará: Levantaos muertos: *Surgite mortui*... Y todas las tumbas se abrirán, todos los huesos de cada cuerpo se reunirán, el polvo se convertirá en carne, y aparecerán a la vez todas las generaciones; la muerte las había destruido, y la muerte perderá el dominio sobre ellas, la tierra o el mar las habían recibido, y la tierra y el mar habrán de restituirlos⁴... heas aquí, ellas están prontas y, como en la visión de Ezequiel, forman un

1. S. THOM. Suppl. q. 88, art. 3.
2. Catech. Rom. c. VIII.
3. MATTH. c. XXIV et MARC. c. XIII, passim.
4. APOC. c. XX, v. 13.

inmenso ejército: *Steteruntque super pedes suos exercitus grandes nimis valde*¹.

El Juez: los mismos evangelistas san Mateo y san Marcos lo nombran, y, muchos siglos antes, el profeta Daniel lo había anunciado²: Es el Hijo del hombre, Jesucristo, no solamente en cuanto Dios, sino en cuanto hombre, el Hombre-Dios, y, en esta cualidad, es establecido Juez de los vivos y de los muertos³. En una de nuestras precedentes instrucciones, ya hemos explicado las razones en pro de la conveniencia de esta designación⁴. Jesucristo va a aparecer; Vedle aquí... ¡Cómo difiere este advenimiento, del advenimiento en carne mortal! Vedle aquí, no ya pacífico Salvador como en Belén, sino Rey de la gloria, y con todo el aparato de su poder; una nube luminosa le sustentará, su cruz le precede, miriadas de ángeles le acompañan... Todos le ven, dice san Agustín, justos y pecadores, fieles e infieles, elegidos llenos de esperanza, y réprobos cubiertos de vergüenza y de despecho; todos le ven en forma humana; todos le ven con un cuerpo que fué azotado, cruelmente atormentado, y clavado en cruz; de la misma manera que el soldado pudo atraersele con su lanza, asimismo todos los ojos pueden contemplarle aquí, añade el gran Doctor. Pero sólo los elegidos pueden ver a la divinidad que habita este cuerpo; los réprobos no la verán, ni podrán verla, y descenderán a los abismos sin haberla contemplado: *Latentem Deum in corpore non videbunt*⁵.

La separación: ésta había sido predicha por los antiguos profetas, y después por el mismo Jesucristo. Pero ¡cuánto tardaba en venir! Ya el real Salmista se enojaba de esta tardanza, y no comprendía como Dios probaba a los buenos, y dejaba que prosperasen los

1. EZECH. c. XXXVII, v. 10.
2. DAN. c. VII, v. 13.
3. ACT. c. XVI, v. 42.
4. Sermón 28.
5. In Joan tract. 21, cap. 5.

malos¹. En la parábola de la cizaña y del buen grano, los servidores de la casa tampoco comprendían la conducta del padre de familias; y cuando le preguntaron si podían arrancar la cizaña, antes que ahogase el buen grano, oyeron esta respuesta: No, dejad que crezcan ambas hasta la cosecha²... sin duda se dijeron mutuamente: nuestro amo no sabe lo que dice... pero se engañaban; el amo lo sabía perfectamente. Dios, al cual este amo representaba, procede, al revés de los demás hombres, con gran lentitud, y, en el caso que nos ocupa, tiene excelentes razones para dejar mezclados a los malos con los buenos en esta vida. Dios lo permite, dice san Agustín, ya para que los malos se convirtan en buenos, ya para que los buenos, al ser probados de los malos, vengan a ser mejores³. Pero estas razones, no teniendo razón de ser después de esta vida, es preciso que venga la separación⁴. Ni los malos confirmados en el mal, pueden convertirse en buenos, ni los buenos confirmados en el bien, pueden llegar a ser mejores. Esta separación necesaria, el Evangelio nos la presenta en acción por ministerio de los ángeles: a la derecha colocarán a las ovejas, es decir, a los justos; a la izquierda los cabrones, es decir, los pecadores: *Et statuet oves quidem a dextris suis, haedos autem a sinistris*⁵.

La discusión: Pero ¿ha de haber allí discusión, o algo que se asemeje a un debate judicial? Con demasiada frecuencia nos representamos los juicios de Dios, tanto el general como el particular, como iguales a nuestros juicios, y como procediendo por preguntas y por respuestas. Todo esto es puro juego de la imagina-

1. PSAL. LXXII.
2. MATTH. c. XIII.
3. Brev. Rom. fer. quint. Heb. maj. lect. 4.
4. Unde et tunc erit universalis separatio bonorum a malis: quia ultertus non erit locus, ut mali per bonos, vel boni per malos proficiant. S. THOM. Supp. q. 88, art. 1.
5. MATTH. c. XXIV, v. 33.

ción. En estas condiciones, el último juicio duraría al menos un siglo¹. No; si el juicio universal habrá sido lento en venir, al menos será rápida su ejecución. Porque tal es la voluntad omnipotente de Dios, en menos tiempo del que es necesario para decirlo, todos los libros, empleando el lenguaje de san Juan², es decir, todas las conciencias serán abiertas, y todas las acciones, buenas o malas, serán descubiertas ante todo el mundo. Ya no habrá fingimientos, ni apariencias, engañadoras; y de la misma manera que la nieve, por el velo blanco de que reviste toda la naturaleza, confunde los buenos y malos caminos, las plantas útiles con las zarzas espinosas, el paisaje más delicioso con el yacimiento de granito más áspero, pero al fundirse, por la acción de los rayos del sol, pone todas las cosas al descubierto, y vuelve a cada una de ellas su verdadero aspecto, asimismo, en el último juicio, al desaparecer este manto de aparente regularidad, con el cual teníamos tanto cuidado en cubrirnos, aparecerán, no sólo a nuestra vista, sino a los ojos de todos, nuestras flaquezas, nuestras cobardías, todos los pecados de una larga vida, los de la infancia, los de la juventud, los de la edad madura, los de una vejez desordenada, y hasta aquellos simulacros de virtudes, como dice Bosuet, de los cuales tendremos más confusión que de los mismos vicios, cumpliéndose exactamente aquellas palabras de Nuestro Señor: Nada hay tan oculto que no sea descubierto: *Nihil autem opertum est, quod non reveletur neque absconditum, quod non sciatur*³.

Y ahora ¿tendremos necesidad de recordar la sentencia que seguirá a la manifestación de las conciencias, y la ejecución de esta misma sentencia? ¿Quién no las conoce? ¿Quién no las ha leído, ni meditado en el Evangelio? ¿No las tenéis, en este momento, pre-

1. S. THOM. Supp. q. 88, art. 2.
2. APOC.
3. MATTH. c. XXIV, v. 34.

sentes? Venid, dirá Jesucristo a los buenos, venid, benditos de mi padre, venid a poseer el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo!... Después, dirigiéndose a los réprobos y mirándolos severamente: Retiraos, les dirá, que no os conozco, os rechazo como malditos, id al fuego eterno que ha sido preparado para Satanás y sus ángeles; ya que los habéis seguido en su malicia, seguidlos también en su suerte²...

Y pronunciada la sentencia, los segundos irán al suplicio eterno, y los primeros a la vida eterna: *Et ibunt hi in supplicium aeternum; iusti autem in vitam aeternam*³.

¡Oh juicio! ¡Oh cielo! ¡Oh infierno! ¡Oh eternidad deseable de los elegidos, o temible de los reprobados! Pero no nos desahoguemos con exclamaciones estériles. Juzguémonos, para que no seamos juzgados. Condenémonos, para que no seamos condenados. Satisfagámonos a la justicia divina con obras satisfactorias. Imploremos la misericordia divina a la cual nos haremos propicios, si practicamos la misericordia. Vayamos a Jesús, y, de lo más íntimo de nuestro corazón, digámosle con la santa Iglesia: Señor Jesucristo que desde el seno de vuestro Padre, en los cielos, habéis descendido sobre la tierra, y derramasteis hasta la última gota de vuestra sangre, para la remisión de los pecados, os suplicamos humildemente, que en el día del juicio, colocados a vuestra diestra, merezcamos oír de vuestra boca estas palabras: Venid a mí, mis elegidos, mis benditos: *Domine Jesu Christe, qui de coelis ad terram de sinu Patris descendisti, et sanguinem tuum pretiosum in remissionem peccatorum nostrorum fudisti: te humiliter deprecamur, ut in die iudicii, ad dexteram tuam audire mereamur: Venite benedicti*⁴.

1. MATTH. C. XXIV, v. 34.
2. MATTH. C. XXIV, v. 34.
3. Ibid.
4. In Off. vot. Pass. D. N. J. C.

SERMON QUINCAGESIMO SEGUNDO

La vida eterna. Las dos eternidades

Creo... en la resurrección de la carne y en la vida eterna

*Hæc quidem sententia iustissime
a Domino salvatore nostro fertur.
Catech. Rom. cap.*

Estos, los réprobos, irán al suplicio eterno, y aquellos, los predestinados, a la vida eterna. Tales han sido las últimas palabras de la precedente instrucción, como recordareis; palabras que a no ser la volubilidad nativa de nuestro espíritu, y su constante preocupación por las cosas terrenas, nos serían familiares. Con ellas, en rigor, podríamos concluir la serie de nuestras instrucciones parroquiales sobre el Símbolo. Pero como la fe, como dice el Apóstol, ha de ser escrutada, aunque con sobriedad, nos detendremos en explicar la justicia de las dos eternidades paralelas, y, no obstante, tan diferentes; justa y equitativa es la eternidad de las penas; justa y equitativa la eternidad de las recompensas. Este es el tema de la instrucción de hoy. ¡Dios nos ayude con su gracia!

Jesucristo lo dijo repetidas veces, sobre todo en las palabras que nos refiere san Mateo, en el capítulo vigésimo quinto de su Evangelio, palabras que nos suministran materia para serias reflexiones. La Iglesia, eco fiel del Maestro, y depositaria infalible de su doctrina, no cesará de repetir las hasta el límite de los tiempos, por sus doctores, por sus concilios, por la

predicación, y por todos los órganos autorizados de su enseñanza: Eternas son las penas reservadas a los réprobos; eterna la pena de daño, eterna la pena de sentido, y ni morirá el gusano roedor, ni se extinguirá el fuego que les devora, y el gran poeta, que era aún mayor teólogo, vió escritas, en el dintel de la cárcel tenebrosa, estas palabras: Todos los que aquí entráis, abandonad toda esperanza¹.

Pero nuestro intento no es tanto considerar la certeza de la eternidad desdichada que está reservada a los malos, como su conformidad con la más rigurosa justicia. Por más que repugne a las pasiones, por más que la sensibilidad se llene de pavor, es una verdad incontestable que el infierno es eterno, y que es muy justo que lo sea.

Es justo, porque el pecado, por lo mismo que se dirige contra la majestad infinita, contrae, por este sólo hecho, una malicia superior a cualquier otro mal. Todos los teólogos, y con ellos la sana razón, están de acuerdo en afirmar que la gravedad de una ofensa está en proporción con la dignidad de la persona que la recibe y no de la persona que la hace, como dice santo Tomás: *Pena taxatur secundum dignitatem ejus in quem peccatur*². Pues, dirigiéndose el pecado contra Dios, majestad infinita, contrae una malicia en cierta manera infinita, la cual pide una pena proporcionada. Y como un ser criado no es capaz de una pena de intensidad infinita, está infinitud de la pena habrá de ser tal, por su infinita duración³.

Es justo, porque juzgando rectamente, tanto como subsista el pecado, habrá de subsistir la pena: *Non debet poena cessare quando culpa manet*⁴. Y el pecado que Dios castiga con una pena irremisible, corresponde, como dice san Gregorio, a una voluntad, no sola-

1. DANTE. El infierno.
2. Suppl. q. 99.
3. Ibid.
4. Suppl. q. 99.

mente frágil, sino a una voluntad obstinada de tal manera que si eternamente viviese, eternamente querría rebelarse. Y, pregunta santo Tomás: ¿no es conforme a la más estricta justicia, que no cese de ser castigado, aquél que se haya adherido al mal, de manera que no puede cesar nunca de quererlo: *Ad magnam iustitiam Judicantis pertinet ut nunquam careat supplicio, qui in hac vita nunquam voluerit carere peccato*¹. Pero hay más: el pecado no sólo es eterno en la intención del más: el pecado, sino que lo es también en sí mismo. El que lo comete, sino que lo es también en sí mismo. El pecado que no fué remitido en el tiempo en que podría serlo, no lo será jamás, ni podrá serlo, y constituirá para su autor un estado fijo e inmutable. Un hombre, dice santo Tomás que se lanzase voluntariamente en un precipicio, sabiendo que no está en su poder el remontar la pendiente, y que no puede tener esperanza alguna de que alguien le saque de allí, aunque él permaneciese en el fondo eternamente, eternamente estaría allí². Los Teólogos proponen otro ejemplo que conduce a la misma conclusión: el del hombre que se saca los ojos; ¿de este mal querido por él, y en su esencia irreparable ¿a quién puede dar la culpa, sino a sí mismo? Y si este hombre viviese eternamente, no permanecería eternamente en las tinieblas³? Tal, pues, será la suerte del pecador, muerto en la impenitencia final, con una obstinación incommovible. El ha querido —y Dios en su sabiduría infinita es juez infalible del alcance de esta obstinación—immobilizarse en el pecado, de tal manera, que de él no querrá salir nunca. Donde cae el árbol, dice el Sabio, sea hacia el medio día, sea hacia el aguilon, allí quedará⁴. Asimismo tanto como el hombre vive, es libre de escoger entre las dos eternidades: feliz o desgraciada; pero la muerte que

1. Suppl. q. 99.
2. Suppl. q. 99.
3. Non aliter ac si quis se oculis privaret, et tamen aeternum viveret, aeternum caecus esset. PERRONE t. 1. p. 865.
4. Eccl. c. XI, v. 3.

pone término a su acción propia, como también a la acción de Dios, fija la elección hecha, y la sella con el sello eterno de la eternidad que ha escogido. ¡Oh juicios de Dios, cuán temibles sois! Pero en verdad, hemos de confesar aún apoyados en la sola razón, que ellos son justos y equitativos, a pesar de su severidad: *Justus es, Domine, et rectum iudicium tuum*¹.

En fin, esta sentencia es justa, porque el infierno no es sólo el castigo del pecado, sino también su preservativo. Las penas establecidas por las leyes vindicativas humanas, como dice el Doctor Angélico, están ordenadas a dos fines: al de castigar y al de prevenir², y con todo están muy lejos de ser eficaces si observamos que no todos los pecados han sido evitados; pero en lo que toca al orden de la gracia, Dios dispondrá las cosas de manera que el temor del castigo evite todos los pecados que no implican un endurecimiento invencible de la voluntad. Pero ¿obtendría este resultado un infierno temporal, un infierno del cual todos tendrían la seguridad de salir de él, aunque fuese después de algunos miliares de años? Es seguro que no. En efecto, sabemos que el purgatorio difiere del infierno, en lo que toca a la pena de daño, sólo por la duración, como dice san Agustín y, con él, toda o casi toda la tradición católica? ¿Y quién no sabe que las penas del purgatorio no son temidas, precisamente porqué no son eternas? ¿Hay muchos cristianos que, por este solo temor, se priven de una satisfacción culpable? ¿Hay muchos que sacrifiquen una pasión que les domina, o renuncien a un hábito peligroso? Estas penas temporales, aunque grandes por su intensidad, y largas por su duración ¿no son consideradas como si no existiesen? Tan cierto es que, como dice san Agustín, para un alma inmortal, una pena que debe tener fin apenas

1. Psal. CXVIII.

2. El gran teólogo, después de tratar extensamente de esta materia dice: Ita damnatio aeterna impiorum, est ad correctio- nem eorum qui nunc sunt in Ecclesia. Suppl. q. XCIX, art. 1.

es considerada como una pena: *Omnis res quae finem habet, aut brevis, aut nulla est; quod aeternum non est, nihil est*.

Y por esta razón, un infierno que no fuese eterno sería una sanción ineficaz, un preservativo que no evitaría ningún pecado. ¡Cuán pocos serían los pecados que dejarían de cometerse por un infierno semejante! Pero pongámonos en el caso actual del infierno eterno. El que cree firmemente en esta verdad, antes de cometer el pecado mortal, ve el peligro de que su voluntad se endurezca, y de que venga a morir en este estado. Por esto es justo que el infierno sea eterno, no sólo como castigo del pecado cometido, sino como preservación de los pecados futuros.

Tratemos ahora de los elegidos.

Los elegidos vivirán también eternamente, y en una eternidad feliz: *Iusti autem in perpetuum vivent*¹.....

Los elegidos brillarán, como las estrellas en el firmamento, durante un número infinito de eternidades, como dice el profeta, empleando un lenguaje hiperbólico: *Fulgebunt iusti quasi stellae in perpetuas aeternitates*².

Los elegidos habrán sufrido persecución y toda clase de malos tratamientos; pero después de la prueba vendrá la recompensa, y después de las lágrimas el gozo; este gozo será duradero, y nadie podrá disputárselo: *Et gaudium vestrum nemo tollet a vobis*³.

Los elegidos ¡cómo amaban al Salvador, durante su peregrinación terrestre, aún sin haberle visto ni oído! Pero en el gran día de las remuneraciones, le verán cara a cara, y le oirán con sus propios oídos, cuando El les dirá: Venid, benditos de mi padre, venid a poseer el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo⁴... y estos felices predestinados, bendecidos

1. Sapient. c. V, v. 16.

2. Dan. c. XII, v. 3.

3. Joan. c. XVI, v. 22.

4. Mathe. c. XXV, v. 34.

del primer Amor, irán a la vida eterna: *Ibunt iusti in vitam aeternam*¹; allí gozarán eternamente de la visión de Aquel que es su Señor y su Rey: *Et semper cum Domino erimus*².

Y es justo este gozo de los bienaventurados: en primer lugar, porque Dios lo ha prometido, como lo atestiguan las Santas Escrituras en innumerables lugares, y no podemos dudar de la fidelidad de Dios; los cielos y la tierra pasarán antes que Dios falte a una sola de sus promesas³. Sobre este asunto, san Agustín emplea una expresión que incluye una demostración: Haciéndose nuestro protector, Dios se ha constituido nuestro deudor: *Promittor Dominus, debitor factus est*.

Es justo, porque en Dios la justicia se identifica con la sabiduría y el honor, y de este honor está, por lo tanto, mil veces más celoso, que lo estamos del nuestro. Y si Dios reserva, como hemos dicho, un infierno a los que le resisten, es imposible que no ofrezca sino una felicidad temporal a los que le sirven. Si así fuese, podríamos decir que Dios es menos liberal para recompensar que severo en castigar, y su munificencia sería mediocre.

Es justo, porque si en Dios, la justicia, la sabiduría y el honor exigen que nos premie con una felicidad eterna, también lo exigen nuestra naturaleza, nuestras aspiraciones, nuestros instintos insaciables y siempre renacientes. Si, si nuevamente me interogo⁴, veo que deseo de tal manera la felicidad, que aunque me ofreciesen mil años de felicidad, mis aspiraciones no se verían cumplidas. Llegado al término de mi carrera, querría comenzarla otra vez, y en esto, cada uno de nosotros es un eco de las aspiraciones de todos los demás hombres. Por esto es justo que a los buenos se les pre-

1. MATH. c. XXV, v. 46.
2. THESS. c. IV, v. 16.
3. LUC. c. XXI, v. 33.
4. Véase nuestro sermón cuadragésimo primero.

mie con la única recompensa que puede satisfacer sus ansias. El paraíso dejaría de ser tal, si los bienaventurados pudiesen temer su fin: *Beatiudo vera non est de cuius aeternitate dubitatur*¹.

Por último, esto es justo porque de la misma manera que, como hemos explicado, una pena temporal, un infierno que un día u otro tuviese fin, no tendría ninguna influencia sobre nosotros, no siendo más que un dique cortado, el cual dejaría pasar el torrente fangoso de nuestras iniquidades, como dice san Agustín: para un alma inmortal, todo lo que tiene fin, no tiene cuenta para nosotros: *Quod aeternum non est, nihil est*; de la misma manera, por lo mismo que Dios nos impone el yugo de la virtud, con el incentivo de una recompensa, y esta recompensa es la corona reservada al vencedor, debe ser un aliciente suficiente para los luchadores. Pero ¿sería una recompensa suficiente un premio temporal que adornase pasajeramente la frente de los predestinados? ¿Serían muchos los que quisieran llevar este yugo, y formar parte de esta milicia? Tengamos por cierto, que así como mil años de infierno no serían para el vicio sino una pena ilusoria, también mil años de paraíso no serían para la virtud sino una recompensa vana; y en los dos casos por una razón idéntica: que para un alma inmortal, todo lo que no es eterno tiene poco valor: *Quod aeternum non est, nihil est*.

Pero suponed que haya una recompensa eterna en perspectiva, y la cuestión cambia de aspecto. Entonces veréis todas las virtudes en plena floración: la humildad, la paciencia, la abnegación, el perdón de las injurias, la resignación en la prueba, la sumisión y el respeto a los superiores, del hijo al padre, del súbdito a la autoridad legítima. Veréis todas las abnegaciones: Al apóstol que atraviesa los mares, y recorre los continentes

1. S. AGUSTÍN.—El Catecismo Romano expresa el mismo pensamiento: *Quare, nisi ea promissio stabilis et certa sit, maximo cruciatu timoris angatur beatus necesse est*.

para ganar las almas, seguro de que al salvar las almas de los demás, salva la suya propia; al mártir que entregó su cuerpo a las llamas, para resistir al tirano que exige la apostasía; al soldado desplegado, sobre el campo de batalla un coraje invencible, que el sólo patriotismo muchas veces no da; a la virgen cristiana que se arranca del afecto maternal, para encerrarse en un hospital, donde, tras una vida de privaciones y sacrificios, nunca creará haber trabajado suficientemente para merecer el cielo eterno.

¡Oh eternidad bienaventurada! ¡Oh ciudad santa! ¡Oh morada permanente! Con razón, vuestros gozos no tendrán fin. Allí nunca cesará la unción del elegido con el Dios que lo beatifica. Nunca se romperá aquella dulce emoción. Nunca sonará la hora que interrumpa aquel éxtasis. ¡Cuán enemigos son de sí mismos aquellos que os desdennan y vuelven hacia otra parte sus esperanzas!

Cuentan que la famosa reina de Inglaterra, Isabel, culpable de tantos crímenes, y perseguidora implacable de la fe católica, dijo un día: En cuanto a mí, si Dios quisiese concederme cuarenta años de reinado, de buena gana renunciaría al paraíso. Y Dios obtuvo, pero a sus deseos, y no fueron solamente cuarenta años de un reinado ordinario, sino que le concedió cuarenta y cuatro años del más feliz reinado según el mundo. Pero, en fin, llegó también para ella la hora de la muerte, y, dicen las leyendas populares, que su alma bajó directamente al infierno, y que, en las profundas bóvedas de Westminster, resonaron estas palabras lamentables: ¡Desdichada de mí! ¡Qué desdichados fueron aquellos cuarenta años de reinado que me han valido una eternidad desdichada!

Pero apartemos los ojos de este recuerdo; trasladémonos a Roma, en el comienzo del siglo tercero de la era cristiana, durante la dura persecución de Septimio Severo. Un cristiano generoso, de origen patricio, es llamado a comparecer ante el juez. Valeriano, le dijo

el juez, ¿no veis que al haceros discípulo de Jesucristo cometéis la más insignie de las torpezas? Dejad estas quimeras que os hacen desdeñar los placeres y el bien-estar. Nuestra vida la debemos al goce. Y Valeriano respondió: Yo he visto, durante el invierno, a ciertos hombres que recorrían la campiña dando grandes risotadas, y entregándose a las más estúpidas diversiones. Al mismo tiempo, veía a los lugareños; unos removían la tierra con ardor, otros plantaban la viña, éstos injertaban los árboles, aquellos destruían la cizaña: todos, en fin, se entregaban a los trabajos útiles de la agricultura.

Y al verlos los hombres bromistas dijeron: Insensatos, dejad estos trabajos superfluos, y venid a divertiros con nosotros. Y acompañaban sus palabras con gran risa y palmoteo de manos.

Pero no pasó mucho tiempo sin que las cosas tomaran otro rumbo. A las lluvias y al frío, sucedieron pronto los tibios alientos de la primavera, y el calor vivificante del estío. Y los campos, cultivados con tanto esmero, se cubrieron de ricas mieses, los agavanzos mostraban sus rosas odoríferas, los racimos adornaban los sarmientos en largos festones, y los frutales rebosaban de frutos. Los lugareños estaban satisfechos con sus graneros repletos, y con sus despensas bien provistas.

Y entonces los hombres de placer, lamentando su ociosidad, exclamaron: He aquí que aquellos a quienes ultrajábamos con nuestras bulas, pareciéndonos que sus trabajos eran viles, y su género de vida sin honor, ahora nadan en la abundancia, mientras nosotros perecemos de hambre!

El apólogo es claro, y creo no poder dar mejor coronamiento a la enseñanza sobre nuestros destinos futuros, y a toda la doctrina que he expuesto sobre el Símbolo.

1. Dom Guéranger. S. Cecilia y la sociedad romana de su tiempo.

Que los mundanos se entreguen a los placeres y a la ociosidad más enervante; que se dejen arrastrar por el vértigo de su locura; que sacrifiquen su parte de paraíso, no digo ya por cuarenta años de felicidad, como aquella desdichada reina, sino por fugitivas satisfacciones, o por un puñado de oro, reunido con gran trabajo. Allá ellos.

Nosotros, como los hombres prudentes del apólogo, trabajaremos, plantaremos, escardaremos, o sea: Ilevaremos el yugo del Señor, observaremos su ley, practicaremos la virtud, aunque tengamos que regarla con el sudor de nuestra frente, mortificaremos por la penitencia nuestras pasiones y nuestras codicias, gérmemos malditos engendradores de la muerte. Y cuando habrá pasado el invierno de esta vida, iremos, prontos y gozosos, a recoger, *en la tierra de los vivos*, el fruto sabroso de nuestras obras, para gozar de él eternamente. Iban, dice el Salmista, trazando los surcos y lanzando su semilla, no sin gran fatiga; pero cuando volvieron las semillas habían dado fruto, y estando madura la mies, la ataron en gavillas, y se la llevaron con gran alegría: *Fuentes ibant et flebant mitientes semina sua. Venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos*¹.

1. Psal. CXXV.

Tabla analítica de materias

SERMON PRIMERO

ORIGEN, BREVEDAD, DIVISIÓN EN ARTÍCULOS DEL SÍMBOLO

Págs.

El Símbolo de los Apóstoles.—La recomendación de san Pablo a los corintios, y, en sus personas, a los fieles de todos los tiempos: Todos han de estar unánimes en la misma fe.—Todos hemos de repetir lo mismo.—El Símbolo de los apóstoles es recitado integralmente.—¿Por qué lo llamamos Símbolo?—¿Por qué lo llamamos de los apóstoles?—¿Por qué es tan corto?—¿Por qué está dividido en artículos?—Respuestas a estas cuestiones.—Curso de instrucciones sobre el Símbolo.—Utilidad y necesidad del mismo.—Fuentes de estas instrucciones.—Un bello texto de san Agustín... ..

3

SERMON SEGUNDO

SENTIDO EXACTO DE LA PALABRA CREO

Creo.—Diversos sentidos de esta palabra.—Aquí significa el asentimiento completo del espíritu a lo que es revelado por Dios.—Motivos de credibilidad en materia de fe.—Breve declaración de los mismos.—Conclusiones que se deducen de estos principios: Primera conclusión: la fe es razonable.—Segunda conclusión: la fe excluye la duda, pero no la acción legítima del espíritu humano.—Tercera conclusión: la fe debe ser entera, sin división ni participación, por razón del motivo que la determina.—Cuarta conclusión: siendo la fe una verdadera convicción, ha de verse manifestada en obras

11

SERMON TERCERO

LA EXISTENCIA DE DIOS, SU UNIDAD, SUS PERFECCIONES

págs.

Dios.—Explicación sumaria de estas palabras: crear Dios, creer a Dios, creer en Dios.—Existencia y unidad de Dios, consideradas como verdades de fe, de tradición y de razón.—Esencia de Dios.—Inmaterialidad, inmutabilidad, eternidad, inmensidad y providencia de Dios.—Algunas reflexiones prácticas 19

SERMON CUARTO

UNIDAD DE ESENCIA EN DIOS, NÚMERO Y DISTINCIÓN EN LAS PERSONAS

Dios.—Breve resumen de los sermones precedentes:—Dios es Padre — diversos sentidos de esta palabra — sentido que tiene aquí — misterio de la santa Trinidad — en Dios hay número y no lo hay — explicación — en Dios hay tres personas reales, distintas e iguales en todas las cosas — en Dios hay una sola substancia indivisa entre las tres personas, las cuales no son sino un solo Dios, por razón de la unidad de substancia — incomprendibilidad de este misterio — esta incomprendibilidad no disminuye el valor de la fe — es mejor apreciar lo que debemos a la santa Trinidad, que investigar curiosamente lo que es — la santa Trinidad y el cristiano moribundo 28

SERMON QUINTO

LA OMNIPOTENCIA DE DIOS

Dios.—Dios es omnipotente — verdad revelada — verdad de fe definida — verdad de razón. — Creyendo en la omnipotencia de Dios, es cosa fácil asentar a las enseñanzas de la fe — diversas aplicaciones de este principio — no sólo la fe, sino todas las virtudes cristianas son fortalecidas por la creencia en la omnipotencia de Dios. — Coméntase en este sentido la tempestad apaciguada que refiere el Evangelio — la visión del profeta Eliseo en el cap. 6.º del 4.º libro de los Reyes constituye un excelente comentario, en el sentido del precedente 38

SERMON SEXTO

LA CREACIÓN

págs.

Dios.—Dios es creador — pruebas sacadas de la santa Escritura — de las profesiones de fe y de las definiciones de la Iglesia — de la razón — ¿Dios ha criado en el sentido de los panteístas o de los dualistas? — ¿con o sin esfuerzo? — ¿de su grado o por coacción? — ¿sin razón determinante o por cualquier otro motivo? — Elevación a Dios criador. — Súplica final... .. 48

SERMON SEPTIMO

EL MUNDO INVISIBLE. LOS ÁNGELES

Dios.—Pruebas sumarias de la existencia de los ángeles — han sido criados de la nada — antes que los hombres — son puros espíritus — han sido colmados con grandes dones de naturaleza y de gracia — agilidad de los ángeles — ciencia de los ángeles — poder de los ángeles — su número y estado — sus funciones y misterios — ángeles asistentes al Trono — ángeles ministros — ángeles guardianes del mundo físico — de los pueblos — de la Iglesia universal — y de cada fracción de la Iglesia universal — de cada hombre y de cada niño. — Súplica a los santos ángeles... .. 56

SERMON OCTAVO

EL MUNDO INVISIBLE. LOS ÁNGELES CAÍDOS

Dios.—Continuación de los ángeles — los demonios — creencia universal en la existencia de los demonios — testimonios de las Escrituras — enseñanza de la Iglesia — son ángeles caídos — su defección narrada por san Juan — unos están en el infierno, otros sobre la tierra o en el aire — textos de san Pedro, de san Juan y de san Pablo. — ¿Son numerosos? — conjeturas sacadas de las Escrituras — sentimientos de los teólogos — una palabra de Bosuet — ¿tienen una jerarquía y un jefe? — ¿qué oficio tienen? — su acción sobre los elementos — sobre el cuerpo del hombre — sobre su alma — tienen auxiliares entre los hombres — es necesario escoger entre Dios y el demonio... .. 65

SERMON NOVENO

EL MUNDO VISIBLE. LA OBRA DE LOS SEIS DÍAS

págs.

Dios.—La obra de los seis días — obra de poder — los elementos primordiales — los espacios — la luz — los cuerpos celestes o los infinitamente grandes — su masa prodigiosa — su velocidad más increíble que su masa — su número incalculable — las montañas, los océanos las plantas, los árboles, los vivientes del aire, de la tierra y de las aguas — los infinitamente pequeños — bella reflexión de san Agustín. — La obra de los seis días lo es de sabiduría y de bondad — todo es perfecto en el mundo sideral — sobre el globo terrestre — utilidades físicas y morales de todos los seres. — *Benedicite omnia opera Domini, Domino*

75

SERMON DECIMO

EL MUNDO HUMANO. CREACIÓN DEL HOMBRE

Dios.—Creación del hombre. ¿Quién ha criado al hombre? Dios. La Santa Escritura lo dice — la Iglesia lo enseña — la razón lo prueba. — Fué criado después de los otros seres de la creación — dos razones sacadas de los grandes doctores de la Iglesia — explicación de estas palabras del Génesis: hagamos al hombre — el hombre fué criado en cuerpo y alma. — Estudio sumario del compuesto humano — el cuerpo — su actitud — su estructura — el alma — es distinta del cuerpo — es puro espíritu — es inmortal por voluntad de Dios, y por su naturaleza propia — el alma piensa, juzga, y se determina libremente — urgencia de recordar estas verdades fundamentales. — Cómo el hombre es criado a imagen de Dios: bella explicación de santo Tomás. — Conclusión: respetemos lo que Dios ha hecho tan bien.

84

SERMON UNDECIMO

ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO TERRESTRE

Dios.—Creación del segundo sexo — reseña del Génesis — se explican las razones por las cuales convenía que la mujer fuese formada del hombre — el paraíso

TABLA ANALÍTICA DE MATERIAS

451

págs.

terrestre — el Génesis lo nombra y lo describe — Dios colocó allí a nuestros primeros padres — su soberanía sobre todas las criaturas — el estado de su cuerpo — de su alma — de su inteligencia — de su voluntad — comercio habitual de Adán y Eva con Dios, preliudio de la visión intuitiva. — El árbol de la ciencia del bien y del mal — prohibición que sobre este árbol hizo Dios — la serpiente — todas estas cosas son explicadas en sentido literal. Caída de Adán y Eva — enormidad de su pecado — la proporción entre la causa y el efecto, que no aparece clara a primera vista, es explicada con un ejemplo

92

SERMON DUODECIMO

EL PECADO ORIGINAL

Jesucristo.—Antes de llegar a Jesucristo el párroco ha de exponer la doctrina del pecado original — el Catolicismo Romano se lo recuerda — el pecado de Adán fué muy grave — fué muy perjudicial a su autor — decreto del concilio de Trento — fué muy perjudicial a todo el género humano — otro decreto del concilio de Trento. — Cómo el pecado de Adán se extendió a todos sus descendientes — ¿fué por vía de perpetuación personal? no — ¿por vía de imputación? no — ¿por vía de herencia? sí — explicación de esta verdad — la verdadera doctrina de los que mueren con sólo el pecado original. — Un apólogo de san Agustín nos enseña que es mejor saber que existe el pecado original, que inquirir con demasiada solicitud su naturaleza

100

SERMON DECIMOTERCERO

LA HUMANIDAD ANTES DE LA VENIDA DE JESUCRISTO

Jesucristo.—La humanidad antes de la venida de Jesucristo — la caída de Adán prevista por Dios desde toda la eternidad — la reparación por el Hijo de Dios decretada, igualmente, desde toda la eternidad — Adán peca — un Redentor es prometido — ¿cuándo vendrá? — los pueblos caen en la idolatría — el Redentor prometido no aparece — razones de este re-

págs.

tardo — Abraham, Isaac, Jacob — el pueblo judío — misión providencial de este pueblo — su carácter figurativo y profético — señalamiento del Redentor por los profetas — nada falta allí — bello texto del Catecismo Romano — otro texto, aun más bello de san Pablo: Jesucristo era de ayer, es de hoy, y será en los siglos de los siglos

109

SERMON DECIMOCUARTO

LA NOCIÓN TEOLÓGICA DE JESUCRISTO

Jesucristo.—Noción teológica de Jesucristo — Jesucristo es Dios y hombre a la vez — textos de san Juan — de san Pablo — símbolos de san Atanasio — de Nicea — dos naturalezas en Jesucristo perfectas, cada una en su orden. — ¿Hemos de creer que hay en Él dos personas? no, ciertamente; no hay sino una sola persona en Jesucristo — esta persona única es la persona del Hijo de Dios — Consecuencias de esta exposición — 1.ª consecuencia: debemos afirmar de la persona lo que es propio de cada naturaleza — 2.ª consecuencia: el culto de adoración es debido a la santa Humanidad de Jesucristo — 3.ª consecuencia: la Eucaristía es legítimamente definida: el sacramento del cuerpo, de la sangre, del alma, de la divinidad de Jesucristo — 4.ª consecuencia: María es, en el estricto sentido de la palabra, Madre de Dios. — Conclusión: Acto de fe en Jesucristo, Dios y hombre en unidad de persona

118

SERMON DECIMOQUINTO

LA CONCEPCIÓN DE JESUCRISTO. MATERIDAD DIVINA DE MARÍA

Jesucristo.—Repetición de muchas verdades expuestas en la precedente instrucción: — Concepción del Hijo de Dios hecho hombre, en el seno de María. — Materidad divina de la Virgen. — Se prueba por las Escrituras — por la enseñanza de la Iglesia — por la razón teológica. — Consecuencias de esta demostración: María merece todos los títulos que le damos, y el culto especial que le rendimos

126

TABLA ANALÍTICA DE MATERIAS

453

SERMON DECIMOSEXTO

EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO

págs.

Jesucristo.—Jesucristo ha nacido de quien debía nacer: de la humanidad — de la raza de Abraham — de la tribu de Judá — de la familia real de David — estas cosas habían sido predichas. — Jesucristo ha nacido en el tiempo en que debía nacer: profecías de Jacob — de Daniel — estas profecías se cumplieron en Jesucristo. — Jesucristo ha nacido en el lugar en que debía nacer: la profecía de Miqueas — el segundo capítulo del evangelista san Lucas — Jesucristo ha nacido de la manera que debía nacer: como Dios hecho hombre — como Salvador. — Del herético Marción que reclamaba un Cristo fastuoso, al grave Tertuliano que se acomodaba mejor de un Cristo pobre y doliente ¿cuál tiene razón?

133

SERMON DECIMOSEPTIMO

LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA, MADRE DE JESUCRISTO

Jesucristo.—Perpetua virginidad de María, Madre de Jesucristo. — Concebido por una virgen, Jesucristo nace de una virgen. — Este prodigio había sido prefigurado — principales figuras — había sido predicho por los profetas: Isaias, Jeremías. — El Evangelio lo muestra realizado. — La Iglesia lo enseña — sus profesiones de fe — sus concilios — su liturgia — sus doctores. — La razón también lo demuestra a su manera: Era necesario que este misterio tuviese lugar. — Cuatro razones sobre la conveniencia de este misterio

143

SERMON DECIMOCTAVO

LOS SUFRIMIENTOS DE JESUCRISTO

Jesucristo.—Cuarto artículo del símbolo. — Exige tantas instrucciones como palabras tiene. — Primera instrucción: los sufrimientos de Jesucristo. — Es históricamente cierto que Jesucristo ha sufrido. — Es fisiológicamente cierto que Jesucristo ha sufrido. — Los sufrimientos de Jesucristo fueron tan universales como intensos — se dan cuatro razones de ello. — Síntesis de compasión y de reconocimiento a Ntro. Señor.

151

SÉRMON DECIMONONO

LA CRUCIFIXIÓN DE JESUCRISTO

PÁGS.

Jesucristo.—La crucifixión de Jesucristo — parte histórica — ¿por qué Jesucristo ha sido crucificado? — Por parte de Nuestro Señor, siendo la obra de redención fruto de su voluntad libre, en la substancia y en la manera de realizarla, la pregunta ha de formularse de esta manera: ¿por qué Jesucristo ha querido ser crucificado? — Primera razón: para nuestra instrucción sobre las cosas que más nos importan — otras cuatro razones secundarias tomadas de santo Tomás — Corta recapitulación

158

SÉRMON VIGESIMO

LA MUERTE DE JESUCRISTO

Jesucristo.—Muerte de Jesucristo. Jesucristo podía morir — Jesucristo debía morir — Jesucristo ha muerto. —Verdad de la muerte de Jesucristo. — Necesidad de demostrarla con razones sólidas. — Jesucristo ha muerto como Hombre-Dios. — Cinco pruebas tomadas de la reseña de los evangelistas. Súplica a Jesucristo.

168

SÉRMON VIGESIMO PRIMERO

LA SEPULTURA DE JESUCRISTO

Jesucristo.—Sepultura de Jesucristo. — Jesucristo había muerto — por qué no le rompieron las piernas — por qué su carne no sufrió la ley general de corrupción — profecía de David — ¿qué se hizo del santo Cuerpo? — José de Arimatea — su retrato según el Evangelio — Nicodemo se junta a José de Arimatea — descendimiento de la cruz — según una tradición antigua, María, que no abandonó el Calvario, recibe el cuerpo del Señor. — Reseña evangélica de la sepultura — cada palabra de esta reseña da lugar a un desarrollo teológico, dogmático o moral

176

SÉRMON VIGESIMO SEGUNDO

LA REDENCIÓN POR JESUCRISTO

PÁGS.

Jesucristo.—La redención celebrada en el cielo y sobre la tierra. — Esta redención es verdadera — esta redención es gratuita — es sobreabundante — es universal. — Consecuencias: Jesucristo nos ha rescatado verdaderamente — nosotros le pertenecemos, tanto individualmente, como formando parte de la sociedad. — Reinado social de Jesucristo — Jesucristo nos ha rescatado gratuitamente, pero con sobreabundancia: *Agnosce, o homo, quantum valeas, et quantum debeas* — Jesucristo nos ha rescatado universalmente, a todos, y a cada uno — condiciones por las que esta redención aprovecha a todos, y a cada uno

185

SÉRMON VIGESIMO TERCERO

EL DESCENDIMIENTO DE JESUCRISTO A LOS INFIERNOS

Jesucristo.—Descendimiento de Jesucristo a los infernos — en qué infernos, y con qué fin. — Los rescatados por anticipación, es decir, por la virtud retroactiva de la redención — ¿eran numerosos? — ¿dónde estaban? — Ni en el infierno propiamente dicho — ni en el cielo — ni en el purgatorio — sino en el Limbo, o sea: en el seno de Abraham. — Razón de esta última palabra. — En qué sentido puede decirse que sufrían. — El alma santa del Redentor, unida a la divinidad, visita a estas almas, las consuela, las beatifica con su presencia, y les da la prenda de su próxima recepción en el cielo

195

SÉRMON VIGESIMO CUARTO

LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO BAJO EL PUNTO DE VISTA HISTÓRICO

Jesucristo.—La resurrección de Jesucristo bajo el punto de vista histórico. — Hechos que concurren a establecer la verdad de la resurrección — primer hecho — segundo hecho — tercer hecho — cuarto hecho — quinto hecho — las diez apariciones de Jesucristo resu-

citado — condiciones en que se verifican dichas apariciones — carácter de las personas a las cuales se dirigen. — Jesucristo, pues, ha resucitado verdaderamente 201

SERMON VIGESIMO QUINTO

LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO BAJO EL PUNTO DE VISTA DOCTRINAL

Jesucristo.—Resurrección de Jesucristo bajo el punto de vista doctrinal. — Necesidad de esta resurrección. — Después de las ignominias de la pasión y de la muerte de Jesucristo era preciso: 1.º que la justicia de Dios se manifestase de una manera sensible — 2.º que nuestra fe fuese consolidada — 3.º que nuestra esperanza encontrase un alimento y un apoyo. — La resurrección de Jesucristo responde a esta triple necesidad. — Desarrollo de las pruebas de estas verdades 210

SERMON VIGESIMO SEXTO

LA ASCENSIÓN DE JESUCRISTO

Jesucristo.—Ascensión de Jesucristo — Jesucristo debía dejar la tierra ¿por qué? — debía subir al cielo ¿por qué? — Jesucristo sube al cielo ¿por qué virtud? — ¿de quién es acompañado? — su entrada triunfal — de Jesucristo, decimos que está sentado en el cielo — sentido de esta palabra — ¿Jesucristo está sentado a la diestra del Padre, cómo Dios o cómo hombre? — Respuesta: como Dios y como hombre juntamente. — Consecuencias felices que se deducen en nuestro favor. — Explicación detallada de ellas. — Súplica final. 219

SERMON VIGESIMO SEPTIMO

LA ASCENSIÓN DE JESUCRISTO. OTRAS CONSECUENCIAS

Jesucristo.—Continúa el mismo asunto. — Otras ventajas que nos vienen de la ascensión de Jesucristo. La fe es más meritoria en ausencia de Jesucristo. — La esperanza tiene en dicha ascensión su más firme apoyo. — Bella doctrina de los santos Padres. — La caridad depurada, aumentada, inculcada, por el deseo de ver y

págs.
de poseer a Jesucristo. — Explicación de esta expresión de Jesucristo a los apóstoles: *Expedi vobis ut ego vadam.* — Nosotros lo comprendemos mejor que lo comprendían los apóstoles antes de la venida del Espíritu Santo 228

SERMON VIGESIMO OCTAVO

EL JUICIO DE LOS VIVOS Y DE LOS MUERTOS POR JESUCRISTO

Jesucristo.—Jesucristo, Juez supremo de los vivos y de los muertos no sólo como Dios, sino aun como hombre. — Las Escrituras lo dicen — textos de los Evangelios — de las Actas — de las Epístolas de san Pablo — ¿Por qué el último juicio es una prerrogativa de Jesucristo, como Hombre-Dios? — Por qué en esta cualidad es nuestra Cabeza — nuestro Legislador — nuestro Redentor — nuestro Rey — nuestro Hermano — y por todos estos títulos conviene que sea nuestro Juez. — Recapitulación de las diez y seis instrucciones precedentes 237

SERMON VIGESIMO NONO

EL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu Santo.—El Espíritu Santo considerado en sí mismo. Breve resumen de lo que se ha dicho, en el sermón cuarto, sobre la unidad de Dios, y sobre la trinidad de personas en Dios. — El Espíritu Santo, persona real, verdadera, subsistente y divina. — Testimonios de las Escrituras — enseñanzas de la Iglesia — sus doctores — su liturgia. — El Espíritu Santo tercera persona de la santísima Trinidad. — ¿Por qué? — Ni prioridad, ni posterioridad — diversidad de relaciones y orden de origen. — El Espíritu Santo mejor conocido. — Conclusión práctica. 245

SERMON TRIGESIMO

LAS OBRAS ATRIBUIDAS AL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu Santo.—El Espíritu Santo considerado en sus obras *ad extra.* — El Espíritu Santo y la creación del mundo material — el Espíritu Santo y la crea-

| | págs. |
|--|-------|
| ción del hombre — el Espíritu Santo y la formación del pueblo judío, en vista de la misión reservada a este pueblo — el Espíritu Santo y los profetas — el Espíritu Santo y la encarnación — el Espíritu Santo y los apóstoles — el Espíritu Santo y la Iglesia — el Espíritu Santo y el alma de cada fiel. — Conclusión práctica... | 253 |

SERMON TRIGESIMO PRIMERO

LA IGLESIA

| | |
|---|-----|
| <i>La Iglesia.</i> —Importancia de este tema. — Origen e institución divina de la Iglesia. — Jesucristo ha fundado la Iglesia — las pruebas son numerosas — indícanse brevemente — Jesucristo ha dado a la Iglesia la forma social. — Las denominaciones que tiene lo suponen — los hechos lo prueban. — Por qué Jesucristo ha fundado la Iglesia dándole esta forma. — La Iglesia prolongación de Jesucristo y continuadora de su misión. — Primera consecuencia de lo que precede: la Iglesia es una sociedad sobrenatural. — Segunda consecuencia: la Iglesia es distinta de la sociedad civil — una y otra sociedad son perfectas en su género, pero desiguales en dignidad. — Tercera consecuencia: unión de las dos sociedades — grandes ventajas que resultarían de esta unión ... | 263 |
|---|-----|

SERMON TRIGESIMO SEGUNDO

LAS NOTAS DE LA IGLESIA

| | |
|--|-----|
| <i>La Iglesia.</i> —Cuál es la verdadera Iglesia de Jesucristo. — Importancia de esta cuestión. — Las notas de la verdadera Iglesia son: la unidad — la santidad — la catolicidad — la apostolicidad. — Bendigamos a Dios, que nos ha dado estos medios, como piedra de toque, para averiguar a cuál de las sociedades cristianas se aplican de una manera exclusiva ... | 272 |
|--|-----|

SERMON TRIGESIMO TERCERO

LA IGLESIA ROMANA

La Iglesia.—Recordemos las notas de la verdadera Iglesia...

| | págs. |
|--|-------|
| sia de Jesucristo. — ¿Qué sociedad corresponde a estas notas? — ¿Las antiguas sectas? — Todas murieron, sino como errores al menos como iglesias. — ¿La Iglesia griega de Focio y de Miguel Cerulario? — No es ni una, ni santa, ni católica, ni apostólica. — ¿La Iglesia protestante? — Tampoco tiene dichas notas. — ¿La Iglesia Romana? — Esta es una, santa, católica y apostólica. — La Iglesia Romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo. — Bendigamos a Dios, por habernos dado a esta madre amorosa... | 281 |

SERMON TRIGESIMO CUARTO

LA INFALIBILIDAD DOCTRINAL DE LA IGLESIA

| | |
|--|-----|
| <i>La Iglesia.</i> —La infalibilidad doctrinal de la Iglesia. — La verdadera Iglesia de Jesucristo es infalible. — Textos numerosos del Evangelio. — Otros textos de san Pablo. — Explicación de todos estos textos. — La Tradición — es constante — san Ireneo es testimonio de ella en el siglo segundo. — Los Padres de los siglos siguientes. — San Agustín. — Bendigamos a Dios por haber dotado a la Iglesia de la infalibilidad. — Esta prerrogativa exige que los fieles observen una sumisión perfecta, en materia de fe y de costumbres... | 289 |
|--|-----|

SERMON TRIGESIMO QUINTO

LA AUTORIDAD DE GOBIERNO EN LA IGLESIA

| | |
|---|-----|
| <i>La Iglesia.</i> —Autoridad de la Iglesia. — ¿La Iglesia posee la autoridad de gobierno sobre todos sus miembros? — Prueba de esta verdad. — ¿En quién reside la autoridad de gobierno, dentro de la Iglesia? — Un niño del catecismo podría decirlo; en cambio muchos políticos fingen ignorarlo. — Esta autoridad reside exclusivamente en el papa y en los obispos. — ¿Sobre quién se ejerce la autoridad de gobierno de la Iglesia? — Sobre todos los bautizados, fieles o infieles a las promesas del bautismo — sobre los reyes, como sobre los súbditos. — Conclusión práctica ... | 296 |
|---|-----|

SERMON TRIGESIMO SEXTO

Págs.

LA JERARQUÍA EN LA IGLESIA

La Iglesia.—Ordene jerárquicas en la Iglesia: obispos, sacerdotes y ministros. — Institución divina del diaconado. — Sus atribuciones en los primeros siglos de la Iglesia. — Institución divina del presbiterado. — El sacerdote auxiliar del obispo. — El cura-párroco. — Sus derechos jurisdiccionales. — El episcopado es superior a las otras dos órdenes, en los poderes de orden, y en los de jurisdicción. — Cada orden jerárquica forma parte de un todo. — Unidad de la Iglesia.

303

SERMON TRIGESIMO SEPTIMO

EL PAPA

La Iglesia.—El papa en la Iglesia. — Un bello texto del Catecismo Romano. — La primacía de san Pedro no es sólo de honor, sino también de jurisdicción. — Pruebas por los textos evangélicos. — Pruebas de hecho, por el ejercicio de esta primacía. — San Pedro ¿tendrá sucesores? — La cosa es evidente, para los que tienen una idea justa de la Iglesia, de su constitución, y del fin para el cual fué fundada. — ¿Cuándo los tendrá? — ¿Dónde? — ¿Quién será el sucesor? — Respuesta a estas cuestiones de derecho. — Acuerdo entre el derecho y el hecho, entre los principios y la enseñanza tradicional ...

310

SERMON TRIGESIMO OCTAVO

LOS DERECHOS DEL PAPA

La Iglesia.—Los derechos del papa. — Enseñanzas de los concilios de Florencia y del Vaticano, que rigen esta materia. — Autoridad doctrinal del papa. — Las palabras de Jesucristo. — La Tradición. — Los hechos. — Autoridad gubernamental del papa. — Su jurisdicción sobre la Iglesia universal, inmediata, ordinaria, entera, en cuanto al tiempo, a los lugares y a las personas. — Aplicaciones de estas verdades. — Derecho de apelación. — Conclusiones: El papa posee la autoridad suprema, doctrinal y gubernamental, so-

TABLA ANALÍTICA DE MATERIAS

461

Págs.

bre toda la Iglesia: pues, ha de poder comunicar con la misma, 1.^a conclusión — pues, la independencia temporal es necesaria al ejercicio de su primacía espiritual, 2.^a conclusión — pues, debemos obediencia y sumisión completa a las decisiones pontificales, 3.^a conclusión. — Una palabra de León XIII, sobre el valor de esta sumisión ...

319

SERMON TRIGESIMO NONO

LA INFALIBILIDAD DOCTRINAL DEL PAPA

La Iglesia.—La infalibilidad doctrinal del papa. — Palabras de Jesucristo referentes a dicha infalibilidad. — La Tradición confirma la infalibilidad doctrinal del papa. — Definición dogmática de esta infalibilidad. — ¿En qué sentido el papa es infalible? — ¿En virtud de qué, el papa es infalible? — ¿Cuándo es infalible? — Respuesta a estas cuestiones. — Demos gracias a Dios, por habernos dado una regla tan segura y tan fácil de conocer ...

329

SERMON CUADRAGESIMO

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

La Iglesia.—La comunión de los santos en la Iglesia. — Explicación de los términos. — Explicación de la cosa. — La Iglesia cuerpo místico de Jesucristo. — Textos de san Pablo. — Intercambio de servicios entre los diferentes miembros del cuerpo humano. — Este mismo intercambio existe entre los miembros de la Iglesia. — Fraternidad cristiana. — La Iglesia militante, la Iglesia triunfante y la Iglesia purgante. — La Iglesia es única, aunque en tres estados diferentes. — Relaciones múltiples entre las tres falanges de la Iglesia universal. — Aplicación del salmo 132.^o al asunto de que tratamos ...

337

SERMON CUADRAGESIMO PRIMERO

LA REMISIÓN DE LOS PECADOS

La Iglesia.—La remisión de los pecados en la Iglesia. — Jesucristo tiene el poder de resucitar los pecados.

en cuanto Dios y en cuanto hombre, o sea, como Hombre-Dios. — ¿Ha comunicado este poder? — Institución del bautismo, para perdonar el pecado original. — Institución de la penitencia para perdonar los pecados actuales. — Sólo la Iglesia es depositaria de estos poderes. — Consecuencia de lo expuesto: fuera de la Iglesia no hay salvación posible. — Reflexiones prácticas sobre esta materia ... 344

SERMON CUADRAGESIMO SEGUNDO

LA VIDA DE ULTRATUMBA. INMORTALIDAD DEL ALMA

La vida de ultratumba.—La muerte es cierta, pero sólo parcial. — El alma inmortal. — Textos del Antiguo Testamento que lo afirman — del Nuevo Testamento. — La Iglesia lo enseña por sus grandes concilios, por sus doctores y teólogos — su enseñanza popular en el catecismo — en los símbolos de fe — en la liturgia. — Pruebas racionales sacadas de la naturaleza del alma — de la excelencia de sus operaciones — de lo infinito de sus aspiraciones. — Otra prueba sacada de la justicia de Dios... 353

SERMON CUADRAGESIMO TERCERO

EL JUICIO PARTICULAR

La vida de ultratumba.—Resumen de la instrucción precedente. — El juicio particular. — Certeza de este juicio. — ¿Cuándo tendrá lugar? — ¿Dónde se verificará? — ¿Cuál será su objeto — su procedimiento — el resultado? — Pensemos en el juicio — está próximo — será sin apelación. — Parábola del Evangelio que nos demuestra la urgencia de esta preparación, y nos indica los medios de hacerla ... 361

SERMON CUADRAGESIMO CUARTO

EL INFIERNO. LA EXISTENCIA DEL INFIERNO

La vida de ultratumba.—Tres estados de las almas en el juicio particular. — Las almas en estado de pecado mortal. — ¿Dónde irán? — Prueba de la existencia del infierno sacada de la creencia universal en esta

verdad — de la autoridad de las Escrituras — de la enseñanza de la Iglesia — de la misma razón. — Respuestas a algunas objeciones. — Es más conveniente el guardarnos del infierno, que razonar sobre él... 369

SERMON CUADRAGESIMO QUINTO

EL INFIERNO. PENAS DEL INFIERNO

La vida de ultratumba.—¿Qué es el infierno? — Palabras de Pio IX a un misionero. — La pena de sentido, y en especial la pena de fuego. — Existencia del fuego en el infierno. — Su naturaleza, sus propiedades y sus efectos. — La pena de daño. — Significación de esta palabra. — Explicación de la cosa. — Eternidad de la pena de daño y de la pena de sentido. — Textos del Evangelio. — Comentario de Bosuet. — Reflexiones prácticas ... 376

SERMON CUADRAGESIMO SEXTO

EL CIELO

La vida de ultratumba.—El cielo. — Así como existe un lugar de tormentos, así también existe un lugar de completa felicidad. — En el cielo hay una exclusión completa de todos los males, y la reunión de todos los bienes. — El Bien infinito. — Visión de Dios. — La luz de la gloria. — Posesión de Dios. — Transformación en Dios. — Los accesorios de la beatitud. — La belleza del lugar. — Los atractivos de una compañía numerosa y escogida. — La nueva posesión, por parte del alma, del cuerpo que había animado durante su vida terrestre. — Nuevo estado de este cuerpo. — Conclusión sacada de un pasaje del Evangelio. — Como Jesucristo dirigía su mirada a la Jerusalén terrena, así nosotros debemos orientarnos hacia la Jerusalén celestial ... 385

SERMON CUADRAGESIMO SEPTIMO

EL PURGATORIO

La vida de ultratumba.—Las almas de la tercera categoría. — ¿Dónde van? — Existencia del purgatorio. — Creencias paganas. — La fe nos da mejores fun-

damentos. — Pruebas sacadas del Antiguo Testamento — del Nuevo — de la Tradición. — Enseñanza oficial de la Iglesia. — Algunas cuestiones secundarias, pero importantes. — ¿Dónde está el purgatorio? — ¿Qué sufrimientos hay en el purgatorio? — ¿Cuánto tiempo sufrirán las almas en el purgatorio? — Bendigamos a Dios por haber dispuesto que hubiese un purgatorio. — Importancia del purgatorio en el plan divino. — El purgatorio es causa de que muchísimas almas vean abierto el camino del cielo. — Súplica final págs.

SERMON CUADRAGESIMO OCTAVO

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

La vida de ultratumba.—La resurrección de los cuerpos. — Demostración progresiva de esta verdad: la resurrección de los cuerpos no es imposible — no es improbable — es conveniente y justa y, por lo mismo, tendrá lugar — lo exige la naturaleza del alma — lo pide la dignidad del cuerpo — lo exige la justicia de Dios. — Bello texto de san Pedro Crisólogo... .. 395

SERMON CUADRAGESIMO NOVENO

CONTINUACIÓN DE LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

La vida de ultratumba.—Todos los hombres resucitarán: las Escrituras lo dicen — la Iglesia lo enseña — la razón lo demuestra. — Hemos de resucitar con el mismo cuerpo que hemos tenido en esta vida. — Palabras de Job. — Enseñanzas de san Pablo. — Definición de la Iglesia. — Conclusión conforme a la razón. — Propiedades y cualidades de los cuerpos resucitados: propiedades naturales. — cuidados de orden superior. — Testimonio de san Pablo en el capítulo decimoquinto de la primera epístola a los corintios. — Cuerpos gloriosos y cuerpos de los reprobados. — Reflexiones 411

SERMON QUINGUAGESIMO

EL JUICIO FINAL

La vida de ultratumba.—Certeza del juicio final. — Esta

certeza se deduce del testimonio de los profetas — de los evangelistas — de los apóstoles — de las enseñanzas de la Iglesia. — Motivos que exigen el juicio final. — Primer motivo: la unión que existe entre el cuerpo y el alma. — Segundo motivo: la sobrevivencia del hombre, es decir, la buena o mala influencia que ejerce aún después de la muerte. — Tercer motivo: La necesidad de que Dios justifique su providencia... .. págs.

SERMON QUINGUAGESIMO PRIMERO

CONTINUACIÓN DEL JUICIO FINAL

La vida de ultratumba.—Circunstancias del juicio final. — Circunstancia de lugar: ¿dónde tendrá lugar el juicio final? — Circunstancia de tiempo: ¿cuándo se verificará el juicio final? — Lo que sabemos, y lo que ignoramos sobre estos dos puntos. — Circunstancias de modo: los preliminares inmediatos del último juicio. — La llegada del juez. — La separación. — La discusión. — La sentencia y su ejecución. — Oración que la Iglesia pone en nuestros labios dirigida a Jesucristo-Juez. 428

SERMON QUINGUAGESIMO SEGUNDO

LA VIDA ETERNA. LAS DOS ETERNIDADES

La vida de ultratumba.—El último artículo del símbolo: la vida eterna. — Dos eternidades, una dichosa, otra desdichada, pero una y otra justas. — Justicia de la eternidad desdichada, por tres razones: por la ofensa, en cierto modo infinita, hecha a Dios por el pecado, por la duración eterna del pecado — por la necesidad de poner un freno eficaz al pecado. — Justicia de la eternidad dichosa, por cuatro razones: porque lo exige la justicia de Dios—la sabiduría de Dios—las aspiraciones del alma humana—la necesidad de dar a la virtud una sanción eficaz. — Una reina de Inglaterra. — Un apólogo del siglo tercero de la era cristiana. — Conclusión 437

Explicación del Catecismo Romano de San Pío V

POR EL RDO. PLAT
arcipreste y canónigo honorario de Blois

DIVISION DE LA OBRA

- Vol. I.—CINCUENTA Y DOS SERMONES SOBRE EL SÍMBOLO DE LOS APÓSTOLES, traducción de la 13.^a edición francesa.
- Vol. II.—CINCUENTA Y DOS SERMONES SOBRE LOS SACRAMENTOS, traducción de la 13.^a edición francesa.
- Vol. III.—CINCUENTA Y DOS SERMONES SOBRE EL DECÁLOGO, traducción de la 11.^a edición francesa.
- Vol. IV.—CINCUENTA Y DOS SERMONES SOBRE LA ORACIÓN, traducción de la 11.^a edición francesa.

LA OPINION DE UN GRAN ORADOR

"Es la obra de los hijos de Santo Tomás, venerables intérpretes y doctos comentaristas del Concilio de Trento, puesta al alcance de todos los fieles.

Naturalidad, eficacia, propiedades, ceremonias de los Sacramentos (1), disposiciones necesarias para recibirlos, *todo está tratado con perfecta exactitud, inimitable sencillez y admirable claridad*. Lo habéis tratado con los detalles más minuciosos de la práctica, sin llegar nunca a la vulgaridad. Vuestro estilo *tan puro, tan ágil y tan elegante*, junto a una *gran seguridad de doctrina*, os coloca a la cabeza de los mejores predicadores de nuestro tiempo.

"Yo desearía ver vuestro libro entre las manos de todos los párrocos, vicarios y catequistas."

M. L. MONSABRÉ
de la Orden de Predicadores

(1) El volumen de sermones sobre los Sacramentos que forma parte de la *Explicación del Catecismo Romano de S. Pío V*, fué el primero que se publicó, y por esto, el elogio del P. Monsabré se refiere a los demás volúmenes, igualmente notables por la profundidad de la doctrina y por su unánime apostólica.

Catecismo Romano Anotado

Introducción y notas del R. P. Alfonso M. Gubianas

EDICION DE BOLSILLO

ALGUNAS OPINIONES

"Esta edición contiene las fuentes del texto, escriturarias, patristicas y conciliares, que forman como un riquísimo marco que da al texto un valor autorizado." *Boletín Eclesiástico* de Lugo.

"La versión del P. Gubianas tiene varias ventajas: está acomodada al Código de Derecho Canónico, transcribe todas las fuentes que el texto se cita y además contiene la exposición del Símbolo y la del Padre Nuestro de Santo Tomás y copiosos índices." *Revista Catequística*, de Valladolid.

"Esta edición que recomendamos a cuantos se interesen por el conocimiento y divulgación de las verdades del catecismo, tiene una finalidad bien concreta: la de presentar en un reducido volumen, no sólo el texto del más clásico, completo y autorizado de los catecismos, sino las fuentes del mismo." *Revista Catequística*, de Madrid.

"La forma manual, y a la vez elegante, de sólida contextura y nítidos caracteres, contribuirá a aumentar el éxito de esta felicísima empresa que honra al autor y a la casa editora." *Correo Josefino*, de Tortosa.

"E' una obra de grande valor e utilidade, sendo portatil para mais facilitar o uso do mesmo." *Ave Maria*, de Sao Paulo.

"La presente edición de bolsillo facilita el manejo del Catecismo de S. Pío V, del cual dijo Su Santidad León XIII, que es un precioso resumen de toda la teología dogmática y moral." *El Mensajero*, de Buenos Aires.

Encuadernado elegantemente

Ptas. 12.—